

“Endlessly sexy and funny.”

HANNAH GRACE, *New York Times* bestselling author of *Icebreaker*

consider me

BECKA MACK

HELL OF

me

BOOKS

PLAYING FOR KEEPS • 1



*HELL OF
BOOKS*

Hell of Books se complace en traer para ti esta traducción completamente gratis. Te pedimos encarecidamente que, si tienes este documento, tengas tantita vergüenza y te calles. No nos gustan las personas chismosas que van y le cuentan a la autora que sus trabajos se están leyendo en otros idiomas de manera no oficial. Si eres booktoker y recomiendas este libro, no menciones que lo encontraste en español y no compartas enlaces públicamente en dónde puedan descargarlo. Y no olvides dejar tus comentarios en tus redes sociales, reseñar en Goodreads y Amazon, recomendar a la autora y si puedes apoyarla comprando sus libros. Recuerda que así nos beneficiamos todos. Puedes continuar con tu lectura. 😊

HELL OF

me

BOOKS

PLAYING FOR KEEPS • 1

STAFF



BECKA

consider

MACK

CONTENIDO

STAFF	4
SINOPSIS	7
PLAYLIST	8
1	10
2	16
3	24
4	31
5	42
6	53
7	62
8	72
9	85
10	92
11	103
12	113
13	121
14	130
15	142
16	151
17	156
18	170
19	183
20	189
21	198
22	211
23	219
24	227
25	240
26	250

27	259
28	265
29	277
30	288
31	299
32	309
33	314
34	324
35	334
36	347
37	356
38	364
39	373
40	384
41	395
42	401
43	411
44	421
45	430
46	438
47	446
48	455
49	462
50	472
51	481
52	492
53	502
EPÍLOGO	513
PRÓXIMO LIBRO	522
BECKA MACK	524
ÚNETE A NUESTRA COMUNIDAD	525

SINOPSIS

Por una oportunidad de amor, hará lo que sea necesario...

Carter Beckett es el mejor jugador de la NHL, tanto dentro como fuera del hielo. Su carrera está en su apogeo, sus amigos están rindiendo mejor que nunca y no faltan mujeres con las que pasar la noche. ¿Qué más podría querer?

Olivia Parker no es nueva entre los jugadores de hockey profesionales, gracias al novio de su mejor amiga, pero no tiene ningún interés en salir con uno, sin importar lo atractivo que sea. Y de todos modos, le encanta trabajar como profesora y pasar el rato con su mejor amiga, sin dramas. ¿Por qué querría pasar su tiempo acariciando el ego de un atleta arrogante?

Pero una vez que Carter conoce a Olivia, no puede pensar en nada más. Lástima para él, Olivia está empeñada en mantenerlo a distancia, sin intención de ceder a sus encantos. Tal vez sea hora de que Carter mejore su juego... después de todo, nadie dijo que tenía que jugar limpio.

Saltarán chispas cuando Carter haga lo que sea necesario para que Olivia lo considere.

Playing for Keeps #1

PLAYLIST

Something Like Olivia - John Mayer

Good For You - Josh Gracin

Consider Me - Allen Stone

I'm With You - Vance Joy

Can I Kiss You? - Dahl

Shape of You - Ed Sheeran

Yours in the Morning - Patrick Droney

Saturday Sun - Vance Joy

You & Me - James TW

Cross Me - Ed Sheeran, ft. Chance the Rappe & PnB Rock

Half of My Heart - John Mayer

Conversations in the Dark - John Legend

Let's Stay Home Tonight - Needtobreathe

Coulda Loved You Longer - Adam Dollar

If It Weren't For You - Finmar

Slow Dancing in a Burning Room - John Mayer

Try Losing One - Tyler Braden

Please Keep Loving Me - James TW

Speechless - Dan + Shay

Until You - Ahi Millionaire - Chris Stapleton

Yours (Wedding Edition) - Russell Dickerson

Para mi chico.

Eres el signo de exclamación al final de la frase más feliz.

Gracias por ser mi milagro y sueño hecho realidad.

1

MALA SUERTE #13

Carter

—Mierda.

Ruedo sobre mi espalda, inhalando profundamente y me paso una mano por la cabeza. Estoy jodidamente agotado, así que me tomo un momento para recuperar el aliento antes de tirar las piernas por el borde de la cama y sentarme, quitándome el condón de mi polla que se desinfla rápidamente. Mi lengua limpia una gota de sudor que se adhiere a mi labio superior y me paso los dedos por el cabello.

—No. —Se queja Laura, sacando el labio inferior. Casi se lanza sobre la cama y me alcanza cuando me levanto—. No te levantes todavía, Carter.

Me saqué el condón. Eso debería ser explicación suficiente, ¿no?

—Simplemente tirare el condón, Laura.

Sus cejas claras se fruncen.

—Lacey.

Reprimo una risa. Ups.

—Bien. Lo siento. Lacey.

—Podríamos ir de nuevo —dice Lacey mientras tiro el condón en el basurero del baño.

Apoyo mi antebrazo en la pared mientras orino en el baño. Podríamos volver a hacerlo. Me gusta el sexo. Me encanta el sexo. Aún mejor cuando es con chicas como Laura.

Mierda. *Lacey.*

Lacey, la bomba rubia de la portada de *Maxim* en agosto del año pasado. Lo recuerdo mucho porque me lo dijo trece veces en el bar esta noche. Empecé a contar cuando esa palabra con *M* salió de su boca por tercera vez.

Absolutamente podríamos volver a intentarlo, pero tengo ganas de que se marche. Una picazón por una merecida privacidad. Contrariamente a la creencia popular, en realidad valoro mi tiempo a solas, incluso si podría gastarlo mejor con partes del cuerpo enterradas en chicas que habían estado casi desnudas en la portada de una revista en algún momento de sus vidas.

No me malinterpretes; Lacey es el tipo de chica con la que no piensas dos veces antes de acostarte cuando sólo quieres divertirte. Por eso follamos como conejos durante los últimos treinta minutos sin pausa, después de que la bajé en el ascensor de camino hasta aquí.

Tal vez me había sentido generoso, o tal vez estaba de humor, pero la verdad es que sólo quería hacerla callar. Quiero decir, lo entendí las primeras doce veces: estuvo en la portada de una revista.

Pensé que se suponía que el trece era un número de suerte, no un mal augurio.

—No puedo —respondo finalmente, lavándome las manos mientras me miro en el espejo. Tengo una fea división en el centro de mi labio inferior hinchado. Esta noche al otro chico no le fue tan bien como a mí—. Tengo un vuelo temprano.

Nuestro vuelo no sale hasta el mediodía, simplemente no quiero que se quede.

Cruzando los brazos sobre mi pecho desnudo, me apoye contra el marco de la puerta y la observo acurrucarse debajo de las mantas. Sí, definitivamente no sucederá.

—Probablemente deberías irte.

Levantando su vestido del suelo, lo sostengo frente a mí para que no pueda ver la expresión que estoy poniendo. Tengo camisetas más grandes que esta. No me malinterpretes, le queda genial. Tuve un vistazo a las tetas y al culo en el momento en que ella pasó junto a nuestra mesa y me miró con ojos de *folláme*.

Se lo lanzo. Eso es todo lo que tiene. Sin brasier, sin bragas.

Joder, esa debería haber sido mi advertencia, ¿no?

Me subo los boxers por las piernas y pongo las manos en las caderas, mirándola. *Espera*. Ella no está haciendo nada, solo me mira con sus ojos azules muy abiertos. Parece tener la impresión de que cuanto más grandes haga esas cosas, más fácil me va a convencer. Ni siquiera puedo empezar a decirle lo equivocada que está.

Me rasco el cuero cabelludo. Balanceándome sobre mis talones, golpeo mi puño en mi palma un par de veces, hago clic con mi lengua y espero a que ella haga algo.

Esto es tan jodidamente incómodo.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche? —Su voz tranquila finalmente chirría.

Otra vez esa pregunta. Siempre es lo mismo. No sé por qué. ¿Es porque realmente quieren quedarse, o porque cada mujer con la que me meto guarda secretamente la esperanza de que sean ellas las que cambien las costumbres de Carter Beckett y le hagan querer sentar cabeza? A veces pienso que hay una quiniela con un premio para quien sea la chica ganadora.

Oh espera, la hay. El premio es el salario de ocho cifras del capitán de los Vipers de Vancouver.

Mi respuesta es la misma de siempre.

—No hago fiestas de pijamas.

—Pero yo... —Su barbilla tiembla, su mirada llorosa tiembla. Por el amor de Dios. No puedo con las lágrimas. Nos conocimos hace dos horas, ¿por qué llora?

—Pensé que nos llevábamos bien. Pensé que tal vez... pensé que te gustaba.

—Me gustó pasar el rato contigo esta noche —logro decir, pasando una mano por mi nuca. El sexo fue un sólido siete sobre diez—. Estuvo muy divertido.

Con el tiempo pasado pretendo enfatizar que esto se acabó, aquí es donde nos separamos y probablemente nunca nos volveremos a ver, pero en cambio, tiene el efecto contrario.

Un amplio y brillante rayo se extiende por su rostro.

—Tal vez podríamos tener una cita.

Oh, por el amor de...

Resisto el impulso de golpearme con la palma de la mano. En realidad, no lo hago. Arrastro esa mierda por mi rostro en cámara lenta antes de volver a frotarla, mientras reprimo un gemido. Puntos por eso.

—Nosotros vivimos en diferentes países. —Mierda, ni siquiera estamos en la misma costa. Literalmente no podríamos estar más separados. Ella está en Florida, yo estoy en Vancouver.

—Bueno, tal vez podría... venir a Van...

—No. —La irritación pica en la parte posterior de mi cuello, mi mandíbula se aprieta cuando me doy la vuelta y encuentro los pantalones que me saqué junto a la puerta de la habitación del hotel en el momento en que llegamos aquí. Saco mi teléfono y abro la aplicación de Uber—. No tengo citas. Lo lamento. No estoy buscando nada serio en este momento.

Honestamente, no entiendo cómo esta es una conversación que todavía necesito tener. No soy tímido con mi vida personal.

No, eso es mentira. Nadie sabe una mierda sobre mi vida personal, excepto mis compañeros y mi familia. ¿Pero esas horas entre partidos y desmayarme solo en mi cama? No me avergüenzo de esas horas. Me fotografian con diferentes mujeres cada fin de semana. Las chicas saben en lo que se están metiendo conmigo. Incluso hay blogs. Aquellos en los que se quejan de que las trato como si fueran una aventura de una noche mientras esperan un segundo paseo en mi palo.

Pero eso es lo que son, todas ellas. Aventuras de una noche. Saben que lo hacen, pero siempre salen decepcionadas cuando así es *exactamente* como se desarrolla.

Meto mi teléfono en mi bolsillo y vuelvo a concentrarme en la mujer en mi cama temporal. Ella está tocando la sedosa tela roja en sus manos, mirándome.

—Te pedí un Uber —le digo—. Estará abajo en cinco.

Su boca de abre, por la sorpresa o por la necesidad de discutir, no estoy seguro. Todo lo que sé es que necesito que se vista para poder sacarla de aquí y tener un poco de paz y tranquilidad antes de que mi cabeza explote.

—Mira, Lauren...

—Lacey.

—Lacey, claro, lo siento. Mira, Lacey, la pasé muy bien contigo esta noche, pero ya se acabó. Viajo demasiado para mantener algo serio.

—¿Entonces es esa la única razón? —Desliza su mano en la mía y me deja sacarla de la cama. Mi mirada desciende por su cuerpo porque no estoy ciego, es un puto cohete, toda extremidades largas y bronceadas, un torso asesino y un pequeño estómago apretado—. ¿Porque no tienes tiempo con tu agenda de hockey?

—Sí —miento—. No tengo tiempo. —Supongo que podría hacer tiempo. Si estuviera interesado. Pero no lo estoy. Nunca me intereso.

—Oh. —Al menos, parece apaciguarla. Quizás eso la haga sentir menos cohibida. No lo sé y no me importa particularmente. Las únicas mujeres que me importan son mi mamá y mi hermana. Y Cara, supongo—. Bueno, ¿puedes darme tu número?

Joder, no.

—No doy mi número.

Antes de que pueda responder, la puerta de mi suite emite dos pitidos y se abre.

—¿Aún estás despierto, Beckett? Quiero jugar un videojuego rápido antes... *oh, joder*. —Mi compañero de equipo y mejor amigo, Emmett Brodie, se detiene en el borde de la habitación, sus ojos saltan entre Laaa... Lacey y yo. Él levanta una mano, protegiendo su vista. Supongo que cree que Cara podría castrarlo si mira siquiera a otra mujer. Para ser justos, podría hacerlo. Es una chica feroz.

—Por eso me quedo con Lockwood.

Sí, ha estado haciendo eso durante aproximadamente un año. Emmett y yo solíamos compartir habitación todo el tiempo antes de que conociera a Cara. De vez en cuando lo convenzo para que lo vuelva a hacer. Pero él y Lockwood tienen relaciones serias, así que supongo que no les gusta tener el riesgo de tener chicas desnudas al azar en su habitación mientras estamos de viaje. Lo entiendo. Creo. Quiero decir, no sé nada sobre relaciones, sean serias o no.

—Ella ya se va —le digo a Emmett, asomándome por su protector de manos para mirar a Lacey. Todavía está desnuda. Y tampoco parece importarle una mierda que Emmett esté parado aquí. De hecho, su mirada baja por su cuerpo y luego vuelve a subir.

Esa es la cosa. A las chicas (chicas normales y chicas que han estado en la portada de *Maxim*) les importa una mierda con quién se acuestan mientras él esté en la lista y gane millones. Por eso se les llama conejitas del disco, saltan de un jugador a otro.

—Tu Uber está aquí —le digo a Lacey—. Quizás quieras vestirme, cariño.

—Bueno, yo...

—Él tiene novia y no me interesa. —La molestia corta mi tono y hace que mi mandíbula se contraiga. Quiero jugar *COD*¹ con mi amigo y desmayarme contra mi almohada. Ella tiene que irse.

Lacey parpadea hacia mí. Finalmente, se pasa el vestido por la cabeza y la seda roja cubre perfectamente sus estrechas caderas. Joder, ella está buena. Puede que no recuerde su nombre cuando salga por esa puerta, pero lo recordaré.

—¿Puedo darte mi número? De esa manera podrás llamarme la próxima vez que estés en la ciudad, o si cambias de opinión y quieres que viaje en avión...

—Claro —corto, interrumpiéndola, porque por favor no termines esa frase. Hago un gesto hacia la libreta de papel y el bolígrafo del hotel que están sobre la mesita de noche, porque estoy seguro de que no la dejaré tocar mi teléfono. Lo último que necesito es un ligón en fase cinco me envíe

¹ Abreviación del videojuego *Call of Duty*.

mensajes o que mi número circule por Internet. Nunca se lo doy a las chicas—. Escríbelo.

Los ojos de Emmett se abren, la comisura de su boca se curva con una sonrisa mientras pasa a mi lado, dirigiéndose al baño.

Lacey me sigue hasta la puerta y la abro. Se detiene allí y me mira como un cachorro perdido. Puede hacer pucheros todo lo que quiera, no me la llevaré a casa conmigo.

—Bueno, gracias... por esta noche. Ojalá te vuelva a ver.

—Con un poco de suerte. —Improbable.

Su sonrisa es tan brillante que casi me siento mal. Pero luego se inclina para besarme en los labios y giro la cabeza en el último momento. Consigue besarme en la mandíbula.

—Adiós, Lauren. —Giro la cerradura cuando la puerta se cierra de golpe.

—¡Lacey! —grita desde el pasillo.

Emmett entra, temblando de risa.

—Eres un idiota, Carter.

Lo sigo hasta el sofá mientras pone el videojuego en la Xbox y me hundo en el extremo opuesto mientras ajusto los trastos.

—No lo entienden. No busco una relación. —Agarro la caja medio vacía de galletas Oreo de la mesa de café, aparto una y lamo el glaseado—. ¿Por qué todas las chicas creen que encontrarán un novio a través de una aventura de una noche?

—¿Entonces estás cagando en sus esperanzas y sueños de una vida feliz con un hombre que las ama?

¿Esperanzas y sueños? ¿Qué carajo?

—Cara te está convirtiendo en un malvavisco. Pueden tener esperanzas y soñar todo lo que quieran, pero no conmigo.

—¿Porque nunca sentarás la cabeza?

Levanto un hombro y lo dejo caer.

—No lo sé. Tal vez no. No pronto.

Se ríe y sacude la cabeza mientras me arroja un control.

—Un día, una chica entrará en tu vida y pondrá todo tu mundo patas arriba y no sabrás qué carajo hacer contigo mismo excepto arrodillarte y rogarle que nunca se vaya.

Mi cabeza se mueve mientras me meto otra galleta a la boca.

—Y ese será el día en que sentaré la cabeza.

2

CAMA › SEXO

Carter

La desventaja de los viajes internacionales de invierno es cien por ciento el impacto brutal que sufre su sistema cuando se regresa a su hogar en la Columbia Británica a mediados de diciembre después de haber pasado unos días en Florida y Carolina del Norte.

Estamos al borde de una congelación profunda, a caballo entre esa línea de cero grados Fahrenheit. A pesar de que es muy inusual en la costa oeste, técnicamente ni siquiera es invierno todavía. Vivo en el norte de Vancouver, donde suele ser *un poco más* parecido al típico invierno canadiense, pero nada como esto. Se siente como un mal presagio, pero normalmente elijo ignorar las señales obvias.

Aun así, hace jodidamente frío, me estoy recuperando de una resaca, hoy pasé cinco horas y media en un avión jugando euchre² con mis compañeros de equipo y perdí todos los malditos juegos excepto uno. Hoy es uno de esos raros sábados en los que el hockey no existe para nuestro equipo, y en lugar de pasarlo en casa en con una sudadera mientras me sumerjo en un maratón de Disney y una pizza XL, estoy caminando en una noche ventosa, dirigiéndome a una jodida fiesta sorpresa de cumpleaños.

—Estoy jodidamente perdido, hombre. —Gimo, metiendo las manos un poco más en los bolsillos de mi abrigo de lana mientras camino por la acera, usando mis dientes para subirme la bufanda hasta la barbilla.

—Joder, lo mismo —Garrett Andersen, mi extremo derecho, balbucea con el acento de la costa este como cuando está cansado o borracho. Ahora mismo es lo primero—. Estuve a punto de decir que no, pero lo pensé mejor. —Se agarra la entrepierna—. Me gustan mis pelotas justo donde están, muchas gracias.

Su preocupación no se me escapa. La cumpleañera nos ha amenazado en varias ocasiones con castrarlos por delitos mucho más dóciles. Su lado

² Juego de naipes.

malo es el último lugar donde quiero estar en el cumpleaños número veinticinco de Cara. Ya da bastante miedo, y ahora nos hemos perdido esa parte en la que saltas y gritas “¡Sorpresa!”. Cuento con que ya haya bebido tres tragos y esté lo suficientemente feliz con la bolsa de regalo rosa brillante colgando de mi antebrazo como para olvidar que está enojada con nosotros.

—Y todos sabemos que no pierdes la oportunidad de mojar tu palo — agrega Garrett, inclinando la cabeza hacia el bar al que nos dirigimos.

Normalmente no, pero estoy jodidamente cansado. Ya he decidido salir temprano para regresar a casa y dormir en la cama que he extrañado durante las últimas cuatro noches, sin un lugar cálido donde enterrar mi polla. La idea de dormir en mi propia cama es una idea demasiado buena para dejarla pasar. Llámame loco, pero ningún sexo vale una buena noche de sueño cuando realmente lo necesitas.

—Tal vez voy a ser un buen chico esta noche. —Es la respuesta que le doy a Garrett, la comisura de mi boca se levanta cuando pone los ojos en blanco—. Puedo guardarlo en mis pantalones por una noche.

Pasa por delante de mí y cruza la calle cuando aparece un espacio entre el tráfico.

—¡Lo dudo!

—Ups —murmuro cuando *accidentalmente* golpeo mi codo en su costado mientras paso junto a él, alcanzando la puerta. Con una sonrisa, la mantengo abierta y le hago un gesto para que siga delante de mí.

El bar tiene el aspecto que esperaba, de un color rosa jodido y repleto de cosas. Por lo general, disfruto del caos, razón por la cual mi columna se endereza ante las risas escandalosas y la música alta, pero solo quiero sentarme en un rincón del bar con mis compañeros de equipo y tomar una cerveza fría o dos.

Además del rosa, hay mucho dorado y flores. Gracias a la mierda por la mejor amiga de Cara, porque estábamos casi a cargo de la decoración hasta que Emmett nos dijo que ella se había encargado del asunto. No la conozco, pero debe ser bastante valiente para encargarse voluntariamente de la decoración de una fiesta cuando la cumpleañera dirige su propio negocio de planificación de eventos. Decepcionar a Cara nunca es algo de lo que quiera ser responsable, por la castración antes mencionada.

—¡Gare-Bear! ¡Carter!

Inmediatamente después del chillido, un cuerpo se lanza a mis brazos, sacando el aire directamente de mis pulmones mientras sus largas extremidades me rodean.

—Feliz cumpleaños, Care —canto mientras la bronceada cumpleañera se desliza por mi cuerpo antes de aplastar a Garrett en un abrazo.

Cara mira el pequeño bolso rosa que tengo en las manos, rebotando sobre las puntas de sus tacones altísimos.

—¡Oooh, dame-dame!

—Ah-ah —chasqueo, alejando la bolsa de ella—. ¿Dónde están tus modales?

Sus ojos azules se ponen en blanco mientras levanta un lado de la cadera.

—Dame mi maldito regalo, *por favor*.

Resoplé una carcajada y se lo dejé en sus codiciosas manos.

—De Gare-Bear y de mí.

Le guiño un ojo a Garrett, porque el rostro poco impresionado que pone, sus cejas fruncidas y su ceño fruncido me dicen lo que ya sé, las únicas personas que se salen con la suya con ese apodo son sus hermanas pequeñas y Cara.

Cara no pierde el tiempo rompiendo la bolsa y tirando el papel de seda sobre su hombro. Al abrir la pequeña caja de terciopelo que hay dentro, chilla. Saca la cadena de platino, de la que cuelga la letra C con incrustaciones de diamantes, y la sacude en mi rostro.

—¡Pónmelo, pónmelo!

La observó como gira, apartando sus sedosos mechones dorados hasta la cintura de su espalda y sobre su hombro. Mis cejas suben lentamente por mi frente mientras mis ojos siguen la curva de su columna hasta su culo redondo. *Vestido sin espalda. Lindo.*

Mira, ella es una de las chicas de mi mejor amigo. Nunca, jamás la tocaría, pero soy un hombre con dos ojos. Puedo apreciar a una mujer guapa sin el deseo de actuar en consecuencia.

Garrett me da un codazo en la caja torácica, haciéndome desplomarme con un ¡cof!, arrebató el collar de la mano extendida de Cara y se lo fija alrededor del cuello.

Ella todavía está chillando, con las manos juntas mientras salta hacia adelante besándonos la mejilla a los dos. Enlaza sus brazos con los nuestros y nos guía hacia el bar.

—Ustedes lo van a pasar muy bien, lo sé. Mis amigos son increíbles, especialmente mi mejor amiga. ¡No puedo esperar a que la conozcan! —Me dirige una mirada que me dice no diga tonterías incluso antes de empezar—. Necesito que te portes lo mejor posible esta noche.

Lanzo mis manos al aire.

—¿Qué carajo significa eso?

—Sabes lo que significa. No intentes nada raro con Liv.

—¿Quién es Liv?

Se burla.

—¡Olivia! ¡Mi mejor amigo!

—Ohhh, claro, claro. Ella. —De alguna manera me las arreglé para evitar conocerla durante un año, lo cual probablemente sea lo mejor y definitivamente a manos de Emmett. Mencionó algo como que si me la follo una vez y le rompo el corazón, lo que de alguna manera termina con Cara dejándolo y todo siendo mi culpa. Así que supongo que no tengo permitido tocarla ni nada por el estilo.

Por mí está bien, al menos por esta noche. Tengo un montón de solicitudes de mensajes en mi bandeja de entrada de Instagram de Lacey que me recuerdan exactamente por qué debería tomarme una o dos semanas libres de las mujeres. Es difícil olvidar su nombre cuando envía trece malditos mensajes en una sola hora, la cantidad exacta de veces que mencionó estar en la portada de *Maxim*. ¿Coincidencia? Demonios, no.

Cuanto más lo pienso, más agotado me siento con la idea de entretener a alguien más esta noche. Solo consolida aún más la idea de ir a casa y desmayarme con un paquete de galletas Oreo.

Cara nos deja con la promesa de alcanzarnos más tarde, bailando por la pista hacia un grupo de chicas, y Garrett y yo encontramos al resto de nuestros rebeldes compañeros acurrucados en un rincón. Por lo que parece, que ya han bebido la mitad de lo que tenían, los copas caen por el suelo mientras golpean sus vasos, riéndose a carcajadas. No hay nada como un sábado libre para mis chicos.

—¿Cómo lograron ustedes dos perderse la sorpresa? —Adam Lockwood, nuestro portero, me da una palmada antes de llevarse la cerveza a los labios—. Bastardos suertudos.

Capto la mirada y la boca del camarero de *Mill Street*. Asintiendo, comienza a llenar una pinta de cerveza.

—Me quedé atrapado en casa de mi mamá —le explico, quitándome el abrigo—. No estoy seguro de que eso sea mejor.

Cometí el error de parar en casa de mi madre inmediatamente después de aterrizar. Ella es una de esas personas que de repente recuerda todo lo que olvidó decirme cuando llega el momento de irme, y nunca puede esperar hasta una llamada telefónica al día siguiente. *Nunca* deja de hablar. Eran las siete cuando finalmente me fui y todavía tenía que ir a casa y ducharme.

—Eh, Woody. —Le doy un empujón a Adam—. ¿Dónde está tu chica? —Quito mi cerveza de la barra y me doy cuenta de que extraño a la pelirroja que normalmente cuelga de su brazo. Excepto que ella no ha estado

haciendo eso mucho últimamente. Ahora que lo pienso, no recuerdo la última vez que la vi.

Se pasa una mano por sus rizos oscuros y se aclara la garganta.

—Ah, Court tenía otros planes. Cara se está portando bien, pero puedo decir que no está muy contenta.

No tengo tiempo para comentar sobre la ausencia de su novia otra vez, y sobre un evento que ha estado preparándose durante al menos dos meses, porque una mano pesada me golpea el hombro y mi cerveza se derrama por el costado de mi vaso.

Sé que es Emmett en el momento en que me envuelve en uno de sus sofocantes abrazos de oso. Y sé que está borracho en el momento en que sus palabras arrastradas, calientes y con un fuerte olor a bourbon, recorren mi mejilla.

—Llegas tarde.

—Lo siento amigo. —Le revuelco el cabello rápidamente, sobre todo porque es divertido irritar a un tipo tan grande y corpulento—. ¿Un poco borracho, grandullón?

Aparta mi mano de un golpe y centra su atención en la fiesta.

—¿Cara ya te dijo que no puedes acostarte con ninguna de sus amigas?

Un gemido retumba en mi pecho mientras mi cabeza rueda hacia atrás.

—Sí —me quejo. Mi mirada recorre el amplio bar, a través del mar de personas que se mueven juntas en la pista de baile—. Es un punto discutible. No lo siento... uh, no... —Las palabras mueren en la punta de mi lengua mientras una inyección de deseo baja por mi estómago cuando mis ojos se posan en ella—. No... esta noche. —Las yemas de mis dedos se levantan de mi vaso mientras hago un gesto con el.

—La cosa.

—¿Perdón?

Miro a Emmett, luego vuelvo a ella. Olvidé de qué estamos hablando, pero nada puede ser tan importante como la pequeña y hermosa morena bailando con Cara.

Si soy honesto, *bailar* es una definición demasiado vaga para describir la forma en que esas dos se mueven juntas. No sé cómo llamarlo, pero, *jódeme*.

Cara envuelve un brazo protector alrededor de su pequeña amiga, acercándola más, y mi mandíbula se desquicia mientras las veo moverse juntas.

Mis ojos siguen cada línea de su cuerpo, cada movimiento, mientras la cosita deslumbrante arroja su cabello oscuro sobre su hombro y arrastra su lengua sobre su labio superior. Levanta los brazos en el aire e inclina la cabeza hacia un lado para escuchar lo que Cara le susurra al oído. Observo con gran atención cómo su cabeza cae hacia atrás y su rostro estalla en risas.

Estoy en trance, cautivado y obsesionado. No puedo apartar la mirada, y cuando las manos de Cara agarran la cintura de su amiga, deslizándose en cámara lenta hasta sus caderas, lucho contra un gemido, porque creo que quiero hacer eso.

—Ni lo pienses, Carter.

Me las arreglo para apartar la mirada y mirar a Emmett.

—¿Qué?

—Dije, ni siquiera pienses en eso. —Su cabeza se mueve—. No. No ella.

¿No ella? ¿Ella quién? ¿Quién es ella? Mis ojos la encuentran de nuevo cuando un hombre que no reconozco la atrae hacia su pecho.

¿Novio? Mierda.

Un ruido triunfante vibra en el fondo de mi garganta mientras la veo darle una sonrisa tímida, sacudiendo la cabeza, su boca diciéndole, “No, gracias”, antes de soltar su mano, dándole la espalda a él y a mí.

Y dulce, santo infierno, ese trasero. Hombros color crema que guían el camino hacia abajo por una columna lechosa bajo la luz estroboscópica de las luces de arriba. La caída de su cintura se suaviza con la dulce curva de sus anchas caderas. Su falda de cuero negro está tan ajustada, abrazando cada borde de ella, que tengo que preguntarme cómo diablos se la puso y cómo diablos se la quitaré más tarde.

Tijeras, decido. Se lo cortaré y luego le pasaré la factura por uno nuevo.

Garrett se acerca, toca mi barbilla con sus dedos y cierra mi boca.

—Cristo, Beckett. ¿Estás bien?

Agito una mano en su dirección, todo enloquecido.

—Amigo. —Eso es todo lo que tengo. ¿No lo están viendo?

Garrett sigue mi mirada y tararea apreciativamente, pero Emmett lo arruina poniendo los ojos en blanco que, de alguna manera, es audible.

—Lo digo en serio, Carter. Cara te dará de comer hasta tus pelotas si la tocas.

—Puedo manejar a Cara.

Emmett resopla, Garrett se ríe y Adam se golpea el pecho con el puño mientras tose. Nadie puede manejar a Cara. Ni siquiera Emmet. Cara ni siquiera puede manejar a Cara la mitad del tiempo.

Me aclaro la garganta y me llevo el borde del vaso a los labios.

—¿Cómo se llama?

Emmett sigue negando con la cabeza como un idiota.

—No. No te lo dire.

Observo cómo se quita el cabello de la frente húmeda y pasa sus rizos oscuros y sueltos sobre el hombro. Tira del hombro de Cara y se levanta sobre las puntas de sus pies para susurrarle al oído antes de darse la vuelta, caminando por el suelo, moviendo las caderas hacia adelante y hacia atrás antes de subirse a un taburete de la barra (con gran esfuerzo) y sonreír al barman. Cuando él le acerca una cerveza con un guiño, ella se sonroja y desvía la mirada. Lindo.

Estoy extrañamente cautivado por la forma en que pasa una pierna sobre la otra y se lleva el vaso a la boca, bebiendo casi la mitad de un largo trago como si fuera su trabajo diario, y me levanto un poco más cuando comienza a escanear el lugar... Pasa por encima de mí y luego pasa a mi lado.

Luego regresa hacia mí.

Un calor carmesí sube por su cuello y pinta sus mejillas cuando se da cuenta de que la estoy mirando, así que le muestro mi característica sonrisa torcida, metiendo mis hoyuelos hasta el fondo y me río cuando su cabeza gira. Ella fija su mirada en la pantalla del televisor y rápidamente comienza a fingir que no me ha visto.

—Lo descubriré yo mismo. —Le doy una palmada en la espalda a mi amigo y les guiño un ojo a mis compañeros de equipo—. Disculpen, muchachos.

—Bien. Buena suerte, Beckett. —Emmett ahoga su risa exasperada en su bebida—. Te garantizo que ella no comprará lo que estás vendiendo. Nunca la conseguirás.

¿Nunca lo conseguiré? Improbable. Soy el capitán de nuestro equipo de hockey y uno de los jugadores mejor pagados en toda la historia de la NHL. No puedo ir al supermercado sin obtener un número de teléfono o una propuesta, por eso ahora utilizo un servicio de entrega de comestibles.

Pongo una palma sobre mi pecho y camino hacia atrás con una sonrisa.

—Sabes lo que siento por los desafíos.

No entiendo su frase cuando le doy la espalda, solo las palabras *funeral* y *pelotas en una sopa*, que definitivamente dan miedo.

Pero no lo suficientemente aterrador como para disuadirme.

3

LAS PRIMERAS VECES APESTAN

Carter

Hay una gran cantidad de calor saliendo de su cuerpo cuando me acerco sigilosamente a su lado, y le doy crédito al sonrojo que todavía lleva, la única señal reveladora de lo cerca que estoy de ella.

No puede *no* saberlo, pero seguro que hace un buen trabajo actuando como si no tuviera idea de que estoy aquí, fingiendo estar interesada en el comercial de televisión. Es uno de esos anuncios de SPCA con Sarah McLachlan y un montón de lindos cachorros, y parece que la está matando seguir viéndolo. Una mirada a la cosita me hace considerarla del tipo que llora cuando ve esto. Lo sé porque mi mamá y mi hermana lloran todo el tiempo. El año pasado, mi hermana me robó la tarjeta de crédito y donó mil quinientos dólares.

Con un tarareo, me hundo en el taburete junto a ella, y cuando abro las piernas, mi muslo roza el de ella. Intenta con todas sus fuerzas no permitirlo, pero su mirada cae lentamente hacia la conexión, y creo que es increíble que pueda sonrojarse más de lo que ya está. Observo cómo el color rojo rubí se extiende por sus mejillas mientras vuelve a concentrarse en la televisión.

No sé a qué juego está jugando, pero yo estoy dentro. Puedo mirarla fijamente todo el maldito día.

Dejo caer el codo en la barra y la barbilla en el puño, con la intención de estudiar su hermoso rostro más tiempo del que nunca he estudiado nada.

Pestañas largas y espesas enmarcan unos ojos bonitos, cálidos y amplios, como una taza de café expreso. Una leve capa de pecas salpica sus pómulos y baja por su nariz, tan delicada como el resto de ella, y sus labios arqueados, pintados de rojo cereza y doblados hacia abajo en los bordes, muestran el ceño perfecto. Es una pena, se verían increíbles envueltos alrededor de mí.

—¿Qué?

Mis cejas se arquean ante su tono mordaz, la aguda inclinación de sus ojos mientras me mira fijamente.

Sus pestañas revolotean mientras sus ojos se cierran por un momento, y deja escapar un suspiro silencioso fuera de sus labios como si necesitara un segundo para controlarse.

—Lo siento. —Se disculpa después de un momento, moviéndose en su asiento—. No quise ser grosera. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

Levanto mi bebida a mis labios.

—No.

Se gira en mi dirección y empuja mis rodillas a un lado con las suyas.

—¿No? ¿Viniste aquí para mirarme?

—Más o menos. —Observo el profundo escote de su top negro de encaje y noto su pecho agitado. Cristo, ella es increíble. La arrogancia se hincha en mi pecho cuando descubro que también me está mirando—. ¿Puedo invitarte a una copa?

Se sacude en su asiento, demasiado perdida evaluándome, pero se recupera rápidamente con un ligero movimiento de cabeza. Creo que es más para ella, que para mí.

—No, gracias. —Se lleva la cerveza a la boca para dar otro largo trago, con la lengua asomando para pasar la gota de líquido ámbar que se adhiere a su labio superior cuando se aleja—. Ya tengo una.

—Una vez que hayas terminado, entonces. —Lo cual será en aproximadamente diez segundos por la forma en que ella ha estado bebiendo esa cosa.

—Puedo comprar mis propias bebidas —espeta antes de susurrar un silencioso—, pero gracias. —Como si eso borrara el aguijón de su tono. Sus dedos tamborilean en la madera mientras sigue bebiendo, sus ojos flotando alrededor de la barra como si pudiera desaparecer si no me mira, y no estoy seguro de por qué, pero sonrío.

—No estaba insinuando que no pudieras. Simplemente quise decir que me gustaría comprarte una y sentarme aquí a tu lado mientras bebes.

—Bien, pero ya lo estás haciendo —señala, inclinando la cabeza hacia un lado mientras me inspecciona con una dosis tan saludable de sospecha que estoy dispuesto a admitir un crimen que ni siquiera cometí.

Una risa se escapa de mi garganta, junto con la palabra *mierda*. Ella no debe saber quién soy.

—¿Cómo conoces a Cara?

—Es mi mejor amiga —responde friamente, como si preferiría estar en cualquier otro lugar en lugar de sentarse aquí hablando conmigo.

Ah, la escurridiza mejor amiga. Ahora sé por qué Emmett me dijo que me mantuviera alejado.

Ella gira en su taburete, escaneando la barra, buscando a Cara, supongo. Si no es así, simplemente está tratando de no mirarme. A cualquier lugar menos a mí, por la forma en que sus ojos se mueven por encima de mi hombro, alrededor de la forma de mi cuerpo.

—¿En serio? Lástima que no nos hayamos conocido antes, ¿eh? Cara te ha estado manteniendo para ella sola. —Levanto dos dedos para señalar al camarero y luego señalo el vaso de mi nueva amiga—. ¿Cómo te llamas? —Estoy bastante seguro de que Cara ya me lo dijo, pero entonces no me importó. Me importa ahora.

Resopla con cautela cuando su nueva cerveza aparece frente a ella. Sé que le gusta la cerveza, así que no debe querer darme ni la hora del día. Sólo me hace desearla más.

—No tenías que hacer eso —murmura—, pero gracias.

Resisto la tentación de reírme, porque no veo que eso me gane ningún punto. Esta batalla interna que está librando, atrapada en algún punto entre arrancarme la cabeza de un mordisco y ser educada, es entretenida de ver.

Y todavía estoy esperando su nombre, así que me siento aquí en silencio, bebiendo mi cerveza, porque estoy obligado a decir algo estúpido y arruinarlo si abro la boca ahora mismo. Me han dicho que me falta filtro, algo que tiene la mayoría de la gente corriente. Pero no soy normal, soy Carter Beckett.

Otro suspiro, como si estuviera resignándose al hecho de que no voy a levantarme y marcharme simplemente porque ella no cede fácilmente. Odio decir esto, pero nunca tuve tantas ganas de quedarme quieto.

—Olivia. —El nombre flota suavemente a través del espacio entre nosotros, y tarareo en voz baja mientras le doy vueltas en mi cabeza, probándolo allí primero.

—Encantado de conocerte, Olivia. Puedes agradecerme por esa cerveza más tarde si quieres. —Le guiño un ojo y abro las piernas para ponerme cómodo.

Sus ojos marrones bajan, siguiendo el movimiento, y suelta una carcajada. No creo que una chica haya burlado nunca delante de mí. Es extrañamente... ¿entrañable?

—Preferiría enterrar todo mi rostro en una montaña de nieve en el frente. —Otro sorbo antes de que levante su vaso en señal de reconocimiento—. Voy a conservar mi bebida, simplemente porque no desperdicio una buena cerveza, y vas a aceptar el agradecimiento verbal que te di hace un minuto.

Oooh, creo que me gusta. Jugar con fuego siempre es divertido, y cuanto más juego, más me doy cuenta de que Emmett tenía, *me atrevo a decirlo*, razón. Parece que tendré mucho trabajo para el futuro. Estoy preparado para el desafío. Joder, ha pasado mucho tiempo desde que tuve que trabajar para llevar a alguien a la cama. Odiaría dejar que todos mis talentos se desperdicien, y no puedo imaginar a alguien más digno de ese esfuerzo que la atrevida morena que todavía me mira con el ceño fruncido.

—No sabes quién soy, ¿verdad?

Los ojos oscuros de Olivia exploran mi rostro por encima del borde de su vaso.

—Créeme —comienza lentamente, con un toque de diversión en su tono mientras se inclina hacia mí—. Sé exactamente quién eres.

—¿Y quién es ese, cariño?

—Carter Beckett. —No estoy seguro de haber escuchado los dos nombres pronunciados tan claramente, y no sé si hacer pucheros o reírme por la forma en que se gira para volver a centrar su atención en la televisión, como si no le importara una mierda quien soy—. Capitán de los Vipers de Vancouver. Y puedes tomar ese “cariño” y metértelo en el culo.

La cerveza se desliza por el tubo equivocado y toso una vez, golpeándome el pecho con el puño. Puede que me esté ahogando, pero lo veo ahí mismo, en la comisura de su boca, el atisbo de una sonrisa, y eso sólo me anima.

—No eres fanática del hockey, ¿eh?

—Me encanta. Jugó durante quince años.

Mis cejas se alzan.

—No jodas. —Mi pulgar se desliza por mi mandíbula ante la idea de jugar con una chica que tiene un conocimiento decente del concepto de hockey, y mucho menos con una que jugó ese juego—. ¿Liga doméstica?

Resopla de nuevo. Es jodidamente adorable.

—Está bien. Lo tomaré como un “*demonios, no*”. —Mi mirada recorre sus curvas, la longitud de sus pantorrillas tonificadas, sus tacones negros de tiras—. Eres una cosita diminuta. Debes haberte sacudido allí afuera.

—No se preocupe, señor Beckett. Puedo defenderme.

—Pasaste algún tiempo en el área de penalti, ¿verdad?

—Casi tanto tiempo como tú —responde con un toque de deleite, esos ojos color chocolate brillando con alegría mientras se mueven hacia la división en mi labio por la pelea que tuve en el juego de anoche.

Mi sonrisa parte mi rostro en dos. Mierda, ella no está ni un poquito interesada en mí.

Me acerco, su magnetismo es irresistible.

—Mi departamento está justo al final de la calle.

—Qué conveniente para ti.

—Es sólo una caminata de diez minutos.

Olivia lleva su cerveza a esos labios besables.

—Muy cerca.

—Puedo conseguirnos un Uber si lo prefieres.

Suelta una risa y se tapa la boca con una mano en un intento de detener la avalancha de cerveza que sale de ella. Estoy fascinado, observándola mientras se frota la comisura de la boca y limpia la barra a su alrededor. La diversión que baila en sus ojos me hace sentir bastante seguro sobre la dirección en la que nos dirigimos esta noche, justo calle abajo, hacia mi departamento.

—Oh, señor Beckett. Eres tan ingenuo como bonito. —Pone su palma sobre mi pecho, dándome una palmadita condescendiente—. El último lugar al que iré es a casa contigo.

—¿Por qué? —Mi rostro se acerca y noto el momento exacto en que su aliento se queda atrapado en su garganta. Su lengua se asoma, mojando su labio inferior, estimulando mi siguiente susurro—. Quiero follarte tontamente. Tal vez te meta en el área de penalización.

El rostro de Olivia se rompe con una carcajada, y es tan linda.

—¿En serio no puedes decirme que ligas con mujeres con líneas como esa?

—No claro que no.

—Me lo imaginaba.

Sonrío.

—Normalmente mi nombre y mi rostro bonito son más que suficientes.

Agarro un rizo suelto, retuerzo ese mechón de color marrón oscuro, con un poco de caramelo enrollado a través de él, y lo hago girar alrededor de mi dedo. Tiene un cabello bonito. Y bonitos ojos. Bonitos labios. Bonitos muslos. Bonitas tetas. Joder, ella es simplemente *bonita*.

Con un suave tirón, la insto a avanzar y sonrío por la forma en que se corre, como si no se diera cuenta de que está cediendo al tirón.

—Podemos llegar allí en ocho si estás dispuesta a ir a caballito. —Mi mirada cae hacia sus piernas y me lamo los labios cuando me encuentro con su mirada inocente y amplia—. Envuelve esas lindas piernas alrededor de mi cintura antes de que las envuelva alrededor de mi rostro.

El calor sale de su cuerpo en oleadas, sus labios se abren en una inhalación escalonada. Olivia retrocede abruptamente, poniendo suficiente distancia entre nosotros para que el aire a mi alrededor se enfríe.

Aclarándose la garganta, saca su teléfono y comienza a hojear Instagram sin rumbo fijo, como si estuviera muerta de aburrimiento.

—Esa idea suena terrible.

—Siento disentir.

Sus ojos brillan con picardía cuando se encuentra con mi mirada.

—Tienes razón. Me duelen los pies por todo este baile. Ir en caballito suena maravilloso. —Sonríe ante la forma en que me rio y luego añade en un tono más sincero—. No tengo aventuras de una noche, Carter.

Bueno, mierda. Eso es todo lo que tengo en mi repertorio.

Me froto el labio inferior con los dientes, observando la forma en que sus dedos golpean su vaso, la forma en que me mira cada pocos segundos para ver si todavía la estoy mirando, el rubor que sube a sus mejillas cuando se da cuenta de que lo estoy haciendo. Su lenguaje corporal, los nervios que la hacen inquietarse bajo el calor de mi mirada, no coincide con sus respuestas sarcásticas y de alguna manera solo la hacen más intrigante.

—Está bien —digo, antes de haberlo aceptado realmente en mi cabeza. Joder, ¿por qué diablos no? Si hay una mujer a la que me gustaría volver a ver, podría ser Olivia—. ¿Por qué detenerse en una sola noche? Tengo la sensación de que eres el tipo de canción que tocaría una y otra vez. —Incluso podría considerar renunciar a mi regla de no quedarse a dormir. Podemos pasar todo el día mañana antes de que se vaya. Golpeo la madera con la palma y muevo la cabeza en dirección a la puerta—. Vamos, hermosa.

Se le desenchaja la mandíbula.

—Estás bromeando.

—Incluso te llevaré a desayunar por la mañana. —Le muestro lo que me han dicho que es una sonrisa particularmente encantadora.

Ella deja caer su rostro sobre su palma, murmurando algo que suena mucho a un *puto imbécil engreído*. La mirada en sus ojos cuando retira su mano me hace dudar si le gustaría reírse o lastimarme. Parece una mezcla de ambos.

—Parece que no me entiendes. —Apura el resto de su cerveza antes de saltar del taburete. Cristo, ella es pequeña. Estoy sentado y todavía soy más alto que ella. Se acerca mucho y se acerca a mi rostro, aunque tengo que mirarla fijamente. Huele bien, como a pan de plátano recién horneado. ¿Eso es raro? Todo lo que sé es que quiero probarla.

—No tengo absolutamente ningún deseo —comienza lentamente, pronunciando cada palabra, supongo que para mí beneficio—, de ser otra

muesca en el poste de tu cama. Estoy segura de que todo este cabello desordenado, lindos ojos verdes, sonrisa torcida y mierda que tienes derrite muchas bragas, pero no las mías.

Mis dedos tienen vida propia, se envuelven alrededor de sus caderas y la empujan entre mis piernas. Sonríó mientras inclino la cabeza, sosteniendo su mirada.

—Entonces lo admites. Piensas que soy lindo.

Olivia pone los ojos en blanco.

—No hay una parte de mí que se sorprenda de que esa sea tu conclusión. —Hace un gesto por encima del hombro—. Puedes tener la chica que quieras. Ve a buscar a alguien más para que llevarle el desayuno.

Bueno, eso no servirá. La oferta de desayuno era exclusiva para ella.

—Pero te quiero a ti —me quejo juguetonamente, tomando su mano y entrelazando mis dedos con los de ella. Es suave y cálida, pequeña, el mío tragándose el de ella, y observa la yema de mi pulgar fantasma sobre su piel cremosa—. Te ves y hueles escandalosamente deliciosa y tienes una célula cerebral en la cabeza cuando se trata de hockey. Me has dicho que me vaya a la mierda al menos de tres maneras indirectas, y no recuerdo la última vez que me sentí tan atraído por alguien.

Su mano se relaja en la mía mientras se acerca un poco más. Su palma roza el borde de mi muslo, las puntas de sus dedos suben por mi brazo antes de rozar su cálido toque por mi mandíbula. Su rostro se levanta al mismo tiempo que el mío baja, y el fuego en su mirada contiene toda la promesa de una noche inolvidable.

Su aliento cubre mis labios, y cuando paso mi lengua por ellos, juro que puedo saborearla.

—¿Alguna vez alguien ha podido decirte que no? —pregunta en un susurro.

Mi pecho se hincha de orgullo.

—Nunca.

Una amplia sonrisa florece en su rostro.

—Bueno, supongo que hay una primera vez para todo.

Mi frente se arruga cuando parpadeo hacia ella, su mano se desliza de la mía mientras se pone fuera de mi alcance.

—¿Qué?

—Disfruta el resto de tu noche —grita por encima del hombro antes de abrirse paso entre la multitud y desaparecer.

Bueno, jodéme. No me gusta esto.

4

VA A SER UN NO

Olivia

Los domingos y las resacas están hechos para dos cosas: la comida chatarra y las siestas.

Lo único que quiero es una hamburguesa con queso grasienta del tamaño de mi cabeza y papas fritas extra grandes. En cambio, estoy sentada en un Starbucks, sorbiendo un café con leche helado a mediados de diciembre como si fuera a morir sin él, mientras como una de esas ridículas cajas de *macros saludables*, todo porque McDonald's no servirá el almuerzo hasta dentro de quince minutos.

Mi mejor amiga, Cara, arquea una ceja perfectamente formada en dirección a mi bebida.

—Hace mucho frío, Liv.

Tarareo alrededor de mi pajita y meto las manos en las mangas de mi suéter.

—Viene el invierno.

—El invierno está aquí —responde, la referencia de *Juego de Tronos* va hacia donde pensé que iría: por encima de su cabeza—. Y estás bebiendo un maldito café helado.

—Café con leche helado —corrijo, picando mi caja de proteínas de frutas y queso. Pincho el huevo duro. En serio, ¿qué es esto? No me gusta. Esto es lo que como de lunes a viernes, no el domingo por la mañana, después de beber la mitad de mi peso corporal en cerveza la noche anterior. Suspirando, coloco la tapa en su lugar. Me rindo. Voy a hacer que Cara me lleve a través del autoservicio de McDonald's en nuestro camino de regreso a su casa.

—No me importa lo que haya en tu bebida, Ollie, solo que esté jodidamente congelada.

Soy bebedora de té, descafeinado. Cara dice que soy una psicópata, pero la cafeína me duele el estómago y me pone nerviosa. Es casi aterrador cuando tomo café. Pero esta mañana lo necesito. Estoy segura de que no estoy funcionando del todo correctamente. Pero también odio el café caliente, así que mis opciones eran limitadas cuando ordenamos hace diez minutos. El barista me miró como si tuviera cinco cabezas y me pidió que repitiera mi pedido.

—Me duele la cabeza. —Hago un puchero, dándole ojos de cachorrito.

El puchero de Cara rivaliza con el mío. Ella empuja el labio inferior tanto como puede e inclina su cabeza rubia.

—Oh, pastelito. Festejaste demasiado.

—Mis pies me están matando. —Necesito un baño o un masaje en los pies. De hecho, enganchó una pierna alrededor del tobillo de Cara y me froto de arriba a abajo por su larga pantorrilla.

Ella me sacude.

—No te estoy frotando los pies. Quizás Em lo haga cuando regresemos.

Hago una mueca.

—No le voy a pedir a tu novio que me frote los pies.

—¿Por qué? —Se mete una uva en la boca—. Tiene buenas manos. Grande. Fuerte. —Levanta las cejas—. *Mágicas*.

—Cosas que no necesito saber. —Le lanzo mi envoltorio de pajita.

Cara se mueve hacia atrás y pasa una pierna sobre la otra. Sus ojos se inclinan mientras me estudia.

—¿Podemos hablar del elefante en la habitación?

Tomo un sorbo de mi bebida. Dios mío, es espectacular. Puede que no duerma durante días.

—¿Qué elefante?

—Elefante podría ser la palabra equivocada. ¿Qué tal una pared de un metro ochenta y cuatro de músculos sexuales, que se parece a un superhéroe de Marvel o a un dios griego?

Mi mirada se desliza sobre el café.

—Tampoco veo eso.

Se toca el interior de la mejilla con la lengua y levantan las comisuras de su boca.

—Carter Beckett es el maldito elefante, Liv.

—Ah. Ese elefante. —Reviso el esmalte de mis uñas—. Ya hablamos de él. —De hecho, logré sacar de mi mente su rostro irritante y narcisista.

—Tenía tres mojitos y cinco tragos de tequila. No recuerdo ni una sola palabra de esa conversación.

No se habló mucho. Fue principalmente Cara quien me hizo una llave de cabeza y me alejó lo más lejos posible de Carter Beckett, capitán de los Vipers de Vancouver, multimillonario y playboy extraordinario. Para su crédito, ella intentó exponer un puñado de razones por las que debería mantenerme absolutamente alejada de él, pero era difícil entenderla a través de los balbuceos y los cocteles que seguía metiéndose cada vez que pasaba un camarero.

—Me dijiste que mantuviera la distancia y te dije que ya la había puesto entre nosotros. —Hubo un momento, uno muy breve con mi mano en la suya, sus penetrantes ojos esmeralda sosteniéndome, en el que podría haberlo... considerado. Tal vez. Culpo al alcohol por los errores que casi cometí.

Carter Beckett es la definición de sexy. Es arrogancia vestido con ropa cara, músculos suaves y fuertes y una sonrisa encantadora, y muy posiblemente el rostro de la clamidia; No puedo estar segura. Estoy segura de que toma precauciones, pero el hombre se mueve como un trotamundos.

Cara apoya la barbilla en el puño.

—Debería haber adivinado que le gustarías.

—¿Yo? No le agrado. Quiere acostarse conmigo. Y no puedo culparte por no adivinar que él querría hacerlo. Soy literalmente lo opuesto a todas las mujeres con las que alguna vez ha sido fotografiado.

—¡No lo eres!

—Lo soy.

Cara juega con su teléfono antes de mostrarme una foto de Carter y una morena de piernas largas, con su brazo alrededor de su cintura mientras ella le chupa el cuello. Puntos de bonificación por lograr de alguna manera caminar por la calle y evitar caer en el tráfico.

—¿Ves? ¡Ambas tienen el cabello castaño!

Pongo los ojos en blanco.

—Y ella mide un metro más que yo, Care. Y ¡oh, mira! —Toco la página de Instagram adjunta de la chica y nivelo a Cara con una mirada poco impresionada—. Ella es una animadora de los Dallas Cowboys.

No voy a sacar la carta de que *soy diferente*, pero la verdad es exactamente esa, no me parezco en nada a las mujeres con las que suele aparecer este hombre.

Si lo que veo en los medios es una indicación, Carter prefiere mujeres que se parecen a Cara, piernas que van directamente al cielo, torsos largos y delgados, cabello liso y sedoso. De hecho, estoy convencida de que la única

razón por la que esos dos no están saliendo es porque son demasiado parecidos, habladores, ostentosos y orgullosos. Suena como una buena manera de explotar una habitación.

—Bueno, como sea. —Pasa una mano por el aire, descartándome—. Entonces eres pequeña. —Se ríe de mi expresión poco impresionada—. Está bien, del tamaño de una pinta. Y está bien, no eres modelo. Pero eres profesora de educación física, así que eso es más o menos lo mismo...

—No se parece ni remotamente a lo mismo.

—Pero eres tan hermosa como ellas. —La forma en que lo dice es bastante convincente, pero ella siempre ha sido mi mayor animadora.

Me acerco a la mesa y le golpeo la nariz.

—Gracias, pero estás sujeta a las reglas de las mejores amigas. Tienes que decir eso. —Un suspiro cansado sale de mis labios mientras miro fuera de la cafetería y a toda la gente, con bolsas de compras colgando de sus brazos.

Cara pasa su brazo por el mío mientras caminamos de regreso por el centro comercial. No sé por qué dejé que me convenciera para ir de compras esta mañana. Debería dejar de dormir en su casa después de haber estado bebiendo. Se abalanzó sobre mí antes de que pudiera recordar mi nombre, y mucho menos dónde está mi columna vertebral, y así es como terminé aquí mismo, comprando en el centro comercial un domingo por la mañana y, lo peor de todo, sin mi resaca en McDonald's.

Ven: malas decisiones alimentadas por el alcohol.

—Tengo hambre —me quejo, doblando mis brazos sobre mi pecho mientras los pulgares de Cara vuelan por la pantalla de su teléfono—. De comida de verdad.

—El momento perfecto, nena. —Guarda su teléfono en su bolso y se levanta—. Emmett ya está levantado y está pidiendo pizza para el almuerzo.

Algo dentro de mí se enciende como una máquina tragamonedas. Podría ser mi estómago.

—¿Con tocino?

—Tocino *extra*.



Cara anuncia nuestra llegada a casa de la misma manera que anuncia su llegada a cualquier lugar: *con estilo*.

Ella extiende sus brazos en el momento en que entramos, arrojando sus seis bolsas de compras al suelo mientras gira.

—¡Estamos en casa, cariño! ¡Liv necesita que le froten los pies!

—No es cierto —respondo, tratando de quitarme las botas.

Amo a Emmett pero sería un poco extraño que el novio de mi mejor amiga me diera un masaje en los pies. Tal como están las cosas, no consigo ponerme bien el maldito calcetín. Está colgando de mis dedos de los pies y estoy saltando por el pasillo sobre un pie hacia el olor a pepperoni y tocino, tratando de arreglarlo.

Odio los calcetines. Odio las botas. Odio el invierno.

Mi rostro se alza, con la nariz en el aire mientras inhalo y me froto el vientre con la mano libre.

—Huele tan bien, Em. Ven con mamá.

Me las arreglo para enganchar un dedo en mi calcetín y pasarlo por encima de mi talón con un *a-ha*, pero mi aterrizaje no es del todo correcto, la lana suave sobre el mármol brillante y resbaladizo resulta ser una idea terrible, espantosa mientras caigo hacia atrás maldiciendo, agito los brazos buscando cualquier cosa a su alcance.

Lo cual resulta ser un par de brazos fuertes. Extra musculoso. Ceñidos. Oooh, estos antebrazos están muy bien. Se envuelven alrededor de mi cintura, atrapándome antes de que mi trasero pueda tocar el suelo, y el calor se extiende desde mi vientre mientras me ponen de pie. Miro fijamente la mano excepcionalmente grande que cubre mi torso, manteniéndome fuerte, y un escalofrío de anticipación recorre mi espalda ante las palabras susurradas contra mi oído.

—Hola, mamá.

Mi mano se desliza lentamente por su antebrazo, notando el marcado contraste donde mis dedos se curvan. Mientras que yo soy lechosa y suave, él es excepcionalmente dorado y firme.

Un aliento caliente recorre mi cuello y cierro los ojos mientras un aroma tentador se arremolina a mi alrededor, notas cítricas mezcladas con el aire libre, como lima y madera de cedro almizclada.

Sé exactamente qué brazos me rodean, qué manos me abrazan, qué labios permanecen en mi mandíbula. Sé todo eso, pero eso no me impide hacer lo siguiente.

Con mi cuerpo todavía encerrado en sus brazos, mi cabeza gira en cámara lenta. Súper lento. Estilo exorcista, incluso. No estoy segura de que alguna vez mi mandíbula haya estado tan baja. Probablemente podría meter todo el puño en la boca si quisiera intentarlo. Mi hermano me desafió

cuando tenía nueve años y lo hice sólo para demostrarle que estaba equivocado.

Cuando veo esos ojos de color verde intenso, esa mata desordenada de ondas castañas, esa sonrisa exasperante, sexy y torcida, hago lo único lógico: grito.

Empujo a Carter Beckett fuera de mí y salgo disparada tan rápido por la cocina que se me parten las piernas. Emmett se lanza hacia adelante, levantándome con un brazo alrededor de mi cintura mientras aúlla de risa, y me duele tanto la ingle que sólo quiero hundirme en el suelo y llorar en paz, con mi pizza, obviamente.

—Ojalá hubiera grabado eso —jadea Cara, secándose las lágrimas que caen libremente por sus mejillas—. Carter, apuesto a que es la primera vez que envías a una chica a correr por las colinas de esa manera. Mierda. Hace un gesto entre Carter y yo con una porción de pizza.

—Eso fue lo mejor.

Se me eriza la piel mientras tomo un plato y me dedico a mis asuntos, intentando, y *fracasando estrepitosamente*, fingir que Carter Beckett no está sobre mi hombro, mirándome elegir mi porción.

El calor de su cuerpo se hunde contra el mío mientras se cierne sobre mí, con la palma de la mano en el mostrador junto a mí, sosteniéndome.

—¿Vas a darte prisa y elegir, enana? El grandullón tiene hambre.

—Estoy determinando qué rebanada tiene más tocino. No me apresures, *grandullón*.

La diversión brilla en sus ojos. Su rostro se hunde, su aliento toca la piel expuesta donde mi hombro se encuentra con mi cuello mientras murmura:

—Ni se me ocurriría apresurarte. Todo lo que quiero hacer es tomarme mi tiempo contigo, Olivia.

—Oh por el amor de Dios. —Me giro hacia Cara y Emmett, apoyando un puño en mi cadera—. ¿Quién de ustedes olvidó decirme que vendría a almorzar?

Cara levanta las manos.

—No tenía ni idea.

Emmett se ríe a carcajadas.

—Joder, no lo hiciste. Te envié un mensaje de texto... —Sus palabras mueren detrás de la palma que Cara le pone en la boca.

La mujer es una fanática del drama, y puedo asumir que esa es la única razón por la que voluntariamente nos puso a mí y a Carter juntos

nuevamente en una habitación. Eso o ella simplemente quiere verme ponerlo en su lugar. Supongo que hay que darle a la gente lo que quiere.

Carter me está mirando, esperando a que reaccione, así que le doy el mayor mordisco que puedo mientras lo miró fijamente a los ojos antes de pavonearme junto a él y hundirme en el sofá. La suerte quiso que se deje caer a mi lado quince segundos después y me muestre una sonrisa.

Sus profundos hoyuelos son absolutamente adorables. Los odio, joder.

Él empuja mi hombro con el suyo.

—Tengo más tocino.

—No lo hiciste. —Me inclino hacia él, examinando su comida. Quiero decir, por si acaso, ¿verdad?—. Maldita sea —murmuro cuando lo veo.

Se ríe en voz baja, coloca su rebanada en mi plato y la reemplaza con una de las que tiene menos tocino. Es un gesto dulce, por eso sospecho. Anoche me compró una cerveza y sonó como si esperara que eso equivaliera a mi boca en una de las partes de su cuerpo más tarde.

—Es sólo un trozo de pizza, Olivia. Si quieres, me lo como.

Protejo mi rebanada en mi pecho.

—Retrocede, Beckett.

Cara arroja un recipiente con salsa para mojar en mi plato mientras pasa. Dejo todo el contenido encima de mis dos rebanadas. Carter observa cada segundo y un lado de mi rostro se sonroja bajo su mirada.

—¿Puedo ayudarte? —pregunto finalmente.

Una pequeña sonrisa asoma a un lado de su boca.

—No. Estoy bien.

Termina cuatro porciones de pizza, regresa a la cocina, toma dos más y termina ambas antes de que yo termine las dos.

—Comes lento —comenta, inclinándose hacia adelante y dejando caer su plato sobre la mesa de café. Intento no notar la forma en que los músculos de su amplia espalda se ondulan bajo su camisa, pero maldita sea, lo noto.

Estoy a punto de decirle que no soy una comedora lenta, que él es sólo un triturador de basura, pero las palabras se pierden en mi garganta cuando levanta mis pies en su regazo y me quita los calcetines. Sus pulgares se clavan en mi arco y estoy eternamente agradecida que Cara y yo pasamos ayer por la mañana en el spa.

Carter me da golpecitos en el esmalte carmesí en los dedos de los pies.

—Bonito.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, luego gimo cuando él excava en un punto particularmente dolorido.

La mirada de Carter se oscurece ante el sonido y trabaja más duro en el lugar.

—Cara dijo que necesitabas un masaje en los pies. Así que te voy a dar un masaje en los pies.

¿Mi respuesta debería ser, “no, gracias”? Probablemente. Pero aquí está la cuestión, tiene manos grandes, yemas de los dedos anchos, un toque poderoso y anoche bebí demasiado, lo que significa que posteriormente bailé demasiado. *Y se siente tan jodidamente bien.*

—Jesucristo —gimo accidentalmente, inclinándome hacia él—. Gracias.

—Ni lo digas. Si eres fanática de los masajes, podemos volver a mi pl...

—Y lo arruinaste. —Arranco mis pies de sus manos mágicas y los enrolló debajo de mi trasero—. ¿Por qué tuviste que arruinar algo tan bueno?

Su mirada baja hacia mí y luego vuelve a subir.

—Me muero por arruinarte y, créeme, sería muy bueno. —Ante mi expresión de asombro, Carter se ríe, atrapando el control de Xbox que Emmett le lanza—. Te sonrojas mucho, Olivia.

Cara resopla desde el otro lado de la habitación.

—Estoy segura de que es difícil para ti entenderlo, pero ella no está interesada, Carter.

Se encoge de hombros.

—Lo dudo, pero está bien.

Él y Emmett se instalan en un juego de la NHL, porque aparentemente cuando no están jugando hockey, necesitan hacerlo virtualmente. Independientemente del enfoque láser que Carter parece tener, nunca deja de charlar.

—¿Te gusta la nieve, enana?

—No precisamente.

—¿Por qué?

—Porque tengo que usar calcetines.

—¿Primavera o verano?

—Verano.

—¿Dulce o salado?

—Dulce.

—¿Cómo llegaste a casa anoche?

—Dormí aquí.

Un zumbido vibra en su garganta y tengo ganas de sentirlo.

—Si hubiera sabido que te quedaste a dormir anoche, habría regresado aquí en lugar de ir a casa. Podríamos haber hablado un poco más.

¿Es en serio? ¿No recuerda a la chica que había pegado a su lado media hora después de que me alejara de él? No puede haber olvidado la sonrisa que me lanzó con un guiño y la inclinación de su cabeza. *Podrías haber sido tú*, eso es lo que decía esa mirada, estoy segura de ello.

—Sí, bueno, tenías las manos ocupadas con una linda rubia.

Su atención abandona el juego por primera vez para centrarse en mí.

—No tan bonita como tú.

¿Se supone que eso es un cumplido? *La chica con la que me relacioné anoche después de que me rechazaste no te comparaba, pero ¿me la follé de todos modos?* Es un puto hombre y no me interesa ser otra conejita a la que se folle y se lance, así que pongo los ojos en blanco con repulsión.

—Ella no vino a casa conmigo, Olivia.

Resoplé con incredulidad. Y, además, me importa una mierda.

—Lo dudo, pero como sea.

—Suenas celosa.

—Créeme, no lo estoy.

—No me atrevía a hacerlo, no cuando te estuve mirando toda la noche.

—Marca un gol y murmura un *joder sí* en voz baja mientras Emmett parlotea una serie de maldiciones antes de declarar que necesita más pizza.

—No me importa.

Carter coloca su control en su regazo y se gira, su expresión es ilegible, casi vacía mientras me mira. No me gusta. Hace que mis hombros se encojan, me dan ganas de esconderme. Si no puedo leerlo, no quiero que él me lea a mí.

—Creo que sí —responde finalmente en un susurro brusco.

Sus dedos rozan el borde de mi muslo, sobre la hendidura de mi rodilla, su toque se desliza tan suavemente por mi piel que no estoy segura de que realmente me esté tocando. Por un momento, me deleito con la sensación de sus manos cálidas y callosas. Por un momento quiero más.

Por un momento. Y luego uso mi cerebro.

¿Qué demonios estoy haciendo aquí? ¿Por qué estoy entreteniendo a este imbécil egoísta? Podría estar en casa, sin brasier y tomando una siesta.

—Tengo que irme —llamo por encima del hombro—. Gracias por el almuerzo.

—¿Qué? ¿Ya? —En el reflejo de la puerta del patio, Cara enojada señala con el dedo a Carter.

—Tengo que ir a casa de Jeremy. —Es media mentira. Tengo horas antes de necesitar estar en algún lugar.

Beso la mejilla de Cara y abrazo a Emmett, evitando a Carter. No tiene sentido, porque se levanta y me sigue por el pasillo, mirándome mientras me pongo las botas hasta la rodilla.

—¿Quién es Jeremy? ¿Es ese tu novio?

Dudo. Entonces miento.

—Sí.

—¿Vas a ir a casa de tu hermano? —grita Emmett por el pasillo—. ¡Dile a Jer que estaré en línea a las diez de la noche si quiere jugar!

—Oh, mierda. *Emmet*. Vamos, amigo.

La sonrisa que le ofrezco a Carter es nada menos que culpable y rechino los dientes.

Cruza los brazos sobre su amplio pecho y arquea una ceja oscura.

—Pequeña mentirosa sucia.

Sí, bueno, esos son los descansos. Levanto un hombro inocente y lo dejo caer mientras me pongo el abrigo. Carter agarra las solapas y me atrae hacia él. Por un momento me aterroriza que intente besarme, y más aún porque no lo detendré, pero en lugar de eso, desabrocha los botones de mi chaquetón de lana.

Carter Beckett me está abrochando el abrigo.

—¿Me das tu número?

Parpadeo hacia él.

—Uh... —Quiero decir que no. No estoy seguro de por qué no sale.

Ve mi vacilación como una oportunidad y el hombre comienza a rondar hacia mí, haciéndome retroceder con cada paso que da hacia adelante. Mi espalda golpea la puerta principal y mi pulso se acelera cuando el pecho de Carter toca el mío. Querido Señor, se siente increíble. Cálido y firme, amplio y fuerte. Y alto. Mierda, es tan alto. Mi vagina comienza a hacer este pequeño baile, como si pensara que está a punto de conseguir algo. Pero no es así.

Su palma sube por mi costado y mi corazón late un poco más rápido cuando me quita el cabello del abrigo y lo coloca sobre mi hombro.

—Te diré una cosa, enana. Te daré mi número. Nunca se lo doy a las chicas. Serías la primera. —Hay un aire en él, una presunción brillando en sus ojos que me dice que cree que esto es todo. Esto será lo que me atraiga—. Porque eres especial, Olivia.

Ahí está. ¿Es eso realmente lo mejor que tiene? ¿Cómo diablos consigue este hombre que tantas mujeres acepten acostarse con él?

Colocando mi palma sobre su clavícula, aplico una presión suave, lo suficiente para que retroceda un paso, y lo sigo con la mía. Ante la sonrisa que le doy, extra almibarada y solo para él, su propia sonrisa crece, toda hoyuelos y megavatios.

Se siente bastante seguro en este momento.

No puedo esperar para derribarlo.

—Sí... —Paso la punta de mi dedo por el cuello de su camiseta. Mi palma se curva sobre su nuca mientras guío su rostro hacia el mío. Sus manos aterrizan en mis caderas, agarrándome con fuerza mientras mis labios rozan su oreja y odio lo bien que huele. Hay una parte irracional de mí que quiere lamerlo como si fuera un maldito cucurucho de helado—. Va a ser un no de mi parte.

Veo esa sonrisa engreída desvanecerse de su hermoso rostro antes de desaparecer detrás de la puerta que golpeo.

Maldita sea, eso se sintió bien.

5

¿ES ESE MI ROSTRO?

Olivia

Normalmente manejo bien mi falta de altura. Mantengo un taburete en mi oficina en el trabajo para cuando lo necesito, y me subo a una encimera de cocina en casa para alcanzar las cosas altas que no uso con tanta frecuencia. El problema es que, después de todos estos años, a veces todavía lo olvido. Me he desgarrado innumerables músculos tratando de trepar por las paredes hacia los estantes, poniéndome de puntillas y estirándome un poco más, intentando convertirme en *Spider-Man* y escalar la red de voleibol para desmontarla.

Hoy es uno de esos días en los que soy yo contra la red de voleibol. Los ruidos que estoy haciendo son completamente impíos, rozando el límite de los sonidos que reservo para cuando estoy sola en mi habitación con mi novio de bolsillo vibrante, y sigo mirando por encima del hombro hacia mi oficina en un extremo del gimnasio. Puedo ver el maldito taburete ahí mismo, sosteniendo la maldita puerta abierta para que no lo olvide.

Supongo que me obsesioné un poco al saber que hoy es el último día de clases antes de las vacaciones de Navidad y que estoy a punto de tener dos semanas libres con muy pocos motivos para usar brasier.

—Señorita Parkerrr. —La diversión se desprende de mi nombre, de la forma en que se canta, y no me sorprende que, *de nuevo*, uno de mis chicos mayores se haya quedado para burlarse de mí—. ¿Quiere venir a una fiesta este fin de semana?

Apenas le dedico una mirada al rubio arenoso apoyado en la puerta del vestuario de chicos.

—Deja de invitarme a tus fiestas, Brad. Soy tu profesora.

—Sí, la *mejor* profesora. —Brad se acerca a mí con la arrogancia de un hombre con toda la confianza del mundo. Me recuerda extrañamente a Carter Beckett, y me estremezco al pensar que podría haber otro en el futuro tan arrogante como él. ¿Dónde encuentra la gente toda esta confianza?—.

Me encantaría festejar contigo. Al resto de ellos también les gustaría. —Inclina la cabeza hacia el vestuario y se lame los labios. No sé si es intencional o no. Probablemente porque estos niños son unos cerditos atrevidos.

Siento una extraña necesidad de darle un rodillazo donde le duele, pero me resisto, concentrándome en la tarea que tengo por delante: tratar de sacar la estúpida cuerda del estúpido lazo para poder guardar esta estúpida red de voleibol y no pensar en ello hasta que el próximo año. Brad está detrás de mí un momento después, su pecho roza mi espalda mientras trato de no ahogarme con su colonia. Un chorrillo está bien, siete me trae de regreso al Spring Fling en octavo grado, donde tuve mi primer beso. Fue embriagador, y no porque el beso fuera genial, sino porque llevaba tanta colonia barata que me sentí mareada.

Brad me saca de mi miseria, tirando de la cuerda superior, y veo un lado de la red flotar hasta el suelo.

—Gracias —murmuro, doblando la longitud de la red en pequeñas secciones mientras me muevo a lo ancho del gimnasio. Pasa junto a mí y se apoya en el poste que todavía está sujeto al resto de la red—. Bájallo, Brad, por favor.

—¿No vas a intentar al menos?

—No, no lo haré, porque eso no tendría sentido, ¿no? —Mis brazos se cruzan sobre mi pecho mientras levanto una cadera. Soy un poco una Judy de actitud, lo que, sin duda, me hace una buena opción para el papel de profesora de educación física de secundaria. Mis hijos adolescentes pueden manejar mi descaro y yo puedo manejar el de ellos—. Llevarlo hacia abajo.

Brad sonríe y baja la red.

—Caray. Excitable.

Me sigue hasta el almacén y se coloca junto a la puerta estilo garaje mientras guardo la red.

—Ya sabes, mi cumpleaños es el tres de enero. Cuando volvamos de las vacaciones de Navidad tendré dieciocho años.

Y yo todavía tendré veinticinco años, seré su profesora y súper desinteresada.

—Bien por ti. Feliz cumpleaños adelantado. —Cierro la puerta de golpe, deslizo la cerradura en su lugar y me dirijo hacia mi oficina, lanzando un...—. Feliz Navidad, Brad —por encima del hombro.

Pero Brad no capta la indirecta. Rara vez lo hace. Por eso deja escapar un profundo gemido mientras me sigue como un cachorrito perdido.

—¿Alguna vez dejarás de hacerte la difícil?

—¿Eres mi alumno?

—Sí.

—Entonces no.

—Bien —llama desde la puerta—. ¡Pero dentro de seis meses y medio ya no seré tu alumno!

—Incluso entonces, Brad —susurro, más para mí que nada, porque espero que ya haya desaparecido. Pero una rápida mirada hacia arriba me muestra que no es así. Más bien, sus ojos azules arden con celo mientras bajan por mi cuerpo. Coloco mis manos en mis caderas.

—¿Hablas en serio? Sal de aquí y vuelve en enero sin toda esta mierda de coquetear con tu profesora de educación física. Es molesto, incómodo y muy inapropiado.

Su sonrisa me dice que no tiene intención de cambiar su forma de ser o de crecer durante las vacaciones.

—Adiós, señorita Parkerrr —canta y desaparece por la esquina con un grupo de amigos.

Adolescentes. Siempre pensando con la cabeza en los pantalones, en lugar de la que está encima de los hombros. Luego crecen y se convierten en hombres que siguen haciendo exactamente lo mismo.

Guardo mi laptop en mi bolso, me meto en mi abrigo y saco mi teléfono antes de cerrar la puerta con llave, salir del gimnasio y salir al pasillo.

Hojeo mis mensajes de texto. Son relativamente poco importantes, como suele ser el caso. Uno de mi mamá, deseándome un feliz último día de clases. Otro de mi hermano, rogándome que le hiciera su pastel de arándanos favorito como postre en Navidad, con una serie de emojis de oración detrás de la pregunta. El de mi sobrina Alannah es un montón de emojis tontos y un *te amo, tía Ollie*. Ella solo tiene siete años, pero la abuela y el abuelo la miman muchísimo, probablemente porque pasan varios meses sin verla, así que le compró un iPad para su cumpleaños y me envía mensajes de texto todos los días sin falta. No me importa; esos textos de *te amo* hacen que mi corazón se hinche.

Mi mirada se posa en una serie de mensajes de texto de Cara, todos los cuales comienzan exactamente en el momento en que suena el último timbre de la escuela. Ni siquiera tengo tiempo de leerlos antes de que suene mi teléfono.

—¿Cómo haces eso? —pregunto, colocando mi teléfono entre mi oreja y mi hombro mientras saco las llaves del auto de mi bolso—. ¿Cómo sabes el momento en que tengo mi teléfono en la mano?

—Llámalo algo gemelo —responde simplemente Cara.

—No somos gemelas. Ni siquiera somos parientes.

—Somos hermanas del alma, Liv, y lo sabes.

Me subo a mi auto, enciendo el encendido y escucho cómo el motor lucha antes de apagarse.

—Maldición —gimo, dándole otra oportunidad.

—Necesitas un auto nuevo.

—No, no lo hago. Red Rhonda funciona muy bien, ¿no es así, niña? — Doy unas palmaditas en el tablero, digo una oración y arranco el motor una vez más. El motor cobra vida con un rugido y me hundo en mi asiento con un suspiro, esperando a que el auto se caliente.

—Vas a llevar a la vieja Rhonda directamente al suelo. —Se ríe Cara—. De todos modos, tengo una entrada extra para el partido de esta noche. ¿Quieres venir? Después saldremos a tomar algo.

¿Juego de hockey? ¿Bebidas?

Dime que es una idea peligrosa sin decirme que es una idea peligrosa. Iré primero: tendré que pasar toda la noche fingiendo que no me doy cuenta de Carter, lo cual es difícil, capitán del equipo y todo eso. Seguramente tendrá una o dos chicas colgándose de él más tarde y eso me irritará, aunque ya sé que es un prostituto. Además, probablemente ni siquiera recordará mi nombre, lo que podría enojarme más. Sólo puedo evitar golpear a imbéciles engreídos en la garganta durante un tiempo.

—Estoy bastante cansada. —Es la respuesta que le doy a Cara.

La verdad, es que no lo estoy, pero nunca rechazo la oportunidad de quitarme el brasier, ponerme mis sudaderas más sucias y acurrucarme en el sofá con un buen libro obsceno o cuatro horas seguidas de Netflix.

—Oh, vamos, Ol —gime—. ¿No recuerdas lo bien que nos divertimos el fin de semana pasado? ¡Estás de vacaciones! ¡Vamos de fiesta!

¿Recuerdo lo mucho que me divertí? ¿Qué parte? ¿Molestar a Cara porque ser un ser humano respetable cinco días a la semana es agotador y necesitaba desesperadamente soltarme? ¿O Carter Beckett diciéndome que quería follarme como una tonta e invitarme a desayunar? Tal vez fue la siesta de dos horas después de la pizza y Carter, seguida de tres horas de repeticiones de *Brooklyn 99* después de llegar a casa de la casa de mi hermano el domingo por la noche.

Supongo que fue algo divertido.

—¿Livvie? Por favor nena. Por mí. —El puchero que definitivamente está usando es audible—. Seré tu mejor amiga.

—Ya eres mi mejor amiga —señalo, pero cuando gime por teléfono, suspiro—. Eres completamente ridícula.

—Y eres muy suave. Deberías aprender a decirme que no de vez en cuando. —Su chillido estridente suena en mi oído antes de parlotear sobre

los detalles de esta noche, y luego rápidamente me cuelga antes de que pueda cambiar de opinión.



—No entiendo por qué los suelos ya están tan pegajosos cuando el partido aún no ha comenzado. —Mi nariz se arruga mientras escucho mis Chucks despegarse del suelo con cada paso—. Y especialmente hasta aquí.

Examino la Arena mientras avanzamos en la fila y tomamos nuestros asientos. Estamos sentados directamente detrás del banco, las ventajas de salir con uno de los capitanes asistentes, supongo, así que no es como si quinientas personas hubieran caminado por la fila antes de encontrar sus propios asientos. Lo que plantea la pregunta: ¿Por qué diablos mis zapatos se pegan a todo?

—Los suelos siempre son asquerosos. —Cara destapa una lata gigante de cerveza y la deposita en mis manos que la esperan—. Por eso ya no me molesto con los tacones.

—Debe haber sido una decisión muy difícil para ti, teniendo en cuenta que los tacones son una vestimenta tan apropiada para los partidos de hockey.

Me golpea en la sien y me río disimuladamente, robando un puñado de palomitas de maíz del cubo gigante a rayas rojas y blancas que tiene en su regazo.

—Carter le estaba preguntando a Em sobre ti esta semana —dice la frase con tanta naturalidad, como si fuera totalmente normal que el chico más atractivo de la NHL preguntara por mí.

Golpeo mi pecho con un puño mientras un grano de palomitas de maíz se aloja en mi garganta.

—¿Cómo dices?

—Carter —repite, abriendo una bolsa de Skittles. Se mete al menos un tercio en la boca y señala el hielo con un movimiento de muñeca—. Beckett.

Sigo su mirada, observando cómo los Vipers salen a la pista de hielo para el calentamiento previo al partido, y no me toma tiempo localizar el cuerpo increíblemente grande del propio señor Beckett. Salta sobre la espalda de Emmett, envolviendo sus brazos alrededor de él, y su risa estridente rebota en el hielo antes de que Emmett lo sacuda y lo tire al suelo. Es una vista interesante, porque Google puede haberme dicho o no que Carter tiene un centímetro sobre Emmett en el departamento de altura.

—No, sé a quién te refieres. —Aparto la mirada antes de que pueda verme. No se me escapa que no tiene sentido. Estoy sentada detrás del banco; él va a verme. Supongo que confiaba en que no me recordaría—. Sin embargo, debo haberte escuchado incorrectamente. Pensé que habías dicho que estaba preguntando por mí.

—Eso es exactamente lo que dije. De hecho, me lo pregunto un par de veces. —Abre una bolsa de gomitas y muerde un trozo antes de darle vueltas. Estoy bastante segura de que tiene toda la barra de snacks en su regazo—. Aparentemente canta alguna canción sobre ti.

Dejo de retorcer el mechón de cabello que actualmente está cortando la circulación en mi dedo, y rápidamente entierro mi rostro que se calienta rápidamente detrás de la fría lamida de mi cerveza.

—¿Qué?

Cara levanta un hombro perezosamente.

—¿Qué puedo decir? Mi chica le causó una gran impresión el fin de semana pasado.

Como resultado, resoplo y limpio el poco de cerveza que gotea por mi barbilla.

—¿Quieres decir porque nunca antes lo habían rechazado? —Y dos días seguidos, para colmo. Mentiría si dijera que no fue muy entretenido ser el motivo de la expresión de asombro de ese hombre cuando no consigue lo que quiere.

—Algo como eso.

—Por favor, ese hombre tenía una chica en su cadera veinte minutos después.

—Sin embargo, él no se relacionó con ninguna, lo cual es extraño. Quedamos solos, justo después de que Emmett nos subiera a un Uber.

Muevo una mano desdeñosa por el aire. ¿Carter me dijo lo mismo al día siguiente? Sí. ¿Le creí? No. ¿Lo hago ahora? Aún no. De todos modos, no importa. Es Carter Beckett, el capitán millonario de hockey. Soy Olivia Parker, profesora de secundaria sin dinero. Estamos a mundos de distancia. Demonios, ni siquiera estamos en la misma órbita.

Incluso si lo estuviéramos, las aventuras de una noche y la poligamia no son lo mío, y tampoco lo es el alto riesgo de contraer una enfermedad venérea si nos acercamos demasiado y accidentalmente hacemos el baile sin pantalones. Ya mencioné que a veces no tomo las mejores decisiones bajo la influencia del alcohol.

No estoy segura de que me guste todo el panorama de las citas. Cara ha estado tratando incansablemente de conectarme con los mejores compañeros de equipo de Emmett, sus palabras, y una vez la sorprendí

haciéndome un perfil de citas en línea. Supongo que no tengo mucho tiempo para conocer a alguien y sigo pensando que sucederá cuando sea necesario. No tengo prisa y estoy bien estando sola por ahora. Prefiero esperar a alguien cuyas prioridades coincidan con las mías. No me interesa tener citas para no estar sola, ni follar sólo por sentirme bien.

Para eso están los novios que funcionan con baterías, y yo guardo el mío en un cajón en casa. De hecho, lo saqué tan pronto como llegué a casa el domingo por la tarde después de dejar a Carter con la mandíbula colgando. Y sí, pensé en su rostro estúpido y ardiente mientras lo usaba. No estoy avergonzada.

Nunca se lo diré a nadie.

Los ojos de Cara se entrecierran como si estuviera tratando de descubrir qué diablos está pasando por mi cabeza en este momento. Ni siquiera estoy segura de saberlo, así que me concentro en el momento que tengo ante mí.

A pesar del calor en la Arena, un escalofrío corta el aire mientras los jugadores flotan, se estiran, se preparan y disparan a su portero. Aquí todo se amplifica: el agudo zumbido de las cuchillas patinando sobre el hielo, el golpe de los palos compuestos contra los discos de goma antes de que suban por el aire, el olor de las palomitas de maíz con mantequilla, el destello de las luces y las conversaciones que no se distinguen bien, a pesar de estar a nuestro alrededor.

Me hace extrañar jugar al hockey. Hay algo especial en patinar sobre hielo recién zambullido, la sensación del aire helado azotando tus mejillas, la adrenalina cuando te diriges a la red con un disco en la punta del palo. Salgo al hielo todas las semanas con el equipo de hockey de mi sobrina, pero no es lo mismo, especialmente considerando la diferencia de edad de dieciocho años y el hecho de que principalmente estoy tratando de pelear con un grupo de niñas de siete años.

Cara llama mi atención con un profundo suspiro.

—Bueno, él te estuvo mirando todo el tiempo.

—No lo hizo —murmuro, apoyando mis pies sobre el cristal para poder mirar mis zapatos en lugar de buscar en el hielo al hombre en cuestión.

—También lo hice, mocosa. Puede que haya sido una cumpleaños borracha, pero es bastante difícil no ver quién llamo la atención del chico más famoso de la habitación toda la noche.

El calor sube a mi rostro y odio que así sea. Lo último que quiero hacer es sonrojarme por un hombre que probablemente dice el nombre equivocado cuando viene. Quiero sentir que significo algo para un hombre, no ser el reto de meterse en mis pantalones porque soy la primera mujer que no cayó a sus pies.

Mira, estaría mintiendo si dijera que no hubo una minúscula parte de mí que estuvo tentada de aceptar la oferta de Carter el sábado pasado por la noche. Ha pasado un tiempo y siempre es agradable que te taladren cortésmente. Según Cara, estos hombres de hockey tienen una resistencia increíble y pueden aguantar toda la noche. Y alguien con tanta experiencia como él debe ser absolutamente alucinante en la cama. Ponme en coma por uno o dos días, ¿sabes? Podría aprovechar la oportunidad para recuperar el sueño.

Aunque nunca lo sabré. Al menos no debería hacerlo. ¿Bien?

No. No, *Olivia*, *maldita sea*. El último lugar en el que quiero situarme es en el primer puesto de su estúpida lista.

—Estoy segura de que seguirá adelante rápidamente si aún no lo ha hecho. —Es la respuesta poco convincente que finalmente le doy a Cara.

Un cuerpo choca con el plexiglás frente a mí con estrépito, y mi corazón se sube a mi garganta mientras grito. Mi mano golpea el muslo de Cara, las uñas se hunden mientras mi pulso late en mis oídos.

—Jesús —murmuro, con una mano sobre mi corazón acelerado.

Cara suelta una carcajada.

—Uh huh. Avanza rápidamente. Bien. —Me da un codazo antes de mover los dedos hacia la persona que golpea el plexi—. Creo que alguien te vino a ver.

Sé quién es. Puedo sentirlo allí. Mi estómago da vueltas y los latidos de mi corazón se asientan entre mis muslos. ¿Por qué? Realmente no lo sé, aparte de que este tipo es sexo sobre un par de patines, y ahora estoy enojada porque voy a tener que ir a casa y darme otro orgasmo decepcionante mientras lucho con la imagen de este hombre exasperantemente sexy compitiendo por mi atención.

La boca de Cara se inclina con diversión.

—No estás mirando, ¿eh?

Sacudo la cabeza, frunciendo el ceño.

—No. No quiero.

—*¡Olivia!* —grita Carter Beckett. Es innecesario, de verdad. Por el amor de Dios, estoy aquí.

Se escucha ese maldito golpeteo otra vez. Cuanto más lo ignoro, más fuerte golpea. Es incesante e irritante, y todos a mi alrededor vibran de emoción, preguntándose por qué quiere mi atención y, más que eso, por qué diablos no se la doy.

Ellos no entienden. Puede que me desanime por completo la forma en que colecciona mujeres descuidadamente, pero soy muy fuerte hasta cierto

punto. Me temo que podría ser posible que me quite los pantalones con su encantamiento. Si alguien puede hacerlo, es él.

—Liv, Liv, Liv, Liv, Liv —canta Carter, puntuando cada llamada de mi nombre con un golpe en el cristal.

—¿Qué? —susurro y grito, finalmente girando en su dirección y lanzando mis manos sobre mi cabeza.

Su sonrisa es explosiva, atractiva, sexy y exasperante. Inclinado sobre las tablas, me mira fijamente a lo largo de su palo, con la punta apoyada sobre el cristal.

—Hola.

Dios mío, no puedo. ¿Qué está sucediendo?

Carter observa cómo el calor inunda mis mejillas solo por él. Puedo fingir ser distante todo lo que quiera pero el hombre no es estúpido. Sabe que me gusta lo que veo, y lo que veo es a él, parado allí como un gigante sexy con su equipo, sonriendo como un idiota, esos llamativos ojos esmeralda brillando con alegría y mucha arrogancia.

Carter sabe lo que me hace, y ahí mismo será mi perdición.

Se inclina más cerca y me odio por avanzar poco a poco, como si quisiera estar cerca de él, como si tuviera un secreto solo para mí.

La comisura de la boca de Carter se levanta, revelando una sonrisa seductora mientras apoya la barbilla en su mano enguantada.

—Voy a dedicarte un gol. —Hay una seguridad en su timbre profundo, una arrogancia que hace que mi estómago se apriete por la anticipación. Con un guiño y el movimiento de sus caderas, patina hacia atrás y cae de rodillas, abriendo las piernas mientras estira la ingle y sopla una gran burbuja rosa, todo sin quitarme los ojos de encima.

—Parece que estás flaqueando —murmura Cara alrededor de un puñado de M&M.

Me las arreglo para apartar la mirada de Carter. Una hazaña impresionante, porque él todavía me mira fijamente y yo lo desvisto en silencio con la mirada, preguntándome qué tan grande será el palo en sus pantalones. Apuesto a que es enorme, como el resto de él.

—¿Eh?

—Dije que parece que estás pensando en ceder a su misión de follarte.

Cualquier atisbo de deseo se vuelve amargo en mi boca y mi nariz se arruga cuando cruzo los brazos.

—No soy una misión, ni busco ser la próxima chica que aparece en las noticias ensuciándose con el Capitán Sifilis por ahí.

La mitad de las palomitas de maíz de Cara se derraman al suelo mientras ella se inclina hacia adelante con una carcajada.

—Sabes, en realidad es un completo idiota y muy dulce cuando no está tratando de meterse en tus pantalones.

—Bien, bueno, supongo que no lo sé. —Me hundo en mi asiento y planto mis pies sobre el cristal hasta que están perfectamente colocados sobre el rostro de Carter. Se inclina hacia su izquierda, todavía sonriendo como un idiota—. ¿Y qué pasó con todas tus advertencias? Pasaste la mejor mitad de tu fiesta de cumpleaños repitiendo que él era una mala noticia y diciéndome que no me dejara engañar. Me estás enviando mensajes contradictorios y es confuso.

—Oh, definitivamente es una mala noticia. Lo amo muchísimo, pero si fuera una mujer soltera, probablemente querría arrancarle la polla y metérsela en la garganta. —Hace un gesto hacia su entrepierna antes de fingir que se mete una polla imaginaria en la boca.

Una suave sonrisa se asoma por su rostro.

—Pero luego hace cosas como esta. —Arroja un puñado de palomitas de maíz sobre el vaso, y Carter lo atrapa con su lengua, el chicle rosado no se encuentra por ningún lado antes de entonar un gracias, y luego rápidamente choca con Emmett en una especie de abrazo de oso. Los dos caen juntos al hielo, y cuando finalmente logran ponerse de pie, Carter lo golpea en el culo con su palo—. Lo juro, a veces siento que tengo hijos.

Una risita se escapa de mis labios sin mi permiso, y agradezco poder dejar atrás la conversación cuando el partido finalmente comienza. Es bastante fácil porque Cara está sentada a mi lado gritando en cada jugada. Ella no sabía nada sobre hockey antes de conocer a Emmett. Ahora estoy segura de que será una de esas mamás locas del hockey, de esas que reprenden a los árbitros hasta que inevitablemente les sacan una tarjeta roja.

—¡Oh, vamos, árbitro! —Golpea el cristal con el puño—. ¿No tienes una esposa con quien ir a casa y joder? ¡Dejen de joder a mis muchachos!

Carter salta sobre las tablas y me sonríe antes de darse vuelta y dejarse caer en el banco.

Dos minutos más tarde, se alinea para un enfrentamiento, inclinándose, con el palo sobre las rodillas y su perfecto culo de hockey en el aire. Y me sonríe.

Él patina junto al banco. Sonriéndome.

Se echa agua a la boca. Sonriéndome.

Lo único en lo que puedo concentrarme es en su cuerpo alto y ancho que se mueve con fluidez sobre el hielo, en el cruce rápido y sin esfuerzo de sus pies, uno sobre el otro mientras derriba el hielo, con su palo frente a él

y el disco en la punta. Está constantemente gritando, llamando la atención, liderando a su equipo, haciendo bromas con los jugadores de ambos equipos.

Y cuando no está haciendo eso, me mira.

A mitad del segundo tiempo, Carter pide el disco en la línea roja, golpeando el hielo con la hoja de su palo. Despega como un rayo, gira alrededor de un defensa, se inclina hacia adelante sobre un pie mientras termina y deja volar el disco. Mi boca cuelga mientras el disco pasa zumbando por la cabeza del portero, su receptor llega una fracción de segundo demasiado tarde. El timbre ya está sonando y el punto cálido entre mis muslos ya está húmedo.

¿Quiero decir, qué? No. El hielo. El hielo está mojado. No yo... no. Eso es... eso es ridículo.

Aprieto mis muslos y veo a Carter lanzar sus manos al aire con un grito que resuena en la Arena mientras los cuerpos de sus compañeros de equipo chocan con el suyo contra el tablero. Patina junto al banco, golpea los guantes de cada jugador y lanza hielo al aire cuando se detiene por completo.

Y su mirada brillante se cruza con la mía.

Su palo se levanta en cámara lenta, apuntando. A mí. Carter Beckett me apunta con su maldito palo.

Y me guiña un ojo. *Él me guiña un ojo.*

Para ti, sus labios perfectos me hacen agua la boca.

Oh. No.

Las cámaras se mueven en mi dirección, mi visión estalla con luces blancas intermitentes mientras me hundo en mi asiento, con los dedos subiendo por mi rostro, enterrándolo entre mis manos.

Pero Carter no ha terminado. Ah no, claro que no. No sería Carter Beckett si simplemente terminara ahí.

Salta al banco, con los guantes presionados contra el cristal, sonriéndome como un imbécil exasperantemente sexy.

—¿Te gusta eso, Olivia? —grita—. ¡Eso fue para ti!

¿Sin embargo, la peor parte?

Mi rostro carmesí esta por todo el maldito jumbotron.

6

EGO INFLAMADO

Carter

Estoy en ese subidón de la victoria, flotando en el aire y sintiéndome invencible. Pero este es un poco más elevado, un sentimiento embriagador y adictivo, un hambre que quiero alimentar y, *joder*, ¿alguna vez sé exactamente cómo quiero alimentarla?

Sin embargo, aparentemente las esperanzas de Emmett no son tan altas como las mías.

—Liv te va a vaciar los ojos con un tenedor —dice, secándose con una toalla en el vestuario.

Parece algo que ella haría. Pero aun así pregunto:

—¿Por qué?

—¿Por qué crees?

Podría haber una gran cantidad de razones. Todo lo que hago parece enojarla. Pero si tuviera que hacer una suposición descabellada...

—¿Porque la puse en el jumbotron?

Me guiña un ojo y me señala con el dedo.

—Bingo.

Extiendo mis brazos con una sonrisa.

—Solo le mostré al mundo lo hermosa que es.

Adam resopla y me golpea en la pierna con su toalla húmeda mientras pasa.

—Eso es bueno. Guárdalo para cuando te saque los ojos con ese tenedor. Podría ser tu gracia salvadora.

Emmett niega pero se ríe.

—También le dijiste al mundo entero su nombre.

—Oh vamos. —Pongo mis manos en mis caderas, porque realmente, si no puedo nombrarla en la entrevista posterior al juego cuando un periodista preguntó quién era, entonces ¿de qué carajo se trata todo esto?—. ¿A qué chica no le encantaría eso?

Estoy intentando ganar puntos aquí y, personalmente, creo que he tenido un buen comienzo. Podía leer su furia a un kilómetro de distancia. ¿Por qué estaba furiosa? ¿Porque soy implacable y la vuelvo loca? *Posiblemente*. Pero creo que es más que nada porque ella me quiere y odia hacerlo. Pero es una broma, su ira sólo me atrae más.

—¿Esa es la chica que te rechazó el fin de semana pasado? —Garrett se pone de pie de un salto, subiéndose los pantalones por las piernas y por encima de las caderas.

Emmett sonríe al suelo.

—Dos veces.

—No me rechazó. —Me revuelvo el cabello mojado con la toalla antes de ponerme un gorro.

—*Dos veces*. —Los dos dedos que pone frente a mis ojos son innecesarios.

—Apenas nos estamos conociendo. —Me encojo de hombros—. Así que ella está un poco indecisa.

—*Lo dudo*. Cuando le ofreciste tu número, ella dijo: “Va a ser un no de mi parte”, y cerró la puerta en tus narices

Garrett se ríe y sus dedos detienen su trabajo en los botones de su camisa.

—No. ¿Te ha dicho lo de Randy Jackson? Eso es gracioso. Debe haberte tenido despierto toda la noche.

Bien, fue divertido. Una vez superado el momento de aturdimiento en silencio, no pude borrar la sonrisa de mi rostro.

Aturdido en silencio. Eso es lo que me hace esa mujer. Joder, me aturde. No tengo ni idea de por qué. Ella es increíblemente hermosa, pero no soy nuevo en el mundo de las mujeres bonitas.

Hay algo en ella que ha despertado mi interés, el descaro, tal vez, o el sarcasmo. También hay una suavidad en ella, algo acecha justo debajo de la superficie, como si estuviera tratando de ocultarlo. Apostaría a que escupe todo ese fuego para que su determinación no empieza a desmoronarse a su alrededor como un castillo de arena. Me parece una chica de todo o nada, lo que probablemente es la razón por la que las aventuras de una noche no son lo suyo.

No me importa. Sólo estoy tratando de *hacerme* su cosa.

Tal vez es por eso que el primer lugar al que se dirige mi mirada cuando nuestro equipo entra al bar es esa melena salvaje de suaves rizos de color chocolate oscuro, con trozos de caramelo entretejiéndose por todas partes. Parece un puto helado y todo lo que quiero hacer es probarla.

Intento escabullirme entre la multitud, pero la gente sigue tirando de mí hacia atrás, poniéndome una mano en el hombro, intentando entablar una conversación. Estoy haciendo un excelente trabajo ignorándolos, porque lo único que puedo escuchar es a Cara y Olivia discutiendo.

—Simplemente finge que no sucedió.

—*Oooh*. Finge que no sucedió. Genial, genial, genial. Sí, gran consejo, Care. —Olivia sale de la cabina y salta al suelo—. *Haré* como si Carter Beckett no me nombrara en la televisión. *Fingiré* como que no me dedicó un gol delante de todo Norteamérica.

Cara levanta una ceja, con una sonrisa en los labios que dice que es tan fanática de la actitud de Olivia como yo.

—Está bien, tigre. ¿Adónde vas?

Olivia se pasa una mano por encima del hombro mientras se aleja.

—Necesito otro maldito trago.

Mierda, me gusta. Me gusta verla irse...

Literalmente, me inclino hacia la derecha y observo cómo esas caderas rebotan mientras ella se mueve por la barra. Tiene unas curvas espectaculares y un culo redondo y fantástico. Esos pantalones que lleva como una segunda piel pintan una bonita imagen de lo que espero que me depare una de estas noches.

El codo de Emmett se hunde en mis costillas.

—Comportarte.

Definitivamente podría, pero no está en mi naturaleza.

—Intentaré hacerlo. —Le doy una palmadita en la cabeza a Cara a modo de saludo mientras paso junto a ella.

—¡Hola a ti también, pedazo de mierda! —me grita. Realmente tiene una boca sucia.

Joder, podría quedarme aquí atrás y beber viendo a Olivia toda la noche, con los codos en la barra, el culo balanceándose suavemente hacia adelante y hacia atrás, tamborileando con los dedos mientras tararea la música.

El aire a nuestro alrededor vibra con electricidad con otro paso hacia adelante, y la columna de Olivia se endereza por sólo un momento, seguido rápidamente por un escalofrío que la sacude.

Mi aliento cubre su cuello y se le pone la piel de gallina cuando pregunto:

—¿Frío?

Gira tan rápido que tropieza hacia atrás contra un taburete cuando nuestras miradas se cruzan. Ella se acerca a mí, con los ojos muy abiertos por el miedo, y me tambaleo hacia adelante, atrapándola con un brazo alrededor de su cintura. Me mira, sus dedos rodean mis antebrazos, agarrándome con fuerza mientras su pecho se eleva rápidamente. Todavía no estoy listo para que se convierta en una sabelotodo, así que guardaré mis observaciones sobre cómo reacciona ante mí.

Aunque disfruto el espectáculo.

Y por espectáculo, me refiero a la forma en que esos ojos de color marrón oscuro abren un camino acalorado sobre mi rostro, descendiendo a lo largo de mi cuerpo, hasta mis pies, antes de que lentamente, *muy lentamente*, regresen a subir. Sus dientes rozan su labio inferior mientras agarra mi antebrazo, sus uñas se clavan mientras se inclina más cerca.

—¿Ya terminaste? —pregunto finalmente.

Olivia inclina su rostro hacia arriba, echándose hacia atrás, aquí debe haber una diferencia de altura de casi un metro y medio. Sus ojos rebotan entre los míos, con las cejas apenas juntas en forma de pregunta.

—¿Terminaste, Olivia? —Repito, soltando su cintura, deslizando mi mano sobre su cadera antes de quitar sus dedos de mi antebrazo. Ha dejado marcas, pero no me importa. De hecho, me gusta. Dejaré que grabe su maldito nombre en mi piel si con eso consigo lo que quiero, y lo que quiero es a ella—. ¿De observarme?

Sus labios se abren y mueve la cabeza.

—Y... yo... ¿qué? No estaba... observándote... ¿qué?

Bueno, jódeme y llámame Sally. Esta es la primera vez. Ella sabe cómo inflar mi ego cuando no es necesario.

Excepto cuando su mirada se posa en mi sonrisa segura de sí mismo, libera su mano de la mía y se gira de regreso a la barra, volviendo a ignorarme como si fuera su trabajo. Si lo fuera, sería una profesional. La contrataría y le pagaría muy bien.

Apoyando mis antebrazos en la barra, dejo que mi hombro roce el de ella, porque obtener una reacción de ella es divertido. Además, me gusta tocarla. Huele bien y es cálida.

Olivia mira en mi dirección y le dedico una sonrisa. Soy recompensado sus ojos en blanco antes de que ella se aleje de mí. Está bien, me da la oportunidad de mirarla. No es que no lo haya hecho ya mil veces esta noche. Es difícil apartar la mirada cuando está sentada justo detrás del banco y

parece que quiere arrancarme todo el equipo. Si cree que no me di cuenta, está equivocada.

No puedo evitar deslizar mi mirada por su cuerpo. Ella está pateando culos con este conjunto esta noche, toda una camiseta ajustada, un destello de piel cremosa asomando por encima de la cintura de sus pantalones ajustados rotos y una camisa a cuadros enrollada alrededor de sus caderas, las Chuck Taylors en sus pies como toque final.

Sigo el movimiento de sus caderas cuando sobresale una, y mis ojos se posan en sus tetas estelares cuando fija sus brazos allí. No me importaría follarlas esta noche.

Cuando arquea una ceja perfectamente formada, sonrío.

—¿Qué? ¿Tú puedes mirar, pero yo no? —Apoyo mi barbilla en mi puño—. Eso se llama doble rasero, Olivia. Igualdad de género y todo eso.

Sus labios se fruncen como si estuviera haciendo todo lo posible por no sonreír. Ojalá lo hiciera. La pillé haciéndolo con Cara durante el juego e iluminó todo el lugar. No me importaría ser el motivo de una de ellas.

Aun no me habla, así que la miro un poco más, observando cómo se retuerce bajo la intensidad de mi mirada. Ella no se parece en nada a las mujeres que normalmente me rodean. A esas mujeres les encanta presumir. Cada mirada dirigida hacia ellas sólo alimentaba su fuego. Olivia parece querer hundirse debajo de un taburete de la barra y morir, lo cual es una locura, debe recibir estas miradas dondequiera que vaya.

Extendiendo la mano, toco la muñequera del suave tartán de franela que la envuelve, disfrutando la forma en que los músculos de su estómago se contraen ante la proximidad de mi mano.

—¿Cómo es posible que, a pesar de lo absolutamente loco que era tu atuendo el fin de semana pasado, te veas aún mejor con este? —Agarrando ambas mangas colgantes, la arrastro hacia mí. Ella viene de buena gana, creo, y los dedos se deslizan por mis antebrazos—. Quiero decir, ¿camisa a cuadros, pantalones rotos y un par de Chucks? Vamos —gimo, dejando caer la cabeza hacia atrás. —Eres una maldita obra maestra. Podría llevarte a casa y abrazarte toda la noche en mi sofá. ¿Cuál es ese término, Netflix y descanso? Me enrolló las mangas alrededor de los puños y me acerco a ella, doblando el cuello hasta que las puntas de nuestras narices se rozan—. Vamos, Olivia. Vamos a hacerlo.

Las pestañas que me mira desde abajo son ridículamente gruesas, aumentando todo ese factor de *folláme*, y toco la comisura de su boca, justo donde se está moviendo.

—Si no lo supiera, pensaría que la forma en que te estás mordiendo el labio ahora mismo es tu intento desesperado de reprimir esa sonrisa tuya. Vamos, Liv. Déjala salir. Deja que esa chica mala brille.

La sonrisa de Olivia explota en su rostro, probablemente sin su permiso. Deja escapar una risita muy dulce antes de golpearse la boca con la palma.

—Oh, joder —susurra, alejándose.

Es una lástima que en ese momento el barman se acerque y coloque dos pintas frente a ella. Su rostro se ilumina cuando busca su bolsillo trasero, pero dejó un billete y agarro las cervezas, borrando efectivamente cualquier rastro de sonrisa de su hermoso rostro.

—¡Oye! —Las cejas de Olivia se juntan—. ¿Qué estás haciendo? Esas son para mí y Cara.

—Y podrás recuperarlos cuando me des la hora del día.

—No necesito darte nada y ciertamente no necesito que sigas pagando mis bebidas. —Pone sus puños en las caderas. Esos ojos color whisky se entrecierran peligrosamente. Olivia tiene un golpe sorprendentemente feroz—. Tengo un trabajo, ¿sabes?

—¿Tu trabajo paga trece millones al año?

—No me impresiona cuánto dinero ganas.

Realmente parece que le importa una mierda. Ella, sin embargo, alcanza las bebidas, saltando arriba y abajo, frotándose contra mí mientras las sostengo por encima de su cabeza.

—¿Qué es lo que haces, de todos modos? —Mis hombros se ponen rígidos ante mi pregunta, porque normalmente no es una que me interese hacer. Por lo general, se trata más bien de qué tan difícil, qué tan rápido y superior o inferior.

Olivia refunfuña algo que no puedo entender, pero *Dios, imbécil y sexy* son definitivamente parte de eso. Ojalá lo hubiera captado todo.

—Solo olvídalo. Traeré bebidas a la mesa. —Levanta las manos en el aire por encima de su cabeza como si hubiera terminado conmigo.

Sin embargo, la cosa es que estoy muy lejos de haber terminado con esta mujer. Es por eso que estoy sólo un paso detrás de ella mientras regresa a la cabina.

—¿Me llamaste puto? —pregunto mientras me deslizo a su lado, captando el final de su conversación con Cara.

—Nunca te llamaría así —insiste, quitándose la cerveza de la mano.

—Sí. —Cara acepta su propia bebida con una sonrisa—. Ella te llamó *señor Puto*.

Olivia esconde su sonrisa culpable detrás del borde de su vaso.

—Es mucho más distinguido.

Le doy un suave pellizco en el codo.

—Eres una pequeña mierda, ¿no?

—¿Yo? Literalmente nunca te detienes.

—Soy como un cachorro —le digo.

—¿Molesto, sin entrenamiento y que requiere mucho trabajo?

Me inclino hacia ella y bajo la voz.

—Soy excepcionalmente lindo y disfruto de la atención.

Otra risita, genuina, dulce y ligera, que me hace sonreír.

—Ya son dos —señalo.

—¿Dos qué?

—Dos risas te he sacado esta noche.

Sus cejas se arquean mientras toma un sorbo.

—Mmm. ¿Estamos llevando la cuenta?

—Sí. Mi objetivo es llegar a diez.

—Bueno, buena suerte, amigo. Ésa es la última que te doy.

—Ya veremos —murmuro, con los ojos puestos en Emmett mientras se acerca saltando, los ojos se iluminan cuando ven a Olivia.

—¡Ollie! —La levanta, la saca de la cabina envolviéndola en un abrazo que desearía ser el que se lo da. No me importaría ver cómo se siente en mis brazos. Él le da un fuerte beso en la mejilla antes de meterla de nuevo en su asiento, y sentarse al lado, agarrando mi muslo mientras se recupera.

El deseo pica mi piel y corre hacia mi polla ante la proximidad de su mano, y se necesita todo lo que hay en mí para guiarla suavemente hacia arriba con mi mano en su espalda baja, en lugar de sugerir que nos vayamos a la mierda con esta tensión que ha estado vibrando entre nosotros desde hace una semana.

—¿Ollie? —Reflexiono y observo la forma en que Olivia se sonroja cuando Cara comienza a repetir sus apodos con los dedos.

—Sí, ya sabes, Liv, Livvie, Ol, Ollie, Ollie Wallie. Y, por supuesto, mi favorito personal. —Su cabeza gira sobre sus hombros mientras deja escapar un gemido—. *Oh, señorita Parkerrr.*

El calor irradia de la pequeña mujer a mi lado mientras entierra su rostro entre sus manos.

Me paso el pulgar por el labio inferior mientras la miro.

—¿Eres profesora, señorita Parker?

Se aclara la garganta y cubre su rostro con las manos mientras mira fijamente la mesa.

—¿No?

—En una escuela secundaria —aclara Cara—. Todos esos chicos mayores quieren meterse entre sus deliciosos muslos.

—Ningún estudiante se meterá jamás entre... uf. —Ahí van sus manos de nuevo, recorriendo su rostro de arriba a abajo.

Cristo, ella es exactamente el tipo de profesora por la que habría muerto en la secundaria. Preciosa, con un culo perfecto y lleno y una personalidad sarcástica.

—Estoy de acuerdo, Ollie. —Mi mano cubre su muslo, apretando suavemente mientras sus labios se abren en una inhalación irregular, con los ojos muy abiertos mirándome mientras el magnetismo instintivamente nos acerca a ambos—. Además de lo obvio, lo que necesitas es un hombre que sepa cuidar de ti. —Mis dedos suben por su muslo y los suyos se enroscan alrededor de mi bíceps, agarrándose para mantenerse erguida—. Alguien que sabe cómo acertar en todos los... lugares *correctos*.

Un latido silencioso se extiende entre nosotros mientras sostengo su mirada, la intriga que baila en ella, incluso si no quiere admitirlo.

—Bien —comienza Emmett. Por el rabillo del ojo, mueve su dedo entre nosotros—. ¿Qué está pasando aquí?

Olivia parpadea, rompiendo el hechizo mientras sacude la cabeza y se mueve hacia atrás, llevándose su calidez con ella.

—Nada —insiste al mismo tiempo que declaro...

—Ollie se está haciendo la difícil.

Cara pasa un nacho cargado por una taza de crema agria y me apunta.

—Ella no está jugando. Es difícil de conseguir.

Olivia me golpea el hombro.

—No me llames Ollie. Apenas nos conocemos.

—Bien. Bueno. —Salgo de la cabina y tiro de la corbata alrededor de mi cuello, la suelto y la guardo en el bolsillo de mi abrigo que cuelga de la cabina. Olivia observa todo con el ceño fruncido, como si quisiera saber qué estoy haciendo y adónde voy, y me encantaría ver la expresión de su rostro cuando le doy la espalda y me alejo.

—¿Aceptas peticiones esta noche? —le pregunto al DJ en la esquina del bar—. Tengo algo de trabajo que hacer.

Se ríe y cuando termino de hacer mi pedido, vuelvo a la cabina.

Olivia observa mientras me desabrocho algunos botones alrededor del cuello y me subo las mangas hasta los codos. Le tiendo la mano.

—Bueno, vamos.

—¿Como?

Hago un gesto detrás de mí con la cabeza, haciéndole señas con un rizo en mis dedos.

—Ven. Vamos.

Sus mejillas se llenan de un furioso rojo.

—Ya te dije que no me iré a casa contigo. Eres increíble.

Mis palmas golpean la mesa con un gemido, deslizándose lentamente sobre la madera, bajando la cabeza para que nuestros ojos queden nivelados.

—Sí, lo has dejado muy claro. Apenas nos conocemos, como has dicho, así que vamos a empezar. —Otro movimiento de mis dedos.

—Bailar conmigo.

—Pero, yo... yo... —Su cabeza gira mientras mira a su amiga en busca de ayuda. Cara se encoge de hombros—. No se bailar —espeta Olivia.

—Evidentemente falso. Te vi bailar toda la noche el fin de semana pasado. Confía en mí. —Me froto los ojos cansados con la mano, medio enterrando mis siguientes palabras—. No podía quitarte los malditos ojos de encima.

—Ella refiere estar a mitad de camino en la bolsa antes de empezar a mover ese culo, Carter —interviene Cara, masticando otro nacho—. Sólo está tomando su segunda cerveza esta noche.

—Está bien, entonces no bailas. —Envuelvo su manga a cuadros alrededor de mi puño, dándole un suave tirón. *Vamos, Liv.* Le lanzo una mirada acalorada, una invitación—. ¿También rechazas los desafíos?

Ahí está, el mordisco de sus dientes en la carne rosada de su labio inferior, esa peculiaridad en la comisura de su boca que da paso a una lenta explosión, la sonrisa que enciende todo su rostro.

Ella desliza su pequeña mano en la mía y lo sé.

La tengo.

FÁCILMENTE IMPULSADA

Olivia

Ojalá no se sintiera tan bien, mi mano en la suya. Dedos largos y anchos se entrelazan con los míos, tragándome y sacándome de mi asiento, a través de la multitud que cubre la pista de baile. La diferencia de tamaño solo en nuestras manos es asombrosa, y me encuentro pensando en todas las formas en que él podría darle un buen uso a esa mano.

El pensamiento en sí envía un escalofrío de placer que recorre mi columna, razón por la cual no quería hacer esto en primer lugar. No sé por qué me siento tan bien cuando me toca, o por qué me atrae constantemente su amplia y tonta sonrisa, la forma en que se comporta de manera tan despreocupada, tan relajada, confiada y en control. Por alguna razón, temo que si me deja sola por mucho tiempo, dejaré que golpee las paredes que definitivamente no son lo suficientemente resistentes como para mantenerlo alejado.

Él pertenece aquí, al otro lado, sin apegos emocionales. Porque eso es lo último que alguien quiere hacer con un hombre que no tiene ninguna inclinación a sentar cabeza, apegarse emocionalmente.

Carter se aclara la garganta, atrayendo mi mirada hacia su espalda, sobre la amplia extensión de sus hombros antes de girarse.

—Señora. —Con una encantadora y torcida sonrisa, hace una pequeña reverencia antes de atraerme hacia él. Mis dedos se aferran a los suyos y con cuidado coloco mi mano libre sobre su hombro. Hay un brillo en sus ojos, una pequeña arruga escondida entre sus cejas mientras me mira fijamente, y por un momento me pregunto si está tan confundido como yo.

—¿Está bien? —Sus tranquilas palabras recorren mi cuello mientras su cálida palma presiona mi espalda baja.

Mi garganta se aprieta cuando su toque quema la carne expuesta por encima de la cintura de mis pantalones, y asiento.

—Mmm.

—¿Qué te pareció mi gol de esta noche?

—Fue un gol hermoso —admito con un suspiro. Fue seleccionado en primera ronda del draft a los dieciocho años y consiguió el título de capitán con sólo veintidós. Hoy es uno de los jugadores mejor pagados de la historia. Carter es verdaderamente un fenómeno en el mundo del hockey.

Su rostro brilla de orgullo.

—¿Y la celebración?

—¿Qué pasa con eso?

Su rostro se hunde, sus dedos presionan firmemente mi piel.

—Te lo dediqué.

La aprensión se hace un nudo en mi estómago, de la misma manera que lo hizo cuando vi mi rostro en la pantalla grande.

—¿Te refieres a cuando pusiste mi rostro en el jumbotron? ¿Cuándo todos a mi alrededor empezaron a preguntarse quién era yo y si finalmente habías decidido sentar cabeza? ¿O cuando Sportsnet dijo que era bastante bonita pero no las típicas modelos de trajes de baño con las que follas?

Sus párpados se cierran, su voz tiene un timbre ronco.

—Podrías ser modelo de trajes de baño si quisieras.

Simplemente no lo está entendiendo.

—Sé que eso pretende ser un cumplido, pero me irrita aún más. Claramente, este es solo un juego divertido para ti porque te rechacé el fin de semana pasado. Soy un ser humano con sentimientos que no tiene ningún deseo de ser cosificado en la televisión nacional. —El calor sube por mi cuello, directo a las puntas de mis orejas mientras retiro mis manos y salgo de su aturdido alcance—. No a todos nos gusta la atención, Carter. Algunos de nosotros lo evitamos activamente.

Otro paso atrás y estoy a punto de agradecerle por el baile y disculparme cuando su mano atrapa la mía.

—Oye —insta suavemente—. Lo siento, Olivia. No quise avergonzarte. Supongo que estaba emocionado de verte de nuevo y quería hacértelo saber. Los gestos extremos son lo mío y, eh... —Desliza los dedos debajo de su gorro y se rasca la cabeza—. No tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo aquí.

Yo tampoco. No tengo que preguntarme si este es su *modus operandi* habitual, si lo fuera, probablemente lo haría mejor.

La garganta de Carter trabaja al tragar mientras mira nuestras manos unidas y luego vuelve a subir, una pregunta silenciosa: *¿Seguiré bailando*

con él? Ante mi cauteloso paso hacia adelante, una sonrisa detona en su rostro, y me atrae hacia él, abrazándome de cerca, y cuando la música cambia, el familiar y suave rasgueo de una guitarra flotando a nuestro alrededor, mi cuerpo se paraliza.

Una risa sale de mis labios cuando John Mayer comienza a cantar sobre una mujer llamada Olivia.

—¿Pediste esta canción?

Su lengua se asoma por la comisura de su boca con su sonrisa culpable pero orgullosa, y en lugar de responder, me acerca más hasta que nuestros cuerpos se fusionan. Mis ojos se cierran cuando su boca se acerca a mi oreja, y un cosquilleo de deseo enciende cada una de mis terminaciones nerviosas cuando toma mis manos, coloca mis brazos alrededor de su hombro y susurra la letra en mi hombro, cantando suavemente y tan, tan profundo.

—Joder, he tenido esta canción repetida durante la última semana. ¿Te gusta John Mayer?

Mis manos rozan sus anchos hombros, rozando los músculos anudados que se ondulan debajo de la superficie, y paso una palma por su nuca, con un fuerte deseo de entrelazar mis dedos en las ondas castañas que se asoman desde su gorro.

—Me encanta.

—¿Cuál es tu canción favorita?

Mi boca se curva hacia un lado.

—Tengo dos.

—Dame tu primera favorita.

Mi rostro se sonroja mientras evito su mirada.

—Slow Dancing in a Burning Room. —Una canción lenta y triste, dos personas que están destinadas a fracasar juntas, algo así como lo que sea que estemos haciendo ahora. No hay forma de que esto termine bien. Está destinado a arder en llamas, simplemente estamos negando lo inevitable.

No estoy seguro de que Carter lo vea como yo, porque simplemente emite un sonido de satisfacción y murmura.

—Buena canción. ¿Segunda favorita?

—Bigger Than My Body.

Mi mandíbula se cierra de golpe ante su reacción inmediata, el pésimo trabajo que hace al sofocar esa maldita risita suya mientras su cuerpo excepcionalmente grande tiembla bajo mis manos.

Mis ojos se entrecierran.

—Cállate.

—No puedo... —*Ríe*— ¡No puedo evitarlo! —Se inclina hacia adelante con una carcajada, la frente cae sobre mi hombro mientras sus brazos me rodean por completo, aferrándose a mí mientras vibra.

—Esas *no* son lágrimas en tus ojos en este momento —reflexiono cuando se retira, con los ojos llorosos.

Limpia su rostro con el hombro e inhala profundamente.

—Te has metido tú solita en esa. Sabes que eres pequeña, Ollie, ¿verdad?

—No soy... —Levanto la nariz en el aire—. Lo que me falta en altura lo compenso en actitud. —De todos modos, eso es lo que dice mi padre y tiendo a estar de acuerdo con él.

—No me digas —tararea Carter, mirándome divertido—. ¿Cuánto mides?

—Un metro sesenta —miento sin dudarlo.

—Y una mierda. —Se ríe, la piel bronceada alrededor de sus ojos se arruga. Se retira y deja que su mirada recorra todo mi cuerpo—. Te doy uno cincuenta.

Un gruñido retumba en mi garganta.

—Maldita sea.

Está esa risa de nuevo, y no estoy segura de por qué me gusta tanto, o el brillo en sus ojos mientras me hace girar antes de tirarme hacia atrás contra su duro pecho.

—Entonces... —La vacilación en su voz me recuerda que no está acostumbrado a tener pequeñas conversaciones—. Eres profesora de secundaria.

—Lo soy.

—¿Cuántos años tienes? Apenas parece haber terminado la universidad.

—Cumplí veinticinco en octubre. —Cara me llevó a Palm Springs por cuatro días, cortesía de la tarjeta de crédito de Emmett. Fue difícil explicar el bronceado cuando regresé al trabajo el lunes después de un largo fin de semana que comenzó el jueves con un permiso de enfermedad.

—¿Veinticinco? ¡Eres una bebé!

—No lo soy. Tu cumpleaños es en febrero, así que ni siquiera tienes tres... —Doblo los labios en la boca mientras asimilo mis propias palabras y Carter sonrío triunfalmente—. Oh, mierda.

—Me buscó en Google, señorita Parker.

—No. —*Obviamente*. Llámelo curiosidad morbosa.

—¿Qué más encontraste?

¿Aparte de la confirmación de que su sonrisa es permanentemente deslumbrante y sus hoyuelos resaltan?

—Que te gustan mucho las mujeres.

Carter se ríe suavemente y mira por encima de mi cabeza por un momento.

—¿Qué enseñas?

Que se contenga a no responder a mis hallazgos me recuerda por qué me he dicho a mí misma que me mantuviera alejado, que mantuviera partes de mí ocultas. Cuando empiezas a regalárselos a personas que sólo quieren conservarlos hasta que llegue la siguiente persona, es cuando mantenerse a flote se vuelve peligroso. Un extraño escalofrío pica la parte posterior de mi cuello, y cuando trato de moverme hacia atrás, dejar un poquito de espacio entre nosotros, Carter me tira hacia atrás, dobla su cuello y... me da un beso fugaz en la coronilla.

—¿Olivia? —Toca mi barbilla con dos dedos y cierra mi boca abierta—. ¿Qué asignatura enseñas?

Sacudo la cabeza y tengo un nudo en la garganta. No sé cómo el simple toque de sus labios hace que todo se sienta tan confuso, pero así es.

—No te burles de mí —le advierto—. Enseño educación física.

Un ceño fruncido recorre los bordes de su perfecta boca.

—¿Por qué me burlaría de eso? Eso es tan genial.

—¿Sí? Mi hermano siempre dice que no es un tema real.

—Tu hermano suena como un idiota.

—A veces. —Me río. Jeremy es cuatro años mayor que yo y lo que mejor hacemos es discutir. Perdería la cabeza si pudiera verme ahora mismo, pero no se lo voy a decir, y el hecho de que aún no me haya enviado un mensaje de texto sobre la dedicación del gol de Carter significa que, de alguna manera, se lo ha perdido. Lo llamo una bendición. Jeremy es un gran admirador, pero no sería fanático de que yo fuera una de las chicas en la foto yendo a casa con Carter.

Irónicamente, Jeremy dejó embarazada a una desconocida después de una aventura de una noche a los veintidós años. Resultó ser uno de esos escenarios del destino. Ya conoces el tipo de novela romántica, de auténtico cuento de hadas. Se enamoraron, se casaron y tuvieron su segundo bebé a principios de este año. La vida real no funciona así el noventa y nueve por ciento de las veces.

Le sonrío a Carter.

—Él no es tan malo. A Jeremy simplemente le gusta burlarse de mí.

Hay algo en su mirada, una ternura que no reconozco, una que hace estallar mariposas en mi estómago ante la vulnerabilidad que surge con la forma en que me mira.

Mi palma se aplana contra su nuca y hago girar un mechón de cabello alrededor de la punta de mi dedo.

—¿Qué? —susurro.

Su mano recorre todo mi cuerpo, sobre la curva de mis caderas hasta que se posa en mi mandíbula. Su pulgar roza mi barbilla, la línea de mi labio inferior y mis rodillas se tambalean.

—Me gusta cuando sonríes —murmura—. Y ríes. A mí también me dan ganas de sonreír.

No sé qué decir a eso. No es en absoluto el hombre que deja que los medios lo pinten, ni siquiera el que fue el fin de semana pasado. Me está sacando de mi eje y no estoy acostumbrada a la inestabilidad, mi mundo ya está tan delicadamente equilibrado.

—Está bien, entonces tienes veinticinco años, mides un metro cincuenta, tienes un hermano, jugaste hockey durante quince años, enseñas educación física, prosperas con el sarcasmo y el descaro... —Hace una pausa para sonreír cuando lanzo una carcajada—. ¿Qué otra cosa? ¿Practicaste algún otro deporte?

Mi cabeza se mueve con entusiasmo. Tuve una educación bastante privilegiada en el sentido de que mis padres tenían suficiente dinero para dedicarnos a las actividades extracurriculares de nuestra elección. Mi papá todavía le dice a la gente que tomé clases de actuación y que así es como llegué a ser tan dramática, pero en realidad pasaba todo el tiempo practicando deportes. Me gustaba cualquier actividad física, pero el hockey era, con diferencia, mi favorito. Es curioso, si tenemos en cuenta que mi amor por el deporte comenzó cuando mi hermano me ató en su equipo como portera de gran tamaño y me metió en la red de hockey en la entrada de nuestra casa cuando tenía cuatro años, donde procedió a dispararme tiro tras tiro hasta que mi mamá salió corriendo fuera de la casa, gritando.

—Softbol, fútbol, voleibol...

Un aullido de risa rápidamente devora mis palabras mientras la cabeza de Carter cae hacia atrás, y cuando el hombre gigante deja caer su frente sobre mi hombro, frunzo el ceño.

— *Voleibol* —jadea—. Jugaste voleibol.

Mis cejas se juntan.

—El voleibol es un deporte increíble. Entreno al equipo senior femenino.

—Eso es increíble. —*¿Está llorando de nuevo?*—. Qué genial, Ol. —Se mueve hacia atrás y se limpia debajo de los ojos. *Está jodidamente llorando de nuevo*—. Supongo que sólo estoy... —Lanza una mirada de complicidad—. Sabes...

Me libero de su agarre para poder cruzarme de brazos.

—No, no lo sé. Ilumíname.

La risa vuelve a burbujear y lo único en lo que puedo concentrarme son los hoyuelos en sus mejillas, la forma en que brillan sus ojos. Pone una mano sobre su vientre y todo su cuerpo vibra mientras fracasa estrepitosamente en controlarse.

—¿Puedes siquiera alcanzar la red? —Se ahoga.

—Oh, eres muy gracioso. —Con las dos manos en su pecho firme, le doy un empujón y me agarra las muñecas—. Tengo piernas poderosas. Lo hago muy bien, no te preocupes.

Me atrae hacia él mientras se toma el labio inferior entre los dientes. Su mano se hunde en mi cabello en el momento exacto en que mis dedos se entrelazan alrededor de los sedosos rizos de su nuca y tararea.

—Mmm. *Pequeñas* piernas poderosas.

—Eres increíblemente molesto. —Un escalofrío de placer me roba el aliento cuando su palma se desliza por mi costado, curvándose sobre mi cadera.

Carter toma mi mandíbula, su pulgar recorre mi pómulo mientras su mirada entrecerrada cae hacia mis labios.

—Y aun así creo que te estoy conquistando de todos modos.

Mi respiración se vuelve entrecortada.

—No me gustas.

Su lengua se asoma, tocando la división en su labio inferior que está casi completamente curado, y mis ojos siguen el movimiento. Su aliento es cálido cuando se mezcla con el mío y, por un momento, juro que puedo saborearlo. Por un momento quiero más.

—Puede que no te guste, pero a tu cuerpo seguro que sí. La forma en que tus dedos se aferran a mi cabello en este momento me lo dice.

Mis ojos se abren cuando la realidad de nuestra posición se asimila, la intimidad, los dos enredados, su boca a unos centímetros de la mía. Lo que es peor, todavía estamos bailando lentamente una canción que terminó quién sabe hace cuánto tiempo, mientras el resto de la pista de baile está cubierta de gente girando.

—Oh. —Mis manos caen de su hombro, de su cabello, y doy un paso hacia atrás—. Oh.

—Oye. —Se ríe suavemente—. Ven aquí. —Sus dedos se entrelazan con los míos y me da un suave tirón, arrastrándome hacia la barra donde saca un taburete y rápidamente me coloca encima antes de tomar asiento junto al mío—. Estás a punto de caer en una espiral.

—No voy a caer en una espiral. —*Podría estar a punto de caer en una espiral.*

—Estás a punto de caer en una espiral, Ollie. No necesito saberlo todo sobre ti para ver que eres el tipo de persona cuyo cerebro siempre está acelerado, pensando demasiado.

—Eso no es... —Me coloco el cabello detrás de la oreja, con la mirada fija en la mano de Carter, a un centímetro de la mía en la barra—. Se siente como si hubiera mucha presión.

—¿Qué cosa?

Todo. Presión para ceder, presión para *no* ceder. Presión para encajar en el molde de todas las mujeres que me precedieron, las que vendrán después de mí. Presión para ser diferente y única y al mismo tiempo encajar.

Con Carter a mi lado, todos están mirando. *Todos*. Los aficionados en el estadio, los comentaristas deportivos, sus compañeros de equipo aquí en el bar. Dondequiera que mire, los ojos están puestos en nosotros, observando qué haremos a continuación. No sé cómo expresarlo con palabras.

Mi mirada se eleva lentamente para encontrarse con la suya y, de alguna manera, él lo sabe.

Inclina la cabeza en dirección a la puerta.

—¿Quieres salir de aquí? —En el momento en que abro la boca, me la tapa con la palma de la mano—. No volver a mi casa. Vamos a comer algo.

—Comí en el juego —espeto.

—No lo hiciste, mentirosa. —Cara se llenó la boca con la mitad de la barra y tú comiste un puñado de palomitas de maíz. Te estuve mirando todo el tiempo y me echaron mierda por eso después del partido.

—No, no lo hiciste —reflexiono.

Se ríe, trazando la forma de mi mano con su dedo.

—El entrenador dijo... No te pagamos trece millones por poner ojos saltones a hermosas morenas. —Agarra mis manos y las acerca a su pecho—. Vamos. Ven a comer algo conmigo, por favor. No tiene por qué ser algo loco. Por lo que a mí me importa, podemos conseguir comida callejera. Hay mucho ruido aquí y me gusta hablar contigo.

Mmm.

—Por favor, Ollie. Por favor, por favor, por favor, por favor. —Un suave toque en la mejilla por cada *por favor*. Me agarra la barbilla y la sacude un poco—. Por favor.

—Qué molesto —me quejo, apartando su mano.

Su barbilla golpea su puño y mueve las cejas.

—¿Molesto o entrañable?

—Molesto, definitivamente. —Mis hombros se hunden con un suspiro y, como si sintiera mi derrota, Carter salta de su taburete y lanza un puñetazo en el aire.

—¡La he roto, maldición! —Me agarra por la cintura, me hace girar en el aire, me deja caer sobre mis pies y... llena todo mi rostro de besos. Sus dedos se entrelazan con los míos, tirando, antes de que tenga tiempo de comprender lo que ha sucedido—. Te lo prometo, Ollie, no te arrepentirás.

Tengo una relación seria de amor/odio con la risa burbujeando en mi pecho, y necesito dominarla antes de ir a algún lado a solas con este hombre.

—No voy a ir a casa contigo.

Levanta dos dedos en señal de promesa.

—Ni siquiera preguntaré.

—Está bien, bueno, primero tengo que usar el baño.

Me da un beso rápido en la mejilla.

—Iré a buscar nuestros abrigos.

Me doy palmaditas en las mejillas rojas con un poco de agua fría sobre el lavabo del baño, tratando de reducir el fuego que se está gestando allí a fuego lento. No funciona. Siento calor por todas partes. Mis partes femeninas están excitadas, mi vagina se frota las manos metafóricas porque cree que recibirá algo esta noche. Es muy probable a estas alturas. Carter llegó hasta aquí, definitivamente puede llegar más lejos. La idea es a la vez aterradora y emocionante.

No me lleva nada de tiempo encontrar a Carter cuando salgo del baño, dado su tamaño y su enorme personalidad. Aún no tiene nuestros abrigos.

Él, sin embargo, tiene una rubia rojiza con piernas que van directas al cielo pegadas a su costado, sus brillantes uñas negras recorriendo lentamente su espalda. Inclina su oído hacia su boca mientras ella presiona sus tacones altos, susurrándole, y mi estómago se hunde involuntariamente ante la sonrisa que le muestra.

Mi casi error y mi juicio erróneo duelen como una bofetada, y cuando me subo a la parte trasera de un taxi, él está irrumpiendo por la puerta del bar, gritando mi nombre.

Es demasiado tarde. Seguro que tengo suficiente respeto por mí misma como para no quedarme ahí y someterme a esa mierda de playboy en la que definitivamente no me inscribí. Puede que no vaya a casa conmigo esta noche, pero irá a casa con alguien.

Y, francamente, con quién se acuesta Carter Beckett no tiene importancia para mí. Por lo que a mí me importa, puede irse a la mierda.

8

CALCETINES EN LA POLLA Y ROLLOS DE CANELA

Carter

Hace un frío de mierda, otra vez.

—¿Qué carajo está pasando este invierno? —Adam mete las manos más profundamente en los bolsillos de su abrigo y entierra su rostro hasta la nariz detrás de la bufanda.

—Esto es una mierda de la costa este. —Se queja Garrett—. No dejé Nueva Escocia por esto. Se supone que los inviernos de la costa oeste son suaves. —Una pequeña mano tira de la cola de su abrigo de lana y Garrett sonríe, agachándose frente al niño—. ¡Hola amigo! ¿Te gusta el hockey?

Este es uno de mis eventos favoritos del año, pero los muchachos tienen razón, normalmente no hace tanto frío. El aire es gélido y nos hemos alejado de las lámparas de calor para tomar un descanso. Bueno, una especie de descanso. Mi mirada se dirige a Garrett mientras firma una camiseta con su nombre en la espalda. Es difícil tomarse un verdadero descanso aquí y ninguno de nosotros rechaza a los niños.

—Eh, Woody. —Le doy un codazo a Adam en el brazo—. El año que viene tal vez piensen en organizar esto en el verano para no correr el riesgo de que se nos congelen las pelotas.

Se ríe, contemplando el parque abarrotado.

—Aquí es cuando más necesitan el dinero. Ponte un calcetín en la polla si estás tan preocupado.

Me río disimuladamente.

—Calcetín en la polla.

Cada año, realizamos un evento de recaudación de fondos para encender el árbol el primer día de nuestras vacaciones de Navidad. Este año

es el veintitrés. El Proyecto Familiar es el orgullo y la alegría de Adam, un evento que nuestro equipo ha organizado gracias a él durante los últimos cuatro años, y todas las ganancias se destinan a Second Chance Home, un hogar para niños que esperan ser adoptados. Hay toneladas de cosas interesantes que suceden cada año, como mini torneos, competencias de habilidad, patinaje, fotos con los jugadores y más. Mi favorito es el concurso de la casa de jengibre. Siempre pierdo porque como mientras construyo mi casa. Pero es una broma: comer galletas es ganar.

—Aviso. —Emmett me da un codazo e inclina la cabeza hacia el camarógrafo y el reportero que se dirigen hacia nosotros—. Guarda el calcetín de tu polla durante unos minutos y compórtate.

—Oh, hombre. Odio comportarme. —Sonrío cuando el periodista se detiene frente a nosotros—. ¿Quieres mi lado bueno o mi lado mejor?

Adam me quita del camino.

—A nadie le importa tu rostro, Carter.

—Bueno, no estoy de acuerdo.

—Eso es porque tu ego es del tamaño de Norteamérica y te gusta discutir. —Balancea sus brazos alrededor de Emmett y de mí, acercándonos, y le hace un gesto a Garrett con un movimiento de cabeza. Con una sonrisa a la cámara, pregunta—: ¿Qué te gustaría saber?

Nos quedamos allí durante los siguientes minutos mientras Adam detalla el razonamiento detrás del proyecto The Family, los padres que eligieron abrirle los brazos y amarlo, le dieron una segunda oportunidad en la vida y una familia, y cómo su breve tiempo en el sistema de acogida lo llevó a esto.

—Y Carter —dice Tracy, la reportera—. Parece que hoy estamos a sólo mil quinientos dólares de la meta de veinte mil dólares. Alcanzar esa meta tiene un precio que pagar, ¿no es así?

Pongo una mano sobre mi pecho.

—Que me golpeen con un pastel en mi rostro es un precio que siempre estoy dispuesto a pagar.

Garrett resopla en mi oído.

—Tan humilde.

Un destello de chocolate amargo y caramelo sobre el hombro del camarógrafo me llama la atención, y me inclino hacia la izquierda, hacia Garrett, siguiendo a la belleza de cabello oscuro mientras camina por la acera.

—Bueno, que me jodan.

Tracy me lanza una mirada burlona.

—¿Perdón?

—Oh nada. Yo sólo... —Veo a Olivia desaparecer en una pequeña panadería y me libero de los brazos enredados de mis compañeros de equipo—. Tengo que manejar algo. Los chicos terminarán.

Con una mirada rápida en ambas direcciones, cruzo la calle corriendo, ignorando mi nombre mientras me sigue. La campana sobre la puerta de la panadería suena cuando la cruzo, pero Olivia no levanta la vista para ver quién se ha unido a ella. Está demasiado ocupada mirando con nostalgia las golosinas, con una mano presionada contra el cristal y la otra agarrando su cartera.

—¿Te apetece algo más hoy? —pregunta el hombre detrás del mostrador mientras coloca un artículo en una caja blanca.

—Um... —Sus dedos tamborilean contra su cartera de cuero marrón y sacude la cabeza—. No, yo...

—Oh, mierda. ¿Es esa tarta de queso con Oreo? Me encanta. Tomaremos dos piezas, por favor.

Olivia se da vuelta, con la mano en la garganta mientras rebota en mi pecho con un grito ahogado.

—Jesucristo, Carter. —Me golpea el hombro—. Me asustaste. ¿Qué estás haciendo aquí? —Le sonrío al panadero mientras saca un billete de cinco dólares de su billetera—. Sin tarta de queso, por favor.

Deslizo mi tarjeta de crédito por el mostrador.

—Sí, tarta de queso, por favor.

—Carter...

—¿Cómo es que sólo tienes un rollo de canela? —pregunto, mirando la caja en el mostrador mientras el hombre corta la tarta de queso.

Hombre, Olivia se sonroja mucho. No sé por qué, pero sí sé que es jodidamente linda, especialmente cuando lo combina con un mechón de su cabello alrededor de su dedo.

—Mi mamá siempre los hacía la mañana de Navidad. No sé cómo hacerlos, así que compro uno cada año.

—¿Vas a aguantar dos días enteros sin comer eso? ¿Cómo?

—Porque tengo... —Hace una pausa para fruncir el ceño cuando arranco un trozo y me lo meto en la boca—, autocontrol.

—Oh, yo no —murmuro, luego trago—. Santo cielo, eso está bueno. —Agarro otro trozo y le hago un gesto con la cabeza al hombre que se ríe de mí detrás del mostrador—. Tomaremos media docena, por favor. —Sonrío ante el rostro irritado, *pero extrañamente no sorprendido*, de Olivia—. Estás guapa.

Ella mira su conjunto, sus mallas y sus gruesos botines de cuero, la sudadera con capucha de gran tamaño debajo de su abrigo de lana abierto y, lo adivinaste, se sonroja.

Le doy un suave tirón al cabello.

—Mi parte favorita es el toque. —Me rio entre dientes cuando una algo cae de su bolsillo y lo recojo por una de las orejas caídas—. Y los guantes para cachorros.

Toma las cajas del hombre con una sonrisa y murmura un *muchas gracias*, luego me sigue afuera.

—¿Tu mamá ya no hace rollos de canela la mañana de Navidad? —pregunto mientras le ofrezco la mitad del que estoy comiendo actualmente. Ella niega con la cabeza y yo me encojo de hombros, metiendo el resto en mi boca y lamiendo el pegajoso queso crema que se me queda en los dedos.

—Mis padres viven en Ontario, así que no los veo en Navidad.

—¿No puedes visitarnos?

—Podría, pero están semi jubilados y viajan todo el invierno. Mi hermano vive aquí, así que ceno con su familia.

—¿Pasas sola la mañana de Navidad? —No me gusta eso. ¿Por qué no pasa todo el día con su hermano? ¿O qué pasa con Cara y Emmett?—. ¿No te sientes un poco sola?

Se encoje de hombros.

—Estoy acostumbrado a eso. —Su mirada recorre mi cuerpo y luego vuelve a subir—. ¿Qué estás haciendo aquí, Carter?

Inclino mi cabeza al otro lado de la calle.

—Recaudación de fondos.

—¿Y qué estás haciendo *aquí*?

—Bueno, te vi caminando y, quiero decir... —Me rasco la sien—. ¿Por qué me dejaste el viernes por la noche? —Algo incómodo y extraño se retuerce en mi estómago—. Pensé que íbamos a ir a comer algo.

Olivia me mira fijamente durante un largo momento de silencio.

—¿Hablas en serio? Me abandonaste.

—¿Qué quieres decir? Te fuiste sin decir nada.

Pone los ojos en blanco.

—¡Porque regresé del baño y te vi con otra mujer encima de ti, Carter!

—¿Qué? —Mi frente se arruga y se suaviza tan rápido como mi mente vuelve a Breanna. O tal vez fue Brenda. ¿Brynn? Mierda, no lo recuerdo, pero sé que era pelirroja—. Oh, rojo viejo. ¿Estás molesta por eso?

—Oh dios mío. —Se lleva una mano a su rostro—. ¿En serio no puedes entender por qué ver a otra mujer encima de ti podría desanimarte después de que acepté pasar tiempo contigo a solas?

—Bueno, supongo que puedo, pero... —Me froto la nuca. ¿Está enojada conmigo? No quiero que se enoje conmigo—. No hice nada. Ese tipo de cosas suceden todo el tiempo dondequiera que vaya. —No estoy seguro de que haya sido lo correcto, incluso si es la verdad. En todo caso, ahora parece un poco asustada—. ¿Estás celosa?

Su mirada baja al suelo.

—No.

—Creo que lo estás. —Tiro de los hilos de su sudadera con capucha—. Y creo que me gusta.

Olivia aparta mi mano.

—No necesito compararme con otras mujeres y recordarme todas las formas en que no califico, ¿de acuerdo?

¿Qué no califica? ¿Qué carajo?

—No sería justo compararte con ellas. Estás en un nivel completamente diferente.

—Estoy consciente —murmura al suelo.

—Sí, están como aquí. —Paso una mano por el torso de Olivia y luego levanto la mano lo más que puedo por encima de su cabeza—. Y tú estás muy arriba, aquí.

Una sonrisa dulce y tímida se dibuja en la comisura de su boca.

—Sabes, para alguien que está acostumbrado a cagarla la mayoría de las veces, seguro que sabes cómo ser dulce a veces.

—Sólo otro de los talentos que Dios me ha dado. —Miro al otro lado de la calle hacia el concurrido parque—. Oye, ¿quieres venir a pasar un rato?

—Oh, no, yo... —Se levanta la manga de su abrigo para revisar su... muñeca desnuda—. Mierda. No uso reloj.

Le paso un brazo por el hombro, enterrándola en mi costado, y empiezo a arrastrarla al otro lado de la calle.

—A veces eres un poco desordenada, ¿eh? Vamos. Los muchachos están ahí y será divertido.

—Define diversión.

—Me darán con un pastel en mi rostro si recaudamos veinte mil dólares, y sé que Adam Lockwood está ansioso por golpearme con dicho pastel.

Olivia se ríe.

—¿Qué pasa si no se recauda todo?

—Dono el resto del dinero y me llevo el pastel en mi rostro.

—¿Cuánto crees que tendría que pagarle a Adam para que me dejara hacer los honores?

Le sonrío y la acerco más.

—Vamos, enana.

Olivia

Estoy acostumbrada a ser la persona más baja de la sala. El noventa y nueve por ciento de mis estudiantes de secundaria son más altos que yo, incluso los de primer año.

Pero *esto* es aterrador.

—¿Soy excepcionalmente pequeña o tus amigos son excepcionalmente altos? —Le susurro a Carter mientras nos acercamos a un grupo de sus compañeros de equipo. Actualmente está comiendo su segundo rollo de canela, con los dedos cubiertos de glaseado, pero me dedica una mirada divertida y prolongada.

—Ambos. No te preocupes. No muerden. —Me guiña un ojo—. Aunque podría.

No sé cómo terminé aquí. Estaba bastante decidida a no volver a ver a Carter, o al menos a no interactuar con él. Pensé que el viernes había sido un recordatorio crudo pero necesario de quién era él, porque accidentalmente lo dejé mirar por encima de un par de mis paredes y lo olvidé momentáneamente.

Pero ahora no estoy tan segura.

No me malinterpreten, el hombre es sin duda tan arrogante como los medios lo hacen parecer. No tiene reparos en decir lo que piensa, lo que lo hace notablemente honesto, pero también un poco discrepante.

Por ejemplo, yo, como alguien cuyos pantalones está tratando activamente de meterse, no necesito ni quiero saber que las mujeres se adhieren a su cuerpo dondequiera que vaya. Ciertamente aprecio la aclaración de que lo que vi el viernes entre él y la rubia fresa no fue lo que parecía, pero la verdad era de alguna manera tan intimidante como la creencia había sido nauseabunda.

El hombre más alto del grupo se da vuelta y lo reconozco inmediatamente como Adam Lockwood, el portero superestrella de Vancouver. Abre los brazos y camina en nuestra dirección.

—¿Adónde fuiste? Pensé que tal vez habías ido a comprar un calcetín... —Sus ojos se deslizan en mi dirección y sus mejillas se sonrojan—. Polla... —Se aclara la garganta y me saluda tímidamente—. Hola. Soy Adam. No. Joder. —Se lleva una mano a su rostro y la refriega hacia abajo antes de ofrecérmela—. Adam. Soy Adam. Lo lamento. Simplemente me da vergüenza porque no te conozco, pero dije *polla* delante de ti.

Dios mío, es adorable. También es increíblemente hermoso, con sus ojos azules brillantes y rizos oscuros y despeinados que piden ser tocados.

Deslizo mi mano en la suya.

—Puedes decir polla delante de mí todo lo que quieras.

La boca de Carter desciende hasta mi hombro.

—Puedo...

—No. —Cubro su rostro con mi mano y lo empujo lejos.

—Maldita sea. —Hace un gesto hacia mí—. Esta es Olivia.

Los ojos de Adam se iluminan.

—¡Oh! ¡La amiga de Cara! —Sus ojos se oscurecen mientras mira a Carter—. Oh. La amiga de Cara.

Carter pone los ojos en blanco.

—Está bien. Olivia quería venir conmigo.

—Uh, así no es como sucedió. Me arrastraste...

Todo su brazo rodea mi cabeza mientras me atrae hacia él, enterrando mis palabras.

—Shh.

Adam luce una sonrisa increíblemente amplia y alegre, su mirada salta entre Carter y yo, y es en ese momento que me doy cuenta de que todavía estoy en sus brazos, con la espalda pegada a su pecho, y no estoy segura de cómo separarme.

Afortunadamente, Emmett me espía desde el otro lado del parque.

Sus ojos se abren y comienza a correr.

—¡Ollie! —Me libera del agarre de Carter y me envuelve en uno de sus fornidos abrazos. Son mi tipo favorito, bajistas y asfixiantes—. Care no dijo que vendrías. Está en una reunión con algunos clientes.

—No lo sabía. Estaba haciendo unas compras navideñas de último momento y me arrastraron hasta aquí en contra de mi voluntad.

Un apuesto rubio aparece al lado de Emmett, dándome una sonrisa tímida.

—A Carter no le gusta aceptar un no por respuesta.

—Puedo decir que es un concepto muy difícil de entender para él.

Sus ojos color turquesa brillan de alegría y toma mi mano, presentándose, aunque ya sé quién es.

—Garrett. Apuesto a que te gusto más.

—Apuesto a que yo también lo haría.

—No puedo culparte. —Hace un gesto perezoso hacia su rostro—. Es el acento de la costa este.

—Apártate. —Resopla Carter y tira de mí—. Ella es *mi* cita.

Mmm.

—Esta no es una cita.

—Estoy bastante seguro de que es una cita, Ollie.

Me cruzo de brazos.

—Estoy bastante segura de que tienes que pedirle una cita a alguien, Carter.

Sus ojos de jade brillan.

—Eh, lo que sea. Preguntar, arrastrar, todo es lo mismo. —Entrelaza sus dedos con los míos y me empuja hacia adelante—. Vamos, enana. Vamos a pintarnos el rostro.

—Tengo veinticinco años. No pintaré mi rostro.



Pintaron mi rostro.

Sinceramente, no quiero hablar de eso.

—Te ves tan bonita.

—¡Tengo tu maldito número de camiseta en mi mejilla, Carter!

Se muerde los labios en un intento de ocultar su sonrisa culpable.

—Qué bonita.

Sólo confía en mí, había dicho. Bueno, será la última vez que lo haga. Me senté con mi rostro limpio y me levanté con el número #87 pintado en azul y verde en mi mejilla izquierda. Lo interesante es el desagradable

corazón rosado que lo rodea. Al menos no tengo a Olaf en mi rostro, pero Carter parece estar increíblemente orgulloso del muñeco de nieve de dibujos animados que cubre su mejilla.

Señala un muro de contención de piedra.

—¿Quieres sentarte y comer nuestra tarta de queso?

—Has comido dos rollos canela y una banderilla. ¿Cómo es que todavía tienes hambre?

Se da palmaditas en el estómago.

—Soy un niño en crecimiento.

Ciertamente lo es, y la banderilla es lo único que he comido desde el desayuno, así que dejé que me tumbara a su lado y disfrutamos nuestro postre en silencio.

—¿Necesitas que te lleve a casa más tarde? —pregunta después de un minuto—. Puedo hacerlo.

Mi estómago da este extraño giro y no puedo precisar la razón exacta. Podría ser porque la idea de estar sola en un auto con Carter más tarde esta noche me pone ansiosa y emocionada, o porque me da mucha vergüenza que él vea dónde vivo, la casa del tamaño de una caja de zapatos que me queda perfecta.

Trago mi bocado y sacudo la cabeza.

—No gracias. Debería irme después de esto.

Su rostro decae.

—¿Qué? ¿Ya? No, no puedes. —Señala el imponente pino que actualmente está envuelto en luces—. Tienes que quedarte para encender el árbol. También podríamos hacer algo más después de esto. Ir a algún lado, tal vez.

—Se está haciendo tarde.

—Pero mañana no tienes que trabajar —argumenta o se queja. Un poco de puchero también—. Estás de vacaciones.

—No lo sé... —Ya me he quedado más tiempo del que había planeado.

He visto a Carter ponerse detrás de un micrófono y hacer reír a la multitud. Lo he visto interactuar con cada niño que le tira de la mano, ya sea para pedirle fotos, firmas o una simple charla. Lo he visto ser un amigo, un líder, un socio comunitario y, a pesar de todo, ha mostrado la sonrisa más genuina. Si soy honesta, no estoy segura de que sea un lado de él que estaba listo para ver, a pesar de que Cara insistió en que existía en algún lugar detrás de la actitud egoísta de playboy.

Y supongo que esa es la cuestión, sólo porque tenga este lado dulce y tonto no significa que el lado playboy no exista. Puede ser ambos y puede tener ambos. Pero si voy a tenerlo, no quiero ambos.

Cuanto más tiempo me quedo, cuanto más veo, más fácil me resulta caer. Y me niego a caer cuando nadie estará esperando en el fondo para atraparme.

—No creo que sea una buena idea —le digo finalmente en voz baja.

La decepción brilla en sus ojos y habla en voz baja.

—¿Por qué te opones tanto a salir conmigo?

—No es eso. Es... —Mi labio inferior se desliza entre mis dientes mientras me miro los pies—. No estoy interesada en una aventura de una noche. Ya te lo dije.

—¿Entonces quieres tener una cita?

Bueno, ahora *no* puedo no mirarlo.

—No tienes citas, Carter.

—De acuerdo. —Su mirada recorre lentamente mi rostro y se detiene en mis labios por un momento—. No es típico. Pero eso no es lo que te pedí, Olivia.

No puedo concentrarme. Todo se siente confuso, como una espesa niebla a través de la cual no puedo ver el otro lado. Porque eso es lo que es esto. Escucho sus palabras, su pregunta, pero no sé qué hay al otro lado de las acciones. Es como elegir saltar cuando no puedes ver el suelo.

—¿Liv? —Carter aprieta mis dedos—. ¿Quieres tener una... cita? —Agrega un *joder* apenas audible, mirando al cielo mientras inclina la cabeza de lado a lado, los huesos de su cuello crujen, como si simplemente decir la palabra de cuatro letras fuera lo suficientemente doloroso.

Lo cual sólo sirve como recordatorio de que una cita sería una pérdida de tiempo, tanto para él como para mí.

—No tengo ningún deseo de tener una cita contigo sólo para dejar que me folles al final de la noche y luego rápidamente verte desfilar públicamente por la ciudad con una chica diferente pegada a tu cadera cada dos días de la semana, sintiéndome usada y desechada.

Un simple *no* habría bastado, que es lo que quise decir cuando abrí la boca. En lugar de eso, vomité una diatriba y me avergoncé al revelar lo fácil que sería para él lastimarme.

Aunque en última instancia es lo que es. En este punto, no lo conozco lo suficiente como para tomar otra decisión. Carter no ha sido reservado sobre sus intenciones. Además de ser sincero al querer llevarme a la cama, el chico también muestra con orgullo su vida personal en los periódicos.

¿Qué se supone que debo pensar cuando él controla su propia narrativa y esa narrativa grita *playboy*?

—Lo lamento. No quise ser insensible. Es sólo...

—Es todo lo que te he demostrado. No tienes que disculparte. —El pulgar de Carter recorre mis nudillos y observo mientras traza la forma de cada dedo—. ¿Entonces no quieres follar, pero tampoco quieres tener una cita? Supongo que estoy un poco confundido.

—Está bien —insisto, quizás un poco testaruda—. Soy la única persona que necesita entender mis decisiones. Puedes tener a quien quieras, Carter.

Su risa es hueca y sus dedos largos rozan el ángulo agudo de su mandíbula.

—No puedo, claramente. —Me hace un gesto con la mano—. Porque lo que quiero es a ti.

—En realidad no quieres llevarme a una cita. Sólo crees que me quieres porque te dije que no y no estás acostumbrado. Es la emoción de la persecución.

Se muerde el labio.

—Eso es lo que pensé al principio también. Pero ahora no estoy tan seguro. —Levanta un hombro perezoso—. Quién sabe, tal vez sería bueno para ti.

Escucho las palabras y estoy intentando con todas mis fuerzas concentrarme en ellas, pero se está volviendo imposible. Mis ojos se cierran con fuerza con mi risa.

—Lo lamento. Sé que es una conversación seria, pero tienes ese maldito muñeco de nieve en tu rostro.

Carter inclina la cabeza y cubre su sonrisa con la mano que se pasa por la boca antes de volver a mirarme.

—¿Podrías quedarte a ver como se enciende el árbol? Estamos divirtiéndonos. No tiene sentido terminarlo ahora. Te pediré un Uber para que te lleve a casa para que no tengas que preocuparte por lo que pueda pasar si nos quedamos solos en un auto oscuro más tarde.

—No estoy preocupada.

—Lo estas. Eres jodidamente transparente, Ollie. Porque probablemente intentaría besarte y probablemente me dejarías. —Se recuesta y exhala profundamente—. Y quién carajo sabe qué pasará después de eso. —Una sonrisa suave y fácil—. Así que quédate, por favor. No es ninguna tontería, lo prometo.

Estoy aprendiendo rápidamente que lo único en lo que soy buena para decir que no es a su petición de desnudarme y acostarme en su cama. Es increíblemente persuasivo, especialmente cuando dibuja esos hoyuelos o cuando me pone esos ojos de cachorrito.

Así es como termino parada junto a él casi dos horas después, mucho después de que Adam le aplastó no uno, ni dos, sino *tres* pasteles en su rostro, mientras el sol termina de esconderse en el horizonte mientras miramos el enorme árbol, esperando.

Mi aliento helado sale disparado frente a mí y mis dientes rechinan mientras un escalofrío recorre mi cuerpo. Sin el sol, el aire invernal se siente mucho más gélido.

Carter se va de mi lado, desaparece de mi vista, y un momento después sus brazos me rodean, acercándose a su pecho, envolviéndome en su calidez. Mi cuerpo se detiene ante el contacto, pero por dentro, cada terminación nerviosa chisporrotea.

Levanto los brazos, las manos enfundadas en guantes de cachorro de orejas caídas agarran sus antebrazos donde me envuelven, y me hundo en el momento, permitiéndome olvidar las expectativas, los miedos, las líneas.

Una risa retumba a mi alrededor mientras Carter apoya su barbilla sobre mi cabeza.

—Los malditos guantes más lindos que he visto en mi vida.

El árbol cobra vida, luces multicolores parpadean, haciendo que esta noche de diciembre brille mientras la multitud a nuestro alrededor hace *oohs* y *aahs*.

—Es hermoso —susurro.

Los brazos de Carter me rodean con fuerza.

—Sí. Seguro es.

Con el árbol encendido y el parque vaciándose, Carter me acompaña hasta el auto estacionado junto a la acera.

Miro el elegante SUV completamente negro.

—Sé que ordenaste el más lujoso.

Se encoge de hombros y sonríe tímidamente.

—Demuéstralo, enana.

Me río.

—Gracias por hoy, Carter. Fue divertido.

Asiente y luego me detiene cuando alcanzo la puerta.

—Esperar. ¿Qué haces en Nochevieja? Estamos teniendo una fiesta de equipo. Cara y Emmett estarán allí. Quizás podrías venir.

—Oh, yo no...

—¿Ya tienes planes?

—Bueno, no, pero...

—Entonces vendrás. —Junta las manos bajo la barbilla cuando abro la boca para discutir—. Por favor, Ollie. Será divertido. —Se para frente a la puerta del auto—. No te dejaré ir hasta que digas que sí.

Pongo los ojos en blanco.

—Bien, de acuerdo. Estaré allí.

Lanza un puñetazo en el aire.

—¡Sí!

—No es una cita —le recuerdo rápidamente, tocando su hombro.

Sacude la cabeza y levanta las manos.

—No es una cita. —Abre la puerta y me hace un gesto para que suba, y luego procede a acercarse y abrocharme el cinturón. Coloca mi caja de rollos de canela en mi regazo y se retira, rascándose la nuca—. Eh, ¿Ollie?

—¿Sí?

—Lamento haberte molestado el viernes por la noche y hacerte sentir como si te hubiera abandonado.

Mi boca se arquea.

—Lamento haberme ido.

—No lamento que estuvieras celosa.

—No estaba celosa.

Sonríe.

—El verde te queda muy bien.

—Cállate. —Le sonrío—. Te veré en la víspera de Año Nuevo.

Asiente.

—No es una cita.

—No es una cita —repito.

Luego cierra la puerta, me golpea el vidrio con los dedos y grita:

—¡Es una cita!

9

PERROS › NOVIAS EN NAVIDAD

Carter

Tengo una relación de amor/odio con la Navidad.

Al crecer, era mi estación favorita. Sí, no fueron sólo unas vacaciones, fue toda una maldita temporada.

Todo empezó en noviembre, cuando el aire de Vancouver se enfriaba lo suficiente como para que mi padre encendiera la chimenea. La música navideña comenzó a sonar desde los parlantes estéreo de nuestra sala de estar por toda la casa tan pronto como pasó el Día del Recuerdo³. Apenas tendríamos nuestras decoraciones de Halloween y mamá sacaría del ático todos los contenedores con la etiqueta Navidad.

Empezaría sus vacaciones horneando bolas de chocolate con mantequilla de maní, aunque la Navidad anterior juró que esperaría hasta más tarde. Cuanto antes horneaba, más comíamos, y dos semanas antes de Navidad, ella estaría hecha un desastre en la cocina, enloquecida porque no le quedaba nada.

Pero mi favorito fue el primer domingo de diciembre. Éramos una familia ocupada, siempre en movimiento entre mi hermana y yo, ambos atletas competitivos, incluso cuando éramos niños. Pero ese primer domingo, despejábamos nuestra agenda como un reloj cada año. Comenzamos el desayuno en nuestro restaurante favorito y siempre comía panqueques de Oreo. Luego nos dirigiríamos a Merry Tree Farms, donde caminábamos por campos, cubiertos de nieve o no, en busca del árbol de Navidad perfecto.

A papá le gustaban los árboles de Navidad. No menos de tres metros de alto y lo suficientemente ancho como para que todos pudiéramos caber alrededor de él. Tenía que llenar perfectamente la ventana delantera de

³ Es el día reservado para países de la mancomunidad británica, para recordar los sacrificios de los miembros de las fuerzas armadas y los civiles en tiempos de guerra, específicamente desde la Primera Guerra Mundial.

nuestra sala. Pasaba minutos examinando un árbol sólo para que de repente diga que *no* y salir en busca de otro. Mi hermana y yo siempre competíamos para encontrar el árbol perfecto, el que impresionaría a nuestro papá. Un año compró dos porque dijo que ambos elegimos los perfectos.

Cuando tenía diez años, me enseñó a usar la sierra y cortamos el árbol juntos. Lo ayudé a llevarlo de regreso al auto y trabajamos juntos para subirlo a la caja de la F-150.

Cuando llegábamos a casa con nuestro árbol, mamá ponía canciones navideñas, preparaba una fuente de sándwiches y los cuatro decorábamos el árbol juntos. Luego nos amontonábamos todos en el sofá con tazas de chocolate caliente y una bandeja de golosinas navideñas y mirábamos *Santa Claus*. Cuando era más joven, siempre deseé que mi papá ocupara el lugar de Santa como lo hizo Tim Allen en la película. Prometió llevarme al Polo Norte con él si alguna vez sucedía.

Me encantó todo sobre la Navidad.

Pero perdimos a mi papá hace siete años y la Navidad nunca volvió a ser la misma.

Apagando el motor en el camino de entrada a la casa de mi infancia, miro la casa deslucida. No hay una sola luz o decoración que indique qué época del año es, y sé por qué. Todos los años me ofrezco a ponérselo a mi mamá, incluso le ruego, pero ella simplemente muestra una sonrisa triste y dice.

—Tal vez el año que viene.

Aun así, intenta darnos pedazos de la Navidad que cree que queremos, incluso si el esfuerzo la deja ocultando el dolor en su pecho, fingiendo que cada Navidad sin mi papá a su lado no la mata. Odio verla así, verla tan rota cuando merece tanto amor.

—¿Qué estás mirando?

La voz tranquila y cansada a mi derecha me hace saltar, como si de alguna manera hubiera olvidado que él estaba aquí. Le sonrío a mi amigo, sus ojos azul pálido se mueven lentamente alrededor del auto como si estuviera tratando de ver lo que yo veo, aunque no puede.

—¿Cómo sabes que estoy mirando algo, viejo?

Hank tiene ochenta y tres años y comenzó a perder la visión a los quince debido a la neuropatía óptica hereditaria de Leber. Primero le afectó el ojo izquierdo y unos meses después el derecho. Aunque puede percibir sombras, ha estado legalmente ciego desde antes de cumplir dieciséis años.

Hank se da unos golpecitos entre los ojos con dos dedos.

—Tercer ojo. Algunas personas lo llaman la intuición materna.

—No eres madre —le recuerdo, por si se le olvida.

Las líneas profundas de su risa transforman su rostro curtido con su risa cordial y se pasa una mano enguantada por la boca.

—¿Tu madre te dejó poner luces este año?

—No —suspiro, salgo del auto. Al abrir la puerta trasera, dejó salir a Dublin, el perro guía de Hank, del asiento trasero antes de rodear el auto para ayudar a Hank.

—Es difícil, ¿sabes? —comienza suavemente, deslizando su mano en la mía mientras lo guío hacia Dublin—. Vivir sin tu alma gemela. Vacaciones sin ellos. Año nuevo y cumpleaños. Diablos, escuchar las noticias de la noche sin ellos es difícil. Todo es difícil, Carter.

Lo sé, por supuesto. He visto a mi mamá luchar año tras año. Y Hank lo sabe porque perdió a su novia de la secundaria a causa del cáncer hace catorce años, siete años después del día en que yo perdí a mi padre. Así es como Hank y yo nos conocimos hace mucho tiempo, en el peor día de mi vida.

Sacudo la nieve de mi gorro antes de entrar y quitarme las botas. Dublin espera pacientemente al lado de Hank mientras lo ayudo con su abrigo, y sonrío por la forma en que se mueve sobre sus patas, listo para recibir permiso para entrar corriendo a la cocina. Es el golden retriever más dulce del mundo, pero probablemente el perro guía peor entrenado.

Bueno, tal vez no sea el entrenamiento lo que es tan malo, sino lo relajado que es Hank con él. Dublin siempre está disponible cuando lo necesita, pero a Hank no le gusta mantenerlo trabajando por mucho tiempo. Dice que a los perros se les debería permitir ser perros. Hank es bastante independiente y creo que, más que nada, eligió Dublin por el consuelo y el apoyo emocional.

Hank levanta la nariz en el aire e inhala.

—Si crees que vas a comer algo de ese pavo antes que yo, Dubs, estás equivocado, gran amigo. —Una vez que saca su palo, le da una palmadita a su perro—. Está bien, amigo. Adelante.

Dublin se desliza por los viejos pisos de madera, deslizándose más allá de la abertura de la cocina antes de dar marcha atrás y desaparecer dentro. Un par de risas surge de la habitación y escucho a mi madre y a mi hermana hablar efusivamente de su perro favorito y de lo lindo que es.

Un momento después, mi madre emerge, deslizándose hacia la sala de estar en calcetines, con las mejillas sonrojadas y el rostro más iluminado que el árbol de Navidad a medio camino en la esquina de la sala de estar. Su mirada rápidamente nos recorre a Hank y a mí mientras pasa las palmas de las manos por su cabello castaño, da un paso adelante y se inclina hacia un lado, mirando a nuestro alrededor.

—Oh. —Frunce el ceño—. ¿Solo ustedes dos?

—¿Solo nosotros dos? ¿Esperabas a alguien más? —La atraigo hacia mí y la envuelvo en un abrazo. Huele a canela y almíbar, a tocino y a pavo, igual que todos los años, por eso sé que mi mañana de Navidad ha tenido un buen comienzo, aunque suspira ante mi pregunta.

—No, nadie más. —Coloca sus manos sobre mis hombros y presiona los dedos de sus pies, besando mi mejilla—. Feliz Navidad, cariño. —Abraza a Hank—. Feliz Navidad, Hank. Me alegra mucho que hayas podido venir.

—¿Dónde estaríamos Dublin y yo si no pasáramos la Navidad con las dos mujeres más bellas de Vancouver? Y este tonto —añade, señalando mi entorno general con el pulgar—. Gracias por invitarme, Holly.

Mi hermana menor entra tranquilamente a la sala, apoyada en el marco de la puerta de la cocina, con esa sonrisa característica de los Beckett que nos dio mi padre.

—Mamá esperaba que nos sorprendieras trayendo a tu novia. —Jennie se mete en la boca una bola de chocolate con mantequilla de maní—. Sus palabras exactas fueron: “¿No sería ese el mejor regalo de Navidad de la historia?”

Mi mirada se desliza hacia la izquierda y aterriza en mi madre, ladeo la cabeza y levanto las cejas. Lleva esa sonrisa, medio tímida, medio culpable, tal vez también con un poco de esperanza, pero aun así me golpea el hombro.

—Oh, no me mires así, Carter. Conozco esa mirada. ¡Yo inventé esa mirada! Estás ocultando algo.

—No estoy ocultando nada. —Paso junto a ella, envolviendo todo el rostro de Jennie en una especie de llave de cabeza, de la que rápidamente intenta, y falla, en liberarse—. No tengo novia.

Jennie me da un puñetazo en el estómago, ganándome un ¡uf! cuando la suelto. Ella se pasa la trenza por encima del hombro.

—Eso es lo que dije. Nadie querría jamás salir contigo.

Resoplo una carcajada.

—Por favor. Soy un producto candente. Todo el mundo quiere un pedazo de mí.

Pone los ojos en blanco mientras saluda a Hank con un abrazo.

—Sí, se llama pensión alimenticia. —Ella me ladra una carcajada y luego chilla cuando me lanzo hacia ella, tirándome al suelo para usar Dublin como escudo.

—Bueno, ya que tu hermana lo mencionó... —Mamá se coloca los lentes de carey en la nariz, esa expresión esperanzada nunca disminuye mientras se balancea hacia adelante y hacia atrás sobre las puntas de los pies—. ¿Quién es la chica con la que te han fotografiado?

—¿Qué chica? —Me dirijo a la cocina y encuentro la fuente extendida de golosinas navideñas. Me meto en la boca una bola de chocolate con mantequilla de maní y rápidamente la sigo con una galleta de azúcar de muñeco de nieve—. Hay unas cuantas chicas —murmuro mientras muerdo, luego trago—. Sabes lo que siento por la variedad.

—Carter, por el amor de Dios. Traga antes de hablar y sabrás muy bien de qué chica estoy hablando.

Me encojo de hombros, aunque sé exactamente de quién está hablando, y ella coloca las manos en las caderas frunciendo los labios.

—No me vengas con esa mierda. Han pasado dos semanas con fotos de ustedes dos. Bailando lento en el bar el fin de semana pasado, en tu recaudación de fondos hace dos días. —Arquea una ceja—. Por cierto, ¿qué te parece esperar hasta que tu hermana y yo nos fuéramos para salir con tu cita?

Bueno, eso no es lo que pasó. Vi a Olivia después de que se fueron.

Me hace un gesto con ambas manos.

—¡Y le dedicaste tu gol!

—Oooh, *ella*.

—Sí, *ella*. Y luego, en tu entrevista posterior al juego, dijiste: “Esa es Olivia”.

—Bien. —Toco su nariz—. Esa es Olivia.

Su mandíbula hace tic, sus ojos brillan con algo peligroso y aterrador, antes de ella se acerque y me golpee justo entre los ojos.

—¡Ay! ¿Por qué fue eso?

—Sé que es Olivia, porque eso es lo que dijiste en tu entrevista, ¡sabelotodo! Quiero saber *quién* es Olivia. —Se las arregla para detenerse el tiempo suficiente para respirar profundamente y, cuando continúa, lo hace a un nivel normal—. Nunca antes habías hecho eso, dedicarle un gol a una chica.

—Falso. —Señalo a las dos únicas mujeres en mi vida, incluso si estoy considerando agregar otra a la mezcla. ¿Por qué? Son jodidamente complicadas, estas dos aquí demuestran exactamente eso—. Les he dedicado muchos goles a ustedes dos.

Mamá me tira un paño de cocina cuando alcanzo otra galleta.

—Realmente me estás irritando últimamente, Carter Beckett.

—Siempre ha sido así, mamá.

La estudio de cerca por un momento, notando la forma en que gran parte de su entusiasmo se ha agotado. Hay una decepción que persiste en

su expresión, bajando las comisuras de su boca y apagando la chispa en sus ojos. No me gusta haber aplastado de alguna manera la pequeña felicidad que ella logró encontrar hoy.

Le doy un empujón en el hombro.

—Realmente no pensaste que iba a aparecer aquí con una novia, ¿verdad?

Sus mejillas se sonrojan y me despide con la mano.

—Por supuesto que no. —Su mirada se dirige a la mesa del comedor y luego vuelve a mí. Lo sigo y encuentro el quinto lugar cuando solo debería haber cuatro.

—Oh, mamá, vamos.

Se apresura al comedor y rápidamente recoge los platos, los cubiertos chocan contra el plato.

—No es nada. Nada. No sé lo que estaba pensando. Pensé que tal vez... —Otra ola de suspiros—. Nada. En realidad, el quinto lugar era para el perro.

Jennie se acerca detrás de mí y me tira de la oreja.

—¿Quieres conseguirte una novia? Deja de romperle el corazón a mamá. Estoy segura de que por ahí hay alguien que mirará más allá de tus dotes de playboy.

—Oh, Jennie. —Mamá se lleva una mano a la frente—. ¿Dejarías de llamar playboy a tu hermano?

—Él prefiere el de mujeriego —añade Hank.

—Sí, lo prefiero —grito—. ¡Ese es mi chico!

—Y mujeriego es un nombre más bonito para el playboy.

Jennie se ríe y saca a Hank de la cocina, dejándonos a mí y a mi mamá solos.

—Sabes, Carter, nunca he dicho nada sobre tu elección de... de... —Ella tiene esa mano temblorosa, aleteando alrededor de su rostro como si estuviera tratando de encontrar una manera agradable de decir que su hijo se acuesta con alguien—. Para hacer lo que sea que estés haciendo con tantas mujeres diferentes... —finalmente se decide—. Pero odio pensar que te estás perdiendo algo increíble, algo especial. —Levanta un hombro y luce una sonrisa que logra ser tímida, triste y nostálgica al mismo tiempo—. Algo como lo que teníamos tu padre y yo.

Tirando suavemente de su mano hasta que avanza arrastrando los pies, la atraigo hacia mí, rodeándola con mis brazos y abrazándola con fuerza.

—¿Cómo estás hoy, mamá?

—Estoy bien. —Una inhalación tambaleante seguida de una exhalación ronca que insinúa la mentira—. Extraño a tu papá, Carter. Lo extraño mucho.

Mis párpados se cierran, como si eso fuera a detener el dolor. No lo hará. El dolor de mi mamá es el mío.

—Lo sé, mamá. —Presiono mis labios contra su cabello mientras la aprieto un poco más—. También lo extraño. Los contenedores salieron este año —agrego en un susurro mientras veo esos grandes bolsos azules que están junto a las escaleras, con la Navidad garabateada sobre todos ellos.

—No pude abrirlos —admite—. Simplemente me senté allí y los miré fijamente. Pero... es un paso, ¿no? ¿Incluso si es pequeño?

—Es un paso, mamá.

Mientras estamos allí en el silencio de la cocina, abrazándonos el uno al otro mientras la música navideña suena a nuestro alrededor, le hago la única promesa que sé hacer.

—Si encuentro algo como lo que tú y papá tuvieron, lo último que haré es dejar que se me escape.

10

PALACIO DEL AMOR DE CARTER

Olivia

Este es el tipo de casa que ves en las revistas, el tipo de casa con la que te pasas la vida soñando. Donde la idea de que algo como esto algún día pueda ser tuyo no es tan descabellado.

Ubicada en una comunidad cerrada en el norte de Vancouver, con un camino de entrada que juro que se extiende a lo largo de mi escuela secundaria, la extensa casa de dos pisos se encuentra en la base del Monte Fromme. La gran piedra gris, el revestimiento azul pizarra y los pilares de madera trabajan juntos para hacer de esta casa la obra maestra que es, y el telón de fondo detrás de ella, el mar de bosque verde oscuro cubierto de nieve, los picos de la cima de la montaña, los billones de estrellas que puedes ver. No se ve en ningún otro lugar, lo hace absolutamente impresionante.

—¿Vas a quedarte aquí toda la noche o entrarás?

Aparto mi mirada del telón de fondo y trato de ignorar las mariposas que estallan en mi estómago cuando encuentro a Carter en el porche delantero, apoyado contra un pilar, con las manos metidas en los bolsillos y una sonrisa de suficiencia en su rostro mientras me mira.

No estoy segura de haberme sentido tan atraída por él como en este momento. Mezclilla oscura entallado y camisa abotonada a cuadros verde intenso y azul, por fuera y con las mangas remangadas. Sus cálidas ondas castañas yacen en un revoltijo sobre su cabeza, y es tan guapo sin esfuerzo que casi duele.

Inclina la cabeza en dirección a la puerta principal.

—Cara y Em te dejaron aquí para que te las arreglaras sola.

—¿Entonces pensaste que me salvarías?

Su sonrisa crece cuando doy unos pasos hacia él y se levanta del pilar.

—No. Soy de quien necesita salvarte.

—Ah bien. El gran y malo Carter.

Levanta un brazo, flexiona su bíceps y, justo después de besarlo, levanta las cejas.

—Soy grande.

Subo los dos escalones del porche y disfruto la forma en que sus ojos brillan cuando entro en él.

—Pero no eres tan malo, ¿verdad?

—Muy malo —murmura.

—¿En serio? —Paso la punta de mi dedo por el cuello de su camisa—. Porque hay una foto tuya con Olaf pintado en tu mejilla que dice lo contrario.

Su mirada se oscurece.

—No me recuerdes que te pintaron mi número la semana pasada.

Mis dedos se enroscan alrededor de su camisa, acercándolo mientras susurro.

—Lo primero que hice cuando llegué a casa fue limpiar a ese número.

Un sonido salvaje retumba en lo profundo de su garganta mientras entrecierra los ojos y, con una risita, retrocedo y miro alrededor del porche cubierto.

—Esta casa es una locura.

—Lo sé. —Se concentra en mi vestido debajo de mi abrigo abierto—. Y ese vestido también. —Sostiene su manga hasta mi estómago—. Somos iguales.

—Parece que sí. —No le diré que me puse este vestido esta noche porque el color me recordó a sus ojos.

—Vamos. —Me pasa un brazo por el hombro y me lleva hacia la puerta—. Antes de que te congeles y tengamos que desnudarnos y depender del calor corporal y los abrazos para volver a calentarte.

—Carter Beckett no abraza —respondo, mirando con asombro el amplio vestíbulo delantero. Es tan grandioso por dentro como por fuera, y todo se siente... bien. Hogareño y cálido, como el único lugar en el que estarías contento de estar durante una tormenta de nieve, acurrucado en el sofá en pijama con tu chocolate caliente, una película clásica de Disney y las personas que más te importan.

—A ti te abrazaría.

Apoyo un puño en mi cadera.

—Estás haciendo todo lo posible, ¿no?

Carter deja caer su rostro mientras se ríe, con una mano en la nuca. En lugar de responder, comienza a quitarme el abrigo del cuerpo y muevo el recipiente de la mano izquierda hacia la derecha cuando exige ese brazo.

—¿Qué es esto? —pregunta, quitándomelo una vez que cuelga mi abrigo.

—No es nada especial. Son castañas de agua envueltas en tocino con un glaseado dulce y picante. Son... —Me detengo a mitad de la frase y observo cómo se mete uno en la boca, tarareando.

—Qué bueno —murmura, pasando la lengua por su labio inferior para atrapar la salsa restante.

—Eres un pozo sin fin, ¿no?

La sonrisa torcida que me da enciende un fuego en mi estómago, y sus siguientes palabras lo avivan.

—Puedo aguantar toda la noche, cariño.

Aclaro el nudo de deseo en mi garganta.

—Son para el anfitrión. Cara dijo que toda la comida ya estaba preparada, pero pensé en traer algo de todos modos como agradecimiento por invitarme.

—Oh. Bueno, gracias. Y eres bienvenida. —Toma mi mano y trata de arrastrarme por el pasillo.

—¿Qué? —Mis ojos recorren el vestíbulo una vez más y esta vez me concentro en los rostros de las fotos. Aunque en la mayoría de ellos es muchos años más joven, reconocería ese rostro en cualquier lugar—. ¿Esta es tu casa?

—Uh huh. Tan deslumbrante como soy, ¿no crees?

—Es... es hermosa. ¿Por qué no me dijiste que era tu casa cuando me invitaste?

—¿No lo hice? —Se encoge de hombros y vuelve a tomar mi mano, tirando—. Oh bien. Vamos...

—Espera un segundo.

El cuerpo de Carter se inmoviliza y mira al suelo. La expresión que tiene es cautelosa y nerviosa mientras gira lentamente en mi dirección, como si supiera exactamente hacia dónde va esto.

—Pensé que tenías un departamento en el centro. Dijiste que podías llevarme allí sobre tu espalda en ocho minutos.

—De acuerdo. Dije eso.

—¿O me equivoco?

—No, no te equivocas, eh... —Levanta el brazo y frota con la palma la nuca—. Tengo un departamento en el centro. Simplemente no vivo allí. Vivo aquí.

Mi nariz se arruga.

—Entonces, ¿por qué tendrías un departamento?

Puedo ver que no quiere responder. O tal vez simplemente no sabe qué decir. El hombre parece un ciervo atrapado por los faros.

Levanto las cejas, esperando, y mi mirada se dirige a Garrett mientras baja trotando las escaleras.

—¿Carter? ¿Por qué tienes un departamento si no vives allí?

—¿Departamento? —Repite Garrett, rápidamente me envuelve en un abrazo y le da una palmada en la espalda a Carter mientras pasa junto a nosotros—. Te refieres al Palacio del amor de... —Cierra la mandíbula de golpe, sus ojos brillantes se abren mientras su mirada rebota entre nosotros.

—¿El Palacio del amor de qué? —Insto.

—No lo hagas —le advierte Carter en voz baja—. No te atrevas.

Un momento de silencio se extiende entre nosotros, la tensión es palpable.

—Carter —apenas susurra Garrett—. El Palacio del Amor de Carter. —Se encoge de miedo ante la mirada amenazadora de Carter antes de correr por el pasillo y pedir disculpas por encima del hombro—. Lo siento, ¿de acuerdo? ¡No me funciona bien bajo presión! ¡No me mates!

Con los brazos cruzados sobre el pecho, sostengo la mirada de Carter. La suya es una mezcla de miedo y diversión. No debería hacerle gracia. Debería estar cien por ciento aterrorizado, porque ahora mismo estoy pensando en patearle el culo.

—Por curiosidad, ¿qué línea me ibas a decir si Garrett no hubiera dicho accidentalmente por tener un Palacio del Amor, donde llevas a todas tus amigas especiales?

—No son mis amigas especiales. Ni siquiera son mis amigas. Tu eres mi amiga. Y tú eres especial.

Oh, por el amor de...

—Carter.

Se estremece.

—¿Quizás te habría dicho que lo vendí?

—Oh, ¿entonces habrías mentido?

—¿Qué? Ugh —suspira, desplomándose—. No, no te habría mentido.

—¿Entonces me habrías dicho la verdad, que tienes un departamento en el centro para acceder fácilmente a follar después de tus partidos?

—No, yo... ahhh. —Se lleva ambas manos a su rostro, las frota y luego las arrastra hacia abajo en cámara lenta—. Esto parece una trampa. No te hubiera gustado ninguna de esas respuestas. —Su pecho se infla con su respiración profunda y lo deja salir con un silbido bajo—. Te habría dicho que eres la primera mujer que he tenido en mi casa que no ha sido un familiar o la novia de un amigo. Que estoy feliz de tenerte aquí, no allí, y de pasar un tiempo conociéndote mejor esta noche.

Sé lo que está haciendo. Está tratando de desviarse de lo negativo, de convertir su jodido lugar en algo positivo porque, en cambio, soy yo la especial que ha llegado hasta aquí. Parece bueno en eso, viendo los aspectos positivos, incluso si en este momento es para convencerse a sí mismo de salir de un aprieto. Pero la verdad es que nunca he sido muy buena siendo optimista. Tampoco soy pesimista, o al menos no lo creo. Creo que soy simplemente realista. Veo ambos lados, o normalmente lo intento.

Coloca mi regalo debajo de su brazo, toma mis manos entre las suyas y entramos.

—¿Puedes olvidarte de todas las tonterías dichas esta noche? Una noche, Ollie. Sé que tengo una reputación y sé que no soy un ángel. Finjamos que nada de eso existe y disfrutemos de nuestra cita.

—No es una cita —le recuerdo.

—Y haremos como si no estuvieras celosa.

Suspiro. Lo estaba haciendo muy bien.

Le golpeo la clavícula antes de pavonearme a su lado.

—Supérate, Beckett.

Su risa cordial me sigue, y de la frase que murmura para sí mismo, sólo capto las palabras *culo* y *vestido*.

Giro sobre mis talones.

—¿Qué dijiste?

La sonrisa que muestra me hace creer que es el diablo en mármol cincelado. No hay un hueso inocente en ese cuerpo musculoso.

—Dije que te ves impresionante esta noche con ese vestido. —Eso no se acerca ni remotamente a lo que dijo.

Con sus largos dedos entrelazados con los míos, me arrastra detrás de él.

—Vamos, enana. Vamos a tomar una copa.

No se me ocurre una idea más horrible, estúpida y delirantemente seductora.

Entonces, naturalmente, lo sigo.



Podría morir siendo una mujer feliz en esta cocina.

No sé si son los amplios gabinetes azul medianoche, el protector contra salpicaduras de ladrillo, el horno de doble pared, las brillantes encimeras de mármol o la chimenea de piedra en la sala de estar que se ve desde aquí. Todo lo que sé es que si tomara mi último aliento parada aquí, estaría bien.

—Parece que estás en el cielo.

Un cóctel rojo y gaseoso aparece frente a mí, arándanos y limas flotando, y no pierdo el tiempo en llevarme el vaso a los labios, tarareando mientras bebo el dulce néctar.

—Gracias —le murmuro a Carter mientras se arrodilla a mi lado en la isla—. Estoy bastante segura de que tengo esta cocina guardada en el tablero de Pinterest de la casa de mis sueños.

—¿Qué es Pinterest?

—¿Qué es un... —suspiro y sacudo la cabeza—. No importa.

Antes de que tenga tiempo de contemplar la forma en que su sonrisa pasa de ser segura de sí mismo a un poco temblorosa, Carter abre un cajón. Su mano traga un pequeño paquete marrón y se aclara la garganta.

—Oye, um, esto tal vez sea un poco extraño, pero te tengo algo...

—¡Olivia!

Carter cierra de golpe el cajón, el paquete desaparece dentro, sus mejillas se encienden cuando Adam me tira hacia su costado y me muero por saber qué hay allí.

—Carter dijo que vendrías, pero ninguno de nosotros le creyó.

Garrett levanta la mano.

—Dije que estarías aquí. Aposte a todos cien dólares. —Saca un fajo de billetes de cien dólares de sus pantalones y se los abanica en su rostro—. Gracias por aparecer.

Emmett saca un billete y lo mete en mi mano.

—Ollie recibe uno de esos ya que ella lo hizo posible.

Cara roba un billete.

—Y me llevo uno porque la traje.

—Estipulaciones estúpidas. —Se queja Garrett, guardando su dinero antes de que alguien más pueda robárselo.

Cara le da una palmadita en el hombro a Adam.

—¿Sabías que eres el Viper favorito de Liv?

Su rostro se ilumina cuando se para un poco más alto, pasando una palma por su orgulloso pecho.

—¿De verdad? ¿Yo?

—Sí. —Ignoro la mirada de sorpresa y traición que tiene Carter—. Eres como una pared de ladrillos ahí fuera. —También estoy bastante segura de que Adam es el hombre más dulce de la liga. Cada vez que lo felicitan en una entrevista posterior al juego, se pone muy tímido y aparta la mirada de la cámara.

—Ollie jugó hockey durante quince años —le dice Carter.

—¿En serio? —Adam me mira de arriba abajo—. Quiero que me digas que eras portera, pero eres jodidamente pequeña. —Pliega los labios en la boca—. Lo lamento. Pequeña no es algo malo, es sólo...

—No es bueno para un portero, lo entiendo. Lo intenté durante un año cuando tenía ocho años. —Mi nariz se arruga—. Fue lo peor. No estoy hecho para la culpa que conlleva perder. Soy demasiado sensible y no podía superar la derrota. Lloraba durante todo el viaje en auto a casa porque me culpaba.

Adam asiente y hace gestos a su alrededor, a Carter, Garrett y Emmett, al resto de sus compañeros de equipo esparcidos por toda la casa.

—Algunas derrotas son más difíciles que otras, pero siempre es un poco más fácil cuando tengo a estos muchachos que me levantan.

—¿Está tu novia aquí? No la he conocido.

—Oh, uh... —Adam se palmea la nuca—. No, no se sentía con ganas esta noche. Tal vez la próxima vez. Ella te amaría.

La odiarás, dice Cara por encima de su hombro, y la mirada que tienen casi todos los demás, incluido Carter, me dice lo mismo.

—Estoy deseando conocerla. —Le doy un codazo a Garrett—. ¿Qué pasa contigo? ¿Alguien especial?

—Nuh-uh. —Me da una sonrisa perezosa y un guiño—. ¿Por qué estás buscando un beso de medianoche?

Carter se burla y extiende los brazos.

—¡No puedes besar a mi cita a medianoche!

—Por el amor de Dios, Carter, esto no es una cita.

—¡No puedes besar a mi cita que no es real pero que en realidad es una cita real a medianoche!

Poniendo los ojos en blanco, escondo mi sonrisa detrás de la mano que arrastro por mi rostro.

Garrett se inclina hacia mí, con la boca cerca de mi oreja.

—Revelación completa, tengo quinientos dólares en juego si lo besas a medianoche.

Antes de que pueda responder, una erupción de alegría surge del comedor y Garrett aplaude.

—Vamos, Liv. Juguemos al beer pong. —Me arrastra hacia la sala llena de gente donde hay una preciosa mesa de arce cubierta de vasos rojos y pelotas de ping-pong—. Puedes ser mi compañera. Haremos llorar a Carter y Adam.

Carter viene detrás de nosotros, con las manos metidas en los bolsillos, y sigo su mirada hasta la mano de Garrett alrededor de mi cadera.

Oh, mi señor Beckett está celoso.

Su mirada se gira para encontrarse con la mía y una sonrisa se dibuja en la comisura de su boca. Se acerca a mí mientras Garrett y Adam llenan seis vasos cada uno con cerveza, disponiéndolos en forma de triángulo en extremos opuestos de la mesa.

Su mirada ardiente quema cada lugar de mi cuerpo que toca.

—¿Te importaría hacer esto interesante?

Mis dedos recorren la línea de sus botones.

—¿Qué tienes en mente?

Su mirada rebota hacia mi boca.

—Si yo gano recibo tu beso en la medianoche.

Mi respiración se corta en mi garganta y Cara se ríe disimuladamente. Han pasado algunos años, claro está, pero en la universidad, Cara y yo éramos las reinas de la mesa de beer pong. Estuvimos completamente invictas en nuestro segundo y tercer año.

—¿Y si gano?

—No lo harás. Mi motivación es demasiado alta.

Admiro su tenacidad, le daré eso. Deslizando mi dedo por su torso, me detengo justo encima de la cintura de sus pantalones. Mi único trago se me ha subido directo a la cabeza, porque estoy considerando seriamente la posibilidad de meter la mano ahí más tarde.

—Compláceme.

Sus ojos verdes brillan de alegría.

—¿Qué te gustaría?

Si soy sincera, me encantaría que me masajearan los pies y que me echaran una buena bronca en el nuevo año, pero la petición que sale de mi boca es mucho más tranquila.

—Tienes que llevarme a ver *Frozen II*. —Me muero por verla y creo que preferiría que lo pillaran muerto que, en un cine público con una chica, viendo una película de princesas de Disney.

El grupo que nos rodea gime, como si supieran algo que yo no sé.

La piel alrededor de los ojos de Carter se arruga, su amplia sonrisa resalta esos hoyuelos.

—Trato hecho. —Sus dedos empujan hacia atrás los rizos sueltos que cuelgan a un lado de mi rostro, metiéndolos detrás de mi oreja, donde su mano se desliza hasta mi nuca mientras me acerca más—. La broma es tuya, Ol. —Presiona un beso tierno, apenas visible, en mi mandíbula, su cálido aliento corre por mi cuello, haciéndome temblar—. Me encantan las películas de Disney y puedo invitarte a una cita. —Mientras se aleja, haciendo rebotar la pelota de ping-pong en la mesa, agrega—: Ahora ganaré, independientemente del resultado de este juego.

Carter es bueno, como se esperaba. También lo son Adam y Garrett.

Pero soy mejor.

Cuando Garrett y yo ganamos el primer juego, Carter rápidamente declara que jugaremos al mejor de tres. Y cuando también ganamos el segundo juego, de repente cambia a los tres mejores de cinco.

Cuando hundo la primera bola durante el tercer asalto, Garrett me levanta en el aire mientras la multitud que nos rodeamos grita.

—Nunca antes había visto a Carter perder tantas veces seguidas —susurra Garrett cuando me deja caer al suelo, con su mano en mi espalda.

Mis ojos se levantan para encontrarse con los oscuros de Carter, que ya están fijos en nosotros, con un tic casi imperceptible en su mandíbula. No puedo decir si fue la pérdida lo que provocó esta respuesta, o la forma en que Garrett ha estado coqueteando tan descaradamente conmigo todo el tiempo.

Las pelotas de ping-pong se elevan por el aire mientras intercambiamos puntos de un lado a otro durante los siguientes minutos, derramando líquido por toda la elegante mesa, hasta que solo quedan dos vasos a cada lado. Con las tensiones altas y Carter a continuación, Emmett me llama.

—¡Eh, Ollie, espera! ¡Se te cayó algo!

Habiendo dejado todo junto con mi abrigo, lo miro confundido. Sus cejas se arquean y sigo su dedo señalando un montón de nada antes de que me golpee con un guiño furtivo.

Mensaje recibido.

Mira, soy una mujer. Puede que sea pequeña, pero lo que me falta en altura lo compenso en *caderas y curvas*. También me han dicho que tengo un culo espectacular, algo que a Cara le gusta recordarme a menudo con una suave palmada cada vez que pasa a mi lado.

Tiendo a ser un poco cohibida por la suavidad de mis bordes, la redondez de mi trasero, todas las cosas que provienen de una saludable obsesión por pasar horas interminables revisando postres en Pinterest o viendo videos inspiradores de repostería en Instagram, y luego tratando de recrearlos. Pero la verdad es que la mayoría de los hombres encuentran irresistibles todas esas curvas.

¿Y Carter Beckett? Definitivamente es la mayoría de los hombres.

Noto la forma en que está posado sobre la mesa, su mirada revoloteando entre el vaso al que apunta y yo. Cuando sonrío, él me devuelve la sonrisa, suave y dulce. Casi me siento mal por lo que estoy a punto de hacer.

Casi.

Le doy la espalda, me inclino hasta el suelo y me quedo allí por un momento, el tiempo suficiente para escuchar lo que quiero escuchar.

Ping...ping...ping.

—¡Mierda!

Adam tira una pelota de ping-pong de la mesa.

—¿Estás bromeando, Beckett? ¡Te distrajo, idiota!

Se pasa ambas manos por su rostro antes de hacerme un gesto.

—¡Es un jodido culo!

La pelota descarriada de Carter rueda hasta mis pies y lanzo hacia arriba, sosteniéndola por encima de mi cabeza.

—¡Lo tengo!

Adam golpea suavemente su frente contra la pared, gimiendo, y Carter tiene el ceño más sexy que he visto en mi vida. El alcohol en mí me desafía a besarlo de inmediato.

Emmett me aplaude, aullando de risa, y Garrett agarra mi rostro y me besa la frente con un fuerte golpe. Él mete su propio tiro con facilidad, luego procede a frotarme los hombros mientras me habla de estrategias al oído.

—Tómalo con calma. Toma una respiración profunda. No apresures tu tiro. Lo tenemos en la bolsa. Cualquier vaso, Liv, cualquier vaso.

Se aleja y Cara se acerca, golpeándome el culo con una mano.

—¡Vamos nena!

Fijo mis ojos en el vaso que quiero y me pongo en posición. Tengo confianza y sé que soy buena.

—¿Oh, Carter? —Llamo y su boca se arquea mientras me mira—. Estuve ciento ocho partidos invicta en la universidad. —Con los ojos fijos en los suyos, lanzo la pelota al cielo, una sonrisa arrogante detona mi rostro cuando escucho ese plop mientras se hunde en su bebida, la multitud a nuestro alrededor explota en vítores.

Adam cae al suelo, Carter se agarra al borde de la mesa, deja caer la cabeza con un gruñido y Garrett me hace girar en sus brazos.

Borracha, me doy cuenta de que lo que siento por Carter es mucho más que una atracción por todas sus partes sexys, y realmente no sé qué hacer con eso. La lógica me dice que corra, que lo apague antes de que sea más, porque este hombre me romperá. La lógica dice... eh, *a la mierda, intentémoslo*.

No estoy seguro de cuál ganará, pero la parte audaz de mí le rodea el cuello con dos brazos y dice.

—¿Cómo se siente perder, muchacho?

Algo desalentador y salvaje brilla en sus ojos, y su palma se desliza sobre mi clavícula, sus dedos se envuelven tiernamente alrededor de la base de mi garganta.

—Confía en mí. Lo último que he hecho es perder.

CUENTA REGRESIVA FINAL

Carter

—Te partearon el culo.

—Por una chica.

—Por una chica *pequeña*.

—Tres veces seguidas.

—¿Cómo se siente eso, Carter?

Froto mi rostro con la mano. No estoy seguro de quién, porque cada uno de los rostros de mis amigos ha estado mirándome en los últimos treinta segundos, después de ver el culo de Olivia desaparecer detrás de la puerta del baño.

—Cállate. No, no lo hice. Me siento bien. Yo no... ella no... follé. — Levanto las palmas de las manos, medio encogiéndome de hombros, medio rindiéndome—. Está bien, pero ¿técnicamente estaba perdiendo si...

—Sí.

Frunzo el ceño.

—Está bien, bueno, no era necesario que lo dijeran todos a la vez. — Miro a Cara. Ella está revisando sus uñas rojas y puntiagudas—. Lo sabías.

Los ojos azules se vuelven hacia los míos.

—¿Sabía qué, bastardo?

—Que ella iba a ganar.

—Sí, lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Fue mi compañera de beer pong durante cuatro años. La chica también puede hacer un barril de cerveza. —Me da una palmadita condescendiente en mi pecho—. No hay beso para ti.

—Voy a besarla hasta la mierda en la última fila del cine.

Cara se ríe a carcajadas.

—¿Crees que confío en ti para estar a solas con mi mejor amiga en la oscuridad? No, no lo creo. Em y yo iremos contigo.

—No lo harás.

—Sí lo haremos. —Hace un gesto a Adam y Garrett—. ¿Ustedes también quieren venir?

Garrett gime.

—Tuve que llevar a mis hermanas a verlo en Navidad.

—Perfecto, entonces estás dentro. Y...

—Nadie viene —gruñí—. Confía en mí. —Si lo digo como lo creo, tal vez Cara también lo crea.

Cara se ríe. Es una de esas dramáticas y condescendientes, de esas que siguen y siguen. Se da una palmada en el muslo y se limpia debajo de los ojos.

—Carter, te amo, pero lo último que hago es confiarte a mi mejor amiga.

Extiendo mis brazos.

—Bueno, ¿qué carajo? ¿Por qué no? —Tampoco confiaría en mí, si soy honesto. No es que tenga malas intenciones, es sólo que... realmente no sé cuáles son, al menos no después de pasar tiempo con ella.

—No quiero decir nada malo.

—Solo dilo, cariño. Soy un niño grande.

Suspira.

—Si *hombre-puta* fuera una palabra en el diccionario, posarías con orgullo para la foto. Si Olivia sale contigo, te besa, lo que sea, es porque siente algo por ti y quiere explorarlo. Haces todas esas cosas por diversión con gente que no conoces, gente que no significa nada para ti. No digo que estés equivocado, si eso es lo que quieres hacer, sigue adelante y hazlo. Sólo digo que mientras estés en dos páginas totalmente diferentes, si planeas hacer lo mismo que has estado haciendo todo este tiempo, es probable que ella termine lastimada.

—¿Y si no es así? Si no estoy planeando... en... —Cristo, ni siquiera puedo terminar la frase. La sola idea de algo más que un polvo casual me pone la piel de gallina y se me hace un nudo en la garganta.

¿Qué pasa si lo jodo? ¿Qué pasa si soy terrible en eso? ¿Qué pasa si la lastimo?

—¿Por qué tiene ese aspecto?

—No lo sé. Parece un cachorro triste y perdido.

—A mí me parece más bien estreñimiento.

Adam pasa un brazo sobre mis hombros y me acerca más.

—Deja a mi chico en paz. Está flechado, eso es todo.

¿*Un flechado?* Mi garganta se aprieta de nuevo.

—Psssh. No, no lo estoy. —¿*Lo estoy?*

—Así es, Carter. Por eso últimamente no has salido del bar con ninguna mujer soltera.

—Quizás necesitaba un descanso. He estado cansado.

—Es por eso que le compraste rollos de canela y una tarta de queso a Olivia y la convenciste para que se pintara el rostro contigo la semana pasada. Por eso te quedaste ahí abrazándola durante la iluminación del árbol, sólo porque ella temblaba, y por eso la invitaste a una fiesta en tu casa, aunque nunca tienes encuentros sin sentido en tu casa. Porque Olivia significa algo para ti y tú, amigo mío, estás flechado.

Bueno, jódeme. Puede que tenga razón.

¿Qué diablos haces con un flechazo?



La sigues al baño, eso es lo que haces cuando estás flechado.

Bueno, no la seguí. Ella ya está *dentro* y yo estoy esperando aquí afuera para sorprenderla.

La puerta se abre y Olivia sale con la cabeza gacha.

—Él es sólo un hombre —está ocupada murmurando para sí misma—. Un hombre increíblemente hermoso e irritante.

Oh, me gusta hacia dónde va esto. Mis manos rodean su cintura, en realidad, sólo una mano, con la otra le tapa la boca para sofocar su grito y la acompaño de regreso al baño, cerrando detrás de nosotros.

—Jesucristo, Carter. —Me golpea el hombro cuando la suelto y luego se quita los suaves rizos castaños de su rostro—. ¿Por qué siempre me estás acechando?

—Si miraras hacia dónde vas...

—¡No me culpes!

—La culpa implica culpa por algo que se hizo mal, y no creo que haya nada malo en que estemos aquí ahora mismo. Ahora volvamos a lo que estabas diciendo sobre ese hombre increíblemente hermoso.

Debería empezar a llevar la cuenta de la frecuencia con la que pone los ojos en blanco o coloca los puños en sus caderas. Llamen la atención sobre todas las áreas correctas pero también sobre todas las ideas equivocadas, muy *equivocadas*.

Sus ojos son del tono marrón más cálido con pequeñas motas doradas, como chocolate suave y derretido, y cuando me mira desde debajo de esas pestañas espesas y oscuras, todo lo que puedo imaginar es la forma en que me miraría, desde abajo. Nuestros ojos se encontrarían mientras la llevo justo al borde del abismo antes de arrojarnos inevitablemente.

Y esas caderas... *jódeme*, esas caderas. Anchas y llenas, que conduce hasta una cintura diminuta y hasta un culo redondo y estelar. Todo lo que quiero hacer es agarrar esas caderas, grabar mis huellas dactilares en ellas mientras la inmovilizo contra el colchón e introducirme dentro de ella, viéndola luchar por respirar mientras mi nombre sale de sus labios.

—También dije irritante —responde finalmente, recuperando ese aire de confianza—. ¿O tu audiencia selectiva se activó? Y oye... —Me aplaude en mi rostro y luego hace un gesto hacia el suyo—. Estoy aquí arriba, Beckett.

—Simplemente admiro tu vestido. —Lo he hecho al menos cien veces esta noche. Es un verde bosque profundo que se adhiere a cada inmersión, dejando poco a la imaginación, excepto si se sonroja o no por completo. Espero algún día poder descubrirlo.

—¿Es por eso que me atrapaste en el baño?

—No, te atrapé porque no hay manera de que me hubieras dejado entrar aquí contigo si te lo hubiera pedido. —Recostándome contra el lavabo, inclino la cabeza hacia el borde de la bañera—. Ahora siéntate para que podamos hablar.

Se sienta, pero seguro que arrastra el culo y sonrío ante sus pies descalzos y sus brillantes uñas doradas. Se quitó los tacones unos tres segundos después de la primera ronda de beer pong y tengo la sensación de que no volverá a ponérselos.

—No te gusta estar demasiado arriba del suelo, ¿eh?

Su nariz se arruga de la manera más adorable cuando se ríe.

—Odio los tacones, punto. Estaba tratando de tener clase, pero la verdad es que pasé la mayor parte de mis vacaciones de Navidad en sudaderas y desearía haberlas usado esta noche. Entonces decidí quitarme los tacones.

—Tengo unos pantalones deportivos si quieres cambiarte. Puedo llevarte arriba y mostrarte dónde están.

—Qué amable de tu parte. ¿Y supongo que están en tu dormitorio?

—Sí. Te quedarían grandes, así que tendría que ayudarte a vestirte para asegurarme de que te los ajustemos bien, obviamente.

—*Obviamente.*

—No queremos que se caigan accidentalmente.

—Oh, Dios, no. Eso sería un desastre. Estaría ahí parada en bragas.

Me paso una mano por la mandíbula y levanto un hombro.

—Y luego tendría que envolverte con mi cuerpo y llevarte de regreso a mi dormitorio para que nadie pudiera verte. Sinceramente, me da escalofríos sólo de pensarlo. Probablemente deberíamos quedarnos en el dormitorio donde estemos a salvo. —Me levanto, le ofrezco mi mano y exhalo un largo suspiro—. Vamos, Ol. Vámonos.

Una amplia sonrisa florece, iluminando cada parte de su rostro, el ángulo agudo de sus pómulos, la curva de su nariz, el arco de su labio superior, y cuando ella aparta mi mano, me rio y me hundo a su lado.

Olivia observa la forma en que extendiendo mi mano justo al lado de la suya, y cuando mi meñique se desliza contra el suyo, no se aleja. En cambio, se lame los labios.

—Garrett apostó a que nos besáramos.

—Si lo se. No acepté la apuesta.

Su mirada brilla de alegría.

—Tú, señor Confiado, ¿no apostaste a que recibirías un beso a medianoche? ¿Por qué no?

—Porque no apuesto contra mí mismo, pero tampoco me gusta perder. No puedo leerte fácilmente. Al principio hiciste lo contrario de lo que esperaba que hicieras. Me rechazaste, me dijiste que me fuera a la mierda, me cerraste la puerta y lo último que querías hacer era pasar tiempo conmigo. Pero ahora estoy mejorando en entenderte, como algunas de las cosas que creo que estás sintiendo, y me sonríes más y te ríes mucho, pero eso significa que veo tu confusión tan bien como tú. No sabes lo que vas a hacer hasta que lo haces, así que ya no tengo ni puta idea.

—¿Y por qué estoy confundida?

Me encojo de hombros.

—Por mí. Tal vez te estés preguntando qué versión mía es la real y si está bien que te guste esa versión.

El agarre de Olivia en el borde de la bañera se hace más fuerte mientras se mira los dedos de los pies.

—Mmm.

Empujo su hombro con el mío.

—¿Di en el clavo o estoy muy equivocado sobre lo que está pasando aquí entre nosotros?

Parpadea hacia mí.

—No te gusto, Carter.

—Creo que sí.

Sus ojos muy abiertos se mueven entre los míos, buscando, y cuando se ríe, es del tipo exhausto y frustrado.

—Ni siquiera puedes decir las palabras.

Trago la opresión en mi garganta que se siente un poco como miedo y lo intento de nuevo.

—Me gustas, Olivia.

Algo en su expresión me desconcierta. Es tierno pero cauteloso, perdido pero rogando ser encontrado. Quiere respuestas, pero no está segura de aceptarlas.

—¿Cómo sabes que te gusto?

—¿Además del hecho de que mi pecho se apretaba cada vez que Garrett te tocaba?

Ladea la cabeza.

—¿Estabas celoso?

—Nunca antes había estado celoso, así que no puedo decirlo con certeza, pero pensé brevemente en decapitar a mi extremo derecho, así que sí, creo que lo estaba.

Unos ojos cálidos sostienen los míos durante un momento de silencio.

—Lo siento —murmura—. Nunca te pondría en esa posición a sabiendas. Debes darte cuenta de la ironía de la situación, ¿no? Una vez viste a otro hombre con las manos encima de mí. Dos veces estuvimos juntos en un bar donde expresaste interés, y dos veces terminaste con las manos de otra mujer encima de ti. —Levanta una mano, deteniéndome antes de que pueda discutir con ella. —Simplemente sucede, lo sé. Pero sucede porque esa es la narrativa que tú mismo has creado, Carter. Quiero decir, ¿con cuántas mujeres te has acostado desde que nos conocimos?

—Con nadie —respondo con sinceridad y sin dudar.

Un resoplido de incredulidad.

—Mierda

—¿Qué razón tendría para mentir?

—Llevarme a la cama. —El *duh* flota pesadamente en el aire entre nosotros.

—Nunca antes había necesitado mentir para llevar a una mujer a la cama. —Me doy cuenta de cómo suena tan pronto como sale de mi boca, pero para entonces Olivia ya está de pie y a medio camino de la puerta. Mis dedos rodean su muñeca, deteniéndola—. Detente. Quédate por favor. —Me paso una mano irritada por el cabello—. Mira, no sé hablar de este tipo de cosas, me cuesta, porque no filtro mis palabras antes de que salgan de mi boca, pero si me das un minuto, podré hacerlo.

Espero a que se vuelva a sentar y luego lo intento de nuevo.

—Lo que quiero decir es que nunca he necesitado mentir sobre con cuántas mujeres he estado. Nunca ha sido un secreto debido a la forma en que he vivido mi vida. Las mujeres saben qué esperar de mí. Y lo sabes, claramente, porque estoy bastante seguro de que esa es la razón por la que has estado decidida a evitarme como a la plaga. ¿Por qué mentiría ahora? No me llevará a ninguna parte contigo. Simplemente agregarás *mentiroso* a la lista de defectos bajo mi nombre.

Se muerde la comisura del labio.

—Yo no... no estoy haciendo una lista ni nada.

—Eso es una mentira y lo sabes. Las probabilidades estaban en mi contra en el momento en que me acerqué a ti.

—Bueno, para ser justos...

—Sí, te pedí que vinieras a mi departamento y folláramos, lo sé. No es una gran primera impresión. Si pudiera retirarlo, lo haría.

—¿Por qué?

Abro las piernas y apoyo los codos en los muslos.

—Porque entonces tal vez puedas superar toda la otra mierda y podamos seguir adelante.

Honestamente, no podría estar más confundido. También le faltan respuestas atrevidas. A una parte de mí le preocupa haberla roto.

—¿De qué demonios estás hablando?

Hago un gesto entre nosotros.

—Esto. Tú y yo. —Paso una mano por el aire como una flecha—. Ir de frente.

—¿Somos un tú y yo, Carter? ¿Yendo de frente?

—Yo... —Mis hombros se sienten tensos y entumecidos, y mi cuerpo pica por moverse, por huir antes de que pueda profundizar más. En lugar de eso, sostengo su pequeña mano en la mía y paso el pulgar por el esmalte de rubor en sus uñas—. Creo que sí.

—Tú crees que sí —repite Olivia lentamente. Su mirada se eleva con cautela y se encuentra con la mía—. No tengo tiempo para eso creo. Ni la energía para esperar mientras descubres lo que quieres de mí, especialmente cuando las posibilidades son muy altas de que descubras en un par de semanas, una vez que ya esté muy por encima de mi cabeza, *lo que quieres*, no es una relación.

Mi expresión debe contener toda la decepción que siento, porque su cálida mano acaricia mi mejilla y guía mi mirada hacia la de ella.

—Lo lamento. No quise sonar grosera. Simplemente no estoy segura de que lo entiendas, Carter. Estamos a mundos de distancia.

Mi mirada flota por su rostro, sobre sus pómulos altos y las delicadas pecas que pintan su nariz. Es tan hermosa que a veces creo que duele.

—¿No lo estamos? —pregunto finalmente.

—¿No es así? Queremos cosas diferentes.

—¿Qué pasa si no lo hacemos?

—¿Puedes decirme honestamente que lo que quieres es una relación seria y comprometida? Porque no hago cosas informales, Carter. No estoy hecho para ello y no tengo ningún deseo de perder el tiempo en algo que no tiene el potencial de avanzar.

—No lo sé —admito—. Todo lo que sé es que estar contigo aquí se siente bien, y también fue lindo la semana pasada. ¿No lo sientes tú también?

Un momento de silencio persiste entre nosotros, y mi pulso late en mis oídos mientras espero que ella responda, que me diga que no estoy solo en esto.

Aparta un mechón de mi frente y sonrío.

—Sí. Pero tal como están las cosas, Carter, creo que eso es con lo único que estamos en la misma página. ¿Tiene sentido?

Asiento lentamente, mojándome los labios.

—¿Eso significa que si quisiera intentar tener una relación, me dejarías intentarlo contigo?

Una risa gorgotea de su garganta, un poco ansiosa, un poco exasperada.

—Te das cuenta de que estás haciendo que parezcan pruebas, ¿sabes? Una relación es algo que dos personas intentan juntas, sí, pero no soy una prueba para ver si estar en una relación es algo que realmente deseas. Primero debes decidir qué quieres antes de perseguir a la chica.

—¿Qué pasa si lo único que estoy seguro de querer eres tú?

Pasa el pulgar por la marca de mi barbilla.

—A veces querer algo no es suficiente.



Paso las siguientes dos horas tratando de fingir que mi mirada no está exactamente dónde está, pegada en Olivia.

La veo hacerse amiga de mis amigos sin esfuerzo. La veo volver a ponerse los tacones para deshacerse de ellos dos minutos más tarde en mi cocina. La veo bailar, beber y jugar, y la veo *reír*. Joder, es espectacular cuando se ríe, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y la piel lechosa teñida de rosa mientras sus rizos sueltos caen en cascada por su espalda.

Me froto el pecho, tratando de aliviar la opresión que se extiende cuando uno de mis compañeros de equipo toca su espalda baja, inclinándose para susurrarle al oído. Todos estos celos que siento esta noche me están desequilibrando, no sé cómo manejarlo.

Pero Olivia me llama la atención, la comisura de su boca se levanta mientras se aleja de él y, por alguna razón, eso es todo. Por alguna razón, lo sé, no, no es una opción cuando ella está involucrada.

Porque puedo hacerlo mejor, *ser mejor* y puedo hacerlo por Olivia. *Quiero* hacerlo por Olivia.

Quizás es por eso que se me ocurre una idea descabellada cuando Ryan Seacrest nos dice que solo faltan dos minutos para la medianoche, a pesar de que perdí nuestra apuesta.

Tal vez es por eso que mi sonrisa divide mi rostro cuando me enderezo en mi lugar en la pared, captando la mirada tremendamente ansiosa de Olivia. Ella me mira, luego a Cara y luego al otro lado del pasillo. Veo la aprensión, veo la forma en que gira, con las manos en el aire como si no tuviera idea de qué hacer. Empieza a deslizarse hacia el pasillo, pero Cara la agarra del brazo y tira de ella hacia atrás.

La mirada color chocolate de Olivia se fija en la mía.

Y de repente sólo faltan treinta segundos para la medianoche.

Y empiezo a moverme.

Y ella todavía está enloquecida, con los pies estáticos en su lugar, ojos como platillos gigantes que solo se vuelven más redondos con cada paso que doy, comiéndose la distancia entre nosotros.

Quince segundos.

—Carter —susurra Olivia, sus dedos arrastrándose alrededor de mis muñecas cuando tomo su rostro entre mis manos—. ¿Qué estás... qué estás haciendo? —Sus ojos rebotan entre los míos, sus carnosos labios color rubí se separan para dejar que su lengua se asome, deslizándose, preparándose, porque sabe *exactamente* lo que estoy a punto de hacer.

Diez.

—Yo... yo... Carter, yo...

—Relájate, Ollie. —Paso mis dedos por sus suaves rizos, y cuando sostengo su mandíbula en mi mano, juro que escucho los latidos de su corazón.

Cinco.

Mi pulgar roza su labio inferior. Sus ojos parpadean.

—¿Puedo?

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno.

—Sí.

12

PAGA GARRETT

Carter

Hay una parte de mí que quisiera decir que no pasa nada cuando nuestros labios finalmente se encuentran por primera vez. Que es lo mismo de siempre, sin chispas, sin llamas. Que hay una sensación de hundimiento en mi estómago, un ancla que cae hasta el fondo tan rápido como puede cuando me doy cuenta de que esto no es nada nuevo, que vuelvo a sentir que el tipo de amor que compartían mis padres no existe, para mí, que nunca lo encontraré. Que estoy bien con eso, como lo he estado todos estos años.

Una parte de mí quisiera decir que eso es lo que sucede.

Pero no lo es. No puedo decir eso.

Porque cuando atraigo a Olivia hacia mí, cuando sus manos se deslizan por mis brazos, sobre mis hombros, sus dedos se hunden en mi cabello, cuando nuestros labios se tocan, *joder finalmente*, todo mi cuerpo cobra vida. Mi mundo explota de color, mis manos en su rostro tiemblan de deseo y necesidad, de conmoción. Quiero más. Necesito más. No veo cómo podré tener suficiente de esto, de ella, de nosotros. Es una droga y me volví adicto desde el primer trago.

Sus labios se abren en un suspiro, el toque de vainilla y azúcar morena ruega a mi lengua que extienda la mano y pruebe.

Así que lo hago. Nos encontramos con un barrido cálido y húmedo, uno que me hace gemir, y me hundo en su sensación, el calor que me empuja más cerca, hasta que no queda ningún lugar adónde ir.

Todo a nuestro alrededor se apaga a fuego lento, el tambor frenético de mi corazón golpeando salvajemente contra mi esternón ahoga todo lo demás. De todos modos, nada de eso importa, nada excepto esta mujer en mis brazos, la forma en que su boca se mueve tan fluidamente con la mía mientras me trago cada uno de sus gemidos.

113

Olivia empuja hacia adelante y la dejo caminar hacia atrás hasta que mis pantorrillas tocan una silla. Cuando caigo, ella cae conmigo, subiéndose directamente a mi regazo mientras sus dedos recorren mi cabello, aferrándose fuerte, como si no tuviera intención de soltarme, que es exactamente lo que siento por ella.

No es hasta que mis manos se deslizan por su espalda, agarran su cintura con fuerza, estimulando ese pequeño mordisco de sus dientes en mi labio, que de repente me doy cuenta de que la habitación está en silencio, salvo por el suave zumbido de la multitud que nos rodea. Abro un párpado y el rostro asombrado e irritado de Cara es lo primero que veo. Emmett parece un poco asustado a su lado, asustado por mí, probablemente, porque su novia puede patearme el culo. Adam me muestra los dos pulgares hacia arriba y una sonrisa ansiosa, y Garrett comienza a intentar cobrar sus ganancias.

Mis manos recorren los brazos de Olivia hasta que encuentro las suyas en mi cabello. Entrelazando nuestros dedos, coloco nuestras manos entre nosotros y le doy un beso más en los labios.

Y uno más rápido.

De acuerdo, uno más. Sólo por si acaso, porque joder, ella sabe cómo el mejor tipo de pecado.

—Ollie —susurro cuando ella va por un cuarto. Aún no ha terminado, lo cual es genial, porque estoy muy lejos de haber terminado con ella—. Ollie, tenemos un...

—Ese fue un increíble espectáculo de fuegos artificiales —grita alguien—. ¡Soy quinientos dólares más rico!

Maldito Garrett.

Y los ojos de Olivia se abren, el sonido que hace se queda entre un jadeo, un gemido y una súplica, todo en uno.

—Oh. —Retrocede y se lleva los dedos temblorosos a los labios. Su rostro arde intensamente mientras intenta bajarse de mí—. Ay dios mío.

—Oye. —Paso una palma por su espalda y la mantengo en su lugar—. Está bien. Sólo fue un beso. No es para tanto.

Eso no funciona. Su mirada se tambalea hasta que cae, y cuando traga, es tan espesa que puedo oírla.

—Lo siento —susurra, y antes de que pueda preguntar por qué, se desliza de mi regazo y desaparece por el pasillo con Cara.

—Metete de tus asuntos —le digo sin ningún tipo de irritación a los demás mientras cruzo la habitación, con Emmett pisándome los talones.

—La besaste, joder —sisea.

—*Ella dijo que podía* —le respondo entre dientes.

Me empuja el hombro.

—¿Te gusta?

Clavo mi codo en sus costillas.

—Sí, me gusta.

Tapándome la boca con una mano y empujándome contra la pared, Emmett me hace callar ruidosamente. Se lleva un dedo a los labios antes de soltarme y señalar hacia el pasillo, desde donde se filtra la voz de Cara.

—Te gusta. —Es más una acusación que otra cosa.

—Por supuesto que me gusta, Cara. Es encantador y divertido y me hace sonreír de una manera tan irritante que estoy perdiendo la maldita cabeza porque me estoy enamorando totalmente de Carter Beckett.

Demonios, claro que sí. ¿Encantador? *Sí*. ¿Divertido? *Joder, sí*. ¿Hacerla sonreír? *No hay mejor cumplido*. Emmett pone los ojos en blanco mientras golpeo mi costado con un puño en celebración.

Olivia sigue adelante.

—¿Qué demonios es lo que me pasa?

Ouch. Eso duele un poco. ¿Soy realmente tan malo? Una pregunta algo estúpida, considerando todo. No soy lo que llamarías material de novio.

Pero tal vez... tal vez podría serlo, para ella. Me gustaría intentarlo de todos modos.

Sus voces desaparecen, y cuando miro por la esquina, frunzo el ceño. Se han ido y no sé dónde.

Cuando Cara regresa cinco minutos después, está sola.

—¿Se fue? —Mierda. De alguna manera lo arruiné, ¿no?

Cara hace un sonido de molestia.

—¿Cuál es tu objetivo aquí, Carter?

—¿Fin del juego? —¿Qué demonios significa eso? Quería besarla, así que lo hice. Ella me gusta y yo le gusto a ella. ¿Por qué todo el mundo le da tanta importancia a esto?

—Sí, Carter, fin del juego. ¿Cuál es tu plan?

—Quiero... —Me rasco la cabeza. Quiero verla de nuevo. Quiero llevarla a ver esa maldita película de Disney. Quiero besarla un poco más, tal vez acurrucarnos en mi sofá mientras miramos televisión frente a la chimenea y juego con su cabello, porque es suave y huele bien.

—Ni siquiera sabes lo que quieres.

—Eso no es cierto. Quiero a Olivia.

—Quieres a *todas* las chicas.

—No es lo mismo, Cara. No con ella.

En realidad, nunca se ha tratado tanto de querer como satisfacer un impulso, poner un vendaje temporal sobre un vacío. Porque la verdad es que, aunque le prometí a mi mamá que no dejaría escapar un amor como el de mis padres, hay una gran parte de mí que no sólo esperaba no encontrarlo nunca, sino que tampoco quería encontrarlo. Cuando amas a alguien tan completamente, te debilitas. Arriesgas partes de ti mismo que no puedes permitirte perder.

Con Olivia, el dolor no se siente tan sorprendentemente vacío. No sé por qué, pero sí sé eso. También sé que sólo pensarlo me asusta muchísimo.

No estoy seguro de qué ve Cara en mí, pero las duras líneas de su expresión se suavizan, dando paso al gran corazón que a veces le gusta ocultar. Con un suspiro, me dice que Olivia subió las escaleras para buscar un baño, tomar un respiro y que le dé un par de minutos.

Y lo hago. Le doy cinco minutos, luego diez. Cuanto más espero, fingiendo escuchar las conversaciones, más ansioso me pongo. Mi cabeza gira sobre mis hombros, y la quinta vez que abro mi refrigerador y no encuentro absolutamente nada, Adam suspira.

—Sólo ve a buscarla, hombre.

Con un paquete de seis cervezas bajo mis brazos, subo las escaleras de dos en dos, revisando cada habitación a lo largo del pasillo, y frunzo el ceño cuando no la encuentro. Hay una parte de mí que teme que ella haya decidido irse, haberse escabullido por la puerta principal, pero luego recuerdo sus tacones en mi cocina.

Un rayo de luz dorada se derrama a través de la puerta agrietada al final del pasillo, junto con el leve olor a madera de cerezo quemada, y la abro, entrando lentamente a mi dormitorio.

La habitación en sí está vacía de la persona que estoy buscando, pero una ráfaga de viento gélido sopla a través de las puertas de vidrio que dan a mi balcón, las cortinas transparentes se agitan con la brisa, y sigo el olor a fuego afuera. Y allí, en la tumbona al aire libre situada frente a la chimenea de piedra incorporada, acurrucada debajo de una manta, está justo la persona que estoy buscando.

Llamas anaranjadas acarician su alrededor, iluminando las suaves líneas de su rostro, el suave movimiento de su pecho, la hinchazón de sus labios mientras respira profundamente. Con las manos entrelazadas bajo la barbilla, Olivia duerme profundamente y la dulce visión me aplasta como un peso en el pecho.

Nunca he tenido una mujer aquí de quien quisiera algo. Nunca permití que una mujer fuera lo suficientemente vulnerable en mi espacio como para quedarse dormida. Nunca tuve que trabajar tan duro para reprimir el anhelo que me hace sentir ganas de subirme detrás de ella, atraerla hacia mi pecho y simplemente.... joder... ser ...

Hasta Olivia.

Mientras me hundo en el cojín junto a ella, me pregunto si todo será siempre así, *hasta Olivia*, si este es el punto de mi vida en el que todo empieza a cambiar. La idea es tan emocionante como confusa y aterradora, y me pregunto si el riesgo valdrá la recompensa.

Olivia se mueve ligeramente, los dedos de los pies presionan contra mi muslo, el mordisco agudo de su piel helada me pica a través de la gruesa mezclilla. Cubriendo sus pies con la manta peluda, calentita por el fuego, aprieto sus dedos con mi mano, tratando de calentarlos antes de que este invierno de la costa oeste pueda infligir daños permanentes en los dedos más lindos que he visto en mi vida.

Sus pies se flexionan en mi agarre y sus brazos se disparan sobre su cabeza con un gemido mientras se estira como un gatito somnoliento. Las pestañas oscuras revolotean, dando paso a unos ojos llorosos del color del café, y cuando se da cuenta, deja caer la cabeza hacia atrás en el cojín con un gemido, con su rostro oculto detrás de la palma de su mano.

—Por favor, dime que no me pillaste durmiendo en el balcón de tu dormitorio.

—No te encontré durmiendo en el balcón de mi dormitorio.

Suelta una carcajada y se sienta.

—No estaba husmeando ni nada.

—Entonces, ¿cómo terminaste en mi dormitorio, y luego en mi balcón, y te acurrucaste debajo de mi manta, que por cierto, estaba en mi cama?

—Yo... yo...

Levanto una ceja y el calor sube por su cuello y se acumula en sus mejillas.

—No estaba husmeando —promete, y esa es la última vez que toma aire—. Estaba abrumada y no podía pensar con claridad, así que vine aquí para descansar un poco y sentí curiosidad y las luces estaban encendidas y tu dormitorio no era lo que esperaba y luego encontré esto y las brasas todavía estaban calientes y... esta jodida vista, Carter, es absolutamente increíble y solo estaba mirándola y espero que no estés molesto conmigo por invadir tu privacidad y quedarme dormida.

¿Molestarme con ella? No estoy molesto. Simplemente estoy mirándola, observando mientras ella sigue y sigue, esta impresionante obra

maestra que contradice tan salvajemente la forma en que escupe fuego y sarcasmo y al mismo tiempo se preocupa demasiado por lo que piensa la gente.

¿Y honestamente? La adoro.

Tomando sus manos entre las mías, observo cómo deja de divagar y observo cómo su mirada tiembla de aprensión.

—Oye, enana. Toma un respiro. No te disculpes. —Hago un gesto a nuestro alrededor, las llamas crepitantes, el mar de estrellas nadando en el cielo nocturno, el interminable sendero de pinos negros que conducen a las cimas de las montañas. Esta vista es la razón por la que compré este terreno hace cuatro años—. Lo entiendo. Es imposible no perderse un poco cuando miras todo esto. Es como darme cuenta de lo pequeños e insignificantes que somos todos, de todos nuestros problemas. Es mi lugar favorito cuando necesito pensar, necesito paz y tranquilidad. —Cuando necesito olvidar quién cree el mundo que es Carter Beckett y recordar quién soy en realidad, o quién quiero ser, tal vez.

Cuando mi mirada desciende de las estrellas, encuentro que Olivia me observa atentamente y me pregunto qué ve cuando me mira. ¿Es capaz de ver más allá de la imagen que he creado descuidadamente para mí? Yo creo que ella es. Sin embargo, estoy menos seguro de que sus decisiones no estén impulsadas por esa imagen.

Señala la cerveza, una pregunta silenciosa, y asiento, observando cómo desenrosca la tapa de dos, una para cada uno de nosotros. Bebe en silencio durante un minuto antes de preguntar.

—¿Por qué viniste a buscarme?

—Porque no he podido sacarte de mi mente en toda la noche. Si te soy sincero, no he dejado de pensar en ti desde que me abandonaste cuando se suponía que íbamos a comer.

Otro latido de silencio.

—¿Sabes lo que me asusta de ti, Carter?

Probablemente todo, pero espero que se pueda arreglar.

—¿Qué?

—Que, sinceramente, no sé si estás siendo sincero o si simplemente estás intentando con todas tus fuerzas meterte en mis pantalones.

—Es un vestido —bromeo con una sonrisa descarada, extendiendo la mano para tirar del dobladillo ondulado de la manga que rodea su delicada muñeca. Su rostro poco impresionado me dice que no es momento para bromas.

La respuesta breve y veraz a su preocupación es ambas cosas. Realmente me preocupo por ella y quiero pasar tiempo con ella, pero

también me arrojaría a sus pies si eso significara que me dejara destruir su cuerpo, porque quiero destrozarla por completo.

Lo digo de la manera más respetuosa posible, por supuesto.

—Me haces pensar. —Quizás demasiado. *Está jugando con mi cabeza; todo está revuelto.*

Pone los ojos en blanco.

—¿Porque no estás acostumbrado a tener que trabajar para conseguirlo?

Cristo. Lo entiendo, carajo. Nadie confía en mí con Olivia, incluida ella, porque jodo mucho. Nadie cree que tengo la capacidad de cambiar, de querer más, de tratar bien a una chica.

Apurando mi cerveza y dejándola sobre la mesa, froto mi rostro con ambas manos. No sé qué hacer y es desconcertante. Nunca tengo que dudar de mí mismo en el hielo. Yo mando esa pista y he trabajado muy duro para ganarme el respeto de mis compañeros, su confianza en mí como su capitán. Hago lo mejor que puedo para no decepcionarlos, pero ahora mismo siento que me estoy decepcionando a mí mismo. No sé cuál debería ser mi próximo paso. ¿Cómo diablos consigo que confíe en mí lo suficiente como para darme una oportunidad de hacer algo, cualquier cosa?

Olivia toca mi rodilla, llamando mi atención.

—Lo siento, Carter. Mi descaro es mi mejor mecanismo de defensa.

Asiento.

—Lo veo. —Y lo entiendo.

—Quise decir lo que dije antes. Sí me gustas. Yo solo...

—No confías en mí —termino por ella—. ¿Y por qué lo harías? ¿Por qué alguien lo haría? —*Quería decir eso último en mi cabeza.*

Los ojos de Olivia parpadean y bajan. Luego extiende la mano y sus dedos tímidos envuelven los míos.

—Lo siento mucho, Carter.

Agradezco su sinceridad, pero no tiene nada de qué disculparse. Es mi culpa. Emmett siempre me dijo que mi jodida vuelta algún día volvería a morderme el trasero. Siempre pensé que se refería a un embarazo accidental de una conejita, aunque tengo muchísimo cuidado. Anticonceptivos y un condón o no voy a entrar. Ni en un millón de años pensé que quería decir que la única mujer que siempre he querido finalmente no iría conmigo debido a mi pasado.

Pero aquí está ella, habiendo admitido ya sus sentimientos por mí, lo único que se interpone en nuestro camino es mi poco estelar historial con las relaciones, o más bien, la falta de ellas.

Entonces, supongo que necesito trabajar para hacerla cambiar de opinión, darle una razón para confiar en mí, incluso si es lento y me lleva todo el maldito año. Primero seré su amigo y seré bueno.

Por ella.

Por Olivia.

13

OPRAH Y UPS

Carter

—Así que supongo que eso significa nada de besarse en la última fila del cine, ¿eh?

Su risita tranquila me hace sonreír.

—Realmente no tenemos que irnos.

—¿Qué? No, a la mierda. *Frozen II*, ¿verdad? Vamos a ir. —Busco en mi bolsillo, saco mi teléfono y busco la aplicación de cine—. Elijamos una fecha ahora mismo. Compraré los boletos.

—Pero

—Escucha —la interrumpí—. ¿Me estás diciendo que nunca, Ollie, o estás abierta a la posibilidad de un futuro si te demuestro que puedes confiar en mí?

Sus dientes rozan su labio inferior.

—Bueno, supongo que te gané tres juegos seguidos...

—Te dejé ganar —miento, luego le tapó la boca con la palma de la mano cuando la abre para discutir—. Está bien, me voy de viaje por en dos días, así que podremos ir cuando regrese.

Ella aparta mi mano, aferrándose de mis dedos mientras la deja caer en su regazo y se acerca a mí, con mi rostro pegado al teléfono.

—Alguien está ansioso —murmura, y luego toca una fecha—. Ese viernes podría funcionar si ustedes están libres.

—Lo haremos. —En realidad, es nuestra semana de descanso, que es nuestro descanso obligatorio de cinco días. Va a ser un fin de semana muy ocupado por razones que ni Cara ni Olivia conocen todavía, pero lo sabrán mañana.

—Pero es viernes por la noche, así que si estás, um... ocupado, entonces... —Su boca se cierra cuando presiono el botón de compra.

121

Con una sonrisa, le doy unos golpecitos en la nariz.

—Es una cita, enana. Ahora bebe otra cerveza y dime en qué parte de Ontario creciste.

Olivia se hunde contra mí con un suspiro melancólico.

—Soy de Muskoka.

—Ah, pueblo rural. —Miro al horizonte—. No es de extrañar que te hayas quedado dormida aquí.

—No tenemos montañas, pero esto es... *vaya*. —Es como si estuviera atrapada en algún lugar lejano, soñando mientras mira maravillada al cielo—. Es la única vez que he visto tantas estrellas como solía ver cada noche en casa.

—¿Cómo terminaste hasta aquí?

Deja su cerveza, saltando de un lado a otro, y su rostro se ilumina como si se estuviera preparando para contarme su historia favorita.

—Está bien, entonces mi hermano, que es cuatro años mayor que yo —me toca la mano—, vino aquí para ir a la universidad y decidió que no quería volver a casa nunca más. Cuando me gradué de la secundaria, vine a pasar el verano con él y su novia; ella estaba embarazada, tuvo una aventura de una noche, pero ahora están casados. —Agita una mano—. Ya sabes, amor verdadero, tonterías de cuento de hadas. Pero, de todos modos, ese no es el punto.

Podría escucharla contar historias todo el día.

—Así que vine aquí y, sinceramente, me enamoré. De todo, todo. Pasé dos meses caminando y explorando y no queríairme. Estaba lista para ir a Toronto en septiembre, pero Kristin, mi cuñada, es fantástica, estaba trabajando en la universidad, movió algunos hilos y me consiguió una reunión con admisiones. Fue pura suerte que alguien hubiera retirado su aceptación el día anterior, y entré. Volé a casa al día siguiente, empaqué toda mi vida y manejé hasta aquí tres días después con mi papá. Me asignaron a Cara como compañera de cuarto y ese fue el final. No había vuelta atrás. Ella nunca me dejarairme ahora.

Riendo, levanto su mano y presiono su palma contra la mía. La diferencia de tamaño es asombrosa.

—Me imagino que Cara estaría en el siguiente avión, lista para perseguirte y arrastrarte hasta aquí por el cabello si intentas dejarla.

La nariz de Olivia se arruga con su risita.

—Mi mamá lo intentó un par de veces. Ella todavía finge que está enojada conmigo porirme. Tenía diecisiete años y era una niña muy tranquila, una verdadera persona hogareña. La idea de mudarme a Toronto para ir a la universidad y estar lejos de mis padres me aterrorizaba, y ahí

estaba, de repente haciendo las maletas y mudándome por todo el país por capricho.

Se inclina hacia adelante y toma mi mano. No sé por qué se anima tanto cuando cuenta una historia, pero me encanta. También se siente como si estuviera derribando sus muros, algo que definitivamente puedo respaldar.

—Mamá se negó a despedirse cuando nos fuimos, no me miraba, no me abrazaba, nada. Pero luego persiguió el auto por la calle, gritándole a mi papá que se detuviera. Ella lloró en mis brazos durante veintisiete minutos antes de soltarme. Mi papá lo cronometró.

Hago una mueca, una que la hace reír un poco más.

—Suenas como algo que mi mamá haría. Nunca deben conocerse. No se puede poner a dos mamás locas en una habitación.

—Sin embargo, las mamás locas son las mejores.

Suspiro.

—Nadie te amará jamás de la misma manera que lo hace una madre loca. —O un padre solidario. Ya sabes, del tipo soy tu mayor fan. Tuve uno de esos y lo extraño.

Una hora y media más tarde, las cervezas se han acabado y Olivia está zumbando felizmente a mi lado, con una sonrisa perezosa permanente grabada en su rostro.

—Creo que se acabó mi fiesta —murmuro después de varios minutos de portazos y gritarles a mis amigos antes de subir a los taxis.

Olivia deja escapar un largo suspiro y apoya su cabeza en mi regazo. No dudo en enterrar mis dedos en su cabello. Es suave, sedoso y espeso como el infierno. Giro la punta de un rizo alrededor de mi dedo índice y trato de no pensar en cómo se sentiría envolverlo todo alrededor de mi puño mientras entierro otra parte del cuerpo dentro de ella.

Intento no pensar en eso, pero soy un hombre y ella es un infierno de mujer.

—No era mi intención acapararte —me dice.

Le sonrío, más que tentado a doblar el cuello, meter mi lengua en su boca y saborearla una vez más.

—No hay mejor manera de pasar las primeras horas del nuevo año.

—No estoy lista para irme —admite bostezando y estirándose.

Fan-jodidamente-tástico, porque no estoy listo para verla irse.

—Entonces no lo hagas. Quédate a dormir.

Olivia no duda en levantar un brazo y pellizcar la primera parte de mi cuerpo que puede tocar con sus deditos sucios. Resulta que es mi pezón.

—Oh, pequeña mierda. —Golpeo una palma protectora sobre mi pezón herido. Olivia no parece disculparse en lo más mínimo, lo que rápidamente me lleva a acurrucarme sobre ella, haciéndole cosquillas en las costillas mientras chilla de risa hasta convertirse en un desastre, retorciéndose en mi regazo, rogándome que pare, con lágrimas amenazando con derramarse de sus mejillas. Sosteniendo sus muñecas sobre su cabeza, dejo caer mi rostro hasta que las puntas de nuestra nariz se tocan.

—Sin pellizcos —susurro.

Quiero hacerlo, pero es ella quien inclina su barbilla y roza sus labios con los míos. Apenas. Solo un toque. Lo suficiente como para que un cosquilleo de emoción recorra mi espalda, recordándome lo mucho que me gusto besarla. Cómo se siente tan diferente a cualquier otra mujer anterior a ella.

La levanto conmigo y observo cómo la manta se acumula a sus pies mientras se ajusta el vestido alrededor de los muslos y se estremece. Tomando su mano, la llevo a mi dormitorio, cerrando el frío detrás de nosotros.

—Piensa en ello más bien como una fiesta de pijamas. Podríamos ver una película y tú puedes dormir en mi cama. Me llevare uno de repuesto.

La atraigo hacia la cama con dosel y disfruto la forma en que se arrastra detrás de mí, como si tratara de disimular su entusiasmo.

—Vamos, Ollie. —Doy unas palmaditas en el colchón—. Ven a tocarlo.

Sus ojos muy abiertos rebotan entre la cama y yo. Moviéndome detrás de ella, presiona sus palmas contra el colchón, cubriéndolas con las mías.

Mis labios tocan su oreja.

—Es un Hypnos. Oprah duerme en uno igual.

Hace un sonido profundo en su garganta, uno que espero escuchar algún día mientras estemos juntos, desnudos, preferiblemente en esta misma cama. Me mira por encima del hombro, lamiéndose los labios antes de tomar el inferior entre sus dientes.

—Pero... yo no... tengo pijamas —susurra—. O un cepillo de dientes.

—Te traeré ambos —digo con una sonrisa, observando la forma en que sus dedos desempolvan la suave ropa de cama, su pecho hundiéndose más hacia el colchón con la suave guía de mi mano en su espalda baja—. Te prepararé el desayuno en la mañana y tal vez podamos... hablar... más.

Se apoya en los dedos de los pies y apoya una rodilla en el colchón.

—¿Qué me harás?

—Gofres. Tostada francesa. Tocino. Huevos. Te prepararé una puta cena de pavo si quieres, sólo métete en la maldita cama.

Olivia se ríe y aprieta las mantas con los puños. Agarro sus caderas y la arrojo sobre la cama. Rueda con un grito y una risita, desplomándose sobre su espalda, flotando como una estrella de mar en medio de la cama.

—*Oh, joder* —gime. *Ah, mierda*. Mi pobre pene. Está saltando detrás de mi cremallera, porque ella está en mi cama, gimiendo. Extendiendo los brazos, dice arrastrando las palabras—. Esto es increíble.

Lo sé, por supuesto. Me costó quince mil dólares, con impuestos incluidos. Leiste bien. Quince grandes por un colchón, y vale cada centavo.

Con las manos en el bolsillo, la miro con una sonrisa, observándola mientras ella se da vuelta, probándolo. No se molesta cuando la manija de la puerta se mueve o cuando Cara la llama.

—¿Livvie? —Cara golpea cinco veces en rápida sucesión, seguidas de dos golpes más suaves—. ¿Estás ahí, nena?

—Uh huh

—¿Uh huh? Bueno, sal de aquí. Nos vamos a casa.

Sentándose, la mirada de Olivia flota hacia la puerta. Ella se gira, mirándome como si no supiera qué diablos hacer, como si quisiera que yo tome la decisión por ella. No puedo, obviamente. Si fuera mi elección, la mantendría aquí hasta que tuviera que volver a trabajar. También estaríamos desnudos todo el tiempo, probando algunos movimientos gimnásticos.

Suspiro, me paso una mano por el cabello y lo sacudo.

—Si no quieres quedarte, está bien.

Sus labios se abren y su cabeza se inclina hacia un lado para estudiarme.

—Um, voy a... —La comisura de su boca se levanta—. Quedarme.

¡Aplaudo y grito un sí silencioso! antes de lanzarme en picado sobre la cama, rodearla con mis brazos y hacerla girar en una especie de abrazo extraño mientras se ríe salvajemente. Finalmente me levanto de un salto y cruzo corriendo la habitación hasta mi cómoda, donde saco una camiseta y un par de pantalones deportivos. Sostengo los pantalones en cuestión; se la van a tragar entera. Hace una mueca y niega con la cabeza.

—¿Qué carajo? Carter Beckett, ¿estás ahí? —Cara sacude el mango—. ¡Carter, abre esta maldita puerta ahora mismo! ¡Em, patéala! ¡Mantén tu polla fuera del palacio de mi mejor amiga!

Le lanzo mi camisa a Olivia, presiono la cerradura y abro la puerta, señalando mi cuerpo con el movimiento de mi brazo.

—Estoy completamente vestido y mi polla está en mis pantalones, justo donde pertenece, muchas gracias.

Cara parece al mismo tiempo poco impresionada y sorprendida. Emmett, por otro lado, sonríe de oreja a oreja mientras asoma la cabeza por el dormitorio. Se dobla de risa cuando ve a Olivia en la cama. Está claramente borracho.

—Oh, Dios mío —canta Olivia, de rodillas en el centro de mi cama, sosteniendo mi camisa contra su cuerpo—. ¡Care, mira! Me dio su camisa para dormir. ¡Me quedará como un vestido!

La mandíbula de Cara cae y la mirada se mueve entre nosotros. Ella levanta las manos.

—¿Qué carajo está pasando aquí?

—Solo voy a dormir. —Olivia se quita la camisa y levanta las mantas, deslizándose debajo de ellas. Su cabeza desaparece entre las almohadas hasta que lo único que puedo ver son sus brazos, que sostiene en alto en el aire—. Eché a Carter Beckett de su propia cama. ¡Que alguien tome una foto! ¡No creo que esto haya sucedido antes!

No es así. Hago muchas cosas con Olivia que nunca he deseado hacer con nadie más.

Olivia rebota con el peso del cuerpo de Emmett cuando golpea el colchón. Los dos se acurrucan mientras él sostiene su teléfono sobre sus cabezas, tomando una foto mientras se ríen como un par de tontos. Me dan ganas de meterme ahí.

Borra eso. Tengo *muchas* ganas de meterme ahí. Y echar a mi mejor amigo a patadas.

Cara me señala con el dedo y la mirada que me lanza es tan aterradora como siempre.

—Estoy demasiado borracha para gritarte. Si la lastimas, prepárate para comerte tu propia polla. He oído que es enorme, así que es bueno que tengas mucho apetito. —Sus ojos enloquecidos se mueven entre los míos—. ¿Entendido, Carter?

Levantando dos dedos, y prometo.

—Juro solemnemente que no lastimaré a Olivia Parker.

Me da unas palmaditas en el pecho y se vuelve hacia la cama donde su mejor amiga y su novio todavía están saltando.

—A veces es como si tuviera hijos. —Ella se acerca, arrastrando a Emmett fuera de la cama y besando la mejilla de Olivia—. Diviértete, mantente segura y no tomes decisiones estúpidas.

Olivia la saluda.

—Si, mamá.

Cara pone los ojos en blanco pero se ríe, pavoneándose a mi lado, y Emmett cierra la puerta con el movimiento de sus cejas. Un minuto después, la puerta principal se abre y se cierra, dejando la casa inquietantemente silenciosa.

Nunca pensé que estaría aquí esta noche, a solas con Olivia, especialmente no en mi cama.

Sus rizos son un desastre salvaje, las mantas se acumulan alrededor de su cintura. Ella es como el anticristo, sentada en la cama, todo en su cabello oscuro, mirada, vestido, un marcado contraste con toda la ropa de cama blanca y esponjosa. Por mi mente no pasan más que pensamientos terribles, sucios y francamente traviesos. *Anticristo*.

—¿Me hiciste buscarte un pijama y vas a dormir con tu vestido?

Su sonrisa es lenta, toda diabólica, mientras sale de la cama.

—Estaba esperando a que Cara se fuera para poder quitármelo.

Me trago la lengua y la veo caminar hacia mí con toda la confianza del mundo. Y me quito del camino.

—Está bien. Yo, eh... —Señalo la puerta con el pulgar—. Te daré algo de privacidad.

Alcanzo la manija y la mano de Olivia cae con fuerza sobre la madera, cerrándola de golpe en el momento en que se abre. Se me eriza el vello de la nuca cuando mueve el mechón y no tengo ni idea de qué hacer. Estoy parado aquí como un idiota, con la mirada pegada a la puerta cerrada, porque no puedo mirar a esta mujer ahora mismo si la voy a mantener en mis pantalones. Estoy a unos dos segundos de tirarla a la cama y arrancarle el vestido.

La energía en la habitación tiene tanta carga eléctrica como los veinte centímetros de titanio que se tensan detrás de mi cremallera en este momento.

Exhalo profundamente y me hundo de alivio ante el clic de la puerta del baño detrás de mí. Hundiéndome en el borde de la cama, miro al techo, rezando por algo de autocontrol que tanto necesito.

Ajustándome dolorosamente el bulto de mis pantalones, trato de matar el ambiente hablando de sentimientos.

—Uh, oye, Ollie —grito débilmente. Sacudiendo la cabeza, pasando las manos por mi rostro—. Creo que deberíamos hablar de, um... —Dulce Dios, esto es doloroso.

—Me gustas —dejo escapar al menos por segunda vez. Estoy hablando con una puerta—. Estaba pensando... tal vez podríamos... tal vez yo podría... tal vez puedas aprender a confiar en mí, ya sabes, dame una oportunidad,

si te lo muestro... puedes confiar en mí... —Es apenas un susurro cuando llego a la puerta. Termino porque no tengo idea de qué carajo estoy haciendo.

Silencio.

Y luego.

—Mañana.

Me pongo de pie de un salto.

—¿Qué?

—Podemos hablar mañana. Después de que me prepares una cena de pavo para el desayuno.

Joder, sí. Miro a mi hombre principal. No se va a desinflar en el corto plazo. Está tan emocionado como yo.

—¿Escuchaste eso, gran amigo? —le susurro con entusiasmo—. ¡Estamos llegando a alguna parte!

—¿Carter? —llama—. ¿Me puedes ayudar?

Cruzando corriendo la habitación, me detengo con la mano en el pomo. Estoy a punto de preguntarle si esta decente, pero entonces abre la puerta, me toma de la mano, me atrae y casi muero cuando habla.

—Necesito que me desabroches.

Mierda. Joder, joder, joder, joder.

—Carter. —Los dedos de Olivia se entrelazan con los míos—. Necesito que me mires si vas a ayudarme.

Oh. Bien. Miro mis pies. Suelto una risita. Y sale jodidamente ansiosa y aguda, y paso mi mano por mi pecho antes de finalmente levantar la cabeza y girar un dedo en el aire.

—Date la vuelta, preciosa. —Al parecer, la confianza va y viene.

Cuando nuestras miradas se encuentran en el espejo, me sonrío. Es linda y está un poco ida por las bebidas y el sueño que probablemente necesita. Cuando sus dientes se hunden en su labio inferior, mi sonrisa explota. Es un poco graciosa y estoy bastante seguro de que lo sabe.

Aparto sus sedosos y sueltos rizos de su espalda, colocándolos sobre su hombro, antes de pasar un dedo por su cuello hasta su vestido, justo donde ella...

—Eh, Ol. No hay... no hay cremallera aquí atrás. Tu vestido es... —Tocó la suave y profunda tela como el bosque, observándola estirarse desde su espalda con facilidad, dándome un vistazo de la piel impecable y cremosa que acecha debajo—. Elástico.

—Correcto. —Su expresión es toda dulce diablo cuando nuestras miradas se fijan en el reflejo. No se olvidó de la falta de cremallera. Sus labios rojo rubí se abren con un rayo, ridículo y hermoso—. Ups.

Ups...

¿Ups?

Este es también el momento en que veo el brasier de satén en la esquina de la encimera de mi baño.

Oh joder.

Vaya, tiene toda la razón.

Estoy a punto de hacer un gran puto *ups*.

14

DÍA DEL JUICIO FINAL

Olivia

Estoy segura de que no estoy del todo en mi sano juicio.

Es en parte alcohol, pero sobre todo delirante e innegable atracción hacia el hombre que actualmente está detrás de mí, boquiabierto ante la vista que tiene ante él.

La vista soy yo, sin brasier, pidiéndole que me quite el vestido.

Y en caso de que no esté seguro de lo que le estoy preguntando, colocó sus manos en mis caderas, deslizándolas hasta la altura de mi cintura mientras mi labio inferior se desliza entre mis dientes.

—Supongo que entonces puedes quitármelo.

¿Quién soy? No sé. Una chica que va a tomar la vida por las pelotas, supongo. O, mejor dicho, Carter Beckett. Voy a tomar a Carter Beckett por las pelotas.

Como dije, no estoy segura de estar aquí ahora. Esto parece algo de lo que podría arrepentirme por la mañana, una de esas decisiones estúpidas de las que Cara me advirtió antes de salir de aquí.

Pero la cosa es... lo quiero. Me gusta, tanto como sé que no debería hacerlo. Porque esto sólo puede terminar de una manera, yo, con el corazón roto y decepcionado, potencialmente llorando con un Big Mac o en una tina de masa para galletas. Tal vez ambos.

Preferiblemente ambos.

Supongo que he decidido que las consecuencias son algo con lo que estoy dispuesta a lidiar, porque aquí estoy en el baño de Carter, pidiéndole que me desnude.

Tal vez fue su expresión de derrota cuando habló de la falta de confianza que todos tienen en él. Tal vez fue quien me pidió que me quedara, prometiéndome películas y desayuno. Tal vez era él sentado a mi lado,

130

hablándome, absolutamente fascinado mientras me escuchaba hablar. No era Carter Beckett, el arrogante fenómeno del hockey y mujeriego. Él era simplemente... Carter.

Y me gusta de esa manera, cuando todos los muros se caen, algo que estoy dispuesta a apostar que no muchos llegan a experimentar. Quizás eso me hizo sentir especial. Quizás eso le dio algo de credibilidad a sus palabras. Tal vez... tal vez confío en él un poco más que cuando entré por la puerta principal hace varias horas.

No sé. Lo único que sé es que ya no puedo luchar contra esto. Estoy cansada.

El agarre de Carter en mi cintura se aprieta, presionando, y no puedo evitar maravillarme de lo fácil que sería para él destrozarme de la manera más hambrienta y cautivadora. Apenas me ha tocado y ya quiero volver por unos segundos.

Su pecho roza mi espalda y siento el peso de su aprensión con cada respiración asombrosa que toma mientras nuestras miradas permanecen fijas en el reflejo del otro. Inclino mi cabeza hacia atrás, y cuando mis dedos bailan a lo largo de la curva de su cuello, baja su rostro y me sonríe.

—¿Puedo besarte? —pregunta, y en el momento en que asiento, su boca desciende. Es tierno y suave, provocador y saborizante, persistente y quiero más. Más de esto, más de él.

Hundo mis dedos en sus ondas sedosas, acercándolo más, y cuando su lengua lame la mía, me roba el gemido de mi garganta.

Su gran mano se desliza por mi vientre, roza mis tetas antes de envolver suavemente mi cuello, sus dedos presionan ligeramente mientras me mantiene allí, como si mi boca fuera suya para explorar.

Cuando se separa, me obliga a levantar la cabeza, algo a la vez oscuro y embriagador en su mirada cuando se encuentra con la mía en el espejo, adormeciéndome con una falsa sensación de seguridad. Quiero que tenga mi cuerpo y quiero fingir que sabe cómo mantenerlo todo a salvo.

—Mírate —murmura—. Eres tan jodidamente pequeña y delicada que tengo miedo de romperte.

—No estoy hecha de vidrio, Carter. No tienes que ser amable conmigo. De hecho, preferiría que no lo fueras.

Mi culo está sobre el mostrador un segundo después, con las piernas alrededor de su delgada cintura, mis rizos alrededor de su puño mientras él tira de mi cabeza. Su boca flota tan cerca de la mía que no puedo decir a quién pertenece cada respiración errática mientras respiramos el uno al otro.

Dedos ásperos raspan mi muslo, se deslizan por debajo del dobladillo de mi vestido, empujándolo hacia arriba hasta que se acumula alrededor de

mis caderas, y cuando envuelve una mano alrededor de mi cintura desnuda, todo mi cuerpo tiembla.

La mirada acalorada de Carter se posa en el espacio entre nosotros y su garganta se mueve.

—Joder —dice, mirando la mancha húmeda en el centro de mis bragas. Su mirada se dirige a la mía mientras lentamente pasa su pulgar sobre la protuberancia que ya está acalambrada por la necesidad. Cuando sollozo, su boca cae sobre mí.

Se mueve contra mí, un movimiento lento que hace que mi cabeza caiga, abriéndole el cuello mientras su boca se desliza sobre mi piel, besos calientes y húmedos que levantan mis caderas, desesperadas por la fricción de su grueso peso entre mis piernas. Me lo da, sus manos se deslizan debajo de mí, masajean mi trasero, me acercan más y quiero que estas capas desaparezcan.

Suaves pellizcos recorren mi mandíbula hasta que sus labios encuentran mi oreja.

—Si hacemos esto, Olivia, no hay vuelta atrás.

No sé qué significa eso. ¿No hay vuelta atrás de qué? Si hacemos esto, es el comienzo de algo. Algo íntimo y salvaje, y tal vez algo más, pero más que probable, el principio del fin.

Un murmullo de dolor resuena en mi pecho, recordándome que esta no soy yo, que quiero mucho más que noches fugaces y adioses. El constante y rápido latido de mi corazón me dice que abandone la lucha sólo por esta noche, que la acepte tal como es, una noche de pasión garantizada con el hombre en el que no puedo dejar de pensar.

Escondido muy por debajo de todo eso está la parte de mí con miedos e inseguridades muy reales, la parte que me ha estado comparando con las mujeres que están alrededor de su brazo en cada imagen. Esa es la parte que probablemente se hará cargo mañana cuando esté sobrio, patearle el culo a mi yo ebria por tomar una decisión que me lleva más abajo en la madriguera del conejo.

Pero la química entre nosotros vibra como un cable con corriente, conectándonos, haciéndome imposible pensar con claridad en este momento. Sé lo que quiero, y lo que quiero es este hombre, dentro de mí, sobre mí, tomándome, poseyéndome, una y otra vez.

Probablemente por eso lo que sale de mi boca es

—Si me quieres, puedes tenerme.

De un solo golpe, estoy de pie, con la espalda pegada al cuerpo firme de Carter, mi vestido en la bañera en la esquina del baño, al lado de la inmaculada ducha de vidrio. Manos ásperas se deslizan por mis brazos,

agarrando mis caderas, sus uñas mordiendo la carne mientras su mirada me recorre como brasas.

Labios suaves depositan tiernos besos en mi hombro, bajando por la pendiente de mi columna mientras Carter engancha sus pulgares en mis bragas y lentamente se arrodilla, llevándose el ruborizado encaje mientras avanza.

Su cálida boca se desliza por la parte posterior de mi muslo mientras amasa mis músculos, y cuando una mano se desliza entre mis piernas donde se encuentran los latidos de mi corazón, cierro los ojos con fuerza y me aferro al borde del mostrador para salvar mi vida.

—Estás nerviosa —murmura Carter, extendiendo una mano sobre mi bajo vientre mientras tiembla.

Nerviosa, ebria de puro deseo, aterrorizada por la generosa ayuda de sentimientos honestos que me asustan muchísimo... Todo eso se arremolina dentro de mí, agarrando mi corazón, apretándolo como un puño.

—Jodidamente impresionante. —Las palabras son un maravilloso susurro mientras sus dedos se deslizan a través de la humedad extendida entre mis muslos. Se levanta, besa mi cuello y sostiene mi mirada—. Impecable. —La mano en mi vientre sube hasta tocar una de mis tetas, haciendo rodar mi pezón tenso. Sus dientes raspan mi oreja—. ¿Qué tan mojada estás?

—Oh Dios. —Mi cabeza cae hacia adelante con un gemido, y cuando se ríe, *tiemblo*. La respuesta es empapada y él lo sabe. Ambos podemos sentirlo, el calor, la humedad que se acumula allí—. Tócame —le ruego—. Por favor, Carter.

Su toque vaga sobre el área que más lo deseo, y me toma en su mano, una *mina* silenciosa que no extraño.

—Mírame. —Cuando lo hago, arrastra sus dedos a través de mis pliegues resbaladizos antes de hundir uno dentro—. Mierda. —Su boca se abre sobre mi hombro mientras grito su nombre—. Qué jodido coño tan mojado.

Sus dedos se envuelven alrededor de mi garganta mientras empuja dentro de mí, una inmersión dolorosamente lenta que me hace suplicar por más, más rápido y más fuerte. El calor rojo sube por mi pecho, inunda mis mejillas mientras las llamas chispean en mi estómago, haciendo que todo hormiguee y hierva, como si estuviera al borde de una erupción volcánica.

Jadeo cuando un segundo dedo empuja hacia adentro, y todo se siente apretado de la manera más maravillosa mientras su mano se mueve, un impulso constante que gana velocidad, ferocidad, hasta que la palma de su mano golpea mi culo con cada embestida.

La mano de Carter en mi cuello se aprieta, un estruendo en su pecho mientras tomo todo lo que me da, incluidas las palabras que me obliga a bajar por la garganta cuando su boca toma la mía.

—Buena chica.

Todo dentro de mí hierva, desbordándose, y Carter me mantiene pegada a su pecho mientras libera mi cuello para trabajar el apretado manojo de nervios en la hendidura de mis muslos, sonriendo contra mi piel cuando su nombre explota en mis labios.

Sin dudarlo, se inclina y rodea mis rodillas, arrojándose sobre su hombro, ignorando mi grito. Su mano cubre mi culo mientras entra al dormitorio y me arroja sobre la cama con un rebote. Sonríe cuando me río, sus brazos pasan sobre la ropa de cama mientras entierro mi cabeza en las almohadas esponjosas y gimo.

—No quiero dejar nunca esta cama.

Se rasga la camisa, se quita los jeans y se arrastra sobre mí, besando la comisura de mi boca antes de que tenga tiempo de admirar lo hermoso que es su cuerpo.

—Así que no lo hagas. Creo que podría retenerte para siempre.

Entierro la sensación que se alimenta en mi pecho y arde en mi vientre muy dentro de mí, porque es peligroso pensar que eso podría querer decir. Puede que esté un poco intoxicada, pero después de esta noche, estoy cien por ciento segura de que Carter Beckett es un hombre del que podría enamorarme.

No soy una chica de una sola noche, ya lo he dicho. Para mí, el sexo viene después de los sentimientos. Quizás no haya mencionado que rara vez escucho mis sentimientos. Es una bendición o una maldición, aún no lo he decidido. Busco una conexión real y es difícil conseguirla. También significa que en mis veinticinco años sólo he tenido relaciones sexuales con dos hombres, todo lo contrario de la lista de Carter.

—Oye. —Acaricia mi pómulos, atrayendo mi mirada hacia la suya—. ¿Dónde fuiste? Te perdiste un poco. —Unos labios cálidos se deslizan a lo largo de mi mandíbula hasta que entierra su rostro en mi cabello—. ¿Y por qué carajo siempre hueles tan bien? Como pan de plátano, recién horneado. Quiero devorarte.

El deseo vuela como mariposas en mi estómago y un fuerte dolor golpea entre mis muslos.

—El único problema es que no sé por dónde empezar. Quiero estar en todas partes, todo a la vez. Como... —Pasa una mano por mi cuello, las puntas de sus dedos recorren mi pecho y se me pone la piel de gallina cuando arrastra su pulgar sobre mi pezón—. Aquí.

Mis labios se abren con una exhalación temblorosa cuando su rostro se hunde, y me mira a los ojos mientras su lengua recorre mi pezón.

—Pero también quiero... —Se calla, al igual que sus labios y el lento y tortuoso camino que están tomando hasta mi estómago, donde besa alrededor de mi ombligo—. Aquí.

La anticipación sacude cada parte de mí, destrozando mis nervios, y un gemido gorgotea en mi garganta mientras su boca sigue su lento camino por mi cuerpo. Hace una pausa para chupar el hueso de mi cadera, manchando mi piel con su marca, antes de levantar mi pierna, alternando entre el deslizamiento húmedo de su lengua y el toque de sus labios mientras se desliza hacia arriba.

—Y aquí —susurra, terminando en la unión de mi muslo.

—Y joder. —Es una exhalación entrecortada y entrecortada, que me llega directamente al centro y no puedo respirar—. ¿Aquí, Olivia? Aquí es donde más quiero estar.

Mi cabeza cae hacia atrás, la boca se abre con un gemido mientras él presiona su lengua contra mi centro y un golpe lánguido hasta la parte superior. La punta de su lengua gira alrededor de mi clítoris antes de succionarlo con su boca. Mis dedos surcan sus sedosas ondas mientras él arroja mis piernas sobre sus hombros, entierra su rostro entre mis piernas y hace lo que prometió, jodidamente me devora.

La forma en que me come es nada menos que feroz, una comida cuando no ha comido en días, hebras calientes de su lengua combinadas con besos abrasadores y succionadores mientras lo acerco a mí y aprieto mi pelvis contra su rostro.

—Joder —gimo, un calor ardiente arde en mi cuerpo. Mi espalda se arquea y jadeo cuando él mete dos dedos dentro de mí—. Carter, yo... no puedo.

—Puedes.

Es implacable, un salvaje decidido a no mostrar piedad, su pecho vibra con aprobación mientras me ve subir más alto, y cuando me arroja al borde, me tapo la boca con una mano para sofocar mi grito.

Carter me aparta la mano y me sujeta las muñecas a ambos lados de la cabeza mientras se cierne sobre mí.

—Vuelve a silenciarte con esa mano y las ataré a ambas al poste de la cama. Quiero oírte gritar mi nombre cuando te vengas conmigo dentro de ti. ¿Entiendo?

Se me han escapado las palabras, así que asiento rápidamente.

Carter sonríe y trepa por mi cuerpo. Coloca un dedo debajo de mi barbilla.

—¿Sin respuestas atrevidas, Ol? ¿Te rompí?

Cierro los ojos, respiro profundamente y lo dejo ir. Beso sus labios, luego sigo su mandíbula áspera hasta su oreja.

—Aún no me has roto, pero espero que, si soy una buena chica, lo harás pronto.

Su mirada se oscurece.

—Joder, quiero darte lo que quieras.

Rozo mis labios contra los suyos.

—Destrózame, Carter.

Nuestras bocas chocan en un frenesí, raspando dientes, lenguas deslizándose, toques magullantes. Lo empujo sobre el colchón y me siento a horcajadas sobre sus caderas, porque necesito un minuto para admirar adecuadamente la obra maestra que es su cuerpo. Es ancho y firme, sólido, con músculos fuertes que se ondulan bajo su piel dorada. Recorro con la punta de mi dedo por el camino grabado en su torso, alrededor de su abdomen, girando alrededor de su ombligo antes de seguir el camino de sus suaves rizos castaños que desaparecen debajo de la cintura de sus bóxers.

—Eres tan hermoso —murmuro.

—¿Yo? —Pasa sus palmas sobre mis muslos y agarra mi cintura. Hay algo en su mirada, algo oscuro y al mismo tiempo tan abierto, tan vulnerable, como si quisiera que lo viera pero no sabe cómo mostrármelo. La yema callosa de su pulgar recorre mi labio, su mirada observa el movimiento antes de volver a mirar la mía—. Estás jodidamente inmaculada, Ollie.

Un tamborileo fuerte y rápido en mi pecho hace que todo se apriete y mi garganta se contrae cuando el miedo se apodera de mí una vez más. No sé qué estoy haciendo aquí, por qué me entrego. Si no fuera por el puro deseo de dejarme ir y sentir el peso de su necesidad por mí, mezclado con el alcohol que hemos consumido y que han reducido nuestras inhibiciones, podría hacer una pausa. Necesitamos hablar, pero cuando todo lo que puedo ver es su cuerpo debajo del mío y esa mirada embriagadora en sus ojos, no recuerdo cómo comunicarme.

—Oye —susurra—. ¿Qué ocurre? Si quieres parar, pararemos. Te acurrucaré y podremos ver una película. Estoy bien con eso. —No hay nada en su expresión que insinúe que este mintiendo, aunque el calor de su cuerpo da paso a lo mucho que espera que no le pida que se detenga.

Toma mi mandíbula y, cuando nuestros ojos se conectan, dejo escapar:

—Sólo he tenido relaciones sexuales con dos personas. —Y como no puedo dejar de hablar, agrego—. Solo me acuesto con personas que me importan.

Me siento tan expuesta bajo el peso de su evaluación. No saber lo que está pensando sólo me pone más nerviosa.

—Lamento no poder decir lo mismo —dice finalmente—. Pero puedo decirte honestamente que si solo tuviera relaciones sexuales con personas que me importan, esta noche perdería mi virginidad a la edad de veintisiete años.

Seguramente eso no puede ser correcto. No hay manera de que yo sea la única persona que alguna vez...

—Nunca antes me había sentido así por nadie. Nunca, Ollie. Sólo quiero que consideres... consideres darme una oportunidad. Considérame. Eso es todo lo que quiero, Ol. Una oportunidad contigo. —Un suave beso recorre mis nudillos—. Podemos hablar más sobre esto por la mañana. —Me levanta de él y me abraza, cubriéndonos con las mantas y metiendo su rostro en la curva de mi cuello mientras murmura—: Pan de plátano.

—Carter. —Estoy tan perdida, que no es para nada lo que quiero estar hacer cuando estoy tan excitada—. ¿Qué estás haciendo?

—Acurrucándote. —Está claro y lo está haciendo bien. Estoy sorprendida, estoy bastante segura de que es su primera vez—. Nunca antes me habían acurrucado. —*Aquí vamos*—. Creo que soy jodidamente fantástico en esto. —*Y hola, arrogancia*.

—Lo estás haciendo impresionantemente bien. ¿Pero que estás haciendo? —¿Y por qué su soldado de asalto no está invadiendo mi territorio ahora mismo? A juzgar por la forma en que me presiona el culo, diría que está bastante ansioso por estar dentro de mí, tan ansioso como yo ante la perspectiva de ello.

—¿Parar... detenerme? —Su vacilación me hace reprimir una sonrisa—. ¿No es eso lo que quieres?

—¿Cuándo te pedí que pararas?

—Dijiste... yo... bueno, supongo que tú... no lo hiciste.

Mi mano aterriza en su clavícula, empujándolo hacia atrás mientras me arrastro sobre él. Me aprieto contra él, disfrutando de su gemido gutural y la forma brusca en que me agarra. Retrocedo lo suficiente para mostrarle la mancha húmeda que dejé en sus bóxers grises, justo donde está luchando por liberarse.

—Dijiste que querías escucharme gritar tu nombre cuando me corra. ¿Me vas a obligar o no? Si no estás preparado para el desafío, puedo cuidar de mí misma.

Con un gruñido, Carter me pone boca arriba y me inmoviliza contra el colchón. Su rostro se hunde, sus dientes rozan las columnas de mi garganta.

—Chica habladora —murmura—. Quieres que te destrocen, ¿verdad? Puedo asegurarme de que no salgas de aquí si eso es lo que realmente quieres.

—Inténtalo.

Estoy sobre mis manos y rodillas antes de que pueda comprender cómo llegué allí, y la palma de Carter aterriza rápidamente contra mi trasero, un estallido de dolor y placer corriendo a través de mí, acumulándose entre mis piernas.

—Jesucristo, este coño. —Se baja de la cama y me lleva al borde. Escucho su ropa interior caer al suelo, pero todo lo que siento es el hundimiento de sus dedos mientras salgo disparado hacia adelante con un grito ahogado, arañando las sábanas. Se retira, dejando un rastro de humedad a lo largo de mi cadera cuando me pone boca arriba. Todos los pensamientos coherentes salen rápidamente de mi cerebro al verlo parado allí, completamente desnudo, apretando su polla en su mano.

—Mierda. —No estoy segura de que *destrozado* sea la palabra correcta para lo que Carter me va a hacer. Destruída totalmente, sí. Aniquilar, eso creo. Es tan engreído mientras me mira, esa sonrisa torcida y segura de sí misma pintada en su rostro mientras observa mis ojos crecer. Cuando comienza a acechar hacia mí, sus muslos gruesos y musculosos se flexionan con cada paso, trato de tragarme toda mi maldita lengua.

Me arrastro hacia atrás cuando sus rodillas tocan el colchón y comienza a deslizarse hacia mí, con esa cosa colgando entre sus piernas, arrastrándose por la cama. Aparte del salvaje latido de mi corazón, lo único que puedo escuchar es la lentitud con la que se desliza por la cama, alertándome de mi inminente perdición.

—Yo... —Por el amor de todo Dios, ¿qué diablos estoy tratando de decir? Renuncio a las palabras y en lugar de eso extendiendo los brazos, con las palmas una frente a la otra, antes de hacer una pequeña O con el índice y el pulgar. Mi cabeza se mueve furiosamente y mi encogimiento de hombros es nada menos que inocente y sinceramente preocupada—. No va a encajar.

La risa de Carter es demasiado siniestra para mi gusto, y todavía sigo haciendo el paseo del cangrejo. Mi mano se resbala y empiezo a caer por el borde de la cama, con las piernas en el aire. Me atrapa antes de que pueda hacer algún daño que pueda potencialmente y prematuramente terminar con este viaje al cielo/infierno que tanto anhele, a pesar de que Carter lleva consigo un maldito misil que va a volar mi vagina en pedazos.

Agarrando mis tobillos, me arrastra debajo de él, y un pulso florece en mi bajo vientre mientras me mira fijamente, su polla rozando mi clítoris

hinchado. Me toca la cadera y deja caer la pelvis, un movimiento lento que extrae todo el aire de mis pulmones.

Agarra un puñado de mi cabello, acercando mi rostro al suyo. Su boca cubre la mía, el latigazo caliente de su lengua no hace nada para aliviar la aprensión que trae consigo su próxima promesa.

—Vamos a hacer que encaje.

Me separa las piernas, deslizando la cabeza de su polla a través de mi calor, extendiendo mi humedad. Con una sonrisa torcida, pregunta:

—¿Algunas últimas palabras?

Sacudo la cabeza.

—Bien. Espera.

Su sonrisa se desvanece, sus ojos esmeralda se vuelven vidriosos con una lujuria tan oscura, tan salvaje, que cuando golpea dentro de mí con un solo empujón castigador, todo mi mundo se vuelve negro. Mi boca se abre y él se traga mi grito antes de que pueda escapar.

—Oh, Dios mío —chillo, apartando la boca. Mis uñas se clavan en sus hombros, sosteniéndolo mientras me llena—. Espera, Carter, por favor.

Todavía está dentro de mí, su mano agarra mi garganta mientras su cuerpo tiembla, como si tuviera miedo de que si no se aferra a algo no será capaz de controlarse.

Pero él es tan grande, tan grueso, tan pesado, y cada centímetro de mí se siente tan tenso, estirado más allá de lo imaginable.

Deja caer su frente contra la mía, su pecho palpita y cada respiración sale de sus labios.

—Lo siento.

El dolor disminuye, una plenitud delirante que se extiende como llamas, el calor lame mi piel. Muerdo mi labio, gimiendo mientras me arqueo fuera de la cama, llevándolo un poco más lejos mientras me ajusto a su tamaño. Mis uñas recorren sus brazos, mis ojos se ponen en blanco mientras sus caderas comienzan a moverse, un lento chirrido que hace que cada nudo dentro de mí se suelte, hasta que todo comienza a despegarse.

Desliza una mano debajo de mí, levantándose hacia él. Su mirada ansiosa rebota entre la mía, buscando instrucción, permiso, *control*. Control que estoy dispuesta a dar.

Un gruñido retumba en lo profundo de su pecho mientras me deja caer en el colchón y hace exactamente lo que le pedí, *me folla*.

Su piel golpea la mía mientras se mete dentro de mí, tan profundamente que juro que puedo sentirlo en mi vientre. Su toque es áspero, fuego que quema todo lo que toca, marcándome como suya.

Cada giro de su pelvis envía chispas a través de mi clitoris, cada inmersión de su polla más profunda y dura que la anterior, hasta que me siento ingrávida. No soy más que huesos y el puro placer que me quema de pies a cabeza, encendiéndome en llamas desde adentro hacia afuera.

Los dedos de Carter se enredan en mis rizos, se clavan en mi cadera, manteniéndome en su lugar mientras su cuerpo domina el mío.

—Joder —gruñe, con su rostro contra mi cuello—. Joder, me encanta follarte. —Desliza un beso húmedo por mi boca—. Quiero más, Ollie. Voy a aceptarlo.

No sé qué más puedo darle, pero luego levanta mi pierna y la pone sobre su hombro, se agarra a la cabecera y una sonrisa diabólica y pícaro se apodera de su rostro mientras me golpea con todo lo que tiene.

—Pastilla —gruñe—. Estás...

—Sí.

—Puedo.

—Dios, sí.

Un zumbido gutural y complacido retumba mientras conduce más rápido, y grito su nombre, una y otra vez, deslizando las palmas por su espalda, sintiendo los músculos anudados que se mueven con tanta fluidez. Mis manos encuentran su firme trasero, apretándolo más cerca cuando ya no hay ningún otro lugar a donde ir, hasta que accidentalmente le pido más.

Sus ojos brillan con picardía.

—¿Más fuerte? ¿No hemos cubierto esto? Quiero conservarte, no romperte.

Mi palma golpea su clavícula, empujándolo contra el colchón, y me hundo en su longitud antes de que pueda protestar. Mi cabeza cae hacia atrás con un grito de placer desenfrenado, y Carter silba, levantándose y golpeándose contra su polla, una y otra vez.

Él empuja hacia arriba y toma mi pecho, llevándolo a su boca mientras lo monto, chupando, mordisqueando, y casi arrancándole el cabello de la cabeza. La mirada que me da cuando se retira, rozando mi clitoris, me envía directamente al fondo y me corro sobre su polla.

—Uno más —gruñe, alejándose de él. Me pone boca abajo, tensa mi cabeza y levanta mi culo en el aire antes de volver a empujar dentro de mí—. Me vas a dar uno más.

¿Uno más? No puedo. Mi pecho cae sobre el colchón mientras todos los huesos se vuelven flácidos, pero Carter me levanta de nuevo, su aliento caliente baja por mi cuello y sacude mi columna.

—Terminamos cuando digo que terminamos.

—Carter —gimo.

—Me encanta cuando dices mi nombre. —Su boca húmeda se desliza por mi cuello, sus dientes rozan la cáscara de mi oreja—. Ahora grítalo.

Sus caderas golpean mi trasero mientras se impulsa hacia adelante, una, dos, tres veces más, y cuando llega a ese punto que parece que nunca puedo encontrar, cada terminación nerviosa chisporrotea y explota. Arranco la sábana de la cama y hago lo que me pidió, grito su nombre.

Carter explota dentro de mí, enterrando su grito en mi cuello, apretando mi cuerpo contra el suyo mientras mis rodillas tiemblan y mis brazos fallan, y cuando se retira, me deja sintiéndome tan vacía.

Envuelve un brazo alrededor de mi cintura y me tira hacia su costado mientras se desploma sobre el colchón, y nuestros cuerpos, resbaladizos por el sudor y agitados, se pegan.

Coloco mi palma sobre su pecho, sintiendo el constante latido de su corazón, y Carter cubre mi mano con la suya, el calor se extiende por todo mi vientre, subiendo por mi pecho hasta ese órgano vital que debo mantener a salvo.

—¿Puedo quedarme contigo? —pide.

—Sí. —Mi corazón se detiene ante la simple respuesta pronunciada sin pensar, y solo cuando Carter inclina mi barbilla y captura mi boca con un beso, se reinicia.

Es en este momento que me doy cuenta de lo terriblemente jodida que estoy.

15

NO SOY TU FAN, KARMA

Carter

—Oh, mierda. Mierda. Mierda, mierda, mierda.

Abriendo un ojo, busco a través de la bruma matutina, tratando de captar la voz de pánico de Olivia. No estoy seguro de por qué está tan alterada y solo me molesta un poco que me haya despertado del mejor sueño de mi vida. Molesto porque estaba teniendo el mejor sueño. Olivia debajo de mí, sobre mí, sus labios, sus manos, sus tetas perfectas. Solo ligeramente porque ahora puedo vivir el sueño en la vida real.

Rodando sobre mi espalda, paso ciegamente un brazo sobre el lugar vacío a mi lado. Todavía está caliente y puedo olerla en todas las sábanas como un lote de galletas recién hechas. Quiero comérmela ahora mismo.

—Vuelve a la cama, Ollie. —Mi voz está espesa por el sueño. Aspiro una tonelada de aire en un bostezo interminable y me froto los ojos. Cuando escucho un fuerte estrépito seguido de una serie de maldiciones, logro sentarme.

Olivia está completamente desnuda, tal como a mí me gusta, tirada en el suelo.

Me inclino sobre la cama, sonriendo.

—¿Qué haces ahí abajo, nena? —Mierda, estoy cansado.

Sus labios se abren con lo que parece horror antes de que sus manos vuelen hacia su pecho en un intento de cubrirse. No esperaba la timidez esta mañana, sin alcohol, pero supongo que tiene sentido.

Arrodillado sobre el costado de la cama, apoyo una palma en la fría madera dura y extendiendo un brazo hacia ella, con la esperanza de arrastrarla de regreso aquí para poder follarla hasta volver a dormir. Tenemos todo el día y no tengo entrenamiento, podemos pasar unas horas más.

Juro que anoche tuve una maldita epifanía mientras mi espada del trueno estaba enterrada a veinticinco centímetros de profundidad dentro de

la mujer más increíblemente deslumbrante con la que jamás he luchado. No quería que se fuera nunca y esta mañana sigo sin querer hacerlo. Espero que esté de acuerdo con eso, porque estoy bastante seguro de que acaba de conseguir una sombra.

La sombra soy yo. Estaré pegado a su pierna como un perro cachondo sin castrar durante mucho tiempo. Quizás para siempre. No lo sé. Solo sé que no la dejaré ir.

Pero ella se echa hacia atrás y frunce el ceño.

—No soy tu nena.

Bien, entonces Olivia no es una persona mañanera. Quizás necesite cafeína.

—¿Necesitas un café?

Ups. Pregunta equivocada.

Resisto la tentación de esconderme bajo las sábanas y en lugar de eso le ofrezco una versión áspera de mi deliciosamente encantadora sonrisa que creo que ama/odia. No parece estar teniendo el efecto deseado.

Olivia se pone de pie y me arrebató la manta del cuerpo mientras me subo de nuevo al colchón. Se envuelve con ella como si fuera a una fiesta de togas, podría pasar cien por ciento por una diosa griega.

Hace un sonido gutural, con la mirada fija en...

Mi pene. Que está feliz de verla esta mañana, dándole el viejo saludo de un solo ojo mientras se mueve.

—Buenos días —digo con una sonrisa. Giro mis caderas, haciéndola bailar—. Todo de mí está feliz de ver todo de ti.

Cristo, es difícil de derrotar esta mañana. Ni siquiera una sonrisa adorna esos labios rosados y regordetes, solo una mano sobre sus ojos.

Arqueo una ceja.

—Sabes que anoche conoció bien tu palacio, ¿verdad?

Seguramente está haciendo muchos sonidos hoy. Este es todo gemido, justo antes de que gire sobre sus talones y corra locamente hacia el baño, cerrando la puerta detrás de ella.

Pero no soy tímido y no me gustan mucho los límites, así que me levanto de la cama y cruzo esa puerta.

Paso una mano por mi torso, rascándolo un poco antes de golpear la base de mi polla, mirando a la hermosa chica envuelta en una sábana, su vestido en una mano, su teléfono en la otra y sus enormes ojos marrones fijos en mí, creciendo con cada paso que doy.

—¿Qué carajo estás haciendo? Deberíamos estar en la cama, acurrucados. —*O follando*—. Y esto... —Paso un dedo a lo largo de su clavícula hasta llegar a su puño donde está apretando la sábana contra su cuerpo—. No me importa a dónde vaya esto, mientras *vaya*.

Arranco la sábana, dejando que caiga en nuestros pies, y Jesucristo, ¿podrían sus ojos agrandarse más?

Tomando su trasero, la levanto hacia mí, envolviendo sus piernas alrededor de mis caderas antes de presionarla contra el cristal de la ducha. Reprimo un gemido, dejándolo retumbar en mi pecho, porque ella está empapada, con su calor presionado contra mí.

—Tendrás que cancelar cualquier plan que tengas. —Mi boca se abre en su cuello, subiendo por el con besos lentos y húmedos, y muerdo su barbilla. Tiene un hoyuelo muy pequeño ahí, justo en el centro, y me encanta—. Te retendré todo el maldito día.

La boca de Olivia se abre como si fuera a decir algo, tal vez discutir conmigo como le gusta. Sin embargo, no estoy interesado en las palabras en este momento, así que me las trago antes de que ella tenga la oportunidad de pronunciarlas. Se aferra a mi cuerpo y me rodea el cuello con los brazos mientras sus dedos se arrastran por mi cabello, agarrándolo. Sus caderas giran, y su espalda se arquea, tratando de acercarse.

—Mierda. —Su grito confuso se rompe contra el látigo caliente de mi lengua.

—Perfecto —logro resistir la avalancha de besos—. Cristo, Liv, eres jodidamente perfecta.

Su respiración se atasca en su garganta y, de repente, sus palmas empujan mi pecho, alejándome.

Estoy confundido, pero casi siempre lo estoy cuando se trata de ella, porque no puedo leer su mente.

Espera. Tal vez simplemente estemos...

—¿Vamos a hacerlo duro? —pregunto con una sonrisa maliciosa, merodeando hacia ella. Me gusta. Me meto en todo mientras ella sea parte de eso. Si quiere presionarme, la presionaré de regreso.

Cómo, agradablemente. Pero no demasiado.

—¿Qué? —Sacude la cabeza y cierra los ojos de golpe mientras levanta las palmas de las manos en un intento de mantenerme a raya—. No, Carter. Detente. Por favor.

¿Detenerme? ¿Qué? No, no quiero. Pero lo hago y mi rostro se desmorona.

—¿Por qué? ¿Estás bien? —La miro con un barrido lento. Me caliento en el descenso y termino dándome tres repasadas—. ¿Te lastimé anoche?

Alcanzo su cadera derecha, justo donde hay cuatro moretones redondos que coinciden perfectamente con las yemas de mis dedos. Al girarla, encuentro la huella de mi pulgar en su trasero. También está cubierta de un montón de pequeños chupetones morados. Un gruñido posesivo me atraviesa, amando en secreto todas esas marcas. *Mía*, grita mi cerebro, y mi tercera pierna salta en señal de asentimiento.

Olivia aparta mi mano.

—No, no lo hiciste... —Se detiene, cubriendo su rostro antes de recoger su vestido y pasar a mi lado, poniéndose el vestido por la cabeza—. Tengo que irme.

Renuncia al brasier y elige engancharlo en su muñeca antes de comenzar a buscar por el suelo, supongo que buscando la tanga que le quité anoche. Me olvido de decirle que está en el bolsillo de mis pantalones, que están medio enterrados debajo de la cama.

Rascándome la cabeza y ahuecando mis pelotas, ella está sobre manos y rodillas con su trasero redondo en el aire, le pregunto:

—¿Ir a dónde? ¿Tienes planes? Pensé que te quedarías a desayunar.

Me ignora y abandona la búsqueda de su ropa interior con un gemido y las manos en el aire. Se dirige a la puerta, la abre de golpe y corre por el pasillo, y estoy tan jodidamente perdido.

Me pongo un par de pantalones y la persigo, volando escaleras abajo detrás de ella.

Envolviendo mis dedos alrededor de su codo, la atraigo hacia mí.

—¿Vas a decir algo? —Sus ojos están fijos en mi torso—. ¿O a mirarme? —Dejo escapar un suspiro frustrado y me paso los dedos por el cabello—. Mierda, Ollie, estoy tan confundido en este momento.

—Tengo que irme. —Es todo lo que susurra.

—¿Ir a dónde? —Suena mucho más fuerte de lo que pretendía, porque ahora mismo me estoy poniendo muy nervioso y Olivia se estremece. Tomando aire para estabilizarme, coloco mis manos sobre sus hombros y froto sus brazos—. Lo lamento. Estoy un poco perdido. Dijiste que íbamos a hablar de nosotros y...

Se libra de mi toque.

—Tú dijiste eso, no yo.

Parpadeo hacia ella. Todavía sin mirarme.

—Tú... tú... tú... —Cristo, ¿esto realmente está sucediendo ahora mismo? ¿Estoy tartamudeando?—. ¡Estuviste de acuerdo! ¡Dijiste que hablaríamos después del desayuno!

—Ambos bebimos demasiado. —Su excusa es débil y elo sabe—. No creo que supiéramos lo que estábamos haciendo.

Mierda.

—Mírame si vas a mentirme, Olivia.

Levanta sus ojos hacia los míos y no me gusta lo que veo. Tienen el borde rojo y su labio inferior tiembla. ¿Qué diablos está pasando? Esto es tan jodidamente simple. No hay razón para llorar porque jodidamente estoy aquí, deseándola, como lo he hecho desde el primer momento que la vi.

No dice nada, pero el rápido subir y bajar de su pecho me hace saber que esta situación la está afectando. Entonces, ¿por qué diablos nos mete a los dos en esto cuando es obvio que ninguno de los dos quiere estar? No soy estúpido. Esta mierda que siento no es unilateral.

—¿Entonces eso es todo? ¿Solo otra aventura de una noche? Gracias por el sexo y ¿nunca nos vemos?

—Es lo que quieres —intenta decirme, apretando su teléfono contra su pecho.

—No sabes nada de lo que yo quiero. Si lo hicieras, no me estaría dando la espalda y saliendo de aquí ahora mismo, alegando que esto es solo sexo que significa una mierda para mí o para ti. Eso es una mierda. Tú lo sabes y yo lo sé. —No tengo miedo de discutir con ella. Lo haré todo el maldito día si creo que está equivocada, y ahora mismo lo está.

Se agacha a mi alrededor, dirigiéndose a la cocina y se pone los tacones que dejó allí.

—Me tengo que ir, Carter.

—No, no tienes. Te niegas a comunicarte. Aquí estoy yo queriendo hablar de qué diablos está pasando entre nosotros, y ahí estás tú, intentando huir.

—No hay nada...

—¡No digas que no pasa nada entre nosotros! —Estoy gritando de nuevo y lo odio. Me pongo nervioso fácilmente y estoy realmente nervioso en este momento. Soy ruidoso y exigente y me gusta tener el control, y ahora mismo, lo único que estoy haciendo es perder toda apariencia de control. Esta chica me posee, por alguna maldita razón, y me niego a permitir que tome la decisión equivocada por los dos.

Así que camino hacia ella, apoyándola contra la pared. Sus ojos color whisky se abren de par en par, y ese labio inferior ahora tiembla por completo. Agarro sus bíceps, deseando que me mire mientras controlo mi respiración.

—Para. Deja de fingir que no estás muy asustada en este momento, como si eso no hubiera sido lo único que te detuviera durante todo este

tiempo. Y, por cierto, ese no es mi ego el que habla. Es mi cerebro, porque puedo ver lo que está justo frente a mí, y esa eres tú, hermosa, sarcástica, inteligente, fuerte, sensible y jodidamente *asustada* de lo que sientes por alguien que nunca quisiste o por quien nunca quisiste tener sentimientos.

Su teléfono se desliza de sus manos temblorosas y cae ruidosamente al suelo y lo recojo antes de que ella pueda. Mi rostro llena la pantalla, excepto que no soy solo yo. Una y otra vez, foto tras foto mía con el brazo alrededor de una mujer diferente, dirigiéndome a mi departamento, a hoteles.

No estoy seguro si esa es la peor parte. Podría ser el titular, el que tiene la fecha de hoy debajo.

“Año nuevo, el mismo Carter: las doce conquistas más candentes de Carter Beckett y lo que podemos esperar de él este año”.

Miro a Olivia. El peso de la confusión que lleva, la simpatía, el miedo, todo es pesado, bajando por las comisuras de su boca, guiando su mirada baja.

—Este no soy yo. —Le levanto la barbilla y busco su mirada—. No tengo por qué ser yo.

Su voz se quiebra cuando finalmente habla.

—¿Cómo puedes prometer eso? Apenas nos conocemos. Anoche admitiste que no sabías si lo que querías era una relación. ¡Dios, Carter, mira eso! —Señala su teléfono en mi mano—. No puedo competir con eso, ni siquiera en mi cabeza, que es donde es más importante. Puedes pensar que soy fuerte, pero no tengo reparos en admitir que soy demasiado insegura para fingir que la cantidad de mujeres hermosas con las que has estado no me aterroriza en absoluto, que no estaría esperando constantemente que te aburras de mí. —Se presiona la frente con las yemas de los dedos como si le doliera la cabeza—. Tienes un departamento para tener sexo.

Técnicamente no es por qué lo tengo, sino más bien por qué nunca me he deshecho de él, pero no estoy seguro de que hacer esa distinción ahora ayude en mi caso.

—Ninguna de esas mujeres significa nada para mí, Olivia.

—Anoche me envolví tanto en ti, perdí tanto control, que no pensamos en usar condón. Eso fue muy imprudente.

Me froto el cuello.

—No traigo chicas aquí, Olivia. Nunca. No estaba mintiendo. —Tal vez sea una mala excusa, pero no tengo ni un solo condón escondido en casa. En el departamento, por supuesto, cajones llenos. Tengo uno en mi cartera,

pero estaba guardado aquí abajo en la mesa de la entrada, y en el calor del momento... ¿No estás tomando la píldora? —Mierda. ¿No le pregunté esto?

—Estoy tomando la píldora, pero... —Se detiene cuando su mirada se posa en el bulto entre mis piernas.

—Estoy limpio —susurro. Si parezco derrotado, es porque jodidamente lo estoy. Ella nunca superará mi pasado—. Esta es la primera vez que... —La primera vez que entré desnudo, pero no termino ese pensamiento en voz alta—. Me hago pruebas. —Mi garganta está apretada y seca—. No quiero que te vayas. Me gustas y dijiste que yo también te gusto.

—Sí me gustas. Me gusta lo que me has mostrado, lo que he aprendido, pero hay otras cosas que he visto... —Cierra los ojos con fuerza y sacude la cabeza—. Me gustaría poder pasar por alto todo lo demás y lanzarme de lleno. Pero no sé cómo, Carter, porque cuando miro hacia abajo, no hay una sola parte de mí que pueda ver el suelo. No quiero desorden y miedo. Quiero firmeza y seguridad.

Firme y seguro, lo tengo. Puedo ser firme y seguro. Puedo averiguarlo.

—Escucha, sé que no soy material de novio, pero puedo intentarlo. Realmente puedo. Seré bueno. Yo... yo...

Coloca su mano sobre mi pecho, deteniéndome.

—No quiero que cambies por mí, Carter. Esto, nosotros... fue un error.

Ouch. Doy un paso atrás y me froto el pecho con la palma de la mano, tratando de aliviar el dolor agudo que lo atraviesa. La mirada de Olivia se suaviza mientras me mira.

—No estoy tratando de lastimarte.

—Seguro que no se siente así —respondo, porque todo duele.

—Lo siento. De verdad.

—No tienes que disculparte. Solo tienes que confiar en mí.

Sus ojos se cierran y sus hombros se desploman.

—Ojalá pudiera, pero no sé cómo hacerlo. —Extiende su mano, toma la mía y la aprieta contra su pecho—. No somos el uno para el otro.

—¿Como sabes eso? Todo me ha parecido bien desde que te conocí. No ha sido fácil, pero se siente bien.

Habría sido ingenuo por mi parte pensar que sería fácil, que podríamos entablar algún tipo de... relación. Pero después de lo de anoche, pensé que me daría una oportunidad. Pensé que al menos lo consideraría. Considérame. Lo estoy intentando aquí. He decidido lo que quiero. ¿No se supone que será fácil de aquí en adelante?

Entiendo la vacilación, el miedo. ¿Cómo no podría? Los medios no están tirando humo, mi reputación es exactamente como la han pintado. Se le permite estar aterrorizada. Yo estoy aterrorizado. Estoy en aguas desconocidas aquí. Tengo miedo de lastimarla. Tengo miedo, no sé cómo ser pareja. Tengo miedo de que esto pueda... funcionar. Tengo miedo de que ella pueda ser mi para siempre. Cristo, eso es petrificante.

Pero ahora mismo lo que más me aterroriza es que salga por esa puerta y no vuelva nunca más.

—No lo sé —admite—. No sé nada excepto que tengo demasiado miedo de encontrarme con algo que parece un desamor esperando a suceder. Es como toparse con un edificio en llamas, Carter. Somos demasiado diferentes y la única manera de que esto termine es en llamas.

—A veces lo diferente es bueno —argumento en voz baja—. Me gusta lo diferente.

La comisura de su boca se levanta con una sonrisa triste y lo sé. Ella se va, incluso si hay una parte suya que le ruega que se quede, incluso si todo yo también le ruega.

—No deberíamos haber tenido relaciones sexuales —susurro. Anoche me dijo que no podía confiar en mí lo suficiente como para seguir adelante y, sin embargo, cuando todo desapareció durante unas horas, todas las inseguridades, la aprensión y la parte esperanzada de mi cerebro pensaron que esas cosas podrían desaparecer para siempre. Pero los temores no desaparecen de la noche a la mañana. Incluso yo lo sé.

—No —está de acuerdo, apretando mi mano—. No deberíamos haberlo hecho. Y lo siento, porque fui yo quien lo inició. Tomé algo que quería, pero me dije a mí misma que no podía tenerlo. Tú nunca me habrías obligado a hacerlo.

Y entonces no estaríamos aquí, con ella abandonándome como si tuviera la intención de poner demasiado espacio entre nosotros, demasiada distancia que no quiero en absoluto. Si le doy espacio, ¿vendrá? ¿Me dará una oportunidad?

—¿Es para siempre? —le pregunto mientras desliza sus brazos dentro de su abrigo—. ¿Un adiós?

Levanta la cabeza, sus ojos llorosos buscan los míos mientras el silencio flota pesadamente en el espacio entre nosotros. Todo lo que puedo oír es el rápido *thump-thump* de mi corazón enojado y magullado, y el movimiento de los pies de Olivia. Ella no quiere que sea para siempre, igual que yo, pero puedo decir por la mirada en sus ojos que así es como ella cree que debe ser, así que antes de que pueda responder, me adelanto.

—Que te vayas ahora no cambia lo que siento por ti, y tampoco cambiará tus sentimientos por mí. Sé que esperas que desaparezcan para

no tener que lidiar con la forma en que he estado viviendo mi vida, pero no lo harán. Huir de las cosas que temes no te llevará muy lejos.

Regreso a la cocina y abro el cajón que cerré de golpe cuando Adam tomó a Olivia en sus brazos anoche. Saco el pequeño paquete envuelto en papel marrón con estrellitas blancas, con el lazo atado alrededor con un pequeño cascabel. Intenté envolverlo yo mismo cinco veces antes de que finalmente consiguiera la ayuda de mi hermana.

Me encuentro con Olivia en la puerta y se me forma un nudo en el fondo de la garganta mientras me permito absorberla por última vez. Incluso cuando me deja, sigue siendo hermosa.

—¿Necesitas que te lleve? —pregunto.

—Gracias, pero pedí un Uber.

Asiento mientras ella abre la puerta y sale al porche.

—¿Ollie?

Todo en la forma en que se comporta me dice que se necesita todo lo que hay en ella para no desmoronarse en este momento.

—Para que quede claro, tú eres quien se marcha ahora mismo. Esto no es lo que quiero.

Pongo el pequeño regalo en sus sorprendidas manos.

—Feliz navidad y próspero año nuevo.

16

ALIMENTANDO MIS MIEDOS

Olivia

Hoy es uno de esos días en los que realmente no tengo ni idea de lo que estoy haciendo con mi vida. Se siente como si todo estuviera suspendida en este delicado equilibrio, balanceándome hacia adelante y hacia atrás con mi propia indecisión, con mis deseos inclinando la balanza de un lado y mis miedos del otro. Ambos son pesados y no siento que pueda manejarlos. En cambio, se siente como si todo estuviera listo para tambalearse y estrellarse antes de arder inevitablemente en llamas.

Excepto que creo que es posible que las cosas ya se hayan incendiado.

Puedo seguir culpando al alcohol por las decisiones que tomé, pero la verdad es simple: me sentí débil. Exploré a un hombre que poco a poco había ido conociendo, miré detrás de su cortina y me rendí conscientemente. Me rendí a la atracción magnética, al deseo puro y a la conexión genuina, y dejé que mi cuerpo y mi corazón me guiaran.

No es que todos los miedos simplemente desaparecieran en esos momentos. No lo hicieron, nunca estaban lejos. Simplemente decidí que valía la pena, que él lo valía, cerré los ojos y salté. Mientras me dormía con su cuerpo abrazado al mío, manteniéndome caliente, me dije que debía respirar, que lo resolveríamos juntos por la mañana.

Y, sin embargo, cuando el cálido sol tocó mi piel y me despertó, mi corazón latía con aprensión ante la mano extendida sobre mi vientre y el rostro metido en mi cuello. Mi pecho se apretó y mi vientre cayó, pero cerré los ojos y deseé alejar el miedo, el que me decía que corriera.

Me escapé de sus brazos y jugué con mi teléfono mientras esperaba que despertara, y lo primero que me recibió cuando abrí Instagram fue su rostro sonriente mientras conducía a una morena de piernas largas a través de las puertas de un edificio, con la mano en su trasero. Cometí el error de encontrar el artículo, donde alineaban las doce mejores aventuras del año

151

de Carter, calificándolas a base de cosas tan triviales como atributos faciales, físico, moda y trabajos.

El miedo me susurró que yo nunca sería capaz de encajar.

El miedo me recordó que tenía una casa separada para sus aventuras de una noche.

El miedo me gritó que yo no sería suficiente para mantener interesado a un hombre como Carter.

El miedo me dijo que corriera, que me fuera antes de que pudiera lastimarme.

El miedo es algo divertido y voluble. Está ahí para protegerte, para evitar que te lastimes, un letrero neón deslumbrante que te advierte que no te acerques demasiado y te dice que retrocedas antes de que sea demasiado tarde. Pero te mantiene estancada, agobiada en un lugar, como pies atrapados en el barro. ¿Y la mayoría de las veces? Te lastimas de todos modos. A veces, como hoy, también lastimas a la persona que te importa en el proceso.

El caso es que puedo tener miedo. Se me permite dudar y estoy segura de que se me permite decir “No, esto no es para mí” o “No, no estoy lista”. Pero Carter se quedó allí, rogándome que me quedara, que me comunicara, que le diera una maldita oportunidad, que le demostrara que podía ser diferente. Y en lugar de sentarme con mi miedo, hablar a través de él, le di alas, me até a él y lo vi volar conmigo. Dejé que me controlara y lo odio.

Pero ahora mismo no sé cómo no hacerlo.

No sé cómo arriesgar mi corazón por un hombre que nunca ha estado interesado en una relación. No sé cómo abrirme tan completamente a alguien que, al final, tal vez no me pueda corresponder y mantener mi corazón a salvo.

Simplemente... no lo sé. Esa es la realidad de la vida a veces.

Me limpio una lágrima de la mejilla tan pronto como cae, porque a pesar de toda la indecisión, todavía la siento injustificada. Pero cada vez que leo la nota en mis manos, mis ojos vuelven a picar. Ha sucedido a menudo, porque todavía no he dejado el pequeño trozo de papel, el olor a madera de cedro y cítricos se pega a él, un aroma que no estoy dispuesta a perder.

Entonces leo la nota por séptima vez.

Olivia,

Feliz navidad y próspero año nuevo.

Sé que este año será el mejor hasta ahora, porque te conocí.

Carter ♥

¿Lo mejor? El pequeño corazón garabateado junto a su nombre.

El nudo en mi garganta baja hasta mi pecho, haciendo que todo esté tenso e incómodo. Coloco mi palma sobre el dolor, deseando que desaparezca, pero no es así.

Me rindo y admiro la cadena de oro rosa que tengo en la mano, dejándola deslizarse entre mis dedos como agua. No es un collar, sino una cadena para mi tarjeta de identificación escolar. La delicada cadena se divide cada pocos centímetros con pequeños aros con incrustaciones de diamantes y un silbato de oro rosa a juego que cuelga de un clip.

Mi pulgar frota metódicamente las palabras grabadas en el colgante circular que conecta la cadena con el clip. *Señorita Parker*, dice en un lado. Le doy la vuelta en la palma de la mano y sonrío a través de mi visión que rápidamente se vuelve borrosa ante las palabras en el reverso: *La profesora más sexy del mundo*.

¿Pero mi parte favorita? El pequeño colgante de patín de hockey que cuelga junto al silbato. Este regalo es considerado y práctico, hermoso, y yo me fui, dejándolo para que comenzara un nuevo año solo, cuando todo lo que él me pidió que hiciera fue quedarme, confiar en él.

No es cuestión de confiar en sus intenciones. Puede que no lo conozca por completo, pero lo conozco lo suficiente como para entender que no miente. Si lo hiciera, probablemente sería mejor hablando con mujeres, o más específicamente, conmigo. De hecho, si mintió, hay muchas posibilidades de que me hubiera encontrado en su cama la primera noche que nos conocimos.

Cuando me dice que lo intentará, le creo. Es que no sé si puedo confiar en que él podrá hacerlo, en que realmente haya pensado en esto, en que algo haya cambiado absolutamente para él en las últimas doce horas y que de repente lo haya preparado para una relación.

Es que no quiero ser una chica cuyo rostro aparece en los tabloides, en todas las redes sociales, etiquetada y juzgada cuando él cambie de opinión. Ya es bastante difícil afrontar la angustia en privado, no tengo ningún deseo de que me obliguen a hacerlo públicamente.

Ya es un milagro que de alguna manera haya evitado que mi hermano Jeremy descubriera que Carter y yo hemos estado pasando tiempo juntos. Me pillaron recostada en su regazo en una recaudación de fondos, fotografiada bailando en un bar oscuro, mi rostro en la maldita jumbotron en el partido de hockey con quince mil fanáticos, y de alguna manera las únicas personas que se dieron cuenta fueron algunos de mis estudiantes, los que rápidamente me creyeron cuando dije que era amigo mío. Jeremy no se tragaría esa mierda ni por un segundo.

Mi teléfono se enciende en mi cama, al lado de mi rodilla, y trago saliva cuando aparece el rostro de Cara. Ella querrá detalles, unos que no estoy dispuesta a compartir. Eso significa admitir cuán profundo ya he caído, cómo actué por miedo y que no estoy segura de poder corregirlo porque no estoy segura de ser lo suficientemente valiente para intentarlo.

Cara nunca tiene miedo de nada. Ella sabe lo que quiere y va tras ello sin pensarlo dos veces. Ojalá fuera tan segura de mí misma.

Me aclaro la garganta y me llevo el teléfono a la oreja.

—Hola.

—¡Hola, hola, hola, cariño! —*Demasiado alegre para esta mañana en particular*—. ¿Sigues en casa de Carter? Iremos a verlos. Ponte algo de ropa. —Antes de que pueda decir una palabra, se ríe y continúa—. Y no intentes decirme que no te ensuciaste con él. Tus malas intenciones estaban escritas en todo tu rostro mientras saltabas en su cama, diciendo que “solo ibas a dormir”. —Juro que puedo ver las comillas que ella pone alrededor de esas últimas palabras.

La risa que fuerzo es vergonzosa. A pesar de la insistencia de mi padre en que soy muy dramática y que sería una buena actriz, sería una mierda. Tengo grandes sentimientos, lo que hace que sea difícil digerirlos.

—Estoy en casa, Care.

La línea permanece en silencio durante tanto tiempo que reviso mi pantalla para asegurarme de que la llamada aún está conectada. Lo está. El sonido ahogado de ella dirigiendo a Emmett a mi casa en lugar de a la de Carter viene antes de sus crueles palabras.

—¿Qué hizo? Su culo es puta hierba y yo soy el cortacésped, Liv, lo mataré. Lo juro por todo lo santo, lo haré. Iré a la cárcel por ti.

Su naturaleza feroz y protectora es lo que la convierte en una buena amiga y persona para tener de tu lado. El problema es que no estoy segura de que ella deba estar en el mío ahora mismo. Nunca se iría, porque siempre ha sido mi hombro y yo el suyo, pero tampoco me seguirá la corriente y me dirá que tenía razón si piensa que estoy equivocada.

—Carter no hizo nada.

—Si estás tratando de protegerlo de mi ira...

—Aprecio tu ferocidad, Cara, pero te prometo que Carter no hizo nada malo.

Otro momento de silencio, seguido de palabras amables. Cara puede pasar de luchadora y aterradora a tierna y cariñosa con solo presionar un interruptor cuando sus instintos de mamá grande entran en acción.

—¿Entonces por qué estás triste? Puedo oírlo en tu voz y estoy bastante segura de que Carter tenía planes de retenerte todo el día. Em y yo escuchamos algo sobre una cena de pavo.

Una risa genuina burbujea en mi garganta, aunque sea pequeña. Limpio una gota de humedad con la palma de la mano.

—Prometió pavo. Y películas, acurrucarse y hablar.

—Pero no estás con él.

—No.

—Está bien tener miedo, Ollie —me asegura en voz baja, leyéndome como siempre lo hace—. Todos nos sentimos así a veces. Lo superaremos, ¿de acuerdo? Cualquiera que sea el aspecto que tenga.

Mi corazón se hincha un poco en mi pecho.

—Gracias, Care. —Me aclaro la garganta y agito una mano desdenosamente—. De todos modos. Ya basta de mí y de mis problemas auto infligidos. ¿Qué pasa? ¿Por qué vienes?

La forma instantánea en que se anima es obvia: una energía palpable que se filtra a través del teléfono.

—Supongo que tendrás que abrir la puerta de tu casa y descubrirlo.

La línea se corta al mismo tiempo que suena un golpe en mi puerta.

De acuerdo, no toca en absoluto. Estoy bastante segura de que hay un cuerpo entero siendo golpeado contra la puerta.

Salgo de la cama, me pongo una sudadera y me subo los pantalones deportivos antes de dirigirme por el pasillo.

En el momento en que abro la puerta, un cuerpo choca con el mío. Largas extremidades me rodean y me llevan directamente al suelo, y casi me ahogo en los mechones rubios de Cara.

Ella se retira, la expresión que tiene es nada menos que aterradora, pero de una manera feliz, del tipo que me hace saber que ha estado gritando y saltando toda la maldita mañana.

Me muestra su mano, con un diamante odiosamente enorme y absolutamente impresionante presionado contra la punta de mi nariz.

—¡Hola, dama de honor!

17

OREOS, ALMAS GEMELAS Y CAGADAS

Carter

Soy un actor de mierda. Estos últimos días no han hecho más que demostrarlo. No tengo ni idea de cómo deshacerme de lo que siento, la confusión, la puta angustia. Me siento como un cachorro perdido y sé que también lo parezco.

Sobre todo porque Garrett sigue tocándome la mejilla y diciéndolo cada vez que me atrapa frunciendo el ceño. Es cierto que eso es bastante frecuente hoy en día. Ayer me llamó saco de pelotas. Adam le dice que sea amable conmigo, pero yo casi no le hago caso. No sé cómo hablarles sobre cómo me siento. Creo que todos esperaban que solo siguiera adelante. Para ser honesto, yo esperaba seguir adelante también.

Cuando se trata de relaciones, no puedo pensar en nada peor que sentirme tan solo, y eso es lo que siento ahora que Olivia está tratando de excluirme.

Pero no necesito ser un experto para saber que las relaciones son difíciles. Todo lo que tengo que hacer es mirar a mis compañeros de equipo en este bar. Chicos que no están dispuestos a conformarse y renunciar a su libertad. Aquellos que no pueden encontrar una pareja que trabaje por ellos y no por su dinero. De los pocos que están casados o tienen relaciones serias, solo una pareja es fiel. A veces parece que hay más ejemplos de mierda que buenos.

Una semilla de envidia se arraiga en mi estómago mientras veo a Emmett sonreírle a su teléfono. Hay una parte de mí que piensa que podría querer lo que él tiene, que toda mi vida fuera del hielo esté envuelta en una chica que me haga feliz, alguien con quien pueda ser yo mismo.

156

Pero entonces veo a Adam mientras revisa su teléfono por enésima vez esta noche, frunciendo el ceño ante la falta de mensajes de su novia. La misma novia que no ha ido a ningún partido en casa desde hace más de un mes, que se quedó sola para recibir el año nuevo porque no tenía ganas de venir. Adam tenía lo que Emmett tiene, y ahora se siente como si simplemente... no lo tuviera.

Le doy un codazo cuando guarda su teléfono.

—¿Todo bien entre tú y Court?

—¿Mmm? —suspira y se pasa una mano por el cabello—. Honestamente, hombre, no tengo ni idea. Ella es tan distante. Nunca quiere hacer nada y apenas contesta mis mensajes cuando estoy fuera. ¿Recuerdas que dijo que no estaba de humor para tu fiesta? Cuando llegué a casa, estaba borracha, desvestiéndose de donde demonios había estado.

Mierda.

—¿Hablaste con ella sobre eso?

—Lo intenté. Dijo que estaba haciendo un escándalo por nada y durmió en la habitación de invitados. A la mañana siguiente, se negó a hablar de ello.

No sé qué decir. No tengo experiencia con relaciones adultas, eso está claro. Básicamente he estado follando durante mis veintes sin ninguna otra preocupación en el mundo, aparte de asegurarme de tener un condón asegurado a mi polla antes de meterla en algún lugar caliente y húmedo. No tengo nada de valor que agregar a esta conversación. Probablemente sea mejor que mantenga la boca cerrada porque si digo algo, probablemente *la deje*.

Entonces, en lugar de eso, le digo que lo siento.

Por eso no tengo relaciones. Son complicadas y confusas y parece que la gente pasa el noventa y nueve por ciento del tiempo sintiéndose miserable, celosa, enojada o preocupada.

Excepto mis padres. Hay una razón por la que lo único con lo que me conformaré es con algo como lo que tenían ellos.

Porque era puro. No era feo, estancado por un resentimiento o una toxicidad interminables. Mamá solía decirnos que esas partes suaves llegan con el tiempo, que nada es perfecto al principio, y que aunque luego parezcan perfectas, no lo son. ¿Pero para mí, para cualquier extraño que mire hacia adentro? Seguro que se veía perfecto.

Vi a mi papá hacer girar a mi mamá en la cocina todos los días de mi vida hasta que me mudé. Escuché sus historias, sus risas. Se amaban mucho y era palpable. Siempre podía sentirlo tanto como podía verlo.

Pero mi mamá ha estado viviendo con el corazón roto durante los últimos siete años, solo que no creo que *vivir* sea la palabra correcta. Más bien es como sobrevivir. Ha estado sobreviviendo, y apenas.

Y eso es aterrador. No me imagino amar tanto a alguien, perder a tu otra mitad y no saber cómo seguir adelante. No me interesa sentir ese nivel de dolor. Apenas puedo soportar mantener a mi mamá a flote algunos días.

Ahora aquí está Adam, uno de mis mejores amigos y el chico más amable que conozco y con el mayor corazón, y parece que ya está pasando por eso, a pesar de que todavía está con su novia.

Entonces tal vez que Olivia me abandonara fue lo mejor. Los sentimientos ya están ahí, más fuertes de lo que pensaba. Lo último que necesito hacer es enamorarme o lo que sea que hagas en las relaciones, solo para terminar inevitablemente como Adam, o peor aún, como mi mamá.

No quiero que me fracturen, quiero estar completo. Y tal vez sea mejor estar completo por uno mismo.

El pensamiento se instala incómodamente en mi estómago, como si mi cuerpo estuviera luchando contra él, diciéndome que aguante, pero mi cerebro no sabe que podemos. Para cuando los chicos y yo regresamos a nuestra suite para jugar *COD* y prepararnos para pasar la noche, no sé si estoy más cerca de olvidar a Olivia o si de alguna manera he logrado enamorarme más de ella, una mujer a la que no he visto ni con quien he hablado en días.

—Te gustan mucho esas galletas Oreo últimamente, ¿eh, amigo? — Los ojos de Adam brillan cuando me ve abrir un paquete y meterme dos en la boca mientras me pongo unos pantalones deportivos al mismo tiempo.

Pateamos culos en Calgary esta noche, no gracias a mí. Acumulé seis minutos de penalización, mi entrenador me reprendió por ser un líder de mierda, y ahora que he tomado una cerveza y un plato de nachos para mí solo, planeo llenarme la boca de azúcar y desplomarme en el sofá.

—No puedo parar y no pararé —murmuro alrededor de mis galletas. Hoy son cubiertas de caramelo. Me gusta cambiarlas y todos los sabores son buenos. Excepto pastel de zanahoria. Me encanta el pastel de zanahoria, pero ¿en mi galleta? No, malditas gracias.

—Se está comiendo sus sentimientos. —Garrett me da palmaditas en el vientre—. ¿No es así, grandullón?

Lo golpeo con un golpe de judo cuando mete la mano en mi paquete, y luego me giro cuando intenta lanzarse hacia mí, agarrando mis galletas con sus manos.

—Vete a la mierda. —Pateo mi pierna, golpeando su estómago, manteniéndolo a raya.

—Comparte. —Se queja—. Quiero un poco.

—No entiendes una mierda. Dijiste que me estaba comiendo mis sentimientos.

Se encoge de hombros.

—Bueno, lo haces. Estás deprimido y hoy has comido casi todo el paquete. Así que dame una antes de que se acaben.

Poniendo los ojos en blanco, lanzo una galleta al aire y observo cómo Garrett la atrapa con entusiasmo en su boca como un perro con un hueso. Emmett se ríe, se deja caer en el sofá y saca su teléfono.

Las cosas han sido un poco raras con él. Dijo que Olivia y yo no deberíamos haber tenido relaciones sexuales, y lo sé, pero a veces, en retrospectiva, las cosas son claras. Aparte de eso, ha estado más reservado. Este es el tipo que estuvo conmigo por el centro de Vancouver después de nuestro debut en la NHL y un montón de alcohol. No es reservado.

—¡Emmy! —Mi cabeza da vueltas ante la voz de Cara filtrándose desde el teléfono de Emmett. Él la tiene en una llamada de FaceTime y ella está envuelta en una manta como la Madre Teresa—. Te extraño —murmura—. Muéstrame tu po...

—Estoy con los chicos —la interrumpe Emmett rápidamente—. Por favor, no termines esa frase.

Cara hace pucheros y luego se enciende rápidamente cuando me ve por encima de su hombro.

—Apestaste esta noche, amigo. Mantente jodidamente alejado del área de penalización.

Le enseño el dedo medio y como otra Oreo.

—¿Qué estás haciendo, cariño? —Emmett desliza una mano por su camisa, frotando su torso. Creo que es un movimiento estratégico, porque le sonrío a Cara y mueve las cejas.

Comienza a trazar la forma de sus labios con el dedo índice y hay un sólido latido de silencio antes de salir de él, sacudiendo la cabeza.

—Livvie y yo tendremos una pijamada y nos emborracharemos con vino.

Mi corazón se detiene ante su nombre, al igual que mi mano, en camino a mi boca, con mi lengua esperando, babeando, lista para ese glaseado y, con suerte, una vista de Olivia. En lugar de eso, obtengo una imagen de la mesa de café, llena de botellas de vino, recipientes vacíos para llevar y comida chatarra.

Una sonrisa maliciosa sube por el rostro de Cara antes de que la cámara aterrice en una chica de cabello oscuro conmocionada.

—¡Di hola, Ol!

Olivia tiene el cabello recogido en lo alto de la cabeza en un moño más desordenado que el que siempre usa mi hermana, el que le digo parece como si un pájaro hubiera hecho un nido en su cabeza. Lleva la sudadera más andrajosa que he visto en mi vida, cubierta de manchas de pintura y agujeros, y sigue siendo jodidamente hermosa.

Sus ojos muy abiertos se fijan en los míos, con las mejillas ardiendo, la mano colgando en el aire, agarrando una...

Una maldita Oreó.

La mujer es mi maldita alma gemela.

El silencio es ensordecedor. Nadie dice una maldita cosa, mirando para ver cómo se desarrolla esto.

Garrett abre una bolsa de Doritos en cámara lenta, su mirada rebota entre la pantalla del teléfono y yo mientras se lleva un chip a la boca al ritmo literal de un caracol. Los crujidos prolongados me hacen considerar todo tipo de violencia, y el cuerpo de Adam se sacude mientras intenta contener la risa. Emmett hace un sonido entre tos y resoplido, su cuerpo tiembla hasta que finalmente no puede contenerlo más.

Emmett y Adam se doblan entre risas y Olivia se sube el cuello de la sudadera hasta la nariz, bajando la mirada y su galleta. La veo alejarse de la pantalla y mi corazón se hunde con cada centímetro que se aleja de mí, aunque de todos modos no está realmente aquí.

—Tengo que ir al baño —miento en voz baja. Observo los pantalones de chándal sueltos que cuelgan de sus caderas, observándola subirlos mientras se pone de pie, mostrándome un toque de esa piel cremosa que tanto amo antes de que se escabulla, dejándome preguntándome cuándo la veré la próxima vez.

La cámara vuelve a mirar a Cara y ella hace una mueca, con los ojos muy abiertos.

—Hombre, ella me matará por eso más tarde.

Garrett se mete un puñado de doritos en la boca y se encoge de hombros.

—Bueno, dijiste que querías verla.

¿Verla? Ella ni siquiera puede mirarme. Esto no se parece en nada a la reunión que tenía en mente.

Todo sobre esto apesta.



Estoy pisando el hielo con mis patines antes de que el timbre termine de sonar, tirando los guantes en el momento en que entro al vestidor.

—¡Mierda! —Me quito el casco y me dirijo al fregadero, donde dejo que el agua corra hasta el punto de estar helada antes de salpicar mi rostro sudoroso. Mi piel se siente como si chisporroteara, y cada pizca de tensión que llevo se hace nudos en mi espalda, en mi pecho.

—¡Beckett!

Mi cabeza cae ante mi nombre, y la persona que lo ladra. Mi agarre en el fregadero se aprieta hasta que mis nudillos se ponen blancos, aunque sabía que esto iba a suceder.

—Aquí. ¡Ahora!

Sigo a mi entrenador a través del vestidor, más allá de la mirada aprensiva de mis compañeros de equipo, hasta que doblamos la esquina, lo que nos da una falsa sensación de aislamiento. Quizás no puedan vernos, pero sé por experiencia que podrán escuchar cada palabra de esta paliza verbal.

—¿Qué diablos te pasó? —Los ojos del entrenador arden de ira, su rostro está rojo y retorcido—. ¡Solo llevamos veinte minutos y tú has vuelto a pasar cinco de esos minutos en la maldita área de penalti!

Sé que no debo agachar la cabeza avergonzado, no me llevará a ninguna parte con el entrenador. Reconocer mis errores y comprometerme a no repetirlos, eso es lo que debo hacer.

—No volverá a suceder, señor.

—Díselo a tu maldito equipo. Eres su capitán y los estás decepcionando. ¡Estamos perdiendo un gol por la mierda que hiciste ahí!

Su molestia está justificada. Mi cabeza está metida en mi culo esta noche. Estoy distraído, incluso más que la semana pasada. Ver a Olivia en la videollamada hace dos noches, cómo no pudo alejarse de mí más rápido, me jodió más de lo que quisiera admitir.

He estado haciendo un esfuerzo consciente para rechazar a todas las mujeres en los bares después del partido. Me he esforzado mucho, he sido tan bueno, con la esperanza de que ella esté mirando, que me vea cambiar y su miedo desaparezca. No está funcionando, y el hecho de que ella se esté convirtiendo en una distracción para mí a pesar de la distancia hace que mi cabeza sea un lugar tan confuso y revuelto en el que estar.

Una noche. *Una maldita noche* con esta chica y estoy jodidamente destrozado. ¿Por qué diablos no puedo deshacerme de esto?

No sé qué ve el entrenador en mi rostro, pero debe haber algo allí, probablemente derrota, porque su mirada se suaviza.

Con un suspiro ronco, se pasa una mano por su rostro.

—Mira, Carter, puedo decir que algo está pasando contigo. Éste no eres tú. Eres más sensato que esto en el hielo. Nunca dejas de liderar, pero últimamente... últimamente tu cabeza no está ahí. —Me da una palmadita en el hombro como si eso pudiera ofrecerme algún consuelo. No es así—. Tienes que sacudir esto.

Lo estoy jodidamente intentando.

—No sé si has cambiado tu rutina o algo así, pero sea lo que sea, vuelve a lo que hacías antes. Eso funcionó para ti. Encuentra al Carter Beckett que todos conocemos y amamos.

¿Pero qué pasa si no amo esa versión de mí? ¿Qué pasa si ya no quiero ser ese Carter Beckett?

Eso es lo que todos quieren, así que eso es lo que les doy.

Regreso al hielo para el segundo y tercer período, y pongo mi culo en marcha. Logré quedarme fuera del área, marcar un gol y dar una asistencia, llevando a nuestro equipo a otra victoria. El entrenador está contento después del partido, aunque yo no lo esté.

—¡Carter! ¿Podemos pedirte una entrevista?

Estoy empeñado en ignorar las hordas de reporteros que esperan en el pasillo mientras regresamos al vestidor después de que el juego termina, pero el entrenador envuelve su mano alrededor de mi codo acolchado, deteniéndome.

—Le encantaría charlar. ¿No es así, Beckett?

Ocultar mi gemido se vuelve casi imposible cuando me colocan grabadoras y cámaras en el rostro, negándome la privacidad.

—Tuviste problemas en ese primer período, Carter —dice un periodista—. Parece que has estado luchando mucho.

Me paso una mano por el cabello empapado de sudor y suspiro.

—Uh, sí, me he sentido un poco mal últimamente. Superando un pequeño error. —La mentira sale fácilmente de mi lengua—. Aunque estoy tratando de poner mi trasero en marcha —agrego con una sonrisa forzada.

—Le diste la vuelta en el segundo y tercero. ¿Qué cambió?

—Um, yo...

—¿Es Olivia?

Mi mano deja de rozar mi mandíbula ante la mención de su nombre.

—¿Disculpa?

—Olivia, la chica de hace unas semanas. Le dedicaste tu gol y fueron vistos bailando juntos esa misma noche. Parece que era la misma chica que

estaba contigo en la recaudación de fondos para el proyecto The Family, pero no la hemos vuelto a ver desde entonces.

Mi mandíbula se aprieta.

—¿Cuál es tu pregunta?

—¿Ustedes dos rompieron? ¿Estaban saliendo, o era simplemente otra muestra de...?

—No voy a hablar de Olivia.

—¿Puedes decirnos su apellido? ¿Quién es ella para ti? ¿Qué hace?

—Increíble. —Cierro los ojos y una risita oscura resuena por lo bajo. Con un paso adelante, me alzo sobre el periodista que tiene el descaro de seguir presionando. No me gusta que me presionen, y la forma en que retrocede medio paso me dice que finalmente lo ve—. La vida personal de Olivia no es asunto tuyo. Olvida su nombre, porque te puedo garantizar que mi mordisco es tan cruel como mi ladrido.

La multitud se despeja mientras me dirijo al vestidor.

—La entrevista ha terminado.

Pero mi camino de guerra no termina ahí. De hecho, con cada momento que pasa, mi frustración, mi ira, mi jodida confusión se amplifica. Odio esto y no sé cómo cambiarlo.

Este no soy yo, mi entrenador tiene razón. Necesito hacer algo para solucionar este problema y debo hacerlo rápido. Es por eso que me dirijo directamente hacia Cara tan pronto como entro al bar después del partido.

Pero Emmett se me acerca antes que ella, haciéndola girar mientras ella toma su rostro entre sus manos y lo besa. Poco más de un año juntos y aún no han perdido esa chispa. Creo que son una de esas parejas afortunadas que nunca lo harán, de esas parejas fáciles en las que todo encaja desde el principio.

Cara deja su teléfono antes de que los dos se dirijan a la barra y yo me deslizo en su lugar. No estoy del todo orgulloso de mí mismo cuando levanto su teléfono, listo para sacar el número de Olivia. Quizás la suerte finalmente esté de mi lado, porque la pantalla ya está abierta a un hilo de mensajes con la ardiente morena.

Cara: ¿Tu cita te obliga a desayunar mañana o qué?

Olivia: Duh. ¿Es siquiera una cita real si no termina con el desayuno?

La sangre tamborilea en mis oídos, las palabras frente a mí envían un dolor crudo a través de mi pecho mientras la conciencia se apodera de mí. Ella ha seguido adelante, dejando lo que sea que fue esto, o lo que sea que no fue. Porque nunca fue nada, ¿verdad? Nada más que una química y una atracción física innegables, combinadas con una noción tonta de que una relación podría ser algo que yo deseaba, que Olivia y yo podríamos estar bien juntos.

¿Por qué diablos alguna vez pensé que esto era una buena idea?

El entrenador tenía razón. Este nuevo yo no está funcionando. Necesito volver al viejo Carter Beckett. A Carter le importaría un carajo esto ahora mismo. Enterraría sus sentimientos en algo caliente y húmedo.

Y eso es exactamente lo que voy a hacer.

Mi mirada recorre el bar, rebotando entre todas las miradas esperanzadas hasta que encuentro lo que estoy buscando.

Alta. Rubia platino. Delgada como un fideo. Moviendo sus dedos hacia mí con un guiño, balanceando una cadera con un vestido que se parece más a los restos de un proyecto de costura que salió mal.

Todo lo contrario de Olivia.

—Señor Beckett. —Pasa una uña negra brillante por mi corbata antes de pasar sus brazos sobre mis hombros y hundir sus dedos en mi cabello—. ¿No te ves guapo?

Mis ojos se cierran ante lo que estoy a punto de hacer, como si no quisieran ver esta decisión descarrilada.

—¿Quieres salir de aquí?

—¿Qué quieres hacer?

Cristo, no tengo tiempo para esta mierda.

—Sabes lo que quiero hacer.

Envuelve mi corbata alrededor de su puño y me acerca más. El perfume que lleva es asfixiante.

—Me hice un tatuaje nuevo —susurra.

—Genial. —*Me importa un carajo*—. No puedo esperar para verlo.

Otra reincidente. Brandy o Mandy o la maldita Candy. No lo sé ni me importa especialmente. Todo lo que sé es que me la he follado antes y fue bastante decente. Ojalá sea lo suficientemente decente como para sacarme de lo que sea que sea esta montaña rusa infernal en la que estoy atrapado, porque no quiero subirme a este maldito carro ni un segundo más.

—Vamos. —Me odio a mí mismo en el momento en que le pongo la mano en el culo, y aún más cuando deslizo mi mano en la suya la tiro hacia la puerta.

Este invierno me está pateando el trasero. Montañas de nieve y aire gélido que golpean las mejillas, ninguno de los cuales es típico de un invierno en la costa oeste. Una parte de mí sigue comparando lo que siento con esa tristeza invernal de la que habla la gente, pero mientras camino por la acera con la mano de Candy Brandy en la mía, sé que es porque esta mano no se siente bien.

Nada de eso se siente bien.

No tengo ni idea de lo que estoy haciendo en este momento, de por qué pensé que esta podría ser la manera correcta de lidiar con lo que siento. No, mierda, Olivia no confiaba en mí para cambiar, para ser diferente de lo que he sido. Esto de aquí prueba que soy el mismo tipo que se jode sus problemas. La sensación de que mi padre estaría completamente decepcionado me golpea como un camión.

Mi departamento aparece a la vista en el camino, y el pánico recorre mi columna al ver las cámaras esperando para ver a quién llevaré a casa esta noche. Estoy tan cansado de que mi foto salga por todas partes, de que mi vida privada esté a la vista de todos. Ya no quiero ser esta persona, tan descuidada, incluso imprudente. Quiero ser la persona estable con la que alguien pueda contar. Quiero ser la persona con la que yo pueda contar.

Paso mis dedos por mi cabello, jalando las puntas mientras me detengo.

—¿Qué demonios estoy haciendo?

Brandy... ¿Mandy? desliza su palma debajo del cuello de mi abrigo, batiendo sus pestañas.

—Yo, en unos dos minutos.

Mi cabeza se mueve, la tensión se enrolla debajo de mi piel. Presionando mis palmas contra el frío ladrillo de la tienda frente a la que estamos detenidos, respiro profundamente una vez tras otra. Dejo caer mi frente contra la pared, golpeándola suavemente un par de veces por si acaso. Tal vez me haga entrar en razón.

—Lo siento. No puedo hacer esto.

—¿Qué? Tú fuiste quien...

—Esto fue un error. —Tomo su mano entre las mías y la llevo calle abajo hacia el bar—. Vamos. Te llevaré de regreso.

Sus pasos apresurados coinciden con los míos, y cuando me mira por el rabillo del ojo, recuerdo por qué me gustaba lo suficiente como para volver

a hacerlo. Porque aunque apenas me conoce, me ve como un ser humano, no solo como un ticket de comida.

—¿Estás bien?

—Yo... yo... no lo sé. La cagué.

—¿Puedes arreglarlo?

—No sé cómo arreglar mi pasado.

Su boca se arquea.

—¿La fama de playboy vuelve para morderte el culo?

—Sí. —Mis ojos se cierran con un gemido cuando gritan mi nombre detrás de nosotros, y escucho el susurro de la gente corriendo para alcanzarnos, veo el flash de las cámaras cuando me alcanzan la espalda—. Jodidamente despiadado —murmuro.

—¡Carter! ¡Aquí!

Justo cuando llegamos al bar, mi visión se vuelve completamente blanca, cegada por los flashes de las cámaras.

—¡La primera chica con la que te han visto este año! ¿No más Olivia?

—¿Quién es la chica hermosa?

Protegiendo mis ojos de las luces brillantes, alcanzo la puerta.

Excepto que Mandy quiere hablar.

—Sandy —les dice con una brillante sonrisa, saludando a la cámara. *Oh. Estuve cerca*—. Con ie. Sandie con i-e. —*Por el amor de Dios*.

Tiro de su mano.

—Vamos. —Necesito ir a casa y arreglar mi cabeza antes de que explote.

—¿Entonces los rumores no eran ciertos? —dice un periodista—. ¿Sobre ti y Olivia? Ella no era más que otra...

—¡Suficiente! —rujo, volviéndome hacia las cámaras. Mi piel se eriza como hormigas, mis nudillos se aprietan mientras mi pecho se agita con una furia tan profunda que no sé cómo manejar. Sacude todo mi cuerpo, suplicando liberación, y está a punto de conseguirla si dicen su nombre una vez más—. ¡Suficiente de Olivia! ¡Deja su nombre fuera de tu maldita boca!

Sandie me empuja a través de la puerta.

—Y para que conste —grita—, aquí no pasa nada. Estaba siendo un caballero y me acompañó de regreso al bar. Consigan un trabajo de verdad.

—Oh... —Parpadeo hacia ella—. Gracias.

—No hay problema. Ahora, si me disculpas, hay un Martini llamándome por mi nombre. —Se aleja pavoneándose y se detiene para mirar por encima del hombro—. Ah, ¿y Carter? No puedes arreglar tu pasado, pero si quieres un futuro diferente, todo lo que tienes que hacer es elegirlo.

Desde el otro lado de la barra, siento el peso de las miradas de todos sobre mí. No los veo, no creo que pueda soportar la decepción en este momento, la frustración conmigo mismo, no cuando ya estoy estancado en mi propio odio hacia mí mismo. Me dirijo directamente a la salida trasera, el aire frío es un bienvenido respiro esta vez mientras me apoyo contra la pared y simplemente *respiro*.

Escucho el clic de la puerta y, sin abrir los ojos, sé quién es. Me dejan quedarme aquí con mis pensamientos por un momento antes de hablar.

Cuando finalmente abro los ojos, la simpatía reflejada en sus miradas me deja perplejo.

—Ella está en una cita. —Las palabras están más destrozadas de lo que parece razonable.

El rostro de Cara se tuerce.

—¿Quién? ¿Liv?

Asiento.

—Vi tu teléfono —admito, encogiéndome cuando su simpatía se convierte en ira—. Ella dijo que iba a desayunar con él también.

—Oh, maldito... —gime, sacando su teléfono de su bolso—. Carter, lo juro por Dios. —Me muestra su pantalla, una foto de Olivia y una niña pequeña que se parece notablemente a ella sonriendo a la cámara—. Esa es su cita. Su sobrina de siete años. Van a desayunar porque ella la tendrá por el fin de semana.

Una ola de alivio me recorre y un poco de opresión se libera de mi pecho.

—¿No está saliendo con nadie?

—No, idiota. Ella está enamorada de ti y trata de superar sus dudas e inseguridades de la vida pública que has estado llevando.

Agacho la cabeza.

—Me odiará ahora.

—¿Por qué? —Las cejas de Garrett se juntan—. No hiciste nada con esa chica. Todos la escuchamos gritarlo. ¿Deberías haberte ido con ella? No, probablemente no, porque sabes tan bien como nosotros que no es lo que realmente querías.

Adam levanta un hombro.

—Lo importante es que te detuviste antes de hacer algo de lo que te arrepientas.

—Nunca confiará en mí ahora. Nadie piensa que soy lo suficientemente bueno para ella.

Emmett levanta una mano y sacude la cabeza.

—Eso no es del todo cierto. ¿Algunos de nosotros dudamos en dejarte acercarte a ella? Absolutamente, puedo admitirlo. Porque esto de aquí no es propio de ti, al menos cuando se trata de mujeres. Has sido mi mejor amigo durante casi diez años y ni una sola vez has perseguido nada serio.

Me froto la nuca.

—Apenas has hablado conmigo últimamente. Pensé que estabas enojado conmigo.

—No estoy enojado contigo, amigo, y no hay una sola parte de mí que piense que no eres lo suficientemente bueno para Olivia. Lejos de eso. Me siento un poco atrapado en medio. Apesta, porque los amo a los dos y ambos están sufriendo. Entiendo por qué ella tiene miedo y al mismo tiempo puedo ver cuánto te gusta. Quiero que ustedes sean felices, y creo que sería genial si fueran felices juntos, pero tampoco creo que presionar a Olivia para que esté lista sea lo correcto. —Sus hombros suben y bajan—. Apesta por todos lados.

—Entonces ayúdame —le ruego—. Lo estoy intentando aquí. Odio sentirme así. He decidido lo que quiero. ¿No se supone que será fácil de ahora en adelante?

Cara sostiene mi mirada por un momento antes de que su cabeza gire sobre sus hombros con una risa exasperada.

—Te adoro, Carter, pero ¿realmente eres tan tonto cuando se trata de relaciones? Las cosas no encajan de repente porque hayas decidido que la quieres.

—Pero así es como funcionó para ustedes.

—No te ofendas, pero si Em tuviera la mitad de la reputación que tú, probablemente lo habría hecho trabajar un poco más duro. Pero solo porque nos enamoramos desde el principio no significa que no haya sido difícil. Hemos tenido que elegirnos el uno al otro todos los días, dejar de lado nuestras diferencias y trabajar juntos para llegar a un compromiso, para construir una vida juntos. Tal vez parezca que todo simplemente salió bien para nosotros, pero hemos trabajado duro en esto y, con cualquier buena relación, lo harás. Estás tomando dos vidas y fusionándolas. Eso requiere mucho trabajo y un fuerte compromiso. ¿Eso es lo que quieres?

—Sí. —Es extraño lo que puede hacer una simple palabra de dos letras, dicha con tanta certeza, el peso que se levanta con la epifanía que la

acompaña. Sí, quiero elegir a Olivia, una y otra vez. Quiero trabajar por ello, por nosotros. Quiero ser mejor, no solo por ella, sino también por mí.

Cara pasa un brazo por el mío y me jala hacia atrás a través del bar.

—Entonces vamos a recuperar a su chica, señor Beckett.

18

NO LE PONGAS TOCINO A MI CORAZÓN

Olivia

¿Por qué? ¿Por qué? Apenas tienen dieciocho años y tienen una vida amorosa mejor que yo.

Es la clase de educación física del duodécimo grado, mierda. ¿Necesitan estar besándose?

—Oh, *vamos* —gimo, arrastrando una palma por mi rostro mientras se convierte en un juego agresivo de hockey sobre amígdalas—. Está bien, jóvenes, ya es suficiente.

Apoyo mis puños en mis caderas mientras Lucy y Jean me ignoran. Puedo decir que me han escuchado, puedo ver las comisuras de las sonrisas astutas que tienen, pero a mis chicos les gusta presionarme. Es mi culpa, soy demasiado amigable e indulgente con mis alumnos y, a veces, eso me resulta contraproducente. No puedo contar la frecuencia con la que rompo muestras públicas de afecto, especialmente en mi clase mixta.

—No. No, no, no, no. —Aplaudo quinientas veces hasta que cesan—. ¡Están en clase! ¡Tienen diecisiete años! Aquí tienen una idea, esperen hasta que termine la clase.

Se separan con una carcajada y Lucy se pasa el dorso de la muñeca por la boca.

—Lo siento, señorita Parker. Eres la única profesora genial en esta escuela.

La señalo.

—No trates de endulzarme con esa mierda de profesora genial. —Le pongo un par de postes en las manos y le digo—. Colóquenlos a lo largo de la línea roja, por favor.

170

—Oh, hombre. —Jean echa la cabeza hacia atrás con un gemido—. No queremos carreras de ida y vuelta.

—Sí, carreras de ida y vuelta. Esta es una clase de deportes, señorita Ross. Te uniste a ella por voluntad propia.

Se cruza de brazos y frunce el ceño, tocando el suelo del gimnasio con sus zapatillas de deporte.

—Lucy me obligó.

—Oh, las cosas que hacemos por amor.

Lucy vuelve corriendo después de colocar los postes y se echa el cabello liso y negro azabache sobre el hombro.

—¿Se encuentra bien, señorita Parker? Pareces un poco, no lo sé... —Agita una mano alrededor de mi rostro—. Triste, últimamente.

—¿Yo? ¿Triste? No, estoy totalmente bien. Muy bien. —*Super-duper damas y caballeros.*

Paul se acerca pavoneándose y apoya el codo en el hombro de Lucy.

—Sí, ¿qué pasa? Apenas se ha reído de ninguno de mis chistes.

—Tal vez necesites trabajar en tu material.

Se burla.

—Soy divertido como la m... —Su boca se cierra de golpe, sus ojos muy abiertos y fijos en mí mientras lo miro con una ceja arqueada—. Miel. Divertido como la miel.

—Bien, bueno... —Mis palabras se ahogan en el sonido de las puertas del gimnasio abriéndose de golpe, rebotando en la pared, y me tapo los ojos con una mano y suspiro cuando una hermosa rubia de piernas largas entra en el espacio, con todos los ojos puestos en ella. Se arranca sus lentes de sol de gran tamaño—. Por el amor de Dios. ¡Cara! ¡No puedes simplemente irrumpir aquí! —Extiendo mis brazos—. ¡Estoy en medio de una clase!

Mueve su muñeca.

—Clase terminada.

—¿Qué? ¡No! No, la clase no está terminada. —Doy vueltas, señalando a mis alumnos, los veintiún pares de ojos saltan entre Cara y yo—. ¡Quédense!

El cuerpo de Cara se desploma y la cabeza cae hacia atrás.

—Vamos, señorita Parker. Es la última clase del día. Deja que estos chicos se diviertan. Sé genial.

—¡Soy genial! ¡Soy divertida! ¡Nos divertimos mucho aquí! —Miro a mi alrededor en busca de validación y mi propia cabeza se balancea. Cuando

no lo entiendo, lanzo una mano al aire—. Bien. Váyanse. Pero cualquiera que llegue tarde mañana hará burpees.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y un pie dando golpecitos, observo cómo cada uno de mis alumnos choca los cinco con mi mejor amiga. Ojalá pudiera decir que es la primera vez que esto sucede, pero no lo es y no será la última. Cara no trabaja en el horario de nadie más que en el suyo, y mi director está enamorado de ella, así que cruza las puertas del gimnasio con demasiada frecuencia.

Cara me muestra lo que estoy segura que cree que es una sonrisa encantadora antes de extender ambos brazos hacia mi oficina.

—Entre a mi oficina, señorita Parker.

—Es mi oficina —resoplo, luego me lanzo hacia adelante en un intento fallido de llegar antes que ella.

Se deja caer en mi silla, girándose hacia adelante y hacia atrás, con los dedos entrelazados frente a su rostro.

—¿A qué debo el placer?

—Eres increíblemente irritante, ¿lo sabías?

Sonríe.

—Realmente lo sé, pero pensé que ya era hora de una visita de trabajo. Además, esos chicos me aman.

—Porque obtienen un período libre cada vez que te presentas.

—Sería una gran profesora. —Sus ojos brillan y la forma en que se fijan en mí me pone nerviosa. Cara siempre ha tenido una manera de ver a través de mí—. ¿Cuál es tu plan para este fin de semana?

—¿Este fin de semana?

Asiente.

—Este fin de semana. No puedes evitarlo, ¿sabes? Él estará allí.

Me dejo caer en la silla frente a mi escritorio, con las piernas sobre el apoyabrazos.

—¿Quién diablos se las arregla para organizar una fiesta de compromiso tan extravagante solo dos semanas después del compromiso?

—No menciono el hecho de que mañana por la noche se suponía que sería la cita para ir al cine entre Carter y yo.

Cara sonríe hacia sus uñas mientras las revisa.

—Tengo mis contactos.

Sus contactos son que es dueña de su propio negocio de planificación de eventos, es absolutamente imparabile cuando está en modo planificación de fiestas y cuando necesita algo que no tiene, como un lugar que pueda

atender a cien personas en tan poco tiempo, sabe ser persuasiva. Y no me refiero a coqueta, me refiero a absolutamente aterradora.

—De hecho, él es el padrino, así que caminarán juntos hacia el altar en la boda.

Los ruidos que hago no son una respuesta coherente. Son en su mayoría una serie de malas palabras refunfuñadas que hacen sonreír a Cara.

—Vamos. ¿Qué pasa por tu mente? Estás manteniendo tantas cosas reprimidas. Necesito que hables conmigo.

Mis dientes descienden sobre mi labio inferior, mordiéndolo.

—Sé que no hizo nada con esa chica Sandie, y sé que puede estar con quien quiera, yo soy la que se alejó. Pero aun así da miedo, ¿sabes? Tenía la intención de ligar con ella. Fue su primera reacción instintiva. —Mi voz baja—. No puedo evitar preguntarme si él siempre intentará lastimarme cuando está enojado conmigo, pero al mismo tiempo, sé que yo lo lastimé primero.

—Parece que ambos tomaron algunas decisiones apresuradas por miedo.

—Se siente como un círculo vicioso. Como un carrusel que no se detiene. Quiero bajarme, pero no sé cómo reducir la velocidad.

—Si sabes. Tienes que decidir dejarlo todo como está o seguir adelante. —Camina hacia la pizarra que cuelga de la pared y toma un marcador. La sigo—. Así que esto es lo que vamos a hacer. —Garabatea *Carter Beckett* en la parte superior de la pizarra, lo subraya tres veces y luego dibuja una figura de palo con un pene gigante. Voy a necesitar borrar esto inmediatamente. Termina con un corazón a la izquierda y una cara con el ceño fruncido a la derecha.

—No haremos una lista de pros y contras.

—Piensa en ello como una lista de lo que te gusta y lo que no te gusta. —Toca la X—. Ahora, cosas que no...

—Es un playboy.

—Miedo... al... compromiso —escribe, que no es en absoluto lo que dije.

—Es arrogante, engreído y llamativo. —Excepto en el momento en que la punta del marcador de Cara toca la pizarra, la detengo—. Espera. Creo que eso me gusta un poco. Él es... orgulloso. Carismático. Seguro. Creo que son buenas cualidades. Ojalá fuera tan segura de mí misma como él. —Entonces probablemente no estaríamos en este problema.

—Mmm. Interesante.

Le doy un golpe en el codo mientras ella garabatea debajo del corazón.

—Borra esa sonrisa de tu rostro o te la borraré yo.

—Obviamente te sientes muy atraída físicamente por él.

Asiento, tarareando.

—Quiero golpear a ese hombre como si fuera un arce.

—Y es divertido —sugiere Cara.

Mi cabeza se mueve mientras paso la punta de mi uña por mi labio inferior.

—Me hace reír mucho y es un gran tonto. Él me hace sentir bien conmigo misma. Es tremendamente honesto y me gusta la forma en que huele y la forma en que juega con mi cabello. Y cuando me mira... cuando me mira, es como si solo fuéramos él y yo. Me gusta la forma en que me mira. Y me gusta que su casa sea su escape, que le guste mirar las estrellas y las montañas y olvidarse del ruido, y que tenga la sonrisa más bonita y los mejores hoyuelos, y que fuera muy dulce con los niños en la recaudación de fondos y demás. Es un buen deportista aplastándose pasteles en su rostro, y es un buen amigo, y... —Aspiro el oxígeno que necesito desesperadamente, notando la suave sonrisa en el rostro de Cara.

—Apuesto a que es un buen acurrucador. Es muy grande y corpulento, y no se le da muy bien el espacio personal.

Un hormigueo comienza en mi vientre y se extiende por todo mi cuerpo cuando recuerdo la forma en que Carter me atrajo hacia él después de cada ronda, cómo sus brazos me rodearon, su rostro en la curva de mi cuello mientras sus labios tocaban mi piel una y otra vez, su mano en mi garganta mientras me mantenía justo donde quería. No había una sola parte de mí que quisiera estar en otro lugar que no fuera allí.

Cara recoge el colgante del patín de hockey que cuelga de mi cadena y lo examina antes de señalar la pizarra. Está lleno debajo del corazón y extrañamente vacío debajo del rostro fruncido.

—Parece que tienes tu respuesta.

Se me forma un nudo en la parte posterior de la garganta y un escalofrío de aprensión recorre mi columna mientras me retuerzo las manos.

—Sé que la tengo. Pero eso no lo hace menos aterrador. Su pasado era su presente hace solo un mes. Mis temores son lógicos y están justificados, ¿no es así?

La mirada compasiva de Cara permanece fija en mí mientras un momento de silencio se extiende entre nosotras.

—Entiendo, Liv. Entiendo de dónde vienes, porque es la misma razón por la que le impedí conocerte durante tanto tiempo. Es imposible ignorar

las señales de precaución, especialmente cuando constantemente te las ponen a tu vista donde quiera que mires. Carter siempre ha sido dueño de sus decisiones y nunca ha rehuído que se mencionen tan públicamente. Y ahora estás pensando que no hay manera de que esto sea real. Que seas otra chica que no significa nada. Que te tendrá y te dejará a un lado cuando termine. Pero él ya te tuvo y todavía te quiere. Te gusta y tú le gustas a él. No hay ningún problema aquí, aparte de que estás dejando que el miedo a lo desconocido dicte tu vida.

—¿Entonces tus temores están justificados? Absolutamente. Pero depende de ti superarlos, salir de tu zona de confort y salir a la luz, si quieres explorar esto con Carter. ¿Qué piensas?

Me hundo en la silla, haciendo girar mi cola de caballo entre mis dedos mientras miro mis zapatillas.

—No puedo dejar de pensar en él. Todo se siente natural con él y me empuja a abrirme. Para alguien tan asertivo, siempre ha sido increíblemente paciente conmigo. —Levanto la mirada y flota hacia Cara—. Creo que realmente me gustaría que ambos le diéramos una oportunidad a esto, si él todavía la quiere.

Cara resopla y saca su teléfono. Me muestra su pantalla y veo el *hombre más molesto del mundo* en la parte superior del hilo del mensaje, acompañado de una pequeña foto de perfil de Carter. Mis ojos se posan en los mensajes esparcidos en la pantalla.

Carter: ¿Olli está bien? No quiero que se enoje por esa chica.

Carter: ¿Ella me odia?

Carter: ¿Crees que quiera hablar quizás dentro de un día?

Carter: ¿Quizás podría enviarle flores? ¿Rosas? ¿Girasoles? Parece una chica de flores brillantes.

Carter: Creo que la extraño, Care. Esto apesta.

—Es seguro decir que todavía quiere intentarlo, Liv. —Se apoya en mi escritorio y empuja la punta de mi zapatilla con el suyo—. Estoy orgullosa de ti. Perseguir lo que quieres suena fácil para algunas personas, pero la realidad es que a veces da muchísimo miedo. Creo que irte cuando lo hiciste te dio la oportunidad de dar un paso atrás y obtener algo de claridad sobre la intensidad de tus sentimientos y lo que querías.

Suena el timbre de la escuela, señalando el final de otro día, y Cara se echa el bolso al hombro y me arroja el mío y el abrigo antes de que pueda responder.

—¿Ya arreglaste tu vestido para el sábado?

—No. —Gimo mientras salimos por las puertas del gimnasio—. He estado en el centro comercial dos veces esta semana y no encuentro nada.

—Está bien, vamos al centro comercial. Necesitas mi experiencia.

—No tengo tiempo para un viaje del tamaño de Cara al centro comercial. Debo estar en casa a las cinco. Jeremy va a dejar a Alannah.

—Oh, dulce Livvie. Entraremos y saldremos en media hora. Te lo prometo.



Entramos y salimos en diecisiete minutos.

Cara me remolcó hasta una tienda, subió hasta un estante, escogió un vestido en nueve segundos, me empujó al vestidor y luego hizo que todos los empleados fueran a ver lo “jodidamente espectacular” que me veía. Sinceramente, no podía estar en desacuerdo, de ahí el viaje de diecisiete minutos.

Ahora se invitó a cenar, alegando que quiere irritar a mi sobrina antes de acostarse. Alannah se quedará a dormir porque mañana es el día de llevar a tu hijo al trabajo y me rogó que fuera a la escuela conmigo, aunque en realidad no es mi descendencia. Dijo que quería mandar a los niños mayores.

—Seré rápida —promete Cara mientras se detiene en el camino de entrada—. Solo necesito agarrar algo. ¿Por qué no entras y saludas a Em?

—Si vas a ser ráp...

Cierra la puerta de golpe, haciéndome un gesto a través del parabrisas para que la siga y, con un suspiro, sigo a mi mejor amiga mandona hasta la puerta principal.

Debería haber sabido que era una trampa.

Porque cuando me empuja por el pasillo hacia la cocina, en lugar de ver solo a Emmett, veo el cuerpo increíblemente grande del señor Beckett, congelado mientras él me mira desde la mitad del refrigerador abierto, con la mandíbula colgando.

—¡Oye! ¡Hola! ¡Olivia! —Él está gritando, no sé si se da cuenta—. B... bien —farfulla—. ¡Te ves bien! —Sigue gritando. Cierra de golpe la puerta del refrigerador y deja caer el codo sobre la encimera, casi fallando su barbilla cuando intenta sostenerla en su palma.

Miro mi ropa. Todavía llevo mis zapatillas para correr, un par de leggins Lululemon que Cara me regaló para Navidad, porque, ¿quién diablos

puede darse el lujo de gastar más de cien dólares en un par de pantalones deportivos, y una sudadera con el nombre del equipo de hockey de mi sobrina escrito en ella. Tengo el cabello recogido en una cola de caballo baja y desordenada, recogido debajo de una toca, y parece que me he pasado el día enseñando fitness, que es exactamente lo que hice. Parece que Carter pasó el día descansando en el sofá y todavía pertenece a la portada de GQ. Sus pantalones deportivos gris carbón le cuelgan hasta las caderas, resaltando lo que sé que es un conjunto demasiado impresionante, y su camiseta dry-fit de los Vipers se adhiere a cada músculo de su torso impecablemente esculpido.

Apenas resisto la tentación de abanicar mi rostro caliente.

—¡Ups! —Cara entra en la habitación—. ¡Carter! ¡Olvidé por completo que estabas aquí! —Su sonrisa furtiva es sospechosa.

—Por supuesto —reflexiona Emmett—. Lo olvidó. —Sus comillas están perfectamente colocadas—. Vamos a pedir pizza. ¿Quieren un poco, señoritas?

—No puedo quedarme, cariño —le dice Cara, lo cual es bueno, porque no creo que pueda hablar—. Envía un poco a casa de Liv. Comeremos allí.

Carter y yo estamos teniendo un enfrentamiento épico. No puedo apartar la mirada, ni realmente quiero hacerlo.

Hasta que Cara toma mi mano y comienza a arrastrarme por la habitación.

Mi boca se arquea y le hago un pequeño saludo a Carter.

Todo su rostro se ilumina con una sonrisa que parte las mejillas.

—¡Espera! —Ambas manos se levantan mientras su cuerpo hace un extraño giro, como si no tuviera idea de lo que está buscando. Luego se lanza a la sala de estar y regresa un momento después, deslizándose por el suelo en calcetines, con dos galletas en la mano. Con un agarre tembloroso, las sostiene hacia mí—. Oreos.

Dios mío, es increíblemente adorable.

Intento ignorar el zumbido que pasa desde la punta de sus dedos hasta los míos cuando nos tocamos, pero es imposible. Este hombre es un cable con corriente y todo mi cuerpo chisporrotea de necesidad cuando él está cerca.

Corre delante de nosotras afuera con sus calcetines, que ahora seguramente estarán empapados por la nieve, y abre la puerta del copiloto para mí. Mientras retrocedemos por el camino de entrada, él nos observa desde el porche delantero, con esa ridícula y exagerada sonrisa torcida que nunca disminuye.

—El hombre está enamorado —murmura Cara, y cuando subimos los escalones de mi entrada veinte minutos después, todavía me concentro en esas palabras, preguntándome si algún día podrían ser nuestro futuro.

No llevamos en mi casa ni dos minutos cuando la puerta principal se abre, una morena desgarrada entra, arroja su maleta de pijamas contra la pared mientras extiende los brazos con una floritura extravagante.

—¡Estoy aquí, nena! —gira Alannah, se detiene y mueve los dedos en el aire, con una sonrisa brillante hacia mí.

—¿Manos de jazz? ¿En serio?

Su risa llena mi pequeña casa y salta hacia mí, saltando a mis brazos y lanzándome contra la pared. Es de corta duración, gracias a Dios, porque cuando ve a Cara, se acabó el juego.

Mi hermano finalmente logra cruzar la puerta, mirándonos a ellas y a mí.

—¿Alannah y Cara? ¿Estás jodidamente loca? —Pone los ojos en blanco cuando su hija se acerca saltando hacia él y le tiende la mano para pedir el dólar que recibe de él cuando maldice—. ¿Estás segura de que no quieres quedarte en nuestra casa? —pregunta Jeremy—. Es mucho más tranquila.

—Más tranquila y *aburrida*. —Alannah pone los ojos en blanco—. Mamá y papá dijeron que tomarían una siesta esta noche después de que Jemmy se vaya a la cama, ya que yo no estaré en casa, ya sabes, me quedo despierta mucho más tarde que él. —Jemmy es su hermano menor. Sí, mi hermano le puso a su hijo su nombre. Yo llamo a mi sobrino Jem y, la mayor parte del tiempo, a mi hermano Imbécil.

Cara se ríe.

—Una siesta, ¿eh Jer? —dirige una mirada fija a Alannah—. ¿Estás seguro de que no estás intentando hacer un tercero?

—Mierda, no. —Otro suspiro, otro dólar para su hija—. Olvidé lo duros que eran los bebés. Terminé con eso.

—Deberías operarte.

Se lleva una mano a la entrepierna.

—No amenaces a mis chicos.

Un joven que no conozco aparece en mi puerta con una de esas bolsas aislantes de color rojo brillante. Saca dos cajas de pizza.

—Eh, Ollie... ¿Ollie Wallie?

—Ay, Dios. —Entierro mi rostro detrás de mi mano antes de tomar las pizzas—. Muchas gracias. ¿Cuánto te debo?

Sacude la cabeza y comienza a bajar las escaleras, saludando por encima del hombro.

—¡Está pagado!

—Ooh, pizza. —Jeremy alcanza la tapa de la caja superior, pero Cara le da un golpe en la mano, toma la pizza y se dirige a la cocina con Alannah pisándole los talones. Frunce el ceño, da otro paso y un escalofrío sacude sus hombros—. Hace mucho frío aquí, Ol. ¿La calefacción se descompuso otra vez?

—Supongo que sí —murmuro, acercándome al termostato. Doce grados. Presiono los botones, esperando ese sonido que me permite saber que la calefacción está cobrando vida, pero nunca llega, así que los aprieto un poco más, luego golpeo mi frente contra la pequeña caja dos veces, en caso de que eso haga cualquier cosa. Cuando todo lo anterior falla, mis orejas arden bajo el gorro que todavía uso mientras evito la mirada de mi hermano. Esto está descompuesto el ochenta por ciento de las veces, él me lo arregló al menos tres veces y lo hice arreglar profesionalmente cuatro veces. Siempre es temporal—. Lo siento.

—¿Por qué diablos te disculpas?

Me froto el brazo y miro mis pies.

—Porque hace mucho frío aquí y Alannah se quedará a dormir. Estaba funcionando cuando salí a trabajar esta mañana, lo prometo. —A veces es difícil no sentirme fracasada cerca de mi hermano, y ahora es uno de esos momentos.

Jeremy pone los ojos en blanco y jala mi sudadera.

—Tápala con tus andrajosas sudaderas antes de irte a la cama. Ella no se romperá.

—Soy dura como un clavo, tía Ollie. —Alannah se asoma desde la cocina, flexionando sus bíceps y gruñendo como un oso, con un trozo de pizza de queso entre los dientes.

Sigo a Jeremy hasta el sótano, mordiéndome la uña del pulgar mientras juega con la caldera. Cuando suspira, sé que el veredicto no es bueno.

—Odio decirte esto, Ol, pero está quemada. Necesitas reemplazarla.

La expresión de mi rostro le dice exactamente lo que estoy pensando: *fan-jodidamente-tástico*. Una caldera no está en la lista de cosas que puedo permitirme en este momento.

—Kris y yo podemos ayudarte.

Agito mis manos frente a mi rostro. Él ya me había rescatado antes, lo cual fue bastante difícil de aceptar para mí. Una nueva caldera es donde trazo el límite.

—Tengo algo de dinero de emergencia ahorrado.

Sus cejas se arquean mientras me hace un gesto para que suba las escaleras, y creo que lo dejará caer, hasta que salimos del sótano, y se detiene a mi lado para susurrarme al oído.

—Eres una maldita mentirosa terrible.

Cuando se va un minuto después, encuentro a Cara y Alannah tiradas en el suelo de la sala, con la pizza cubriendo la mesa de café mientras buscan en Netflix.

—Hay una pizza especial para ti —me dice Cara sin levantar la vista.

Entro a la cocina y levanto la tapa de la caja, riéndome de los ingredientes. En realidad, es solo uno. Tocino. Tocino de verdad. Una cantidad impía de tocino. Como un kilo entero. Bordes rizados y crujientes con diminutas burbujas de grasa, un aroma sabroso y ahumado que sobrecarga mis sentidos de la mejor manera.

Mi teléfono vibra en el bolsillo de mi sudadera y presiono Reproducir en el video de Emmett.

Es de Carter, cargando un plato con pizza mientras canta.

—¡No le pongas tocino a mi corazón! ¡Mmmm, mmm! ¡Yo no le pondré tocino a tu corazón! Luego, *ooh, ooh!* ¡No le pongas tocino a mi corazón!

Carter lanza lo que suena como un suspiro feliz y se deja caer en el sofá.

—¿Crees que a Ollie le gusté la pizza con tocino extra que le pedí? Apuesto a que escogió la rebanada con más tocino. —Suelta una risa, echando la cabeza hacia atrás mientras se mete media porción de pizza en la boca—. No puedo esperar a verla en la fiesta del sábado. Tal vez me llene los bolsillos con tocino.

El video se vuelve negro en el momento exacto en el que me doy cuenta de lo inexplicablemente condenada que estoy en lo que respecta a este hombre.



Es casi medianoche cuando me libero del agarre tipo koala de Alannah, salgo silenciosamente de la cama y le pongo las mantas sobre los hombros. Enciendo la lámpara de la sala, me acurruco debajo de una acogedora manta en el sofá y marco el número que me conectará con la voz que necesito escuchar más que nada en este momento.

—La única razón aceptable para que llames tan tarde es para decirme que finalmente has recobrado el sentido y te vas a mudar a casa.

Riendo, me acuesto de lado, metiendo el teléfono entre mi oreja y el cojín.

—Lamento decepcionarte una vez más, mamá.

Se ríe, ligera y suave, un sonido que he extrañado.

—¿Qué pasa cariño?

—Solo te extraño.

—Siempre te extraño, cariño. ¿Qué está sucediendo?

—Conocí... conocí a alguien.

—Oh, cariño. ¡Tienes novio! ¡James! ¡James, Ollie tiene novio!

—¡Mamá, no! No tengo... uf. —¿Por qué llamé?

—¿Novio? ¿Quién? Es demasiado joven para un novio. No. No hasta que tenga treinta. ¡Me quedan cinco años más! ¡Toma mi escopeta! —Papá no tiene escopeta, por eso sé que está bromeando. Principalmente. Creo. Espero.

—Carter no es mi novio —murmuro en el cojín.

—¿Carter? Suena lindo. ¿Qué aspecto tiene? ¿Qué hace? ¡Oh, déjame adivinar! Es profesor en tu escuela. ¡No... director! ¿Estás saliendo con el director? Qué escandaloso. Me gusta.

—Literalmente no podrías estar más fría. —Tampoco le voy a contar a mi mamá lo que hace Carter. Ni siquiera quise decir su nombre. Ya dije demasiado, así que simplemente repito—. Él no es mi novio.

—Pero te gusta.

—Me gusta.

—¿Y tú le gustas?

Mi corazón late un poco más fuerte.

—Sí.

—¿Entonces, cuál es el problema?

—Tiene reputación... entre las mujeres. —Esto es tan incómodo como esperaba.

—Oh, y tienes miedo. —No pregunta, está afirmando. Mi mamá siempre ha sido una de mis mejores amigas, por eso se enojó tanto conmigo cuando hice las maletas y me mudé al otro lado del país. Ella me conoce como la palma de su mano y no puedo ocultarle nada.

—Aterrorizada.

—¿Qué es lo que más te asusta?

—Que me voy a enamorar de él.

—Oh, cariño. —Mamá se ríe. Es una de esas risas jocosas, de esas en las que esperas que ella diga “tú, dulce, dulce tonta” cuando termina—. Odio decirte esto, cariño, pero si tienes miedo de enamorarte de él, bueno... ya estás a mitad del camino.

Me quedo dormida con sus palabras repitiéndolas, y cuando Alannah y yo salimos por la puerta a la mañana siguiente, suena mi teléfono en el bolsillo de mi abrigo. Lo saco mientras cierro la puerta, tocando el mensaje de texto mientras bajo las escaleras.

Emmet: Cine 4, fila L, asientos 10 y 11. Esta noche a las 7:30.

Emmet: Él aún irá.

El aire a mi alrededor se calma mientras releo los detalles, los asientos que Carter eligió meticulosamente para nuestra cita para ver el cine mientras nos acurrucábamos junto al fuego en su balcón, la última fila, justo en el centro.

Él aún irá.

Una calma extraña pero bienvenida se despliega en mi vientre, subiendo a mi pecho, permitiendo que mis hombros se relajen y mi columna se enderece. De alguna manera me siento más ligera, como si me hubieran quitado un peso de encima. El peso de mi miedo, tal vez, o mi indecisión. Ambas cosas tienen el poder de arrastrarte hacia abajo como anclas, y mentiría si dijera que no había dejado que me hundieran desde la primera vez que ese hombre hizo que mi corazón tartamudeara.

Alannah jala mi mano.

—¿Por qué sonríes tanto, tía Ollie?

Le pongo el gorro de los Vipers a mi sobrina en la cabeza, tapándole las orejas.

—Estoy feliz, cariño.

Ella me sonríe.

—Ser feliz te queda bien.

Se siente muy bien también.

19

BUENAS SORPRESAS

Carter

La esperanza es una de esas cosas divertidas, como el tiempo.

El tiempo corre o se arrastra, creo que no hay término medio. Cuando las cosas no van como uno quiere, el tiempo se detiene. Te sientes estancado, arraigado en tu lugar y tus pies no se levantan para dar los pasos que necesitas para moverte en la dirección que deseas. Estos últimos doce días he querido una de dos cosas, conseguir a la chica u olvidarla. Lo primero era preferible, pero con cada día que pasaba, habría tomado cualquiera de las dos opciones simplemente para deshacerme de la pesada nube que se cernía sobre mi cabeza.

Y luego ella me sonrió, y fue como si alguien presionara el botón de un cronómetro y el tiempo se reiniciará y avanzara. Ahora estoy corriendo hacia el fin de semana, ansioso por verla.

La esperanza funciona de la misma manera. Todo se siente lento y oscuro sin esperanza, un poco como una noche que nunca termina mientras buscas la luz del día, esperando que llegue.

Y entonces, de repente, la ves, el rayo brillante que florece en su rostro, la forma en que sus ojos color chocolate brillan cuando se fijan en los tuyos desde el otro lado de la habitación, y todo cambia. La puerta se abre, mostrándote la luz del sol afuera, la esperanza, y entras directamente, sintiendo el calor que toca tu piel como el calor de su mirada.

Sin embargo, todavía no soy un superfan de este frío brutal y cortante.

—¿Por qué carajo no pudimos quedarnos en tu apartamento? —Me quejo con Hank—. Hace demasiado frío para estar afuera.

—Dublin necesita hacer ejercicio. —Sus dedos se aprietan sobre mi antebrazo mientras caminamos por la calle—. Y tú, francamente, necesitas dejar todas estas quejas que has estado haciendo. Por eso siempre digo que Jennie es la hermana mayor Beckett.

—Hermana mayor Beckett, mi culo —murmuro, guiando a Hank hasta un banco en Stanley Park.

Conozco a Hank desde hace más de siete años. Nos encontramos por pura casualidad, o eso parecía, en el momento en que más lo necesitaba. Él me impidió cometer un error que podría haber arruinado mi vida sin posibilidad de reparación y terminar mi carrera antes de que realmente hubiera comenzado, y ha sido una constante desde entonces, uno de mis mejores amigos a pesar de la diferencia de edad de casi sesenta años. Él es mi familia y nunca ha habido una parte de mí que no haya apreciado lo afortunado que soy de tenerlo en mi vida.

—No has sido tú mismo últimamente —dice Hank en voz baja, llevándose el café a los labios.

Miro hacia English Bay. El crudo invierno que hemos padecido hasta ahora ha convertido el agua en un elegante hielo azul y, bajo el brillante sol, lo único que hace es brillar. Tomo un sorbo de mi café y el líquido me calienta a medida que baja.

—No precisamente.

—Tienes a esa chica en tu cerebro. La linda chica de cabello oscuro.

Lo miro, con una sonrisa en mis labios. No tiene sentido preguntarle cómo se enteró de Olivia. me vigila más que los paparazzi.

—Sí.

—¿Te acuestas con ella?

Resoplo una risita.

—¿Cómo diablos sabes eso?

Su sonrisa es de orgullo, de conocimiento.

—Es usted un prostituto, señor Beckett. Te acuestas con todas.

—Oye. —Empujo su hombro con el mío—. Sé amable, viejo.

Hank se ríe y se pasa una mano temblorosa por la mandíbula.

—Puedo decir que ella te gusta.

—Sí. —Demasiado, probablemente. Demasiado pronto. No sé. ¿Es así como va esto?

Le rasca las orejas a Dublin.

—¿Entonces, cuál es el problema?

—El problema es que soy un prostituto que se acuesta con todo el mundo.

El silencio de Hank da paso a una sonrisa demasiado amplia.

—¿Estás seguro de que no es tu feo rostro?

Me río y sacudo la cabeza.

—Soy agradable a la vista y lo sabes.

La semana después de que nos conocimos, Hank me preguntó si podía tocarme el rostro. Dijo que era algo que le gustaba hacer para ponerle una imagen a la voz. También dijo que quería ver a qué se debía todo ese alboroto. Todavía recuerdo el sonido de impresión que hizo antes de decirme que mis rasgos eran perfectamente simétricos. Cuando me reí, sus dedos se deslizaron por mis hoyuelos y dijo: *Ah. Hoyuelos. Por eso eres tan popular entre las damas.* ¿Pero la mejor parte? Tan pronto como terminó, me dijo que lo de tocar el rostro era un montón de tonterías que Hollywood introdujo en las películas para romantizar a los discapacitados visuales, y que yo caí en ello sin pensarlo dos veces. No solo era bonito sino también crédulo.

—La señora del noticiero de deportes dice que eres la cosa más caliente desde el pan de molde. Creo que ella debe ser más ciega que yo.

Mi barbilla golpea mi pecho con mi profunda risa, y cuando suspiro, me paso los dientes por el labio inferior.

—¿Crees que su alejamiento fue una señal de que estoy mejor solo?
—Las palabras tienen un sabor extraño y amargo, aunque hasta hace un mes no tenía intención de querer más.

Hank resopla.

—No creo que seas tan cínico cuando se trata de amor. Tienes un gran corazón. Realmente no quieres estar solo el resto de tu vida, ¿verdad?

—Durante un tiempo pensé que sí —admito.

—Esa no es manera de vivir tu vida. Eres un buen chico, Carter. Tienes mucho que ofrecerle a alguien y, si bien es importante poder ser feliz por tu cuenta, tener otra persona con quien amplificar esa felicidad y con quien compartirla junto con todos los demás momentos especiales, de eso se trata la vida. Ahí es donde realmente empieza a ser divertido.

—Podría lastimarla. —Por muy enojado que haya estado con ella por alejarse, por muy confundido que me haya sentido, también lo entiendo. No le he dado muchas razones para confiar en mí. La perseguí sin descanso y tomé cualquier parte de ella a la que estuviera dispuesta a renunciar cada vez, y luego, cuando decidí que la quería por más de una noche, esperaba que ella me aceptara al pie de la letra. Nunca le di la certeza que quería, la seguridad que necesitaba. Solo le pedí que cerrara los ojos y saltara.

—Lastimar a alguien y ser lastimado son riesgos que se corren en el amor.

Mi cabeza gira sobre mis hombros con un gemido.

—Deja de decir esa palabra.

Hank sonríe y me pone una mano en la rodilla.

—Me encanta decir amor. Es mi palabra favorita. —Me da una palmada en la rodilla—. Entonces dime por qué hoy es diferente.

—¿Diferente? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya explicamos por qué no has sido tú mismo últimamente, pero ¿hoy? Eres un poquito más tú mismo.

Mi pecho se expande mientras pienso en ayer, cómo no podía quitar mis ojos de ella, la confirmación de que mis sentimientos eran muy reales detrás de la forma en que todo mi cuerpo zumbaba ante su proximidad, la forma en que solo deseaba jodidamente... *tocarla*. Pasar mis nudillos a lo largo de su pómulo, entrelazar mis dedos con los suyos. *Cualquier cosa*.

—La vi anoche. Solo durante dos minutos, pero ella me sonrió. Tres veces me sonrió. Y me dejó abrirle la puerta del auto, y se despidió con la mano, y yo... creo que eso es bueno, ¿verdad? Creo que significa que podría darme una oportunidad. ¿Crees que me dará una oportunidad?

Hank se ríe suavemente.

—No te das suficiente crédito a ti mismo. No es solo la chica la que necesita darte una oportunidad, eres tú mismo. Entonces, dime... ¿vas a recuperarla?

Le sonrío, apretando su mano.

—¿Alguna vez pierdo?

—No es típico, no, por mucho que odio admitirlo. Nunca he conocido a un hombre más pomposo.

—Me amas. —Todavía estoy sonriendo como un idiota y sé que él puede oírlo.

Suspira.

—Sí. Y te amaré más si agregas otra bella dama a mi vida.

—Lo estoy intentando. Lo prometo.

—Bueno, esfuérzate más. El Carter Beckett que conozco lucha por lo que quiere y no acepta un no por respuesta. —Se gira en mi dirección, esos azules brumosos flotan sobre mí—. A menos que te hayas ablandado. ¿Te has ablandado, Carter?

—Diablos, no.

—Entonces pon tu culo en marcha y busca a tu mujer.

—Sí, sí, Capitán.

—Estoy ciego de ambos ojos. No uso parche.

—¿Qué? No estaba... olvídalos. —Le hago un gesto para que se despidan. Es ridículo, lo que nos convierte en una pareja perfecta—. Eres irreal.

—Me amas —repite como un loro mis palabras.

—Sí.

—Entonces me traerás comida tailandesa para cenar esta noche y harás de esa chica tu mujer.

Saludo a Dublin, quien ladea su adorable cabeza dorada hacia mí, con la lengua colgando a un lado de su boca.

—Comida tailandesa y una mujer atrevida y desconfiada, en breve.



Son poco antes de las siete cuando estoy en la calle fría y oscura, mirando hacia el cine. Es viernes por la noche, lo que significa que el lugar está lleno y me estoy castigando por estar aquí. Ir al cine en público parecía valer la pena cuando Olivia iba a estar sentada a mi lado, pero ahora estoy solo y por primera vez me doy cuenta de que solo no es en absoluto como quiero estar.

Y aun así aquí estoy, y no sé por qué. Tal vez me aferraba a la esperanza de que las cosas se arreglaran a tiempo para nuestra primera cita, de que ella todavía apareciera. Que podría sentarme a su lado y susurrarle cosas irritantes al oído y hacerla reír, y cuando estuviera bien y oscuro, deslizaría mi mano alrededor de la suya, entrelazaría nuestros dedos y sentiría la forma en que se derretía sobre mí.

No lo sé.

En lugar de eso, me pongo el gorro en la cabeza y cruzo las puertas principales, esperando que nadie se dé cuenta de mí.

—¿Solo uno? —pregunta el chico detrás del mostrador mientras escanea el boleto en mi teléfono—. Tienes dos boletos allí.

Deslizo mis dedos por el costado de mi gorro y me rasco la cabeza.

—Sí, um...

—Dos, por favor y gracias.

Giro ante la suave voz y mi corazón intenta escapar de mi garganta cuando mi mirada se posa en la pequeña chica de cabello oscuro que ha estado ocupando cada espacio libre en mi cabeza. Ella me mira debajo de sus espesas pestañas, con mirada vacilante, insegura, pero esperanzada.

Se lame los labios y da un paso vacilante hacia adelante, con las manos retorciéndolas en el estómago, y cuando abre la boca para decir algo, me adelanto.

—Viniste.

Un rayo como el del sol explota en el rostro de Olivia y juro que irradia de adentro hacia afuera.

—Hola, Carter.

20

ADELANTE

Carter

¿Puedo tocarla? No sé si puedo tocarla.

Sigo alcanzando su mano y luego la dejo colgando en el aire antes de jalarla hacia atrás y arrastrarla sobre mi muslo. Está toda húmeda, así que probablemente ni siquiera quiera tomar mi mano de todos modos. Pero quiero sostener la suya.

Olivia se está portando bien, finge no darse cuenta de lo ansioso que estoy, de que no tengo ni idea de qué carajo estoy haciendo. Mantiene sus ojos fijos en los avances de las películas frente a nosotros, pero cada vez que la miro, la comisura de su boca se arquea mientras intenta no reírse de mí.

—Tengo mucho calor —espeto, tirando del cuello de mi sudadera. Abanico mi rostro—. ¿Tienes calor?

Se retuerce en su asiento y la diversión brilla en sus ojos mientras me mira.

—No.

—Oh. Entonces solo soy yo. —Me inclino hacia adelante, me quito la sudadera y Olivia gruñe cuando mi codo se conecta con alguna parte de su cuerpo—. Oh, mierda. —Le pongo mi sudadera en el regazo y pego mi rostro al suyo, mis manos suben y bajan por sus brazos, levantándolos, buscando... ¿moretones? No lo sé. Cristo, soy un puto desastre—. ¿Te pegué? ¿Te lastimé? ¿Estás bien? Lo siento, mis manos están muy sudorosas. —Hago girar una en el aire y luego apunto al techo—. Es el calor, creo que lo tienen al máximo. ¿Quieres que les pida que bajen la temperatura? —Empujo los apoyabrazos de mi silla, me pongo de pie y recorro la fila con el pulgar—. Les pediré que la bajen.

Olivia agarra un puñado de mi camisa y me jala hacia mi asiento.

—La temperatura está bien, Carter. Sé que estás nervioso, pero...

—¿Nervioso? ¿Yo? Psssh. —Agito una mano en el aire—. *Por favor.* Me llaman señor Confiado.

Su lengua presiona el interior de su mejilla mientras lucha contra su sonrisa.

—Uh huh.

Me hundo en mi asiento, las rodillas saltan mientras miro la pantalla pero en realidad no veo lo que hay en ella. Este cine en particular es relativamente callado considerando lo lleno que está el lugar. Supongo que las ventajas de ver una película para niños después de que todos se hayan ido a la cama. De todos modos, desearía que estuviera lleno, porque entonces tal vez tendría algo más en qué concentrarme además de lo jodidamente nervioso que me siento.

Ella está aquí. Vino sola. ¿Qué significa eso? ¿Es una cita? ¿Quiere, como... seguir adelante? ¿Conmigo? No lo arruinaré. Voy a ser jodidamente bueno y le mostraré cuánto puede confiar en mí.

—Carter, yo...

—Voy a ir a buscar bocadillos —medio grito, poniéndome de pie de un salto antes de tropezar rápidamente en mi primer paso, atrapándome contra la fila frente a nosotros.

—¿Estás ...

—Estoy bien —digo por encima del hombro, corriendo por la fila—. Bocadillos, bocadillos, bocadillos, bocadillos. —Entierro mi rostro entre mis manos en el momento en que irrumpo en el pasillo, apoyándome contra la pared. ¿Qué carajo me pasa? Ella es como de la mitad de mi tamaño. ¿Por qué le tengo miedo de repente y cómo puedo volver a ser... normal otra vez?

Elijo la fila más larga en el puesto de comida, disfrutando del tiempo a solas para calmar mi cabeza, pero cuando llego al mostrador, accidentalmente pido tanta comida que tienen que poner todos mis dulces y chocolates en una bolsa de palomitas de maíz para poder llevarlo todo.

—Gracias. —Envuelvo un brazo alrededor de las palomitas de maíz XL, el otro alrededor de la bolsa de golosinas y con cuidado tomo una bebida en cada mano—. Y, por cierto, hace un calor terrible en la sala cuatro. Quizás deberías pensar en bajar la temperatura.

El chico detrás del mostrador parpadea lentamente.

—Mantenemos todos nuestros cines a veinte grados.

Mis cejas se levantan mientras le doy una mirada penetrante.

—Sí. Jodidamente abrasador.

Con eso, lo dejo mirándome, llevando mis golosinas de regreso a la sala.

La sangre me tamborilea en los oídos con cada paso que doy, subiendo las escaleras hacia Olivia en la última fila. Sus ojos brillan mientras abre mi asiento para que pueda sentarme con las manos ocupadas. Coloco la bolsa de dulces en su regazo y ella ríe mientras mira su interior.

—Esto es mucha comida.

—Sí, como cuando estoy nervioso. Y todo el tiempo, de hecho. Y recuerdo que el día después de que nos conocimos dijiste que te gustaba más lo dulce que lo salado, así que compré algunas bolsas de chocolates y dulces, pero estamos en el cine, así que también necesitamos palomitas de maíz. ¿Te gustan las palomitas de maíz? No sabía qué querías de bebida, así que compré una cerveza de raíz y un té helado, y puedes tomar el que quieras, o podemos dividir ambos si quieres un poco de cada uno, si no te importa compartir gérmenes o lo que sea, pero si no quieres mis gérmenes, entonces está bien y podemos...

—Carter. —Olivia pone su mano en mi antebrazo. Es suave y cálido y todo lo que puedo oír es mi corazón—. Toma un respiro. Me encanta el chocolate, los dulces y las palomitas de maíz. Me gusta tanto la cerveza de raíz como el té helado, así que estoy bien con ambos, pero podemos compartirlos si quieres, porque no me importan tus gérmenes. ¿Bien?

Me lamo los labios.

—Bien.

—Gracias por esto, y gracias por la pizza extra de tocino de anoche.

—¿Encontraste la rebanada con más tocino?

Sonríe y creo que mi corazón se detiene.

—Lo hice, pero fue difícil porque había mucho tocino. Mi sueño se hizo realidad.

—Les pedí que usaran tocino real, no el *crumble* de mierda.

—Fue increíble.

—Bien. —Asiento—. Sí. Genial.

Las luces se atenúan en el cine, un zumbido silencioso se desvanece hasta convertirse en un silencio que me pone la piel de gallina mientras Olivia se recuesta en su asiento y me veo obligado a volver a fingir que no quiero tomar su rostro entre mis manos y besarla.

Soy una de esas personas que quedan completamente embelesadas con las películas de Disney. Mi hermana y yo pasábamos fines de semana enteros acostados en camas con almohadas improvisadas en el suelo de la sala de estar, viendo todas las películas de Disney de nuestra extensa colección. Es uno de mis recuerdos favoritos. Por la noche, mis padres se acurrucaban en el sofá detrás de nosotros y, si les rogábamos lo suficiente, accedían a dejarnos dormir allí, quedarnos despiertos y ver películas. Puedo

contar las veces que llegamos a la medianoche con una mano, y la mayoría de las veces cada uno de nosotros nos despertamos en nuestras propias camas.

Y, sin embargo, en este momento no puedo concentrarme en nada de lo que sucede entre Anna, Elsa, Kristoff, Sven u Olaf.

Cuando llevamos media hora de película, Olivia deja las golosinas en el suelo y yo sigo su ejemplo, colocando también las palomitas de maíz.

No puedo lograr que mi rodilla deje de rebotar y tengo ganas de hacer algo con mis manos, concretamente sostener una de las tuyas. En lugar de eso, me quito el gorro de la cabeza y me paso los dedos por el cabello, tirando de los mechones.

Olivia extiende la mano, liberando suavemente mi cabello, bajando mi mano a mi regazo, donde lentamente entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Está bien? —pregunta en un susurro.

Miro su mano en la mía, tan pequeña, tan suave, tan jodidamente cálida, y cuando la miro, me da una tierna sonrisa. La frenética carrera de mi corazón se desacelera hasta convertirse en un galope constante y la tensión en mis hombros se disuelve.

—Está bien.



—Realmente pensaste que Olaf iba a morir allí, ¿eh?

—Murió, Ollie. Elsa lo devolvió a la vida, gracias a la mierda. Me habría amotinado. —Casi corté la circulación de su mano al apretarla con tanta fuerza mientras aguardaba, con la esperanza de que el gracioso muñeco de nieve reapareciera.

—¿Te imaginas si las películas de Disney fueran tan despiadadas ahora como lo eran cuando éramos pequeños?

Me estremezco y aprieto su mano mientras atravesamos el vestíbulo del cine.

—Había mucho trauma en aquel entonces.

—Pero nos moldeó. No sería quien soy si Scar no hubiera arrojado a Mufasa por ese precipicio, ¿sabes?

—Nunca olvidaré como Simba intentaba despertarlo —respondo mientras nos adentramos en la fría noche.

Olivia suelta mi mano, se pone su gorro sobre su melena de rizos y saca sus guantes de cachorro de orejas caídas del bolsillo de su abrigo.

—Gracias, Carter. Me divertí mucho.

—Yo también. Me alegro de que hayas venido. —Me balanceo sobre mis talones, sonriéndole mientras ella me sonríe. No quiero decir adiós.

Inclina la cabeza calle abajo.

—Um, voy a ir a tomar un té a la cafetería de la calle.

—Oh. Qué casualidad. También estaba a punto de ir allí y tomar un té. Supongo que podemos caminar juntos, tal vez tomar asiento en la misma mesa.

—¿Tú bebes té?

—Nunca.

Los ojos de Olivia se cierran con su risa y envuelvo mi mano enguantada alrededor de la suya mientras comenzamos a caminar por la calle. Gordos copos de nieve comienzan a caer del cielo, se aferran a sus pestañas, a las puntas de su cabello, y ella parece un ángel de nieve.

—Supongo que estás acostumbrada a este tipo de invierno, ¿eh?

—Nos pateaban el culo todos los inviernos en Muskoka —asiente—, pero eran los inviernos más hermosos. Pinos imponentes cubiertos de nieve y lagos congelados que parecían de cristal. Mi hermano y yo caminábamos hasta Willow Beach y jugábamos hockey en el lago congelado. —Su nariz se arruga—. Pero creo que me acostumbré demasiado a estos inviernos de la costa oeste, porque lo que sea que esté pasando últimamente con este clima realmente me está afectando. Estoy así de cerca de aceptar la oferta de Cara de terminar la temporada en Cabo.

—No, no quieres hacer eso. Tendrías que escucharla a ella y a Em tener sexo telefónico todas las noches. Créeme, no es algo que quieras escuchar. He estado sometido a ello durante demasiado tiempo en nuestros viajes por carretera. —Empujo su hombro con el mío—. Además, parecen muchos días sin mí, lo que en última instancia sería una mierda para ti.

Sus ojos brillan.

—¿Ah, sí?

—Sí, me extrañarías muchísimo y tus días serían jodidamente aburridos sin que yo te hiciera reír.

Se ríe, es un sonido suave cuando abro la puerta de la cafetería. Aquí hay silencio, algunas personas esparcidas por todas partes, charlando en voz baja y bebiendo bebidas calientes.

Mete la mano en su bolso y saca su cartera.

—¿Qué deseas?

—No vas a pagar.

—Voy a pagar.

—No, no lo harás. Yo voy a pagar.

—Pagaste por las películas y los bocadillos.

—Sí, porque me pateaste el culo en el beer pong, a modo de trampa, y te debía una noche de cine. Es la misma noche, así que cuenta.

—Carter...

—No ganarás, Ollie, así que será mejor que me digas lo que quieres.

Frunce el ceño pero guarda su cartera.

—Me encantaría un London fog tea latte, por favor y gracias.

Sacando mi cartera de mi bolsillo trasero, me río.

—¿De qué te ríes?

—Solo estaba pensando en la forma en que seguías mordéndome la cabeza cuando intenté invitarte una cerveza la noche que nos conocimos, y luego susurraste “pero gracias” después de cada intento, como si no supieras cómo rechazarme tan agresivamente sin ser cortés también.

Ella reprime su sonrisa y coloca los brazos sobre el pecho.

—Estabas siendo un idiota esa noche.

—Soy un idiota la mayoría de las noches.

—No, no lo eres. Creo que finges más que nada, al menos hasta que conoces a alguien.

—Quizás tengas razón. —Inclino mi cabeza hacia una mesa privada escondida en la esquina trasera—. Siéntate. Traeré las bebidas.

También llevo galletas y muffins, y Olivia me mira como si tuviera cinco cabezas cuando dejo todo sobre la mesa.

—¿Qué? Si no lo terminas te lo puedes llevar a casa. O yo me lo comeré. Estoy siempre hambriento.

—¿Todavía estás nervioso?

Sacudo la cabeza, rompo una galleta de miel de jengibre por la mitad y deslizo la otra mitad hacia Olivia.

—No creo. Ya no. —La estudio, la forma en que está ligeramente inclinada hacia adelante, jugando con un pequeño trozo de su galleta, sus dientes rozando su labio inferior—. Pero ahora *tú* estás nerviosa.

El calor sube a sus mejillas.

—Un poco.

—¿Por qué?

—Porque necesitamos hablar, y normalmente soy buena hablando, pero... a veces me siento un poco confusa contigo.

—¿Eso es porque estás confundida?

—Sí. —Sacude la cabeza rápidamente cuando mi rostro decae, tocando con sus dedos el dorso de mi mano—. No sobre lo que siento por ti. Simplemente pienso... creo que mi mente siempre está yendo a dos lugares diferentes, pensando en todo lo que podría salir mal, pero también en todo lo que podría salir bien. Es difícil concentrarme y me pierdo en este espacio intermedio, donde simplemente estoy... asustada y confundida.

—Lo entiendo.

—¿En serio?

Asiento.

—Creo que estaba pensando lo mismo, pero tal vez de diferentes maneras. No sabía cómo dar un paso adelante, porque nunca había ido en esa dirección. Y luego, cuando quise dar un paso adelante, tú quisiste irte y fue confuso. —Miro mi chocolate caliente, con la crema batida encima, las chispas de chocolate y una pizca de canela, y cuando vuelvo a encontrarme con la mirada de Olivia, tanta vulnerabilidad brilla en sus ojos—. Puede que me haya confundido acerca de por qué estábamos en páginas diferentes, pero entiendo tus temores. —Me encojo de hombros—. Supongo que desearía que te hubieras quedado y hablado. Podríamos haber intentado resolverlo juntos.

El sonido de una charla tranquila y el ruido de platos flota a nuestro alrededor mientras Olivia reflexiona sobre mis palabras.

—Podríamos haberlo hecho —dice finalmente—. Pero, sinceramente, no creo que hubiera sido efectivo, y eso se debe a que no podía entender lo que estaba sucediendo. Creo que necesitaba alejarme para evaluar mis sentimientos, qué tan rápido y fuertes aparecieron y mis prioridades, aunque desearía no haberte lastimado en el proceso. —La punta de su uña verde bosque golpea su taza—. ¿Podríamos intentar resolverlo ahora? ¿O es demasiado tarde?

—Nunca es demasiado tarde, Ollie. Pero sí creo... creo que tal vez deberíamos tomárnoslo con calma. O al menos intentarlo. Ya sabes, citas adecuadas y esas cosas, donde puedas aprender a confiar en mí.

Su boca se arquea mientras asiente.

—Eso me gustaría, Carter.

—Sin embargo, besar no se considera lento, en caso de que te lo preguntes.

—¿Ah, de verdad? ¿Estamos hablando de besos inocentes o...?

—Hockey con amígdalas.

Suelta una carcajada, mi favorita, y se tapa la nariz y la boca con una mano.

—Eso me parece rápido.

—Bueno, tienes piernas pequeñas. Tiene sentido que pienses que todo lo que hago es rápido. Supongo que es algo en lo que puedas trabajar.

Sus ojos marrones se ponen en blanco mientras se recuesta en su silla para pasar una pierna sobre la otra y arroja sus rizos sobre su hombro.

—Y puedes trabajar para ganarte la lengua en mi boca.

Mis párpados se cierran cuando me inclino más cerca.

—¿Un reto? Me encantan los retos.

Esconde su sonrisa detrás de su taza.

—Y a mí me encanta verte perder.

—Oh, nunca pierdo, Ol.

—Bien. Solo en el beer pong.

Un gruñido retumba en lo bajo de mi pecho, y cuando Olivia se ríe mientras toma su té, sonrío.

—Me gustas mucho —murmuro.

La ternura nada en sus ojos mientras sus hombros caen.

—A mí también me gustas mucho, Carter. Gracias por ser paciente conmigo y darme algo de tiempo.

La verdad es que creo que le daría cualquier cosa que necesitara, todo lo que tendría que hacer es pedirlo.

Y cuando finalmente salimos de la cafetería a medianoche y caminamos de la mano de regreso al cine en donde ambos estamos estacionados, me pregunto si ella es lo que he estado necesitando todo este tiempo. Se siente así.

—¿Me guardas un baile mañana?

—Puedes tener tantos bailes como quieras.

Le bajo un poco el gorro y le tapo las orejas.

—¿Qué pasa si los quiero todos?

—Eso no me sorprendería en absoluto.

—Nunca he sido bueno compartiendo. —Le paso el cabello por encima del hombro y le rozo la mejilla con los nudillos—. No vas a dejarme besarte ahora mismo, ¿verdad?

—No, no lo haré. —Ella jala mi abrigo, guiando mi rostro hacia abajo hasta que mi boca se cierne sobre la suya—. Necesita trabajar en su autocontrol si vamos a hacer esto lentamente, señor Beckett.

—Bien, pero nunca he sido bueno con el autocontrol. —Observo mientras ella sube a su auto—. De todos modos, esa regla era más una pauta. ¡Y tú también quieres besarme!

—Por supuesto que sí. —Me guiña un ojo mientras empieza a cerrar la puerta—. Pero quiero verte perder más.

21

SANTAS PELOTAS

Carter

Veo en el momento en que ella cruza la puerta.

No te la puedes perder. Una cosita hermosa que se cuelga en la puerta, mi corazón deja de latir al verla.

Veo a Emmett envolverla en sus brazos antes de comenzar a quitarle el abrigo, revelando el vestido que a Olivia le tomó tres viajes al centro comercial para encontrarlo. No me preguntes cómo sé eso.

Es impresionante, pero siempre lo ha sido. Absurdamente, y esta noche no es diferente. Podría llevar mi bolsa de hockey cerrada hasta el cuello con aberturas en las sisas y seguiría siendo la mujer más hermosa que jamás haya visto.

En realidad, eso no suena tan mal. Tomo nota mental de pedirle que pose desnuda con todo mi equipo de hockey en un futuro próximo. Voy a tomar un montón de fotos de esa mujer. Mi teléfono va a estar lleno de Olivia.

Pero ella no lleva una bolsa de hockey. Mierda. No lo hace. Ese vestido. Dulces y santas pelotas de mierda, *ese vestido*.

—Mierda. —No sé si es Garrett o Adam quien dice la única palabra que se me ocurre. Ambos están mirando fijamente, con las cejas subiendo lentamente hasta sus frentes mientras siguen la línea de su pequeño cuerpo hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo y luego hacia arriba, las miradas persisten en su escote pronunciado de la misma manera que lo hace la mía.

Trago saliva.

—Sí.

Envuelta en encaje carmesí, Olivia parece tan tentadora y deliciosa como una manzana de caramelo. Es fruta prohibida y quiero devorarla.

Lucho contra un gemido mientras mis ojos recorren sus curvas perfectamente abrazadas, la forma en que el encaje se adhiere a su cintura,

se desliza por sus deliciosos muslos, antes de fluir alrededor de sus rodillas. Mide ocho centímetros más con esos tacones dorados brillantes que combinan con el pasador de su cabello, peinado en gruesas ondas esta noche.

Hay un aire de confianza en ella esta noche. Tal vez sea porque ese vestido la hace sentir tan deslumbrante como siempre, o tal vez porque arreglamos las cosas anoche. Tal vez porque está empeñada en hacerme perder el control, lista para mirar con una sonrisa. Pero si tuviera que adivinar por el simple subir y bajar de su pecho, diría que en el fondo está un poco nerviosa.

Tan nerviosa como lo estaba hace dos noches cuando levanté la vista del refrigerador y la encontré parada allí, o cuando me escapé de ella para ir a buscar bocadillos al cine anoche. No pude controlar mi maldito tono y terminé gritándole mis palabras. No creo que ella se diera cuenta, así que probablemente estoy a salvo. Totalmente en control. Tengo esto.

No soy el tonto Carter esta noche. Soy el duro Carter. Llevo una máscara impenetrable que ella no podrá... ¿penetrar? Mierda. No lo sé. Ahora solo estoy pensando en la penetración. Ya sabes, del tipo bueno. Del tipo caliente. Del tipo húmedo. Del tipo que le pone el puño en el cabello y la hace gritar mi nombre.

Totalmente en control.

Excepto, *mierda*, cuando ella gira y me muestra la cinta roja que se enrosca sobre la piel suave y lechosa de su espalda, muero un poco por dentro.

—Estoy muerto —murmuro, ajustando el bulto que se hincha rápidamente entre mis piernas. Ahora no, espada de trueno, le digo mentalmente a mi polla. *Atrás, gran amigo.*

—Está vestida para matar. —La mirada de Adam se desliza en mi dirección—. Probablemente deberías tomar eso como una señal. Ella será dueña de esta situación. Tiene el control —suspira y sacude su cabello—. Las chicas siempre tienen el control.

—Yo tengo el control —gruño en voz baja.

Porque esto es lo que pasa, soy persistente. Feroz. Voraz y tan audazmente confiado. Cuando me propongo algo que quiero, no descanso hasta conseguirlo. Olivia Parker no es diferente. Puede que la haya tenido una vez, pero una vez nunca será suficiente, no con ella. La quiero una y otra vez. Quiero ser dueño de ella, hacerla mía, *cada maldito* centímetro de ella, para nadie más que para mí.

Soy consciente de que soy un poco cavernícola.

Pero aquí está otra cosa, no me importa.

Excepto que entonces Olivia me mira por encima del hombro, con sus pestañas oscuras revoloteando, y lentamente, muy lentamente, pasa sus dedos por la curva de sus caderas, la curva de su trasero redondo, la caída de su diminuta cintura, todo mientras su labio inferior se desliza entre sus dientes.

Mierda. No tengo el control. No tengo el control en absoluto.

Olivia

Oooh, santas pelotas.

No mires, no mires, no mires.

Él está en traje. Un traje completo. Tres piezas, azul medianoche. Dios mío, no podría encajarle más perfectamente. Abrazando sus anchos hombros, estrechándose alrededor de su cintura delgada y afilada. Santa mierda, esos muslos gruesos y musculosos. Recuerdo a esos chicos malos inmovilizándome contra el colchón mientras él...

Me abanico el rostro con dos manos ágiles.

Necesito parar. Necesito no hacerlo. Necesito... mierda, no lo sé. Creo que necesito montar a ese hombre en un baño. Mi cabeza da vueltas, buscando dicho baño.

—¿Calor? —pregunta Cara, inclinándose para susurrarme al oído. Ella está deslumbrante esta noche con su ceñido encaje blanco, el equivalente femenino de Carter. Ambos son seres de otro mundo. No es justo.

—Sí. Hace mucho calor aquí. ¿Está encendido la calefacción? Deberías pedirles que la quiten. Quizás poner el aire acondicionado. Qué Calor.

Ella me ve con sus ojos entrecerrados y escépticos.

—¿Estamos en medio de una helada que Vancouver no ha visto en años, no tienes calefacción en casa y quieres que enciendan el aire acondicionado? —Ella sigue mis ojos veloces y sonríe ante mis manos que aún se agitan—. Quizás necesites que alguien apague el fuego.

—¿Eh? —Giro la cabeza en su dirección y luego de nuevo hacia Carter. Casi se me salen los ojos de las órbitas cuando me atrapa mirándolo y desafortunadamente aleteando, así que grito y agarro los brazos de Cara—.

Ayúdame. Se supone que debo tener el control. Él es quien se supone que debe ceder.

—No puedo hacerlo, Livvie-pie. No tengo las partes del cuerpo necesarias para el tipo de ayuda que necesitas. Pero te diré lo que puedo hacer. —Detiene a un camarero con una bandeja de champán, sirve una copa en otra y luego repite. Saca ambas copas llenas hasta el borde de la bandeja y me entrega una—. Puedo emborracharte.

Me río entre dientes mientras mi copa choca con la suya, y tan pronto como ese primer sorbo de champán se desliza por mi garganta, dejo escapar un profundo suspiro. Cuando termino con mi segunda copa doble de champán, Cara desaparece para socializar. Probablemente debería reducir la velocidad, pero entonces Garrett se acerca con una cerveza helada en cada mano y acepto una felizmente.

—Te ves hermosa —dice, acercándose a él. Huele bien y me pregunto a qué huele Carter esta noche. Lima fresca y hombre, esa es mi suposición. Hombre varonil. Hombre estilo vikingo que me echa sobre su hombro.

—Gracias, Garrett. —Le sonrío mientras él se aleja y su mano se desliza lentamente desde mi cintura. Su mirada se mueve por encima de mi hombro y se aclara la garganta, moviendo su mano hacia su costado—. Ustedes, los hombres de hockey, se ven muy bien —Le arreglo el nudo de la corbata, que cuelga demasiado hacia la derecha y demasiado bajo—. Es un placer verte.

Tiene una gran sonrisa y parece muy feliz todo el tiempo, despreocupado, como un lindo perro.

—Sí, extrañamos verte por aquí. Algunos un poco más que otros. —Se inclina más cerca, con la boca al lado de mi oreja—. Oye, ¿quieres aumentar la presión arterial de Carter?

—¿Qué tienes en mente?

Deja nuestras cervezas en la barra y extiende una mano, con una sonrisa furtiva.

—Baila conmigo.

Con una risita, deslizo mi mano en la suya y dejo que me lleve a la pista de baile. Su palma descansa suavemente sobre mi espalda baja mientras comienza a girarnos lentamente por el espacio, y siento el calor de la mirada de Carter cuando toca mi columna.

—No puede quitarte los ojos de encima —susurra Garrett—. Estoy bastante seguro de que actualmente está decidiendo cuál de las partes de mi cuerpo debería romper primero. —Cuando me río, Garrett sonríe y me hace girar antes de volver a meterme—. ¿Has estado al día con el equipo?

—Por supuesto. ¿Tu gol contra Las Vegas el martes? Es el beso del chef.

Su rostro se ilumina y su pecho se hincha de orgullo.

—¿Sí? Justo a través de los cinco hoyos. ¿Qué pasa contigo? Carter me dijo que entrenas al equipo de voleibol femenino de tu escuela.

—¿Habla de mí?

—¿Cuándo no está deprimido? Sí, habla de ti todo el tiempo.

No puedo imaginar una versión deprimida de Carter. Es muy optimista todo el tiempo, carismático y bullicioso. Que yo lo haya puesto de esa manera hace que una ola de culpa se apodere de mí.

—Sí —susurra Garrett, tocando la comisura de mi boca donde estoy frunciendo el ceño—. Así es exactamente como se veía. Ustedes dos están hechos el uno para el otro.

—Yo... yo no... tú... mi equipo de voleibol perdió en las semifinales, ¿y crees que realmente estamos hechos el uno para el otro? Él es Carter Beckett y yo soy Olivia Parker y soy tan baja y él tan alto, ¿somos todos compatibles, partes del cuerpo que no se alinean y cosas así?

Garrett me está mirando, sonriendo como un imbécil.

—Esa fue la ronda de vómito de palabras más impresionante que jamás haya escuchado. Pero voy a necesitar que te recuperes y te metas en el juego. Tengo dinero en juego en que Carter será el primero en colapsar, no tú.

—Tengo miedo de que hayas hecho la apuesta equivocada.

—Creo en ti, Ollie.

Eso es genial, pero a medida que la canción termina y él me deja con mi cerveza, queda cada vez más claro que no creo en mí misma. Me estoy rompiendo, desmoronándome y ni siquiera he hablado con el hombre responsable de mi muerte.

Con un suspiro que parece interminable, me froto los ojos con una mano y vuelvo a la barra para poder pegarme a un taburete antes de causarme más daño auto infligido.

Por supuesto, reboto en algo duro en el camino, mi bebida salpica el borde de mi copa, cubre mis dedos y se acumula en el suelo.

—Mierda, lo siento mucho. Estoy hecha un desastre esta noche. No estaba mirando hacia dónde iba. ¿Te mojé...? *Oh, Dios, mierda.* —Esas últimas tres palabras salen corriendo en una sola bocanada de aire.

Oh, Dios, mierda, de hecho.

—Oh, Dios, mierda —tararea Carter, con una mano metida en el bolsillo y la otra sosteniendo un vaso de cristal lleno de líquido ámbar mientras se eleva sobre mí—. Esa es nueva.

Me tiemblan las piernas. No estoy bromeando. Mi cuerpo está temblando legítimamente en este momento, y cuando Carter extiende la mano y pasa sus dedos por mi clavícula, quitando un rizo de mi hombro y dejándolo deslizarse entre sus dedos, cierro los ojos con fuerza.

¿Qué carajo está pasando ahora mismo? Anoche estaba perfectamente bien y tenía el control total cuando entré por esta puerta antes. ¿Es el alcohol? Es el alcohol. Carter definitivamente no me está debilitando. Él no está... *ganando*.

—Te cortaste el cabello.

Golpeo mi copa contra mi cabeza, que agarro con ambas manos, como si preguntara, ¿este cabello?

—Hoy.

—¿Hoy?

—Sí, lo hice hoy. —Cuando Carter frunce el ceño, me doy cuenta de que estoy al borde de gritar, como lo hizo él la otra noche. Me toco la garganta, siento la forma en que se balancea cuando trago, y lo intento de nuevo, esta vez en un susurro—. Me lo corté esta mañana. —Hago tijeras con mi mano derecha y las junto dos veces—. *Snip snip*.

Oh, Dios. Carter podría estar ganando.

—Mmm. —Me coloca el cabello detrás de la oreja y la punta de su dedo roza mi pasador dorado brillante. Sus ojos no dejan los míos mientras hace girar el líquido en su vaso y lo bebe, dejando que llene sus mejillas antes de que se deslice por su garganta. Golpea el vaso vacío en la barra antes de tomar mi cerveza medio llena y deshacerse de ella también.

Y él camina hacia adelante.

No camina. *Él acecha*. Avanza y yo retrocedo hasta que chocó contra una pared.

Sus dedos vagan por la curva de mi cintura mientras se cierne sobre mí, y mi corazón golpea contra mi esternón como si esperara que pudiera besarme, pero en lugar de eso, sus labios se detienen en mi oreja.

—Disculpe, señorita Parker. —Su aliento es cálido y especiado con dulces notas de vainilla y caramelo mientras baja por mi cuello, y su mirada cae hasta mis labios mientras se separan en una inhalación estremecedora.

La pared detrás de mí se abre de repente y tropiezo hacia atrás en completa oscuridad.

Carter acciona el interruptor de la luz, iluminando el extravagante baño al que hemos entrado.

Y luego pone la cerradura.

Mi corazón chisporrotea como un auto que muere lentamente.

Sus anchas manos agarran mis caderas mientras me hace girar hacia el tocador, golpeando mis palmas contra el mostrador. Soy muy consciente de la forma en que mi piel expuesta se quema al sentirlo, y el gran peso que presiona mi espalda baja. Las puntas de sus dedos bailan por mis antebrazos, rodeando mis bíceps cuando me agarra. Su nariz toca el lugar donde mi hombro se une a mi cuello antes de ascender y posarse en el caparazón de mi oreja.

—Empezaste muy bien —murmura—. Tan fuerte. Entraste aquí como una mujer con toda la confianza del mundo, batiendo tus pestañas hacia mí, pasando tus manos por tu cuerpo, y pensé con seguridad que estaba acabado, que estaba perdido. Todo mi autocontrol se fue por la ventana.

Arrastra su boca por mi cuello, con una mano extendida sobre mi vientre, y la otra deslizándose sobre mi cadera, bajando por la parte exterior de mi muslo hasta que agarra el dobladillo de mi vestido. El encaje raspa suavemente mi piel cuando él lo levanta, y mi aliento se corta en mi garganta mientras me arqueo lejos de su cuerpo, empujándome hacia su mano.

A la mierda el control y a la mierda ir despacio. Solo quiero que me follé.

Siento su sonrisa contra mi hombro, y cuando mis ojos se encuentran con los suyos oscuros en el reflejo del espejo, sé que me tiene. Él también lo sabe.

—Pero luego te delataste. Eres adorable cuando eres un desastre, ¿lo sabías?

La yema de su pulgar recorre el borde de mis bragas de seda y un suspiro tembloroso escapa de mis labios, las chispas revolotean por todo mi cuerpo mientras se burla de mí.

—¿Quieres que te toque?

—Sí —jadeo—. Por favor.

Un zumbido de satisfacción sube por su garganta y su boca se cierra sobre el borde de mi mandíbula. Me hundo en él, mis dedos encuentran sus ondas perfectamente diseñadas.

Luego se retira, llevándose su toque abrasador, dejándome boquiabierta en el espejo.

Me giro y observo con horror cómo se ajusta el bulto de los pantalones, se alisa la corbata y se arregla el cabello.

—¿Qué estás haciendo?

Inclina la cabeza hacia la puerta.

—Regresando.

—Pero tú... dijiste... yo dije...

Su gran mano sostiene mi mandíbula.

—Dijiste que querías que te tocara. Y tal vez lo haga. Mañana.

—¿Mañana?

—Después de ir a almorzar.

—¿A... almorzar?

Asiente y pone su teléfono en mis manos.

—Dirección, por favor. Así puedo recogerte mañana para nuestra cita.

—Yo...

—Ahora, Olivia.

Me esfuerzo por ingresar mi dirección bajo el peso de su mirada, y cuando termino, me arrastra hacia el ruidoso pasillo.

Levantando mi rostro, me da un tierno beso en la comisura de mi boca.

—Se ve usted absolutamente impresionante, señorita Parker.

Cara se lanza entre un grupo de personas mientras veo a Carter desaparecer. Ella me agarra por los hombros y me sacude, haciendo que mi cabeza tiemble.

—¿Qué demonios acaba de pasar? Estuvieron allí como diez minutos.

—Su mirada baja y nota mis mejillas sonrojadas y mi vestido arrugado—. Ay, Dios mío. ¡Tuviste sexo en el maldito baño! ¡Lo sabía!

Su cabeza gira mientras grita a la multitud.

—¡Garrett! ¡Me debes a mí, a Em y a Adam cien dólares cada uno!

—¡A la mierda con eso! —grita desde el abismo—. ¡No hay manera de que se haya rendido tan rápido!



Han pasado tres horas y me pregunto cuándo va a sacar provecho Carter del baile que me hizo prometerle anoche. No faltan jugadores de hockey que quieran bailar esta noche, eso es seguro. He estado dando vueltas en la pista de baile toda la noche con muy pocos descansos entre ellos, pero el hombre con el que realmente quiero bailar parece perfectamente feliz de mirarme desde lejos.

Estoy exhausta, un poco mareada y lo suficientemente borracha como para no poder dejar de reírme. Si no me invita a bailar pronto, me quedaré dormida en el guardarropas.

Todo lo que me ha dado son miradas persistentes, sonrisas escondidas detrás del borde de su vaso, caricias en la parte baja de mi espalda mientras se inclina a mi alrededor en la barra para pedir una nueva bebida. Estoy nerviosa, que es exactamente donde él me quiere.

—Tus pies ya deben estar matándote —dice Adam mientras nos balanceamos hacia adelante y hacia atrás, con mi mano en la suya—. ¿Has tomado un descanso?

—Ustedes no parecen tener esa palabra en su vocabulario.

Él se ríe.

—Tienes razón.

—No puedo esperar a llegar a casa, guardar estos tacones en un armario y meterme en un baño de burbujas.

—¿Con un buen libro y una copa de vino?

—Tal vez sin vino. —Estoy segura de que mis mejillas sonrojadas lo dicen todo—. He tenido mi parte justa esta noche.

Adam me hace girar y me atrae hacia adentro. El humor brilla en sus ojos cuando se fijan en un punto sobre mi hombro.

—Me encanta poner celoso a ese hombre.

Nos mueve en un círculo lento, colocándome de manera que pueda ver a Carter, que está sentado contra una pared con un puñado de sus compañeros de equipo. Sus ojos rebotan alrededor de Adam y de mí, y la posición de nuestras manos, que es bastante inocente, el hombre tiene novia, aunque ella no está aquí, antes de regresar hacia mí.

Una sonrisa torcida florece en su rostro, dibujando sus profundos hoyuelos, y deja su vaso, enderezándose de la pared.

Adam se ríe.

—Ya era hora. Ha estado intentando convencernos toda la noche de que él tiene el control. —Su mirada azul se posa en la mía, su sonrisa llena de bondad—. Estoy muy feliz de que ustedes dos estén intentando esto. Ha estado enamorado de ti desde el primer día, cantando sin parar y sonriendo como un imbécil. Está muy emocionado de pasar tiempo contigo mañana. El resto de nosotros estamos emocionados de que deje de quejarse.

—No escuches a Adam —retumba la voz baja de Carter detrás de mí—. Él no sabe de lo que está hablando.

—Nos envió un mensaje de texto a todos literalmente en el momento en que te fuiste anoche, Ollie, créeme.

—Está bien. —Carter se interpone entre Adam y yo—. Suficiente de eso. Mi turno.

—Estaba empezando a pensar que no ibas a sacar provecho de tu baile —le digo mientras él me aprieta contra su pecho, con una mano en mi espalda y la otra sosteniendo la mía.

—Quería ser el último.

—Mmm. Tus amigos te están delatando.

Sus ojos verde bosque brillan.

—Tal vez estén llenos de mierda.

—Tal vez. —Entrelazo mis dedos en su nuca—. Pero no creo que lo estén. Creo que me extrañaste y creo que anoche te jactaste de ello ante tus amigos.

La comisura de su boca se arquea.

—Parte de mi arrogancia se te está contagiando.

—Apuesto a que te gustaría contagiarme algo más.

Carter se ríe a carcajadas y lo siento como el mayor logro de mi vida.

—Qué traviesa, señorita Parker. Deben ser los tacones. La altura adicional te da mayor confianza. —Su boca baja, flotando sobre la mía—. Pero sabes lo que pasa cuando has sido mala, ¿no? Te castigan.

—Mmm. ¿Quién? ¿Tú?

—Solo yo. ¿Quieres estar de rodillas cuando te castigue o sobre mi regazo?

Los latidos de mi corazón vibran, se instalan entre mis piernas y las mariposas estallan en mi estómago, arremolinándose tan violentamente que me siento mareada. Necesito irme a casa antes de rogarle accidentalmente a este hombre que me folle en el lavabo del baño. Tengo estándares más altos que eso.

¿Los tengo? No, no lo creo.

—¿Qué te pasa, Olivia? Parece que estás vacilando.

Mis labios se aprietan mientras mi cabeza se mueve.

—No. No. Solo estoy... —Me alejo de él, sacudiendo mis manos antes de presionar una en mi frente—. Cansada. Súper cansada. Creo que necesito volver a casa.

Me pongo de puntillas, beso su aturdida mejilla, saludo con la mano por si acaso y me lanzo hacia el armario de abrigos. Una vez que me he despedido de los futuros novios, enfrento el frío. Hay una nueva capa de nieve cubriendo las aceras, besando mis dedos de los pies, y mis dientes rechinan cuando abro la aplicación Uber en mi teléfono.

Una lujosa limusina se detiene enfrente, parada junto a la acera, y cuando el conductor abre la puerta trasera y hace un gesto para que entre, mis cejas se acercan a la línea del cabello.

Me señalo a mí misma y él sonríe y asiente.

Agito una mano en el aire.

—Oh, no. Debes haberme confundido con alguien más. Estoy a punto de pedir un...

—Entra. —Carter me quita el teléfono de la mano y me lleva hacia la limusina con su mano en mi espalda.

—Pero yo...

—Sube al auto, Olivia. —Su pulgar enguantado de cuero roza mi tembloroso labio inferior—. Se te van a caer los dedos de los pies y quiero asegurarme de que llegues sana y salva a casa.

—Bien, De acuerdo. —Mi cabeza se balancea pero mis pies no se mueven.

Carter me da un suave empujón, sus manos aprietan mi cintura mientras básicamente me levanta del suelo y me coloca en el asiento trasero. Se desliza a mi lado, abre las piernas y, cuando recita mi dirección por el altavoz, resisto las ganas de resoplar.

—¿Estás comprobando que no te haya dado una dirección falsa?

—No harías eso. Te gusto mucho.

Poniendo los ojos en blanco y cruzándome de brazos, miro fijamente hacia el divisor que nos oculta del conductor, fingiendo no notar la forma en que Carter coloca sus guantes en su regazo y procede a ver su teléfono. Pero diez minutos después, no me ha prestado ni la más mínima atención mientras estoy atrapada en esta caja de acero con él, y si yo no consigo tener el control, él tampoco.

—¿De verdad estás revisando las actualizaciones deportivas ahora mismo?

Una sonrisa furtiva se dibuja en sus labios.

—No.

—Estás siendo un idiota.

—No quieres decir eso.

Paso una pierna sobre la otra.

—Tienes razón. No sabes mirarme ni hablarme sin perder el control. Lo entiendo. Esto es más fácil para ti.

Ahí está.

Guarda su teléfono en el bolsillo de su abrigo y gira en mi dirección. Unos ojos verdes eléctricos se posan en mis labios y, cuando él se acerca a mí, se me corta el aliento en la garganta.

—¿Estás diciendo que no sé cómo jugar, Parker?

—Aparentemente no este, Beckett.

—¿Crees que puedes jugar mejor que yo?

—¿No es eso lo que he estado haciendo?

Su palma toca mi clavícula, empujándome hacia mi espalda, y sus manos golpean los asientos de cuero, sujetando mi cabeza mientras flota sobre mí. Deja caer sus caderas sobre las mías y el calor de su toque quema mi piel mientras coloca su mano por mi muslo, deslizándola debajo de mi vestido.

Deja besos lentos y húmedos por la columna de mi garganta, mordisqueando el borde de mi mandíbula y deteniéndose en mi oreja.

—Pruébalo.

Un dolor crudo se despliega entre mis piernas cuando él se aleja, rozando con su pulgar mis bragas de seda, y la protuberancia palpitante debajo.

Se recuesta en su asiento, pareciendo demasiado satisfecho consigo mismo, sonriendo ante las malditas actualizaciones deportivas de nuevo.

El auto se detiene menos de diez segundos después, y antes de que pueda abrir la boca, salto del auto y cierro la puerta detrás de mí.

—Ollie —me llama, persiguiéndome. Odio que salga una risa, y odio aún más cuando me resbalo en un trozo de hielo en los escalones de mi porche, enviándome volando hacia atrás, directo a su estúpido y duro pecho—. ¿Gané? —pregunta, dejándome en mi puerta.

—No —me quejo, entrando a mi casa helada. Me quito los tacones—. No te he besado.

Está haciendo un trabajo de mierda al ocultar esa sonrisa engreída en su rostro.

—Se supone que debemos tomar esto con calma.

—Lo sé.

—Así que nada de besos.

—Sí.

—¿Te sentirías mejor si ganarás?

—No...

Carter se traga mis palabras con la boca, sus dedos se hunden en mi cabello mientras mi espalda golpea el armario del vestíbulo. Su mano se desliza por mi pierna, debajo de mi vestido, envolviendo mi cadera desnuda mientras me muevo contra él. No tiene por qué importarme que la puerta principal esté abierta y que el pobre conductor de la limusina esté disfrutando al cien por ciento de un espectáculo gratuito en este momento.

—A la mierda con ir despacio —gruñe—. No puedo hacerlo lento. No contigo.

Dios, no quiero ir lento. Quiero abrir todo esto de par en par, la química, la pasión, el fuego. Quiero darle todo de mí y tomarlo todo.

Carter se aleja, pasando su mano por su boca, su respiración es irregular y desigual mientras su mirada me recorre. Algo florece allí, algo vulnerable y cauteloso. Se aclara la garganta y baja la mirada.

—Yo... te extrañé mientras no estabas.

Con mi mano en su mejilla, guío su mirada hacia la mía.

—Yo también te extrañé mientras no estaba.

Ahí está esa sonrisa de megavatios, dientes perfectos y hoyuelos profundos, y antes de irse, regresa corriendo a la limusina, salta el escalón helado y regresa un momento después con una pequeña caja azul que presiona en mi mano.

Coloca un beso prolongado en mis labios.

—Que duermas bien, chica Ollie.

Una vez que estoy sin maquillaje, abrigada y cómoda con mis calcetines y pijamas peludos, me paro sobre la encimera de la cocina y levanto la tapa de la caja azul. Adentro hay un pastelito, y la pequeña banderita que sobresale del glaseado me dice que es nuez con miel, cubierta con glaseado de crema de mantequilla con miel y trozos de tocino.

Hay una pequeña nota pegada debajo de la tapa:

Te compré el que tiene más tocino.

xo Carter

22

NO ESTOY ANSIOSO; YO TENGO
EL CONTROL*Carter*

—Deja de sonreír como idiota.

—No puedes ver una mierda, viejo.

Hank encuentra mi rostro, lo cubre con su mano y lo aparta.

—Sé que te gusta el dorso de mi mano, Carter.

Riendo, termino de reorganizar la comida en su plato antes de deslizárselo.

—El filete es a las doce, los huevos revueltos a las tres, las croquetas de papa a las seis y las tostadas con mermelada a las nueve. —Espero a que localice su tenedor antes de responderle—. Puede que esté sonriendo un poco, pero nunca como un idiota.

Resopla, apuñalando su filete.

—Lo dudo mucho, pero ¿por qué no sigues adelante y me cuentas por qué estás sonriendo? —Me hace un gesto con el tenedor—. ¿Tiene algo que ver con por qué llegaste tres horas antes hoy y estamos desayunando en lugar de almorzar?

La cabeza de Dublin va y viene entre Hank y yo, observando cada bocado que desaparece. El pobre tiene un charco de baba tan grande a sus pies que estoy empezando a preocuparme de que pueda ser un peligro para resbalarse, así que lo dejo comer una salchicha que tenía en mi mano.

—¿Estás alimentando a mi maldito perro otra vez? Lo malcrías. —Los propios dedos de Hank encuentran un trozo de filete y sonrío cuando Dublin no duda en devorarlo.

—Tengo una cita hoy. Una cita para almorzar. —En realidad, una cita que durará todo el día, pero Olivia aún no lo sabe. Estoy bastante seguro de que solo dije almuerzo.

Miro a Hank, con la mano agarrando el tenedor en el aire, a medio camino de su boca, que está abierta. No tiene por qué parecer tan sorprendido. Soy digno de una cita. Puedo tener citas. No es gran cosa.

—¿Olivia? —finalmente susurra—. ¿Recuperaste a la chica?

—Lo hice. —Mi voz suena tan emocionada como sé que parezco.

Su tenedor golpea la mesa cuando aplaude, antes de extender la mano y agarrar la mía. Su sonrisa es tan amplia, tan genuina que hace que la mía crezca.

—Sabía que lo harías, Carter. —Gira hacia Dublin—. ¿No te lo dije, Dubs? Te dije que Carter la recuperaría. Te dije que estabas equivocado, que no es un marica. —Le da unas palmaditas en la cabeza a Dublin—. No deberías hablar así de él cuando no está cerca, amigo. Es un buen tipo.

Pongo los ojos en blanco, refunfuñando en voz baja.

—¿La besaste?

—Mmm. Aunque no era mi intención. —Un ejemplo perfecto de lo que tengo en control, es decir, nada de nada. Francamente, es un milagro que no me la follé en el baño de la fiesta. El trozo de seda que llevaba entre las piernas era una lamentable excusa de ropa interior.

—¿Qué diablos quieres decir con que no fue tu intención? ¿Quién no quiere besar a una bella dama a la que intentas conquistar? —Cruza las piernas y me da una patada en la rodilla en el proceso. Estoy bastante seguro de que fue deliberado.

¿Por qué no quise besarla? Buena pregunta.

Oh, sí. Porque estoy tratando de recordarnos a ambos quién está a cargo. Cierto.

Excepto que no estoy seguro de que sea yo. Creo que podría ser ella.

Estoy bastante seguro de que es ella.

—Estoy tratando de tomar el control.

Hank se ríe disimuladamente en su servilleta. Gira rápidamente en espiral y, de repente, se desploma sobre la mesa y todos en el restaurante miran para ver qué es tan gracioso.

—¿Control? ¿Tú? ¿Un hombre? —Golpea la mesa con la palma de la mano—. Mierda, nunca había escuchado algo más divertido. Carter, déjame decirte algo, hijo. —Apoyándose en su codo, extiende su mano entre nosotros, señalando mi dirección—. En una relación, la única persona que siempre tiene el control es la mujer. Ella siempre, siempre, siempre, *siempre*,

tiene el poder. Te posee a ti y a esas cosas que cuelgan entre tus piernas. — Supongo que coloca ambas manos una al lado de la otra, alrededor de pelotas imaginarias. Recostándose en la cabina, suspira—. Cuanto antes te des cuenta de eso, mejor.

—No lo creo. Lo hice bastante bien...

—No, no lo hiciste. La besaste aunque no era tu intención. ¿Por qué? Porque ella tiene el poder. Porque echaste un vistazo a ese rostro bonito y te desplomaste en el suelo a sus pies. Y siempre lo harás, porque la pondrás antes que nadie y todo lo demás.

Bueno, eso da un poco de miedo. El hockey es mi número uno. O supongo que mi familia lo es, y el hockey lo sigue de cerca. Aun así, ¿podría Olivia ser tan importante? ¿Podría superar al hockey?

Esa es una pregunta estúpida. Ella ya lo ha hecho. Es evidente en la forma en que perdí antes de que realmente la jodiera con mi juego. Y eso da miedo porque ni siquiera estábamos juntos en ese momento. No había un nosotros, solo una flagrante falta de nosotros.

—¿Cuándo podré conocer a la dama especial?

—¿Si quiero mantenerla cerca? —Paso mi tostada de centeno por la yema de huevo y me la meto en la boca—. Nunca.

Se ríe y me lanza una servilleta enrollada.

—Hijo de puta.

Hank y yo salimos a caminar antes de llevarlo a casa y lo ayudo a instalarse en su La-Z-Boy. Dublin se arroja al lado de su padre mientras preparo a Hank con sus audiolibros. Le encanta escuchar romances obscenos. Dice que es la única acción que recibe.

—Diviértete en tu cita, Carter. No hagas nada que yo no haría.

Miro la portada del libro que aparece en la tableta que le regalé hace dos años para su cumpleaños. *Cincuenta Sombras Más Oscuras*.

—No creo que debamos preocuparnos por eso.

Su mano busca la mía y cuando la tomo, la aprieta.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, viejo sucio.



No estoy ansioso, yo tengo el control. Hay una diferencia.

Si estuviera ansioso, ¿habría llegado veinte minutos antes y me habría quedado en el auto? Tal vez.

Si estuviera ansioso, ¿estaría simplemente mirando la casa de Olivia? También tal vez.

No es que no sepa cómo ir a una cita. No es que tenga sentimientos muy reales por ella que me asusten muchísimo. Si estuviera ansioso, ¿lo haría? Está bien, estoy jodidamente ansioso. Lo entiendo. Pero no es gran cosa. Todo el mundo se siente así antes de su primera cita, ¿verdad? Ya sea que tengan dieciséis o casi veintiocho años.

¿Cierto? Cierto.

Hay un medio grito de sorpresa desde el interior de la pequeña casa cuando finalmente toco el timbre.

—Mierda. Jódeme. Llega temprano. No estoy lista.

Miro mi reloj. Llego un minuto y treinta y dos segundos antes. Y como mencioné, en realidad llevo aquí veinte minutos, sentado en mi auto. Salí tres veces, subí las escaleras de la entrada, luego me di la vuelta y regresé corriendo al auto.

Pero no fue porque estuviera ansioso.

Olivia todavía no ha respondido, pero obviamente sabe que estoy aquí, así que toco el timbre nuevamente, tres veces en rápida sucesión, sonriendo ante las maldiciones que salen de su boca mientras sus pasos se acercan.

La puerta se abre, revelando a Olivia en todo su esplendor.

En pijama.

Lleva una camiseta de gran tamaño de la Universidad de BC con un agujero en el costado de la cintura y un par de pantalones largos a rayas que son tan largos para ella que le cubren completamente los pies, excepto los diminutos dedos rosados. En su defensa, cuando la llamé esta mañana, le dije que se vistiera informalmente.

—Esto es un poco más informal de lo que esperaba, pero podemos hacerlo funcionar. —Sacudo un poco de nieve de mi gorro y entro—. Estás sacudiendo toda la vibra de “me desperté así”. —Con una sonrisa y un guiño, me inclino más cerca—. Me dan ganas de llevarte de vuelta a la cama.

Nunca sé lo que voy a conseguir con Olivia y creo que esa es una de las cosas que me gustan de ella. A veces es rápida con las respuestas atrevidas y, a veces, como ahora, simplemente me mira fijamente mientras su rostro se inunda de calor.

Y ella todavía no habla.

¿Pensé que yo estaba nervioso? Psssh. No se compara con Olivia.

—Oh, Dios mío —susurra—. No he dicho una palabra todavía, ¿verdad?

—Solo estás mirándome —confirmo.

Entierra su rostro entre sus manos.

—Estoy hecha un puto desastre esta mañana.

Riendo, la arrastro hacia mis brazos, abrazándola con fuerza.

—Está bien. Me hace sentir mejor el hecho de que me llevó cuatro intentos llamar a tu puerta.

—Pensé que tenías el control.

—¿Puedo decirte la verdad? —Pongo un dedo debajo de su barbilla y le inclino su rostro hacia arriba—. Nunca me había sentido tan jodidamente impotente. Por eso voy a besarte ahora en lugar de esperar hasta el final de nuestra cita como me prometí a mí mismo, ¿de acuerdo?

La comisura de su boca se levanta e inclino el cuello, tocando mis labios con los suyos. Al principio es tentativo, una exploración lenta, poniendo a prueba los límites. Pero luego sus labios se abren en un suspiro, dejándome probarla, y su puño agarra mi abrigo para mantenerse erguida.

—Ol —susurro contra sus labios.

—Mmm.

—Ve a vestirme.

Un ruido poco impresionado retumba en su garganta, y veo su trasero rebotar en esos pantalones delgados mientras se pavonea por el pasillo, desapareciendo detrás de una puerta.

Observo la pequeña entrada y sonrío a la cadena que le regalé para Navidad y que cuelga junto a su abrigo. Tiene dos llaves y una placa de identificación, y sigo el rayo brillante de Olivia.

Soy un poco entrometido, así que abro el armario del pasillo y me sorprende gratamente encontrar sus patines de hockey exactamente donde esperaba que estuvieran. Mi pulgar se desliza sobre la hoja, complacido de encontrarlos afilados. Salgo silenciosamente por la puerta y los guardo en mi maletero, todo antes de que ella termine de arreglarse.

Me quito el abrigo y camino hacia la sala de estar, tratando de ignorar el frío cortante en el aire mientras me siento en el sofá. Hay una pila de novelas románticas que probablemente despertarían el interés de Hank en un lado de la mesa de café, una pila de papeles que parecen ser pruebas calificadas acerca del sistema reproductivo femenino en el otro, y el bolígrafo que descansa encima tiene marcas de dientes perfectos grabado en él.

Recogiendo el marco de la mesa auxiliar, examino la fotografía que creo que es de la Navidad pasada, a juzgar por el árbol del fondo. Olivia tiene

un bebé sonriente en brazos (aterrador) y esa pequeña niña de cabello castaño de la foto de Cara pegada a su costado. No estoy seguro de haberla visto alguna vez tan feliz como en esta foto.

—Esos son mi sobrina y mi sobrino —me dice Olivia desde la puerta—. Alannah y Jem.

Esta mujer frente a mí es tan hermosa sin esfuerzo que no sé qué hacer conmigo mismo. Vestida con un par de pantalones y un suéter de punto color crema de gran tamaño que cuelga ligeramente de un hombro, a mis ojos es la perfección absoluta.

Ella juguetea con sus manos.

—Lamento que esté tan desordenado aquí.

Hay una timidez en su voz que es diferente de todas las otras veces en las que le gusta estar un poco en silencio conmigo. Una vulnerabilidad que me permite saber que ella está lista para comenzar a dejarme entrar, y tengo la sensación de que estoy a punto de ver algunas partes de ella que nunca he visto. Lo que no me siento bien es que parece preocupada de que no me guste del todo una vez que la conozca.

Doy unas palmaditas en el cojín a mi lado.

—Ven aquí.

—Bien —susurra, pero sus pies permanecen firmemente en su lugar.

—Un pie delante del otro —bromeo.

Su sonrisa es amplia y hermosa, boba. Se golpea la frente con una mano antes de acercarse y, tan pronto como está a mi alcance, la atraigo hacia mí.

—Sé que hablamos el viernes por la noche, pero creo que deberíamos ventilar todo para poder empezar de nuevo y seguir con esos besos explosivos, ¿no?

Le doy un apretón en la mano cuando no responde.

—¿Ollie?

Parpadea, sobresaltada.

—¡Oh! ¡Ay, Dios mío! Respondí en mi cabeza. Sí, quiero besarte. Oh, mierda. —Sus ojos se abren y retira sus manos—. Quiero decir, quiero que me beses. ¡No! —Se agarra su rostro—. ¡Hablar! ¡Quiero hablar! Oh, mierda. Esto es horrible.

—Eres jodidamente adorable cuando estás nerviosa. —Le coloco un rizo suelto detrás de la oreja—. Solo necesito saber cómo te sientes.

—Tengo miedo —admite—. Miedo de que tus sentimientos sean temporales cuando sé que los míos no lo son.

—Pasé casi dos semanas tratando de convencerme de que eran temporales, de dejarlos ir y dejarte ir después de que te fueras. No funcionó. Creo que de alguna manera se hicieron más fuertes, y eso fue realmente confuso para mí, especialmente cuando pensé que estabas en una cita. No sabía por qué era tan fácil para ti seguir adelante, pero imposible para mí.

—Era simplemente Alannah —me asegura—. Mi sobrina. A veces pasa el fin de semana aquí y tenemos todas estas citas, como salir a almorzar o al cine.

—Me lo dijo Cara. Si tan solo hubiera preguntado... —Me rasco la nuca y el calor me sube a los oídos—. ¿Estás enojada conmigo por lo que hice?

Olivia cubre mi mano con la suya.

—No, Carter. Sé que no hiciste nada, que estabas sufriendo y estabas tratando de arreglarlo.

—Estaba tan decepcionado conmigo mismo. —Un dolor sordo golpea mi pecho, dejándome expuesto—. Solo por pensarlo, por considerarlo, aunque sea por un minuto. No sabía cómo manejar lo que estaba sintiendo. Todo es tan nuevo.

—Parece que ambos necesitamos ser un poco más pacientes con nosotros mismos.

Veo nuestros dedos enredarse.

—Quiero salir contigo, Ollie. Quiero invitarte a cenar e ir a ver películas de Disney y dedicarte mis goles sin sentirme mal por ello. Quiero que le demos a esto una oportunidad real.

Su mirada es firme, evaluadora.

—Ese es un gran cambio para ti.

—Uno que estoy listo para hacer si somos tú y yo.

Sus dientes blancos rozan su labio rosado.

—Soy una especie de persona integral, Carter, lo que significa que tengo que ser capaz de imaginar un futuro con alguien antes de decidir dar el siguiente paso. Por eso es tan importante para mí una conexión genuina y siento que la tengo contigo. Entonces, si eso te asusta... solo quiero que lo sepas.

Pienso en la cadena que cuelga junto a la puerta de entrada. Fui de compras en Nochebuena, el día después de la recaudación de fondos, porque sabía que quería regalarle algo. Pero más allá del regalo, fueron las palabras que escribí las que más significaron para mí. Esperaba con ansias el año nuevo, porque esperaba con ansias un año con ella en mi vida.

—Estoy totalmente de acuerdo, siempre y cuando seas tú con quien esté totalmente de acuerdo. —Mis labios se encuentran con los suyos en un beso suave y amplio, y cuando suspira, me separo y la abrazo contra mí—. ¿Todavía tienes miedo?

Ella pasa un dedo por mi clavícula.

—Sí.

—¿A que le temes más?

—A caer —responde en voz baja y sin dudarlo.

Mi pulgar patina sobre su labio inferior.

—Yo te atraparé.

—¿Lo prometes?

Al atraerla hacia mí, la quemo con un beso que se siente como un futuro que nunca supe que quería.

—Lo prometo.

23

BLOQUEADOR DE POLLAS

Olivia

Estoy segura de que a innumerables mujeres les encantaría estar al otro lado de la atención total de Carter Beckett, pero mentiría si dijera que no es un poco intimidante sin esa dosis de confianza que normalmente tengo cuando estamos juntos.

Fue fácil el viernes cuando él era un desastre, pero creo que hoy soy yo el desastre.

Además, está observando cada bocado de comida que me llevo a la boca, lo cual es un poco incómodo.

—Uh, disculpen.

Los ojos de Carter pasan por encima de mi hombro ante la interrupción. Lo miro y encuentro a un grupo de universitarios parados allí jugueteando con sus teléfonos.

—¿Podemos tomar una foto?

Este es el cuarto grupo en preguntar. La respuesta de Carter ha sido siempre la misma.

—Absolutamente. Estoy almorzando con mi chica ahora mismo, así que te veré al salir. —Termina con un guiño y cubre mi mano con la suya. Cubrir mis manos es nuevo. Sospecho que es porque son lo suficientemente jóvenes que Carter siente la necesidad de reclamarme, lo cual es ridículo. Lo quieren a él, no a mí.

Además, todavía estoy tambaleándome por el, *mi chica*. Lo ha dicho cuatro veces y cuatro veces mi corazón ha caído libremente de mi pecho y se ha asentado entre mis muslos. Si este hombre no entra dentro de mí en algún momento hoy, voy a implosionar. Estoy a la mitad de mi comida, lo que significa que nuestra cita casi ha terminado. La inminente implosión comienza a parecer bastante probable.

Intento no sonrojarme mientras los chicos se alejan murmurando que Carter Beckett tiene novia. No soy su novia. Estamos saliendo. Y si va bien, quizá pronto le pongamos una etiqueta oficial. Pero no hay presión. Ninguna en absoluto. Si él quiere, o lo que sea.

—Deja de sonrojarte —murmura antes del último bocado de su hamburguesa gigante. Se mete un tenedor lleno de *Poutine*⁴ en la boca antes de apuntarme con el tenedor—. Y cualquier conversación que tengas contigo misma en tu cabeza, deténla.

—No me digas qué hacer.

Sonríe, se inclina hacia adelante y me señala con el dedo, y lo encuentro en medio porque no hay imán más fuerte que Carter Beckett.

—Si estás tratando de irritarme para llevarte a casa y follarte, no va a funcionar. —Besa mi puchero de sorpresa antes de sentarse y beber su cerveza—. ¿Vas a terminarte eso? —El movimiento de sus cejas apunta a mi plato.

Acerco mi plato.

—¿Crees que puedes burlarte de mí y luego robarme la comida? No tienes idea de con quién estás tratando, Beckett.

Tararea, secándose las manos con la servilleta antes de que desaparezcan debajo de la mesa, y grito cuando coloca mi pie en su regazo. Sus dedos hacen un tortuoso recorrido por el interior de mi muslo, y dejo de respirar cuando uno de ellos sube por la costura de mis pantalones.

Puede que haya un mantel ocultando su indecencia, pero eso no me impedirá patearle los huevos a este hombre si me lleva más lejos en este momento, especialmente cuando me acaricia suavemente y susurra:

—Qué caliente está aquí abajo.

Me libero de su agarre y le paso mi plato, tratando de calmar el aleteo en mi estómago. Muere rápidamente cuando veo esa sonrisa irritantemente sexy y mortal mientras comienza a devorar el resto de mi comida.

Para cuando me obliga a comer el postre y se toma fotografías con todos en el restaurante, estoy completamente llena e incómoda, y tal vez lista para una siesta después del almuerzo.

Coloco mis palmas sobre mi estómago y gimo una vez que salimos.

—Me duele el estómago.

Carter me hace girar hacia él, con una mano en mi espalda baja mientras me inclina.

⁴ Plato de la gastronomía Quebequesa, esta elaborado de papas fritas, queso en grano fresco o cheddar y salsa de carne.

—Supongo que tendremos que quemar toda esa comida. —Sus palabras se disuelven en mi lengua como azúcar y me aferro a él con todas mis fuerzas.

—*¡Olivia!*

Mis ojos se abren de par en par al oír mi nombre, y Carter me levanta de nuevo, girando su cabeza.

—Mierda. —Un brazo largo se extiende y me coloca detrás de él mientras varias cámaras se ponen a enfocarnos.

—*¡Es Olivia! ¡Ella está de vuelta!*

—*¿Dónde ha estado?*

—*¡Carter! ¿Olivia es tu novia?*

—*¿Está oficialmente fuera del mercado, señor Beckett? ¿No más juegos nocturnos en el huerto de conejitas?*

—*¿Cuál es tu apellido, cariño?*

—Váyanse a la mierda. —El gruñido de Carter es una advertencia que hace que se me ponga la piel de gallina en la nuca—. No tendrán su apellido. No tendrán una mierda. —Sus dedos se entrelazan con fuerza con los míos mientras me jala hacia su costado y comienza a arrastrarnos calle abajo, mirando al suelo.

Las cámaras nos siguen, y cuando el auto de Carter aparece a la vista, trepo hacia él y tropiezo con la acera. Me atrapa por la cintura antes de que pueda plantarme frente en el asfalto, y mis pies no tocan el suelo mientras me arrastra hacia el lado del copiloto, metiéndome dentro.

Carter está en el asiento delantero y nos tiene a la vuelta de la esquina antes de que pueda contar hasta cinco. Se detiene en la calle y se gira hacia mí, quitándome los guantes de las manos y llevándose mis nudillos a los labios.

—Lo siento mucho. Alguien debe haber publicado una foto en el restaurante. —Toma mi rostro entre sus manos y me mira como si pudiera estar herida. No lo estoy, solo estoy... ¿avergonzada? Ni siquiera lo sé—. ¿Estás bien?

Asiento.

—Yo no... —No sé cómo decirlo sin herir sus sentimientos.

—No quieres ser una chica que fotografíen con Carter Beckett.

—Lo siento.

—No te disculpes, Ollie. Pero sucederá. Mientras estemos juntos habrá fotos. Sin embargo, todo esto tiene un lado positivo. Ahora hay

evidencia fotográfica de que estoy saliendo con la profesora más sexy del mundo.

Suelto una carcajada, solo porque parece muy sincero.

—Con el tiempo, serán noticias viejas. Cuanto más estemos juntos, más aburrido seré para ellos. Puedo verlo ahora. —Pasa una mano por el aire formando un arco—. “Carter Beckett, visto por décima noche consecutiva con una profesora de secundaria muy atractiva”. —Me aprieta las manos—. Créeme, princesa, se volverá aburrido rápidamente.

Mi nariz se arruga.

—No soy una princesa.

Me guiña un ojo y vuelve a poner el auto en marcha.

—Eres mi princesa.

Pongo los ojos en blanco para distraer la atención del hecho de que podría gustarme ese ridículo apodo.

—¿Qué vas a hacer el resto del día? —Es mi forma no tan sutil de preguntar si nuestra cita terminó.

—Tú. No te llevaré a casa hasta la hora de dormir. —Su mirada juguetona se desliza en mi dirección—. ¿Te parece bien, *princesa*?

Levanto un hombro perezoso.

—Supongo.

Una sonrisa se enciende en su rostro, pero antes de que pueda criticarme por mi indiferencia de mierda, un timbre estridente llena el auto y la pantalla en el tablero se ilumina con el nombre *Hank*.

El ceño de Carter se frunce antes de aceptar.

—¿Hank? ¿Qué pasa, amigo? ¿Ya me extrañas?

—Carter. —El pobre Hank se escucha viejo y posiblemente angustiado—. ¿Sigues en tu cita?

—Justo nos dirigimos a nuestro segundo destino. —Carter me lanza una sonrisa diabólica y me guiña un ojo de nuevo—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Hank suspira.

—Lo siento. No quiero interrumpir tu cita. Hola, Olivia.

—Hola, Hank —digo después de un momento de silencio atónito. *Él sabe mi nombre*.

—Carter, me caí un poco al salir de la ducha.

—Mierda. —Carter mira por encima del hombro, enciende las luces intermitentes y gira a la izquierda desde el carril de la derecha—. ¿Estás herido?

—No creo que sea nada grave, pero me cuesta un poco levantarme por mi cuenta. ¿Podrías tal vez...?

—Ya estoy en camino. Estaremos allí en diez.

Llegamos en siete porque Carter no tiene control para conducir. Entra al edificio de apartamentos de cinco pisos con una llave, y una vez que subimos en el ascensor hasta el último piso, usa otra llave para entrar a la suite.

—¿Hank? —Carter no se molesta en quitarse los zapatos mientras atraviesa el pequeño apartamento. Lo sigo y choco contra su espalda cuando se detiene repentinamente—. ¿Estás bromeando, viejo?

Un hombre, Hank, supongo. con una cabellera blanca y esponjosa y ojos azules desgastados nos sonríe desde donde parece estar demasiado relajado, muy divertido y tremendamente orgulloso en su sillón, con el perro más lindo que jamás he visto acurrucado a su lado.

—Te engañé. Eres demasiado crédulo. —Hank endereza el sillón y se pone de pie con cuidado. El golden retriever salta a su lado y Hank toma un palo largo con una mano y extiende la otra hacia Carter, quien da un paso adelante y lo toma con la suya, no sin antes darle al hombre un golpe juguetón en el hombro. Es en ese momento que me doy cuenta de que Hank tiene problemas de visión.

—Quería conocer a la bella señorita Olivia antes de que tengas la oportunidad de arruinarlo todo y asustarla.

—Tu confianza en mí es inspiradora. —Carter pone los ojos en blanco y lleva a Hank hacia mí—. Esperaba posponer la idea de presentártelo, Ollie. No quería que supieras que tengo un amigo tan terrible. Pero a Hank le gusta hacer lo que quiera.

Arqueo una ceja.

—Como alguien más que conozco.

—¡Ja! ¡Ya me gusta! —Hank aparta las manos de Carter con una sacudida y se acerca. Deslizo mis manos entre las suyas y él las aprieta—. Tenía que conocer a la chica que hizo de mi amigo un miserable fracaso durante unas semanas mientras lo mantenía alerta y lo hacía trabajar para lograrlo.

—Estoy feliz de conocerte, Hank. Esta se ha convertido en la mejor cita que he tenido.

—¿Por mí? —pregunta con una gran sonrisa mientras Carter refunfuña.

—¿Por quién más? —El perro a sus pies gime y me mira con ojos color chocolate derretido—. ¿Puedo acariciar a tu perro o está trabajando?

Hank sacude la mano.

—Dublin nunca ha funcionado realmente. Es el perro guía más flojo que jamás hayas conocido. Adelante, Dubs. Recibe tus besos.

Dublin se pone de pie, se da vuelta con ese vientre rosado que pide que lo froten, y agacho para poder darle todo el amor.

—¿Dublin? ¿Como de Irlanda?

—Sí —dice Hank con una sonrisa melancólica, pasándose la mano por el pecho—. Me recuerda a mi amor.

Carter me entrega un marco con una fotografía de boda en blanco y negro. Los novios no podrían estar más enamorados, eso es obvio por la forma en que se ríen y las líneas de expresión alrededor de sus ojos. Deja caer otra foto en mi regazo, está en color. Reconozco el rostro de Hank, con su cabello esponjoso, aunque en aquel entonces era castaño claro.

Carter toca a la hermosa pelirroja metida en el costado de Hank en la fotografía.

—Esta es la novia de la secundaria de Hank.

—¿Irlanda?

Hank asiente con orgullo, con los ojos nublados.

—Hermosa, ¿no? Ella me salvó la vida.

—Y la mía. —Las manos de Carter están en sus bolsillos mientras toca el suelo con su zapato. Me da una sonrisa tímida, una que no estoy acostumbrada a ver en este hombre, y espero que algún día se sienta lo suficientemente seguro como para compartir su historia conmigo.

Paso la yema del dedo por las largas ondas pelirrojas de Irlanda.

—Tiene la sonrisa más hermosa.

—Recuerdo la forma exacta de sus labios y el pequeño hoyuelo que tenía justo a la derecha de su boca. —Se toca la parte en su rostro, luego aplaude y sacude la cabeza—. ¿Puedo sentir tu rostro, Olivia?

—No, no, no. —Carter niega con la cabeza—. No caigas en la trampa, Ollie. Yo lo hice, y cuando terminó, me dijo que todo era una mierda. Solo quería ver lo crédulo que era, lo cual resulta que es mucho.

—No eres divertido. —Se queja Hank mientras Carter me ayuda a levantarme del suelo y luego dirige a Hank hacia mi lado en el sofá—. Sin embargo, está bien, porque ya sé que mides un metro cincuenta y cinco, tienes pequeñas pecas en la nariz, ojos marrones del color del chocolate y manos pequeñas que encajan perfectamente en las tuyas, siempre cálidas.

Las mejillas de Carter se sonrojan. Es tan lindo que duele.

Los dedos de Hank encuentran mi trenza y giran la punta. Se da la vuelta hacia Carter.

—¿Qué color es? Descríbemelo.

Los ojos esmeralda de Carter brillan con una suave sonrisa mientras me examina.

—Marrón oscuro, como un café rico y suave. Del tipo que te mantiene jodidamente despierto, que anhelas por la mañana y durante todo el día. —Su mirada se desliza por mi rostro antes de deslizarse hacia un rizo suelto que roza mi mejilla y finalmente permanece en mis labios—. Con un poco de caramelo que te deja lamiendo tus labios, pidiendo probarlo otra vez.

Oh, mierda. Estoy cachonda. Mis partes femeninas hormiguean.

—Mmm. Buena descripción. —Hank coloca mi trenza sobre mi hombro—. Huele a pan de plátano.

—¿Verdad que sí? —Carter extiende los brazos frente a él—. ¡Gracias!

—Bueno, ¿puedes incluir algo de tiempo con este anciano en tu cita? Hice bocadillos. —Señala la mesa de café donde se encuentran un plato de Doritos y una fuente de galletas Oreo. Me gusta Hank.

Carter consulta su reloj.

—Bueno, ya es demasiado tarde para ir al cine.

—¿Cine? —cuestiono—. Fuimos el viernes.

La sonrisa que pone hace que el calor suba por mi cuello.

—Créeme, hermosa, no íbamos a verla esta vez.

—¡Vaya! —Hank pone una mano en la rodilla de Carter—. ¡Ese es mi chico! —Se recuesta sobre los cojines y nos rodea los hombros con los brazos—. Supongo que estás atrapado conmigo esta tarde. Nunca he sido un bloqueador de pollas hasta ahora.

—No te acostumbres —murmura Carter alrededor de la Oreo de la que está lamiendo el glaseado. Cómo se las arregla para meterse más comida en la boca en este momento está más allá de mi comprensión. Yo todavía siento que voy a explotar—. Nunca más te interpondrás en el camino de mi polla y mi mujer.

Mi mujer. *Mi* mujer. Estoy muriendo aquí. Estoy en abstinencia y la única solución es la pared de un metro noventa y cinco de músculos ondulantes en el otro extremo del sofá.

La sonrisa engreída de Carter dice que sabe exactamente lo que estoy pensando.

—¿No es así, princesa?

Francamente, nunca he oído nada más exacto. Sin embargo, en lugar de decir eso, me cruzo de brazos y le hago una seña con el dedo.

24

MIS PANTALONES HAN
ABANDONADO EL EDIFICIO*Carter*

Cuando salimos de casa de Hank, el sol ya está empezando a esconderse en el horizonte. Normalmente soy alguien a quien le encanta el invierno, excluyendo el año actual, esta mierda es demasiado fría para mí, porque el hockey siempre ha sido mi vida, pero odio los días más cortos, las fugaces horas de luz del día. Siempre siento que tengo prisa por hacer las cosas antes de que se ponga el sol, como ahora.

Hank nos habría retenido todo el día, y estoy bastante seguro de que Olivia me habría obligado felizmente, pero tenemos una parada más en nuestra cita que depende de la luz del día antes de regresar a mi casa para cenar y acurrucarnos.

Acurrucarnos potencialmente desnudos. Aún no lo he decidido. Preferiría desnudo, por supuesto, y estoy empezando a darme cuenta de que lento no es una palabra en nuestro vocabulario, pero el sexo es algo que puedo posponer si ella no está lista, y quiero asegurarme de que lo esté.

—¿Cuándo fue la última vez que patinaste?

—Ayer —responde distraídamente.

No estamos lejos de mi casa y tiene su rostro casi pegado a la ventana mientras mira fijamente el lago Capilano. Es impresionante en invierno. Y en verano también. Todo el tiempo, de hecho.

Olivia logra desviar la mirada.

—Soy entrenadora del equipo de hockey de Alannah.

Cuando accidentalmente piso el freno, coloco mi brazo sobre el pecho de Olivia, deteniendo su sacudida hacia adelante.

—Lo siento, lo siento. Yo solo... tú solo... mierda. Vaya.

Es mi mujer perfecta.

Sus cejas se fruncen con su sonrisa burlona.

—¿Qué?

—Creo que podría amarte —bromeo, excepto que posiblemente, *tal vez*, hablo medio en serio—. Eso es increíble. ¿Puedo ir a ver un partido?

—Absolutamente no.

—¿Porque diablos no?

—Porque lo único que harás será distraer a las niñas y a las mamás.

—Mmm. Este rostro distrae mucho, tienes razón. No me hagas hablar de este cuerpo.

Dios, me encanta cuando pone los ojos en blanco. Tan diminuta y feroz.

—Estás tan ridículamente lleno de ti mismo que es una locura, Beckett.

La punta de mi dedo baila por su muslo.

—Tú también puedes estar llena de mí si juegas bien tus cartas.

Se ríe y quita mi mano de su muslo, solo para entrelazar sus dedos con los míos y volver a colocarlos en su regazo, porque a ella le gusta cuando la toco tanto como a mí hacerlo.

—¿Quién diablos te educó?

—Mamá Beckett se sentiría ofendida por eso, Olivia. —Ella no lo haría. Enterraría su rostro entre sus manos, se disculparía profusamente y me diría que mantuviera mi sucia boca cerrada.

Lo que me recuerda que mamá se divertirá cuando esas fotos de Olivia y yo en el almuerzo salgan en las noticias mañana. Tomo nota mental de fingir que no tengo idea de qué está hablando cuando inevitablemente me llame, solo para hacerla rechinar los dientes. Papá estaría decepcionado de mí si *no lo hiciera*.

Estaciono el auto en la cabecera del lago y jalo a Olivia hacia un banco con vista al agua. Está cubierto por una gruesa capa de hielo parecido al vidrio, y el sol que se pone lentamente lo hace deslumbrar como el cristal. Los pinos cubiertos de nieve brillan en el elegante reflejo, y todo es blanco, azul pálido y verde bosque intenso.

Olivia está tan cautivada que no se da cuenta de que desaparezco de regreso al auto, y cuando me detengo frente a ella, su mirada cae hacia los pares de patines de hockey en mis manos y su sonrisa brillante como un rayo le divide su rostro.

—¿Vamos a patinar? ¿Aquí?

—Así es, princesa. Dijiste que creciste haciendo esto en casa, así que pensé que esta podría ser una buena manera de traerte un poco de tu hogar.

Sus ojos brillan de gratitud.

—Gracias, Carter. Esta es, sin lugar a dudas, es la mejor cita de la historia.

Mi pecho se hincha de orgullo.

—Sabía que mataría en mi primera cita.

—¿Primera cita? La escuela cuenta, Carter.

—No tuve tiempo para tener citas en la escuela. Estaba demasiado concentrado en entrenar.

Probablemente podría haberme hecho tiempo, pero no me arrepiento. Si lo hubiera hecho, podría estar atrapado en una relación miserable como en la que está Adam ahora. Él y Courtney han estado juntos desde que tenían diecisiete años, y todos vemos lo mal que les está yendo años después. No, malditas gracias. Además, mis furiosas hormonas adolescentes, mi increíblemente buena apariencia y mi confianza carismática, que algunos etiquetan como arrogancia, me ayudaron a terminar la escuela sin una novia estable.

Con los patines puestos, ayudo a Olivia a bajar al hielo y observo cómo lo asimila todo, sin palabras.

La mayoría de las áreas de Vancouver no suelen ser lo suficientemente frías como para que grandes masas de agua se congelen por completo, pero este invierno es una excepción. En este momento, mientras Olivia gira lentamente, contemplando con asombro todo lo que este pedacito de cielo tiene para ofrecer, no podría estar más agradecido por el frío.

—Nunca había visto algo tan hermoso —susurra Olivia. La sonrisa que tiene es tan deslumbrante que me golpea justo en el estómago como un puñetazo.

—Sí. Yo tampoco.

Sus pestañas revolotean mientras se muerde el labio inferior entre los dientes.

—¿Quién crees que es mejor patinador, tú o yo?

—Cien por ciento yo. Soy mucho más rápido.

—Dije mejor, no más rápido. —Ella patina alejándose de mí, inclinándose hacia adelante sobre un pie antes de saltar en el aire, girar y aterrizar sobre sus pies. Lanza un chorro de nieve cuando se detiene frente a mí—. Hockey los fines de semana y patinaje artístico durante la semana hasta los diez años.

—Dejaré tu culo en el suelo, Parker.

Hay un golpe feliz en mi pecho cuando Olivia me rodea el cuello con sus brazos. Finalmente ha abandonado esa timidez de hoy. Me encanta verla así, con sus muros derrumbándose, simplemente... siendo ella misma conmigo. Y yo, siendo yo mismo con ella. Es fácil.

—Eso crees, ¿eh?

—Lo sé. ¿Quieres correr?

—De ninguna manera. Tus piernas son como tres veces más largas que las mías. Es una ventaja injusta.

Patino hacia ella, amando la forma en que sus caderas se balancean con cada zancada hacia atrás.

—¿Tienes miedo de ganar?

—Podría patinar en círculos a su alrededor, señor Beckett.

Inclino la cabeza hacia el pequeño cobertizo verde para botes que se encuentra en medio del lago, conectado de una orilla a la otra por un pequeño muelle de madera.

—El primero de ida y vuelta.

Sus dedos suben por mi pecho.

—Cuando gane, ¿me frotarás los pies? Les dolerá mucho patearte el culo.

La punta de mi nariz roza la suya congelada.

—Qué arrogante.

—Supongo que me estás contagiando.

—Oh, te contagiaré. —Agarro su cintura mientras intenta alejarse de mí, jalándola de nuevo hacia adentro—. ¿Vamos a hacer esto o qué, enana?

—Definitivamente. —Me atrae hacia ella, tocando con sus labios la comisura de mi boca—. Pero hay algo que quiero hacer antes de humillarte.

No tengo tiempo para preguntar qué es antes de que su boca se abra sobre la mía, con su lengua profunda húmeda y caliente, dientes mordiendo y dedos apretando, este beso no es más que hambre. Estoy a punto de tirar por la ventana mi ridícula idea de cualquier otra cosa que no sean abrazos desnudos cuando ella comienza a jalar de mi cremallera.

—¿Qué cree que está haciendo allí, señorita Parker? —digo con voz áspera. Mi polla se dispara al máximo en el momento en que su mano la envuelve a través de mis bóxers—. Mierda.

—¿No puede una chica poner sus manos sobre su hombre?

—Sí. Sí. Eso es... *mierda* ...genial. Manos. —Mi cabeza gira entre los árboles y mi auto. ¿Quiero empujarla contra un árbol y follarla, o verla deslizarse en los asientos de cuero en la parte trasera del Benz? El árbol es más accesible. ¿Necesitamos quitarnos los patines? No, creo que puedo hacerlo funcionar. Tengo muslos de acero.

—¿Carter?

—¿Sí, nena?

Sus labios suaves tocan mi barbilla.

—Vas a perder.

—¿Qué? —Casi lloro cuando su mano desaparece—. ¿Qué diablos estás... ¡Olivia!

Su risa penetrante resuena alrededor del lago mientras despega como un rayo, con sus navajas moviéndose junto con ella. Estoy demasiado aturdido para preocuparme cuando mis pantalones comienzan a deslizarse sobre mi trasero, y estoy orgulloso de decir que cuando Olivia llega al cobertizo para botes y comienza a volar hacia mí, mis pantalones están alrededor de mis tobillos.

Porque esa chica sabe *patinar*.

Ella todavía se ríe como una hiena cuando salta a mis brazos y estrella sus labios contra los míos.

—¿Listo para frotarme los pies?

Estoy listo para frotar algo, eso es jodidamente seguro.



Hay un cuerpo cálido metido en el mío que me recuerda que no quiero que esta noche termine, que no hay ninguna parte de mí que quiera subirse a un avión por la mañana e irse por tres días.

La perfecta belleza tendida en mi regazo está ataviada con mi ropa, de pies a cabeza. Mi sudadera de los Vipers, un par de pantalones que se tragan sus piernas, incluso un par de mis calcetines gruesos que cubren sus pies mientras nos acurrucamos en mi balcón, junto al fuego crepitante, y Olivia con una taza de té. Salí corriendo a comprar esto en la mañana para poder tenerlo cuando esté aquí.

Cada minuto de este día ha sido perfecto, desde la mano de Olivia en la mía mientras patinábamos por el lago, hasta la forma en que estuvo a mi lado en la estufa, sumergiendo su dedo en la salsa que estaba revolviendo antes de la cena, tarareando alegremente mientras chupaba. Eso

accidentalmente terminó con ella en el mostrador y mi lengua bajando por su garganta. Ella todavía afirma que todo fue puramente inocente, que simplemente estaba probando la salsa, pero no lo creo.

Saco la banda de su trenza y paso mis dedos por su sedoso cabello.

—Hank no te asustó hoy, ¿verdad?

—En todo caso, te hizo diez veces más atractivo. Ese tipo realmente amplifica tu factor genial. Su colección de libros obscenos es la cosa más impresionante que he visto en mi vida.

Cierto. Mi mejor amigo de ochenta y tres años y mi... *Olivia*... podrían haber iniciado hoy un club de lectura improvisado. Están empezando con un libro llamado *Sígueme en la oscuridad* o algo así. No tengo ningún deseo de enredarme en eso, excepto que aparentemente se trata de vendas en los ojos, así que, tal vez.

Pero aún así:

—Mi espada de trueno es lo más impresionante que jamás hayas visto.

Inclina su cabeza hacia atrás, con su mirada fija en la mía mientras el silencio flota entre nosotros. Luego se ríe de mí.

—No llamas a tu polla tu espada de trueno.

—Absolutamente llamo a mi polla mi espada de trueno. ¿Sabes por qué, Ollie? Porque ella trae al trueno. —Tomo su barbilla en mi mano—. No aprecio tu risa en este momento.

Apretando sus labios, finge cerrarlos y tirar la llave.

Riendo entre dientes, la rodeo con mis brazos, abrazándola un poco más fuerte mientras contemplo las montañas, las estrellas que pintan el cielo.

—Estoy feliz de que te haya gustado. Es uno de mis mejores amigos.

—Puedo verlo, parecen muy cercanos. ¿Lo conoces de toda tu vida?

—Un poco más de siete años —murmuro—. Él me salvó la vida. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas, y no estoy seguro de si detenerme mientras estoy adelante o continuar. El puñado de personas que saben cómo llegó Hank a mi vida se limita a mi familia, y mis mejores amigos.

—Dijiste eso antes, que su esposa lo hizo.

Porque ella lo hizo. Puede que nunca haya conocido a Irlanda, pero ella me salvó la vida el día que Hank me encontró, y no hay una sola parte de mí que alguna vez piense lo contrario.

—No tienes que decírmelo, Carter. Puedes tener límites y está bien si este es uno de ellos.

¿Pero qué pasa si no quiero tener límites? ¿Qué pasa si quiero mostrarle todo de mí?

—El día que conocí a Hank, mi papá tuvo un accidente automovilístico. Eran apenas las cinco de la mañana y el conductor todavía estaba ebrio de la noche anterior. —Mi garganta se contrae cuando algo pesado se asienta profundamente en mi pecho—. Murió por el impacto.

Olivia se sienta, apoya su mejilla en mi pecho y su mano sobre mi corazón, y cualquier temor que tenga acerca de darle este pedazo de mí se desvanece. Si quiero que ella me conozca, bueno, esta es quizás la pieza más importante de mi rompecabezas.

—Se suponía que debía jugar en Calgary la noche siguiente. Mi papá conducía para verlo porque era mi primer partido como capitán asistente. Le ofrecí llevarlo en avión, pero dijo que quería tomar la ruta panorámica. Debería haberlo... debería haberlo obligado.

Olivia me da un beso en la palma.

—No es tu culpa, Carter.

—Lo sé, pero a veces es difícil no pensar de esa manera. Especialmente ese día. —La única persona que alguna vez me culpa por la muerte de mi padre soy yo. Es un peso pesado para llevar sobre tus hombros, aunque no soy yo quien eligió ponerse al volante después de beber toda la noche. Demonios, he visto la lucha en los ojos de mi propia hermana, preguntándome si nuestro padre todavía estaría aquí, si algún día la hubiera acompañado en el altar si no fuera por haber querido ir a verme a mí jugando hockey.

—Eran más de las once cuando el cuerpo de mi mamá finalmente abandonó la lucha. La llevé a la cama y me senté con mi hermana mientras ella lloraba hasta quedarse dormida. Y luego yo... salí. Solo. No quería la responsabilidad de cuidarlas cuando ni siquiera sabía cómo podría cuidarme a mí mismo. Hank estaba allí, contando chistes a ciegas. Intenté ignorarlo, pero seguía arrojándome cáscaras de maní cada vez que empezaba a quedarme dormido. —Paso una mano agitada por mi cabello—. Yo solo estaba jodidamente...

—Con el corazón roto —susurra Olivia.

—Sí. —Mi voz se quiebra cuando la abrazo con más fuerza—. Era un desastre desconsolado. No pensé que tuviera idea de quién era yo. Después de todo, él no podía ver, y luego tomé la decisión más estúpida que jamás haya tomado. Me levanté y agarré las llaves de mi auto.

Una inhalación irregular atraviesa el aire mientras una lágrima rueda por la mejilla de Olivia. Rápidamente se la quita.

—Hank golpeó mi rodilla con su palo tan rápido antes de clavarme el extremo en el estómago. Recuerdo exactamente lo que me dijo a continuación.

Pienso en ese momento, el que me salvó la vida, y tal vez muchas más. Recuerdo esos ojos azul claro moviéndose sobre mí, la furia que solo le había visto a Hank esa vez mientras se bajaba de su taburete, sus manos moviéndose lentamente sobre mi pecho hasta que encontró el cuello de mi camisa y lo agarró.

—Sé que no vas a conducir, señor Beckett —dijo—. Has bebido demasiado y tienes mucho que perder. Hay gente aquí que depende de ti. No tomes una decisión estúpida de la que te arrepientas el resto de tu vida, si es que vives para verla, solo porque estás sufriendo en este momento.

Lágrimas silenciosas corren por el rostro de Olivia mientras se gira, sus dedos sujetan mi mandíbula mientras presiona el beso más suave en mis labios.

—Hank ni siquiera bebe, ese día se cumplió el séptimo aniversario de la muerte de Irlanda. Estaba sentado allí a medianoche bebiendo un vaso de leche con chocolate porque había tenido un sueño durante su siesta y afirmaba que su difunta esposa le había dicho que alguien podría necesitar su ayuda. Llevaba sentado allí desde las seis de la tarde, esperando. Dijo que sabía que era yo a quien estaba esperando en el momento en que me hundí en el taburete de la barra junto a él. Sé que suena loco.

Olivia solloza e hipa contra mi pecho. Acerco su rostro al mío y sonrío por la forma en que intenta secarse las lágrimas con una palma.

—Perdón por llorar. —Sale bastante quejumbroso, así que no creo que pueda parar pronto. El hecho de que esta sea la misma chica que me cerró la puerta en la cara y me dijo que me fuera a la mierda no hace mucho es alucinante. Ciertamente pone una buena fachada de que le importa una mierda. Me rodea con sus brazos y entierra su rostro en mi cuello mientras le paso la palma por el cabello—. No es una locura y estoy muy agradecida por Hank, Irlanda y por ti.

—¿Por mí?

Asiente.

—Por dejarme ver al verdadero Carter Beckett. Por ser el tipo de hombre que lleva a su mamá a la cama. Por tener a un hombre de unos ochenta años al que le encantan los libros sucios como uno de tus mejores amigos. Estoy agradecida de estar aquí contigo.

Me quedo un poco sin palabras, así que inclino su rostro hacia el mío para darle un beso. Si intento hablar, hay muchas posibilidades de que muchas palabras que no estoy listo para decir acerca de lo que siento por

ella salgan de mis labios, lo cual es jodidamente ridículo, porque, sin tener en cuenta todas las semanas anteriores, ha pasado un día.

No se puede negar que todo lo que tenemos entre nosotros se siente bien. Espero que ella también lo sienta, porque en este momento soy muy consciente de que estos sentimientos no irán a ninguna parte rápidamente.

Durante la siguiente hora, nos quedamos junto al fuego, intercambiando historias, riendo en voz baja mientras ella se estira frente a mí, disfrutando del masaje en los pies que le estoy dando a través de los calcetines. Ella sigue alejando el pie y riéndose cada vez que toco un punto determinado de su arco, así que le quito los calcetines gruesos y los tiro sobre mi hombro, dejando al descubierto sus dedos rosados.

—¿Tienes algún fetiche con los pies que no conozco? —pregunta Olivia cuando presiono mis labios contra su arco.

—No. —Mi boca se arrastra sobre su tobillo mientras mi palma se desliza debajo de los pantalones deportivos que usa, deslizándose hacia arriba por su pantorrilla—. Tengo un fetiche contigo. Y me muero por ver si tus pies tienen... —Le muerdo el arco—. Cosquillas.

Olivia sale volando del respaldo del sofá y casi me golpea en el rostro con el pie cuando mis dientes mordisquean su piel sensible.

—¡Para! ¡Carter!

¿Pero debo parar? No, claro que no. Envuelvo mi mano alrededor de su tobillo y las puntas de mis dedos van a ese pie suyo mientras ella chilla y se agita. No me detengo hasta que está sudada y roja y las lágrimas brotan de sus ojos.

Lucha contra mí mientras la atraigo hacia mi pecho.

—Eres un idiota.

—Sí, pero soy *tu* idiota. —Un crujido llama mi atención abajo y bajo la voz, acariciando su mejilla. Señalo el claro por donde está emergiendo un alce, cada paso es lento y cauteloso mientras mira a su alrededor—. Mira.

Olivia jadea, trepando sobre mi regazo para ver mejor, agarrándose a la barandilla.

—Oh, Dios mío. Parece uno joven.

—Sí. —Una sombra oscura me llama la atención y un alce mucho más grande da unos pasos hacia adelante, hurgando en la nieve—. Y ahí está mamá.

—Qué increíble —murmura Olivia maravillada.

—Como tú.

Se voltea para sonreírme.

—¿Está tratando de seducirme ahora, señor Beckett?

—Lo he estado intentando desde que te conocí.

Pasa sus brazos alrededor de mi cuello, sentándose a horcajadas sobre mis caderas.

—Te estás volviendo bastante bueno en eso, por mucho que me duela decirlo. —Me da un beso en los labios—. Mucho mejor que, “quiero meterte en el área de penalti”.

Resoplo una carcajada.

—Aún no puedo creer que eso no haya funcionado. Pero creo que si hubiera tenido cinco minutos más...

—Te habría golpeado. Sí, tienes toda la razón.

—Chica luchadora. —Deslizo mis manos debajo de la sudadera que lleva, mis palmas se deslizan por su espalda y el frío la hace temblar—. A ti te gusta dar pelea y a mí también me gusta. —Paso mi lengua sobre el lugar debajo de su oreja—. Me dan ganas de darte una palmada en el trasero y follarte hasta que grites.

Creo que mi sonido favorito es el gemido de Olivia. Disfruto la forma en que su piel se calienta con el sonido, su cuerpo zumba mientras mis labios se mueven contra su cuello. Jalo el cuello de su sudadera hacia un lado, exponiendo su hombro al aire frío y lo cubro con mi lengua caliente.

—Carter. —Ahí está ese gemido otra vez. Maldita sea, me encanta.

—Olivia. —Le quito la sudadera por la cabeza, exponiendo sus suaves curvas, y la gema en su vientre cuando se sube la camisa que está debajo. Se hace tarde y tengo un vuelo por la mañana. Sé que necesito llevarla a casa para que pueda dormir un poco antes del trabajo, pero no la veré hasta dentro de unos días y que me condenen si voy a irme de esta ciudad sin probar un poco.

Así que beso su estómago, le quito esos pantalones deportivos de las piernas, la envuelvo alrededor de mi cuerpo y la llevo a mi cama. Intenta jalarme hacia abajo con ella cuando la dejo en el borde, pero sacudo la cabeza y me arrodillo en el suelo.

Se levanta y mete sus dedos en mi cabello, su cabeza cae hacia atrás con un gemido mientras mi boca sube por el interior de su muslo. Hay un pequeño charco de humedad acumulado en el centro de sus bragas de color lila que me hace querer arrancárselas de inmediato.

Así que eso hago. Destruyo ese trozo de satén y entierro mi rostro entre sus piernas como si fuera un animal salvaje y ella fuera la primera comida que he tenido en días. Olivia se desploma en la cama, sus piernas rodean mi cuello mientras me empuja más profundamente hacia ella, sus caderas se arquean, gritando por más mientras la follo con mi lengua.

Se está desmoronando, derritiéndose en mi boca con cada movimiento y deslizamiento de mi lengua, y la forma en que mis dientes rozan su clítoris. Mis dedos se arrastran debajo de su camisa, buscando sus pezones tensos, y cuando le doy un pellizco, ella jadea y se arquea fuera de la cama. Sus piernas tiemblan cuando jala mi cabello y sé que está cerca.

Me detengo sin previo aviso, me levanto y le doy la vuelta, poniéndola sobre manos y rodillas, arrastrando su camisa por su espalda y mi dedo por su columna, mirándola temblar. Mi palma se curva sobre la curvatura de su trasero perfecto y lleno, y sumerjo dos dedos dentro de ella, arrastrando su humedad a través de su entrada hasta que encuentro la hendidura en la parte superior, hinchada y pidiendo atención.

Inclinándome sobre ella, mis labios se encuentran con su cuello.

—Estás tan mojada, Ollie. ¿Te gusta cuando te toco?

—Por favor, Carter.

—¿Por favor qué?

Entierra su rostro en el colchón, ocultando el sonido que hace. Con mi mano libre, paso mis dedos por su cabello, apretándolo en la nuca, y la levanto hacia atrás.

—Dime que quieres que te folle el coño con los dedos.

Su columna se estremece, ya sea por mis palabras o por los lentos círculos que estoy frotando alrededor de su clítoris, no estoy seguro. Tal vez ambos.

—Carter.

—Dilo.

La demanda silenciosa hace que sus dedos aprieten las sábanas, su respiración se acelera mientras la provoco con la punta de mi dedo antes de retirarlo, y ella gime.

—Fóllame el coño con tus dedos. Por favor.

Hundo dos dedos dentro de ella sin dudarlo, sosteniéndola mientras la bombeo adentro y afuera. Su trasero sobresale hacia atrás, golpeando la palma de mi mano mientras pide más, más fuerte, más rápido.

—Esa es mi chica.

Mierda, es un espectáculo digno de ver, con el culo en el aire mientras se retuerce y gime, apretando las sábanas con tanta fuerza que comienza a arrastrarlas fuera del colchón. Se siente como terciopelo, lujosa y suave, tan jodidamente cálida, y cuando esas paredes se aprietan a mi alrededor, desacelero mi movimiento, sumergiéndome a un ritmo deliberadamente pausado, uno que toma tres segundos para volverla loca.

—Por favor, Carter —llora, empujando hacia mi mano—. Quiero venirme.

—¿Ah, sí, preciosa?

—Sí... íi. —La palabra es un lío confuso mientras se estremece y su cuerpo tiembla.

—Tú quieres venirte —le susurro contra el caparazón de su oreja—. Y yo quiero que te lo ganes. —Le suelto el cabello y aparto mis dedos de su calor empapado.

—¿Qué? —Es un gruñido frenético y desesperado. Mi hermosa chica no está contenta conmigo.

Los labios de Olivia se abren y se quita el cabello de la frente en cámara lenta mientras me mira lamer su excitación de mis dedos. Se mueve en la cama como si buscara algo de fricción.

Le doy una palmada en el trasero.

—Ponte unos pantalones. Te llevaré a casa.

Ella se desliza de la cama y cae de cul. Apenas logro contener la risa, aunque solo sea porque la mirada que me lanza me dice que está a diez segundos de asesinarme, y aún no estoy listo para morir.

Estoy esperando junto a la puerta cuando baja corriendo las escaleras con mis pantalones deportivos y mi sudadera cinco minutos después.

Me apunta con su dedo.

—Borra esa sonrisa arrogante de tu rostro antes de que yo te la borre.

Cristo, nunca había trabajado tan duro para no reírme. Ella me va a cortar las malditas pelotas.

La sigo hasta la cocina y la veo recoger todas sus cosas de la isla y guardarlas en su bolso.

—Todavía estás enojada, ¿eh? Pero no puedes estarlo. Me voy por tres días. Me vas a extrañar.

Ella me inmoviliza con una sonrisa condescendiente.

—Y esa es la única razón por la que todavía estás respirando en este momento.

Le arranco el abrigo en el momento en que lo saca del armario y lo arrojo sobre mi hombro mientras su mandíbula se cierra de golpe y chasquea los dientes. Olivia enojada es mi Olivia favorita.

Mis dedos rodean sus muñecas y las fijan a la pared a cada lado de su cabeza, mis labios vagan por la columna de su garganta.

—¿Quieres que te folle?

—Vete a la mierda —lanza sin ningún calor real. Todo ese calor se acumula en su mirada oscura.

—Me encantaría —susurro, viendo cómo se le pone la piel de gallina en el cuello ante la proximidad de mis labios—. Todo lo que tienes que hacer es prometerme que seguirás siendo mía por la mañana. —Mis dientes raspan su labio inferior mientras le suelto las muñecas y le bajo los pantalones. Meto mi mano entre sus muslos—. Mejor aún, dime quién es el dueño de este coño.

—No iré a ninguna parte, Carter. —Su lengua azota la mía—. Y yo soy dueña de este coño.

—A la mierda que lo eres. —Me bajo la cremallera de los pantalones y saco mi dura polla, presionándola contra el coño más adictivo del mundo mientras la levanto hacia mí—. Inténtalo de nuevo, princesa.

Sus caderas se arquean en la pared, frotándose contra mí.

—¿Ahora mismo? Tú lo eres.

—Eso es jodidamente correcto. —Algo se atasca en el fondo de mi garganta y miro mi polla mientras paso la cabeza por su abertura empapada—. No he estado con nadie más que contigo, Ollie. No lo haré... eres solo tú para mí. Nadie más.

Hay una pregunta silenciosa en esas declaraciones y me pregunto si ella la escuchará.

Ella acaricia el costado de mi rostro.

—No hay nadie más que tú, Carter.

Con una sonrisa malvada, la golpeo contra la pared con mis caderas y le sujeto las manos por encima de la cabeza.

—Tengo dos semanas de frustración sexual reprimida que estoy a punto de desatar contigo. —Mis labios tocan su oreja—. Tendrás mi semen goteando por tus piernas durante las próximas doce horas, al menos, y eso será lo único que me ayudará a superar este viaje sin ti.

Olivia grita de placer desenfrenado cuando le doy el primer arado de castigo, me destroza los hombros con las uñas cuando se desmorona y, accidentalmente, atravieso el panel de yeso con el puño cuando entro violentamente dentro de ella.

Ups.

25

¿ESTOY CAMINANDO RARO?

Olivia

¿Alguna vez has tenido la clara sensación de que todos los que te rodean están hablando de ti? ¿Como si fueras el tema candente de conversación y todos los ojos están puestos en ti?

Así me siento hoy. Tal vez estoy siendo paranoica, sobre qué, no lo sé, pero los susurros que se detienen en el momento en que miro en su dirección, las miradas que me siguen por el pasillo ahora mismo mientras regreso de la sala de profesores después de mi primer descanso son bastante reveladoras y hay un pozo de inquietud creciendo dentro de mí.

Hago una parada en el baño para revisar mi ropa por tercera vez esta mañana en caso de que haya un agujero o una mancha gigante que siga pasando por alto pero salgo con las manos vacías.

—Señorita Parker.

Giro hacia la puerta del baño y le sonrío al profesor de biología/entrenador de fútbol.

—Hola, señor Bailey. —Aparto su mano cuando me revuelve el cabello. Él piensa que es gracioso medir un metro cincuenta y cinco y enseñar educación física en la escuela a un grupo de chicos que me superan. Yo creo que lo que es gracioso que él se esté quedando calvo a los veintiocho años.

—¿Cómo estuvo tu fin de semana?

—Excelente. Fantástico. Impresionante. —Probablemente podría parar, pero mi boca sigue corriendo—. Fue súper divertido. —Me follaron tan fuerte que lo sentí en mi alma—. ¿Cómo estuvo el tuyo?

Su sonrisa es más irritante que la de Carter, solo porque carece de sensualidad.

—Apuesto a que lo fue. Que tengas un buen día, señorita Parker. —Me guiña un ojo antes de desaparecer escaleras arriba.

240

—Muy bien —murmuro, empujando las puertas del gimnasio. Estoy un poco lenta hoy porque, como dije, anoche me follaron hasta el suelo. Literalmente, Carter me dejó caer de culo después de romper la pared. Luego me folló en el suelo. Como sea, me duelen las piernas que se me mueven como gelatina, lo que significa que mis alumnos más grandes ya están vestidos y esperándome.

Y se abalanzan sobre mí en el momento en que entro.

—Señorita Parkerrrr, llegas tarde.

—Nos dejaste esperando.

—¿Estás cojeando? ¿Qué clase de mierda rara hiciste este fin de semana?

Le golpeo el hombro al pequeño idiota y lo apunto con el dedo.

—Cuidado. —Hundiéndome en las gradas, me quito los tacones y los cambio por mis zapatillas. Haciendo una mueca por el dolor que recorre mi tendón derecho, me acurruco sobre mis rodillas y me agarro las pantorrillas—. Mierda, joder —me quejo en voz baja—. Eso duele.

—Te sientes adolorida, ¿eh? —me sonríe Brad—. Debió ser un fin de semana espectacular.

—Métete en tus asuntos —siseo, pero tomo su mano cuando me la ofrece, sacándome de las gradas. Doy una palmada—. Está bien, vamos a... —No termino. En lugar de eso, planto mis puños en mis caderas y les lanzo una mirada furiosa a todos mis chicos, riéndose detrás de sus manos—. ¿En serio están susurrando sobre mí mientras estoy aquí?

Es Travis Duke el que tiene las agallas de dar un paso adelante y decir:

—Señorita Parker, ¿eres tú?

—¿Soy yo qué? —Mi propio teléfono empieza a vibrar en mi bolsillo trasero y, por alguna razón, mi boca de repente se convierte en el Sahara, tragar es imposible. Me inclino hacia Travis para poder ver...

—*Santa jodida mierda.* Ay, Dios mío. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas y mis manos vuelan hacia mis labios. No sé si es para evitar que se derramen más palabras o porque podría vomitar. Tal vez ambos.

Le arranco el teléfono a Travis de sus manos.

—Son fotografías geniales. Te ves sexy.

—No es de extrañar que hoy te duelan las piernas. Ese tipo es jodidamente enorme.

—Y tú eres tan pequeña. Probablemente destrozó tu...

Le tapó la boca antes de que siga hablando, porque por favor no termines la frase. Mi teléfono se vuelve loco en mi bolsillo, mi corazón es un martillo neumático y no puedo formular un solo pensamiento que no sea *oh, mierda*.

Me saco el teléfono de los pantalones, lista para cruzar el gimnasio, pero en lugar de eso, deslizo el dedo por la pantalla y acepto la llamada solo para que deje de vibrar.

—No te tomé por una coneji...

—No te *atrevas* —gruño, tambaleándome sobre Brad. Se apoya contra la pared, con las manos temblorosas en el aire mientras camino hacia él. Unos centímetros más alto que yo y este chico me tiene miedo ahora mismo—. Termina esa frase y mira qué pasa, Brad, *te reto*. Puede que sea pequeña, pero te pondré en la tierra y te enterraré a dos metros de profundidad. Nadie te encontrará, Brad. *Nadie*.

Una risa ronca pero ansiosa es el único sonido que resuena en las paredes vacías del gimnasio en este momento, y proviene de mi teléfono, que de alguna manera ha encontrado su camino en el altavoz.

—¿Eh, Ollie?

Presiono el botón del altavoz y lo golpeo contra mi oreja.

—¿Carter? —Alejándome de los chicos, lanzo mi dedo mágico sobre mi hombro, porque estoy segura de que no me perderé como susurran. *Señorita Parker, Carter Beckett y follando* son aparentemente las favoritas según la cantidad de veces que se repiten.

—Oye. Hola. Soy, eh... sí, soy yo. Carter...Beckett —exhala un silencioso *mierda* que de alguna manera logra inclinar la comisura de mi boca a pesar de esta situación completamente jodida en este momento, porque es tan adorablemente dulce cuando está nervioso—. ¿Estás bien? Supongo... quiero decir, ¿viste las, um... fotografías?

¿Vi las fotos?

—También hay un artículo —digo en voz alta, escaneando la pantalla del teléfono de Travis. Me quedo sin palabras al ver lo que tengo ante mí cuando deslizo el dedo hacia arriba. Carter y yo, desde unos veinticinco ángulos diferentes, ayer, sumergidos hasta las rodillas en un riguroso juego de hockey, mostrando las amígdalas frente al restaurante.

Suspira.

—Sí. El artículo. Quiero decir... es... te ves hermosa —intenta. Y falla. Porque eso no ayuda, no ahora mismo, no realmente. Suelta otro suspiro—. ¿Estás... estás bien?

Estoy demasiado ocupada leyendo este ridículo artículo de chismes para responderle.

¿Olivia? ¿Eres tú?

¿Recuerdas en diciembre cuando Carter Beckett, capitán de los Vipers de Vancouver, le dedicó un gol a la misteriosa chica de cabello oscuro y no pudo apartar los ojos de ella durante todo el partido? (Sí, señor Beckett, ¡todos lo notamos!) Fueron vistos más tarde ese día bailando toda la noche, una nueva actividad recreativa para Beckett, antes de que desapareciera de nuestro radar durante varias semanas. Bueno, ella ha vuelto y seguro que extrañábamos a Miss Cosita.

Beckett, visto aquí con Olivia, de apellido desconocido, deteniéndose para una muestra pública de afecto ultra apasionante (¡a plena luz del día, amigos!) Después de terminar con un almuerzo íntimo en West Oak el domingo. Supongo que se les pasó por alto el memorándum de que el domingo es el día del Señor.

¿Beckett finalmente está listo para cambiar su forma de vivir, o los viejos hábitos tardarán en desaparecer? Solo el tiempo dirá si la pequeña señorita Olivia es suficiente para mantener el interés del hombre que no puede ser domesticado. ¡Manténganse al tanto!

—Oh, mierda. —Ya ni siquiera sé lo que estoy diciendo mientras empujo el teléfono de Travis nuevamente contra su pecho. Con una mano enterrada en mi cabello, me doy vuelta, porque no estoy segura de qué más hacer. ¿*Olivia es suficiente?* ¿Qué carajo? Lágrimas estúpidas se asoman en mis estúpidos ojos cuando la paciente voz de Carter me recuerda que todavía está en mi oído.

—¿Olivia? Siento no estar ahí contigo para esto. Pero es... es diferente, ¿verdad? No es lo mismo que...que antes. Incluso el artículo lo dice.

Cierro los ojos con fuerza y me llevo una mano temblorosa a la boca. El artículo decía que tal vez yo no fuera suficiente, eso es lo que decía.

—Oye —susurra—. Háblame.

—Tengo una clase ahora mismo, Carter. Tengo que irme. —Me froto los ojos mientras se me cierra la garganta—. Te llamaré más tarde, ¿bien? —Termino la llamada tan pronto como él me dice *de acuerdo* y luego regreso con mis chicos—. Uh... hagan... siéntense. Solo siéntense. Cinco minutos. Necesito cinco minutos. —Necesito más de cinco minutos para controlarme, pero es un comienzo.

Encerrándome en mi oficina, camino de un lado a otro. Tengo más de veinte mensajes de texto y la mitad de ellos son de Cara. La que aparece ahora mismo es una foto mía, de Carter y de nuestras lenguas en duelo,

excepto que Cara dibujó un corazón a nuestro alrededor y escribió *hurra*, *hurra* en la parte superior. Desearía poder encontrar el humor en esta situación, pero ahora mismo estoy luchando. Es ridículo, lo sé. Estaba ahí ayer, sabía que se tomaron fotografías.

Cuatro mensajes de texto de Carter llegan en rápida sucesión, y ni siquiera el ridículo nombre que se puso a sí mismo en mi teléfono anoche hace mucho para aliviar la ansiedad que se despliega en mi pecho y estómago en este momento.

El hombre más sexy del mundo: ¿Estás bien, Ollie?

El hombre más sexy del mundo: Lo lamento. Ojalá pudiera estar contigo ahora mismo.

El hombre más sexy del mundo: ¿¿Me llamas Luego??

*El hombre más sexy del mundo: Por favor, no te enfades, ahora todo el mundo lo sabe. Todo estará bien. Te lo compensaré, lo prometo. *emoji de lengua* *emoji de berenjena* *emoji de melocotón**

Viene uno más, porque Carter es implacable y es como si no se conformara hasta que me haga sonreír. Y lo consigue.

*El hombre más sexy del mundo: Sigues siendo mi princesa, incluso si estás enojada conmigo por exhibirte *emoji de beso* *emoji de corazón**

Pero el siguiente mensaje de texto tiene esa sensación de temor deslizándose hacia atrás, hundiéndose en mi estómago.

Jeremy: Esta noche vendrás a cenar. Aparentemente tenemos que ponernos al día.



La tensión en esta mesa es más palpable que el filete que estoy cortando actualmente.

Levanto la vista de mi plato y encuentro la mirada de mi hermano fija en mí. Le respondo con el ceño fruncido y sigo cortando, tal vez un poco más

agresivamente de lo necesario, porque quiero que piense que hizo un trabajo de mierda cocinando a estas chicas malas. No lo hizo. Mi filete está perfecto.

—Demasiado cocido —murmuro, solo para molestarlo.

—Como el infierno. —Se burla, esos ojos marrones nunca abandonan los míos, solo parpadean cuando su esposa se ríe.

—Entonces —comienza mi cuñada Kristin, ansiosa por aliviar la hostilidad.

—Papá está enojado contigo, tía Ollie —dice Alannah con total naturalidad—. No sé por qué. Carter Beckett lo es *todo*. —Ella deja el tenedor y comienza a contar sus excelentes cualidades con los dedos—. Es rico, es el mejor patinador, marca como mil goles y es el chico más lindo del mundo.

La apunto mi cuchillo.

—Él también es divertido y sus galletas favoritas son las Oreo.

En este momento solo estoy alimentando el fuego de mi hermano. Eso queda claro por las respiraciones profundas y entrecortadas que respira desde el otro lado de la mesa, la forma en que agarra su cuchillo para carne como si fuera a clavarlo en la mesa de madera si esta conversación no termina pronto.

Alannah jadea y golpea la mesa con las palmas de las manos.

—¡Esas son *mis* galletas favoritas! —Junta las manos a la altura de su barbilla y hace pucheros—. ¿Podrías decirle a tu novio que tenemos las mismas galletas favoritas?

Él no es mi novio, pero le sonrío y asiento.

—Por supuesto.

—¿Le gusta mojarlas en leche como a mí? ¿Se las come enteras? ¿O las separa y lame el glaseado? —Gira su cola de caballo alrededor de su dedo, mirando soñadoramente al vacío, con los ojos brillantes—. Me pregunto...

—Bueno, nunca lo sabrás, porque nunca lo conocerás. —Jeremy se aleja de la mesa y toma su plato y el mío, aunque todavía no he terminado. Me lanzo hacia él, pero se aleja—. La tía Ollie va a romper con él.

Suelto un sonido ruidoso, incrédulo y jodidamente hilarante. La risa se me escapa.

—No voy a hacer tal cosa en absoluto. —En primer lugar, creo que Carter literalmente derribaría mi puerta si intentara poner fin a las cosas. En segundo lugar, no. De ninguna manera. Él me gusta, lo tengo, quiero conservarlo.

Probablemente debería decirle eso. A Carter, no a Jeremy. Porque estuve atrapada en modo de enloquecimiento toda la tarde, tuve que pedirle

a Cara que me hablara sobre fotos y artículos sin sentido, y luego vine aquí. No hemos tenido oportunidad de hablar y sé que está preocupado por mí.

Jeremy carga los platos en el lavavajillas y lo cierra de golpe. Se abre de nuevo y me río disimuladamente. La mirada que me lanza por encima del hombro es un nueve sobre diez en la escala amenazadora.

Kirstin toca mi mano.

—No te preocupes. No dejaré que te lastime. —Su voz baja—. Y Carter Beckett es tan sexy. Necesito todos los detalles sangrientos. —Sus ojos azules se agrandan y se toca el interior de la mejilla con la lengua—. Todos ellos.

—¡Kris! —La voz retumbante de Jeremy nos hace saltar—. ¡Vamos! ¡No! ¡Se supone que debes estar de mi lado! —Sus brazos son todos inestables. Parece desesperado. Me muerdo el labio para no reírme.

—Siempre estaré de tu lado, cariño.

—Graci...

—Pero aquí no hay lados —continúa Kristin—. Olivia es una adulta. Puede salir con quien quiera.

—¿Estás jodi... —Sus ojos se deslizan hacia su hija, cuya amplia mirada rebota entre los tres—. ¿Estás felizmente bromeando? Ella saldrá lastimada. —Agita una mano hacia mí—. Quiero decir, literalmente, tu, eh... *cosita* te va a doler. Probablemente te dio gonorrea o algo así.

Me estremezco y me hundo un poco más en mi asiento. No puedo culpar a Jeremy por pensar eso. Estoy segura de que dije lo mismo cuando Carter y yo nos conocimos. Estoy a punto de decirle que Carter está limpio, pero luego me doy cuenta de que no necesito justificarle nada a mi hermano.

—No voy a dejar de verlo porque tú lo desapruebas, Jeremy.

Alejándome de la mesa, saco a mi sobrino de la silla de comer en que rebota y lo abrazo fuerte. Siempre tiene hambre, se está tratando de meterse el puño en su boca.

—¿Quieres que le dé de comer? —le pregunto a Kristin. Levantando la camisa de Jem, le hago cosquillas en su vientre regordete antes de soplarle una frambuesa grande y húmeda. Se ríe como loco con la saliva burbujeando de su boca.

—Eso sería genial, Liv, gracias. Su mamila está en el refrigerador si quieres...

—No. —Jeremy arranca a Jem de mis manos y lo deposita en el regazo de Kristin. Ella no podría verse más irritada, y cuando él se aleja, ella se corta el cuello con el dedo mientras mira fijamente la parte posterior de su cabeza. La amo—. No usarás a mi hijo para distraerte del hecho de que estás saliendo con el mayor prostituto del mundo.

La nariz de Alannah se arruga.

—¿Qué es un prostituto, papá?

—Así es el novio de la tía Ollie, cariño. —Su sonrisa condescendiente está dirigida a mí y acaricia la cabeza de Alannah.

—No lo es. —Pongo mis brazos sobre mi pecho—. Ya no. Él es diferente.

Jeremy se ríe. Es una de esas risas exasperadas, como si no pudiera creer que tuviera que tener esta conversación conmigo mientras arrastra ambas manos por su rostro en cámara lenta.

—Honestamente, no puedes creer que eres la chica por la que Carter Beckett va a cambiar.

El comentario sarcástico atraviesa mi cavidad torácica. Sus intenciones pueden ser inofensivas, pero seguro que no es así como se siente. Porque ahora mismo mi propio hermano está respaldando ese artículo. El que se preguntaba si yo sería suficiente para Carter, el que Cara apenas logró convencerme de que era un montón de basura.

Me aclaro la garganta y alcanzo la cabeza de Alannah, besando su cabello antes de avanzar hacia mi sobrino y mi cuñada.

—Bueno, por muy divertido que sea escuchar cómo mi propio hermano piensa que no puedo ser lo suficientemente buena para un hombre como Carter Beckett, creo que me voy.

—Oh, Liv, vamos. No quise decir eso.

—Lo dijiste exactamente así —digo en voz baja, tratando de enmascarar el dolor.

Kristin está de pie con Jem sobre una cadera, agarrando a Jeremy de su camisa.

—Estás siendo un idiota en este momento. Discúlpate con tu hermana o busca otro lugar para dormir esta noche.

—¡Puedes dormir conmigo, papá! —grita Alannah emocionada. Ella frunce el ceño y coloca dos puños en sus caderas—. Pero solo después de que pidas perdón por herir los sentimientos de la tía Ollie.

Jeremy me sigue hasta la puerta principal, con sus grandes y estúpidos pies pisando fuerte detrás de mí.

—Ollie, vamos. No quise decir que no seas lo suficientemente buena.

—Eso fue lo que dijiste. Y eso es lo que también decía el artículo. —Mi labio inferior tiembla sin mi permiso. Jeremy nunca ha sido bueno con las lágrimas. Por eso levanta los brazos, todo frenético, porque está desesperado por detenerlas antes de que comiencen.

—¡No, no, no, no! Olivia, *no*. ¡Eres suficiente! ¡Eres demasiado! ¡Demasiado buena! —Echa la cabeza hacia atrás y gime ante mis ojos llorosos. No mentiré, tengo el poder de detenerlas en este escenario particular ahora que lo veo desmoronarse, pero las dejo fluir, solo para tener un poco de espacio—. *Ollie*. Mierda.

Sus brazos me rodean, atrayéndome hacia él mientras nos mece de lado a lado. Escondo mi sonrisa victoriosa en su pecho.

—Él me hace feliz, Jer. —Alejándome, limpio la teatralidad de mis ojos.

—Quiero que seas feliz. Sí, *Ollie*. Pero no quiero que salgas lastimada.

—Soy una chica grande. Puedo manejarlo. —No puedo manejarlo al cien por ciento, *no* si me lastima. Pero estoy aprendiendo a confiar en él, a confiar en que sus intenciones son puras.

—¿Estás segura de que te gusta? Por ejemplo, si hay al menos una pizca de duda...

—Me gusta. Mucho. Sin pizcas. Ni siquiera una.

Su mirada recorre mi rostro antes de asentir.

—Si, de acuerdo. Bien. Le daré una oportunidad. —Él toma mi mano, jalándome—. Ahora deja este falso *me estoy yendo mierda*, tu sobrino necesita que lo alimenten.

Riendo, camino de regreso a la sala de estar, tomando a Jem de los brazos de Kristin y besando su linda naricita.

Alannah me rodea la cintura con sus brazos.

—No puedo creer que mi tía esté saliendo con Carter Beckett. Todas las chicas del equipo van a estar muy celosas.

Se queda despierta mucho más tarde de lo que debería hacerlo una niña de siete años para ver el partido de hockey, y cuando Jeremy me acompaña hasta la puerta, me entrega su camiseta de los Vipers, la que tiene el apellido de Carter.

—¿Qué diablos quieres que haga con esto?

Mira al suelo, frotándose la nuca mientras gruñe algo que seguro que no entiendo.

—¿Disculpa?

Jeremy levanta las manos en el aire con una exhalación exasperada.

—Dije: ¿puedes conseguir que tu estúpido novio firme mi estúpida camiseta?

No puedo ocultar mi sonrisa ante este giro de los acontecimientos, y lo último que veo antes de que mi hermano me cierre la puerta en mis narices es poner sus ojos en blanco.

26

¿LO HICE BIEN?

Carter

No quiero alardear, pero estoy jugando fenomenal.

Estar con Olivia anoche encendió un fuego debajo de mi trasero, y el disco que acabo de enterrar en la red por segunda vez esta noche es la prueba.

Emmett salta hacia mí con un golpe en el pecho que me estrella contra las tablas, y cuando caigo al hielo, el resto de mi equipo se amontona encima de mí.

Puede que haya metido el gol de la victoria. En el tiempo extra.

Como dije, no quiero alardear, pero... lo hago.

—Excelente actuación esta noche, Carter. Absolutamente extraordinario —elogia uno de los periodistas que se apiñan fuera del vestuario cuando llego allí.

—Es un esfuerzo de equipo, como siempre. —Agarro la camiseta de Adam y tiro de él—. Quiero decir, este tipo. ¿Dónde diablos estaríamos si no fuera por este tipo? —Sacudo la jaula de su casco antes de que comience a quitárselo—. El mejor portero de la liga.

—Adam, recibiste esa última ayuda esta noche. ¿Cómo se siente eso?

—Siempre es un placer ayudar a mi equipo a ganar —responde con una sonrisa, pasándose la mano por el pecho hinchado. Me señala—. Carter siempre está listo para pasar por las tablas, esperando despegar.

El sudor brota de cada orificio de mi piel y todo lo que quiero hacer es terminar esto, meterme en la ducha y ver si mi chica me está esperando al otro lado del teléfono.

Adam me da un codazo en el costado con su codo acolchado. Cuando levanto la vista, envía una mirada mordaz hacia los reporteros.

—¿Eh? —Podría haberme distraído por ahí.

—Te pregunté si la chica con la que te vieron ayer tiene algo que ver con tu actuación más que estelar de hoy. —El periodista hizo un gesto con la mano como si intentara recordar su nombre. Dudo que lo haya olvidado, hoy en día, ha aparecido en Internet en el mundo del deporte, junto con su foto—. Olivia, creo que se llamaba.

Sonrí, enderezando mi palo mientras le doy una palmada a Adam en la espalda. Olivia no quiere que el mundo la conozca, pero yo sí. Quiero que todos sepan que ella es mía.

—Que tengan una buena noche a todos —digo con un gesto, acercándome al vestuario. Excepto que no puedo resistirme, así que... miro a la cámara y le guiño un ojo—. Hola, Ollie.

Mi estado de ánimo se agria cuando saco mi teléfono en el vestuario y descubro que todavía no tengo noticias suyas.

Probablemente agrio no sea la palabra correcta. Estoy ansioso, creo. Realmente no sé qué está pasando. ¿Debería enviarle más mensajes? ¿Le envié demasiados mensajes hoy? ¿Estoy siendo autoritario? ¿Es así como va esto?

Miro a Adam. Tiene la misma expresión en su rostro mientras mira su teléfono, decepción. Suspira y guarda su teléfono, no hay noticias de Courtney nuevamente.

Pero eso es diferente, ¿no?

¿O es eso?

—Mierda —murmuro accidentalmente la palabra en voz alta.

Emmett sale de la ducha con una toalla envuelta alrededor de sus caderas, mirándome.

—¿Todo bien?

—No sé. ¿Creo que tal vez Olivia podría estar enojada conmigo? —Me encojo de hombros—. No sé. —Ya dije eso—. No he sabido nada de ella. —Si estuviera en la ciudad, simplemente me presentaría en su casa. Pero estoy como a setenta y dos horas de verla, lo cual odio.

Mis ojos van a la polla de Emmett cuando deja caer la toalla y busca sus bóxers.

—Por el amor de Dios. —Me protejo los ojos con la mano—. Guarda esa cosa.

Él se ríe, dando un pequeño giro a sus caderas.

—Cara dijo que Liv estaba molesta porque el artículo decía que ella no era suficiente para mantenerte interesado.

¿Olivia? ¿No es suficiente? Bueno, eso es jodidamente ridículo.

—Pero ella...

—Lo sé, pero ella es una chica. —Se golpea la sien—. Esa mierda se mete en sus cerebros y pone huevos. —Se sube los pantalones hasta la cintura—. De todos modos, Care dijo que su hermano no estaba contento y la estaba presionando. Probablemente por eso no has vuelto a saber nada de ella.

Hago una mueca.

—¿No está contento con qué?

Emmett me da una mirada pero es Garrett quien resopla y responde.

—Alguien tendría que sujetarme si intentaras ligar con una de mis hermanas.

Eso es innecesario. Sus hermanas son demasiado jóvenes para mí. Además, son básicamente Garrett en forma femenina. Entonces no, gracias.

—No veo el problema.

Garrett deja caer sus patines en su bolso.

—Ponlo de esta manera. Si tuvieras una hija, ¿te gustaría que ella...?

—No. No hay manera en el infierno. Entiendo. —No es necesario terminar esa frase. Le cortaría la polla a cualquier hombre con una historia como la mía que intentara acercarse a mi hija, y luego la encerraría hasta que cumpliera los treinta. Quizás incluso treinta y cinco. La escuela exclusivamente para niñas probablemente sería una buena opción. A menos que le gusten las chicas. Mierda. Ningún lugar es seguro.

Bien, entonces tal vez entiendo cuál es el trato de su hermano. Pero ya no seré así. Olivia es la única chica con la que quiero enrollarme. No la lastimaré, lo sé.

Pero estoy distraído durante todo el viaje de regreso al hotel, mirando mi teléfono, redactando y borrando un mensaje para Olivia tres veces antes de que finalmente guarde mi teléfono.

—Hazme un favor —dice Emmett mientras nos dirigimos al bar en el vestíbulo. Está aborrotado de gente y no quiero estar aquí—. Recuerda cómo se ve estar rodeado de chicas que se lanzan sobre ti. No hacer nada no es suficiente. Tienes que hacer activamente *cualquier* cosa menos nada.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa que es fácil para alguien tomarte una foto junto a una chica que te toca el brazo y titularla “Carter Beckett: ya estás haciendo de las tuyas”. Tenlo en cuenta, eso es todo. Tienes a alguien más en quien pensar ahora. Una imagen como esa avergonzaría a Olivia.

—Bien. —Sinceramente, no podría sentirme más irritado en este momento. ¿Cómo es que necesito que me expliquen esto a los veintisiete

años? De cualquier manera, agradezco su advertencia, porque en el momento en que nos sentamos, una chica se arroja a mi regazo.

No estoy seguro de que mi reacción sea la mejor. Levanto las manos en el aire y grito, empujándola accidentalmente de mi regazo y tirándola al suelo cuando me levanto y grito:

—¡Tengo *novia*!

Después de unas cuantas respiraciones profundas y de tener la oportunidad de evaluar la situación con mis amigos riéndose a mí alrededor, ayudo a la atónita chica a ponerse de pie.

—Lo siento mucho. No quise empujarte.

—Está bien. —Se ríe ella, justo antes de pegarse a mi torso.

Oh...

Agarrando sus bíceps, la levanto suavemente, corriéndola hacia la izquierda, la dejo caer, repito:

—Tengo novia. —Y vuelvo a mi mesa.

—Novia, ¿eh? —La sonrisa de Adam es ridículamente tonta mientras levanta las cejas. Ya tiene pepinillos fritos y quiero saber cómo diablos pasó eso—. ¿Vas directo a la artillería pesada?

Quito un pepinillo de su plato y lo cubro con salsa ranch.

—¿Qué quieres decir?

Él se encoge de hombros.

—Pensé que solo estaban saliendo.

—¿No es lo mismo?

Garrett y Emmett se ríen disimuladamente, y Adam tararea alrededor de su comida mientras sacude la cabeza.

—Tienes mucho que aprender sobre las mujeres, joven saltamontes.

—Soy tres años mayor que tú.

—Y sin embargo, mentalmente estoy años por delante de ti.

—Vete a la mierda. —Robo otro pepinillo para distraer la atención del hecho de que tiene razón.

—Hasta que hayas tenido esta conversación en particular, Olivia no es tu novia. Ella es una chica con la que estás saliendo, lo que significa que se están conociendo, viendo si son compatibles, si los sentimientos son lo suficientemente reales como para convertir esto en una relación real.

¿Qué carajo? Ya sé que somos compatibles. Ella no tiene miedo de criticarme por mis cosas y yo no tengo miedo de ponerla en su lugar. La cual, anoche, estaba en el suelo mientras la follaba hasta dejarla sin sentido.

Además, se ríe de todos mis chistes. Y su sonrisa hace crecer la mía. Y su mano se siente muy bien con en la mía. Perfecto. Además, puedo tragarme todo su cuerpo entre mis brazos cuando la abrazo.

¿Y los sentimientos? Sé que los míos son bastante reales. Es la única explicación de por qué no pude olvidarla después de que ella se fue. ¿Los suyos... los suyos aún no son lo suficientemente reales? ¿Ella no lo sabe?

—También significa que es libre de salir con otras personas al mismo tiempo —añade Garrett—. No eres exclusivo sin esa etiqueta, y no obtienes esa etiqueta sin una conversación.

—¿Qué? No. ¿Otras personas? No. —Ella no está disponible. Se lo prohíbo. Le envió un mensaje de texto antes de que pueda detener mis dedos.

Yo: ¿Estás viendo otras personas?

Mi teléfono comienza a vibrar instantáneamente y presiono Aceptar sin verificar primero el nombre.

—¿Ollie? —El nivel de frenético en mi voz en este momento tiene que desaparecer. Me aclaro la garganta y lo intento de nuevo un poco más grave e indiferente—. ¿Olivia? Hola.

—¿En serio contestaste solo porque pensabas que era tu novia? ¡Has estado ignorándome todo el maldito día, Carter Beckett!

Mi pecho se deshincha con un suspiro excesivo.

—Hola mamá. —No la ignoré deliberadamente. Sus mensajes de texto comenzaron a llegar mientras yo estaba hablando por teléfono con Olivia hoy, tratando de controlar toda esta debacle del artículo antes de que la mierda pudiera expandirse, lo cual sucedió de todos modos. Y luego me concentré en conseguir que Olivia respondiera a mis mensajes de texto y después de eso, me subí a un avión—. ¿Cómo está la chica más bella del mundo? —*Más de cincuenta*, agregó en mi cabeza.

—No intentes engatusarme, Carter, lo juro. —Está a punto de gritar. Está enojada.

—Estás enojada.

—¡Tienes toda la razón, estoy enojada, cariño!

—Suenas menos enojada cuando me llamas cariño. —*No pinches al oso*, decía mi papá. Pero me gusta pinchar—. ¿Ya es esa época del mes? Estoy seguro de que tengo otra semana antes de que tú, Jennie y sus ciclos sincronizados empiecen a atacar. —*Pinchar, pinchar*.

—Oh, pequeño... —Las palabras se disuelven en un gemido, y prácticamente puedo verla subiéndose los lentes para poder frotarse los ojos—. Alguien necesita darte unas bofetadas y podría ser yo.

—Pero te amo, mamá. Eres mi favorita. —Sé cómo convencerla. Los chicos me han visto hacerlo demasiadas veces para contarlas, de ahí la diversión bailando en sus ojos.

—Carter, nadie sabe cómo enojarme como tú —suspira—. ¿De verdad tienes novia?

—Sí. Tal vez. No sé. —*Estoy confundido*—. Aparentemente necesito tener esa conversación con ella y no simplemente asumirlo.

Se ríe.

—Siempre has sido un chico apresurado, yendo tras lo que quieres. Nunca aceptaste un no por respuesta, así que estoy segura de que esto no será diferente.

—Tienes toda la razón.

Se ríe suavemente.

—¿Estás feliz, cariño?

El calor sube por mi cuello mientras miro a mí alrededor.

—Estoy fuera, mamá.

—Responde la pregunta, Carter.

—Sí.

—¿Si qué?

Tamborileo los dedos sobre la mesa. Me gustaría decir que nadie me presta atención, pero eso es un montón de basura. Hay tres pares de ojos pegados a mí. Cuatro, si cuentas a la chica en el regazo de Garrett. Y eso sin contar a la gente que nos rodea que *no* puede creer que esté en el mismo bar que los Vipers.

Así que acerco mi teléfono a mi boca y refunfuño lo que ella quiere escuchar.

—¿Perdón? No te escuché. —Su sarcástica diversión me rechina los engranajes.

—Sí, *¡estoy feliz!*

—Oh, cariño. Espero no haberte avergonzado delante de tus amigos.



Duré la friolera de treinta y dos minutos en el bar después de colgarle a mi madre. El tiempo suficiente para beber una cerveza, devorar un plato de nachos con Emmett y ver a Garrett manoseándose con una chica rubia.

Tengo la boca llena de pasta de dientes espumosa cuando oigo sonar mi teléfono en la mesita de noche. Salgo corriendo del baño y me lanzo sobre la cama, tirando mi teléfono al suelo cuando veo el nombre de Olivia en la pantalla.

—Mierda. —Me levanto de la cama y presiono, aceptando la llamada de FaceTime cinco mil veces—. Oye. Hola. Tú. Olivia. —Sale súper gorgoteante por la pasta de dientes. Levanto un dedo—. Tengo que escupir.

La llevo conmigo al baño, lo cual no creo que le importe porque se ríe en voz baja, y me enjuago la boca. Luego me dejo caer en la cama, pongo una mano detrás de mi cabeza y le muestro una sonrisa.

—Hola.

Su rostro se ilumina con su sonrisa.

—Hola. ¿Ya estás en la cama? Pensé que estarías en el bar.

Me encojo de hombros como si no fuera gran cosa, como si no estuviera suspirando por ella allí abajo.

—Estuve un rato, pero estoy cansado.

—Oh. ¿Quieres que te llame mañana?

Salgo disparado hacia adelante.

—¡No! Quiero decir. No, está bien. —Ya la extraño, aunque la vi hace veinticuatro horas. Ella también está en la cama y parece cansada. Toda esta mierda de hoy probablemente le pasó factura—. Quiero hablar contigo ahora.

—Yo también quiero hablar contigo ahora. —Apoyada en las almohadas, juega con los hilos de la sudadera azul que lleva puesto.

—¿Estás usando mi sudadera con capucha? —Con una sonrisa engreída, me rasco el pecho desnudo. Olivia sigue el movimiento, lo que, desafortunadamente, sólo me hace sonreír con más fuerza.

Tirando del cuello de mi suéter, la mitad de su rostro desaparece detrás de él.

—Me gusta. Huele a ti.

—¿Cómo huelo?

Sonríe.

—Tan bien, como si quisiera enterrar mi rostro en tu pecho y absorber tus abrazos, cada segundo de ellos.

Dulce Cristo.

—Sabes, eres una especie de blandengue. Todo el contraste con la morena atrevida que me ha mandado a la mierda quién sabe cuántas veces.

Sus mejillas se tiñen.

—Cállate.

—No. Mi pequeña tierna. La gatita pequeña, suave y esponjosa Ollie. —Eso es exactamente lo que es, una gatita. Feroz y atrevida con garras que no tiene miedo de mostrar cuando las necesita, pero debajo de todo, una gran bola de pelusa tierna.

—Carter —advierde, pero no se esfuerza lo suficiente por ocultar esa sonrisa. Lo veo. Su labio inferior se desliza entre sus dientes mientras juega con el desordenado moño en su cabeza—. Oye, lamento haber desaparecido un poco hoy. Sé que es una tontería, porque sabía que tomaron fotografías. Pero supongo que lo olvidé después de todo lo demás de ayer. Estaba un poco en shock. Y el artículo. No me gustó cómo me hizo sentir.

Su honestidad es reconfortante y lo aprecio. Estoy cansado de malentendidos y faltas de comunicación. Necesito saber cómo se siente para poder ayudarla a superar esta mierda. También sé que todo esto es nuevo para ella, estar en el centro de atención, así que creo que debo tener paciencia con ella mientras navegamos por esta parte de nuestra relación.

Relación. Oooh, esa palabra tiene un sabor raro. Me gusta un poco.

—Debería haberte preparado mejor.

Olivia niega con la cabeza.

—No, Carter, no hiciste nada malo. Perdí un poco la cabeza allí por un tiempo, pero no fue mi intención hacerte cuestionar si estaba saliendo con otras personas o no.

Le hago un gesto para que se despida.

—No. No lo hiciste. —Pero también—: ¿Lo estás?

La risa que estalla en sus labios me hace sonreír. Adam estaba equivocado. Esta chica es mi novia, lo sé. Sus sentimientos son reales. No tengo duda.

—Sólo tengo lugar en mi vida para un hombre tonto, exigente y arrogante.

Paso una palma por mi orgulloso pecho.

—¿Y soy yo?

—Es usted, señor Beckett.

Lanzo mi puño por el aire.

—¡Joder, sí lo soy! —Me estiro sobre la cama y observo cómo Olivia se acurruca debajo de las mantas. Ojalá estuviera acurrucándose con ella—. Te extraño. ¿Eso es raro? ¿Debería decirte eso? ¿O guardármelo para mí? No tienes que responderlo. No te dejes presionar ni nada. Yo solo...

—Carter.

Respiro profundamente, tratando de aliviar el rápido tamborileo de mi pulso.

—¿Sí?

La sonrisa de Olivia es dulce y soñolienta mientras apoya la mejilla en la almohada.

—Yo también te extraño.

—¿Lo haces?

Bosteza y se frota los ojos.

—Sí. Es bastante irritante. Desearía que estuvieras aquí conmigo, pero en cambio estoy sola. Con frío. —La últimas palabras es un murmullo perezoso que sale de la punta de su lengua mientras sus ojos se cierran. Parece que se necesita todo lo que hay en ella para seguir abriéndolos.

—Te mantendría caliente, nena.

—Mmmm, lo sé. Oso.

—¿Oso?

—Mmm. —Reprime un bostezo. El blanco de sus ojos está rojo, escondido detrás de sus párpados caídos, su sonrisa aturdida—. Eres como un oso grizzly. Cálido y acogedor. Lindo.

—Creo que te refieres a enorme y poderoso. —Flexiono un bíceps y gruño por si acaso.

Su risita cansada es la mejor, tranquila y susurrante.

—Te vas a quedar dormida sobre mí, dormilona. —Al presionar el interruptor de la lámpara, observo cómo los ojos de Olivia se cierran por última vez. Sus labios se abren mientras su pecho sube y baja constantemente, iluminado por el suave brillo de una lámpara en algún lugar allí, justo donde quiero estar.

No puedo quitarle los ojos de encima.

—¿Carter? —llama de repente, las palabras llenas de sueño. Tiene los ojos todavía cerrados y creo que podría estar soñando.

—¿Sí, princesa?

—¿Y si me enamoro de ti?

—Entonces yo también me enamoraré de ti, chica Ollie.

27

BURRITOS A LA HORA DE DORMIR E INVITADOS SORPRESA

Olivia

El lunes por la noche soñé que le decía a Carter que me estaba enamorando de él.

Sólo que podría no haber sido un sueño. Podría haber sido totalmente real.

Porque cuando me desperté el martes por la mañana, Carter me sonreía desde mi teléfono, donde aparentemente había estado toda la noche. Me quedé dormida sobre él y no quería colgarme, me dijo. La llamada duró hasta que mi despertador de las siete de la mañana nos despertó a los dos. Sigo tan impresionada con la batería de mi iPhone que estoy pensando en enviar un correo electrónico a Apple.

Las palabras que podría haber murmurado en sueños volvieron a mí mientras Carter me miraba con una expresión dulce, viéndome buscar a tientas mis disculpas por haberme quedado dormida, por haberlo tenido al teléfono toda la noche, por cualquier divagación inducida por el sueño que pudiera haber oído sin preguntarme directamente si lo había soñado.

El miércoles por la mañana, sigo nerviosa cuando su nombre aparece en mi pantalla. Como ahora.

—Necesito una foto tuya —dice a modo de saludo y con un suspiro pesado, sacudiendo sus ondas castañas sobre la cabecera de cama.

—Buenos días a ti también.

Sonríe.

—Buenos días, princesa. No puedo esperar a despertarme a tu lado todo el fin de semana.

259

Sí, aparentemente eso va a pasar. Se va el lunes y no vuelve a casa hasta el sábado, y yo lo estoy temiendo, así que estoy ansiosa por pasar todo el fin de semana juntos. Además, mi casa está helada. No tener que dormir con varias capas de ropa para que no me castañeen los dientes será un refrescante cambio de ritmo.

Me tapo el bostezo e intento sacudirme el sueño. Estoy cansada porque Carter y yo estuvimos hablando por teléfono hasta pasada la medianoche.

Sus ojos se encapuchan.

—Si bostezas así de fuerte en mi cama, te meteré algo duro como una roca y palpitante entre esos bonitos labios rosas.

—Su boca y su mente son igual de sucias, señor Beckett. —Intento acostumbrarme, pero sobre todo hace que me ruborice como una loca. También me excita. Estoy en un nuevo nivel de excitación con este hombre. No ayuda que ayer se pasara todo su tiempo libre enviándome mensajes sucios mientras yo estaba en el trabajo.

—Eso me trae de vuelta a la foto. Necesito una, Ollie. Tuve que masturbarme con esas fotos de los paparazzi anoche después de que te fueras a la cama. —Enfoca la cámara hacia su entrepierna cuando la agarra—. Mi espada de trueno y yo estaremos siempre en deuda contigo, princesa Ollie.

He oído ese nombre al menos cinco veces en los últimos cuatro días y todavía no me entra en la cabeza. Espada de Trueno, no Princesa Ollie. Me las estoy arreglando para ignorar *todos los princesas*, y ¿es una locura si admito que en realidad... *me gustan*?

—Debes ser el único hombre en esta tierra que le ha puesto nombre a su polla.

—Eso no es cierto. Garrett llama a su teniente J...

—*¡Cállate, idiota!* —La almohada que Garrett lanza a la cabeza de Carter es la cereza del pastel.

—Pobre Garrett.

Carter se ríe.

—¿Pobre Garrett? ¡Me ha pegado! ¡Podría haberme sacado un ojo!

—Eres indestructible, Carter. Deja de lloriquear.

Ahí está esa sonrisa. Flexiona un bíceps venoso.

—Sí, soy bastante indestructible. ¿Sabes lo que no es indestructible? ¡Tu p-oye! —Otra almohada en su rostro, esta lo golpea de lado.

—Gracias, Garrett —digo.

—¡De nada!

—Idiotas —murmura Carter, frotándose un lado de la cabeza—. Llegaré tarde a casa esta noche, así que no podré verte.

—No pasa nada. —Sería más convincente si no estuviera frunciendo el ceño.

—Y voy a ver bailar a Jennie mañana por la noche, así que no te veré hasta el viernes en el partido.

—¿Quién es Jennie? —Contengo el impulso de preguntarle por qué la irá a ver bailar porque esta racha de celos que ha encendido un fuego en mí me está volviendo loca. Supongo que no lo disimulo muy bien, porque Carter sonríe con la boca ladeada.

—Jennie es mi hermana. Es bailarina de competición en la SFU y tiene un espectáculo mañana por la noche. Además, disfruto de este pequeño monstruo de ojos verdes que se ha estado escondiendo dentro de ti.

—No estaba celosa. —Una mentira a medias, porque definitivamente envidio que su hermana tenga ritmo, y el suficiente como para entrar en un programa tan elitista. Supongo que Carter no es el único atlético en su familia—. Eso es impresionante.

—Sí, consiguió una beca completa en la secundaria. Ha bailado toda su vida. —Se ríe, frotándose la mandíbula—. Mis padres no tenían vida fuera de llevarnos al baile y al hockey. Pasábamos más tiempo en el auto viajando a los entrenamientos, los partidos y los recitales que en nuestra propia casa. Mi padre siempre decía... —Carter hace una pausa, con expresión avergonzada. Me hace un gesto para que me vaya—. Ah, olvídale.

Nunca he perdido a alguien tan cercano, así que no puedo ni empezar a comprender por lo que Carter ha pasado a lo largo de los años, pero la angustia sigue flotando en el aire cuando habla de su padre.

—¿Qué decía?

Carter baja la mirada a su regazo antes de volver a levantarla hacia mí.

—Decía que entenderíamos por qué estaban dispuestos a dejarlo todo por nosotros cuando algún día tuviéramos nuestros propios hijos.

Ojalá hubiera podido conocer al padre de Carter. Por lo poco que me ha contado, está claro que era un esposo maravilloso, un padre comprensivo y que compartía el sentido del humor de Carter. Al parecer, esos dos eran una pareja bastante irritante con su madre y su hermana.

No puedo evitar preguntarme cómo sería Carter si su padre aún estuviera aquí. Me gusta como es, pero me pregunto si no habría pasado por años de sexo casual y sin sentido si su padre no hubiera muerto.

Excepto que si no lo hubiera hecho, no habría forma de que estuviéramos donde estamos ahora, nosotros dos. Probablemente estaría casado, tal vez tendría un hijo o dos, porque no hay manera de que alguna mujer hermosa no lo hubiera atrapado ya. Aparte de su innegable atractivo, Carter es irónico e hilarante, carismático, amable y lo bastante apasionado como para hacerte sentir como si te prendiera fuego.

Ódialo todo lo que quieras, pero ese pasado suyo es la única razón por la que somos capaces de darle una oportunidad real a esto ahora mismo.

—¿Quieres hijos? —me pregunta Carter de repente—. ¿O no quieres tener hijos? ¿Odias a los niños? Probablemente los odies, trabajar con ellos todo el día y todo eso. No, eso es estúpido. Te encantan; entrenas al equipo de hockey de tu sobrina en tu tiempo libre.

No hay nada más adorable que un Carter ansioso y divagador que no sabe qué decir. Independientemente de ser natural en esto de las citas a pesar de no haberlo hecho nunca antes, está claro que está muy fuera de su elemento, dudando de todo lo que dice o hace.

—Me gustaría tener hijos algún día —le digo.

Asiente.

—Genial. Sí, genial. A mí también. Algún día.

—¿Carter?

Se le ilumina el rostro.

—¿Sí?

—Tengo que vestirme para ir a trabajar.

—Bien. Sí. Estoy deseando verte el viernes, Ollie. Te voy a dedicar un gol y te voy a lanzar un beso en televisión nacional.

Me quedo boquiabierta.

—No, no lo harás.

Me dedica esa sonrisa diabólica que tanto me gusta.

—Si crees que no lo haré, es que no me conoces.

Llevamos treinta segundos sin hablar cuando me llega un mensaje de texto.

El hombre más sexy del mundo: ¿Prefieres Princesa u Ollie cuando grite tu nombre entre la multitud?



Son más de las once cuando por fin me meto en la cama, sintiéndome especialmente malhumorada y un poco frustrada conmigo misma por estar así. Antes de Carter sobrevivía bien sola, pero ahora no puedo pasar más de unas horas sin hablar con él. Es francamente vergonzoso y la única persona a la que se lo he confesado es a Cara, y sólo porque recuerdo lo desgraciada que se sentía cuando Emmett y ella empezaron a salir y él se iba. Ella sigue siendo bastante miserable en largas temporadas, para ser honesta.

El equipo embarcó en San Jose a las cinco, y aunque sé que es demasiado tarde para verlo, supongo que esperaba que Carter llamara al llegar a casa. Pero un último vistazo a mi teléfono me demuestra lo que ya sé: no me ha llamado ni me ha mandado mensajes desde que terminó mi jornada laboral.

Recojo su sudadera del suelo y respiro su olor mientras el grueso algodón me envuelve. Aunque llevo ropa larga térmica y estoy metida bajo tres mantas, mi cuerpo sigue temblando. Llevo mi mano a mi rostro, intentando calentarme la nariz helada, y cuando eso no funciona, me agarro las mantas contra el pecho y ruedo por el colchón.

—Burrito para dormir —murmuro para mí misma, satisfecha con mi apretado capullo. El aire frío no puede penetrar este campo de fuerza y, con esa certeza, empiezo a dormirme.

Estoy a punto de perder el conocimiento cuando empiezan los golpes, que me sacuden con un aullido y me hacen abrir los ojos. No estoy del todo segura de no haberlo imaginado; estoy tan agotada que deliro. Pero cuando empieza por segunda vez, más fuerte y más largo, salgo disparada de la cama.

Salvo la maldita manta. Intento poner los dos pies en el suelo, pero los tobillos se me cruzan y no puedo sacar los brazos de la camisa de fuerza de mantas lo bastante rápido como para salvarme de caer de bruces.

Y así lo hago. Me caigo de bruces. Con fuerza.

—Ow —Gimo y ruedo sobre mi espalda. Las mantas se aflojan lo suficiente para liberar los brazos y que caigan sobre la fría madera. Me froto la nariz, la boca, la frente; me duele todo—. Que me jodan.

Y otra vez esos malditos golpes. Mi cerebro me dice que oye un débil *Liv, Liv, Liv, Liv*, así que me pongo boca abajo y me arrastro por el suelo de mi dormitorio. Utilizo el marco de la puerta para levantarme, me sacudo las mantas de las caderas y me dirijo a la puerta principal.

Si estuviera más despierta, probablemente se me ocurriría no abrir la puerta casi a medianoche, ignorar a la persona trastornada al otro lado de la puerta. Pero estoy agotada y me siento medio desnuda, así que en lugar de cuestionar la llamada a altas horas de la noche, me restriego el sueño de

los ojos, deslizo una mano bajo el jersey para rascarme el estómago mientras bostezo y abro la puerta de un tirón.

—*Estoy* soñando. —Me toco el rostro; realmente me duele de la caída del sueño—. Qué bien. Esto no me va a doler. —Cierro la puerta y me doy la vuelta para volver a la cama.

Pero no se cierra, y el hombre que está en mi puerta entra y me rodea el codo con sus largos dedos.

—Entiendo que alguien tan guapo como yo aparezca inesperadamente en tu puerta en mitad de la noche te haga pensar eso, pero no, no estás soñando. —Carter me agarra con fuerza y me atrae hacia él, amenazante—. Y acabas de intentar darme un portazo cuando llevo tres días sin verte, así que voy a necesitar que abras esa preciosa boca tuya y me dejes probarte, preciosa.

28

¿QUIÉN SUBIÓ LA CALEFACCIÓN?

Olivia

Echo la cabeza hacia atrás y parpadeo al ver al hombre que tengo delante. Despacio y cinco veces porque sigo pensando que estoy soñando.

—¿Carter? —Mi mirada se desvía hacia la bolsa de hockey de mi porche, los palos, la bolsa de fin de semana de cuero marrón café que cuelga de su hombro—. ¿Qué estás... haciendo... aquí?

Abrochando los botones de su abrigo de lana, deslizo las manos en su interior, presionando con las palmas su cálido pecho, como si necesitara sentirlo para saber que es real, que realmente está frente a mí.

—Estás aquí —repito lentamente. Levanto los ojos hacia los suyos, divertida, y me lanzo a sus brazos, rodeando su cintura con las piernas mientras me aplasto contra su cuerpo—. Estás aquí.

—Estoy aquí, Ollie. —Se apoya en mi cabello mientras me abraza—. El vuelo se retrasó y pensé que era demasiado tarde para llamar, pero luego me sentí miserable y no sé qué estaba haciendo, pero aquí estoy.

Hundo mi rostro en su cuello e inhalo ese delicioso y relajante olor al que ya soy adicta.

—Te he echado de menos.

Unos labios suaves me rozan la oreja.

—Yo también te he echado de menos, Ollie. No podía esperar hasta el viernes. Espero que no te importe. —Sus manos se deslizan por mi cintura hasta mi espalda y me acarician el culo—. ¿Por qué llevas una manta alrededor del tobillo?

Abro los ojos y empiezo a desenvolverme del cuerpo de Carter. Me deja en el suelo y, efectivamente, la esquina de la manta me rodea el tobillo. Lo veo sacar la bolsa de hockey del porche y tirarla al suelo de la sala antes de que cuelgue el abrigo en un gancho y se quite las botas.

—Me he enredado con las mantas —murmuro mientras se afloja la corbata del cuello, se la pasa por la cabeza y la cuelga en el pomo de la puerta. ¿Qué está haciendo? ¿Me está saludando? ¿Se queda a dormir? Se desabrocha los tres primeros botones de la camisa y trago saliva.

—Me muero de hambre. —Me quema la piel con las yemas de los dedos cuando me agarra por las caderas y me aprieta contra la pared—. Por ti. —Su boca cubre la mía, instigándola a abrirse, y su lengua se encuentra con la mía en un lento y acalorado recorrido—. Y para comer. ¿Tienes algo? —Entrelazando nuestros dedos, me lleva por el pasillo hasta la cocina.

Me quedo embobada mirando cómo se saca la camisa de los pantalones y se pasa la mano por el torso ondulado, comprobando el contenido de mi refrigerador. Me mira por encima del hombro y me dedica una sonrisa deslumbrante mientras recorre mi cuerpo con la mirada.

—¿Quieres deshacerte de esa maldita manta antes de que te hagas daño? Si tengo que llevarte al hospital esta noche, será porque te empalé demasiado fuerte con mi polla y te follé hasta dejarte en coma, no porque tropezaras con esa maldita manta y te rompieras el tobillo.

Bueno. Esa es una forma de subir la temperatura aquí.

Y estoy tardando demasiado, aparentemente, porque Carter se agacha y me desenvuelve el tobillo.

—Ya está. Estás a salvo. —Se vuelve hacia la nevera y saca las sobras de la cena. Quita la tapa y aspira con un gemido—. Joder, qué bien huele. ¿Puedo?

En cuanto saco un tenedor para él, me lo quita de la mano y se lo mete y veo cómo lo succiona como una maldita aspiradora. Creo que ni siquiera respira, solo se mete la pasta de *pollo cajun* en la boca.

Me sacudo para salir del trance en el que me encuentro y sonrío al ver cómo Carter lame el tenedor después de pasarlo por el recipiente, recogiendo todo el aceite y los condimentos.

—Supongo que mañana comeré en la cafetería.

Deja de lamer y me mira.

—¿Este es tu almuerzo? —Lo baja de golpe—. Aw, Liv. ¿Por qué no me lo dijiste? —Me levanta, me pone sobre la encimera y me rodea con las piernas, hundiendo su rostro en mi cuello—. Me comí tu almuerzo. Lo siento mucho. Pero estaba delicioso, así que no lo siento tanto. Pero aun así, lo siento.

—No pasa nada. —Lo empujo hacia atrás para poder acariciarle el estómago—. Eres un niño grande. Necesitas tu comida.

—Te necesito —susurra, apoyando la frente en la mía—. Y por mucho que te quiera con ropa... —Sus dedos se hunden bajo el dobladillo de la

sudadera con la que he estado viviendo, rozándome la piel—. Esta sudadera tiene que irse, joder.

Está en el suelo un segundo después, y todo lo que toca su mirada quema mi piel expuesta.

—Esta camisa de tirantes —gruñe, deslizando un dedo por un agujero que está peligrosamente cerca de mi pezón. No me preguntes por qué no me deshago de mi ropa raída. No hay nada mejor para holgazanear que la ropa vieja y gastada—. Me encanta esta camisa de tirantes. Pero la voy a estropear.

—Carter...

Mis palabras mueren con el desgarró de la fina tela al rasgarla, con una sonrisa de placer y orgullo a la vez. Se me pone la piel de gallina cuando el aire frío baila sobre mi piel, haciéndome temblar, y Carter me observa. Me toma la mano y me examina las uñas, que tienen un interesante tono azul violáceo, aunque no llevan esmalte.

Frunce el ceño al mirarme. Sus propios hombros tiemblan con un escalofrío y me pasa las manos por los brazos.

—Hace un frío del carajo aquí, Ol. ¿Puedo subir la calefacción?

Se pone en marcha antes de que pueda decirle que no se moleste, y salto de la encimera para seguirlo hasta el vestíbulo, parándome a recoger su jersey del suelo y volver a cubrirme. La humillación calienta mis mejillas al ver el rostro que pone Carter cuando encuentra el termostato.

—¿Cuarenta y nueve? Ollie, ¡aquí sólo hay cuarenta y nueve jodidos grados!

Mi mirada cae al suelo cuando empieza a tocar los botones.

—Eso no funcionará.

—¿Cómo que no funciona? ¿Por qué dice modo calor apagado? No me deja... —Se interrumpe con un gemido, girando hacia mí.

—Mi caldera está rota.

Sus cejas saltan.

—¿Rota? —Cuando asiento, se pasa una mano por la mandíbula—. ¿Desde cuándo?

—Um... —Me rasco la sien—. Una semana o así. —*Esta vez*, añado mentalmente.

—¿Una semana? Olivia. No puedes... eso no es... —Mueve la cabeza mientras toma mi rostro—. Joder. Hace demasiado frío para ti, Ollie.

—De ahí la ropa. —Hago un gesto hacia mi cuerpo—. Y la manta que me envuelve el tobillo.

—¿Dónde está tu caldera? —Me señala la puerta que da al sótano—. ¿Quieres que eche un vistazo?

Le agarro la mano, deteniéndolo, porque Carter no espera a nadie, lo que significa que en cuanto la pregunta salió de su boca ya estaba a medio camino de la puerta.

—No puedes arreglarlo. Mi hermano ya lo ha checado. Ha estado entrando y saliendo desde el invierno pasado. Necesito uno nuevo.

—Oh. ¿Vas... vas a hacer eso? ¿Reemplazarlo?

Me arden los oídos y no puedo mirarlo. Me muevo sobre mis pies y hundo los dedos en el moño que tengo encima de la cabeza.

—Estoy ahorrando.

—¿Estás ahorrando?

Se me llenan los ojos de lágrimas de vergüenza y desvío la mirada antes de que me vea.

—Ahora mismo no puedo permitírmelo. Por favor, déjalo.

—Yo...

—Si tienes frío, Carter, tienes cinco chimeneas en casa para calentarte.

La comisura de su boca se tuerce.

—Siete.

—¿Qué?

—Tengo siete chimeneas.

El calor me sube por el cuello y se me acumula en las mejillas.

—Siento no tener ninguna —susurro mientras paso a su lado.

—Oye. —Sus dedos se cierran alrededor de mi codo antes de deslizarse por mi brazo, y su palma me rodea la nuca mientras me atrae suavemente hacia él. Me mira con preocupación—. Necesito que me digas por qué te enfadaste tanto.

—Porque dijiste...

—Sé lo que dije. Te pregunté si ibas a cambiar la caldera. —Me mira tomándome el labio inferior entre los dientes—. ¿Te da vergüenza no poder permitírtelo?

Me centro en su pecho, la piel impecable que asoma entre sus botones abiertos. Incluso en pleno invierno, es de un tono dorado perfecto.

—Mírame, Ollie. —Me saca la punta de la uña del pulgar de la boca, donde no me había dado cuenta de que había migrado, y me sujeta la barbilla entre los dedos, forzando mi mirada hacia la suya—. No tienes por

qué avergonzarte de eso. No te estoy juzgando. Sé que trabajas duro y que haces lo mejor que puedes. —Su pulgar roza mi labio inferior—. Estoy orgulloso de ti.

Mi corazón retumba silenciosamente en mi pecho y algo en mi vientre se aprieta ante las dulces palabras, la compasión que encierra en su mirada firme.

—Es difícil no compararme con alguien como tú —admito—. Sé que estamos en campos de juego diferentes, pero todo lo que tienes es tan hermoso, tan increíble, y...

—Incluida tú, Ollie. Eres tan hermosa, tan increíble, toda tú. ¿No entiendes que todo lo demás no se compara? Lo cambiaría todo por ti.

Las mariposas vuelan en mi estómago. Le rodeo la cintura con los brazos, apoyo la mejilla en su pecho y respiro hondo.

—Me gustan tus chimeneas. Las siete.

Carter se ríe y me besa el cabello.

—Quiero que estés caliente, Ollie. Eso es todo. Siento haberte hecho sentir mal. —Nos retuerce de un lado a otro—. Además, voy a acurrucarme contigo esta noche y tengo calor, así que de todas formas no necesitarás toda esta ropa.

—¿Te quedas a dormir?

Su expresión dice *duh* pero su boca dice.

—Todo lo que quiero hacer es follarte hasta mañana y dormirme con mi novia en mis brazos.

Maldita sea, ahí va mi corazón otra vez, pasando de un suave y constante zumbido a un martilleo salvaje.

A juzgar por el apenas perceptible tono rosado de sus pómulos y la forma en que se lleva el labio inferior a la boca para roerlo, diría que este hombre excepcionalmente grande que tengo delante se está haciendo el tímido.

—¿Novia?

Asiente, rascándose la cabeza.

—¿Te parece bien? Sé que quiero estar contigo. Sé que somos compatibles. No necesito tiempo para ver si esto funcionará, si voy en serio contigo. Ya sé todo eso. Quiero que seas mía y no quiero compartirla con nadie más. Los chicos dijeron que no éramos exclusivos hasta queuviéramos esta conversación y que podías salir con otras personas, pero yo no quiero eso. No te quiero con nadie más, sólo conmigo. Así que sé mía. Por favor.

Mi mano se desliza por la barba incipiente que recubre su mandíbula.

—¿Por qué estás soltero?

—Porque llevas siete semanas haciéndote la dura, más o menos. Porque me tienes aquí parado, esperando una respuesta a mi pregunta cuando la respuesta me parece bastante obvia.

—Bastante obvia, ¿huh? ¿Y cuál es la respuesta obvia?

Carter tira del elástico que sujeta mi cabello. Cuando me cae por los hombros, me pasa los dedos por él.

—La respuesta obvia es sí, porque estás obsesionada conmigo. No puedes dejar de pensar en mí y en mis bonitos ojos. Y en mis hoyuelos. — Un aliento caliente me recorre el cuello—. Te *encantan* mis hoyuelos.

—Tu arrogancia nunca deja de sorprenderme.

—Lo que quieres decir es confianza, y eso también te encanta de mí.

Le rodeo el cuello con los brazos y los dedos se enroscan en su cabello mientras me levanta y empieza a caminar hacia mi dormitorio.

—¿Ah, sí?

—Te conozco como la palma de mi mano. —Me tumba en la cama y da un paso atrás, abrochándose los botones de la camisa antes de quitársela, dejando al descubierto su pecho ancho, su torso impecablemente cincelado, esa V profunda que lleva un rastro de crudo deseo hasta donde desaparece en sus pantalones.

—¿Qué estoy pensando ahora mismo?

—En que quieres correrte —responde simplemente, tirando los pantalones al suelo. Sus bóxers le siguen rápidamente, y una necesidad embriagadora se despliega en mi vientre cuando sus rodillas golpean el colchón—. Alrededor de mis dedos, en mi lengua. Por toda la polla.

Mi lengua se desliza por mi labio inferior mientras mi corazón late entre mis muslos, y algo crudo y salvaje se aprieta en mi garganta mientras él se acerca a mí. Me engancha los dedos en la cintura de los pantalones y me los baja por las piernas. Su áspera palma me roza el torso, me cubre el pecho y me aprieta. Un momento después, el jersey que llevo está en el suelo, dejándome desnuda y expuesta.

Hay algo en el calor acumulado tras su mirada, tan oscura, tan hambrienta, que hace que me cueste respirar cuando me mira.

Intento que suba por mi cuerpo, pero su palma se posa en mi clavícula y me obliga a retroceder.

—Ah-ah, chica bonita. —Unos labios tiernos topan con la delicada piel de la cara interna de mi muslo, saboreándola—. Aún no has respondido a mi pregunta.

Joder. ¿Cuál era la pregunta?

Me pasa la punta del dedo por la raja, como un fantasma, y mi cabeza cae hacia atrás con un gemido cuando me roza el clítoris.

—Dios, sí.

—¿Sí? ¿Esa es tu respuesta o simplemente me haces saber que te gusta cómo te toco? —Su mirada entrecerrada se fija en la mía mientras su lengua recorre mi dolorido centro, acalambrándolo de necesidad—. Sé más concreta, Ollie. ¿Eres mía?

Hunde un dedo dentro de mí, dolorosamente despacio, y todos mis pensamientos abandonan mi cerebro.

—Sí —grito—. Sí, soy tuya.

—Ding, ding, ding —susurra—. Respuesta correcta.

Mi espalda se arquea, la cabeza cae sobre el colchón cuando él entierra su rostro entre mis piernas. Su nombre sale de mis labios una y otra vez mientras lo jalo del cabello.

Su boca es un sueño húmedo, su lengua un arma letal, y estoy dispuesta a dejar que este hombre me destruya.

Y Dios mío, qué bien lo hace. Dedos penetrantes, dientes que rozan y una lengua perversa que nunca se detiene, me deshago con un orgasmo explosivo que me hace temblar las piernas.

No es hasta que Carter sube por mi cuerpo que me doy cuenta de que sus manos tiemblan.

Recupero el aliento y le acaricio la mejilla.

—¿Qué te pasa?

—Me gustas mucho —suelta—. Me gusta todo de ti. ¿Te parece bien? ¿Está bien que te diga lo mucho que me gustas o debo guardármelo para mí? ¿Decírtelo una vez y no volver a hablar de ello? ¿Decírtelo todos los días? No lo sé, Ollie; soy nuevo en esto. Lo único que sé es que tenía muchas ganas de decírtelo y, además, estoy jodidamente aterrorizado. —Sus párpados se cierran con una fuerte inspiración y su frente se apoya en la mía. Cuando abre los ojos, noto la preocupación, el miedo, y me alegro de no estar sola—. No quiero estropearlo.

Giro la cabeza, besando el interior de la palma de la mano que descansa contra mi mejilla.

—Tú también me gustas mucho, Carter. Y no creo que lo estropees. Ya se te da muy bien.

Su rostro se ilumina.

—¿Sí? Quiero decir, soy genial en la mayoría de las cosas, así que... ¡eh! —Cuando le doy el primer golpe en el hombro, me toma la mano y me la sujeta por encima de la cabeza—. Golpea otra vez y te ataré las manos a

la espalda —susurra contra mi labio—. No tengo ni idea de lo que hago, Ollie.

Yo tampoco. He tenido dos relaciones serias, y aunque ambas duraron más de un año, nunca había sentido lo que siento por Carter. Esta intensidad que vibra entre nosotros, el magnetismo que nos acerca cada vez más, es tan confuso como adictivo. No se supone que caigas tan rápido.

Carter me pone de lado y se acomoda detrás de mí, con la mano en la cadera y los labios en el cuello.

—Eres tan hermosa, Ollie.

Mi risita es más ansiosa de lo que me gustaría. Mis sentimientos por este hombre van a toda velocidad y no sé cómo frenarlos. No encuentro un botón de pausa, y es desalentador.

—Lento y constante esta noche, ¿bien? Sólo quiero sentirte. —Carter me levanta la pierna, la punta de su polla se desliza por mi abertura. Me agarro a las sábanas cuando empieza a empujar y sus dedos se entrelazan con los míos. Su boca recorre mi cuello, mi hombro, sus dientes presionan mi piel mientras mece sus caderas contra las mías—. Cada centímetro de ti. Todo es mi favorito. Eres mi favorita. Mi princesa.

Otra vez ese maldito apodo.

—Ese apodo es ridículo, pero creo que me encanta.

Sonríe contra mi cuello y suelta mi mano para pasar sus dedos por mi brazo y luego por mi costado. Las yemas de sus dedos se clavan en mi cadera mientras su ritmo se acelera, cada embestida más profunda y poderosa que la anterior. Se me abre la boca con un grito ahogado cuando me acaricia el apretado manojito de nervios de la hendidura de los muslos.

—¿Quieres otro? ¿Qué tal calabaza? ¿Qué te parece, Liv? ¿Quieres ser mi pastel de calabaza?

—Eres demasiado. —Apenas consigo poner los ojos en blanco y Carter se traga mi risa con la boca.

—Creo que quieres ser mi calabaza.

—Quiero ser lo que sea.

Su mano se desliza por mi vientre, entre el valle de mis pechos, antes de cerrarse sobre mi garganta. Ladea mi rostro hacia el suyo, sin ralentizar sus movimientos.

—¿Qué tal mi todo?

Mi corazón deja de latir ante esas sencillas palabras. Carter no se atreve a apartar su mirada de la mía, la forma en que esos ojos me observan es tan intimidante, penetrante, mientras sigue moviéndose, avanzando, jadeando. Su frente se arruga mientras sus ojos se cierran durante un breve

instante antes de que su boca devore la mía en un beso tan feroz, tan hambriento, que lo siento hasta en la punta de los dedos de los pies.

Su nombre sale de mi boca como un grito, y él entierra el mío en mi cuello cuando el mundo se rompe a nuestro alrededor.

Carter me aprieta contra él, me estrecha entre sus brazos mientras yo lucho por recuperar el aliento. En parte es un orgasmo que me destroza el alma, pero sobre todo son los sentimientos que siento por él los que me están sofocando ahora mismo. Los entierro en mi garganta, y mi rostro en su pecho agitado.

Un gruñido llena el aire, procedente de su estómago, y él rueda sobre mí.

—Odio estropear este momento, pero vuelvo a tener hambre.

—Eres un pozo sin fondo. He hecho magdalenas de arándanos. Están en la...

Salta de la cama con un chillido, sí, un chillido, y veo cómo su culo desnudo desaparece en el pasillo más rápido de lo que jamás he visto moverse a este hombre cuando no va en patines. Vuelve treinta segundos después con las mejillas y las manos llenas.

—Los encontré.

—... despensa. Vaya. Tres magdalenas, ¿huh?

—Cuatro —murmura, señalando sus mejillas de ardilla. Traga saliva y me ofrece una—. Una es para ti. —Se la vuelve a meter en el pecho—. A menos que no la quieras. Entonces me la comeré.

—Carter...

—Sí. —Su cabeza se inclina mientras se arrodilla en la cama, desgarrando una magdalena—. Tienes razón. Compartir es cuidar. —Me mete un trozo entre los labios antes de que pueda objetar y luego se tumba boca arriba, con las piernas colgando sobre el borde—. Tu cama es demasiado pequeña para mí.

—Me queda perfecta.

—Eso es porque eres pequeña.

—Y tú tienes el tamaño de un monstruo.

Se mira la entrepierna, gira las caderas y hace bailar mis músculos favoritos.

—¿Oyes eso, grandulón? Tenemos un tamaño monstruoso.

Sacudo la cabeza.

—¿En qué demonios me he metido?

Se ríe entre dientes.

—¿Te dieron más problemas tus chicos después del lunes?

Hago un mohín y me acurruco a su lado.

—Uno de mis chicos me llamó conejita de disco.

—Seguro que lo hizo, y tú le encendiste el infierno por ello. Sabía que podías respaldar toda esa insolencia. —Sus dedos recorren lentamente mi columna vertebral—. ¿Todo lo demás va bien? Em dijo algo de que tu hermano estaba enfadado.

—No pasa nada. —Coloco la palma de la mano sobre su estómago, sintiendo los acordonados músculos que ondulan bajo la chisporroteante superficie de su piel.

—Ollie. Sé sincera conmigo. Por favor.

Suspiro, inclino la cabeza y lo miro a los ojos.

—Al principio no estaba contento. Quería que dejara de verte. —Su cuerpo se tensa—. Pero se lo expliqué. Y... ahora está bien.

—¿Lo está?

Aprieto mis labios contra su clavícula y asiento.

—Quiere que sea feliz.

—¿Y lo eres? ¿Feliz?

Me duelen las mejillas con la sonrisa que le regalo.

—¿Tú qué crees?

Su propia sonrisa estalla, estalla en su rostro mientras su mano roza mi mandíbula, acercando mis labios a los suyos.

—Creo que me gusta tu sonrisa más que nada en este mundo.

Carter se pone de lado y aprieta el interruptor de la lámpara antes de atraerme hacia él, cubriéndonos con las mantas. Tiene razón: no necesito capas y capas de ropa para mantenerme caliente. Lo único que necesito es a él y el fuego que se enciende en mi vientre cuando está conmigo.

Sus labios rozan mi cuello, mi oreja, mi mejilla mientras canta suavemente, las mismas palabras que me cantó en diciembre mientras me abrazaba y me hacía girar en una pista de baile abarrotada.

—Tengo tanta suerte de ser el hombre que consigue tenerte a su lado, Ollie. —Enterrando su rostro en mi cuello, Carter hace un ruido suave y feliz—. Buenas noches, calabaza. Te quiero.

—Yo también te quiero, Carter.



Sólo son las siete de la mañana y mi jueves ya se perfila tan fantástico como mi miércoles por la noche, porque el cuerpo de Carter sigue enrollado alrededor del mío.

—No —gruñe, grueso y ronco, mientras intento zafarme de su agarre cuando suena el despertador. Su mano se cierra sobre mi garganta, atrayéndome de nuevo hacia él, y me echa una pierna por encima, con un silencioso zumbido de satisfacción retumbando en su pecho—. Quédate conmigo.

—Tengo que ir a trabajar, Carter.

Unos dedos largos me rozan el vientre y se abren paso entre mis muslos.

—Te sientes caliente. Auséntate por enfermedad.

Me giro en sus brazos y beso su rostro soñoliento, sus ojos aún cerrados, las pestañas oscuras apoyadas en sus pómulos.

—Lo siento. Sigue durmiendo. Dejaré mi llave de repuesto en la cocina.

—¿Puedo comer más magdalenas?

—¿Te las vas a comer todas?

Suspira. Es un suspiro resignado, pero complacido, como si estuviera contento de que lo conozca lo suficiente como para hacerle la pregunta.

—Sí. Podemos hacer más este fin de semana cuando te tenga tres días.

Creo que Carter está dormido cuando estoy lista para irme media hora más tarde, así que no me molesto en despedirme. Es un error; grita mi nombre desde la cama cuando abro la puerta principal.

Me apoyo en la puerta del dormitorio.

—¿Ha llamado, señor?

Sus brazos se extienden por encima de él y enrosca los dedos en las palmas.

—Necesito un abrazo y un beso.

Cuando me rodea con sus brazos, con un abrazo tan fuerte como siempre y un beso tan ardiente que me sube la temperatura corporal, me planteo tomarme el día libre después de todo. Pero entonces me suelta, me da la vuelta y me da una palmada en el trasero.

—Que tengas un buen día, calabaza. —Se enrolla en un burrito perfecto, murmurando para sí mismo sobre el tamaño de mi cama y la temperatura insoportable de mi casa.

Mi día sólo mejora cuando me llaman a la oficina poco después del mediodía y encuentro al conductor de la limusina que me llevó a casa desde la fiesta de compromiso el fin de semana pasado esperándome con una bolsa marrón que huele deliciosamente. Dentro hay un recipiente de comida para llevar con bacon a la carbonara de un caro restaurante italiano y un trozo de tarta de queso y chocolate con una Oreo encima.

Cuando llego a casa del trabajo, huele diferente. Suena raro, lo sé, pero es así. Tal vez sea Carter, que ha estado aquí, o tal vez sea yo, que estoy loca. En cualquier caso, sonrío mientras me quito el abrigo y me dirijo a la cocina.

Me detengo en la puerta y me quedo boquiabierta ante el brillante despliegue que hay en la encimera. Tulipanes rosas, naranjas y amarillos llenan un jarrón de cristal. La nota que hay junto a ellos me revuelve el estómago.

Bonitos y brillantes, como tú.

Estoy deseando despertarme contigo este fin de semana.

Me gustas mucho,

Carter

Me abanico el rostro, tratando de dispersar el calor que ahora mismo lo invade. Cuando eso no funciona, *ahora mismo estoy sudando la gota gorda*, me desabrocho el jersey y lo tiro en la habitación. Pero sigo teniendo calor, así que empiezo a ponerme los leggings por encima de las caderas y...

¿Por qué tengo calor?

Me escabullo hacia el termostato como si tuviera miedo de mirarlo. Más o menos.

Setenta y dos. Aquí hace unos jodidos setenta y dos grados. Todo un contraste con el aire gélido que ha estado circulando los últimos días.

Llego a la mitad de la escalera del sótano antes de darme la vuelta y volver a subirla corriendo. Dos intentos más antes de bajar. Me agarro la garganta y me tiembla la mano en la barandilla mientras miro boquiabierta.

Miro boquiabierta mi sótano.

Concretamente, me quedo embobada mirando la caldera nueva y reluciente que no estaba aquí esta mañana.

29

NO MOLESTES A LA CHICA LOCA

Carter

Llevo treinta y siete minutos sentado en el mismo sitio. No es que lleve la cuenta. No debería sorprenderme. Es lo normal en esta casa y lo ha sido toda mi vida.

Pero aun así, gimo y me paso las manos por el cabello, molesto, antes de pasármelas por el rostro a cámara lenta.

—Mamá, vamos —suplico, dejándome caer contra el sofá—. Vámonos.

—¡No he terminado de maquillarme, Carter! —grita.

—No necesitas maquillaje. Tu rostro es perfecto. —Le diría que es Beyoncé ahora mismo si eso la sacara de aquí. Pero ya lo he intentado y no funciona.

Me tumbo y apoyo una pierna en el respaldo del sofá y la otra en el suelo.

—No entiendo por qué no puedes estar lista cuando me dices que lo estarás.

Mamá tiene fama de llegar tarde a todo. Jennie también es mala, pero mamá está en otro nivel. Papá solía echársela al hombro y sacarla de casa, precisamente por eso le dije que el recital de Jennie empezaba a las cinco, no a las cinco y media como es en realidad. Una mentirita piadosa ayuda mucho a que lleguemos a tiempo a cualquier cosa que requiera salir de casa.

—¡Y no entiendo por qué sigues esperando que esté lista cuando te digo que voy a estar lista! Ya deberías conocerme mejor.

Asoma la cabeza en la sala. Sólo lleva rímel en el ojo izquierdo, que parece diez veces más grande que el derecho. Hago una mueca y me escondo. Pone los ojos en blanco y me hace señas para que me acerque, pero el rímel se cae.

277

—Karma —murmuro, ganándome un golpe en la frente y un tirón de orejas. Muevo la mano, pero ella se aleja por el pasillo riendo a carcajadas.

—*Un minuto más* —dice.

Suspiro porque no le creo. Saco el teléfono y hago lo que he estado evitando durante la última hora: abrir mis mensajes con Olivia.

No sé nada de ella desde la hora de comer, y su mensaje incluye un enorme gracias, un montón de corazones y emojis sonrientes, y luego una foto de la bandeja de pasta vacía, rematada con una foto suya lamiendo una Oreo. Esa última foto es ahora su foto de contacto.

Pero terminó de trabajar a las tres y todavía no sé nada de ella. Me muero por saber si ya ha encontrado los regalos que le dejé.

Apoyo el teléfono en el pecho, cruzo los brazos detrás de la cabeza y los pies en los tobillos. Si tengo que pasarme el día esperando a la mujer, será mejor que me ponga cómodo.

Abro los ojos cuando el teléfono empieza a vibrar sobre mi pecho. La imagen de Olivia lamiendo su galleta brilla en mi pantalla y me incorporo para sentarme.

—Hola, Ollie. —Le tiendo mi mejor sonrisa, pero enseguida frunzo el ceño al ver su expresión triste—. ¿Qué pasa, los chicos te han deprimido?

Se escucha un estruendo detrás de mí y, tres segundos después, mi madre entra en la sala, sin aliento y con los ojos cerrados. Señala mi teléfono y dice *¿Olivia? ¿Es Olivia?* Luego jadea y se tapa la boca con las dos manos.

Tiene cincuenta y dos años, por si alguien se pregunta si mi madre es adulta.

Me golpeo el pecho con el teléfono.

—¿En serio, eso es lo que te hace salir por la puerta?

Sonríe y se tumba en el suelo, con las piernas cruzadas, mientras me mira con ojos grandes e inocentes. Es increíble y muy, muy chismosa.

—No —dice Olivia en mi pecho. Aparto el teléfono y veo que se frota un ojo—. Bueno, en realidad no. Tus típicos chistes cortos y todo eso. —Me hace un gesto despectivo con la mano antes de suspirar, tirando del labio inferior entre los dientes mientras mira hacia su regazo—. Carter. Tenemos que hablar.

—Uh-oh —murmuro con una risita—. Alguien tiene problemas. —Me sobresalto al ver la expresión de su rostro—. Eso ha sido una estupidez. No sé por qué lo he dicho. He sido yo. Tengo problemas.

Tengo suerte de que Olivia encuentre entrañable mi estulticia, porque al menos consigo que mueva la boca cuando intenta no sonreír. Lo considero una victoria, como cada vez que fracasa en su intento de enfadarse conmigo.

Pero yo quiero ver todo ese brillo, sentir cómo me ilumina como un rayo de sol.

Así que aprieto mis hoyuelos y vuelvo a intentarlo.

—Estás preciosa. Muy guapa. Impecable, de verdad, pero siempre lo estás. —Me toco el cabello con los dedos antes de apoyar la barbilla en los nudillos—. ¿Te has hecho algo nuevo en el cabello? Te queda muy bien. Eres la mejor novia que he tenido. Mi favorita.

Esos ojos color moca se entrecierran peligrosamente antes de que Olivia se incline hacia delante riendo. Mi madre rebota sobre el culo, con las manos juntas bajo la barbilla. Levanto el pie para intentar apartarla. No funciona; es demasiado insistente.

—Soy la *única* novia que has tenido —dice Olivia entre risitas.

—Cierto. —*¿Una sonrisa encantadora? Sí*—. Porque eres mi favorita.

Su mirada es una de las cosas que más me gustan de ella, porque me encanta su descaro, su combatividad. Olivia se esfuerza mucho por mantener ese lado hipersensible escondido, pero yo lo veo.

—¿Por qué hace tanto calor en mi casa? —pregunta por fin, jugueteando con el labio inferior.

Me paso la palma de la mano por el pecho hinchado y orgulloso.

—Estoy seguro de que no tengo ni idea de eso.

Parpadea.

—Carter, me has comprado una caldera.

Mi madre se convierte en un gato y me araña las piernas, clavándome las uñas lo bastante fuerte como para arrancarme un grito silencioso mientras escondo el teléfono y me desplomo, apartándola de mí.

—¿Caldera? —susurra Mamá—. ¿Le has comprado una caldera? —Da diez mil palmadas—. ¡Sabía que darías asco!

—Cállate —siseo, lanzándole una almohada en su rostro. Ella la esquiva, la recoge y se la agarra al pecho mientras sonríe como una tonta. Está demasiado interesada en mi vida amorosa.

Me vuelvo hacia Olivia. Es un error. O quizá la caldera fue un error.

—Mierda. —Esos ojos marrones adquieren el tono avellana más interesante, brillan con toques de oro y salvia musgosa mientras se ensanchan y se llenan de lágrimas—. Cariño, no. Por favor, no llores. ¿Por qué lloras? —No hay nada que pueda hacer para ayudar a Olivia cuando está atrapada dentro de mi teléfono, y mi madre claramente piensa que es divertidísimo—. No sé qué hacer. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas que vaya? Ayúdame —le ruego a mi hermosa y sensible chica.

—Ahora mismo no puedo devolverte el dinero —dice Olivia, golpeándose las mejillas. Enterrando su rostro detrás de un cojín del sofá cuando sus lágrimas no cesan—. Prepararé un plan de pagos —creo que murmura. Es difícil saberlo cuando se está tapando su rostro de esa manera.

Mi madre se balancea en el suelo, dándome palmadas en las rodillas. *La amo*, me dice. La aparto con la mano.

—No quiero ni necesito que me lo devuelvas. Es un regalo. Y quítate esa almohada de tu rostro.

Olivia se la quita.

—¿Un regalo por qué? No es Navidad. ¡Y tú me diste un regalo de Navidad y yo no te di nada! Te he dejado tirado.

—¿Cumpleaños? —Lo intento. Es un poco pronto para reclamar San Valentín, pero la tarjeta de cumpleaños es flojísima. Recuerdo perfectamente que Olivia me dijo que cumplía veinticinco en octubre.

—¡Mi cumpleaños es en octubre! —Ahora llora más fuerte.

Definitivamente habría sido mejor reclamar San Valentín antes de tiempo.

—Quería hacer algo bonito por ti. Quería darte algo que no fueras capaz de darte a ti misma ahora. No podía soportar la idea de que tuvieras tanto frío.

Se pasa el dorso de la mano por los ojos, hipando.

—Si tus lindos deditos de los pies se congelaran, no sé qué haría conmigo mismo.

—No quiero que pienses que te estoy utilizando por tu dinero.

—No sé cómo podría pensar eso. Es un regalo. Acéptalo.

—Nunca nadie había hecho algo así por mí.

Debería acostumbrarse, porque creo que la voy a consentir.

—No quería que estuvieras tan fría, calabaza.

Ella se derrite con el apodo, las mejillas se tiñen de carmesí, finalmente me concede esa sonrisa por la que he estado muriendo.

—Muchas gracias, Carter. Yo... tú eres... quiero abrazarte —dice finalmente.

—¡Dios mío! —grita Mamá, desplomándose dramáticamente sobre su espalda. Salta del suelo y se abalanza sobre mí—. No puedo evitarlo. Es adorable.

—¡Mamá!

Se desata una lucha de poder mientras intenta robarme el teléfono. Un codo se eleva por los aires y me golpea en la nariz mientras se lanza sobre mi regazo y agarra mi teléfono.

—¡Sólo... quiero... saludar! ¡Dame el teléfono, Carter!

—¡Saca tus manos de aquí!

Me las arreglo para agarrarla por un brazo y sujetárselo a la espalda. Resopla con fuerza y se aparta el flequillo de la frente con su famoso ceño de madre. La risita ansiosa que emite mi teléfono hace que ambos volvamos la cabeza y nos encontremos con Olivia, que nos observa con curiosa diversión.

—Esperaba retrasar un poco más las locas presentaciones del tren —le digo, haciendo una mueca cuando mi madre me da un golpecito en la sien—. Ya has conocido a Hank; es sólo cuestión de tiempo que alguien te asuste.

Mamá jadea, liberando su mano de la mía para apretarla contra su pecho.

—¿Le presentaste a Hank antes que a mí? —Me quita el teléfono de la mano y sonríe suavemente—. Hola, Olivia. Es maravilloso conocerte, aunque sólo sea por teléfono.

—Hola, señora Beckett —dice Olivia con una sonrisa tímida y vacilante—. Lo siento. Qué terrible primera impresión. No suelo ser tan emocional.

Mi resoplido accidental me hace ganar otra mirada, esta vez de mi novia.

—No te preocupes, cariño. —Mamá me mira con el pulgar—. Este lloraba en todas las películas de Disney. Siempre ha sido muy blandito.

—Quien no lloró cuando esa vieja llevó a Tod al bosque y lo dejó allí es un monstruo.

No sé cómo ocurre, pero ni un minuto después mi madre ya le ha preguntado a Olivia qué planes tiene para Semana Santa y si nos acompañará en nuestro viaje familiar a Grecia este verano.

—Bueno, mamá, di adiós. —No le doy la oportunidad de hacerlo, le quito el teléfono de la mano y me encierro en el baño. Me hundo en el borde de la bañera y me paso una mano por la mandíbula—. Así que eso acaba de pasar.

Olivia se ríe.

—Si tu familia tuviera un programa de televisión, lo vería.

—Seríamos las próximas Kardashians, y yo sería Kim, obviamente. —
Sonríe al ver cómo arruga los ojos al reír—. ¿Estás enfadada conmigo? ¿Por
lo de la caldera? Quizá no lo pensé bien.

Cuando me desperté solo esta mañana, tenía los pezones tan afilados
como para cortar hielo y las pelotas intentando por todos los medios
arrastrarse dentro de mí. Seis minutos después llamé a una empresa de
calefacción y pagué una cantidad obscena de dinero para que vinieran hoy.
No he podido evitarlo; no me gusta la idea de que Olivia pase tanto frío en
su propia casa. Quiero cuidarla como sea y tengo la suerte de estar en una
situación que me lo permite.

—No estoy disgustada contigo, Carter. Sólo estoy sorprendida.
Primero el almuerzo, luego las flores y la nota, y ahora esto. Es un regalo
tan grande. ¿Seguro que no quieres que te lo devuelva? Puedo ahorrar un
poco de cada sueldo y...

—De ninguna manera. De mí para ti. Eso es un regalo.

Suspira y me preocupa que vuelva a llorar. No se me dan bien las
lágrimas. Me hacen sentir impotente y abrumado.

—Muchas gracias, Carter. Siento haberte rechazado cuando nos
conocimos.

—No lo sientas. —Mentiría si dijera que desearía que no lo hubiera
hecho. Podríamos haber estado follando como conejos y amándonos todo
este tiempo—. Las cosas pasan por una razón. Si no me hubieras rechazado,
esto de aquí podría no haber sido. Podría haberte tenido una vez y dejarte
ir. —Aunque lo dudo mucho—. Ya no puedo imaginar mi vida sin ti en ella.

Su labio inferior hace un temblor casi imperceptible.

—Para ya.

¿Parar qué?

—De ser tan... —Enrolla la mano en un movimiento circular como si
buscara la palabra adecuada—. Perfecto.

Oh, *hola*. Mi pecho se hincha de orgullo.

—Por eso me llaman, Señor Perfecto.

Mis ojos de chocolate favoritos hacen un giro dramático.

—Tienes suerte de que tu ternura anule tu petulancia.

—Me haces sentir engreído. —Mi teléfono zumba con mi aviso, el que
me dice que tengo que mover el culo de mi madre—. Lo siento, Ollie. Tengo
que irme. ¿Te llamo esta noche?

Asiente.

—Voy a buscar en mi armario y tirar todas mis sudaderas y pantalones largos ahora que no vivo en la tundra⁵.

Me dirijo a la puerta principal, donde mi madre se está poniendo los zapatos.

—Eso es genial. De todas formas ya no los vas a necesitar. Vamos a dormir desnudos para que pueda tocarte toda la noche.

—Oh, Carter, por el amor de Dios. —Mamá frunce el ceño, con las manos en las caderas—. ¿No puedes mantener la dulzura más de dos minutos?

—¿Has dicho eso delante de tu madre? —Olivia esconde su rostro detrás de una mano—. ¡Carter!

Le guiño un ojo.

—Adiós, pastel de calabaza. Me gustas un montón.

Se sonroja muchísimo antes de responder, y cuando apago el teléfono y me lo meto en el bolsillo, mi madre me mira con ojos de corazón.

Meto los pies en las botas.

—¿Puedo ayudarte?

—¿Pastel de calabaza?

—Sí, como quieras.

—Tienes apodos para tu novia.

Respondo con un gruñido.

Mamá me toca el pecho.

—No me gruñas.

Vuelvo a gruñir para molestarla, pero el efecto es el contrario y ahora tiene una sonrisita pegada es su rostro, muy parecida a la mía.

—Carter ama a su novia, Carter ama a su novia —canta.

Echo la cabeza hacia atrás y exhalo durante diez segundos.

—De acuerdo. Ya basta contigo. Voy a hacer de papá.

—¡Carter, no me jodas! —Su grito se convierte en un ataque de risa cuando la levanto de sus pies y la tiro por encima de mi hombro como si fuera un saco de papas, como siempre hacía mi padre, con la misma risa—. Te amo, cielo.

⁵ Es el bioma más frío del planeta que se caracteriza por tener extensiones de tierra llana con escasa vegetación, un clima subglacial, subsuelos helados y por la ausencia de árboles y vegetación.

—Yo también te amo, loca.



—No lo soporto.

—Carter. —Mi nombre es una señal de precaución parpadeante en la lengua de mi madre—. Cuidado.

Levanto una mano, señalando la forma en que ese imbécil trata a mi hermana pequeña.

—Odio cómo la toca. Como si fuera su dueño o algo así.

Mamá me golpea en el torso.

—Están bailando.

—¡Ya no! El espectáculo terminó hace treinta minutos. —Esbozo una sonrisa falsa mientras Jennie y su pareja de baile se mueven entre la multitud hacia nosotros. En cuanto está lo bastante cerca, la arranco de su agarre y la envuelvo en mis brazos—. Has estado increíble, Jennie.

Mamá la mece de un lado a otro en un abrazo asfixiante, y en cuanto la suelta, el compañero de Jennie se abalanza de nuevo, rodeándole la cintura con su estúpido brazo. Jennie observa cómo mi mirada se concentra en su mano sobre su estómago y suelta una risita antes de aclararse la garganta y alejarse del señor Dedos Rutilantes.

—¿No estaba preciosa ahí fuera esta noche, Carter? —dice el imbécil de Simon.

—Siempre lo está. —Me interpongo entre ellos y la alejo de él—. Deberías actuar en solitario.

—Tuve una actuación en solitario en la primera mitad. —Jennie me aprieta la mano en señal de advertencia—. ¿Te acuerdas?

—Sí, pero permanentemente. Deberías dejar las parejas. —Me inclino hacia ella y le susurro—: El imbécil te está deprimiendo.

Ella finge abrazarme.

—Es que lo odias.

—Tienes toda la razón —digo demasiado alto sin querer. Me giro hacia Simon—. ¿Con quién has follado esta noche, Steve? —Olivia cree que soy dulce, pero a veces soy un idiota. Si no me agradas. Y Simon no me cae bien, por eso a veces, *ocasionalmente*, lo llamo por el nombre equivocado. Se folla a todas las chicas con las que baila y tiene en el punto de mira a mi hermana desde hace cuatro años.

—Podría preguntarte lo mismo —responde con una sonrisa tan segura de sí mismo que quiero arrancársela del rostro de un puñetazo.

—Tengo novia.

—Cierto. Eso he oído. —Se mira las uñas—. No puede ser tan serio, conociendo tu historia.

Me tiembla la mandíbula mientras hablo entre dientes.

—Es serio.

—Bueno. —Jennie da una palmada—. Me muero de hambre. ¿Cenamos?

—¿Te gustaría unirme a nosotros, Simon? —pregunta Mamá, luego se niega a encontrarse con mi ceño fruncido.

—Oh, me encantaría...

—¡No! —Jennie lo interrumpe. Me encanta Jennie. Le sonrío dulcemente—. Esta noche no, Simon. Quiero estar a solas con mi familia.

La sonrisa que le lanzo es más petulante que nunca, enlazo mi brazo con el de mi hermana y tiro de ella, dejando a Simon ahí de pie como un idiota con la mandíbula colgando.

—Por mucho que me guste esta mierda de hermano macho y sobreprotector —empieza Jennie—, preferiría que *no* mataras a mi pareja de baile antes de graduarme.

—¿Tiene vía libre después de la graduación? —pregunto medio en serio, guiando a mi madre y a mi hermana por el estacionamiento.

—No podría importarme menos lo que le hagas a Simon Sífilis una vez que tenga mi título en la mano.

—Oh, por el amor de... —Mamá sacude la cabeza—. Ustedes dos son ridículos.

Sé que definitivamente lo soy, porque cuando las dejo dos horas más tarde y estoy solo en mi auto, estoy en la misma posición en la que estaba anoche después de bajar del avión. Tamborileo con los dedos sobre el volante calefactado, dudo solo un instante antes de meter la marcha y dirigirme en dirección contraria a la que se supone que debo tomar.

Diez minutos después, estoy delante de la oscura y silenciosa casa de Olivia. Probablemente debería llamarla, pero en lugar de eso levanto la llave que me ha dejado esta mañana y la meto en la cerradura. La puerta chirría al abrirse y yo entro, protegiéndome rápidamente del frío. Una tenue luz se enciende en su dormitorio, al final del corto pasillo.

—¿Hola? —Me llama la voz vacilante de Olivia. Le sigue un forcejeo, un fuerte golpe y, a continuación, un “que me jodan” silencioso. Cinco

segundos después, asoma la cabeza por la puerta desde su sitio en el suelo. El rayo más brillante florece cuando me ve—. Carter.

—¿Qué haces en el suelo, chica loca? —La ayudo a ponerse en pie, sonriendo al ver la manta enredada entre sus piernas. No sé qué demonios está haciendo para seguir envuelta en esta cosa que se niega a soltarse. Parece un buen eufemismo para describir lo que siento al aferrarme a ella.

Me abraza y me golpea el rostro contra el pecho.

—No sabía que ibas a venir otra vez.

—Yo tampoco —admito, acariciando sus rizos con una mano. Apoya la barbilla en mi pecho y acerco los labios a su nariz—. Ha ocurrido de repente. Otra vez.

—¿Seguro que no has venido a devolverme la llave?

—No. —La abracé—. Pensé en comprobar la nueva caldera. Y tu nueva ropa de cama, por lo visto. —La dejo caer en la cama y le paso un dedo por el muslo hasta el tobillo. Sólo lleva unas braguitas moradas y una camisa holgada que deja ver un hombro cremoso—. Soy un gran fan.

Me quito la ropa y me meto en la cama detrás de ella. Deslizo una mano bajo su camisa, cubro su cálido vientre e inhalo su olor. Es mi aroma favorito, como los domingos por la mañana que mi madre se pasaba horneando magdalenas para nuestros almuerzos escolares. Huele a la versión más embriagadora del hogar, y soy adicto a la sensación que me produce.

—Debes saber que nunca recuperarás esa llave. Ahora es mía. Ya está en mi anillo.

—Puedes quedártela —susurra mientras le paso la camisa por la cabeza.

—Bien, porque no te lo estaba preguntando.

Mis dedos se hunden en sus bragas, haciéndola gemir, y su cabello me hace cosquillas en la piel.

—Nunca pides nada —ronca, agitándose contra mi mano mientras le meto dos dedos.

—No, solo que seas mía.

Su mano se curva sobre mi nuca mientras acerca su rostro al mío, suplicando un beso. Se lo doy, porque siempre lo haré.

—Soy tuya.

Mi boca se inclina mientras miro a mi despampanante chica. Sus ojos se cierran con un gemido mientras me hundo dentro de ella. Tomo su barbilla entre mis dedos y le ruego en silencio que vuelva a mirarme. La

sensación que me inunda el pecho y me invade todo el cuerpo cuando lo hace es vertiginosa.

Los suaves labios de Olivia se acercan a mi barbilla, suben por mi mandíbula hasta encontrar la comisura de mis labios.

—Mi corazón nunca se ha sentido tan feliz como ahora.

Sus palabras salen tiernamente de su lengua, y yo vacío todo lo que tengo en esta mujer por la que late mi corazón.

30

TAMPOCO MOLESTES AL PUTO OSO

Carter

¿Qué tipo de celebración creemos que le gustará más a Olivia cuando marque para ella esta noche? La respuesta obvia es un guiño disimulado en su dirección, pero me eligió a mí, así que tiene que saber que eligió el flash. Hago todo con estilo, no en las sombras.

Excepto Olivia, por razones obvias. Lo hago en las sombras. Aunque me gusta pensar que también lo hago con estilo...

Tomo un disco suelto y lo lanzo contra el tablero mientras busco a Olivia por los asientos de detrás del banquillo. Su abrigo está colgado sobre su asiento, junto al de Cara, así que sé que ya están aquí.

—Dicen por ahí que le has comprado una caldera a tu chica. — Emmett me choca contra las tablas y me roba el disco, girando y lanzándolo hacia un desprevenido Adam, cuyo bloqueador se levanta justo a tiempo para desviarlo de la red.

Garrett se atraganta con el aire.

—¿Perdón? ¿Una caldera?

—Su casa estaba jodidamente helada —murmuro, sacando un disco de entre sus piernas. Lo vuelco en la punta de mi palo y Emmett lo golpea antes de que pueda presumir.

—Una caldera nueva —musita Garrett, frotándose la mandíbula con los dedos enguantados—. ¿Seguro que no te está utilizando por tu dinero? —Se calla enseguida cuando Emmett y yo lo intercalamos entre nosotros dos y las tablas—. ¡Bien, bien! Estaba bromeando.

—¡Eh! ¡Chicos! Guárdenlo para el otro equipo

288

Mi cabeza se levanta al oír la voz de Cara mientras suelto a Garrett, y sonrío como un completo perdedor cuando me encuentro con la mirada entretenida de Olivia. Empujo a Emmett fuera del camino hacia el banquillo y salto por encima de las tablas, golpeando mis guantes contra el plexiglás mientras Olivia se abre paso por el pasillo. Su camisa de los Vipers es ceñida, dejando ver un centímetro de piel por encima de la cintura de esos pantalones pintados, y la pequeña joya de su ombligo asoma cuando se ajusta el abrigo antes de sentarse.

—Ah-ah-ah —digo—. Dame una vuelta, preciosa. —Tenía esta camisa esperándola en la limusina que envié a recogerla para el partido. Sé que sabe que quiero ver lo que hay detrás.

Sus mejillas se vuelven de un adorable tono rosado.

—Carter.

Sonrío haciendo girar el dedo en el aire. Olivia pone los ojos en blanco y levanta las manos por encima de la cabeza, con una bolsa de palomitas en una y una cerveza en la otra, mostrando un trasero espectacular. Resisto el impulso de morderme los nudillos, sólo porque mis guantes apestan, pero maldita sea, ese 87 y *Beckett* decorando su espalda me están sentando de maravilla.

Aprieto el casco contra el cristal.

—Estoy tan duro ahora mismo.

—¡Beckett! —El entrenador sacude mi casco—. ¡Deja de coquetear con tu novia y vuelve al hielo para calentar!

—Solamente le estoy contando el gol que voy a meter.

Lo único que quiero es lucirme ante mi chica y sé que a ella le encanta, aunque ponga los ojos en blanco ante la mayoría de mis ridículas payasadas.

A los tres minutos del segundo periodo, Garrett salta al hielo un momento antes que yo y agarra el disco cuando cruza la línea roja. Me llama por mi nombre mientras salto por encima de las tablas y golpeo el hielo con el palo tres veces para hacerle saber que estoy aquí. El disco golpea la hoja curvada de mi palo sin que Garrett haga ningún esfuerzo, sus ojos rebotan entre la red y el defensa que está a punto de meterse en su espacio.

—¡Sobre tus talones, Beckett! —grita Emmett desde mi izquierda, alertándome del delantero que me pisa los talones.

Piso el freno de golpe y veo cómo el extremo izquierdo pasa volando a mi lado antes de darse cuenta de que ya no estoy con él. En el segundo que tarda en dar media vuelta, giro a su lado, buscando a mis chicos.

—¡Todos ustedes! —grita Garrett desde el lado de la red, listo para un rebote—. ¡Métela, bebé!

Mi pierna izquierda se desliza hacia atrás y mi palo golpea el disco como un rayo. Se hace el silencio en la Arena, todos los aficionados aguantan la respiración mientras lanzo el disco, y cuando golpea el larguero con un ruido tan fuerte que resuena antes de caer en la red, todo el estadio estalla.

—¡Barra abajo, cariño! —grito, levantando los brazos por encima de la cabeza.

—¡Jodido espectáculo de francotiradores, amigo! —ruge Emmett, golpeándome contra el tablero.

Me deslizo hacia atrás, cayendo al hielo mientras Garrett se amontona sobre nosotros, seguido de nuestros defensas. Cuando por fin consigo ponerme en pie, busco entre la multitud a la única persona que quiero ver.

Olivia está de pie, aplaudiendo y gritando con Cara. Sus ojos encuentran los míos mientras patino junto al banquillo, chocando los guantes con mis compañeros, y me dirige un rayo más brillante que la luz roja que sigue parpadeando en lo alto de la red de portería.

Las cámaras se dirigen hacia mí cuando me detengo frente a ella, y sus ojos se abren de par en par, la sonrisa se evapora y es reemplazada por una de puro horror al ver cómo mi palo se eleva a cámara lenta.

No te atrevas, dice Olivia.

Pero Cara salta y sacude los hombros de Olivia, *retándome* a que lo haga.

Así que lo hago. La apunto con el palo, me llevo el guante a los labios y le doy a Olivia el beso más fuerte y sonoro que puedo, que sale disparado hacia el estadio mientras el público enloquece. Su rostro rojo ilumina el jumbotron por segunda vez en su vida, porque nunca aprenderé la lección.

Levanto un brazo y señalo la pantalla con el palo.

—*¡Esta es mi puta princesa!* —He dicho que lo hago todo a lo grande.

Repiten mi gol tres veces en la pantalla grande mientras me apoyo en las tablas y bebo un poco de agua, charlando con los chicos. Cuando me alinee en la línea roja para el saque de banda, echo otro vistazo a Olivia. Tiene los pies apoyados en el cristal, medio hundida en su asiento, con una mano cubriéndole demasiado el rostro. Entrecierra los ojos. Se entrecierran aún más ante la sonrisa que le dirijo.

—*Jódeme.* ¿Puedo quedármela? —Lucas Daley, centro y segundo capitán del Seattle, me sonríe mientras se desliza en un pequeño círculo con el palo en las caderas.

—¿Qué carajo has dicho?

—Cuando acabes con ella. —Mira en dirección a Olivia—. ¿Puedo quedármela?

Mis dientes chasquean cuando los aprieto.

—No pienso acabar con ella.

Su resoplido de incredulidad hace que me crujan las cervicales al tensarlas de izquierda a derecha. Está intentando sacarme de quicio y no puedo permitirlo, sobre todo con Olivia aquí.

—Te la has follado, ahora estoy esperando a que hagas lo que mejor sabes hacer y te la tires.

—Vete a la mierda, Daley —espeta Emmett con desinterés.

Daley levanta una ceja divertido.

—¿O qué? ¿Tu amigo me va a noquear?

—¿Si no dejas de abrir la boca? —Patino hacia delante hasta que mi pecho toca el suyo—. Sí, eso es exactamente lo que voy a hacer.

El árbitro empuja un brazo entre nosotros.

—Muy bien, caballeros. Basta ya. Pongamos esta mierda en marcha.

Ocupo mi lugar en el hielo, sacudiéndome la rabia que se desprende de mis hombros en oleadas mientras me preparo para el frente a frente con Daley. El árbitro se mete el silbato entre los labios y se inclina, con el disco en la mano flotando sobre el punto azul.

—Joder, mírala, ¿Lo harías?

Con un suspiro, el árbitro se endereza y se restriega la palma de la mano por su rostro. Apenas lo noto con el rabillo del ojo. Estoy demasiado concentrado en la mirada de Daley, que está pegada a mi novia, que nos observa mientras se muerde el labio inferior.

—Es una conejita diminuta y sucia, ¿verdad? La voy a partir en dos.

El gruñido que me desgarran la garganta y se abre paso entre mis labios ni siquiera es humano. Antes de darme cuenta de lo que está pasando, mis guantes y mi palo están sobre el hielo, los puños cerrados alrededor del cuello de la camisa de Daley, mi rostro en el suyo mientras lo arrastro.

—Di una puta palabra más sobre ella y estarás escupiendo chicles. — El pulso me martillea en los oídos, el pecho se me aprieta mientras me hincho de rabia. Soy un volcán, al borde de la erupción. Nadie podrá detenerme cuando empiece.

Una sonrisa de suficiencia se dibuja en el rostro de Daley, que suelta el palo y se despoja de los guantes.

—Que sea limpio y rápido —nos dice el árbitro al exhalar, despejando el espacio a nuestro alrededor.

El ambiente en la Arena está enloquecido, sin haber tenido la oportunidad de calmarse tras el gol, excitado por la pelea que se avecina.

Estos aficionados enloquecen con las peleas y esta noche no es diferente. Les encanta ver a Carter Beckett perder la cabeza en ocasiones, que es exactamente lo que está a punto de ocurrir.

Dejo caer mi agarre sobre la camisa de Daley, mantengo mis puños en alto mientras empezamos a girar en un círculo lento.

—¿Estás limpio? —Su mirada se dirige a Olivia—. No me gusta protegerme cuando me follo a una chica con ese aspecto. Quiero sentir cada centímetro de...

Mi puño choca con su boca y su cabeza se echa hacia atrás, cerrándole la boca. Balbucea y se limpia la sangre del labio agrietado antes de reírse.

—Parece aterrorizada. ¿Crees que le preocupa que vaya a darte una paliza, Beckett?

Extiende el brazo y me golpea en el hombro cuando esquivo el puñetazo. Retrocede cuando arremeto contra él, pero lo agarro de la camisa y lo arrastro hacia atrás.

—Sigues hablando —escupo—, pero no soy yo quien sangra.

Daley se retuerce cuando vuelvo a golpearlo en el rostro y lo tiro de la camisa por encima de la cabeza, arrancándole el casco. Dejo que mi puño vuele una vez más y lo golpeo en la nariz. La sangre cubre mis nudillos y le cae por su rostro, salpicando el hielo, y él se lanza a por mí, me agarra de la camisa y los dos caemos al hielo. Su puño se agita y choca contra la comisura de mis labios cuando me salta el casco, e ignoro el fuerte pinchazo que me produce mientras ruedo sobre él. Mi cabello me golpea la frente cuando tiro del brazo hacia atrás y lanzo el puño hacia delante, una, dos, tres veces.

—¡Beckett! ¡Basta! —El árbitro patina hacia nosotros desde la derecha, los jueces de línea flanquean la izquierda—. ¡Arriba! ¡Los dos! ¡Se acabó!

Agarrando la camisa de Daley, lo atraigo hacia mí, con el pecho agitado mientras le digo:

—No la tocarás, joder.

Siento una mano en mi espalda, y un segundo después Garrett me levanta y me empuja por la pista.

—Mierda, ha sido divertido de ver.

Emmett me da los guantes y el palo.

—No parece que Ollie se haya divertido tanto.

Levanto la mirada cuando me entregan mi castigo por los altavoces: cinco minutos para Daley y para mí. Olivia me mira ansiosa, con las dos

rodillas rebotando, la punta del pulgar en la boca como si se estuviera royendo una uña.

Cara parece que acaba de ver la mejor película mientras se mete palomitas en la boca. Me mira con dos pulgares en alto y una sonrisa exagerada.

—¡Claro que sí, Beckett! Noquéalos, bebé.

Me hundo en el banquillo del área con un suspiro, me paso los dedos por el cabello empapado y me lo quito del rostro cuando nuestro entrenador se une a mí para limpiarme el labio.

Chris me limpia la sangre de la comisura de los labios.

—Nunca pensé que vería el día en que Carter Beckett se peleara por una chica.

—Hay una primera vez para todo. —Siseo ante el escozor del antiséptico.

—¿Valió la pena?

—Ella siempre valdrá la pena.

—¿Lo que sea necesario para mantener a tu chica a salvo?

—Lo que sea necesario. —Una promesa que pienso cumplir.



—¿Seguro que se queda todo el fin de semana? —Garrett toma la mochila del asiento trasero de la limusina y la examina—. No parece que haya traído mucho.

Olivia es minimalista, pienso, así que probablemente sea por eso. Pero en vez de eso digo:

—Porque no va a necesitar ropa mientras estemos en casa.

Adam suelta una carcajada y se abrocha el botón del abrigo mientras se estira.

—Echo de menos los viejos tiempos.

Emmett arquea una ceja.

—Si los días no son buenos, Woody, entonces tienes que hacer algo al respecto. Eso no está bien, amigo.

—No sé qué más hacer. Siento que lo he intentado todo. Me las arreglé para convencerla de encontrarnos en el bar, al menos.

La primera vez en unos cuatro meses, digo en mi cabeza. Las miradas de Emmett y Garrett me dicen que están pensando lo mismo. No sé qué demonios está pasando entre Adam y Courtney, pero estoy seguro de que algo no va bien.

Veo a mi preciosa morena en cuanto cruzamos la puerta. Está inclinada sobre la barra, con la barbilla apoyada en la mano y los ojos fijos en la televisión, que emite un momento destacado de mi gol. Dejo el abrigo en el reservado de Cara, le doy un beso en la mejilla y me dirijo a Olivia.

—Tu culo es de otro mundo —murmuro, dejando caer la barbilla sobre su hombro mientras la rodeo con los brazos.

—Mmm. —Se echa hacia atrás y me enreda los dedos en el cabello mientras inclina la cabeza hacia un lado, dejando que mis labios toquen la suave y cálida piel de su cuello—. Eres tan romántico.

—Te mostraré lo que es ser romántico. —Deslizo una mano bajo la parte delantera de su camisa, cubriendo su vientre, disfrutando de la forma en que sus músculos saltan ante mi contacto, y meto las puntas de mis dedos libres bajo la cinturilla de sus pantalones—. Voy a destrozar estos pantalones cuando lleguemos a casa. Los quemaré en el fuego.

—¿Qué me pondré?

—Mi cuerpo desnudo, cubierto sobre el tuyo, mientras te follo hasta dejarte sin cerebro.

—¿Todo el fin de semana? —Mi culo favorito se frota contra el bulto de mis pantalones, los dedos de Olivia me aprietan el cabello, su otra mano cubre la mía sobre su estómago.

—Todo. El Maldito. Fin de semana. —Le pellizco el borde de la mandíbula—. Me vas a suplicar que pare.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Tarareo una carcajada, girándola hacia mí.

—Si quieres adelantarte, podemos escabullirnos ahora mismo al baño.

—Nunca cabrías en los retretes.

—Me encanta cuando hablas de lo enorme que soy. Solo aumenta mi ego.

—Sabes muy bien que no estoy hablando de tu polla.

—Te encanta mi monstruosa polla —le digo, apretándole el culo y apretando su cuerpo contra el mío mientras mi lengua recorre su boca.

—Sí —asiente, enroscando los dedos en el cabello que cuelga de mi cuello. Su pulgar roza el corte que tengo en la comisura de los labios—. ¿Pero sabes lo que no me gusta?

Dejo caer la cabeza hacia atrás con un profundo gemido, con los ojos entrecerrados por la repentina severidad de su tono.

—Me engañaste. Pensé que me saldría con la mía.

Olivia levanta una ceja perfecta y retira el tacto, clavando los brazos sobre el pecho.

—Estás en problemas, Carter Beckett.

Mi mirada se encapucha.

—Me encanta cuando me hablas como una profesora, nena.

—No me hables dulcemente. No funcionará.

—¿No funcionará? —Tirando de ella hacia mí, le beso el cuello, con toboganes húmedos y dientes mordisqueantes hasta que encuentro su oreja—. ¿Y los besos? ¿Funcionarán?

—No. —Es más un grito ahogado que una palabra, así que esa respuesta me parece mentira—. Carter. —Un gemido, probablemente debido a la forma en que mi lengua sale, saboreando la piel debajo de su oreja. Me aprieta el bíceps con los dedos y se inclina hacia mí como si necesitara mi cuerpo para mantenerse erguida. Está bien, siempre la apoyaré.

Olivia gime, fundiéndose conmigo.

—Imposible no ceder ante mí, ¿verdad?

—Te odio —murmura sin acalorarse.

—No. Me amas. —Contra mis labios, siento el calor de mi acusación subiendo por su cuello, y escondo mi sonrisa en su cabello cuando la aplasto contra mí para abrazarla. Entrelazo mis dedos con los suyos, recojo su cerveza de la barra cuando el camarero se la acerca y tiro de su mano—. Vamos, calabaza. Quiero que todo el mundo me vea con la chica guapa de la jumbotron esta noche.

—¡Y eso es otra cosa! —Lanza su mano libre al aire. Me encantan sus pequeñas rabietas—. Me has *vuelto* a avergonzar esta noche.

La empujo a la cabina y me deslizo a su lado.

—Tú lo llamas avergonzarte; yo lo llamo exhibirte. ¿De qué otra forma sabría el mundo que eres mía?

Cara levanta una ceja divertida mientras nos observa.

—¿Sigues enfadada con él? ¿Incluso sabiendo ahora por qué peleó? Creo que se merece una buena recompensa por lo que hizo.

Me aclaro la garganta y golpeo la espinilla de Cara con el pie antes de pasarme la mano por el cuello dos veces. *Maldita sea*, le grito mentalmente.

Las comisuras de sus labios se curvan.

—Oh. No se lo has dicho.

—¿Decirme qué? —Olivia mira entre nosotros—. ¿Qué es lo que no me has contado?

—Uh... —Me rasco la cabeza, buscando algo que contarle a Olivia, cualquier cosa que no sea lo que me está preguntando—. ¿Que tú eres... mi... yo... te quiero? —Huh. Me siento como si acabara de satisfacer el impulso de decir palabras que son un mil por cien demasiado pronto para decirlas. Qué raro.

El ceño fruncido que inclina su boca me dice que no lo encuentra particularmente divertido.

—Carter.

—Chica Ollie. —Tomo un sorbo de su cerveza, sosteniéndole la mirada.

—Peleó por ti —suelta Cara, y luego se lleva las manos a la boca como si el impulso fuera incontrolable—. Lo siento. Lo siento mucho.

Suspirando, me hundo de nuevo en la cabina, con la mirada clavada en Emmett, que resulta estar mirando activamente a cualquier parte menos a mí.

—¿Carter? —Olivia me toca el brazo—. ¿Qué quiere decir con que peleaste por mí?

Levanto un hombro y lo dejo caer.

—No es nada, de verdad. Daley solo dijo una mierda que no me gustó.

—Dijo que quería partirme por la mitad con su polla —vuelve a soltar Cara.

—¡Cuidado! —Emmett levanta las manos, con los ojos muy abiertos, mientras Garrett y Adam se atragantan con sus bebidas—. Nena, vamos.

—¡Lo siento! No puedo evitarlo. —Mira a Olivia—. ¿No es caliente, sin embargo? ¡Defendió tu honor! ¡Había sangre por todas partes! Era una guerra, y tú eras el premio.

—Nunca estuvo en juego. —Aprieto la rodilla de Olivia por debajo de la mesa. Está excepcionalmente callada, mirándome fijamente—. ¿Estás bien?

—Parece que está pensando en ese BJ que te mereces —murmura Cara alrededor de su vaso.

—Me aburro, Adam —interrumpe una voz familiar. Una pelirroja aparece al lado de Adam, sus ojos azules miran a Olivia antes de posarse en mí. Sonríe antes de mirar a Adam—. Vámonos.

—¿Ya? Acabamos de llegar. —Adam frunce el ceño y toma la mano de su novia. Ella la aparta antes de que él pueda tomarla—. Aún no conoces a la novia de Carter. Olivia. —Le hace un gesto a Olivia, que se pega un rayo brillante y le tiende la mano—. Esta es Courtney.

Los ojos de Courtney bajan por el cuerpo de Olivia y vuelven a subir antes de deslizarse de nuevo hacia mí.

—Hola —suelta a medias, ignorando su mano—. Novia, ¿eh?

—Sí. —Se me desencaja la mandíbula. La aversión que siento por esta chica es fuera de serie. No sé por qué Adam sigue con ella.

—Court —la insta en voz baja—. Vamos.

Courtney pone los ojos en blanco antes de tomar la mano de Olivia y darle un rápido y endeble apretón, para luego dejarla caer como si fuera una enfermedad que no quiere tocar.

—Me voy a tomar otra copa con mis amigos entonces.

—Lo siento, Ollie —susurra Adam, rascándose una mano en el cabello—. Ella no suele ser tan... normalmente es... lo siento.

Olivia le da un apretón en la mano.

—No te preocupes, Adam.

La noche es un poco jodida a partir de ahí. Adam está de mal humor y todo el mundo está callado y cansado. Olivia está justo a mi lado, con la mano en mi muslo, cuando su cabeza choca contra mi hombro solo cuarenta y cinco minutos después.

Le doy un beso en la coronilla.

—¿Quieres ir a casa para que pueda adorar tu cuerpo?

—Me parece bien —dice con un suave suspiro de felicidad.

Se va al baño después de despedirnos y yo recojo nuestros abrigo y me dirijo al pasillo a esperarla. Aprendí la lección después de la última vez que fue al baño en este bar.

Se me eriza la piel de la nuca y, un momento después, Courtney entra en el oscuro pasillo.

—Carter —dice, acercándose a mí—. ¿Cuánto va a durar esto de la novia?

Me muevo sobre mis pies, ignorando el alcohol que rezuma. No ha vuelto a poner un pie en nuestra cabina desde que desapareció tras su actuación estelar de esta noche.

—Mientras me lo permita.

—Vamos. Tú y yo sabemos que no eres tú. —Las puntas de sus uñas se posan en mi cuello, dibujando un lento camino hacia arriba, y me vuelvo hacia ella, ocupando su espacio.

—¿Qué carajo estás haciendo?

—¿Qué? —Se pasa la lengua por el labio inferior y hunde la mano en mi cabello.

—Quítame las manos de encima. Estás saliendo con uno de mis mejores amigos. Tengo novia.

Sus ojos brillan mientras enrolla mi corbata alrededor de su puño.

—Pobre Carter. Ya no te diviertes ahora que tienes las pelotas en un torno. ¿Tu novia no está dispuesta a compartir? Qué molesto.

Bajo el rostro hasta que las puntas de nuestras narices casi se tocan.

—Camina. Joder. Vete.

Con un guiño, se aleja a grandes zancadas y yo me paso una mano agitada por el pecho.

No sé qué carajo le ha pasado en los últimos seis meses. Nunca había tenido problemas con ella hasta que, el verano pasado, en una fiesta en la piscina de su casa, me siguió hasta el interior y me metió la mano en la camisa. Cuando le pregunté qué hacía, me dijo que había visto cómo la miraba. Aún no tengo ni idea de qué me estaba hablando, pero me di la vuelta y me fui sin la cerveza que había ido a buscar.

Cuanto más tiempo paso aquí, más inquieto me siento. Siento los hombros tensos y rígidos, y me duele la cabeza detrás de los ojos. No sé si necesito dormir, cafeína o simplemente a Olivia, pero decido que un vaso de agua helada bastará mientras espero, así que me tomo uno en la barra antes de volver a los baños.

Una morena de piernas largas se endereza al verme. Me resulta ligeramente familiar, pero no consigo ubicarla.

—Ahí estás.

El agotamiento me estremece.

—¿Te conozco?

Se muerde el labio.

—Me enseñaste las vistas de tu ático mientras estaba pegada a la ventana de tu habitación. —Me rodea el cuello con los brazos y murmura—. He oído que quieres repetir.

31

CUANDO LLEGA LA PRESIÓN

Olivia

—Así que tú eres la novia, ¿huh?

Levanto la mirada y me fijo en la de Courtney en el espejo. Soy consciente de que es solo la segunda cosa que me dice en la vida, pero no creo que me caiga muy bien.

Muevo la mano delante del sensor del grifo para que salga agua fría.

—Soy la novia.

—Encantada de conocerte, Ophelia.

Mi reflejo sonríe al suyo mientras me froto las manos.

—Igualmente, Chloe.

Sus ojos se entrecierran.

—Courtney.

—¿Cómo dices?

—Me llamo Courtney.

—Dios mío. Lo siento mucho. —Saco una toalla de papel del dispensador y me seco las manos—. Debo haberme olvidado. Ha sido una semana tan larga y ajetreada en el trabajo. ¿A qué te dedicas?

Su mirada recorre mi cuerpo y luego vuelve a subir. Se inclina sobre el mostrador y vuelve a pintarse los labios de carmesí.

—Mi novio es rico. No necesito un trabajo.

No lo pienses, no lo pienses, no lo pienses.

Pobre Adam.

Maldita sea. Lo pensé.

—Yo no dejaría tu trabajo todavía —Courtney me da su consejo no solicitado—. No querrás tomar ninguna decisión precipitada de la que puedas arrepentirte después.

—No pienso dejar mi trabajo.

Suelta un suspiro teatral de alivio.

—Gracias a Dios. Es lo mejor, conociendo a Carter y todo eso.

¿Qué carajo se supone que significa eso?

Los ojos azules se dirigen a los míos en el espejo.

—Ya sabes, porque no eres su tipo habitual.

Tuerzo la mandíbula y giro hacia la puerta. Su voz me detiene, con la mano en el pomo.

—Es muy práctico lo cerca que está su piso del estadio y del bar, ¿verdad? —Se le levanta la comisura de los labios—. Es una buena forma de llevar rápidamente a todas las chicas que se folla.

Algo enfadado e incómodo me araña el pecho y me esfuerzo por mantener la voz firme.

—Nunca he estado allí, así que no lo sé. Pasamos el tiempo juntos en su casa.

Courtney se vuelve hacia el espejo como si no me hubiera oído, o tal vez simplemente no le importa.

—Adiós, Olive.

—Qué zorra más maleducada —murmuro en voz baja mientras salgo del baño. Me detengo frente a la puerta para respirar hondo y sacudirme el miedo que intenta infundirme, las inseguridades que trata de plantarme en la cabeza donde no quiero. Quiere que piense que no soy nada especial para Carter, que soy igual que todas las que me han precedido. Quiere que me sienta tan miserable como ella, y no sé por qué. No puedo imaginar una vida con alguien tan amable como Adam Lockwood que no sea perfecta, y la vida con Carter se está convirtiendo en lo mismo.

Aunque preferiría no encontrármelo al final del pasillo con una morena alta.

Se me acelera el corazón y se me revuelve el estómago al ver cómo le pone las manos encima, y aprieto el labio inferior con los dientes en un esfuerzo por detener el temblor que me ha entrado de repente.

Doy un paso cauteloso hacia ellos y capto el final de su conversación, que resulta ser algo sobre ser follada contra una ventana.

Mi mirada se mueve entre ellos mientras lo llamo por su nombre en voz baja.

—¿Carter?

Una oleada de alivio recorre a Carter mientras exhala, y se estira para atraerme hacia él, abrazándome con fuerza.

—Hola, cariño —susurra, presionando sus labios contra mi mejilla.

—¿Qué pasa? —No soy yo quien pregunta, sino la morena—. Creía que íbamos a volver a tu casa. —Me mira—. ¿Viene ella?

—¿Qué? ¿No? —Carter mueve la cabeza rápidamente—. Ollie, yo no he dicho eso, te lo juro. Fui por un vaso de agua y cuando volví ella estaba aquí y... —Sus cejas se juntan mientras se gira para mirarla—. ¿Quién te dijo que estaba listo para repetir?

¿Listo para repetir? Se me abre un profundo pozo de celos en el estómago, un dolor tan crudo, tan feo, que me pongo la mano en el vientre, justo donde me duele. Ha estado con ella antes, esta mujer despampanante con piernas que van directas al cielo.

Odio esta sensación. La envidia es amarga y cierro los ojos mientras intento borrar la imagen de ellos juntos, las comparaciones que ya estoy catalogando en mi cabeza mientras la estudio. Me digo que no lo haga, que no me sumerja en este agujero. No puedo vivir en un lugar en el que me pregunto constantemente si otra persona fue mejor, si besó sus labios mientras la llevaba al borde del abismo.

—Ella lo hizo —responde finalmente la mujer en un murmullo, con la frente arrugada mientras observa a Courtney salir del baño sin más que una mirada en nuestra dirección antes de alejarse a grandes zancadas. La morena se lleva los dedos a la frente—. Dios mío. Soy tan tonta. Courtney me dijo que preguntabas por mí pero que no recordaba mi nombre. Me dijo que estabas aquí y yo... —Cierra los ojos y sacude la cabeza—. Lo siento mucho —susurra antes de pasar a nuestro lado.

—Ollie. —Carter guía mi mirada hacia la suya—. Te prometo que no hice nada. Courtney volvió aquí y me estaba tocando y...

—¿Te estaba tocando? ¿Sin tu permiso?

Asiente.

—Le dije que me dejara en paz.

Mi palma se desliza a lo largo de su mandíbula, ahuecando su rostro.

—Lo siento, Carter. Eso no está bien. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Eres tú quien me preocupa.

—Solo quiero irme a casa.

—Entonces vamos a casa.

Carter me ayuda a ponerme el abrigo y me toma de la mano, remolcándome a través del bar. Tardo dos segundos en ver a la pelirroja maleducada que parece encontrarle la gracia a nuestras expresiones cansadas.

—¿Ya te vas? —ronronea Courtney—. Qué pena.

Carter se tensa y abre la boca, presumiblemente para mandarla a la mierda. Eso es lo que quiero decir, al menos.

Así que le pongo la mano en el pecho y me adelanto.

—Eres una zorra —le digo a Courtney, aunque sospecho que ella ya lo sabe—. Eres una maleducada y una miserable y no sé qué derecho crees que tienes a soltar la mierda que has dicho.

Doy un paso hacia ella, sin inmutarme por los centímetros que me saca con sus tacones. Chasquea los dientes y aprieta la mandíbula mientras mira a Adam a través de la barra abarrotada. No puedo evitar compadecerme de ese dulce hombre.

—Adam se merece algo mucho mejor que tú y espero que algún día se dé cuenta. Vuelve a tocar a mi novio sin su consentimiento, échale encima otra mujer desprevenida y verás lo que pasa. Será una conversación completamente diferente.

No estoy del todo segura de lo que quiero decir con eso, pero la amenaza persiste en el aire a pesar de todo. Normalmente no soy una persona física. Solo me he metido en una pelea en mi vida y fue en el hielo. Tenía quince años y fui víctima de una chica mala. Después de dos periodos y medio aguantando su agresividad física y verbal, finalmente dejé que mi temperamento se apoderara de mí.

Lo que quiero decir es lo siguiente: las chicas pueden ser desagradables y, a la hora de la verdad, yo también puedo serlo. Crecí con un hermano mayor que nunca fue fácil conmigo. Estuve con una llave en la cabeza el noventa por ciento de mi infancia.

La mirada de Courtney se inclina, ardiente de ira.

—Que te jodan...

—No —gruñe Carter apartándose de ella—. Que te jodan, Courtney.

No nos detenemos a despedirnos, y cuando salimos espero que Carter llame para que nos lleven. En lugar de eso, empieza a tirar de mí calle abajo, entre la nieve que cae y el viento que azota nuestras mejillas. Me cuesta seguir sus largas zancadas, mis zapatillas resbalan en las aceras heladas, y Carter finalmente aminora la marcha y me arroja a su lado.

—Lo siento —murmura, deteniéndose para acercar sus labios a mi fría nariz.

Está ansioso y nervioso; no es difícil darse cuenta. El problema es que yo también lo estoy y temo que estemos a punto de alimentarnos mutuamente de nuestra energía. Estoy enfadada. Enfadada por él, por tener que aguantar insinuaciones no deseadas, tocamientos no consentidos. Estoy enfadada con Courtney por no apreciar lo que tiene, por meterse donde no la llaman. Estoy enfadada conmigo misma, porque no puedo dejar de pensar en el próximo viaje de Carter. No puedo ir al baño sin que las mujeres se le lancen encima. No es exagerado suponer que voy a estar despierta, preguntándome cuántas chicas le harán proposiciones cada noche, intentando que se menee, poniéndole las manos encima.

No me doy cuenta de dónde estamos hasta que Carter pasa una tarjeta por la ranura de un edificio altísimo y entramos en el elegante vestíbulo de mármol.

—¿Este es tu piso?

—Mhmm. —Me arrastra hasta un ascensor vacío y marca un código de cinco dígitos antes de que se ponga en marcha.

El calor acumulado en su mirada cuando se vuelve hacia mí es nuevo, y cuando me aprieta contra la pared y abre su boca sobre la mía, mi corazón empieza a saltar de una forma que no me gusta.

Su tacto es áspero cuando me quita el abrigo, sus besos hambrientos y necesitados, y cuando las puertas se abren, me hace retroceder hasta que mi espalda choca contra una puerta.

No tengo tiempo de mirar a mi alrededor cuando entramos en el piso, porque se arrodilla ante mí y me quita los zapatos, me levanta y me lleva a un largo pasillo. Me tumba en una cama fría, en una habitación oscura, y lo único que escucho es el tintineo de la hebilla de su cinturón, el ruido sordo de sus pantalones al caer al suelo, la pesada e irregular elevación de mi pecho con cada inhalación tambaleante.

Fragmentos de luz de luna plateada se cuelan por la ventana, proyectando sombras que no hacen sino aumentar mi inquietud. Distingo la forma de una lámpara en la mesita de noche y tiro del cable para bañar la habitación con una luz tenue.

El corazón se me acelera al ver la habitación. Perfecta, pero vacía. Sin fotos, sin detalles personales. No es acogedora como el dormitorio de su casa. Es estéril y blanca, impecablemente cuidada, y odio cada centímetro frío de ella.

Hay una mirada hambrienta en los ojos de Carter cuando me agarra por los tobillos y me arrastra hacia él, como si no pudiera esperar ni un segundo más, como si llevara semanas sin comer.

¿Lo ha hecho?

Cierro los ojos y sacudo la cabeza, como si pudiera sacudirme la idea de encima.

Carter me arranca la camisa por encima de la cabeza y me baja los pantalones por las piernas antes de ponérselos alrededor de la cintura. Se aprieta contra mí, gime y me muerde el labio.

—Joder, nena, te deseo. Muchísimo.

—¡Para! —La exigencia llega sin previo aviso. Suena un tambor salvaje en mis oídos y un latido en mi sien que no se calma—. No puedo. No puedo, Carter. —Me zafo de su agarre y me deslizo por el borde de la cama.

—Oye. —Se acerca a mí cuando me pongo en pie y me apoyo contra la pared, con la mano en la garganta—. ¿Qué pasa, princesa?

—No me llames así.

Se acerca a mí como si fuera un animal salvaje, enjaulado y aterrorizado.

—Háblame, Ollie, por favor. ¿Qué te pasa?

—No puedo, Carter. No puedo estar contigo. —Mi mirada temblorosa se posa en la cama—. Ahí no. No donde tú... no donde tú has... —No donde él ha estado, noche tras noche, con chica tras chica.

Su mirada parpadea y se suaviza cuando comprende, y un instante después estoy envuelta en él, con el rostro hundido en su pecho mientras le ruego con el cerebro que contenga mis lágrimas. No quiero que las vea, que vea esta parte de mí, tan débil, tan asustada, tan jodidamente vulnerable.

Su palma recorre lentamente mi espalda, tierna y tranquilizadora.

—Lo siento, Ollie. Lo siento mucho. No estaba pensando. —Con mi rostro entre sus manos, su mirada preocupada y paciente busca la mía. Me da un beso persistente en la frente antes de volver a colocarme la camisa por encima de la cabeza—. Voy por el auto, ¿bien? Iremos a casa.

No sé qué me hace hacerlo, por qué quiero torturarme, pero mientras Carter llama a su chófer, abro el cajón de la mesita de noche. Salen cantidades inmensas de condones, números de teléfono garabateados en papel, salpicados de besos con carmín.

Cubro mi grito ahogado con la mano y me arrastro hasta la sala. Es tan austero como el dormitorio y, cuando abro el cajón de la mesita, me encuentro con más condones.

—Estará aquí en diez minutos —dice Carter, entrando en la habitación, completamente vestido y cabizbajo, con los ojos puestos en su teléfono. Se detiene por completo cuando levanta la mirada, que se mueve entre mi rostro y el cajón de condones que estoy mirando—. Olivia... no he subido aquí desde...

—¿Por qué me has traído aquí?

—Yo... —Su mirada sostiene la mía mientras busca una excusa razonable—. No pensaba. Sólo quería estar a solas contigo. No quería esperar.

—¿Echas de menos la vida que tenías antes de conocerme? —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda tragármelas, pero Dios, el peso de ellas es tan grande, y estoy cansada de llevar la preocupación en el fondo de mi mente. Creo que he estado intentando convencerme de que mis miedos ya no están justificados, que Carter ha estado genial durante toda una semana y que no tengo nada por lo que sentirme insegura.

Pero eso es todo, ¿no? Ha pasado una semana. Me alejé de él por razones muy reales, miedos muy válidos, y que yo quiera que se vayan no significa que simplemente se levanten y se vayan, aunque yo desee que lo hagan.

Y Dios, ojalá lo hicieran, porque no soporto cómo su rostro arruga ante mis palabras, mi acusación, pero siempre me ha resultado más sencillo disimular mi dolor y mis preocupaciones que admitirlos. No estoy acostumbrada a tener que hacerlo tan a menudo, porque siempre me ha sido fácil separar mis sentimientos de genuinos y profundos a fugaces y deslucidos, lo que significa que no tuve problemas para terminar relaciones que no me parecían correctas. Los sentimientos no eran tan profundos como para justificar emociones complejas.

Aun así, siempre supuse que la relación adecuada sería un camino de rosas, un rompecabezas que encajaría sin dolor.

Pero Carter ha sido la excepción a toda regla, a toda familiaridad. Él es el eje que hace girar todo mi mundo, y es vertiginoso y desconcertante que un solo hombre tenga tanto poder sobre mí.

Me digo a mí misma que no lo haga, que no entre en una espiral sin fin de dudas. No puedo vivir preguntándome constantemente qué lugar ocuparé en su lista de conquistas.

Y sin embargo, el artículo de hace solo unos días se repite en mi cabeza, las especulaciones, la inclinación a que no puedo ser suficiente razón para hacerlo cambiar, que no puedo darle lo que realmente necesita o quiere. Si a eso le sumamos el poco tiempo que hemos pasado juntos esta última semana, y la posición en la que me encuentro ahora mismo, en el mismo lugar en el que nunca quise estar, como todas las mujeres que me han precedido, las cadenas de encuentros sin sentido... Todo eso no hace más que aumentar mis inseguridades, mis miedos. Siempre he tenido confianza en quién soy como persona, en lo que puedo ofrecer a alguien. Excepto que ahora media Norte América está mirando, haciendo apuestas sobre cuánto durará.

Y así, por milésima vez, me doy cuenta de que, sinceramente, no sé si soy suficiente.

No quiero averiguarlo por las malas.

Necesito que me ayude a superar esto, pero no sé cómo pedirselo.

—¿Quieres recuperar tu libertad? ¿Para eso me trajiste aquí?

Los ojos de Carter se nublan, una noche tormentosa que roba el verde brillante de su bosque.

—No lo hagas. No hagas eso. Deja de actuar durante cinco minutos, ¿bien? Sé que te esfuerzas por fingir que eres una chica dura a la que no la hiere los sentimientos verme con otra, ese puto artículo del lunes, ver todo esto... —señala el piso, los condones—, pero yo te veo, joder. Te conozco, Olivia, así que sé sincera conmigo. Si tienes miedo, dímelo, pero no lances tus acusaciones como si fueran verdad sólo porque te da miedo admitirlo.

Se aparta de mí y se pasa las manos por su rostro antes de pasárselas por el cabello, con un sonido de exasperación saliendo de su garganta. Rabia, tristeza, derrota... todo se refleja en su expresión cuando se vuelve hacia mí.

—Dijiste que lo tenías todo. Dijiste eso, Ollie, pero tengo que ser sincero, esto que estás haciendo parece como si ya tuvieras un pie fuera de la puerta, lista para abandonar en cuanto las cosas se tuerzan. Y no puedo... no puedo hacer esto.

Me agarro el pecho, justo donde parece que se está abriendo de par en par, y entonces me saltan las lágrimas. Me llenan los ojos, se acumulan hasta que no puedo ver. Me niego a parpadear, porque si esto es todo, si ya se ha acabado, no quiero que vea cómo caen por mis mejillas. No quiero mostrarle lo fuerte que he caído tan rápido.

No veo su mano cerrarse sobre la mía, sólo siento cómo tira de ella y me lleva hasta la puerta. Me pasa el abrigo por los hombros y me ayuda a ponerme los zapatos. Cuando me saca al pasillo, las lágrimas se derraman por mi rostro, traicionándome.

No quiero mirarlo. No puedo. No en el ascensor mientras me toma la mano con ternura. Ni cuando me guía por el vestíbulo o en la fría noche, murmurando una advertencia para que agache la cabeza mientras apenas percibo el destello de las luces de la cámara. Ni cuando me ayuda a subir a la limusina y se desliza a mi lado, sin decir una palabra. Miro por la ventanilla los paisajes que pasan mientras lloro en silencio por la relación que se acaba tan pronto, por el único hombre por el que he sentido algo tan profundo, por mis inseguridades que me llevaron a un pozo profundo y oscuro del que no puedo salir. No ahora que se ha acabado, que he repetido demasiados errores porque la confianza no llegó lo bastante fácil, lo bastante rápido.

Mis ojos se abren de par en par cuando pasamos por la calle que me llevará a mi casa, y finalmente me vuelvo hacia Carter.

—Tú... tú... se perdió la...

No me mira.

—Te vienes a casa conmigo.

—Pero nosotros...

—Nos peleamos. —La dura mirada de Carter se dirige hacia mí. Algo tierno parpadea a través de ella, algo inestable, como si tal vez... tal vez él también estuviera asustado—. Eso no cambia nada.

Me quedo callada, mirando mi regazo, el dedo agitado con el que se golpea la rodilla.

Hasta que se vuelve hacia mí.

—¿Sabes qué pasaría si te llevara a casa ahora mismo?

Entreabro los labios para darle una respuesta, aunque en realidad no tengo ninguna. De todos modos, me interrumpe.

—En primer lugar, sería lo último que querría hacer y lo último que tú querrías también; seamos sinceros. Me iría más que enfadado conmigo mismo y tú fingirías que habías terminado conmigo, que era lo mejor. Luego entrarías en casa, te pondrías el pijama, tendrías cinco minutos para calmarte y te darías cuenta de que tú también estás enfadada contigo misma. Llorarías por nuestra pelea, como estás haciendo ahora, porque te sentirías mal por haberme herido con tus palabras. ¿Y yo? —Se señala a sí mismo mientras me mira, viendo cómo mis lágrimas siguen cayendo—. Llegaría a casa, estaría molesto conmigo mismo por dejarte marchar, por abandonarte cuando estás disgustada y vulnerable, por tener que lidiar una vez más con las consecuencias de mis imprudentes decisiones pasadas. Y me metería en mi auto y conduciría todo el camino de vuelta hasta ti.

Carter dobla el cuello, sus labios están tan cerca que su aliento se convierte en el mío, y mi columna se estremece.

—Te echaría al hombro si tuviera que hacerlo, pero no haría falta, porque en cuanto me vieras, me abrazarías y llorarías. ¿Y sabes qué haría yo, Olivia? —Su nariz toca la mía, recorriéndola de arriba a abajo—. Te abrazaría. Te besaría. Te diría que está bien, que te perdono por las palabras que dijiste cuando estabas herida y asustada. Luego te pediría que me perdonaras por actuar sin pensar, por llevarte allí y contribuir a una narrativa que sólo alimenta tus miedos.

Con un suspiro bajo, Carter se hunde contra el asiento, dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Si quieres luchar, sacar tus dudas, está bien. Pero vas a hacerlo conmigo, en mi casa, juntos.

Su mirada abrasadora se dirige hacia mí.
—Me niego a que vuelvas a apartarme.

32

LA MITAD DE SU CORAZÓN

Carter

Está loca si cree que voy a rendirme fácilmente.

Está dejando que sus inseguridades se apoderen de ella, arraiguen en su cerebro y fuercen sus palabras. Esos pensamientos intrusivos la desafían a intentarlo, a ver si me importa lo suficiente como para luchar por esto. Le dicen que no, que prefiero alejarme, pero se equivocan. Ella se equivoca.

La espada que esgrime cuando tiene miedo es de doble filo, y se hace daño a sí misma cada vez que me hace daño a mí.

A decir verdad, creo que parte de lo que la asusta es que yo no me voy a ninguna parte. Sola es libre de esconderse dentro de sí misma. Puede mantener partes de sí misma ocultas y darme aquello con lo que se siente cómoda. Si estoy a su lado, se ve obligada a salir de sí misma, a enfrentarse a las inseguridades que quieren que autodestruya su vida.

Tiene tanto miedo de que esto se tuerza como de que no se tuerza, de que funcione. Yo también. Para siempre o nunca, ambos pensamientos son aterradores.

Dejo caer el reloj sobre la cómoda y me aflojo la corbata. No sé por qué carajo me la volví a poner cuando salimos del piso, y ahora mismo me resulta asfixiante.

Al girarme, veo a Olivia junto a la cama, observándome. No tarda en rebuscar en su bolso.

Sus ojos se agrandan con cada paso que doy en su dirección, y tropieza hacia atrás cuando me detengo frente a ella. La tomo por la cintura y sus manos tiemblan mientras me muerde los antebrazos con las uñas y me mira fijamente.

Me encanta nuestra diferencia de altura. Me encanta poder lanzarla como a una muñeca de trapo o sostener cosas fuera de su alcance solo para irritarla, para que apriete su pecho contra el mío mientras salta. Me encanta

309

que sea una mujer diminuta con una actitud enorme que a veces parece demasiado grande para su cuerpo, y me encanta envolverla en mí.

Pero ahora mismo, me siento mucho más grande que ella, y no quiero serlo. Quiero estar al mismo nivel; ahí es donde debemos estar. Así que me siento en el borde de la cama y la acomodo a mi lado.

—Esta mierda de autosabotearnos y no confiar el uno en el otro no funcionará, Ollie. No para nosotros. Los dos tenemos miedos, y la única forma de superarlos es enfrentándonos a ellos juntos. Porque no estás sola en esto, y creo que ese puede ser el mayor factor aquí, que pienses que tienes que hacer esto sola. Así que vas a admitir que tienes miedo y me dirás por qué mientras te tomo la mano, y luego yo te diré por qué tengo miedo, y empezaremos a superarlo juntos. —Le tiendo la mano—. ¿Entendido?

Su pecho sube y baja mientras mira fijamente mi mano y, al cabo de un momento, desliza la suya sobre la mía. Cuando levanta la vista hacia mí, sus ojos están llenos de vacilación y aprensión, y sé que esto no es fácil para ella. Cuando abre la boca, un llanto roto y silencioso le roba las palabras, y veo cómo sus paredes empiezan a caer como cascadas.

El proceso de las lágrimas de Olivia es lento y doloroso, pero en cierto modo hermoso. Su labio inferior se estremece de forma casi imperceptible y sus ojos cambian, fundiéndose en un tono más suave con retazos de verde musgo y dorados brillantes a medida que se llenan. Aguanta todo lo que puede y veo cómo esas lágrimas se desbordan y caen silenciosamente por sus mejillas sonrosadas. Hay una extraña y sádica parte de mí a la que le gustan, solo porque sé lo que significan: que Olivia me quiere mucho, que la idea de que volvamos a separarnos es tan dolorosa para ella como para mí.

Pero, sobre todo, odio estas lágrimas. No quiero ser la nube oscura que se cierne sobre ella. Quiero ser la luz que brilla en la oscuridad y alivia todos sus miedos.

—No llores, preciosa.

—Lo siento mucho. —Jadea, se frota las mejillas y gira su rostro.

—Oye. —Engancho un dedo bajo su barbilla y la obligo a mirarme—. Tus lágrimas no son una debilidad, así que deja de intentar ocultarlas. No te lamentes por mostrarme cómo te sientes. Siendo vulnerables el uno con el otro es como aprendemos a ser las mejores versiones de nosotros mismos como compañeros. Cuando me muestras el tipo de amor que necesitas, yo aprendo a dártelo.

Su mirada acuosa parpadea ante la palabra de cuatro letras que sale de mi boca sin previo aviso, sin intención, y mi pecho se aprieta como un puño que aprieta. Es en parte confusión, en parte familiaridad, cuatro letras que salen de la nada pero que se asientan a mi alrededor con una facilidad que nunca esperé.

—No sé cómo pedir ayuda —admite Olivia—. He estado fingiendo que todo va bien, intentando ser tu marca de perfección, porque eres tan perfecto conmigo, y si no lo soy, si algunas cosas aún me asustan... —Aprieta los ojos—. ¿Por qué te quedarías si es tan agotador?

—Ha pasado una semana, Olivia. Tus miedos no van a levantarse y desaparecer por arte de magia. Ahora sé que no funciona así. Es algo en lo que tenemos que trabajar, una forma de crecer juntos. —Le echo el cabello hacia atrás, pasándoselo por detrás de la oreja—. No seas tan dura contigo misma.

Me doy cuenta de que no está acostumbrada a ser dura consigo misma.

—Tengo miedo, Carter. Tengo miedo de ser tu prueba de fuego. Has pasado toda tu carrera en la NHL haciendo esto, ¿y se espera que crea que soy la mujer que ha salido de la nada y te ha hecho desear algo que nunca antes habías deseado? —Sacude la cabeza—. No estoy segura de haber tenido nunca ese nivel de confianza. Ni siquiera puedo olvidar ese artículo. Las palabras se repiten en mi cabeza, preguntándome si soy suficiente, y luego veo a todas las mujeres que te quieren, algunas de las que ya te han tenido, y odio... —Deja caer su rostro y sus hombros se encogen, temblando mientras llora, con las manos en el regazo—. Odio mirarlas y sentir que no soy suficiente, que no puedo estar a su altura.

—Ollie. —La subo a mi regazo y se aferra a mí mientras llora, con el rostro hundido en el pliegue de mi cuello. Mi mano recorre su espalda mientras me duele el pecho con un dolor que pocas veces he sentido y que me hace sentir impotente. Mientras aprieto los labios contra su oído, le susurro—: Eres suficiente, Ollie. Tan suficiente que me dejas desbordado. Y no creo que una buena medida de la confianza sea si te comparas o no con las demás. Es algo natural. Creo que se trata de mostrarnos lo que significamos para el otro y tener confianza en lo que tenemos juntos. De ahí viene ese sentimiento de suficiencia.

La muevo suavemente hacia atrás y acaricio su rostro, rozándole los ojos con los pulgares y atrapando sus lágrimas.

—Mi corazón te elige porque eres luchadora y feroz. Eres sarcástica y sabes cómo responderme con una palmada, y me encantan esas muestras de confianza. Pero también me encanta cuando me muestras tu lado sensible, y me encanta que creas que lo escondes tan bien pero en realidad lo llesves en la manga.

Suelta una risita y tiene hipo, se pasa el dorso de la muñeca por los ojos, se emborriona el rímel y, joder, de alguna manera se las arregla para encontrar la manera de lucir la mirada de mapache.

—Puede que dudarás en dejarme entrar aquí —le doy un golpecito en el corazón—, pero me dejaste entrar en tu vida cuando te lo pedí

amablemente, porque pensaste que merecía una oportunidad, aunque solo fuera para demostrar que soy más de lo que muestran los medios. Acogiste a mis amigos sin dudarlo, los hiciste tus amigos también, y eso significa mucho para mí. Sonríe todo el tiempo cuando pienso en ti, y la forma en que arrugas la nariz cuando te ríes de mí está tatuada en mi mente. Volviste a mí aunque estabas asustada, aunque tenías un millón de razones válidas para estarlo, y aquí estás ahora mismo, comunicándote conmigo, aunque sea difícil.

Le doy un tierno beso en los labios.

—Tienes un gran corazón, Ollie, y con un gran corazón vienen grandes emociones. Algunas son miedos, inseguridades, y eso está bien.

—Pero tú no le tienes miedo a nada —susurra.

Una risita tranquila burbujea.

—¿Crees que yo no tengo miedo también? Tengo miedo. Cristo, estoy jodidamente aterrorizado.

—¿De qué tienes miedo?

—Tengo miedo de que esto sea todo, de que tú seas todo para mí. Y aunque esa idea ya me asusta bastante, no hay nada que me asuste más que pensar que quizá no pueda quedarme contigo, que quizá un día te marches y tenga que dejarte porque lo único que quiero es que seas feliz.

Su cálida palma me acaricia la mandíbula.

—Tú me haces feliz, Carter.

—Eso es bueno, porque estoy un poco obsesionado contigo.

Su nariz se arruga con su risa, una de mis imágenes favoritas. Es un poco sarcástica, probablemente porque todavía está medio llorando. Se inclina hacia delante, su frente choca contra mi pecho, y sonrío mientras entierro mi rostro en su cabello.

—Te estás riendo, pero yo no bromeo, joder.

El hermoso rostro de Olivia, cubierto de lágrimas, aparece.

—Yo también estoy un poco obsesionada contigo.

—No puedo cambiar mi pasado, pero si me das la oportunidad, puedo cambiar mi futuro. Pero te necesito toda a ti, Ollie. No la mitad de ti. —Observo el roce de mi pulgar a lo largo de su labio inferior—. Sé que pongo tu mundo patas arriba. Demueles el mío, joder. Por favor, déjame entrar. Déjame verte. Déjame tenerte. Toda tú.

—No quiero esconderme más —susurra—. Estoy cansada.

Mi corazón late en mi pecho, listo para tomarla, para tenerla, toda ella.

—Si quieres obsesión, aprecio feroz, pasión salvaje y desenfrenada...
Si quieres puta magia, Ollie, entonces soy yo. Deja que sea yo.

El suave roce de nuestros labios me estremece.

—Tengamos miedo juntos.

33

EJERCICIOS DE CONFIANZA

Carter

—¿Parezco un mapache?

—Un mapache muy lindo. —Le limpio los restos de rímel de debajo de los ojos mientras suelta una suave risita—. Ya está. Se acabó el mapache, solo mi preciosa chica.

Olivia moquea, con una dulce sonrisa en los labios.

—Eres tan paciente conmigo, Carter. Gracias por ayudarme a superar esto.

—Siempre, Ollie. Juntos.

Me rodea el cuello con las manos y presiona sus labios contra los míos para que abra la boca. El movimiento de su lengua es tentativo, como si estuviera tanteando el terreno, y me agarro a sus caderas, los cuerpos se funden mientras la balanceo sobre mí, haciéndole saber que no hay dudas. La deseo ahora, de la misma forma que siempre la he deseado, así que tomo el control que ansío, dándole lo que necesita hasta que no somos más que lenguas que se entrecruzan, manos ásperas y caricias abrasadoras.

Le levanto la camisa por encima de la cabeza y le quito un tirante del brasier de encaje del hombro, salpicando la piel con besos y pequeñas marcas moradas mientras la chupo y me deshago del brasier. La pongo en pie, me arrodillo y le quito los pantalones de las caderas, bajándolos por sus suaves piernas. Mi pulgar roza el borde de sus bragas y ella hunde los dedos en mi cabello. Su espalda choca contra la pared cuando cambio el satén y mis labios se encuentran con el charco de calor que hay entre sus muslos. Su exhalación es una bocanada de deseo y necesidad que alimenta mi lengua cuando se sumerge en su interior, y gimo cuando su dulce sabor me llena la boca.

Mi nombre sale de la boca de Olivia mientras me tira del cabello, de los hombros, intentando guiarme hacia ella. Cuando no me corro, sus dedos rodean mi corbata y tiran de ella, poniéndome de pie, y la sujeto a la pared con las caderas. Con un puñado de su cabello, tiro de su cabeza hacia un lado y devoro su cuello.

Los dedos de Olivia se aprietan alrededor de mi corbata, atrayéndome más cerca, y nuestros pechos se juntan mientras sujeto su mandíbula con la mano, nuestros labios a un suspiro de distancia.

—¿Quieres divertirme? —me pregunta con un suspiro áspero.

Mi mirada se posa en la corbata azul noche de su puño y luego vuelve a subir. Joder, ¿qué demonios se le está pasando por la cabeza? Seguro que no puede ser lo que estoy pensando yo, viéndola enroscarse esa cosa en los nudillos como si quisiera... usarla.

Pero entonces levanta una ceja y sonrío.

—¿Ejercicios de confianza?

Sus dientes tiran de su labio inferior, sus pestañas se agitan y ya estoy tirando de la corbata, viendo cómo la seda se desliza entre sus dedos.

—¿Cómo quieres confiar en mí esta noche?

Algo travieso baila en sus ojos oscuros.

—Ciegamente.

Joder, estoy muerto. Desaparecido, muerto, a dos metros bajo tierra. ¿Qué carajo pasa? ¿Es el resultado de leer libros obscenos? Porque de acuerdo, le compraré toda la maldita sección romántica y convertiré una habitación en una biblioteca para ella.

—¿Estás segura? —*Porque estoy demasiado excitado.*

Olivia me toma de la mano y me lleva a la cama, y como el cachorro obsesionado que soy, la sigo. Sus labios tocan los míos, tiernos, suaves y dulces, y entonces me quita la corbata del cuello y mi polla monta una tienda de campaña entera para cuatro personas en mis malditos pantalones.

—Nunca había hecho algo así —suelto.

—Yo tampoco. —Me besa el hoyuelo de la mejilla derecha cuando sonrío—. Me encantan tus hoyuelos.

—Te a... —Se me cierra la mandíbula. Me pica la garganta; me llevo la mano a ella—. Me encanta... tu culo. —Me estremezco—. ¿Y... todo... de ti? —Dios mío, tengo el cerebro derretido.

Antes de que pueda avergonzarme más, la subo a la cama. Se pone de rodillas, apoya las nalgas en los talones y se acerca a mí. Sonrío y niego con la cabeza.

—Yo mando, ¿recuerdas? —Le paso la punta de la corbata por el hombro, bajo entre sus perfectas tetas y rodeo un pezón, observando cómo se endurece hasta alcanzar un pico rígido. Su vientre se aprieta cuando la seda se arremolina alrededor de su ombligo y desciende hacia abajo, subiendo por el interior de sus muslos y recorriendo su brillante coño—. ¿Es así como funcionará esta noche? Yo te guío y tú confías en mí.

Olivia asiente, con los ojos abiertos de par en par al ver cómo mis dedos desabrochan los botones de mi camisa y me la quito de los hombros. Cuando me quito los pantalones, se lame los labios de rubí, se mueve y sus muslos se rozan. Quiere que la toque, y lo haré. No podré quitarle las manos de encima en toda la maldita noche.

Desnudo, me uno a ella en la cama, con los dedos enroscados en sus bíceps, el pecho en su espalda. La punta de mi nariz recorre su cuello hasta que mis labios topan con su oreja.

—Necesito que sepas que nunca te haría daño. Hacerte daño me rompería el corazón, y eso te pertenece. Eres mi chica Ollie.

Sus manos tiemblan sobre sus muslos, agarrando la corbata como si su vida dependiera de ello.

—Dímelo. Dime que sabes que no te haré daño.

Inhala fuerte antes de hablar, las palabras son un susurro entrecortado.

—No me harás daño.

Mis labios se mueven sobre su cuello, deteniéndose cuando encuentro el borde de su clavícula.

—Dime que eres perfecta.

Su cuerpo se tensa, las uñas se clavan en la piel perfecta de sus muslos cremosos. Empieza a mover la cabeza.

—Estoy muy lejos de ser perfecta.

—Pero eres perfecta para mí. —Mis labios se encuentran con los suyos antes de que pueda objetar de nuevo, porque eso es lo que va a hacer; puedo verlo en sus ojos. Le quito la corbata de las piernas y veo cómo se desliza entre sus pequeñas manos—. Cierra los ojos, preciosa.

Sus pestañas se apoyan en los pómulos mientras le cubro los ojos con la seda y lazo la corbata detrás de la cabeza. Los cabos sueltos caen por su espalda, el azul noche contrasta con su piel blanca. Las yemas de sus dedos bailan sobre la seda hasta que encuentra el nudo en la espalda.

—¿Te sientes bien? —Le paso el cabello por encima del hombro—. ¿No te aprieta demasiado?

Niega.

—Estoy bien. —Su voz se quiebra y entrelazo nuestros dedos, besando sus labios. Gira su rostro, buscando más, pero me muevo de la cama, porque necesito admirarla—. Carter —susurra, acercándose ciegamente a mí mientras su cabeza da vueltas, los rizos abriéndose en abanico, el pecho inflándose y desinflándose rápidamente.

—No pasa nada, cariño. —Me tapo la boca con una mano, porque, joder, ahora mismo es una visión. De rodillas en el centro de mi cama, mi corbata sobre sus ojos dejándola vulnerable y abierta a mí—. Estoy aquí. Escucha mi voz.

Sus manos caen sobre sus rodillas, flexionándose, y respira hondo, asintiendo.

—Eres impresionante. Jodidamente impresionante. No puedo creer que seas mía. Quiero hacerte una foto así, grabar este momento en mi memoria para siempre.

Olivia tiembla cuando la punta de mi dedo índice se posa entre sus omóplatos, bajando por su columna vertebral.

—De acuerdo.

Me pongo rígido. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo con qué? No estaba preguntando, solo...

—¿Puedo hacerte una foto? —Se me escapa un suspiro, ganándome una risita de mi guapa chica.

—Si quieres.

—¿Si quiero, joder? ¿Estás jodiéndome, Ollie?

Una sonrisa pícaro se dibuja en sus labios.

—Pronto, espero.

Resoplo una risita.

—Escúchate. Pasas demasiado tiempo conmigo. Empiezas a sonar como yo. —Abro la boca sobre su hombro, los dientes presionando su delicada piel, y ella gime—. Solo para mis ojos. Te lo prometo.

Se echa hacia atrás y me pasa los dedos por el cabello.

—Confío en ti.

No lo hace, no plenamente, todavía no. Pero lo hará. Me aseguraré de ello, y cuando tenga esa confianza, nunca, nunca la romperé. Sabré lo afortunado que seré por habérmela ganado.

Me alegro de que no vea cómo busco el teléfono, cómo se me escapa de las manos, cómo me lanzo por él antes de que caiga al suelo. Tengo los dedos de mantequilla porque no me puedo creer que esté pasando nada de esto.

Me tranquilizo antes de subirme detrás de ella en la cama, inhalando aire suficiente para sumergirme entre sus piernas sin necesidad de salir a tomar aire durante al menos cinco minutos.

Que es básicamente lo que planeo hacer.

Pero antes, enrollo su cabello alrededor de mi puño y tiro de él, inclinando su cabeza hacia un lado para que mis labios accedan a su cuello. Su hombro se pone de gallina cuando mi boca recorre su deliciosa piel, lamiéndola lentamente, y hago la primera foto.

Cuando su cabeza se inclina y su boca se abre con un gemido, mientras mis dedos pellizcan un pezón, hago la segunda foto.

—Carter —gime Olivia, frotándose contra mí. Encuentra mi polla dolorida y la rodea con la palma de la mano—. Quiero probarte.

No puedo contener el gemido. Suelto el teléfono y le aprieto las tetas, estrechándola contra mí.

—No puedes decir esas cosas, Ollie.

—Por favor, Carter.

Me pongo en pie como un cohete, de pie frente a ella y empuñando mi polla. Sería grosero por mi parte rechazarla cuando me lo pide tan amablemente.

Olivia se humedece los labios en anticipación, y veo su garganta trabajar.

—¿Me haces una foto?

Mi cuerpo se paraliza.

—De...

—Sí. —Se acerca a mí, y maldita sea, se las arregla para encontrar mi polla en el primer intento sin ver. Debe ser alguna mierda del alma gemela. Y también el tamaño de mi espada del trueno.

Me da un suave apretón, con su mano tan jodidamente pequeña contra mí, y cuando empieza a acariciarme la polla, hago la tercera foto, una que definitivamente me va a poner al borde del abismo cada vez que la mire, que serán mil quinientas veces al día, más o menos.

Ella levanta su rostro, esperando instrucciones.

Le rozo con el pulgar la mejilla sonrosada.

—Abre la boca, nena.

La empujo hacia delante en cuanto separa los labios, y en cuanto saca la lengua, probando, untando esa gota de líquido antes de que la cabeza desaparezca en su boca, gimo. Mis caderas se sacuden hacia delante y mi polla golpea el fondo de su garganta. Me muerde las caderas con las uñas

mientras desliza su boca sobre mí, y mis ojos brillan mientras tomo una foto.

Le acaricio la mejilla.

—Mi chica salvaje. —Algo pesado y salvaje me recorre el pecho mientras la observo, suplicándome que pierda el control, que tome todo lo que quiero y más. Pero no puedo perder el control, no esta noche, no cuando intento mostrarle todo lo que puede confiar en mí. Pero, por Dios, lo único que quiero hacer ahora es follarme su bonita boca y ver cómo se atraganta.

Su mano aprieta a mi alrededor, trabajando la base de mi polla donde su boca no puede llegar, y cuando zumba a mi alrededor, un sonido de deseo que me hace vibrar, siseo, arrancándole la polla de la boca.

La tomo de la mano y la llevo hasta las almohadas.

—Tumbate y abre las piernas. Déjame ver tu precioso coño.

Hace lo que le pido, sus rizos oscuros desordenados contra mis almohadas blancas, sus labios rojo rubí brillando, las mejillas y el pecho sonrojados mientras respira agitadamente. Es un puto ángel, y cuando separa los muslos, juro que me muero por dentro. Hago otra foto, pero nunca le hará justicia.

—Mírate, nena. —Me arrastro entre sus piernas, aspirando su aroma. Como si fuera jarabe de arce, quiero lamer cada centímetro de ella—. Tan mojada. ¿Lo notas?

Mi lengua se desliza por su abertura y su espalda se levanta de la cama con su grito. Guío su mano por el cuerpo y me detengo justo debajo de su ombligo.

—Tócate, nena. Siente lo mojada que estás, lo excitada que te pone.

El color de sus mejillas se acentúa y detengo su argumento antes de que pueda salir de sus labios con mi boca en los suyos.

—Eres preciosa, Ollie. Cada centímetro de ti es una perfección, incluido ese interior suave y pegajoso que tanto te esfuerzas en ocultar. No quiero que te avergüences nunca de mí.

—Nunca antes había sido así —susurra Olivia. Su mano tiembla cuando busca la mía y me agarra los dedos con fuerza—. No sé por qué es tan diferente contigo, Carter.

Yo sé por qué. Estoy seguro de que ella también. Es parte de lo que nos asusta a los dos, creo. Para siempre es mucho tiempo.

En lugar de eso, aprieto mi boca contra su oreja y le digo:

—Eres mi tipo favorito de diferente.

Su cuerpo se calienta mientras la beso, como si mis labios dejaran un rastro de fuego a su paso, y le tomo la mano, guiando las puntas de sus

dedos por el interior de su muslo, conduciéndolos a través de sus húmedos pliegues.

—Jesús —murmuro, empuñando la polla mientras observo sus tímidas caricias, la forma en que separa los labios con cada inhalación irregular mientras se hace sentir bien—. Jodidamente preciosa. Así me gusta. Haz que te corras.

—¿Estás... estás mirando?

Me río entre dientes, hundiéndome en mi vientre mientras aprieto mis labios contra el interior de su rodilla.

—No puedo quitarte los ojos de encima, pero nunca he sido capaz.

Acelera el paso y mueve las caderas. De algún modo, con manos temblorosas y todo, consigo hacer una última foto antes de tirar el teléfono, sin apenas notar el ruido que hace al caer al suelo.

—A la mierda las fotos —gruño, empalándola con dos dedos y sin previo aviso.

Olivia sale disparada hacia delante con un grito, y su mano cae mientras se empuja dentro de la mía.

—Carter, por favor. Quiero que me folles.

—Yo también quiero eso. Y te prometo que lo conseguirás, pero tienes que ser paciente.

Mueve la cabeza de un lado a otro con un gemido.

—No tengo paciencia.

—Lo sé —digo riendo entre dientes—. Pero vas a tener que confiar en mí.

Mis labios se cierran sobre su clítoris, succionándolo en mi boca, y golpeo mi palma contra su pecho, empujándola de nuevo hacia las almohadas cuando intenta arrancarme hacia ella. Sus dedos encuentran mi cabello, empujándome más cerca, y se deshace en mi lengua mientras grita mi nombre, me suplica que no pare.

Y no lo hago. La devoro una y otra vez hasta que se retuerce, sus piernas se funden con el colchón y, cuando por fin me separo, aún no estoy saciado.

Nunca lo estaré. No con ella.

Le doy la vuelta y la pongo sobre las manos y las rodillas, observando cómo mueve la cabeza mientras me busca por encima del hombro.

—¿Qué necesitas, nena?

—A ti. Un beso. Por favor.

Deslizo la palma de la mano por su mandíbula y la tomo por la boca sin vacilar. Cada barrido de mi lengua es una profunda zambullida, una exploración sin prisas que no quiero que termine mientras empujo mi polla dentro de sus cálidas y resbaladizas paredes. Devoro su agudo jadeo con otro beso que me derrite el cerebro antes de apoyar la frente en su sien e iniciar una penetración dolorosamente lenta.

Cada momento con Olivia es una danza entre lo frenético y lo sabroso, lo salvaje y lo tierno. Me hace sentir salvaje, pero lo único que quiero es ir más despacio y hacer que cada momento dure para siempre.

Busco su clitoris, lo rodeo y lo acaricio mientras avanzo. Las sábanas se hacen un ovillo entre sus apretadas manos y ella empieza a derrumbarse a mi alrededor, susurrando mi nombre una y otra vez mientras se corre.

Y entonces...

—*Más fuerte.*

—¿Más fuerte? —Me agarro a su garganta, acariciándole el cabello—. ¿Quieres que te folle? —Siento el grosor de su boca tragar bajo mi palma antes de que sus labios se separen con una inhalación.

—Sí.

—Entonces voy a follarte como si fueras mía. Dime que eres mía, Olivia.

—Soy tuya, Carter.

Retrocedo hasta que apenas estoy dentro de ella y le quito la venda. Con sus rizos enredados en mi puño y sus profundos ojos marrones mirándome, le digo:

—Vas a mirarme a los ojos mientras te poseo.

Lo último de mí se deshace mientras la penetro y, cuando Olivia grita mi nombre, una oscura sonrisa se dibuja en mi boca. Hasta la última gota de mi control se evapora mientras me balanceo dentro de ella, conduciéndome más profundo, más rápido, más fuerte, y a través de todo, Olivia canta mi nombre, suplica *Más, por favor, Carter, más, y No pares, Dios, no pares.*

Enroscándome sobre ella, mi lengua se desliza sobre su piel abrasadora, los dientes se hunden en su hombro. Cuando retrocedo, le sujeto la cabeza con fuerza, arrancándole todos los sonidos guturales mientras mis caderas golpean su culo con cada embestida castigadora.

Me la quito de encima sin previo aviso, me dejo caer sobre mi culo, la tumbo en mi regazo y la aplasto contra mí con un siseo.

—Jodidamente... hermosa —gruño, levantándola y dejándola caer sobre mi polla—. Dímelo. Dime que eres perfecta para mí. —Empieza a negar y la interrumpo con un gruñido—. No te atrevas, joder.

—Soy...

—Perfecta.

—Para ti. Perfecta para ti.

—Tienes toda la maldita razón.

Envolviendo sus piernas alrededor de mi cintura, inclino a Olivia, abrasándola con un beso que aplasta mi pecho, aprieta mi corazón.

—Córrete conmigo. —Pretende ser una orden, pero me suena mucho más a súplica—. Córrete, Ollie.

Y lo hace. Lo hacemos. Juntos, nuestros cuerpos temblando, estremeciéndose mientras entierro mi rostro en su cuello. Sus talones en mi culo, las uñas rastrillando mi espalda. Mi cuerpo sudoroso se pega al suyo, lo que es genial, porque creo que me gustaría estar pegado a ella para siempre.

El abrazo en el que la aplasto es casi asfixiante mientras nos pongo de lado, intentando por todos los medios recuperar el aliento entre la pimienta de mil besos en su impresionante rostro.

—Siento lo de esta noche —susurra Olivia al cabo de un momento, con la mejilla pegada a mi pecho mientras juega con el mechón de cabello que tiene ahí—. Siento haber dicho cosas que no quería decir y haber herido tus sentimientos. Me obsesioné con tu pasado y tuve demasiado miedo de darte mi confianza. Lo siento.

—No pasa nada, cariño. —Hago girar un mechón de su cabello alrededor de mi dedo—. Necesito saber cuándo tienes miedo. Y ya lo superamos, ¿no?

—Ya hemos luchado.

—Se llama pasión, Ollie. Salvaje y desenfrenada. Eruptiva. No quiero un amor que no sea una locura, y loco por ti es la única forma que conozco de describir lo que siento.

Mi corazón sonríe al ver cómo se ilumina su rostro, y acaricio con el pulgar el rubor de su pómulos alto, el arco perfecto de su labio superior.

—Veo el fuego en tus ojos y lo único que quiero es avivarlo. Encenderme, prender fuego a mi alma. Soy tuya.



Dos horas, tres orgasmos más y una pausa para merendar después, sigo despierto en la cama, con Olivia arrimada a mi costado mientras respira profundamente. No consigo dormir. Miro el teléfono, veo la repetición de mi

pelea por tercera vez y me muerdo el labio mientras el vídeo pasa al rostro de Olivia.

En cuanto suelto los guantes, se levanta de su asiento con los ojos desorbitados. Cuando le doy el primer puñetazo, se agarra la base de la garganta. Cuando Daley y yo caemos al suelo, se lleva las manos a la boca y no quiero volver a ser responsable del rostro de terror que pone.

Olivia se agita suavemente y me pasa la mano por el torso mientras dejo el teléfono.

—¿Carter?

—Ven aquí, cariño. —Engancho mis brazos bajo los suyos y la levanto hacia mí, envolviéndonos con las mantas mientras me acurruco contra ella—. Tenerte en mis brazos es la mejor sensación del mundo.

Olivia exhala un suspiro de felicidad.

—Te quiero mucho.

Le rozo la punta de la nariz con los labios.

—Yo también te quiero mucho.

Otras palabras quieren salir de mi boca, palabras que me asustan y me emocionan a la vez. Palabras que vienen con un significado tan profundo, tan permanente, una conexión que grita para siempre. Se siente demasiado pronto y, sin embargo, al mismo tiempo, es como si llamaran a mi puerta y yo las dejara entrar sin dudarlo.

¿Es así como se siente? ¿Querer compartir todas tus piezas, las buenas y las no tan buenas? ¿Querer tomar su mano entre las tuyas y abrazarla fuerte mientras das cada paso adelante? Pasos hacia lo desconocido, la oscuridad y la luz, donde afrontamos juntos los miedos y salimos fortalecidos cada vez.

Mi mirada recorre las suaves líneas del rostro de Olivia bajo los fragmentos de luz de luna que la atraviesan, y lo sé.

Le rozo el pómulo con los nudillos y, cuando sus pestañas no se agitan, susurro las palabras contra su piel.

—Creo que te amo, Ollie.

34

HOLA, SEÑOR INCREÍBLE

Olivia

¿Alguna vez has dejado que alguien te vende los ojos y te folle hasta el olvido?

¿No? Qué pena. Deberías intentarlo. *Créeme.*

Me siento destrozada más allá de la creencia. Esa es la única forma de describir cómo me siento cuando me estiro con un gemido indicativo del dolor sordo de mis músculos, unido al sueño más glorioso que he tenido nunca. Esta cama es el paraíso y Carter también.

Excepto que él no está aquí y la cama está vacía. Así que un poco menos celestial.

La música que sube las escaleras junto con el ruido de los platos y el olor de algo dulce y sabroso me hacen saber dónde está Carter.

Y está cantando.

Me tumbo con un suspiro de felicidad y no ocupo ni una cuarta parte de la cama gigante cuando me tumbo en el centro.

Debo de estar loca, porque de algún modo ya podría estar enamorada. Excepto que no creo que simplemente me haya caído. Puede que haya tropezado accidentalmente con mis propios pies y me haya caído de bruces.

Unos pasos pesados suben por la escalera y sonrío al oír la voz de Carter, que se acerca cantando una melodía conocida.

—¡Mi niña! *Do-do-do-do-do!*

La risita que burbujea en mi pecho es a la vez vergonzosa y desesperada.

Cuando Carter asoma la cabeza por la puerta con una sonrisa tan pícaro y encantadora, entierro mi rostro entre las manos y me enrosco sobre las piernas mientras mis risitas sobrepasan la marca de la locura.

324

—Deja de reírte —me ordena, paseándose por la habitación.

Desnudo. Totalmente *desnudo*. Con una bandeja de comida en la mano.

Además, está desnudo.

—Estás desnudo. —Me quedo boquiabierta.

Señala el ridículo gorro de cocinero que lleva en la cabeza y que casi paso por alto debido a su impecable desnudez.

—Nuh-uh. Llevo un gorro.

—Uh-huh... —No estoy mirando el gorro.

—Veo que estás mirando al Señor Increíble.

—Eres tan vanidoso que es increíble.

La sonrisa con la que me golpea es extra burlona mientras deja caer la bandeja sobre mi regazo, las manos a ambos lados de mi rostro, inclinándose para darme un beso lento y suave.

—Como he dicho: Señor Increíble.

—¿Qué es esto? —Se me calienta el corazón al parpadear—. ¿Me has preparado el desayuno?

Se pasa la palma de la mano por el pecho y asiente.

—Uh-huh. —Saca un trozo de beicon de un plato que parece contener al menos medio kilo y me mete la punta en la boca antes de devorar el resto—. Tocino porque te encanta. Fruta y yogur porque son dulces como tú. Bagel de arándanos con canela para untar porque Cara dice que es tu favorito. Y té porque el café te hace doler el estómago.

—Yo te... —Oh mierda. Oh mi mierda. Bolas. Oh mis bolas de mierda. Casi lo digo. En voz alta. *¿Qué carajo me pasa?*

Carter levanta una ceja divertido, mirando más petulante que nunca.

—¿Tú me...?

—Yo... —agito una mano—, no sé lo que intentaba decir. —*¿Eso es lo mejor que se me ocurre?*—. Solo estoy abrumada por el desayuno. Y me desperté sola, y ahora estás aquí, y estás cantando, y estás... —Hago un gesto hacia su cuerpo—. Desnudo.

Carter pone las manos en las caderas, girando. Sí que le gusta balancear esa cosa.

—¿Te distrae mi desnudez?

—No podría deletrear ninguna palabra si me lo pidieras con ese aspecto.

—Mmm. —Me quita una gota de canela del plato y me la pasa por los labios, con los ojos desorbitados cuando saco la lengua para lamerla—. Me gusta cuando te dejo sin palabras.

—No te acostumbres. ¿Puedo comer en la cama? —Las sábanas son tan blancas y perfectas. Es muy probable que cambie eso.

—Sí. Y cuando termines, será mi turno de comer en la cama. —La mirada en su rostro no es más que de hambre, y mis entrañas se retuercen con delirante anticipación, porque no puedo esperar a ser su comida.

Carter se desploma a mi lado, mascando el tocino mientras me mira comer, con la cabeza apoyada en la mano y el codo en el colchón, con un aspecto muy parecido al de un modelo posando para una sesión fotográfica. La canela para untar está caliente y derretida en mi bagel, y cuando lo muerdo, me gotea por la barbilla y cae por el borde de la mandíbula, dejando una línea goteante sobre la turgencia de mi pecho izquierdo.

Sus ojos se oscurecen y, cuando voy a limpiármela, me agarra de la muñeca.

—No te atrevas —susurra—. Es mío.

Se pone en pie, me quita la bandeja del regazo, la deja en el suelo, se lanza sobre la cama y me devora cuatro veces. Cuando por fin volvemos a desayunar, la comida está fría, mi bagel está duro y no hay ni una sola parte de mí a la que le importe. De hecho, cuando me deja en el estadio para el partido de hockey de mis chicas, ya he tenido tres orgasmos y me he ganado un desayuno de McDonald's. Ah, y una palmadita en la espalda. Ah, y una palmada en el culo cuando me retuerzo para salir del auto.

—¿Era Carter Beckett? —susurra Alannah cuando me reúno con ella en la puerta principal, con los ojos abiertos de asombro mientras se abanica las mejillas, mirando el todoterreno de Carter que sale del estacionamiento. Él sonríe y saluda con la mano, y Alannah salta y agita los brazos mientras le devuelve el saludo—. ¡Es él, es él, es él! —le grita a su padre, dándole una violenta sacudida.

Jeremy apenas se resiste a poner los ojos en blanco.

—Es él, es él. Woo-hoo.

—Por favor, intenta contener tu entusiasmo, Jeremy. —Me vuelvo hacia Alannah, saco un regalo de mi bolso y sonrío—. Esto es para ti, de Carter.

Ella desenreda la pequeña camiseta, con la mandíbula colgando mientras lo examina.

—Para Alannah. Esfuérzate, comprueba tus caderas. Carter Beckett. —Me mira fijamente, sin pestañear—. ¡Dios mío, Dios mío!

Jeremy sigue sin impresionarse, pero, por extraño que parezca, me tiende una mano expectante.

Arqueo una ceja.

—¿Puedo ayudarte?

—¿Dónde está el mío?

—¿Tu qué?

—Mi... mi camiseta. —Se queda boquiabierto—. Tú... tú no... tú no...

—Relájate —le digo con una sonrisa de suficiencia, sacándole la camisa. Estoy mareada de expectación. Podría haber dictado el mensaje que Carter escribió en la camisa de Jeremy.

Se la pone delante de su rostro mientras lee, lo que es una mierda, porque ahora no puedo ver su expresión.

—Para Jeremy. No seas imbécil con tu hermana. Carter Beckett. —Se deja caer la camisa por las caderas, dejándome ver claramente su rostro, que está... extasiado—. Dios mío. Ha firmado mi camisa. *¡Carter Beckett firmó mi camiseta!*

Por el amor de Dios.



Estoy por lo menos dos kilos más pesada que cuando entré aquí. Que fue hace aproximadamente siete minutos. ¿Parece imposible? Nada es imposible con Cara.

—¿Necesitamos *todos* estos snacks? —La caja de Milk Duds metida en el bolsillo del abrigo se suelta y golpeo el codo contra la cadera para atraparla allí, y luego procedo a caminar por nuestra fila. Tengo una lata de cerveza en el otro bolsillo, un paquete de Twizzlers en el bolsillo trasero de los pantalones, otra cerveza en la mano derecha y el brazo izquierdo alrededor de una bolsa de palomitas—. Parece un poco excesivo.

—Qué pregunta más ridícula. —Se burla Cara—. Sí, Olivia, necesitamos todos estos snacks. No me arruines la vida.

Sinceramente, no tengo ni idea de dónde mete Cara todo esto. Es muy golosa, pero es una de esas mujeres delgadas por naturaleza que te pasas la vida maldiciendo. Tengo que ir a trabajar temprano todas las mañanas para poder pasar cuarenta y cinco minutos deshaciéndome del desastre con chocolate que hice en Pinterest durante el fin de semana.

—¿Le contó Carter a Adam lo que pasó anoche?

Asiento.

—Pobre chico. Está muy confundido y quiere ver lo mejor de ella, pero ya no está seguro.

Carter tuvo la oportunidad de hablar con Adam sobre Courtney mientras yo estaba en mi partido hoy temprano. Dijo que Adam estaba devastado, no por él, sino por nosotros.

—Courtney dijo que estaba borracha y que no recordaba, y cuando él siguió presionándola, ella le dijo que se relajara y aprendiera a aceptar una broma.

Cara hace un sonido bajo y aterrador en la parte posterior de su garganta, del tipo que me dice que no está por encima de la violencia.

—Liv, sabes que no digo estas cosas a la ligera, pero esa mujer se merece que le suelten encima toda una colmena de abejas furiosas.

Me río entre dientes, y Garrett se detiene frente al banco, lanzando un poco de nieve mientras sus ojos se deslizan sobre nuestros snacks. Se le hace agua la boca y levanta las cejas.

—¿Tienes hambre esta noche, Ollie?

Frunzo el ceño hacia Cara.

—Solo quería palomitas.

—Bueno, lo que no comas, soy tu hombre.

Carter lo choca por detrás.

—Soy su hombre.

Garrett golpea a Carter en el pecho.

—¡Quiero su comida!

Carter lo empuja.

—¡Nadie consigue su comida excepto yo!

—¿Qué estoy viendo aquí? —preguntó en voz alta, viendo lo que parece ser un juego de bofetadas entre dos hombres adultos que se supone que están calentando para su partido de hockey profesional.

—Estás viendo lo que yo tengo que afrontar habitualmente. —Adam se detiene frente al banquillo para beber agua y me dedica una sonrisa tímida—. Niños.

—¡La comida es mía! —grita Carter mientras rodea con sus brazos la cabeza de Garrett.

Garrett se libera de su agarre.

—¡No te defraudaré, Ollie!

Es en ese momento cuando me doy cuenta de que Emmett está inclinado sobre el banquillo, guiñando un ojo, y Cara se está hurgando agresivamente el interior de la mejilla con la lengua.

—Dios mío. Ustedes dos son... —Mis palabras mueren en un grito ahogado que siento como si mi corazón saltara de mi garganta cuando el cuerpo de Carter se estrella contra el plexiglás justo delante de mí—. Carter, joder. Me has asustado.

Se quita los guantes, se rodea la boca con las manos y respira sobre el cristal. La punta de su dedo graba un corazón en la niebla, y cuando escribe C+O mi débil corazón se eleva, por muy embarazoso que sea. El guiño que me hace antes de irse patinando es toda una promesa de la noche que planeamos pasar juntos a solas después del partido de esta tarde.

Cara se mete en la boca un puñado de Skittles y M&M.

—Dios mío, ese hombre está locamente enamorado de ti.

Arrugo la nariz y dirijo una mirada mordaz a la mano en la que se mete los dos caramelos.

—Eso es asqueroso y malvado. No hay que mezclar las dos cosas. —Vuelvo al hielo con un suave suspiro, admirando el corazón que se desvanece lentamente en el cristal—. Y no está enamorado de mí. —Pero, tal vez algún día. Eso espero. Eso estaría bien. O lo que sea.

Cara resopla.

—Liv. Mira a ese hombre. Nunca había visto a un perdedor tan enamorado.

Mi mirada recorre el hielo en busca del hombre en cuestión, solo para descubrir que sus ojos ya están clavados en mí mientras juega con un disco y charla con otros jugadores. Su sonrisa es eléctrica cuando levanta una mano enguantada y saluda.

—*Hola, calabaza* —grita antes de disparar a Adam.

Me arden las mejillas.

—¿Acaba de llamarme calabaza delante de quince mil personas?

—No. Todavía es el calentamiento. La gente sigue comprando snacks y cerveza. —Cara se mete un puñado de palomitas en la boca—. Probablemente te enfrentas a más de doce mil.

Pero Carter está decidido a avergonzarme delante de los quince, porque cuando marca a los seis minutos del primer periodo, pasa patinando junto al banquillo y grita:

—*¡Eso era para ti, calabaza!* —Cuando marca en el tercer periodo y se lo dedica a su princesa, señala mi rostro rojo iluminando la jumbotron, se pone las manos enguantadas sobre el corazón y finge desmayarse.

Es demasiado ostentoso y, sin embargo, cuando sale del vestuario y se pasea junto a los periodistas al verme, todavía me aletean mariposas en el estómago.

Cuando llegamos a casa, el sol se pone y pinta el cielo con impresionantes tonos rosas y naranjas, salpicaduras de lavanda, los oscuros pinos y las imponentes montañas contrastan con el hermoso telón de fondo.

Carter me lleva a la isla de la cocina y me pone delante una pequeña bandeja con queso, embutidos, anacardos y uvas.

—Esta noche cenaremos tarde, así que de momento come esto. —Me besa en la frente—. Vuelvo en unos minutos.

Sus pasos retumban en las escaleras, mis piernas se balancean alegremente desde mi taburete mientras tarareo alrededor de mi tentempié. Cuando vuelve diez minutos después, lleva la sonrisa más adorable, quizá un poco tímida, y ha cambiado el traje por unos pantalones de chándal y una camiseta.

Sus dedos se entrelazan con los míos, tirando de ellos con su tímida petición.

—Ven conmigo.

Vibra de excitación y me doy cuenta de que está haciendo todo lo posible por ser amable, por acomodarse a mis cortas piernas y no arrastrarme detrás de él mientras me lleva a su dormitorio.

El cuarto de baño está tenuemente iluminado por la cálida llama de las velas que decoran el borde de la bañera y el resplandor de las estrellas que se cuele por la ventana. John Mayer suena suavemente por los altavoces; el libro que estoy leyendo está en el taburete junto a la bañera. El agua es espumosa, de un hermoso tono magenta, salpicada de pétalos de rosa, y Carter está literalmente rebotando sobre los dedos de los pies.

—Hay una bomba de baño adentro. Por eso el agua es rosa. Jennie la eligió. —Se rasca la cabeza—. Um, es, um...

Inhalo profundamente cuando el aroma llega a mi nariz.

—¿Lavanda?

El rostro de Carter se ilumina.

—¡Sí! Lavanda. Es para relajarse y toda esa mierda.

Reprimo una risita. Esto es absolutamente adorable.

—Pero los pétalos de rosa los puse yo. Y las velas. —No podría parecer más orgulloso.

—¿Para mí?

—Para ti. —Me roza los labios con los míos antes de deslizarme los pantalones por las caderas, trayendo con ellos las bragas y los calcetines. Me pasa la camisa por la cabeza, me quita el brasier con más delicadeza que nunca y me ayuda a meterme en el agua húmeda—. Quiero que te relajes mientras preparo la cena y nos instalamos abajo, ¿bien? Tienes que quedarte aquí cuarenta y cinco minutos.

—¿Cuarenta y cinco minutos? Eso es muy específico. ¿Y si te echo de menos?

—Entonces puedes tocarte pensando en mí. —Suelta una risita y su mirada se endurece—. Si lo haces, lo necesito en un video. Añádelo a la biblia sagrada de material masturbador que se esconde en mi teléfono.

—Carter...

—Métete en el agua, Liv.

Con una sonrisa y un suspiro, me hundo en el cielo, las manos flotando sobre el agua, rozando los pétalos. No tardo mucho en irme, dejo el libro y tarareo la música mientras se me cierran los ojos. Antes de darme cuenta, las cálidas manos de Carter me tocan el rostro y me despiertan.

—Ollie, dormilona —susurra—. Sabía que tenía que venir a buscarte cuando llegara al minuto cuarenta y seis.

Mis brazos vuelan con el bostezo y Carter me tiende una toalla. Me envuelve y me lleva al baño, señalándome una de sus camisetas y un par bragas limpias de mi bolso, mientras vacía la bañera, recoge los pétalos y apaga las velas. Hace tanto por mí, su dedicación y compasión son inigualables. Cuando vuelve, lo rodeo con los brazos y me acurruco contra él.

—Gracias, Carter. Soy tan feliz contigo, y no puedo esperar a que crezcamos juntos.

—Vamos a tener el mayor resplandor. —Sus cejas se fruncen—. Resplandor emocional. Porque los dos ya estamos buenísimos. —Pega sus labios a mi frente y se retira con un fuerte *muah*—. Vamos. Estoy deseando enseñarte lo que he hecho.

No me da la oportunidad de subir, sino que me levanta en brazos y me lleva escaleras abajo. Se detiene al borde de la sala y, si no lo ha hecho ya, mi corazón implosiona. Noto sus latidos, rasgueando sin cesar junto a mi oreja, apoyada en su pecho, y aprieto la palma de la mano allí, como si pudiera tocarlo, sentir cómo se acelera.

Me retuerzo en su regazo, deslizándome por su cuerpo, con los dedos en la boca mientras avanzo hacia la habitación.

La televisión está encendida, abierta en Disney+ y mostrando todos los clásicos. El sofá está... destrozado. Los cojines han desaparecido, aunque me hago una idea de dónde pueden estar. Rondo las sábanas

blancas que decoran la habitación, montadas como una tienda de campaña, y encuentro los cojines adentro, enterrados bajo fardos de mantas y más almohadas de las que he visto nunca. En el interior de la tienda hay luces parpadeantes y la mesita está llena de cajas de comida china.

Mis ojos se posan en el increíble hombre al que tengo la inmensa suerte de llamar mío. Se acerca a mí y parece dudar de sí mismo, palpándose la nuca.

—He pensado que podríamos tener una noche de películas. ¿Te... te gusta?

¿Que si me gusta?

Cruzo la habitación, salto a sus brazos y aplasto mis labios contra los suyos.

Carter se ríe.

—Tomaré eso como un *sí* del demonio. Joder, estoy arrasando en esto de ser novio. —Juntos, nos acurrucamos en la tienda improvisada, poniendo primero *El Rey León*, y Carter canta cada canción mientras comemos. Cuando termina, desaparece en la cocina y vuelve con brownies, y juro que voy a reventar, pero me como dos de todos modos.

—¿*Frozen*? —Se lame el glaseado del pulgar mientras rebusca entre las películas—. ¿O *Moana*? Puedo cantar las dos, por si te lo estás preguntando.

Levanto las mantas y me acurruco a su lado.

—*Frozen*. Quiero escucharte cantar *Let it Go*.

Carter me mira mientras pulsa Play.

—¿Vas a estar despierta lo suficiente para oírla?

—Pfft. Estoy bien despierta. He tomado una siestecita en la bañera.

Levanta la comisura de los labios antes de besarme.

—Mhmm. Bueno, por si acaso... —Me toma en brazos, me acurruca contra su pecho, apoya la barbilla en mi cabeza y me pasa los dedos por el cabello.

Apenas llevamos diez minutos cuando me pasa la palma de la mano por la espalda y susurra mi nombre. Cuando encuentro su mirada, es tierna y cálida.

—Mi madre siempre me decía que estas cosas no son fáciles, que hay que trabajar para conseguir el amor y la vida que quieres. Las partes difíciles son un reto, pero las superamos, y todo lo demás contigo se siente natural, y yo... quiero trabajar contigo. Quiero construir una vida que amemos.

Con esas palabras repitiéndose en mi mente, no tardo lo suficiente en oírlo cantar su canción, y no estoy segura de qué hora es cuando siento que me tumba en los cojines y su cuerpo se amolda al mío. El calor de su palma me calienta el vientre cuando se desliza bajo mi camisa, y unos labios suaves me tocan la mandíbula, acercándose a mi oreja.

—Eres mi favorita de todo, Ollie.

35

BOLAS PROFUNDAS

Carter

Pienso aprovechar todas y cada una de las horas que me quedan con Olivia antes de mi serie de viajes. Precisamente por eso la desperté al amanecer con la cabeza entre sus piernas y no la he dejado volver a dormirse desde entonces. Probablemente también por eso ahora mismo está desmayada en mi regazo, sin inmutarse siquiera por la forma en que sigo gritándole a mi televisor.

—¿Te dispararon de nuevo? —grita Garrett en mis auriculares—. ¿Cómo carajo estás tan mal hoy?

—¡Hay una chica buena durmiendo entre mis piernas! —le grito.

—¡Siempre está entre tus piernas! —Se queda callado un momento, y Adam y Emmett se ríen entre dientes—. Bien, eso ha sonado mal. Lo que quería decir es que la has tenido todo el fin de semana. Concéntrate en seguir vivo. Estás hundiendo a todo el equipo.

—Sí, sí —murmuro, subiendo a mi jugador por unas escaleras.

—Ese sitio estaba lleno de tipos hace dos minutos, Carter —dice Emmett mientras Olivia se revuelve en mi regazo—. Asegúrate de que... —Sus palabras mueren en un suspiro pesado mientras mi pantalla se salpica de sangre, mi personaje se desploma en el suelo tras recibir un disparo a quemarropa en la cabeza—, comprueba. Hombre, ¿qué carajo?

Olivia me sonríe, parpadeando con sus ojos sombríos, agitando esas pestañas oscuras.

—¿Beckett? ¿Estás ahí?

—Olivia debe de haberse despertado. —Adam sabe lo que pasa.

—Me tengo que ir. —Ya me estoy arrancando los auriculares, ignorando cómo Garrett me grita al oído que estoy en medio de una misión—. Ollie se ha despertado.

334

Empieza a trepar por mi cuerpo, pero le pongo la mano en la clavícula y la empujo hacia la espalda.

Deslizo mis manos alrededor de su cintura.

—Hora de la merienda.

—¿Otra vez?

—Siempre tengo hambre, Ollie, y no hay nada que me gustaría más que comerte el coño una vez más, luego inclinarte sobre el sofá y follarte tan fuerte que lo sientas en la garganta. También me conformaría con abrazarte.

Resulta muy inoportuno que en ese momento la puerta de mi casa emita dos pitidos y se abra, y que las voces de dos mujeres a veces increíblemente molestas se filtren en mi casa. Olivia se pone rígida debajo de mí y gruño algo parecido a un suspiro, desplomándose sobre ella.

Salto del sofá y doblo la esquina de la sala de estar, abriendo mucho los brazos cuando mis ojos se posan en las tres personas que se quitan sus cosas en el vestíbulo y en el perro, que se mueve excitado sobre sus patas, listo para saltar.

—¿Qué demonios hacen los tres aquí? —Miro a Hank—. Creía que Ollie y yo íbamos a recogerlos más tarde para cenar.

Sus hombros se levantan, las palmas levantadas en un inocente encogimiento de hombros.

—No fui yo.

Jennie pone los ojos en blanco y suelta a Dublin de su correa. Se acerca brincando, saltando con dos patas sobre mi vientre, y yo entierro mis dedos en su suave pelaje.

—Eso es mentira y lo sabes, viejo. —Se lo lleva por el pasillo—. Mamá y tú estuvieron al teléfono tramando esto durante casi una hora esta mañana.

Mamá levanta las manos.

—¡No es justo que él haya podido conocer a Olivia y nosotras no!

—¡No puedes entrar aquí sin avisar! —le grito, señalando cómo Olivia se acerca como un animal aterrorizado, tirando de su camisa—. ¡Podríamos haber estado desnudos!

—¡Carter! —grita Olivia horrorizada en el preciso instante en que mi madre se planta dos puños en las caderas, me lanza una mirada poco impresionada y gruñe—: ¡Carter Beckett!

Jennie hace arcadas.

—Qué asco. No es una imagen que quiera grabar en mis retinas.

—Entonces deberías haber llamado, porque estaba casi en pelotas...

—¡Carter! —Olivia medio chilla de nuevo, tapándome la boca con una mano—. Por el amor de Dios, para, por favor. *Por favor.*

Sonrí contra su palma antes de girar y rodear su cintura con un brazo.

—Lo siento, calabaza.

Hank suelta una risita que me hace enfadarme menos con él.

—Ese es mi chico. —Se jacta antes de acercarse a nosotros. Le tomo las manos, pero él frunce el ceño y me las aparta de un manotazo—. No te quiero *a ti*. Quiero a Olivia.

—Oh, joder...

Me interrumpe la risita de Olivia, la forma en que me empuja con una cadera y abraza a Hank.

—Esto es mucho mejor de lo que habíamos planeado —le dice a mi familia.

Mamá se acerca a Olivia con los brazos abiertos, luciendo la sonrisa más maravillosa, como si nunca hubiera pensado que esto ocurriría.

—Nunca pensé que llegaría este día —llora. *Se lo dije*—. ¡Mi pequeño, ya crecido y *con novia!*

—Solo le ha costado veintisiete años —murmura Jennie, y luego aplaude feliz la mano de Hank.

—Hola, pastel de calabaza —canturrea mamá, abrazando a Olivia.

—¡Mamá!

—¿Qué? Así es como la llamas, ¿no? —Su sonrisa es innecesaria, pero extrañamente familiar.

Jennie resopla. Una vez. Dos veces. Se desploma, golpeándose la rodilla.

—¿Pastel de calabaza? Tú-tú-tú —otro bufido—, ¿llamas a tu novia pastel de calabaza? —¿Está llorando?—. Demasiado para esa gran y mala reputación de imbécil que has tenido todos estos años. —*Está llorando*—. Quiero decir, lo entendemos. Amas a tu novia.

Hablaría si pudiera. Lo único que puedo hacer es rascarme la nuca y odio cómo mi rostro se sonroja. Cuando mi madre la suelta de sus garras, Olivia me dedica una sonrisa suave y cálida que me hace sentir como si me iluminara por dentro.

Mamá le da una palmada en el hombro a Jennie.

—No te burles de tu hermano.

—Se burla de mí todo el tiempo.

—Te molesta porque te ama, ya lo sabes.

—Sí, Jen. —Estiro las manos—. Déjame abrazarte. Te amo.

—¡Aléjate de mí! —Su mirada se desliza sobre Olivia, ladea la boca—. Eres demasiado pequeña para ser un escudo humano decente. —Se lo piensa durante una fracción de segundo antes de decir—: Ah, a la mierda. —Y se escabulle detrás de Olivia, agarrándola por los bíceps y agachándose detrás de sus hombros.

Eso podría funcionar, pero mis brazos son larguísimos, así que las rodeo a las dos y las aplasto contra mi pecho.

—Abrazo de grupo —grito mientras Jennie gime y Olivia se ríe.

Puede que los odie por aparecer sin avisar, pero ahora mismo tengo a mis personas favoritas de todos los tiempos en una habitación, y nada me hace más feliz, sobre todo cuando veo cómo Olivia encaja sin esfuerzo con ellos, como si siempre hubiera estado destinada a estar aquí, a formar parte de nuestra familia. Ni siquiera me importa cuando le cuenta a todo el mundo la vez que le afeitó las cejas a su hermano mientras dormía porque le rompió el palo de hockey y lo convirtió en un bastón, lo que provoca un brillo maligno en los ojos de Jennie cuando tocan los míos, como si estuviera tramando algo.

Dos horas más tarde, cuando está a mi lado rallando queso para una pizza casera, todavía me estoy cuidando las cejas.

—Caíste fuerte y rápido, hermanito. ¿También te golpeaste con todas las ramas al caer?

—¿Huh? —Levanto la cabeza, sonriendo al ver cómo Olivia echa la cabeza hacia atrás riéndose de lo que sea que Hank esté diciendo. Algo sucio, a juzgar por la forma en que mi madre le golpea el brazo. Me giro hacia Jennie—. Soy casi cinco años mayor que tú.

—Pero tu mente es tan, tan pequeña, idiota.

La golpeo entre los ojos.

—Haz tu trabajo.

Ella lo hace, con tanta floritura como yo hago la mayoría de las cosas, con un pie detrás mientras esparce el queso sobre la salsa. Es muy dramática.

—¿Sabe que quieres casarte con ella?

—¿Qué? —Mi mirada rebota entre mi molesta hermana y Olivia.

—He dicho si sabe que estás enamorado de ella.

Le tapo la boca con una mano y le hago una llave en la cabeza.

—Cállate o te escuchará.

Me muerde la palma de la mano hasta que la suelto, acunando la mano contra mi pecho, y cuando Olivia se pone detrás de mí y me rodea con sus brazos, apenas puedo respirar.

—¿Por qué se están peleando?

—*Por nada.* —Grito un poco. La mirada que le doy a Jennie dice que será ella la que no tenga cejas si dice algo.

—Bueno, se suponía que iba a ser una sorpresa, pero Carter me estaba diciendo que ha ultimado los detalles de las clases de equitación para nosotros esta primavera. Pensó que te gustaría venir conmigo.

Olivia me mira.

—¿Clases de equitación?

No puedo creer que se crea esta mierda. Le doy exactamente un mes hasta que Jennie le diga que todo fue una estratagema para: A) conseguir lo que quería, que en este momento, son las lecciones sobre las que ha estado soltando indirectas desde que pasó su cumpleaños; y B) distraer del hecho de que estoy enamorado de Olivia y no quiero que lo sepa todavía. Sólo un mes, porque soy impulsivo y malo guardando secretos, así que no me imagino aguantando mucho más que eso.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, cuando estamos cenando, tengo su pie metido entre mis piernas, porque parece que no puedo dejar de tocarla.

—Fuimos a patinar al lago Capilano el fin de semana pasado y le gané a Carter en una carrera —le cuenta orgullosa a mi familia.

—Hiciste *trampa*.

Canturrea pensativa, masticando su pizza.

—Eso no parece algo que yo haría.

—Es algo que haría para bajarle los humos —dice Jennie—. Carter me ha dicho que entrenas al equipo de hockey de tu sobrina y enseñas educación física en la escuela. ¡Es genial! ¿Has bailado alguna vez?

—Sólo cuando he bebido. No soy demasiado rítmica. Aunque sí patiné durante unos años.

—Entrena al equipo femenino de voleibol de la escuela —añado.

—¿Tú también jugabas? —pregunta Jennie, divertida.

Olivia asiente.

—Desde sexto de primaria hasta mi último año en la universidad.

Jennie aprieta sus labios. Sus hombros empiezan a temblar y un pequeño resoplido sale de su nariz. Escondo la sonrisa tras la palma de la mano y miro el plato mientras intento no reírme.

La mirada de Olivia rebota entre nosotros.

—¿Qué?

—Es que... —Jennie se sacude hacia delante mientras se le escapa una pequeña risa—. Quiero decir... —*ríe entre dientes*—, ¿Puedes siquiera... —se tapa la boca—, alcanzar la red? —Ella estalla en carcajadas en el momento exacto en que yo lo hago, ambos nos doblamos sobre la mesa, y mamá me golpea en la cabeza, aunque no he sido yo quien lo ha dicho.

Olivia entrecierra los ojos y cruza los brazos sobre el pecho.

—Ah, ya veo. Los dos chicos Beckett son lo mismo

—¿Idiotas? —Adivina mamá—. Sí, échale la culpa a su padre, no a mí.

—Sé bueno con tu novia, Carter —dice Hank desde el otro lado de la mesa mientras le desliza un trozo de pepperoni a Dublin—. O no te dejará probar ninguna de las cosas divertidas del libro que estamos leyendo.

Tardo cinco segundos en darme cuenta del peso de sus palabras y, para entonces, Olivia ya se está atragantando con la comida.

—¡Hank! —grito, frotando la espalda de Olivia.

—Oh-oh —murmura—. Dublin, la he vuelto a cagar.



La única explicación lógica de por qué estoy escuchando al director de la escuela de Olivia hablar de lo mucho que le gusta que Cara venga de visita, por alguna maldita razón, es porque estoy como una puta cabra por esa mujer.

La vi hace tres horas cuando me dio un beso de despedida desde su cama, donde dormimos anoche para que pudiera levantarse temprano para ir a trabajar. Enseguida me desmayé durante otra hora y media, me desperté, devoré la mayor parte de su comida y luego pedí el servicio de entrega para ella porque me sentía mal. Han pasado tres horas y aún no estoy preparado para despedirme de ella durante las próximas cinco noches.

—Fui joven una vez —se entretiene Ray en decirme. Me ha dicho que lo llame Ray—. Parecen muy unidos por las fotos de los dos últimos fines de semana. —Menea las cejas, lo que es un poco raro, es el jefe de Olivia. Además, me preocupa un poco el último comentario.

—¿Es eso un problema? ¿Las fotos de nosotros? ¿Besándonos? —Joder, no se me había ocurrido.

Me hace un gesto para que me vaya mientras nos detenemos ante las puertas del gimnasio. Puedo ver a Olivia ahí dentro, rodeada de un montón

de chicos que sobresalen por encima de ella, incluso en un día que ha elegido llevar tacones.

—La vida personal de Olivia es suya. Tiene todo el derecho a tener relaciones íntimas; lo que ocurre es que la suya es fotografiada. No la castigarán por eso, siempre que todo siga siendo legal y respetuoso.

Mi cabeza se inclina mientras se me hace un nudo en la garganta.

—Legal y respetuoso; entendido. —Parece fácil, pero diría que soy un poco salvaje cuando se trata de amar a Olivia. Tendré que hacer un esfuerzo consciente para mantenerlo legal y respetuoso cuando estemos fuera.

—Los chicos de por aquí la adoran, y no es ningún secreto que no lo ha tenido precisamente fácil, ya que su edad es relativamente cercana a la de ellos. Muchos de ellos la ven como una amiga, alguien en quien pueden confiar. Diría que ha recibido más críticas desde que hicieron pública su relación, pero la señorita Parker sabe cómo manejar a esos chicos.

Reprimo una carcajada. Manejarlos sí que sabe; fíjate en el chico al que amenazó con tirar al suelo por llamarla conejita. Pero no saco el tema.

En lugar de eso, digo:

—Gracias por acompañarme hasta aquí. Olivia siempre habla de lo mucho que le gusta trabajar para ti. —Esas palabras no han salido ni una sola vez de su boca, pero la forma en que se ilumina el rostro de Ray me dice que hoy he hecho lo que debía como novio.

Me cuelo por la puerta y me apoyo en ella antes de que se cierre mientras la observo trabajar. A veces me entero de las cosas más interesantes sobre ella cuando no sabe que la estoy mirando.

La red de voleibol está montada y Olivia tiene una pelota pegada a la cadera, un portapapeles en la mano libre, mientras unos cuantos chicos molestan con las pelotas.

—Todo lo que digo es que si te da vergüenza, dilo. No se preocupe, señorita Parker. —Un chico rubio bota una pelota de voleibol tres veces antes de lanzarla hacia la red de baloncesto. Rebota en el aro, para mi satisfacción—. Si has estado alardeando todo este tiempo...

Olivia responde con desinterés, dejando la pelota en el suelo y tomando notas en el portapapeles.

—No quiero avergonzarte. No quisiera fracturar ese ego masculino tuyo. Sé lo sensibles que pueden ser en la adolescencia.

—Tengo dieciocho años. Soy un hombre.

—Cierto. ¿Cómo podría olvidarlo?

—Siempre dices que sabes jugar, pero nunca nos lo demuestras —empieza otro chico—. Parece que te lo estás inventando.

—No me están incitando a jugar con ustedes. —Claro que no. Pero también, Olivia es cien por ciento fácil de provocar, así que...

—Mira, si es porque eres corta...

Olivia golpea su bolígrafo contra el portapapeles y mira al chico que sigue hablando con una mirada tan oscura que me asusta desde aquí atrás.

—¿En serio? ¿Los comentarios cortos? ¿Otra vez?

Uh-oh.

Le arranca la pelota de las manos y empieza a acechar hacia mí, con la cabeza gacha mientras murmura para sí.

—Estúpidos y malditos chistes cortos. Estoy harta de ellos. Lo entiendo, mis piernas son pequeñas. *Ha, ha.*

Me muerdo de risa y me escondo más en la sombra de la puerta, viendo cómo mi chica se quita los tacones y se hunde unos centímetros más en el suelo.

Olivia gira hacia la red y bota la pelota mientras habla.

—Sólo voy a hacer esto una vez, así que asegúrate de que estás mirando.

No creo que eso sea un problema. Estos chicos están fascinados, al igual que yo.

Olivia hace girar la pelota en sus manos antes de botarla. Al tercer bote, la toma, la lanza ridículamente alto, da tres pasos enormes hacia delante, salta en el aire, y...

Golpea la maldita pelota contra la pared opuesta del gimnasio y la hace rodar hasta ella. Se agacha, la atrapa a sus pies y, mientras los chicos pierden la puta cabeza, dice:

—Espero que lo hayan grabado para recordarles por qué no deben meterse conmigo.

Tengo que recordarme a mí mismo que estoy en una escuela, así que ajustarme mi basura descaradamente quizá no sea la mejor idea.

—Joder. Eso fue irreal. ¿Lo han visto? —Camino hacia ellos, señalando a Olivia, registrando la expresión de shock en su rostro—. ¡Es mi maldita novia, caballeros!

—¡Carter! —Olivia deja caer la pelota, corriendo sobre sus pies descalzos—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Has visto eso? —Me rodea con sus brazos, metiendo su rostro en mi pecho—. Ahora puedes decirles a todos que dejen los chistes cortos.

Me siento mal diciéndole que eso es improbable, dado el subidón que está montando ahora mismo, así que en vez de eso le digo:

—Estoy tan orgulloso de mi pequeña enana. —Acerco mis labios a los suyos—. Tenía que verte una vez más. Espero que no te importe.

Una sonrisa lenta y tortuosa se dibuja en su rostro mientras inclina la cabeza en dirección a sus alumnos, todos congelados en su sitio, boquiabiertos.

—Acabas de ganarte una plaza de profesor en la tercera clase de gimnasia para chicos mayores.

—Está bien. Se me da bien decirle a la gente lo que tiene que hacer y puedo pasar un poco más de tiempo contigo antes de que nos separen durante ciento veintisiete horas. No es que lleve la cuenta.

Olivia me agarra el bíceps mientras vuelve a meter los pies en los tacones.

Aprieto los labios contra su oreja.

—Estás muy sexy con este conjunto de profesora.

—Me viste esta mañana con este mismo conjunto.

—Sí, pero yo estaba medio dormido, y tú acabas de arrasar en todo el gimnasio. Ahora quiero quitártelo pero que no te quites los zapatos.

Antes de que pueda cumplir esa amenaza, aplaudo.

—Muy bien, caballeros, bienvenidos al gimnasio con el señor Beckett.

Levanto del suelo el portapapeles de Olivia y hago como que hojeo las notas, chasqueando la lengua contra el paladar.

—Ah, aquí estamos. Primer punto del día... ¿quién de ustedes llamó a la señorita Parker conejita el lunes pasado?



—Estoy aburrido. ¿Quieres volver a la habitación y jugar a la Xbox?
—Me he comido un kilo de alitas y un plato de nachos y me he bebido una jarra con Adam. Me han hecho proposiciones exactamente cero veces, porque en cuanto una mujer da un solo paso en mi dirección, la golpeo con el ceño tan fruncido que sale corriendo. Estoy listo para irme. El mensaje de texto que aparece en mi pantalla no hace más que consolidar ese deseo.

Chica Ollie: Me estoy duchando, te llamo en quince minutos, Señor Increíble.

—Vamos. —De pie, saco la cartera y tiro un par de billetes. Adam y Emmett empiezan a hacer lo mismo, pero Garrett, que tiene a su lado a una rubia menuda que lleva su camiseta y le susurra al oído, parece absolutamente horrorizado—. Puedes quedarte, por supuesto, Gare-Bear.

—Pero yo... tú... *ugh*. —Su cabeza cae hacia atrás con un gemido y susurra lo que supongo que es una disculpa al oído de la chica antes de desenredarse de sus extremidades.

El bar está a dos minutos a pie del hotel, y para cuando llegamos al ascensor, Garrett se está ajustando por tercera vez.

—Que tengas una relación está acabando con mi vida sexual, puto pavo.

—Tienes mayores problemas si tu vida sexual depende de mí.

—No depende de ti, yo sólo... vete a la mierda. —Me choca contra la pared cuando salimos al pasillo—. Estás obsesionado con tu novia.

—Sí. —La expresión de su rostro me dice que no era una pregunta.

—Lo único que quieres hacer es volver a la habitación y hablar con ella por teléfono y decirle lo mucho que la echas de menos y las ganas que tienes de besarla, follártela y abrazarla.

—También sí. —En ese orden. Y luego repetido.

Emmett se ríe entre dientes mientras se quita los zapatos dentro de la habitación. Abre una bolsa de papas fritas *Ruffles All Dressed* y se tira en el sofá, sacudiendo la cabeza.

—¿De qué te ríes, imbécil? —Meto la mano en la bolsa y robo un puñado de papas. Tuvimos que traerlas de Vancouver. Son difíciles de encontrar en Estados Unidos y créeme cuando te digo que si las encuentras, te llevarás una gran decepción. No son lo mismo; es una puta parodia.

—¿Recuerdas la noche antes de conocer a Liv?

—No. —He bloqueado mi vida antes de ella.

—Echaste a una chica de nuestra habitación casi llorando porque quería quedarse a dormir, y dijiste que nunca sentarías la cabeza.

—Eso no es verdad. Ella no sólo quería pasar la noche. Quería mudarse a Vancouver y hacer de mi casa su hogar. —Maldita Lauren. ¿O era Lisa? No lo sé, pero la noche está volviendo a mí, eso es seguro—. Y yo no dije que nunca sentaría la cabeza.

—Cierto. Dijiste que el día en que alguien entrara en tu vida y pusiera tu mundo patas arriba sería el día en que sentarías la cabeza.

—Mmm. —Estas papas están deliciosas.

—Mírate ahora. —Es Adam esta vez, señalando el teléfono que estoy comprobando por tercera vez—. No puedes apartar los ojos del teléfono cuando te ves obligado a pasar un tiempo lejos de tu chica.

—Son casi seis días completos —murmuro.

Se ríe entre dientes.

—No pasa nada.

—Es *patético* —corrige Garrett.

—Sólo decimos que... obviamente ha llegado el día.

Sí, no me digas. El día llegó a mediados de diciembre, cuando la vi por primera vez, cuando ella puso los ojos en blanco e hizo esa cosa tan linda de resoplar, y luego básicamente me mandó a la mierda.

En cualquier caso, me salvo de más observaciones estúpidas cuando mi teléfono empieza a vibrar en mi regazo y el rostro de Olivia se apodera de mi pantalla. Antes de que pueda contestar, Garrett lo toma y se tira en la cama.

—Hola, Livvie. —Patea las piernas, con la barbilla en la palma de la mano como si fuera una adolescente conversando con su mejor amiga—. ¿Qué pasa, chica?

Grito, tirándome encima de él, porque ¿y si está desnuda? Anoche lo estaba, pero claro, sabía que estaba solo. Aun así, no quiero que nadie la vea. Jamás. Nunca jamás. Es *mía*.

Emmett arranca el teléfono de en medio de nuestra pelea y se acomoda de nuevo en el sofá.

—Hola, Ollie.

—Oooh. —Se maravilla—. ¿Son esas *All Dressed*? Hace años que no los pruebo.

Quitándome a Garrett de encima, me agacho detrás de Emmett y sonrío a Olivia. No está desnuda, menos mal. Sin embargo, lleva mi camiseta, con el cabello mojado dejándole gotas por el cuello y sobre la tela gris, y eso me provoca cosas, cosas que me hacen agarrarme entre las piernas.

—Solía lamer todo el condimento antes de comérmelos —continúa.

Mi mirada se encapucha.

—Compraré algunas para el sábado por la noche.

—¡Ah, joder! —Garrett levanta las manos—. ¿Cómo te las arreglas para arruinarme las papas fritas?

Aparto el teléfono y me tumbo en la cama, con un brazo detrás de la cabeza.

—Te echo de menos, chica Ollie.

Está sentada en la cama, con las mantas alrededor de la cintura, y creo que está con la laptop, por lo mucho que puedo ver de ella. Esas mejillas se tiñen de rosa y me pregunto si siempre se sonrojará. Eso espero.

—Yo también te echo de menos, Carter.

—Ah-ah —digo.

Pone los ojos en blanco y suelta un suspiro.

—Yo también te echo de menos, hombre más sexy.

—Eso está mejor —digo con orgullo mientras todos los demás gimen—. ¿Qué han cenado Care y tú esta noche?

—Comida india para llevar. —Se palmea el estómago contenta—. Deliciosa. Y tu madre y tu hermana también vinieron.

—¿Qué? ¿En serio?

—Mhmm. Y Hank, obviamente. Se jactaba de ser el único hombre invitado a la noche de chicas. Y Dublin no se bajó de mi regazo en toda la noche. Accidentalmente lo dejé lamer mi tazón de helado durante el tercer período, así que ahora soy su favorita.

Siento el pecho más ligero. ¿Es raro?

—Gracias por invitarlos.

—Por supuesto. Fue divertido, y tu madre trajo fotos de bebé, lo que no me sorprende en absoluto. Se moría por avergonzarte. Mi foto favorita fue la tuya con su vestido de novia. Estabas tan guapo. —Se ríe, arruga la nariz y, antes de que pueda responder, continúa—. Han jugado genial esta noche. ¿Puedes felicitar a Adam de mi parte por su gol? Ha estado increíble.

Adam asoma la cabeza por encima de mi hombro y sonrío.

—¡Gracias, Ollie! ¿Tienes una copia de Carter con el vestido? Quiero verla.

—Joder. —Gruño, apartándome de él.

Podría escuchar a Olivia hablar de su día para siempre. Pone las mejores expresiones mientras lo hace, todo el espectro de emociones revoloteando por su expresión cambiante, las manos volando alrededor de su rostro mientras cuenta sus historias, como que los chicos de su clase me tienen miedo ahora y su director quiere que hable en alguna asamblea, cómo Alannah quiere que vaya a un partido para que vea que ella será “mejor” que yo algún día.

—Carter. —Se ríe Olivia, levantando su teléfono—. ¿Qué es esto?

—¿Qué es...? —Entrecierro los ojos al ver las fotos de su teléfono y sonrío—. Oh, eso. Soy yo asegurándome de que nadie pueda tejer una red de mentiras.

Se ríe.

—¿Una red de mentiras?

—Sí. Si mis manos están en el aire, no hay chismes falsos sobre a quién podría estar tocando.

El título del artículo que está hojeando básicamente dice lo mismo:

Carter Beckett quiere que el mundo lo sepa: ¡está FUERA DE LOS LÍMITES, señoritas!

Puede que, potencialmente, haya estado haciendo un esfuerzo consciente por levantar las manos por encima de la cabeza y sonreír a cualquier cámara que me mire cada vez que las chicas han intentado hablar conmigo esta semana.

Olivia sacude la cabeza.

—Eres tan ridículo. ¿Podría ser más orgullosa tu sonrisa en esta foto?

—¿Qué puedo decir? Que el mundo sepa que ser tuyo me hace feliz.

—Oh por el amor de Dios. —Garrett me tira una almohada a la cabeza—. ¡Consigan una puta habitación! A nadie le importa lo enamorados que están.

Adam saca una cerveza de la nevera del bar, desenrosca la tapa y da un largo trago.

—En serio, ¿cuánto tiempo van a dar vueltas a las palabras que todos sabemos que se mueren por decir?

Miro a Olivia y la encuentro mirando su regazo y comiéndose la uña del pulgar. Todo su rostro se pone rojo como la remolacha mientras juguetea con las mantas.

—Dales un respiro. —Emmett se deja caer a mi lado en la cama. Pone su rostro delante de mi teléfono, sonriéndole a Olivia, y yo agradezco la distracción.

Hasta que sigue hablando.

—Carter aún se está haciendo a la idea de que quiere a alguien más que a sí mismo y a las Oreos. Ollie está luchando por admitirse a sí misma que está enamorada del hombre más arrogante, controlador y molesto del mundo. Sería imposible para cualquiera hacerse a la idea de un escenario tan alucinante.

36

COMO OLIVIA, PERO ALTA Y SIN TETAS

Carter

Si tuviera que sumar todas las horas, estoy seguro de que he pasado más tiempo de mi vida en estadios que en cualquier otro lugar, incluida mi propia casa o aquella en la que crecí. No son nuevos para mí, el olor, el ruido, la emoción que recorre mi espina dorsal cada vez que pongo un pie en uno.

Pero esto, los niños corriendo de un lado a otro, el olor a galletas recién horneadas en la cafetería, los cafés fuertes a los que se aferran todos los padres para pasar otra mañana en la pista... bueno, tampoco es nuevo para mí, pero desde luego no es algo que haya experimentado en mucho tiempo.

Estar aquí me trae un torrente de recuerdos felices, años que pasé en pistas como ésta, donde mi padre me enseñó a patinar, donde mis padres me animaban, donde me ayudaron a convertirme en la persona que soy hoy ayudándome a seguir mis sueños.

Por el rabillo del ojo, capto la mirada descarada de alguien, la forma en que le dan un codazo a la persona que tienen al lado mientras miro el tablero que me indica a cuál de las cuatro pistas tengo que ir. Siempre iba a ser inevitable que me reconocieran en un lugar como éste un sábado por la mañana, pero este juego no trata de mí, así que me bajo un poco más el gorro y me ajusto la bufanda al cuello mientras me dirijo a la pista amarilla.

Un escalofrío me sacude la espina dorsal cuando atravieso las puertas batientes. Me acerco al plexiglás de una esquina y sonrío al ver a las chicas que se deslizan por el hielo con sus coletas al aire. Se me abre el corazón de par en par cuando veo a Olivia de pie en la puerta del banco, hablando animadamente con una chica en patines que no está tan lejos de ella en altura, a pesar de tratarse de la liga de ocho y menos.

347

—Bueno, maldita sea. Carter Beckett, pasando el rato en la pista local.

Me giro y miro al hombre que está a mi lado. Es alto, pero más bajo que yo. Ancho, pero no tanto como yo. Tiene el cabello castaño oscuro y los ojos a juego, y una sonrisa que me dice que lleva tiempo esperando este día, aunque no como la mayoría de la gente.

Me fijo en el bebé que lleva atado al pecho, royendo un patín de hockey de silicona. De la barbilla le cuelga una gota de baba que cubre la chaqueta de su padre.

—¿Puedes decir palabrotas delante de tu hijo? No parece una buena impresión para el pequeño Jem.

Disfruto de la sorpresa que pinta su rostro cuando se da cuenta de que sé exactamente quién es, pero ¿cómo no iba a saberlo? Se parece mucho a Olivia, excepto...

—Maldita sea, realmente se parece a mí, ¿no?

—Excepto...

—¿Salvo que yo tengo un niño atado al pecho en vez de un par de tetas?

—Iba a decir la diferencia de altura, pero seguro, vamos con eso. —Las tetas de Olivia son perfectas, pero siento que él no apreciaría esa elaboración.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Jeremy, mirándome con desdén. Estoy bastante seguro de que está empeñado en que no le caiga bien—. Ollie no me ha dicho que ibas a venir.

—No lo sabe. Se supone que no debo venir a ningún partido.

—¿Y viniste de todos modos?

—Mhmm. —Hago lo que quiero, está claro. Olivia lo sabe, pero puede que su hermano no—. Tomé un vuelo de vuelta temprano.

—¿Pagaste tu propio vuelo de vuelta en lugar de volar con el equipo? ¿Por qué hiciste eso?

¿Porque soy rico y puedo?

—Porque quería ver a tu hermana entrenar y ver jugar a tu hija. Ollie dijo que Alannah quería que fuera a un partido. —Todo lo que he practicado para cuando Olivia me regañe por venir.

Me vuelvo hacia el hielo, donde Olivia sigue hablando con la chica de cabello castaño. Se ríe, se agarra la jaula y la sacude un poco.

—¿Cuál es tu hija? —pregunto, aunque estoy bastante seguro de saberlo.

Jeremy señala a Olivia y a la morena.

—La que no se separa de su lado.

Rodea a Olivia con los brazos y la abraza con fuerza, antes de que Olivia la empuje hacia el hielo dándole una palmadita en el trasero.

Los ojos de Alannah recorren las gradas, probablemente buscando a sus padres, y cuando se posan en Jeremy, se le ilumina su rostro y empieza a saludar.

Y entonces me ve.

Su palo cae al suelo y su mandíbula cuelga mientras se queda allí, mirando fijamente. Y luego chilla. Grita y yo me río. Salta sobre sus patines antes de volver corriendo al banquillo y aplastar a Olivia con otro abrazo que casi la hace caer de culo.

—Gracias, gracias, *gracias*, tía Ollie —la escucho gritar desde aquí, y Olivia está jodidamente perdida, mirando de Alannah al hielo, a las gradas, a su hermano, a...

Mí.

Levanto la mano enguantada y muevo los dedos. Su rostro se ilumina con el rayo más brillante, que parte las mejillas.

—Maldita sea —murmura Jeremy—. Contaba con que se enfadara contigo por aparecer sin avisar.

Antes de que pueda asentir, Alannah cruza el hielo, salta en el aire y golpea con su larguirucho cuerpo el cristal frente a mí.

—Voy a marcarte un gol —grita—. Estoy deseando que lo veas.

—¿Y yo qué? —pregunta Jeremy—. ¿Vas a meterle un gol para tu viejo?

Alannah se burla.

—Piérdete, papá. Hay un hombre nuevo en la ciudad.

Jeremy maldice en voz baja antes de hacer un gesto hacia las gradas.

—Bueno, vamos. Mi mujer se niega a estar de pie, y tiene las bragas hechas un nudo desde que te vio entrar aquí.



El equipo de Olivia aplasta al otro. La cosa se pone tan fea que a mitad del segundo periodo tiene que decirles a las chicas que se relajen. Alannah marca dos goles y consigue una asistencia, y como si tuviera mi ADN, me señala después de los dos goles antes de enrollar el brazo y fingir que su palo de hockey es una guitarra y está tocando un solo de locura. Su madre,

Kristin, se mortifica y se entierra el rostro entre las manos, y Jeremy y yo luchamos por ser el adulto más ruidoso de las gradas.

Yo gano, obviamente, pero Jeremy intentará decirte lo contrario. Quizá por eso, cuando las chicas salen juntas del vestuario, nos damos codazos para apartarnos, intentando ser los primeros en llegar hasta ellas. Vuelvo a ganar. Es evidente.

Olivia arruga la nariz con su sonrisa antes de pegarse a mí.

—Estás aquí, y ni siquiera estoy enfadada por ello.

—¿Significa eso que puedo hacer más cosas que no me están permitidas? —Por ejemplo, hay un agujero que yo...

—No.

Maldita sea.

Engancho un dedo bajo su barbilla e inclino su rostro hacia el mío para darle un suave beso, ignorando el ruido que hace su hermano al atragantarse. He echado tanto de menos estos labios que es ridículo.

—Te he echado de menos, enana.

—Hola. —La niña que está al lado de Olivia me saluda con la mano antes de apoyarse en la pared, con los brazos y los tobillos cruzados, como si esto no fuera gran cosa. Levanta la cabeza y asiente—. Hola, ¿qué tal? Soy Alannah. Puedes llamarme Lana. O Lanny. O Al. O Allie. O simplemente... —Ella levanta un hombro perezoso y lo deja caer—. Alannah.

No tengo oportunidad de responderle antes de que se lleve los puños a la boca, apenas cubriendo la carcajada que sale de su garganta. Se lanza sobre mí y sus miembros desgarbados me rodean el cuerpo.

Me rio y la sujeto con fuerza.

—Le has dado una buena paliza en el culo, Lanny. Oh, mierda. ¿Se me permite decir culo? Mierda. Dije mierda. Mierda, lo dije de nuevo. — Bueno, esto va peor.

—Papá dice malas palabras todo el tiempo. —Alannah se desliza por mi cuerpo y rodea a sus padres con los brazos, besando a su hermano en la mejilla—. A veces mamá lo hace bajar al sótano para que se tome un descanso y luego tiene que poner dinero en el jarro de las palabrotas. Luego mamá usa ese dinero para comprar zapatos nuevos y vino de lujo.

Mi mirada se desliza hacia Kristin.

—¿Cuánto dinero le debo al tarro de las palabrotas?

—Cuatro palabrotas equivalen a cuatro dólares. —Extiende la mano y junta los dedos en la palma—. Paga, amigo. Mamá necesita el vino de lujo.

Le pongo un billete de diez en la mano y le digo que se quede con el cambio, porque probablemente deba más al final del día.

Alannah rebusca en la bandolera que lleva Olivia al hombro y saca un rotulador.

—¿Me firmas el palo?

—¿Si puedo *firmarte* el palo? —Sacudo la cabeza mientras garabateo mi nombre sobre la hoja pegada—. Amiga, debería pedirte que firmaras el mío después de cómo has jugado.

—*Amiga*. —Alannah suelta una carcajada, más ansiosa de lo normal al caer de espaldas sobre Olivia, que suelta una carcajada al verse obligada a sostener a su sobrina—. Carter Beckett me acaba de llamar amiga.

Le guiño un ojo.

—¿Qué van a hacer ahora? ¿Puedo llevarlos a todos a almorzar?

—¡*Sí!* Voy a comer con una superestrella, voy a comer con una superestrella —canta, haciendo una especie de baile raro. ¿Flossing, creo que se llama?

—Oh, bueno, tenemos esa cosa... —Jeremy se rasca la cabeza.

Kristin le aparta la mano de un manotazo.

—No tenemos nada. No finjas que no estás emocionado con la idea de comer con él. No puedes esperar para enviar mensajes a todos tus amigos. —Me sonrío—. Nos encantaría almorzar contigo. Muchas gracias, Carter.

—¿Adónde vamos? —pregunta Alannah mientras le paso el brazo por los hombros y me dirijo al estacionamiento.

—Bueno, ¿cuál es tu comida favorita?

—¡Pizza y alitas de pollo, amigo!

—*Amiga*. —Dejo caer la cabeza hacia atrás con un gemido—. Vamos a ser los mejores amigos.

—¿Puedo ir contigo, Carter?

—Alannah —suspira Jeremy—. No. Quiere espacio, seguro.

Mis hombros suben y bajan.

—A mí no me importa.

—Por favor, por favor, por favor —le suplica a su padre, agarrándole el abrigo, dándole una sacudida.

—Bien. Pero tienes que llevar tu asiento de seguridad.

—Tengo casi ocho años. —Alannah resopla, cruza los brazos y saca la cadera, como Judy la de Actitud—. Los asientos de seguridad de auto son para los bebés.

—Y cuando tengas ocho años, podrás deshacerte del asiento de seguridad. —Me lo pone en el pecho con una sonrisa, como si yo tuviera puta idea de cómo instalar esta cosa—. Pero por ahora, sigues siendo mi pequeño bebé.

Olivia se ríe de la expresión que pongo, me quita el asiento y lo encaja en el asiento trasero.

—Eres un ángel —susurra, besándome en la mejilla—. He venido con ellos, para poder viajar contigo, pero mi maleta para el fin de semana sigue en casa.

—Perfecto. —Porque me aterra un poco quedarme a solas con una niña. No sé si se me puede confiar la vida de una personita.

Ayudo a Olivia a sentarse en el asiento delantero y me inclino sobre ella para abrocharle el cinturón, algo innecesario porque ya es adulta. Es una excusa para acercarme lo suficiente para olerla. Y huele delicioso, a pan de plátano recién horneado, como siempre.

—Quiero comerte —le murmuro al oído—. Recogeremos tu bolso después de comer, buenísima.

—Buenísima. —Alannah suelta una risita desde el asiento trasero—. Tía Ollie, yo soy *amiga* y tú eres *buenísima*. Carter es tan gracioso.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, ya he comido seis trozos de una de las tres pizzas de nuestra mesa, he perdido la cuenta de cuántas alitas me he comido y estoy muy impresionado por la forma en que Alannah se esfuerza por igualarme bocado a bocado.

—Dios santo. —Se lame los dedos antes de poner ambas manos sobre su estómago—. Tú sí que sabes comer.

Miro el montón de huesos de alitas de pollo que tiene delante.

—Tú también puedes.

—Sí, pero acabo de terminar un partido de hockey de muerte, me he dejado la piel y he marcado dos goles. ¿Cuál es tu excusa?

—Mi excusa es que acabo de ver a la tía Ollie entrenar hockey y ahora necesito devorar algo.

El codito huesudo de Olivia se me clava en las costillas, haciéndome desplomar con un gruñido. Kristin suelta una risita desde el otro lado de la mesa y Jeremy se lleva las manos a su rostro.

Alannah frunce la nariz.

—¿Huh? No lo entiendo.

—Soy un chico grande que necesita toda la comida que pueda conseguir.

—¡Sí, eres enorme! La tía Ollie es un bebé chillón comparado contigo. —Le dedica a Olivia una sonrisa de lástima—. No te ofendas. Tienes que tener cuidado de no aplastarla cuando la abracés, Carter.

Sí, cuando la abrazo...

—¿Puedes tomarlo? —le pregunta Kristin a Jeremy, pasando al bebé Jem mientras se levanta—. Necesito ir al baño.

—Claro —responde, pero en cuanto tiene al bebé en sus brazos, se levanta, se inclina sobre la mesa y lo deja caer en mis brazos desprevenidos.

Es un puto milagro que no grite.

Quiero decir, ¿un bebé? No sé qué demonios hacer con un bebé.

Sujeto al pequeño a distancia. Sigue royendo el maldito patín de hockey y la baba le cae por el brazo regordete. Me mira con esos enormes ojos azules, gorjea y se ríe.

—Mierda —susurro, riéndome—. Eres bastante lindo, amiguito.

Olivia golpea la mesa con el codo y apoya la mejilla en la palma de la mano mientras me dedica una sonrisa boba, tan bonita.

—¿Estamos lindos? —pregunto, acurrucando a Jem a mi lado. Aprieta su boca húmeda contra mi mejilla en algo parecido a una frambuesa súper descuidada.

—Lindos. —Es más un suspiro que palabras mientras su pecho se desinfla.

—Dios mío. —Es Kristin, de vuelta del baño. Bueno, no del todo. Está a dos mesas de distancia, con los pies pegados al suelo mientras aletea al aire. Se acerca corriendo y saca su teléfono del bolso—. ¿Puedo hacer una foto?

Asiento mientras Alannah se levanta de su asiento y corre alrededor de la mesa, gritando que tiene que salir en la foto. Cuando se une a nosotros, nos abraza a Jem y a mí, pegando su mejilla a la mía.

Kristin hace unas cien fotos antes de hacer pasar a Olivia y luego a Jeremy, que viene a regañadientes, pero no mucho. Luego le pide al camarero que nos haga una foto a todos, sólo que ella nos llama su familia y yo formo parte de ella. Olivia se sonroja y yo beso su cálida mejilla antes de sonreír una vez más a la cámara.

Porque, joder, sí, esta chica es mi familia.

—Deberíamos quedarnos a dormir —dice Alannah mientras nos dirigimos al estacionamiento—. Un día, quizá. Si tú quisieras. Sé hacer tortitas. —Me sonríe mientras su padre saca el asiento infantil de la parte de atrás—. Podemos triturar galletas Oreo en la masa. La tía Ollie dice que son tus galletas favoritas, y las mías también.

—Trato hecho. Tú haces tortitas de Oreo y yo brownies de Oreo. Haremos una fiesta de pijamas temática de Oreo.

Su rostro brilla como un maldito faro.

—¿En serio?

—De verdad, de verdad. Miraré mi agenda y elegiremos un día.

—Eres el mejor —me dice, subiendo mi ego mientras me aplasta en un apretado abrazo.

—En serio, eres un santo —me dice Olivia dos minutos después, cuando estamos metidos en el auto, por fin solos por primera vez en demasiado tiempo—. Estuviste increíble con ella. Y no te preocupes por la fiesta de pijamas. Yo te sacaré de ahí.

—¿Qué? ¡Joder, no! ¿Una fiesta de pijamas temática de Oreo? Ese es como mi sueño hecho realidad, justo después de ti.

—¿Quieres cuidar a mi sobrina?

—Joder, sí. Es muy divertida. También nos llevaremos a Jem. —Entrelazo mis dedos con los suyos, me llevo su mano a los labios y le doy un beso en los nudillos—. Me ha encantado lo de hoy. Me alegro de haber conocido a tu familia.

—A mí también. Gracias, Carter.

—Pero no puedo esperar a estar a solas contigo.

—Mmm. —Se acurruca en mi brazo—. ¿Grandes planes?

—Grandes planes. Y por enormes, me refiero a mi polla.

—Créeme, sabía exactamente a qué te referías.

—Destruir tu cuerpecito de bebé —añado, usando las palabras de Alannah de antes.

Y eso es exactamente lo que empiezo a hacer en cuanto entramos por la puerta, echándome a Olivia al hombro y subiéndola por las escaleras.

—Voy a lamer cada centímetro de este cuerpo impecable —susurro contra sus labios mientras empiezo a trabajar en sus pantalones. Mi boca se cierra sobre el hueso de su cadera, disfrutando del modo en que sus dedos se hunden en mi cabello, arañándose el cuero cabelludo mientras dejo mi marca en ella.

La empujo hacia atrás hasta que su culo golpea la cama y caigo de rodillas. Con su pie en la mano, empiezo a mordisquearle el tobillo, subiendo por el interior de la pierna lentamente, volviéndola loca, hasta que me rodea la cabeza con las piernas y me suplica que la lama.

—Chica codiciosa. —Beso la mancha húmeda en el centro de sus bragas—. Mira, ya estás mojada.

—Carter. —Es una advertencia, una exigencia—. Quítamelas y ponte a trabajar.

Me río contra el vértice de su muslo.

—Me encanta ponerte nerviosa, mandona.

Engancho los pulgares en la cintura del satén azul pálido y empiezo a bajársela por las piernas. No me detengo cuando mi teléfono empieza a sonar en la mesita de noche, porque llevo seis putos días deseando esta dosis y voy a conseguirla.

—Carter. —El gemido de Olivia es una combinación jadeante de deseo e irritación, porque ese teléfono no para, joder, y empieza a tomarlo.

—Déjalo.

—Pero, ¿y si...?

—Déjalo —gruño, arrancándole las bragas.

Su cabeza cae hacia atrás con un grito ahogado cuando la punta de mi lengua se desliza sobre ese capullo tenso y rosado.

—Ohhh, sí.

Y mi teléfono vuelve a sonar.

—Por el amor de Dios. —Me aparto del único lugar en el que quiero estar y tomo el teléfono sin molestarme en comprobar el nombre—. ¿Qué?

—¿Carter? Yo... lo siento.

Me hundo en el suelo, pasándome una mano por el cabello al escuchar la voz rota y temblorosa al otro lado.

—¿Adam? ¿Qué pasa, amigo?

—Es que... acabo de llegar a casa. —Adam moquea y mi corazón se acelera.

—¿Y?

—Y yo... Courtney estaba... ella estaba... —Su voz se quiebra mientras susurra apenas audible—. Lo siento, hombre. No sabía a quién llamar. No sé qué hacer. No creo que pueda conducir, pero no puedo quedarme aquí. Necesito salir de aquí. —Cada palabra sale más rápido que la anterior hasta que suena como si estuviera al borde de un ataque de pánico.

—Está bien, amigo, respira. —Espero hasta oír esa inhalación tambaleante—. Cuéntame qué pasó.

—Encontré a Courtney en la cama con otro.

37

ALERTA DE SPOILER: NO DURÉ NI UN MES

Carter

He visto llorar a Adam dos veces. Una vez, cuando falleció su abuela adoptiva y no pudo llegar a tiempo a casa en Colorado para despedirse, y hace dos años, cuando perdimos en las Finales de Conferencia. Es alguien que se presiona demasiado a sí mismo para ser mejor de lo que es, lo cual es una locura, porque es sin duda el mejor tipo y más compasivo que he conocido.

Y se merece algo mil veces mejor que esto.

Tiene los ojos azules inyectados en sangre y los bordes enrojecidos, los rizos oscuros revueltos cuando se sienta en el asiento delantero y se pasa las manos por ellos.

—Gracias, hombre. —Sus rodillas no paran de rebotar y se restriega las palmas de las manos sobre los muslos en un intento de calmarlas—. Lo siento mucho.

—No te disculpes por esto.

—No has visto a Olivia en toda la semana. Sé lo emocionado que estabas por tener un fin de semana ininterrumpido con ella. Volaste a casa temprano para estar con ella.

—Y ahora estoy aquí contigo. —Le sostengo la mirada mientras vacila—. Estoy aquí siempre que me necesites, pase lo que pase, Adam. Tenemos que cuidarnos el uno al otro.

—Tienes razón. Lo siento. —Se encoge—. Mierda. Entendido. No más disculpas. Lo siento —suspira—. Joder.

Le doy una palmada en el hombro antes de retroceder por el camino de entrada.

356

—¿Quieres una copa?

—Quiero diez.

Así acabamos en un bar de mala muerte alejado del bullicio del centro. Por un golpe de suerte, ningún equipo canadiense juega esta noche, lo que significa que el bar está relativamente tranquilo para ser sábado por la noche. Los pocos ancianos sentados en la barra, con los ojos clavados en los televisores, apenas nos dirigen una mirada mientras nos dirigimos a un reservado en la esquina del fondo.

Adam lleva dos cervezas cuando abre la boca y empieza a hablar.

—Debería haberlo sabido. Lo sabía. Quiero decir, creo que en algún nivel lo sabía. —Se pasa los dedos por el cabello y se sacude los rizos—. Las cosas iban bien fuera de temporada, ¿sabes? Pasábamos todos los días juntos. Teníamos a Bear —dice sobre su cachorro—. Las cosas empezaron a cambiar en cuanto se reanudó la temporada. —Tira el resto de su cerveza hacia atrás y Garrett se la rellena inmediatamente de la jarra—. ¿Es culpa mía? ¿Es demasiado hockey? Quizá no le presté suficiente atención.

—Voy a detenerte justo ahí. —Mi mano se interpone entre nosotros, las palabras salen de mi boca antes de que sepa lo que estoy haciendo. ¿Pero es culpa de Adam? A la mierda. Conozco a este tipo desde que bajó del avión a los diecinueve años, y Courtney vino con él. No ha sido más que cariñoso y atento—. Eres el mejor tipo que conozco. Mejor que estos idiotas —miro con el pulgar a Garrett y Emmett, que asienten—, y definitivamente mejor que yo. Eres agradable, divertidísimo y siempre has tratado a esa chica como a una reina. Lo que haya pasado aquí no es culpa tuya.

Lo que no estoy diciendo es que el hockey definitivamente no es demasiado. Courtney ha estado con él desde que tenían diecisiete años. Conoce esta vida como la palma de su mano, y en todo caso, el hockey ha sido lo que, desafortunadamente, la ha mantenido aferrada. Adam tiene un patrimonio neto que se acerca poco a poco a las nueve cifras, y se lo tiene bien merecido. Fue elegido en la primera ronda del draft, el portero que todo el mundo quería, y nosotros fuimos el equipo afortunado que lo consiguió.

No sé cuándo Courtney dejó de darse cuenta de lo afortunada que era.

—Lo siento —se disculpa por enésima vez esta noche—. Lo que pasó el fin de semana pasado contigo y Ollie, no debería haberlo dejado pasar tan fácilmente. Yo sólo... quería creerle. Quería creer que pasara lo que pasara, ella no estaba en sus cabales.

—Lo entiendo, hombre. Lo entiendo. Querías aferrarte a lo que tenías. —No puedo imaginar que sea fácil decir adiós a siete años, sin importar las circunstancias.

—Al mismo tiempo —añade Emmett—, tienes que reconocer la realidad de lo que está pasando, de lo que ha estado pasando, y respetarte

lo suficiente como para tomar una decisión que te va a beneficiar. Tienes que ser egoísta. ¿Qué quieres? ¿Qué necesitas?

—Oh, le dije que se fuera a la mierda —dice Adam con una risa oscura, aunque cansada, el vinilo rojo desgastado crujiendo mientras se hunde más en la cabina—. Le dije que tenía que haberse ido para cuando llegara a casa esta noche.

—Joder, sí —digo sin querer en voz alta, y luego me encojo—. Lo siento. —No soporto ver cómo tratan así a mi amigo, como si fuera desechable. No se me escapa la ironía de que yo solía tratar así a las chicas antes de conocer a Olivia.

—No dejaré que me pisotee. —Adam hace girar el vaso alrededor de su dedo, observando un punto de la mesa antes de volver a mirar hacia arriba. Hay resolución, resignación. Es un poco triste, pero sobre todo, parece en paz—. Nunca más.

Las cosas van camino de volverse locas cuando termina la primera hora. La mitad de nuestro equipo ya está aquí, y puedo contar once jarras vacías en la mesa gigante a la que nos hemos trasladado.

Me detuve después de mi segunda cerveza y no estoy del todo seguro de por qué, aparte de que alguien tiene que llevar a estos payasos a casa y todo este asunto me ha puesto sobrio. No me refiero al alcohol.

Me refiero a que lo único que quiero es aferrarme a todo lo bueno que tengo con Olivia, a cada pedacito de cielo que encuentro en ella, en nosotros. Porque, ¿y si un día se va? ¿Y si un día es el final, aunque juro que el final nunca llegará? ¿Y si se cansa de viajar, de estar sola demasiado a menudo? ¿Y si decide que hay alguien que puede amarla mejor que yo?

No lo hay, te lo digo ahora mismo. Y supongo que lo único que quiero es llegar a casa y demostrarle todas las razones por las que no necesitará a otro hombre el resto de su vida.

Mi teléfono vibra sobre la mesa y sonrío al ver la foto que me ha enviado Olivia, una respuesta a mi pregunta de qué ha pedido para cenar. Ha intentado meterme la tarjeta de crédito en el pecho tres veces antes de que saliera por la puerta esta noche, y solo me ha dejado metérsela en el bolsillo trasero de los pantalones cuando le he dicho que iba a tener hambre cuando llegara a casa, así que necesitaba que pidiera la cena por mí. Era una mentira a medias. Ha habido un suministro interminable de comida en esta mesa desde que llegamos, como sabía que habría, pero joder, sé que tendré hambre más tarde.

Y el rostro bonito e ingenuo de Olivia me sonríe desde mi teléfono mientras se mete en la boca lo que parece *pad Thai*, así que voy a engullirlo todo cuando llegue a casa.

Si te estás preguntando si me refiero a la comida o a Olivia, la respuesta simple y obvia es ambas cosas. Vamos, ¿no me conoces ya?

La barbilla de Adam se posa en mi hombro, su aliento cálido en mi mejilla, pesado por la cerveza y el whisky que ha estado bebiendo mientras mira la foto.

—Es buena, Beckett. No la dejes escapar. —Luego se da la vuelta, levanta un brazo y grita—: ¡Otra ronda de chupitos!

Todo el bar entra en erupción. Sí, todo el bar. Adam ha estado comprando chupitos para cada persona aquí. Pero no voy a dejar que pagar una cosa en una noche como esta, así que eso significa que estoy comprando otra ronda.

Afortunadamente, una vez que se reparte, Adam sugiere que llevemos la fiesta a su casa. Probablemente es una buena idea; ahora estamos atrayendo mucha atención y el bar se está llenando. Sospecho que el vídeo de Adam de pie en la barra con un vaso de chupito en la mano mientras hacía un brindis que más o menos, *y mucho más respetuosamente*, se traducía como “los amigos antes que las putas” ya se ha hecho viral. Eso puede explicar por qué un grupo de mujeres a medio vestir acaba de entrar en este antro, haciéndonos ojitos.

Pago la cuenta antes de que nadie se plantee aceptar la oferta de una de estas chicas o invitarla a volver a con Adam y lleno mi todoterreno de idiotas borrachos, metiendo al resto en los Uber. Adam y Garrett se quejan sin parar de pizza, así que compro tres tamaños de fiesta en el camino.

Adam irrumpe por la puerta de su casa con un trozo humeante en las manos, cantando “*Highway to Hell*” mientras su adorable cachorro sale corriendo. Adam se las arregla para recogerlo sin soltar la pizza, a pesar de que Bear, un mastín tibetano, tiene que ser por lo menos treinta y seis kilos por ahora a los siete meses de edad.

Se detiene en seco al borde del salón.

—¿Qué carajo haces aquí?

—Vivo aquí —responde Courtney con indiferencia desde el sofá, con los pies sobre la mesita y un bol de palomitas en el regazo. Da un sorbo a su copa de vino sin mirarnos y sube el volumen de la tele.

—Ni una puta vez más.

Adam me empuja la pizza y el perro contra el pecho y entra furioso en la sala, con los puños en las caderas, delante de Courtney. Dejo todo en el suelo, porque Bear está intentando simultáneamente lamerme el rostro y comerse la pizza.

—¿Puedes moverte? Me estás tapando la vista.

La mandíbula de Adam se cierra de golpe. Hay una vena palpitante en su cuello que parece peligrosamente a punto de estallar. Hay una parte de mí a la que no le importaría verlo, aunque sólo fuera porque la reacción de Courtney al verse cubierta de sangre valdría la pena. Pero prefiero que mi amigo no muera, así que me inclino sobre el respaldo del sofá, le quito el mando del regazo y apago la tele.

—Te pidió que te fueras.

Courtney gira, su mirada se vuelve feroz cuando choca con la mía.

—No te metas en esto. No es asunto tuyo, *Carter*.

—Hiciste daño a mi mejor amigo y ahora estás aquí sentada, continuando haciéndole daño, así que, sí, es asunto mío. —Rodeo el sofá, interponiéndome entre ellos mientras Adam se pasa los dedos por el cabello—. Toma una maleta y vete. Haremos que empaquen el resto de tus cosas y te las dejen.

Tal vez me estoy extralimitando; no lo sé. Todo lo que sé es que esta chica tiene que irse antes de que Adam pierda la cabeza. Borracho y enfadado nunca es una buena combinación.

Courtney se levanta de un salto.

—¡Adam, esto es jodidamente ridículo! ¡Dile a Carter que me deje en paz!

—Tienes que irte —susurra—. Ahora, Courtney.

—¡Esto no es para tanto! ¡Esto es estúpido! ¡Nunca estás en casa! ¿Qué se supone que tengo que hacer?

¿Está hablando en serio? No puedo manejar esto. Tampoco nadie más, eso queda claro por la forma en que Garrett aplasta la esquina de una caja de pizza, el agarre de Emmett en la encimera de la cocina se tensa hasta que sus nudillos se vuelven blancos. El resto de nuestros compañeros se filtra en la casa, de algún modo lo bastante coherentes como para callarse y fingir que no son testigos de este choque de trenes.

—Fuera —repite Adam—. Mi casa, no la tuya. —Courtney toma al perro y Adam se ríe, poniéndose delante de ella—. Mi perro, no el tuyo. No le das de comer. No lo sacas a pasear. No haces una mierda. Fuera.

Ella lanza los brazos al aire.

—¿Dónde carajo voy a ir, imbécil?

Se lleva las dos manos a su rostro como si hubiera tenido la revelación más fantástica.

—¡Oh, una idea! ¿Qué te parece con el tipo cuya polla estabas mamando hace tres horas en mi puta cama?

Intento contener la risa, de verdad. Pero mi cuerpo se sacude un poco antes de inclinarme hacia delante, y esa risita se me escapa de algún modo. Al parecer es contagiosa, porque el resto de los chicos siguen mi ejemplo, e incluso Adam esboza una sonrisa.

—¡Eres un imbécil! —chilla Courtney.

—Bueno, eso es gracioso. —Se ríe Adam—. ¿Soy un imbécil porque no voy a alojar a la mujer que me engañó?

—¡Te odio, joder!

—Sí, lo mismo digo. —Sus ojos brillan de dolor—. Esto entre nosotros ha terminado, que es lo que querías, claramente. Y ahora tienes que irte.

—Adam —suplica ella. Las lágrimas parecen reales, lo reconozco—. Por favor. Lo siento.

—Demasiado tarde.

Los dos desaparecen en el garaje, y los chicos comienzan a cavar en la pizza y encontrar la cerveza en la nevera, ahogando los gritos. Adam sale, dirigiéndose directamente al piso de arriba, y baja unos minutos después con una maleta que lleva al garaje. Dos minutos más tarde, los neumáticos de Courtney chirrían al salir a la calle.

—¿Estás bien? —Le doy una palmada en la espalda mientras se apoya en la encimera de la cocina. Garrett le ofrece una cerveza y Emmett le lanza un plato de pizza.

—Lo estaré. Gracias por estar aquí, chicos. —Enrolla una porción de pizza, se la mete entera en la boca y se la bebe con una cerveza entera—. Ahora vamos a alocarnos, joder.

Me planto en el sofá mientras veo a estos matones volverse locos, riéndome de sus payasadas mientras me bebo una botella de agua tras otra.

—No estás bebiendo. —Emmett se deja caer a mi lado—. Sabes, vives lo bastante cerca como para ir andando a casa.

—Lo sé.

—¿No quieres estar borracho cuando llegues a casa con tu chica?

—La verdad es que no. —Si es que sigue despierta para entonces. Son más de las diez y ha estado sola en casa toda la noche. Es muy probable que ya esté en la cama, así que le envío un mensaje para comprobarlo.

—Ollie nunca te haría eso —me asegura Emmett en voz baja, como si supiera que es lo que necesito oír—. Nunca.

—Lo sé. —Y de verdad, lo sé. Ella nunca me engañaría ni me haría daño intencionadamente. Pero eso no significa que siempre será feliz conmigo, que nunca se irá—. Simplemente no quiero perderla nunca.

—Entonces es hora de arrodillarte y rogarle que nunca se vaya. —Me sonríe y me guiña un ojo antes de levantarse del sofá.

Es el momento perfecto. No solo recibo una respuesta de Olivia, sino también una foto de ella en la bañera, con burbujas hasta el cuello, una sonrisa bobalicona y soñolienta en su rostro y una cerveza en la mano.

Yo: Qué hermosa estás, nena. Ahora apunta la cámara un poco más abajo.

Luego tengo una foto de los pies, con los dedos pintados asomando por encima del agua burbujeante.

Yo: A las descaradas se les castiga.

La siguiente foto me hace disparar hacia arriba desde donde estoy sentado, golpeando el teléfono contra el pecho por si alguien me mira por encima del hombro. Porque la turgencia de las tetas de Olivia se asienta sobre el agua espumosa, su cuello esbelto y cremoso a la vista mientras su cabeza se inclina hacia atrás, con los ojos cerrados y la boca abierta en lo que parece un jodido gemido. Y yo estoy sentado aquí en un puto festival de salchichas.

—Puedes irte a casa, hombre. —Adam me pasa los brazos por los hombros desde atrás—. Olivia te está esperando.

—¿Qué? ¿Qué significa eso? ¿Has visto la foto? Oh joder. —Mis pelotas van a desaparecer. Separadas de mi cuerpo. *Desaparecidas.*

El rostro de Adam se frunce.

—¿Foto? No he visto nada. ¿Qué mierda pervertida están haciendo ustedes dos?

—Oh. —Mis hombros se desinflan—. Nada. Y estoy bien aquí. No necesito ir a ninguna parte.

—Amigo, te lo prometo, estoy bien. Me sacaste de casa, me emborrachaste, me diste de comer. —Mueve un brazo hacia atrás, señalando el desorden de chicos, pizza y cerveza—. Estoy bien. De verdad. Ve a estar con tu chica. Sé que la has echado de menos. Has estado lloriqueando toda la maldita semana.

—¿Seguro? —No quiero irme si necesita que me quede, pero a pesar del colosal desastre que ha sido esta tarde para él, parece feliz. Y borracho.

—Cien por cien. —Me levanta y me lleva hacia la puerta principal—. Te mantendremos informado de cualquier estupidez que ocurra aquí esta noche.

—Nada demasiado estúpido. —Joder, ¿cuándo he madurado?

Levanta dos dedos y asiente.

—Plomise.

—¿Has dicho plomise y no promesa? —Me rio al ver su rostro de culpabilidad—. Pórtate bien.

Y me voy. La sonrisa en mi rostro es suave y genuina cuando entro en mi casa. Un cálido resplandor flota por las escaleras junto con el sonido de John Mayer, y subo corriendo a mi dormitorio, quitándome la ropa por el camino.

En la puerta, me detengo ante lo que veo. Mi preciosa chica está sentada en el suelo frente a la chimenea, de espaldas a mí, con la manta de mi cama alrededor de las caderas. Tiene el cabello mojado sobre la espalda y las gotas de agua le brillan en la piel al calor del fuego, con un libro en una mano mientras tararea al ritmo de la música.

De algún modo, consigo hacerle una foto antes de entrar. Y cuando lo hago, me arrodillo detrás del cuerpo que adoro, el alma que enciende la mía, la mujer que posee cada parte de mi corazón.

—Carter —jadea Olivia cuando aprieto mis labios contra su cuello. Su libro cae al suelo cuando su brazo se levanta y me pasa los dedos por el cabello.

—Eres tan jodidamente hermosa que duele.

Con una risita suave, se gira para mirarme.

—Y estás desnudo. ¿Cuándo te desnudaste?

—De camino aquí.

Olivia se adelanta antes de que yo pueda hacerlo y cierra su boca contra la mía. Su lengua se desliza dentro, profunda y bienvenida, y mi mano se desliza a lo largo de su mandíbula, ahuecando su rostro mientras mi corazón se agita salvajemente contra mi esternón.

—¿Puedo enseñarte algo, Ollie? —susurro contra sus labios.

Me acaricia el rostro con dos dedos.

—Por supuesto, Carter. ¿Qué quieres enseñarme?

Apoyando la frente en la suya, dejo caer su cabello mojado sobre su hombro antes de besar sus labios una vez más. Mi siguiente respiración me estremece hasta la médula, pero no tanto como mis siguientes palabras.

—Quiero demostrarte cuánto te amo.

38

UN AMOR MÁS PROFUNDO QUE LAS OREOS

Olivia

A estas alturas, no me sorprende cuando las lágrimas brotan, fluyendo silenciosamente por mis mejillas antes de que tenga la oportunidad de intentar detenerlas. De todos modos, sería inútil. Todos mis intentos siempre han sido débiles ante este hombre arrodillado ante mí.

—¿Me amas? —susurro la pregunta, ahuecando el rostro de Carter—. ¿De verdad?

—Jo-o-der. —Su voz se quiebra con un atisbo de risa mientras se hunde hasta el culo—. Te amo tanto, Ol, que no sé qué carajo hacer conmigo mismo. Llevo dos semanas gritándotelo dentro del cerebro cada vez que te miro.

—¿Dos semanas? Pero...

—Sé que es pronto. Es muy rápido. Pero soy súper rápido. En, como, todo, así que sólo tiene sentido que soy super rápido en esto también. Aprendo rápido, así que es obvio que lo clavaría rápidamente, pero que lo haya hecho tan rápido no significa que lo haya hecho descuidadamente. Hago las cosas excepcionalmente bien, como sabes. —Dirige una mirada penetrante a mi entrepierna, luego a la suya, y mueve las cejas tres veces. Me toma las manos entre las suyas y se relame—. Voy a ser muy bueno amándote, Ollie. Te lo prometo. Nadie lo hará nunca como yo.

Mi cerebro no es capaz de formular una respuesta, porque estoy demasiado concentrada en lo adorable que es siempre cuando se pone a divagar. Solo él podría encontrar la forma de hacer del enamoramiento una competición.

Me quita las lágrimas de un manotazo, con la mirada un poco temblorosa mientras rebota alrededor de la mía.

364

—Tengo que decirte, preciosa, que no sé qué tipo de respuesta esperaba, pero que lloraras no lo era. ¿Son lágrimas buenas o malas?

Golpeo mi rostro contra su hombro desnudo en un intento de ocultar las lágrimas que siguen brotando, porque, ¿cuánto más podría avergonzarme aquí?

La mano de Carter se mueve lentamente sobre mi espalda en círculos tiernos antes de forzar mi mirada hacia la suya.

—Oye, ¿qué pasa, calabaza? No quieres que te lo diga otra vez, bien; te lo diré todas las noches después de que te duermas. Es lo que hice el fin de semana pasado. —Sus hombros se levantan con un encogimiento de hombros—. Creo que podría volver a hacerlo si es lo que realmente quieres.

—No. —Sigo llorando. Genial. Más bien un gemido, si te soy sincera.

Los ojos esmeralda de Carter rebotan entre los míos.

—¿No?

Dejo caer mi mirada, porque simplemente no puedo. Es tan intenso, tan hermoso, y mi corazón va a explotar.

Me levanta la cabeza.

—Mírame. Si es demasiado pronto, si no estás preparada...

—Te amo, Carter. —Le rodeo el cuello con los brazos y pongo mi cuerpo en su regazo, lo tiro al suelo, sus doscientos veinticinco kilos, y lo asalto con una avalancha de besos que no veo que vaya a terminar nunca.

Me pone el rostro sobre el suyo, me echa el cabello hacia atrás y deja que mis lágrimas caigan sobre sus mejillas.

—Así que estas lágrimas...

—Lágrimas de felicidad. —Resoplo, lamiéndome la sal de los labios.

El orgulloso rayo de Carter ilumina toda la maldita habitación.

—Ohhh-ho-ho. Mi suave osita Ollie. ¿Siempre has sido un malvavisco tan esponjoso?

—Cállate. Tú eres el malvavisco.

Se ríe suavemente, mirándome con una sonrisa tierna y torcida.

—Dilo otra vez, cariño.

—Te amo.

—Otra vez.

—Te amo.

Gruñe, me agarra por las caderas, me clava los dedos en la piel mientras se levanta del suelo y me muerde el labio.

—Una vez más.

Dejo caer mis labios sobre los suyos, un beso lento recorre su boca.

—Te amo mucho, Carter.

Me agarra el culo, sentándonos, y desearía que esta manta no estuviera entre nosotros.

—Si tuviera que elegir entre tú y las galletas Oreo el resto de mi vida, te elegiría a ti todos los días, siempre.

—Qué afirmación tan severa.

Su nariz rastrea mi mandíbula.

—Sabes lo mucho que me gustan las Oreo.

—Esta noche he encontrado seis cajas en tu despensa. —Me estremezco cuando su aliento me recorre el cuello, y cuando sus labios se cierran sobre el hueco de mi clavícula, mi cabeza cae hacia atrás, permitiéndole el acceso que ambos deseamos.

—Voy a hacerte el amor toda la noche, Ollie. Toda. La. Maldita. Noche.

Intento responder, pero su lengua se arremolina alrededor de mi pezón, así que lo único que sale es un gemido.

—¿Qué fue eso? No te he oído.

—S... s —El sonido se desvanece y se apaga cuando su mano se desliza bajo la manta, sus dedos se deslizan por mi calor empapado, cubren mi clitoris y lo hacen palpar.

—Mmm, todavía no te he tomado. Inténtalo de nuevo, princesa.

—P-por favor —me las arreglo, los dedos rastrillando su cabello, agarrando esas suaves ondas por el puñado—. Por favor, Carter.

—¿Por favor qué? —El brillo de sus ojos me dice que sabe exactamente *qué*, que sólo está siendo engreído. Creo que lo que más le gusta es oír esa palabra tan especial, así que se la vuelvo a decir.

—Hazme el amor, Carter.

Su sonrisa es explosiva mientras me aplasta entre sus brazos.

—De acuerdo. Viene una ronda de hacer el amor superior.

No puedo evitar reírme mientras me pone en pie y veo cómo la manta se desliza por mi cuerpo y se acumula a nuestros pies. Su garganta se balancea mientras me mira, como si estuviera absorbiéndome, memorizando cada línea, cada curva, cada detalle.

Carter me echa el cabello hacia atrás y me presiona la nuca con los dedos mientras acerca su rostro al mío.

—Te amo, Olivia. Gracias por corresponderme.

¿Cómo podría no hacerlo? Es un sueño que nunca me atreví a tener. Con defectos que lo hacen maravillosamente perfecto. Amable y bobalicon con un corazón enorme, ferozmente leal, salvajemente apasionado. Había tenido tanto miedo de amar a este hombre, un hombre que guarda tanto amor en su corazón, porque tenía demasiado miedo de ver a través de su pasado, de conocer al verdadero Carter.

Me alegro de que me obligara a verlo de todos modos, porque no lo habría hecho de otro modo. Cada parte de mí sabe que este momento, aquí y ahora, es donde debo estar.

Carter me agarra de la cintura, de las caderas, mientras sus labios siguen el camino de sus manos hasta que se arrodilla ante mí, mirándome.

—He cometido tantos errores en mi vida. Tantos. ¿Pero tú, Ollie? Eres lo primero que he hecho bien.

Quiero decirle lo equivocado que está, cómo ha sido el hombre que tanta gente ha necesitado que fuera. Quiero que se vea a sí mismo tan claramente como yo lo veo ahora, pero antes de que tenga la oportunidad de hablar, su boca se cierra sobre mi centro, sus ojos clavados en los míos.

Cada latigazo de su lengua es firme y seguro, preciso y sin prisas, y aun así siento que me desenredo por segundos, calentándome desde la punta de los dedos de los pies hasta la parte superior de la cabeza. Mi boca se abre con un gemido ahogado y su agarre de mis caderas se intensifica. Antes de darme cuenta, mi espalda choca contra la pared cuando Carter me echa las piernas por encima de sus hombros.

Y se convierte en un animal, la penetración de su lengua es pecaminosa y castigadora, la succión hambrienta de su boca arranca cada gemido, cada grito mientras su nombre sale de mis labios una y otra vez. Mis dedos arañan sus hombros cuando sus dedos penetran mi entrada, y la boca de Carter se inclina con una sonrisa perversa al verme deshacerme en sus manos.

Me echa por encima de su hombro y devora la distancia que me separa de la cama, arrojándose sobre mi vientre, y cuando empiezo a arrastrarme hasta las almohadas, lo escucho, los dedos cerrándose en torno a mis tobillos, tirando de mí hasta el borde. Con el culo al aire, los dedos de mis pies tocan el suelo antes de que su palma descienda sobre la suave carne, haciéndome jadear.

—Me encanta cada parte de ti. —Su ronco susurro me pone la piel de gallina mientras se aprieta contra mí—. Incluido este puto culo, y todavía tengo hambre, así que aún no te vas a ninguna parte.

Lloro por la pérdida de su erección presionándose mientras se desliza por mi cuerpo, dejándose caer de nuevo al suelo. Y cuando su lengua vuelve a penetrarme, mi llanto se convierte en un sollozo. Lame y lame, bucea y

pulsa, los dedos bailan, masajean, empujan, y *yo muero, muero, muero, muero*.

—Mi chica —ronronea, arrastrando la lengua por mi raja a un ritmo dolorosamente lento, por ese agujerito, y yo arranco las mantas de la cama, muriéndome otra vez por la forma en que su risita ronca y oscura vibra contra mí.

Carter es un salvaje, me devora de una forma que me vuelve salvaje.

—Fóllame. —Entierro la jadeante petición en el puñado de mantas que ahogan mis gritos.

—¿Qué fue eso, preciosa? —Su pulgar encuentra mi clítoris, presionando, frotando, *lento, lento, lento*, arrastrando ese orgasmo mientras me roba todo el cuerpo, dejándome temblando.

Gimiendo, vuelvo a murmurar las palabras.

Me aprieta el cabello con los dedos y me tira de la cabeza, mirándome fijamente a los ojos.

—Voy a necesitar que me lo pidas otra vez y mucho más alto, para saber si te he oído bien.

—Dios mío, a veces eres tan molesto.

Se ríe contra mi hombro, los dientes presionando mi piel. El latigazo caliente de su lengua calma el mordisco de dolor.

—*Molestarte es lo que más me gusta hacer, después de amarte*. Así que pídemelo otra vez y pídemelo bien.

Entrecierro los ojos y me planteo por un momento tirarlo al suelo y montarlo como a un caballo. Pero sé lo mucho que le gusta el control y me gusta dárselo, así que me muerdo la lengua antes de darle lo que quiere.

—Fóllame, Carter. Por favor.

—Que te folle... —Me mete la mano entre el cuerpo y el colchón, excitándome de nuevo, mordiéndose el labio al ver cómo gimo su nombre y me aprieto contra su palma—. ¿Follarte cómo?

—Fóllame como si me amarás —digo jadeando.

Me penetra sin vacilar, con una sola embestida castigadora que me hace poner los ojos en blanco, aporreándome con todo lo que tiene mientras me dice cuánto me ama.

Y cuando me deshago a su alrededor y mi cuerpo se desploma sobre la cama, me da la vuelta y me tumba sobre las almohadas.

—No he terminado —gruñe, rodeándome las piernas con los brazos y empujándome hacia él mientras mi culo choca contra sus caderas—. Si quieres que te folle como si te amara, eso es para siempre.

—Me gustan los preliminares.

Sonríe suavemente y me abraza mientras se desliza dentro de mí, moviendo las caderas lentamente, cada embestida más profunda que la anterior, hasta que parece que somos uno.

Unos labios suaves rozan los míos, y cuando mi boca se abre en un grito, él se traga su propio nombre.

—Un beso, Olivia. Un beso y estaba acabado. Mi mundo desapareció en cuanto mis labios tocaron los tuyos.

Una lágrima se escapa de mi ojo derecho y los labios de Carter tocan mi mejilla, deteniéndola en seco.

Su pelvis roza mi clítoris con cada movimiento de sus caderas. Aprieto los ojos ante las llamas que me lamen la columna mientras su ritmo se acelera, su aliento entrecortado contra mi piel mientras me besa el cuello, el hombro.

—¿Lista?

Asiento, apretándome a su alrededor mientras un placer desenfrenado me recorre como un cohete, quemando cada terminación nerviosa de mi cuerpo. La boca de Carter se aferra a la mía, su lengua penetra en el interior mientras nos acercamos, los cuerpos temblando, mis uñas dejando un camino de destrucción a su paso.

—Joder —jadea Carter mientras se aparta de mí y me atrae hacia su pecho—. Te amo más que a las galletas Oreo.



Carter se apoya en la encimera frente a mí en bóxers, con los ojos clavados en mí mientras se mete en la boca fideos y rollitos de primavera. Yo hago lo mismo, aunque espero parecer un poco más elegante que él. Pero no me importa.

Mis piernas se balancean alegremente desde mi sitio en la isla de la cocina y sonrío a Carter mientras inclino la cabeza hacia atrás y abro la boca, dejando caer un bocado de fideos en su interior.

—Si todo lo que te pusieras el resto de tu vida fueran mis camisetas sucias, por mí estaría bien.

—Me gusta llevar tus camisetas sucias. Huelen a ti. —Es mi olor favorito, a madera ahumada y lima, y lo único que quiero es que su aroma me abrace todo el día.

Dejo el plato en la encimera y me lamo la salsa del *pad Thai*.

—¿Puedo preguntarte algo?

Mueve la cabeza mientras mastica.

—Mhmm. Cualquier cosa.

Me agarro al borde de la encimera y me muerdo el labio mientras pienso en cómo formular mi pregunta.

—¿Cómo es que nunca has salido con nadie? —Pone expresión de sorpresa, seguida de disgusto, lo que me hace soltar una risita—. La verdadera razón. Tienes un talento innato. Eres increíblemente bueno en todas las facetas de una relación para alguien que nunca lo ha hecho, y creo que te gusta, así que supongo que quiero saber por qué lo has evitado durante tanto tiempo.

Me dedica una sonrisa pícaro.

—Ya sabes lo que me provoca que me digas lo perfecto que soy en todo.

Atravieso el espacio que nos separa con la pierna, clavándole los dedos de los pies en la losa de mármol que es su torso.

—Cállate.

Carter se ríe por lo bajo y deja el plato en el fregadero, acariciándose la mandíbula con una mano mientras piensa.

—En la escuela, estaba demasiado centrado en entrenar y ser fichado como para tener tiempo para una relación. Podría haberlo hecho, pero no era lo que me importaba en aquel momento. Sabía lo buenas que eran mis posibilidades y no quería que nadie se interpusiera en mi camino. No quería la responsabilidad de tener a alguien que necesitara mi tiempo o mi atención.

Asiento, pensativa. No se llega a donde está Carter sin estar concentrado y dedicado, apasionado por lo que haces y hacia dónde vas.

—Cuando me llamaron al draft, mi padre me advirtió que no me lanzara a nada. Me dijo que sería difícil ver a través de todo el mundo, separar a la gente que realmente se preocupaba por mí de los que sólo se preocupaban por la fama y el dinero. No me dijo que no saliera con nadie, sólo que tuviera cuidado. Que me tomara mi tiempo para conocer a la gente, para estar seguro.

Carter se rasca la cabeza y ríe en voz baja.

—Eso me asustaba más que nada, no ser capaz de decirlo. Me asustó tanto que ni siquiera quise intentarlo. Quiero decir, lo vi enseguida. El equipo me sacó antes de nuestro primer partido, y esta chica... —Se interrumpe con una mirada tímida en mi dirección antes de lanzar un manotazo al aire—. No tiene importancia. Desde el principio supe que muchas mujeres me veían sólo como eso: un ticket de comida.

Frunzo el ceño. Aunque puede que haya cosechado los beneficios, suena sobre todo a una vida solitaria.

—No estés triste por mí. —Acorta la distancia que nos separa y me levanta contra él. Aprieto la mejilla contra su corazón mientras me sube las escaleras y me acomoda en la cama que volvimos a hacer después de que yo la destrozara.

Carter me quita la camiseta y tira los bóxers al suelo antes de meterse en la cama, y yo me acurruco a su lado. Me pasa la mano por el cabello y me besa la frente.

—Después de la muerte de mi padre, no quise saber nada de relaciones. Cuando murió, mi madre... estaba destrozada. Aún lo está, sinceramente. No pudo funcionar durante casi dos años. Empecé a pensar que nunca se recuperaría, y no creo que lo haga del todo. Sé que parece estar bien, y es la mujer más fuerte que he conocido. Ha recorrido un largo camino. Pero aún quedan esos momentos tranquilos, esos días en los que no habla, en los que todo lo que hace es pensar, recordar. Estaban tan enamorados, y sé que nunca perderán eso, pero ahora todo lo que ella tiene son los recuerdos de cómo se sentía.

Esos ojos verdes brillan con lágrimas no derramadas mientras me mira, y mi nariz hormiguea con mis propias ganas de llorar. Por una vez, me gustaría ser la fuerte por los dos, así que le beso el pecho y le recorro el brazo con los dedos. Carter cierra los ojos con una profunda inspiración antes de continuar.

—Supongo que nunca quise ser capaz de tener ese efecto en una persona, o viceversa. Da miedo pensar que perder a alguien puede destrozarte el alma de esa manera, que pasarás el resto de tus días viviendo tu vida, esperando el momento en que puedan volver a estar juntos.

Bueno, ahí va esa fuerza a la que me aferraba. Se me escapa de los ojos, cayendo sobre su pecho, y Carter se ríe en voz baja.

—Sé qué crees que tus lágrimas son una debilidad, Ollie, pero me muestran lo enorme que es tu corazón.

Todo lo que quiero hacer es darle las gracias. Agradecerle por dejarme conocerlo, al verdadero él. Agradecerle por elegirme para ser la persona con la que intenta esto. Gracias por quererme, por abrirse a mí, por ser todo lo que necesito y más.

Pero “lo siento” es lo que sale de mis labios.

—Siento haber tenido miedo durante tanto tiempo.

Carter me sonrío y me roza el labio inferior con el pulgar.

—No lo sientas. He aprendido que el miedo no es malo. Te muestra lo que es importante para ti y lo mucho que estás dispuesta a trabajar por ello.

Y he tenido miedo de muchas cosas en mi vida, Ollie, pero nunca tanto como ante la idea de perderte algún día.

Se pone de lado y se desliza por el colchón hasta que su rostro queda frente al mío.

—¿Sabes lo que pienso? Creo que tenemos miedo de las cosas que tienen el poder de cambiar nuestras vidas. Mi vida cambió a mejor el día que te vi. Para mejor, Ollie. Soy mejor cuando estoy contigo.

Sé que tiene razón. Él saca un lado diferente de mí, me hace sentir cosas que nunca antes sentí, enfrentar las cosas que me asustan. Puedo pasar el tiempo añorando el poco tiempo que perdí por tener miedo de quererlo, de dejar que me quisiera. O puedo estar agradecida por donde estamos ahora, por el amor que compartimos y la relación que hemos construido en tan poco tiempo, el amor que se hace mucho más fuerte, más profundo, cada día.

Los labios de Carter se encuentran con los míos en un tierno beso que me enciende el estómago.

—Quédate conmigo para siempre. Por favor. Seré todo lo que necesites.

Miro a los ojos del hombre que amo y mi corazón se hincha de orgullo al ver cómo se ha convertido, cómo ha apoyado a las personas que ama y cómo ha superado sus propias heridas.

—Quiero que seas tú, Carter. Y ya eres todo lo que podría necesitar y más.

Carter apaga la luz y enrolla su cuerpo alrededor del mío. Su boca acaricia mi cuello, suave, lentamente, su palma sobre mi vientre mientras me hace una promesa.

—Te voy a amar como te mereces cada día del resto de tu vida y de la mía. Te lo prometo.

39

¿ES UN MARIACHI?

Olivia

Esta mañana me levanto un poco triste, pero bastante más gruñona de lo que he estado últimamente. No es porque vaya a pasar el día de San Valentín sola, sino porque es el cumpleaños de Carter y no puedo estar con él. Lleva fuera una semana y aún nos quedan cinco días más.

Doce días. Es su periodo fuera más largo y he odiado cada segundo.

Significa que he estado despierta hasta medianoche casi todas las noches y levantándome media hora antes todas las mañanas, porque FaceTime está bastante limitado los días laborables y las noches de juegos. Significa que por fin entiendo por qué Cara se siente tan sola. Llevamos demasiados días comiendo y bebiendo juntos nuestras penas.

Pero hoy Carter cumple veintiocho años y lo único que puedo hacer es desearle feliz cumpleaños desde detrás de una pantalla.

Miro el teléfono mientras me cepillo los dientes. Anoche estaba agotada, lo que significa que le rogué a Carter que chatearan justo después del partido para poder acostarme pronto. Aceptó a regañadientes y ahora tengo un mensaje de Emmett de anoche que dice *tu novio es un puto bobo*. La foto adjunta es de Carter en el bar, con una sonrisa de oreja a oreja, una cerveza en una mano y dos pepinillos fritos en la otra, llevando una de esas camisetas que dice MI CORAZÓN ESTÁ EN NY, lo que tiene sentido, ya que jugaron en Nueva York anoche.

Excepto que en vez de MI CORAZÓN ESTÁ EN NY, pone MI NOVIA ES MI CORAZÓN.

Mi hermano me ha enviado un artículo que contiene varias fotos similares desde distintos puntos de vista. ¿La única palabra que ha adjuntado a su mensaje? *Perdedor*.

Mi teléfono empieza a sonar mientras le sonrío como una loca, así que me enjuago la boca y vuelvo al dormitorio mientras contesto a la llamada.

373

—Buenos días, cumpleaños.

Carter está desnudo. De cintura para arriba, al menos. Eso es todo lo que puedo ver, su pecho ancho, el mechón de cabello oscuro que se rasca con los dedos mientras bosteza y me dedica una sonrisa somnolienta.

—Feliz día de San Valentín, preciosa.

—¿Qué tal tu noche?

Hace un mohín.

—Aburrida, porque te acostaste pronto.

—No ha parecido aburrida —le contesto, rebuscando en mi armario. Hoy es el día rosa y rojo en la escuela. No me gusta mucho el rosa, así que mis opciones son limitadas. Me decido por un vestido rojo con camiseta, apoyo el teléfono en la cómoda y me coloco delante de él mientras empiezo a quitarme el pijama. Carter me obliga a vestirme delante de él todas las mañanas. Es molesto, pero también extrañamente entrañable. Me divierten sus expresiones faciales y la forma en que tropieza con sus palabras.

—Tú... —Se pasa la lengua por el labio inferior antes de aclararse la garganta—. Tú no... sí. Oh. Qué bonito brasier. Te amo.

Sonriendo, me paso las bragas por las caderas.

—Yo también te amo.

—¡Oye, Ollie! —Escucho a alguien gritar, y luego a Carter chillar—. ¡No! —Su rostro desaparece, junto con todo lo demás, hasta que todo lo que veo es negro, y me apresuro a ponerme el vestido y un par de medias.

—¡Cúbrete, Ollie! —grita Carter—. ¡Ahí viene! ¡Ahí viene!

El teléfono se eleva hasta el rostro divertido de Garrett.

—Maldita sea. Ni siquiera un hombro desnudo.

Hay un *oomph* cuando Garrett es abordado, y un momento después, Carter emerge con su aspecto victorioso.

—Lo siento. Se suponía que estaba durmiendo.

—¿No puede un chico tener un poco de acción de San Valentín por aquí? —Garrett levanta las manos detrás de Carter.

—Sí, su nombre era Reba, y desapareciste con ella durante unos cuarenta y cinco minutos anoche.

Garrett mira a Carter como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Reba? Su nombre no era Reba. Su nombre era... era... Rrr... —Se rasca la cabeza con una sonrisa culpable y pantanosa—. ¿Rachel?

—Son lo peor. —Me rio, moviéndome hacia la cocina. Tengo cuidado de mantener mi teléfono lejos del paquete de galletas Oreo en mi mostrador

y la receta que yace a su lado. He encontrado en Pinterest la receta más deliciosamente tentadora de un pastel de Oreo para celebrar el cumpleaños de Carter cuando llegue a casa. Eso es todo lo que tengo planeado, además de una cena casera. ¿Qué demonios le regalas al hombre que tiene todo lo que puede desear o necesitar, especialmente cuando tus propios fondos son muy escasos?

Me ha dicho que no gaste ni un céntimo en él, pero me corroe. Hasta ahora, he enmarcado una foto nuestra, le he regalado una camiseta con uno de sus apodosos autoproclamados y he comprado entradas para un pase VIP de la nueva película de acción real de Disney, porque es de lo único que habla Carter.

Cara no ha sido de ninguna ayuda. Me dijo que me hiciera una foto desnuda, la ampliara a tamaño real y la colgara encima de su cama. Se me olvidó decirle que él ya tiene un álbum entero lleno de fotos mías desnuda, y aunque estoy segura de que a él le gustaría, a mí no.

—Jason va a recogerte hoy para ir a trabajar —dice Carter, sonriendo mientras me mira meterme palomitas en la boca.

—¿Qué? —No necesito que su chófer me recoja y, desde luego, no necesito llegar a la escuela en limusina—. ¿Por qué?

—Porque no deberías conducir hasta el trabajo el día de San Valentín. Levanto una ceja.

—La gente lleva años haciéndolo, Carter.

—Sí, bueno, tu auto apesta en la nieve, sé que anoche nevó una puta tonelada allí, y hoy no puedo estar contigo, así que sígueme la corriente.

—Mandón —murmuro, encendiendo la tetera. Parece uno de esos días en los que necesito cafeína, pero lo único que tengo son varios tipos de té descafeinado. Quizá vaya a Starbucks a la hora de comer. Me froto las sienes y frunzo el ceño al notar el dolor. La falta de sueño -y de Carter- es agotadora y dolorosa.

—¿Necesitas un café esta mañana, calabaza? —Carter cuelga el teléfono y desaparece, y lo único que escucho es el sonido del agua y el tintineo. Este hombre se orina por el teléfono con demasiada frecuencia. Gime profundamente antes de que escuche la cisterna del váter y el sonido del grifo.

—Creo que sí. Estoy muy cansada esta semana.

—Te mantengo despierta hasta muy tarde. Lo siento.

—No pasa nada. —Lo extraño demasiado como para preocuparme—. ¿Grandes planes para tu cumpleaños esta noche? —No juegan esta noche, sólo vuelan a Chicago para su próximo partido mañana. Supongo que eso significa...

—Oh, grandes planes, bien —dice con su mejor voz de dormitorio, toda grave y áspera—. *Grandes planes*. Voy a follarme con la mano mientras tú...

—*Jesucristo*, joder —gruñe alguien—. ¡Hay otras tres personas en esta habitación ahora mismo, Carter!

Poco a poco me voy acostumbrando a que Carter diga lo que le da la gana, y cada vez lo llevo mejor, la verdad. Pero entonces se adelanta y dice cosas como esta y lo único que puedo hacer es bajar la cabeza y tapar mi rostro con las manos.

—Carter.

—Lo siento. —La forma en que lo dice me hace saber que no lo siente en absoluto—. Voy a pasar la noche en la habitación del hotel al teléfono contigo. Es todo lo que quiero hacer. Desnuda o vestida —añade, pero el fuego de sus ojos me dice que estaré absolutamente desnuda. Miles de kilómetros nos separan y él sigue teniendo algún tipo de extraño control sobre mí.

—Y los demás estaremos por ahí emborrachándonos —dice Adam.

Carter me mantiene al teléfono hasta que escucho que llaman a la puerta para avisarme de que Jason ha venido a recogerme. Sólo me deja marchar cuando le prometo que lo llamaré en cuanto llegue del trabajo para que pasemos toda la noche juntos. Es un mandón, pero no hay ni un ápice de mí que rechace la idea de salir con él por videollamada si es la única forma de estar juntos el día de su cumpleaños.

Con el bolso colgado del hombro, le abro la puerta a Jason. El ramo de flores que lleva en la mano le cubre un buen tercio del cuerpo, y sea lo que sea lo que lleva en la taza y la bolsa de papel marrón, huele mucho a canela y a cielo.

—Carter me mandó un mensaje diciendo que necesitabas café esta mañana. Es un café con leche y un bollo de canela para acompañarlo. Pensó que te gustaría, pero me sugirió que te dijera que bebieras la mitad ahora y la otra mitad más tarde para que no te doliera mucho el estómago.

Mi teléfono suena en ese momento y lo saco para encontrar un mensaje del hombre en persona.

El hombre más sexy del mundo: Feliz San Valentín, princesa. Te amo y te echo de menos.



Si conoces a Carter, y creo que sí, sabes que no se detiene ahí.

Oh no, ¿por qué lo haría?

El segundo regalo llega después de mi primera clase. Es un oso de peluche con la camiseta de Carter. *Algo para abrazar cuando no esté allí para envolverte en mis brazos*, dice la tarjeta que lo acompaña.

El tercer regalo llega a mitad de mi segunda clase. Es un ramo de fresas cubiertas de chocolate, y el mensaje metido en el pequeño sobre me dice que se imagina lamiendo los jugos de las fresas de mi cuerpo. Me meto rápidamente la nota en el bolsillo y comparto las fresas con mis chicas.

El cuarto regalo llega justo antes de que me dirija a la sala de profesores para comer. Es Jason otra vez, y trae una bolsa de comida para mí y una caja llena de leggings y pantalones de yoga de Lululemon. *Te quedan demasiado bien para tener sólo un par*, dice esta nota. Rezo por todos los santos que sea el último, pero al más puro estilo Carter, se guarda el regalo más vergonzoso para el final.

—Señora. —Brad se inclina mientras abre las puertas del gimnasio.

—Bradley. —Lo miro con desconfianza mientras me hace un gesto para que entre en el gimnasio—. Gracias.

Que me sostenga la puerta es la primera pista de que algo no va bien. La segunda pista es que las luces están apagadas.

Con el corazón acelerado, me apresuro a encenderlas y me detengo al ver lo que tengo delante.

—No —susurro, sacudiendo la cabeza—. No. No lo hizo.

—Lo hizo. —La mirada de Brad brilla mientras se mueve a mi lado—. ¡Vamos, chicos!

El gimnasio estalla en música, el sonido de guitarras, violines y trompetas rebota en las paredes, y me quedo boquiabierta.

Es un mariachi. Un puto mariachi. Carter contrató a un puto mariachi para que me diera una serenata en la escuela. No. Esto no puede ser real.

Pero *oh*, es real. *Muy real*.

Y ahí está mi director, agitando una maraca y moviendo sus caderas junto con ellos, y yo estoy aquí de pie como una idiota con una mano en mi boca, la otra en mi mejilla.

Uno de los chicos me quita la mano de la boca y empieza a darme vueltas, pero estoy tiesa como una tabla y acabo tropezando con mis propios pies.

Cuando termina la música, lo único que se escucha por encima de los aplausos son los cacareos. Un cacareo penetrante, agudo y malvado.

Cara sale de mi despacho con el teléfono en la mano. Se desploma, golpeándose las rodillas mientras aúlla de risa.

—Dios mío. Eso no tiene precio. —Está llorando. Puede que yo también—. Deberías... tu rostro... ¡Oh Dios mío! ¡Este video es oro, Livvie, oro puro! ¡Carter se va a morir!

Oh, va a morir, de acuerdo. El cumpleaños va a tener algunos golpes en su cumpleaños.



Cuando llego a la entrada de mi casa, estoy completamente agotada. Lo único que quiero es quitarme el brasier y enterrar la cabeza entre los cojines del sofá mientras finjo estar despierta para Carter. Me pregunto si se opondría a que me diera un baño de burbujas mientras hablamos. Probablemente no.

Hoy se las ha arreglado para evitar todos y cada uno de mis mensajes de texto. Al principio, sospeché que estaba asustado después de la banda de mariachis. Luego me di cuenta de que probablemente se está divirtiendo. Le gusta sacarme de quicio. Algo sobre sexo caliente cuando estoy enojada con él. Excepto que no podemos beneficiarnos del sexo caliente y enojado esta noche.

Además, en realidad no estoy enojada. No debería haber esperado menos de un hombre tan llamativo como él. Probablemente habría hecho exactamente lo mismo si hubiera estado hoy en la ciudad, excepto que habría estado allí mismo bailando junto con la banda y mi director.

La decisión está tomada cuando atravieso la puerta y empiezo a quitarme las botas. Baño de burbujas. Vino. Oreos. Tendré que comprar un nuevo paquete para el pastel de cumpleaños de Carter.

No me sorprenden los globos rojos y rosas en forma de corazón que ocupan la entrada. De hecho, suelto una carcajada al acercarme a ellos y al pequeño paquete al que están atados. Consiguió que Cara filmara la debacle del grupo de mariachis, claro que consiguió que terminara el día con un regalo más en casa.

Paso el dedo por el borde del sobre rosa y saco la tarjeta. Hay un dibujo de un pulpo sonriente en la parte delantera, y dice *Ojalá fuera un pulpo para tener ocho manos con las que tocarte el culo.*

Es entonces cuando empiezo a reírme de verdad. Este hombre me hace tan incuestionablemente feliz con sus tonterías, su extraña habilidad para ser siempre él mismo, y justo cuando pienso que no podría quererlo más, me demuestra lo contrario.

¿El interior de la tarjeta? Mucho mejor que el exterior.

Chica Ollie,

He cometido muchos errores, he vivido mi vida un poco descuidadamente, de maneras que la gente no aprobaba. Pero no cambiaría nada. Porque te estaba esperando. Esperando un amor que entrara en mi vida y volara todo mi mundo por los aires. Quiero celebrar cada San Valentín y cumpleaños contigo.

Con amor, Carter

Me gustaría decir que las lágrimas son inesperadas, pero en este punto de nuestra relación, he llegado a esperarlas. He aprendido que cada vez que este hombre abre la boca, hay muchas posibilidades de que lo que diga me haga reír o llorar de la mejor manera. No sé de dónde ha salido, pero sé que no quiero dejarlo marchar nunca.

El pequeño paquete revela la pulsera más hermosa. Engarzado en una delicada cadena dorada hay un pequeño corazón, las letras C y O colgando junto a el, y sé que lo último que haré esta noche será quedarme dormida mientras hablo por videollamada con Carter. No, se merece mucho más que una Ollie dormilona en su cumpleaños.

Me pongo la pulsera en la muñeca y el corazón me da un vuelco cuando miro al suelo, a los pétalos de rosa que conducen por el pasillo hasta mi dormitorio.

Me digo a mí misma que Carter está hoy en Chicago, que ha hecho que Cara deje un regalo más en mi habitación o que está jugando conmigo porque le gusta hacerme sentir mal.

Pero mientras sigo el rastro como si esperara que mi casa detonara con un paso en falso, escucho la música suave, veo el parpadeo más suave de la luz de las velas contra las sombras de la puerta abierta.

—Carter —exhalo antes incluso de verlo.

Y cuando lo hago... vaya, cuando lo hago...

—Píntame como a una de tus chicas francesas —susurra con voz grave y ronca desde donde está tumbado en mi cama, totalmente desnudo, salvo por la caja de bombones que tiene encima de la entrepierna.

No consigo contener la sonrisa que se me dibuja en el rostro al verlo. Sin embargo, resisto el impulso de correr y saltar sobre él, y en su lugar planto las manos en las caderas y arqueo una ceja.

—¿Hay realmente chocolate en esa caja, o el regalo es tu polla? ¿Has hecho un agujero en la caja para poder meter la polla, Carter?

Se le borra la sonrisa.

—No. Joder. ¿Por qué no se me ocurrió a mí? —Baja la mirada hacia la caja y se queda pensativo un momento—. ¡Y que te jodan! Esta caja es demasiado pequeña para albergar mi polla y lo sabes.

No puedo contenerme más y, con una sonrisa que me duele en las mejillas, me abalanzo sobre él, salto a la cama y me meto en sus brazos mientras aplasto mi boca contra la suya.

—Feliz cumpleaños. Feliz San Valentín. ¿Qué demonios haces aquí? Deberías estar en Chicago. Te amo.

—Quería pasar el día de hoy contigo —dice entre besos—. El patinaje matutino no es hasta mañana a las once.

—Entonces...

—Salgo a las cuatro y media.

—¿A las cuatro y media? —Lo empuja en el pecho, obligándolo a ponerse boca arriba mientras empiezo a quitarme el vestido—. Así que deberíamos irnos a dormir pronto esta noche.

—Dormiré en el avión —gruñe, bajándome las medias por las caderas.

Le quito la caja de bombones de la entrepierna y me detengo en el regalo que hay debajo. Porque eso es lo que es: un regalo. No, literalmente. Carter se ha atado una cinta roja alrededor de la polla. Levanto una ceja divertida mientras trazo la seda, viendo saltar ese grueso músculo.

Su sonrisa es torcida y diabólica.

—Puedes desenvolverlo, pero sólo después de ponerte el conjunto.

—¿Conjunto?

Inclina la barbilla hacia mi armario, donde cuelga de la puerta una hermosa pieza de encaje y seda carmesí.

—Oh, Carter. —Me bajo de la cama y toco el encaje, las gruesas cintas de seda que parecen mantenerlo unido a duras penas—. Es impresionante. Me encanta.

—Pensé que te gustaría. Por eso compré dos.

—¿Dos?

—Uh-huh. —Esos ojos musgosos se asaltan mientras su voz baja—. Porque voy a destrozar ese cuando te lo arranque.

No tiene sentido tratar de sofocar el fuego que se enciende en mi interior ante sus palabras. Voy a dejar que destruya esto y a mí como siempre hace, y luego disfrutaré cada segundo de cómo me recompone.

Voy al armario a cambiarme, aunque solo sea para molestarlo.

—Sabes, cuando dijiste conjunto, me horrorizó un poco que pudiera ser esa camiseta de *Mi novia es mi corazón* la que llevabas anoche.

La risa gutural de Carter perfora el aire mientras anudo la cinta en pequeños lazos en cada una de mis caderas.

—No, ese es para más tarde.

Mis dedos se detienen.

—¿Más tarde?

—Sí, te he comprado uno a juego para el novio. Nos las pondremos para cenar más tarde. Están en tu secadora ahora mismo.

—¡Carter!

—Olivia. Saca tu dulce culo de ahí antes de que vaya a por ti.

—Debes saber que eso no es una amenaza.

Ante el gruñido que sale de su pecho, muevo el culo, enterrando mis preocupaciones en la lencería que nunca me he puesto para nadie antes, y esperando no parecer tan ansiosa como me siento.

Carter está sentado en el borde de la cama cuando abro la puerta, y su mandíbula se desencaja cuando esa mirada ardiente se posa en mí.

—Dulce. Joder. *Cristo*. —Gira el dedo índice en el aire e inhala con dificultad—. Necesito que hagas un tres sesenta para mí, despacio.

Tararea agradecido mientras giro, mordiéndose los nudillos, y luego me hace señas con una mano.

—Ven... ven aquí. Ahora. Ahora mismo.

Mis pasos son lentos y decididos, un poco nerviosa, porque él es todo lo que podría pedirle que fuera, y yo quiero ser lo mismo para él.

Me toma las manos cuando me acerco lo suficiente y me empuja entre sus muslos musculosos. Sus dedos bailan sobre el encaje, palpando la cinta. Tira de un extremo y ve cómo el centro se abre, dejando caer mis pechos, antes de volver a atarlo rápidamente y apoyar la frente en mi vientre, gimiendo.

Repito, Carter Beckett gime.

Su mirada me abrasa la piel.

—Ahora necesito que te recuestes y seas una buena chica.

—¿Una buena chica? —Agito absolutamente mis pestañas. Para un efecto dramático.

—Uh-huh. —Me acerca—. ¿Sabes cómo hacerlo?

Con una sonrisa pícara, le paso la punta de los dedos por los muslos.

—No estoy segura. ¿Qué implica ser una buena chica?

—Hacer todo lo que te digo.

—¿Todo?

La sonrisa de Carter es una mezcla de decisiones peligrosas y traviesas con una pizca de pura lujuria y tierno amor que ha quedado relegado a un segundo plano durante la última semana.

—*Todo*. Y puedes empezar por sentar ese puto coño perfecto justo encima de mi cara.



—Tengo tanta suerte de estar contigo esta noche —dice Carter suavemente durante la cena. Su mano está en mi tobillo, que está apoyado en su regazo, cortesía suya—. ¿Puedo decirte algo? No quiero que te enfades ni nada de eso.

—¿De qué se trata?

Remueve la pasta en el plato y se aclara la garganta.

—Nunca he estado con nadie antes por San Valentín. Ni por mi cumpleaños.

—¿En serio? —Quizá no debería sorprenderme, pero lo hace.

Carter sacude la cabeza y me mira bajo el cálido resplandor de las velas. Sus ojos se posan en mi camiseta, sí, no bromeaba sobre la camiseta de *MI NOVIA ES MI CORAZÓN*; estoy aquí y la llevo puesta, y sonrío.

—Sé que San Valentín significa mucho para algunas personas. Mucha gente no quiere estar sola. Quieren esperanza para más. Pero yo... nunca quise que significara nada. No entonces, al menos. Y mi cumpleaños... Era mi día, mi momento. Si estábamos fuera por un partido, algunos de los chicos y yo salíamos a cenar y tomar algo. Y si estaba en casa, cenaba con mamá, Jennie y Hank.

—¿Estarán disgustados por haberse perdido la cena de esta noche desde que volviste a casa?

Carter sacude la cabeza, haciéndome cosquillas en el tobillo en su regazo.

—Mi madre dice que está feliz de que haya encontrado a alguien que me hace querer volar hasta casa sólo para estar con ella en este día.

Le sonrío mientras el corazón se me oprime en el pecho, y él me dedica la misma sonrisa mientras se inclina sobre la mesa, me toma la barbilla entre los dedos y me besa los labios.

Vuelve a sentarse en su sitio.

—Estoy deseando ver la nueva película de Disney contigo.

Mi tenedor golpea contra la mesa.

—¿Qué?

Mueve la cabeza y evita mi mirada.

—Sí, y te debo una caja nueva de galletas Oreo para mi pastel de cumpleaños. Hoy me he comido una sin querer mientras esperaba a que llegaras del trabajo. Aunque esa receta tiene una pinta fantástica. Ah, ¿y sabes cómo lavé estas camisas? También lavé la que encontré en una bolsa de regalo, la que decía *Señor Increíble*.

—¡Carter!

Levanta la cabeza, clavándome una sonrisa tímida y un encogimiento de hombros que es cualquier cosa menos inocente.

—No puedes enfadarte conmigo. Soy el cumpleañosero.

40

SOBREVIVIRÉ

Carter

Olivia llega tarde, pero eso no es nada nuevo. No me importa, excepto que me aterra un poco que sus sobrinos aparezcan en esta fiesta de pijamas y ella siga sin estar aquí. Creo que puedo manejar a Alannah por mi cuenta por un tiempo, ¿pero Jem? Él... requiere un adulto responsable. Yo voy a ser ese adulto.

Pongo los toques finales en el fuerte de la película y compruebo mi teléfono de nuevo. No hay respuesta de Olivia, y van a dejar a los niños en una hora.

¿He mencionado que nunca he hecho de niñero?

Entro en pánico.

Marco el número de Olivia, con la mano en la cadera, dando golpecitos con el pie mientras escucho cada timbre que me lleva a su buzón de voz. No me importa lo linda que suena mientras me dice que siente no haber recibido mi llamada; me sigue entrando el pánico.

Debería haber llegado hace una hora. Se trajo la ropa al trabajo para venir aquí. No está aquí y no ha contestado a ninguna llamada ni mensaje. Tal vez sea mi vena controladora, o tal vez sea el hecho de que la última vez que no pude contactar con alguien, yacía muerto a un lado de la carretera, pero ya he superado el punto de pánico.

Por eso llamo dos veces más seguidas.

Olivia contesta al último timbrado, sin aliento.

—¿Hola?

El dolor que se extiende por mi pecho disminuye, pero aun así ladro:

—¿Dónde estás? ¿Por qué no contestabas?

—Lo... lo siento, Carter.

Cierro los ojos ante la sorpresa de su tono y la oleada de dolor por mis palabras. Respiro hondo y vuelvo a intentarlo.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —Suspira, gruñe y emite muchos otros sonidos. Creo oír... ¿patadas? ¿Golpes?—. ¡Estúpido... puto... de... nieve... puto invierno canadiense... pedazo de mierda... de auto!

Me trago la risa. Es el segundo día de marzo. Para la mayoría, y normalmente también para nosotros, significa la llegada de la primavera. Este invierno infernal significa que ayer tuvimos una tormenta de nieve. Olivia conduce un viejo Toyota Corolla que compró con neumáticos de nieve el primer invierno que estuvo aquí. Este es su octavo invierno.

—¿Dónde estás, Ol? —A veces es más fácil andarse con rodeos con ella que preguntarle directamente lo que realmente quieres saber, que, ahora mismo, es si se ha quedado atascada en la nieve.

—Al final de la carretera de la escuela —refunfuña Olivia.

—Uh-huh. ¿Y eso por qué? La escuela terminó a las dos y media. Son las cuatro.

—Estoy atascada —murmura.

—¿Estás qué?

—Atascada.

—Dilo otra vez, princesa. No puedo oírte con el rugido de la chimenea. —Si le aprieto las tuercas, podemos tener una ronda rápida de sexo salvaje y tórrido con Olivia contra la pared antes de que lleguen los niños.

Olivia sigue insultándome y sonrío mientras me subo a la camioneta y empiezo a salir del garaje.

—¿Vienes a buscarme? —me pregunta en voz baja mientras mi teléfono se conecta a los altavoces.

—Uh-huh. Lo que podría haber hecho hace una hora si me hubieras llamado cuando te quedaste atascada.

—No lo hice... no fuiste tú... ¡ugh!

—Estaré allí en quince minutos —le digo con una risita.

—Gracias. Me encontrarás al lado de la carretera, a medio camino de la cuneta.

Y ahí es exactamente donde la encuentro. Sólo hay medio metro, quizá, pero es esa nieve pesada y húmeda, de las que no quieren moverse, lo que significa que la forma en que intenta apartarla de sus neumáticos es inútil. Veo cómo mueve la boca mientras habla consigo misma, veo cómo su

cuerpo se hunde cuando me ve. Se despereza sobre el capó del auto y la quiero más de lo que jamás hubiera imaginado.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Quién podría haber predicho que el viejo rojo no lo lograría con toda esta nieve?

—¡Tengo neumáticos de nieve!

—Siento decírtelo, cariño, pero cuando tus neumáticos de nieve tienen ocho años y ya no tienen marca, no van a hacer su trabajo.

Resopla, pero no tiene réplica, sino que prefiere cruzar los brazos sobre el pecho y fruncir el ceño. La cofia le resbala por la frente, y no podría parecer más molesta por tener que apartársela de los ojos para seguir mirándome con el ceño fruncido, mi chica feroz.

—No puedes conducir este pedazo de mier... —Me detengo, captando la lenta elevación de sus oscuras cejas. Su expresión es expectante, esperando a que termine la palabra que he empezado—. Brillante metal rojo. —Se le levanta la comisura de los labios y sonrío—. No está hecho para los inviernos canadienses.

Olivia levanta los brazos. Las gruesas manoplas con orejas de cachorro hacen que el gesto sea más bonito que aterrador.

—¡Pues discúlpame por no tener siete autos para elegir!

—Cinco —murmuro.

—¿Qué?

—Sólo tengo cinco coches.

Pone los ojos en blanco.

—Siguen siendo cuatro más que la media humana. Pero, espera, se me olvidaba: ¡Carter Beckett es cualquier cosa menos normal!

Vuelve a levantar los brazos y aprieto el labio inferior con los dientes para evitar que mi sonrisa se convierta en una sonrisa de idiota.

—A las maleducadas las ponen en tiempo muerto.

A Olivia se le escapa una carcajada. Arrastrando los pies lentamente por la nieve, me rodea con los brazos y me sonríe apoyando la barbilla en el pecho.

—Lo siento. Tus cinco autos son preciosos y me encanta que seas todo menos corriente.

—Mmm. —La balanceo de lado a lado, con las manos en el culo—. ¿Dirías que soy un superhombre? ¿Tu propio superhombre, quizás?

Me agarra del cuello del abrigo y me empuja hacia ella, rozando mis labios.

—Sigue hablando, grandulón. A ver adónde te lleva.

—Sé exactamente adónde me llevará: entre tus deliciosos muslos. — Beso su boca y luego su nariz—. Lo siento, Ollie. Siento haberme enfadado antes por teléfono.

—Está bien, Carter.

—No pasa nada. Me preocupaba que te hubiera pasado algo y dejé que me afectara. —Mi pulgar roza la arruga de su frente, con la esperanza de suavizarla. Cuando eso no funciona, beso el lugar y lo intento con humor—. Supongo que no soy tan perfecta como siempre dices.

Toma mi rostro entre sus manos.

—Eres perfectamente imperfecta, y voy a quererte a pesar de todos tus defectos, porque tú me quieres a mí a pesar de los míos.

—Te amo, joder. —Le doy una palmada en el culo y la empujo suavemente hacia el auto—. De acuerdo. Sígueme. Voy a estacionar esta cosa en mi garaje hasta que se vaya la nieve.

—Pero no puedo... nunca he conducido una camioneta.

—Es muy suave. Te lo prometo.

Olivia mira la tarea desalentadora que tiene antes de subir.

—No creo que pueda... Carter, no creo que pueda llegar. Tengo piernas pequeñas.

—Pierrecitas *poderosas*. —Me muevo detrás de ella, cruzando los brazos mientras señalo el asiento con la cabeza—. Vamos. Déjame verte trabajar por ello.

Entrecierra los ojos, se vuelve hacia el asiento e intenta subirse. Es divertido. Muy divertido. Empiezo a buscar mi teléfono en el bolsillo, porque conozco a algunas personas a las que esto les haría gracia.

—Ni se te ocurra —gruñe sin mirarme. Malditos profesores con sus ojos en todas partes.

Con un gruñido, Olivia se lanza sobre el asiento, con los pies colgando del suelo y el culo al aire mientras se agarra a la consola central y empieza a arrastrarse hacia arriba. Riéndome, la libero de su sufrimiento y la empujo el resto del camino. Agarro la pala de la caja de la camioneta y me dirijo a su auto para quitarle las ruedas. Se ha atascado bastante bien, y me lleva unos minutos balancear el auto de un lado a otro antes de que quiera avanzar.

Le doy dos pulgares arriba a Olivia cuando estoy listo y subo a su auto. Es demasiado pequeño para mí y mis rodillas chocan contra el volante.

Tardo un minuto en darme cuenta de que Olivia es una de esas personas a las que les da miedo conducir en la nieve. O quizá le da miedo conducir una camioneta que vale más que su sueldo anual. Probablemente

ambas cosas. En cualquier caso, conduzco cinco kilómetros por debajo del límite de velocidad todo el camino de vuelta a mi casa sólo para aplacarla.

Me sigue hasta el garaje y baja del asiento delantero con un brinco y una sonrisa.

—Gracias, Carter. No ha estado tan mal.

—Neumáticos nuevos para la nieve el próximo invierno. —Cambio sus llaves por las de la camioneta en su anillo—. O un auto completamente nuevo. —¿Regalo de cumpleaños? Tal vez. Aunque parece algo por lo que probablemente me mataría.

—¿Qué estás haciendo?

—Añadiendo las llaves de la camioneta a tu llavero. —Arqueo una ceja y sonrío antes de colgar todos los juegos de llaves y abrir la puerta de casa. Olivia no se mueve.

—Ya lo veo. Pero, ¿por qué?

—Para que puedas moverte con seguridad por la nieve. —Vuelvo a hacer un gesto hacia la puerta.

—Carter, no puedo conducir tu camioneta todos los días.

—Claro que puedes. Tengo cinco autos, ¿recuerdas? No necesito este ahora. —Le doy un golpecito en la nariz—. Pero lo necesitas.

—Pero-pero...

—Me encanta tu culo.

Vuelven los brazos a su pecho.

—Carter.

—Olivia. Estamos discutiendo por algo sin sentido. Tu auto te está dando problemas y me preocuparía menos por ti si supiera que tus ruedas no giran mientras estoy a miles de kilómetros. Por favor, sólo úsalo. Al menos hasta que se vaya la nieve. —Tomándola de la mano, la llevo de vuelta a la camioneta —. ¡Y mira! —Pulso un botón en el interior de la puerta y aparece un escalón lateral.

Olivia se queda boquiabierta.

—¿Había un escalón todo este tiempo? ¿Y me has hecho subir?

Me encojo de hombros.

—Fue divertido verlo. Además, pude tocarte el culo.

Su pequeño puño golpea mi hombro.

—Eres un imbécil.

—Un imbécil perfectamente imperfecto y sobrehumano.

Arruga la nariz mientras intenta, y no lo consigue, no sonreír.

—Te amo.

Le rodeo la cintura con el brazo y le beso la mejilla.

—Yo también te amo, calabaza.

Olivia sube a cambiarse y yo empiezo a preparar los brownies de oreo que le prometí a Alannah. Mi madre inventó esta receta para mi duodécimo cumpleaños. Estos chicos malos llevan masa de galleta, y sin querer me como unas cucharadas mientras la aplasto en el fondo del molde. *Ups.*

—¡Carter!

Sonrío para mis adentros. Estoy seguro al cien por cien de lo que Olivia está gritando ahí arriba, así que sé que un poco de adulación me vendrá muy bien.

—¿Sí, cariño?

—¡Sube aquí!

Subo las escaleras, tratando de contenerme, y cuando entro en el dormitorio, Olivia está esperando, con los puños en las caderas y dando golpecitos con los pies.

Señala el gran lienzo que cuelga sobre la chimenea.

—¿Qué es eso?

Hago como que examino el cuadro, me meto el labio inferior en la boca, mi mirada sigue las líneas de los hombros desnudos de Olivia, las gotas de agua que se adhieren a su espalda al resplandor del fuego frente al que está sentada, aunque hice imprimir el cuadro en blanco y negro.

—Arte.

—¿Arte?

—Sí. Arte.

Sus manos vuelan alrededor de su cabeza. Es tan expresiva cuando habla.

—¡No es arte! Es una foto mía leyendo. ¡Desnuda!

—Correcto. —Le toco la nariz al menos por tercera vez en la última media hora, porque es tan linda—. Arte. Y además, sólo se te ve la espalda.

Mi mirada recorre su cuerpo, calentándose por el camino. Sólo lleva una camiseta y bragas, probablemente dejó de vestirse cuando vio la foto y montó en cólera. Así que hago lo que haría cualquier hombre: la empujo contra la pared.

—Me gusta tenerte en mi pared. —Mi mano rodea su garganta mientras mi nariz la persigue—. Y creo que a ti te gusta estar ahí. Imprimiría

cada maldita foto tuya y cubriría cada centímetro de esta casa con tu cuerpo si fuera aceptable, pero no lo es, y podrías arrancarme las pelotas, y me gustan justo donde están.

—¿Entre las piernas? —Jadea mientras meto los dedos en sus bragas, deslizándome por sus pliegues, calientes, tan húmedos.

—Sí, pero preferiblemente golpeando contra tu culo.

—Carter. —Otro jadeo, este con un toque de incredulidad. La incredulidad ante mis palabras se desvanecerá con el tiempo.

—Siempre estás mojada para mí cuando finges estar enfadada.

—No... estoy... fingiendo —se atraganta, con las uñas mordiéndome los hombros mientras hundo dos dedos en su interior.

—¿Es eso cierto?

Su mirada es confusa, los labios hinchados se entreabren mientras ella jadea y choca contra mi palma. Su lengua rosada se humedece el labio inferior antes de asentir, así que sonrío y saco los dedos de su calor empapado.

Sus ojos marrones se abren de par en par y se queda boquiabierta.

—Carter. No. ¿Qué estás...?

Suena el timbre y me meto los dedos en la boca, lamiendo su sabor antes de llevarle una mano al culo.

—Vamos. Los chicos están aquí.

Una vez me he lavado y Olivia está completamente vestida, y más molesta que nunca, abro de golpe la puerta principal.

—¡Carter! —Alannah tira su bolso al suelo y se lanza a mi alrededor.

Apenas veo a Jem, Jeremy ya lo está abrazando. Parece que le gusta mucho hacer esto, probablemente porque está esperando a que yo falle.

—¿Quieres dejar de empujar a nuestro hijo como si no pudieras esperar a deshacerte de él? —La palma de la mano de Kristin golpea la nuca de Jeremy.

Él hace una mueca de dolor y se frota el lugar.

—Lo siento. Quería ver a su tío Carter. —Sonríe al decir el nombre, pero la broma es para él; secretamente me gusta.

Olivia toma a Jem, besando cada centímetro de su rostro regordete y haciéndome sonreír.

—Carter. —Alannah me tira del codo y sostiene una bolsa, guiñándome un ojo—. Tengo las cosas.

Miro dentro y veo la caja de galletas Oreo, la mezcla para tortitas y el sirope de arce.

—Muy bien, amiga. Pero no tenías que traerlo todo. Yo me encargo.

—Pfft. —Me hace un gesto para que me vaya—. No es para tanto, amigo.

—Así que... —Jeremy entra en la casa, mirando a su alrededor—. ¿Podemos hacer un tour?

—¡Quiero ver mi habitación! —grita Alannah, dando saltitos.

Subo los brazos por las escaleras.

—Por aquí, señorita.

Alannah elige el primer dormitorio en el que entra y se deja caer en la cama.

—¡Vaya! Esto es enorme.

Jeremy coloca el corralito de Jem mientras Alannah examina cada centímetro de la habitación.

—¡Tengo mi propio cuarto de baño! —grita desde dentro de la ducha antes de salir saltando delante de mí—. ¡Veamos el resto de la casa!

Asoma la cabeza por todos los dormitorios, determinando que el suyo es el mejor aunque todos son prácticamente iguales, y cuando llega a la puerta de mi habitación, Olivia se lanza delante de ella.

—Quizá esta no. —Su risita pasa de ansiosa.

Los ojos de Jeremy se entrecierran antes de rozarla y abrir la puerta.

—Whoa. —Sus manos se empolvan sobre la chimenea de piedra antes de meter la cabeza en el cuarto de baño, boquiabierto. Cruzando la habitación, abre de golpe las puertas del balcón—. Una maldita chimenea en el maldito balcón.

—¡Dos dólares para el jarro de las palabrotas, papá! —Alannah enrosca los dedos en la palma de la mano—. ¡Paga, amigo!

Le aparta la mano de un manotazo y vuelve a entrar, con la mirada recorriendo la habitación con asombro. Se detienen en la foto de Olivia y la veo apartar la mirada, con todo el cuerpo temblando de expectación y el rostro encendido.

—Ollie —murmura Kristin—. ¿Eres tú? Es impresionante.

—¿Qué? Oh. Eso. Um... no. —Esta chica es la peor mentirosa del mundo.

Las cejas de Jeremy se juntan mientras examina la foto antes de que sus ojos se cierran y le den arcadas.

—Qué asco.

Olivia le da un puñetazo en el brazo, lo manda callar y sale corriendo de la habitación.

Sonríó a Jeremy y me meto las manos en los bolsillos.

—Encantadora, ¿verdad?



—¿Qué película sigue? ¿Puedo quedarme despierta después de mi hora de acostarme?

¿Próxima película? Ya hemos visto dos. Esta chica es una puta bola de fuego.

Inclino la cabeza sobre mi hombro, haciendo pucheros a Olivia.

—Estoy muy cansado.

Le pasa los dedos por el cabello de Jem, que babea sobre su camiseta.

—Te lo advertí.

—¿Estás cansado? —pregunta Alannah. Tiene chocolate untado en la comisura de los labios, pero no le importa. *Guardarlo para más tarde* es lo que dijo cuando Olivia se lo señaló—. ¿Quieres tomarte un descanso para bailar? ¿Recuperar energías? Vamos, grandulón, se supone que estás en forma y sano.

—Pensé que lo estaba —murmuro, dejando que Alannah me saque del fuerte. Hasta los niños. Dios, los niños son agotadores. Bonitos, divertidos, *agotadores*.

Despejo un espacio para una fiesta de baile improvisada, pongo *Just Dance* y pienso en el hecho de que puede que esté demasiado cansado para acostarme con mi novia esta noche. La idea me hace fruncir el ceño y los labios de Olivia tocan la comisura de mis labios.

—Saldrá antes de que pasen veinte minutos de la siguiente película. Te lo prometo.

Le doy vueltas a Alannah por el salón mientras veo cómo Olivia retuerce y moja a un Jem risueño y balbuceante, antes de decirnos que va a llevárselo arriba y acostarlo para pasar la noche.

Cuando Alannah se desploma en el suelo, le lanzo el mando a distancia.

—Elige la siguiente película. Voy a ver cómo están la tía Ollie y Jem.

—De acuerdo. Voy a comerme otro trozo de pizza.

En el piso de arriba, me apoyo en el marco de la puerta y escucho a Olivia cantarle suavemente a Jem, observando cómo balancea sus caderas a la tenue luz de la luna mientras lo abraza y mira las estrellas por la ventana. Con un suave suspiro, le besa la frente y lo tumba en el corralito.

—Te amo, Jemmy —susurra.

La agarro por la cintura cuando se acerca lo suficiente y su aliento se entrecorta en su garganta, con las uñas mordiéndome los bíceps.

—Carter —respira en la oscuridad—. No te he visto.

—Pero yo te vi. Y te amo tanto, joder.

La abrazo durante un minuto, disfrutando de la paz que me da tenerla en mis brazos, mi trozo de cielo. Abajo, encontramos a Alannah tumbada en medio del fuerte, masticando su trozo de pizza.

—Elegí *Intensamente*. La chica juega al hockey. Nunca hay películas de chicas que jueguen al hockey.

Apoya la cabeza en mi hombro con un suspiro de felicidad cuando me tumbo a su lado y entrelaza los dedos con los de Olivia.

Y Olivia tiene razón, como suele tenerla. Alannah se queda inconsciente a los quince minutos de empezar la película. Le damos otros quince, para asegurarnos, antes de tomarla en brazos y llevarla arriba. Se agita cuando la acuesto y la arropo.

—¿Carter? —Sus ojos sombríos aletean lentamente.

—¿Qué pasa, amiga?

—Ha sido la mejor fiesta de pijamas de mi vida. —Me abraza fuerte—. Te quiero, amigo.

Se me aprieta el pecho.

—Yo también te quiero, amiguita.

Saluda a Olivia desde el otro lado de la habitación.

—Buenas noches, tía Ollie. Te quiero.

—Yo también te quiero, fiera.

Mis hombros se hunden de alivio cuando la puerta se cierra tras de mí.

—Lo he conseguido. He sobrevivido a mi primera fiesta de pijamas.

Olivia sonríe.

—Oh, dulce e ingenuo tonto. No se acaba hasta que se van. —Sus dientes presionan su labio inferior—. No estás demasiado cansado para follarte a tu novia, ¿verdad?

—Bueno, yo... —Mis palabras mueren en un gorgoteo cuando su palma se cierra sobre mi polla, y él se pone en posición firme. Me echo a Olivia al hombro y salgo corriendo por el pasillo.

—La espada del trueno nunca está demasiado cansada.

41

UN DILF MUY FUERTE

Olivia

Estoy sola cuando me despierto, que no es como estoy acostumbrada a hacerlo cuando duermo en casa de Carter, ni como lo prefiero. Mi favorito es con su cabeza entre mis piernas, o sus dedos, y ambos lo son a menudo, pero los mendigos no pueden elegir.

Elegiría cualquiera de los dos antes que esto, pero hay una taza de té tibio esperándome en la mesita junto a la cama, así que no puedo quejarme.

No me sorprende encontrar la cama de Alannah vacía, y revuelta, pero sí que me sorprende no encontrar a Jem. A Carter le gusta el pequeño y disfruta de sus mimos, pero mentiría si dijera que no parece siempre ligeramente aterrorizado de que Jem pueda hacer alguna cosa de bebé mientras Carter lo tiene en brazos, como hacer caca o llorar.

La cocina es un desastre, hay masa para tortitas por todas partes, señal inequívoca de que Alannah se encargaba del desayuno, y no hay nadie a la vista, lo que me asusta un poco.

Me detengo en lo alto de las escaleras del sótano, con la puerta corredera de estilo granero entreabierta y la música que se cuela por ella.

—¿Carter?

—¡Aquí abajo, Ol!

Tiene un montón de cosas aquí abajo, como un amplio cine en casa, ya sé, la ironía de que prefiramos construir un fuerte, una sala de juegos con una mesa de hockey de aire, una mesa de billar, uno de esos juegos de tiro al baloncesto y un impresionante gimnasio casero. Pasamos una hora allí casi todas las mañanas cuando estoy aquí con el pretexto de hacer ejercicio. Carter haciendo ejercicio; yo me limito a mirar mientras troto sin rumbo en la cinta o hago un trabajo mediocre levantando pesas. Intentas concentrarte cuando ese hombre está sin camiseta, sudoroso y gruñendo. Y es imposible.

395

Pero al menos Carter lleva camisa esta mañana.

También tiene a un balbuceante Jem atado a su pecho, royendo ese patín de hockey de silicona que tanto le gusta. La vista hace que mis partes femeninas bailen un poco, y me muevo un poco incómoda donde estoy.

—Hola, cariño. —Sonríe Carter como si supiera exactamente lo que estoy pensando.

Él y Alannah están sentados uno al lado del otro en un banco, haciendo flexiones de bíceps. Las pesas de Alannah son pequeñas y rosas, y con cada flexión, gruñe un *huuu*.

—Hola, tía Ollie. —Apenas mira en mi dirección—. Oh, sí, bebé. Siente el ardor.

Le doy un beso en el cabello a Jem antes de que Carter acerque sus labios a los míos.

—Aw, maldición. Parece que me he perdido el entrenamiento.

La mirada de Carter cuando se levanta y deja las pesas en el suelo me dice que está detrás de mí. Me atrapa mirando más de lo que me atrapa trabajando.

—Pensamos en dejarte dormir hasta tarde.

—No tenías que levantarlos tú solo. Podrías haberme despertado.

Se encoge de hombros y despeina a Jem.

—No es para tanto. Lanny me ayudó con todo.

—¡Hasta le cambió el pañal a Jemmy! —Alannah pone expresión de asco y se pellizca la nariz—. Era taaaan apestoso. —Se lleva el pulgar al pecho con orgullo—. Ayudé a Carter a preparar el desayuno de Jem.

—Y yo le di de comer. —Carter parece igual de orgulloso, con su enorme mano cubriendo toda la barriga de Jem mientras lo hace rebotar sobre su pecho.

Los tres juntos son tan adorables que me duele, y trato de reprimir el impulso de mis ovarios de empezar a reproducirme.

Ahora no, fabricantes de bebés.

—Deja de mirarme así.

Parpadeo y muevo la cabeza.

—¿Así cómo?

Carter levanta la cadera y guiña un ojo.

—Tengo buen aspecto, ¿verdad?

Levanto los hombros.

—Meh.

—¿Meh? —Se acerca, echa un vistazo rápido por encima del hombro, Alannah está ocupada con una ronda increíblemente enérgica de saltos de tijera, antes de que sus labios toquen mi mejilla, mi mandíbula, mi cuello—. Creo que estoy bueno. Sería un buen *DILF*⁶, ¿no te parece, Ollie?

Los latidos de mi corazón se acomodan entre mis muslos, y antes de que pueda fingir que la idea no se me ha pasado por la cabeza, Alannah se interpone entre nosotros.

—¿Qué es un *DILF*?

—Es un padre con que te gustaría fo... —Carter cierra la boca de golpe, con los ojos desorbitados mientras mira hacia mí en busca de salvación. No voy a salvarlo. Él se metió en esto; veamos cómo sale. Sonríe fácilmente a Alannah y le da unas palmaditas en la cabeza—. Pescar. Un padre con el que te gustaría pescar.

Ella frunce la nariz.

—¿No sería *DILFW*? Porque empieza por W. Así que tienes que añadir la W, Carter. —Ladea la cabeza, le da una mirada evaluadora y una palmada condescendiente en el brazo, antes de marcharse. Me estoy mordiendo el labio en un intento de no reírme en la dulce expresión de sorpresa de Carter.

—Tú... —Carter me apunta a la cara con un dedo amenazador—: Cállate.

Cierro el labio y finjo tirar la llave.

—Sí, señor.

Se vuelve tras Alannah.

—¡Eh, pantalones atrevidos!

Ella se retuerce, sonriéndole, toda diablilla.

—¿Lista para ir a patinar?

Su sonoro grito al salir corriendo de la habitación y subir las escaleras es respuesta suficiente, y media hora más tarde, los cuatro estamos pisando el hielo del Estadio Rogers, algo que nunca, nunca pensé que diría. Pero ser el capitán de los Vipers de Vancouver te permite ciertos lujos, como convencerlos de que te dejen usar el hielo antes de que lo arreglen para el partido de esta tarde.

Con Jem atado a mi pecho, todo acurrucado y calentito, Carter me ayuda a cruzar el umbral y yo doy una vuelta lenta, maravillada por el

⁶ Abreviatura de *Dad I Like to Fuck*, que en español significa Padre con el que me gustaría acostarme. Se refiere a padres de familia que no solo son dedicados y cariñosos con sus hijos, si no que también son sexis.

espectáculo que Carter ve en cada partido en casa, menos los quince mil aficionados.

—No quiero ponerme el casco.

—Tienes que ponerte el casco.

—Pero no llevas el casco.

Giro en la dirección de las discusiones, los puños de Alannah en las caderas mientras discute con Carter. Él le tiende el casco y ella se obstina en no mirarlo. Pequeña mierda.

—Soy un adulto. —Es el único argumento de Carter. Es el que uso más a menudo—. Mi cerebro está completamente desarrollado. El tuyo no. —Se golpea la cabeza cubierta de dedos—. Hay que proteger esas células cerebrales en crecimiento, Lanny.

—Pero...

—Sin peros. O te pones el casco o no patinas, señorita. —Levanta los hombros encogiéndose de hombros—. A mí me parece una elección fácil.

Oh, vaya. ¿Hace calor aquí o soy yo?

Alannah echa la cabeza hacia atrás con un gemido antes de dar un paso adelante y dejar que Carter encaje su casco en su lugar.

Le sacude la jaula.

—Ya está. No ha estado tan mal, ¿verdad?

Veo su sonrisa desde aquí mientras le aparta la mano.

—Eres igual que mi padre.

—¿Guapo?

—*Molesto.* —Con una risita, salta al hielo, le roba el disco de entre los pies y se va como un murciélago.

Carter no está muy lejos de ella, y antes de que se dé cuenta, tiene el disco en la punta de su palo mientras gira a su alrededor.

—¡Oh, hombre! Eres demasiado rápido.

Al cabo de un rato, me siento en el banquillo, saco a Jem del arnés y lo hago rebotar en mi regazo. Balbucea y agita las manos mientras vemos a Carter y Alannah corretear por el hielo. Saco unas cuantas fotos y sonrío cuando Carter empieza a darle consejos a Alannah sobre cómo cruzar el disco y cómo mover la muñeca para conseguir el tiro perfecto.

—Ves, cuando estás chocando con alguien contra las tablas, tienes que ir por abajo y terminar por arriba —lo escucho decir, empujándola suavemente en el costado con el hombro.

—¡Carter! No vamos a darle consejos sobre cómo terminar en el área.

Carter le susurra algo al oído que la hace soltar una risita antes de mirar hacia mí, mostrándome una sonrisa inocente.

—Sí, Ollie. —Le pasa el disco a Alannah, le dice que dé una vuelta y se acerca a mí. Me toca la nariz con sus apestosos guantes—. ¿Quieres que lleve a Jemmy a dar una vuelta?

—Claro. —Se lo doy mientras Carter se deshace de los guantes y el palo, y besa la mejilla de Jem antes de acurrucarlo cerca—. Ten cuidado.

—Cuidado es mi segundo nombre, Ol.

—Cuidado no es tu segundo nombre. Cuidado ni siquiera está en tu vocabulario.

Me ignora, naturalmente, y veo con asombro cómo da vueltas sobre el hielo con mi sobrino en brazos, chillando de risa y haciendo reír a Carter. Son un espectáculo digno de verse, y no creo que pudiera estar más enamorada.

Carter patina a mi lado con una irritante sonrisa de satisfacción y un guiño aún más petulante.

—Parece que quieres tener mis bebés.

Me burlo y le hago un gesto para que se vaya. Gritar que sí me parece muy inapropiado, después de todo.

—¿Eso es una burla de un *jodido sí*?

—*Es una burla de que tu bebé destruiría absolutamente mi vagina.*

—Hm. —Se da la vuelta, con la punta de la lengua tocándose el labio superior—. A mí me suena como *un jodido sí*.

Joder. *Sí*.

Excepto horas más tarde, después de que su juego de la tarde ha terminado y Alannah salta de los hombros de Cara, corriendo hacia Carter en el momento en que sale de la sala de cambio, su rostro pintado con su número ahora corrido, se hace evidente el consenso general de que ya tengo hijos, y Carter está entrando en el papel de padrastro.

Carter toma a Alannah en brazos, me mira con aprensión y luego vuelve a mirar a los periodistas. Me encojo de hombros. A Jeremy le encantaría que Alannah saliera en la tele.

—¿Y quién es esta, Carter? —pregunta uno de los periodistas.

—Esta es mi amiga Alannah.

—Yo también juego al hockey, ¿sabes? —les dice ella—. No es sólo un deporte de chicos. Y soy muy buena. Soy rápida. Súper rápida. Mi madre dice que soy como un rayo.

Todas las miradas se deslizan hacia mí antes de que alguien pregunte:

—¿Es cierto? ¿Y en qué equipo juegas?

Alannah sonríe orgullosa, echando los hombros hacia atrás.

—Juego en el Avalanche. Somos el equipo azul. Y soy central, como Carter.

—¡Muy bien! ¿Y te diviertes saliendo con Carter?

Mueve la cabeza.

—Anoche Jemmy y yo dormimos en casa de Carter. Comimos pizza y brownies de Oreo, porque a Carter y a mí nos encantan las Oreo, y vimos películas, y luego Carter me metió en la cama, y esta mañana le he enseñado a cambiar un culoapestoso, y luego hemos hecho ejercicio en el gimnasio y me ha llevado a patinar. —Aspira profundamente y suelta el aire con un suspiro—. Carter es el mejor.

Oh, mi hermano va a *odiar* eso último.

—¿En serio? —La reportera no puede contener su diversión. Mira hacia mí, al igual que el resto—. ¿Y qué opinas de que Carter salga con tu...?

Me resisto a poner los ojos en blanco. Se están yendo por las ramas, intentando averiguar lo que quieren saber, que es si soy o no madre soltera de dos niños.

De todos modos, Alannah no le da oportunidad de terminar la pregunta. Rodea el cuello de Carter con ambos brazos y pega su mejilla a la de él.

—Espero que se casen y que yo sea la niña de las flores y que tengan montones y montones de bebés.

Oh, mierda.

42

SÉ MI MAMÁ PERRUNA

Olivia

—¿Puedo ayudarte, gruñón?

Carter cruza los brazos sobre el pecho y me mira con el ceño fruncido desde el otro lado de la habitación, donde parece cualquier cosa menos relajado en el sillón La-Z-Boy⁷ en el que está tumbado. De hecho, parece bastante gruñón, de ahí el apodo.

—No soy un gruñón.

—Estás siendo un gruñón.

—¡Claro que soy un gruñón! —Agita una mano en el aire—. Cada vez que estamos aquí me abandonas por esos dos. Así que si quieres ayudarme, puedes traer tu dulce culo aquí y sentarlo en mi regazo.

—Compartir es cuidar, Carter —murmura Hank desde mi lado, su mano metida tiernamente en la mía mientras rasco la cabeza de Dublin en mi regazo con la mano libre—. Además, no los he visto desde que volvieron de las vacaciones de primavera. —Se ríe entre dientes—. Bueno, nunca te he visto, pero ya sabes a qué me refiero.

—Joder... —Carter se pasa una mano por el rostro—. Eres el único ciego que conozco que se burla del hecho de ser ciego.

—Creo que soy el único ciego que conoces, y punto. Y si no puedo reírme de mí mismo, ¿qué es la vida? —Hank me pasa un brazo por los hombros—. Estás enfadado porque tengo a tu chica. No te enfades, siempre he sido un mujeriego

—Conociste a Irlanda a los catorce, empezaste a salir con ella a los quince, te casaste con ella a los dieciocho y nunca has estado con otra mujer. —Carter se palmea el regazo y me mira con el ceño fruncido, tratando

⁷ Berger o Sofá reclinable.

de atraerme hacia allí. Pone los ojos en blanco cuando no respondo—. Dificilmente llamaría a eso un mujeriego.

—Pareces celoso. —Es una maravilla que estos dos no sean realmente parientes, porque Hank suena tan engreído como Carter ahora mismo—. ¿Por qué no dejas de quejarte y vienes a sentarte al otro lado de Ollie?

—¡Porque tu maldito perro está ahí, metido en sus asuntos!

Dublin levanta la cabeza para mirar a Carter. Es una de esas miradas adorables, con los ojos tristes de chocolate y las orejas caídas.

Carter suspira.

—Sí, sí. Eres lindo, todo el mundo te ama; lo entendemos, Dubs.

Riendo, muevo a Dublin más cerca de mí y libero un espacio en el sofá, dándole palmaditas con la mano.

—Ven aquí, bebé grande.

Decir que Carter no se levanta de un salto y arrastra el culo hasta el sitio libre sería mentir. Tres meses juntos y este hombre todavía odia cada pedacito de distancia innecesaria entre nosotros. No puedo decir que me importe. Su lenguaje del amor es la intimidad física y me encanta darle lo que necesita, por eso mis dedos se enroscan en los suyos en cuanto se sienta junto al perro. Sus labios rozan mi hombro, un susurro de *te amo* besa mi piel.

—Hablando de bebés...

Mis hombros se tensan ante las palabras de Hank. Ha pasado más de un mes desde que Alannah soltó la bomba del matrimonio y los bebés a los periodistas a la salida del partido de hockey de Carter y, aunque nos las hemos arreglado para evitar hablar directamente de ello, Carter se pasea por la casa llamándose a sí mismo DILF cada vez que se le presenta la oportunidad. Incluso lo he atrapado intentando cambiar su nombre de contacto en mi teléfono de *El hombre más sexy del mundo* a *DILF más sexy del mundo*. Tengo que recordarme continuamente que es demasiado pronto para pensar en bodas y bebés. Me gustaría vivir el presente, disfrutar de cada momento que pasamos conociéndonos más profundamente, en lugar de preguntarme por el futuro.

Y sin embargo, cuando Hank termina su frase, no es en absoluto lo que esperaba.

—¿Cuándo vas a tener un perro?

Miro a Carter, una mano enterrada en el pelaje de Dublin, la mirada anhelante puesta en el perro mientras su mano libre frota metódicamente el dorso de la mía.

—¿Quieres un perro?

Asiente.

—Tuvimos a Max cuando éramos pequeños. Murió cuando yo tenía quince años. Mis padres no nos dejaron tener otro porque con mi entrenamiento para el hockey y el baile de Jennie se estaba volviendo muy intenso. Apenas estábamos en casa. Decían que no era justo para el perro. —Una sonrisa lateral roza sus labios mientras echa hacia atrás una de las sedosas orejas doradas de Dublin—. Estaba tan enfadado con mis padres. En aquel momento no me di cuenta, pero ahora sé que tenían razón. No habría sido justo pasárselo a los familiares para que lo vigilaran todo el tiempo, y sigue sin serlo.

Antes de que frunza el ceño, Hank me sacude la rodilla.

—Pero eso ya no es cierto, Carter. Tienes aquí a la señorita Olivia. Tu vieja excusa de que no tienes a nadie que se quede en casa con él cuando tú no estás se ha ido, francamente, a la mierda, hijo.

—Yo cuidaría a tu perro por ti —suelto.

Carter sonríe tiernamente y me aprieta la mano.

—Algún día.

—Genial. Y hablando de perros, ¿cuándo van a pensar en tener hijos y convertirme en una especie de pseudoabuelo?

—Hablando de perros, ¿cuándo vamos a tener bebés? —Carter se pellizca el puente de la nariz, frotándose las comisuras de los ojos—. Eso no tiene ningún puto sentido, viejo.

—Bueno, el padrastro Carter está en boca de todos últimamente.

Hank no se equivoca, aunque ojalá lo hiciera. Los artículos que han salido desde que llevamos a Jem y a Alannah al partido de hockey a principios de marzo han sido incesantes. Para ser gente que está en todas partes y lo sabe todo, a veces no saben una mierda.

No tardaron mucho en darse cuenta de que soy profesora. Cuando Carter tiene por costumbre pasarse por la escuela, no es difícil. Tampoco ayuda cuando uno de tus alumnos dice a los medios que conoce a la novia de Carter Beckett. El artículo estaba bien, pero eso no viene al caso. Tardé veinte minutos en averiguar quién era, y cuando le pregunté cuánto dinero le habían dado por decirles a qué me dedico y en qué escuela trabajo, me enseñó orgulloso un billete de cien dólares. A la mañana siguiente me trajo té y una galleta y proclamó que estábamos en paz. No estoy segura de que siguiera sintiéndose así cuando “accidentalmente” me salté una de sus vueltas durante su carrera de cinco kilómetros y lo obligué a hacer una extra.

—Estos periodistas lo saben todo sobre su vida y la mía —digo—, y aún no se han enterado de que Alannah y Jem no son mis hijos.

—Oh, lo saben —responde Carter con frialdad—. Es mucho más interesante si tú eres una madre soltera en apuros y yo soy el DILF sexy que aparece.

—Sigues diciendo eso, pero tú eres el único que se llama a sí mismo un DILF.

—¡No! —Revuelve en su teléfono antes de mostrarme una foto de él con Jem sobre sus hombros y la mano de Alannah en la suya mientras caminamos por una tienda de comestibles con una cesta de comida chatarra. Se aclara la garganta y lee el título del artículo con un aire de arrogancia que solo puede pertenecerle a él. *Carter Beckett: playboy reformado, el hombre más sexy del mundo, fenómeno del hockey y ahora el padrastro con el que todos queríamos acostarnos.*

He visto este artículo, por supuesto. Cara me lo envió, al igual que mi cuñada y mi madre. Las tres estuvieron de acuerdo con cada palabra, incluso Kristin, que dio a luz a los niños en cuestión.

—A veces pienso que tú mismo escribes estos artículos.

Hank suelta una carcajada.

—Mi favorito fue el del embarazo. Llamé a Carter para ver si era el último en enterarme. —Jadea de repente, inclinándose hacia delante para buscar su tablet en la mesita. Su camisa se desprende de la cintura de sus pantalones, subiéndole por la espalda, mostrando un moretón de aspecto desagradable que hace que Carter se ponga en pie de un salto—. Hablando de quedar embarazada...

—¡Hank! ¿Qué ha pasado? —Carter se toca la espalda con cuidado mientras Hank lo aparta de un manotazo.

—Oh, deja de preocuparte. Estoy bien.

—¿Bien? ¡Está negro y azul! Es del tamaño de mi mano.

—Ya casi ni duele. Debí de cantar y bailar con demasiado entusiasmo en la ducha el otro día. Resbalé en un charco en el suelo cuando salí de la ducha.

Eso no parece aliviar la preocupación de Carter y, después de ayudar a Hank a volver a sentarse, siente un cosquilleo en la mandíbula que no cesa. Pongo mi mano sobre la suya, deteniendo el incesante tamborileo de sus dedos sobre su muslo.

—¿Por qué no me llamaste?

—No estabas en la ciudad. Mira, Carter, sé que estás preocupado, pero estoy bien. Me levanté, me lavé. Dublin se quedó a mi lado. —Le alborota las orejas a Dublin—. ¿Verdad, Dubs? Sí que lo hiciste. Eres mi buen chico.

—Siempre puedes llamarme, Hank, ¿bien? —Le aprieto la mano suavemente—. No necesitamos que Carter esté cerca para pasar el rato.

—Oooh-ho-ho. —Su sonrisa es eléctrica—. ¿Has oído eso, Carter? Me mudo con tu chica. —Sacude su tablet—. De todos modos, como te decía, Ollie, elegí nuestro próximo libro. Toda una serie, en realidad. *Owned, Claimed, Ruined*. Las críticas dicen que es una lectura muy jugosa.

Los ojos de Carter se abren de par en par y, cuando entrecorta su rostro entre las manos, apenas escucho cómo exhala:

—Qué carajo.



—¿Seguro que quieres llevar eso? Se te pueden enfriar las piernas.

—Claro que estoy segura. —Jennie da vueltas, con las manos en la parte baja de la espalda mientras intenta mirarse el culo en su minifalda de cuero ciruela—. Mi culo está fantástico con esto.

El rostro de Carter se tuerce, los ojos entrecerrados.

—Estás buenísima. —Cara le da una palmadita en el culo—. Vas a tener a todos los chicos...

—No. —Carter sacude la cabeza mientras rompe el tapón de una cerveza y se bebe la mitad—. No.

—Creo que estás guapa —dice Garrett. Me pregunto si se da cuenta de que está a punto de gritar. Probablemente, porque sus orejas se enrojecen y se aleja rápidamente, hundiéndose en el sofá.

—Nos he reservado un lugar privado con servicio —dice Carter—. Podemos quedarnos ahí. No hace falta que salgamos a la pista de baile.

Emmett le dice lo siento a Jennie, que pone los ojos en blanco.

—¿Por qué demonios vamos a una discoteca si no nos van a dejar bailar? —Cara le mueve las cejas a Carter—. Acaban de ganar la primera ronda de las eliminatorias; ¡deberíamos estar celebrándolo! Y si Jennie quiere celebrarlo moviendo el culo y chocando contra algo duro, que así sea. Es una adulta.

—No me importaría bailar —dice Adam con una sonrisa esperanzada—. Quizá conozca a alguien. —Frunce el ceño—. No, espera. A lo mejor no estoy preparado. —Menea la cabeza y se lleva la cerveza a los labios—. No, no estoy preparado. Me quedaré en la cabina.

Le aprieto el brazo.

—Conocerás a alguien cuando estés preparado, y será perfecta.

—Sí —dice Garrett por encima del hombro—. Si Carter puede encontrar a alguien, será facilísimo para ti, amigo. —Duda—. Joder. Ahora quiero pastel.

—*¡Estás soltero!* —grita Carter.

—Sí, por elección.

Carter le quita el sombrero a Garrett de la cabeza.

—*¡No, porque eres molesto!*

—*¡Eres molesto!* —Garrett engancha su pie alrededor de la rodilla de Carter, y cuando cae al suelo de la sala de estar, Carter se lo lleva con él.

—Niños —murmura Emmett mientras los dos luchan—. Qué vergüenza.

Adam mueve la cabeza.

—La ironía es que yo soy el más joven.

—Aunque definitivamente el más maduro —responde Emmett, dando un sorbo a su cerveza.

—Oh, definitivamente.

Me gustaría decir que esto, los chicos discutiendo, revolcándose, no es típico, pero lo es. Lo más vergonzoso es que me parece... no quiero ni decirlo... aburrido. No me preguntes por qué; no tengo ni idea. Lo único que sé es que este grupo de hombres se quiere mucho, y verlos hacer el tonto es un contraste tan marcado con la forma tan intimidante en que se comportan sobre el hielo.

—Tu novio es un imbécil —murmura Garrett cuando me siento a su lado en el sofá. Intenta arreglarse el cabello, pero es inútil, así que se vuelve a poner la gorra en la cabeza—. Deberías correr mientras puedas.

Jennie se hunde entre nosotros, echando una pierna sobre la otra, y los ojos turquesa de Garrett se abren de par en par, mirando el tacón negro de tiras que rebota junto a su rodilla.

—Oye. Hola. —Arrastra las palmas de las manos por los muslos—. Tienes suficiente... quieres un poco más... déjame darte algo de espacio. —Se levanta como un cohete y se quita la gorra de la cabeza al pasarse los dedos por el cabello—. ¿Alguien quiere otra cerveza?

Resoplo, dándole un codazo a Jennie.

—Garrett podría tenerte miedo.

—Como debe ser. Podría patearle el culo desde aquí hasta la costa este si me mirara mal.

No lo dudo en absoluto. Jennie y yo hemos estado tomando clases de equitación juntas desde mediados de marzo, cortesía de ella chantajeando

a su hermano. No sólo he aprendido que es casi una réplica femenina de Carter, segura de sí misma y sin filtro, sino que también es muy feroz. Puedo montar a caballo todos los miércoles después del trabajo, pero lo más importante es que he encontrado una amiga increíble en Jennie.

Todavía nos queda una hora antes de que llegue nuestro paseo, así que los chicos se pierden en una partida de beer pong, una a la que yo no puedo jugar porque Carter dice que hago trampas, pero él es un mal perdedor. Cuando saca una pelota de ping-pong de la cabeza por tercera vez, sé que algo pasa. Sube las escaleras, murmurando algo sobre revisar las cañerías de todas las cosas, y le doy dos minutos antes de seguirlo, localizándolo en el balcón, inclinado sobre la barandilla. Ha estado ausente toda la tarde desde que volvimos de casa de Hank, y creo saber por qué.

Me inclino a su lado y le doy un golpe en el hombro.

—Hola.

Me besa la frente.

—Hola, princesa.

Sigo su mirada, observando el mar de árboles de hoja perenne, las cimas de las montañas que parecen casi azules desde aquí. Pero Carter no está mirando. Me doy cuenta por la forma en que su mirada nunca vacila, el pequeño pliegue entre sus cejas.

Deslizo mi mano sobre la suya.

—Estás preocupado por Hank.

Sus hombros caen con un suspiro.

—Se está haciendo mayor. Ya no se mueve solo como antes. Y ese moretón... ¿Y si no hubiera podido levantarse? ¿Y por qué no nos llamó a ninguno de nosotros? A veces es tan testarudo.

—Le gusta su independencia, Carter. Ha luchado por ella.

Vuelve a suspirar y se pasa una mano por su rostro.

—Me preocupa que un día me necesite y no pueda tomar el teléfono. Quizá debería contratar a una enfermera para que venga a ayudarlo un par de veces a la semana. ¿Es una buena idea?

—Es una gran idea, pero es una conversación que debes tener con Hank.

—Él hace lo que quiere. Es testarudo.

—Mhmm. Como alguien que conozco.

Carter se ríe.

—¿Hablarás con él conmigo? Te escucha más a ti que a mí.

—Por supuesto que lo haré. —Le quito una onda de la frente—. ¿Estás listo para volver abajo?

—¿Podemos quedarnos aquí unos minutos más? Me gusta cuando estamos solos tú y yo.

Cuando asiento, me atrae hacia él, mi espalda contra su pecho, me abraza y me apoya la barbilla en el hombro. El aire de finales de abril es cálido, sobre todo después del invierno infernal que hemos tenido, pero no es nada comparado con el calor de él cuando me abraza.

—Te voy a echar de menos.

—Lo sé, calabaza. Yo también. Pero lo bueno de las eliminatorias es que nunca son más de dos noches fuera de casa.

—Creo que me estaba acostumbrando, a la soledad parcial. —Me arrepiento de las palabras en cuanto salen de mi boca. No quiero que piense que me siento sola o infeliz; nada más lejos de la realidad. He aprendido a valorar el poco tiempo que pasamos juntos, las noches que me duermo en sus brazos, y hemos aprovechado al máximo esos momentos fugaces. Pero barrieron a Arizona en cuatro partidos, lo que significa que los chicos han estado aquí en Vancouver unos días más antes de la siguiente ronda—. Dormir contigo tantas noches seguidas me ha echado a perder, eso es todo.

Unos labios suaves rozan mi mejilla.

—Odio dejarte, Ollie. Nunca he estado tan ansioso por la temporada baja. Sin hockey, sin escuela, sólo tú y yo. Estarás harta de mí en septiembre.

Me acurruco más en su abrazo.

—Imposible.

El aliento de Carter me rocía el cuello, cada inhalación más entrecortada que la anterior, mientras sus dedos me rozan metódicamente el brazo. Está ansioso, pero desde que hablamos de Hank, no sé por qué.

—¿Cuándo te vas a mudar conmigo? —La pregunta es un suave y tímido susurro contra mi hombro, que hace que todo mi cuerpo se estremezca y se caliente, hasta los dedos de los pies.

Me retuerzo en su abrazo, con el brillo dorado del sol primaveral iluminando su expresión inesperadamente tímida.

—¿Mudarme contigo?

Asiente y me arrastra al banco y se sienta. Se pasa una mano ansiosa por su desordenada melena antes de entrelazar sus dedos con los míos.

—Te amo —empieza con la frase que le encanta repetir al menos cien veces al día—. Te amo mucho, y sé que es pronto, pero joder, Ollie, es que te amo de verdad. Cuando me voy, solo puedo pensar en abrazarte en el

sofá, o en dormirme contigo en brazos, o en ti paseando por la casa por la mañana sin más ropa que mi camiseta con tu sonrisa soñolienta, tus rizos intentando escapar de tu moño desordenado. Cuando me bajo del avión, eres la primera persona a la que quiero ver. Y cuando estoy en casa... quiero que tú también estés en casa. Quiero que estemos juntos en casa.

¿Cómo encontré a este hombre? ¿Cómo tuve una suerte tan irrefutable? Carter es lo mejor de mi vida con la forma en que irrumpió, derribó muros que no sabía que tenía, iluminó todo mi mundo como una ráfaga de sol. Y no puedo imaginar nada mejor que estar juntos en casa.

—¿Y si quiero que te mudes conmigo? —No quiero. Mi pequeña casa se siente como si reventara cuando Carter está dentro. Sus piernas cuelgan de mi cama y mi cocina sólo tiene capacidad para guardar comida suficiente para dos días, como mucho. Más que eso, ya no parece mi casa.

Pero me gusta tomarle el pelo, y cuando está así de nervioso, un poco de humor ayuda mucho a rebajar su tensión.

Sus párpados se cierran al exhalar por la nariz. Sus ojos esmeralda bailan divertidos cuando se cruzan con los míos.

—Pero, ¿dónde estacionaré mis cinco autos?

Pongo los ojos en blanco y le empujo el hombro, pero él sigue.

—No podremos meter a nuestro perrito en la cama, y no tendremos sitio para todos los bebés que voy a poner dentro de ti, destrozando finalmente tu vagina sin remedio. Pero lo peor de todo... —Arrastra su boca por la mía, voz baja, gruesa—. No hay chimeneas.

No puedo evitar mirar a este hombre, del que estoy perdidamente enamorada, y la imagen que pinta de la vida que llevaremos juntos. Y sé sin lugar a dudas, a pesar de los pocos meses que llevamos juntos, que es lo que quiero.

Carter me aparta un mechón caído del rostro y me lo coloca detrás de la oreja.

—No quiero que cuides a mi perro mientras me voy. Quiero tener un perro *contigo*. Quiero que seas la mamá de mi perrito.

—¿Mamá de tu perrito?

—Sí. Y, con el tiempo, mamá de verdad. —Su mirada abrasadora se clava en la mía mientras me acaricia el rostro—. Te amo, Ollie, y lo que más deseo es formar un hogar contigo. Di que sí.

—¿Que diga que sí? ¿Es una exigencia?

—Sí. —Es más gruñido que palabra.

Me muerdo la sonrisa.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —Su agarre en mi rostro se tensa, sus ojos rebotan entre los míos—. ¿Eso es un sí?

—No creía que tuviera elección en lo que a exigencias se refiere.

La sonrisa de Carter es detonante mientras me empuja hacia mi espalda y se arrastra sobre mí como un animal a la caza que ha captado el rastro.

Le quito las ondas rebeldes de la frente y paso los dedos por sus sedosos mechones.

—No hay nada que me gustaría más que construir una vida contigo aquí. Así que sí. Mil veces sí. Me mudaré contigo.

Carter me mete la lengua en la boca, pero antes de que tenga tiempo de disfrutarlo, me levanta del sofá y baja corriendo las escaleras conmigo en brazos.

—*¡Ha dicho que sí!*

El volumen de la habitación se apaga de inmediato y dejo caer el rostro sobre mi mano cuando todas las miradas de sorpresa se dirigen hacia nosotros.

—¿Se van a casar? —pregunta Garrett finalmente.

Carter frunce el ceño.

—¿Qué? Quiero decir, eventualmente, sí, pero... —Me deja caer de pie, extiende los brazos y da una vuelta—. *¡Olivia se muda!*

43

NO SOY INMADURO, SOY TONTO; HAY UNA DIFERENCIA

Carter

—¡Tengo uno!

—¿Qué? Déjame ver. —Intento quitarle la caña de pescar a Olivia, pero ella se aparta.

—¡Atrás! —grita, dando una patada con la pierna, salpicándome agua—. ¡Vas a dejar que se escape!

—¡No! —Vuelvo a tomar la caña, pero se lanza río abajo, recogiendo el sedal a su paso—. ¡Sé cómo recoger un pez, *Olivia*!

—¡Te creería si te hubiera visto hacerlo, *Carter*! —Ella tiene la lengua afuera, asomando la comisura de su boca mientras trabaja, gruñendo, enrollando, y cuando ese salmón rompe el agua, un rayo arrogante se extiende por su rostro—. ¿Y ahora qué? ¿Cuatro para mí, cero para ti?

—Cállate. —Le tiro agua, pero se ríe. Es un poco maníaca y da un poco de miedo—. Es porque te dejé usar mi caña buena.

—Es porque soy mejor. —Guiña un ojo—. En usar esta vara y la de tus pantalones.

—*Ollie* —musito, mitad jadeo, mitad carcajada, arrastrándome hacia ella—. Nunca me he sentido tan atraído por ti como ahora.

—Siempre te atraigo —murmura, concentrada en sacar el anzuelo de su salmón.

Es verdad. Siempre. *Siempre, siempre, siempre.* Aunque definitivamente hay algo en estar de pie en un arroyo, con el agua hasta las rodillas, sus diminutos pantalones empapados de tanto chapotear,

sujetando un pez que mide como un tercio de su estatura, que la hace especialmente sexy en este momento.

Olivia gruñe mientras levanta el pez y, cuando se lo pasa por los brazos, me sonrío.

—¿Puedes hacer una foto? Así siempre recordarás que no solo te doy una paliza en el beer pong, sino también pescando.

En mi garganta resuena un rugido de protesta, pero rápidamente se convierte en una carcajada mientras le hago la foto una y otra vez, y cuando Olivia libera al pez, me acerco a una gran roca y tomo asiento.

Se sienta a mi lado y asoma la cabeza por encima de mi hombro.

—¿Acabas de añadir eso a tu carpeta secreta del banco de azotes?

Me meto el teléfono en el bolsillo.

—Sí.

—Es un poco... *diferente* a las fotos normales que pones ahí.

—Estás buenísima. Tienes las piernas mojadas y una sonrisa tan arrogante como la mía. —Me inclino hacia ella, la punta de mi nariz roza la suya mientras mis dientes presionan mi labio inferior—. Es decir, si quieres quitarte la ropa y dejar que te folle la garganta ahora mismo, puedo hacerte una foto y añadirla también, enana. No tenemos fotos al aire libre.

—Eso no es verdad. Te hice una foto entre mis muslos en tu balcón la semana pasada.

—Ah, sí. Joder. Ese día comí como un rey. —Le doy un codazo en el hombro con el mío—. Y deja de llamarlo mío. También es tuyo. No sólo el balcón, toda la maldita casa.

—Todavía no, no oficialmente.

Pongo los ojos en blanco.

—Es tuya desde que la pisaste por primera vez.

Sus mejillas se tiñen de rosa. Es adorable que aún se sonroje a veces.

—Carter.

—¿Qué? Tú perteneces ahí y siempre lo has hecho. Es tuya, estés o no esperando a estar oficialmente fuera de tu casa y nunca jamás volver a dormir en otro sitio que no sea nuestra cama.

—¿Nunca jamás?

Le rozo los labios con un beso.

—Nunca jamás *jamás*.

Por primera vez, Olivia se quedó en mi casa el fin de semana pasado mientras yo no estaba. Estaba muy nerviosa, pero hay algo especial en saber

que está en mi cocina, en mis sofás, durmiendo en mi cama mientras yo no estoy.

Hace un mes que aceptó mudarse conmigo y la semana pasada pusimos su casa en venta. Se vendió en treinta y seis horas por un veinticinco por ciento más del precio de venta, porque el mercado inmobiliario de Vancouver está que arde. No se cierra hasta finales de junio, lo que significa que me quedan otras seis semanas o así de Olivia fingiendo que solo “se queda a dormir”.

No puedo esperar a construir nuestro hogar juntos.

—Sabes —digo, inclinándome hacia ella—. La boda de Cara y Em es ese fin de semana.

—Mhmm.

—Así que estaremos demasiado ocupados para mudarnos. Y tú estarás demasiado ocupada escondiéndote de Cara al menos dos semanas antes.

—Eso es verdad.

—Así que tal vez deberías mudarte ahora.

—Hmm... —Los labios de Olivia se fruncen, el pulgar rozando su barbilla como si fuera algo que necesita pensar largo y tendido sobre ello.

Ha. Largo y tendido. Eso es lo que ella... no. No, Carter. Sé más maduro.

La mirada de Olivia se estrecha en la mía.

—¿Estás pensando en algo sucio ahora mismo?

Aprieto los labios y niego.

—No.

—Bueno, no sé. Estoy a punto de pasar todo el verano contigo. Siento que debería absorber todo este espacio personal antes de que lo invadas.

Un gruñido retumba en mi pecho.

El pulgar sigue rozándome y luego levanta la palma de la mano encogiéndose de hombros. Sus palabras se disuelven en mi lengua cuando mi boca toma la suya y la levanto, colocándola en mi regazo.

Mis palmas rozan sus muslos, sus caderas, y la abrazo contra mí.

—Quédate, por favor.

Olivia me toma el rostro con las manos y sus cálidos ojos marrones brillan al sol.

—No quiero apresurar el traslado en sí, sólo porque estás en plena eliminatoria. Quiero que te centres en eso, no en que me mude de casa. Y es el final del año escolar. Tengo exámenes y recapitulaciones en las que

trabajar para estos chicos. —Ella besa la comisura de mi boca, justo donde está tirando hacia abajo—. Pero me quedaré, Carter. Podemos preocuparnos de mover las cosas más tarde, o poco a poco, cuando el tiempo lo permita. ¿De acuerdo?

—¿Compromiso?

Asiente.

—Compromiso.

—¿Y puedo quedarme contigo para siempre? ¿Puede empezar esta noche?

—¿Tengo elección?

—No. —Me agarro a su cintura mientras me pongo en pie de un salto y la hago girar en el aire—. ¡Woo-hoo!

Suelta una risita y me rodea el cuello con los brazos.

—¿Estás listo para comer?

Mi estómago sigue su ejemplo, gruñendo.

—Siempre.

La saco del agua, se sienta en la manta que habíamos tendido antes, al borde de la orilla, y yo empiezo a preparar el fuego.

—¿Sabes? —empieza Olivia—, es una locura porque crecí en un lago, pero nunca había comido en la orilla.

—¿En serio? Mi padre y yo lo hacíamos todo el tiempo. —Después de todo, por eso estamos aquí. El cumpleaños de mi padre es esta semana, y solía tomarse toda la semana libre en el trabajo. Me sacaba dos días de la escuela, luego dos días a mi hermana, y luego se llevaba a mi madre a pasar un fin de semana largo. Terminábamos el domingo por la noche, todos juntos, en su restaurante favorito. Pasó su cumpleaños haciendo las cosas que más le gustaban con las personas que más quería. Para él y para mí, después del hockey, era esto. Senderismo, pesca, almuerzos en la orilla. Se lo comenté a Olivia hace una semana, que era uno de mis días favoritos del año, que no lo hacía desde que murió, y a la mañana siguiente me llamó para decirme que se había tomado un par de días libres.

La amo tanto que me duele.

—Sé que no es lo mismo, Carter, pero te estás... —Se interrumpe y, cuando miro por encima del hombro, está jugueteando con el borde de la manta. Se aclara la garganta—. ¿Te estás divirtiendo?

El corazón me da un vuelco en el pecho.

—Me lo estoy pasando muy bien hoy aquí contigo, Ollie. Me hace sentir como si estuviera aquí con nosotros.

Sonríe.

—Creo que lo está. Siempre.

—Yo también lo creo.

Me pongo a trabajar en el almuerzo, fileteando el salmón que Olivia pescó esta mañana. Quería empacar sándwiches por si no pescábamos nada, pero no la dejé. Estaba demasiado confiado. Resulta que debería haber sido ella la confiada.

Coloco los paquetes de papel de aluminio sobre las brasas y doy un paso atrás, echando un vistazo a mi alrededor. El pequeño campamento es exactamente como lo recordaba, escondido entre la vegetación, la maleza y los árboles viejos e imponentes. La luz del sol se filtra entre las ramas, haciendo brillar el arroyo, y los pájaros cantan sin cesar. Está tan inmaculado como siempre, aparte de algún que otro utensilio de acampada esparcido y olvidado por el suelo, como el extintor tirado a unos tres metros de la hoguera.

Tomo el bote blanco y estrecho. La etiqueta me dice que es uno de los que rocían agua, y el indicador dice que aún le queda algo de vida.

—Oye, Ollie, mira. —Sujeto el bote entre las piernas y dirijo la manguera hacia fuera. Cuando ella me mira, aprieto la manivela y sale un chorro de agua pulverizada mientras giro las caderas—. Parece que estoy...

—Sí, Carter, sé lo que parece.

Dejo el bote en el suelo y me apoyo en el tronco de un árbol, levantando las cejas.

—¿Quieres volver a los arbustos? Puedo vaciar mi carga en tu...

—Por el amor de Dios, Carter. Sé que tu padre no te enseñó esto en una de tus muchas expediciones de pesca.

—No, no lo hizo. —Me río entre dientes y me siento a su lado en la manta mientras me invaden años de recuerdos que llevo años queriendo olvidar. No tengo ni idea de por qué, no cuando son tan increíbles como estos.

Rodeo a Olivia con un brazo y ella se acomoda a mi lado. Está calentita bajo el sol de mayo y huele a coco y lima, el protector solar que nos hizo ponernos a los dos.

—Me enseñó a montar la caña, a anudar los anzuelos y a cebarlos. Me enseñó a patinar, a manejar el disco, a lanzar una bofetada. Me enseñó a convertir los cordones de los zapatos en orejas de conejo y a atármelas, a preparar la cena favorita de mi madre para que dejara de enfadarse conmigo cuando metía la pata, a trabajar duro y a ahorrar dinero. Me enseñó a ser un buen hijo, un hermano y un amigo.

—Y un compañero —añade Olivia.

—Él me enseñó a amar. Sé cómo quererte tan bien porque lo vi querer tan bien a mi madre, querernos tan incondicionalmente a mí y a mi hermana. ¿Eso me convierte en un buen compañero? ¿Cuánto te amo?

—Mhmm. Pero hay tantas razones por las que eres un buen compañero, Carter. Eres feroz y leal. Eres paciente y amable y la persona más apasionada que conozco. Nunca te rindes, y estás tan orgulloso de mí todo el tiempo, y eso me ayuda a estar orgullosa de mí misma. Soy una persona más segura de mí misma que hace seis meses gracias al amor que me demuestras.

Le sonrío y rozo sus labios con los míos.

—Eso me gusta. —Una pesadez se instala en mi pecho, un peso que lleva años acechándome, esperando una vulnerabilidad a la que saltar. Olivia es mi vulnerabilidad. A pesar de lo fuerte que soy, amarla también me hace débil. Nuestro amor abre partes de mí que no sabía que existían, o quizá partes que había escondido. Porque haría cualquier cosa por ella, le daría cualquier cosa, y ahora mismo, quiero darle la verdad que he estado evitando—. Aunque no estoy seguro de haber sido el mejor hijo. No para mi padre.

—¿Qué quieres decir?

—No lo he visitado desde el funeral, el cementerio donde está enterrado.

Olivia me pasa los dedos por el cabello.

—No creo que eso te convierta en un mal hijo, Carter. Cosas así pueden ser un reto. Tal vez no sea ahí donde lo sientes. Y eso está bien. ¿Quieres volver?

—Siempre me ha parecido demasiado duro, pero quizá... quizá algún día, si vienes conmigo. Las cosas siempre son más fáciles contigo.

Su sonrisa es suave y cálida, como ella.

—Las cosas difíciles siempre son más fáciles cuando estamos juntos.

Tiene razón. Y así es exactamente como me encuentro girando a la derecha donde debería girar a la izquierda dos horas después.

Así es como me encuentro agarrando el volante mientras miro fijamente el largo camino que serpentea por el cementerio, la simple idea de caminar por él me intimida.

Así es como me encuentro agarrado de la mano de Olivia mientras camina a mi lado, y quieto mientras ella permanece a mi lado mientras yo contemplo las palabras esculpidas en mármol que tenemos ante nosotros.

Theodore "Theo" Beckett

AMADO ESPOSO Y DEVOTO PADRE

BUEN AMIGO

“Recuérdame como viví: lleno de amor, risas y pasión”.

Siento un extraño dolor en el pecho. Me aprieta y me duele un poco, pero no me pesa. Y cuando me aprieta la mano, cuando se gira a mi lado y me da un beso en el brazo, el dolor empieza a retroceder.

No sé cuánto tiempo nos quedamos ahí en silencio, pero cuando estoy listo para irme, Olivia me da un beso en los labios.

—Un momento, Carter. Hay algo que quiero hacer antes.

La veo acercarse a la tumba de mi padre y, cuando se arrodilla ante ella, con la cabeza inclinada, se me hace un nudo en la garganta. Al cabo de un momento levanta la cabeza y pone la mano sobre su nombre antes de levantarse y volver hacia mí. No sé qué decir, pero no me pide que hable, así que viajamos en silencio, con su mano entre las mías en la consola central.

—Carter —dice mientras conducimos por el centro—. Odio tener que hacer esto, pero ¿te importaría parar? Necesito ir al baño y no sé si puedo esperar.

—Claro, cariño. ¿Dónde quieres que pare?

Señala el edificio de arriba.

—Justo en tu apartamento.

—No podemos ir allí.

—Seré rápida.

—Vendí el departamento, Ollie.

Parpadea.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—¿Recuerdas la primera vez que vine a verte al trabajo? ¿El lunes después de traerte al departamento? Esa mañana le dejé las llaves a mi agente inmobiliaria y le pedí que se ocupara de ello. Al final de la semana ya no estaba.

Hace unos años volví a firmar con Vancouver después de que finalizara mi contrato inicial. No tenía intención de irme a ningún otro sitio, pero todos los que podían permitírselo me querían, y Vancouver quería asegurarse de que me quedaba, así que me ofrecieron todo lo que pudieron. Sólo viví allí una temporada antes de comprar mi casa y, en lugar de venderla, me la quedé. Quería separar esa parte de mi vida del resto, las partes más personales de mí. No mentía cuando decía que Olivia era la primera mujer que había tenido en mi cama en casa, y será la única.

—Carter...

—Nunca fue mi casa, Ollie. No sin ti.

Mi hogar está donde esté Olivia. Cuando estamos tumbados en el balcón una hora más tarde, recién duchados y desperdiciando el resto de la tarde, con la brisa cálida haciéndonos cosquillas en la piel, es aquí donde más lo siento, donde podría quedarme para siempre, siempre que sea con ella.

Mis dedos bailan sobre sus hombros, besados de rosa y salpicados de pequeñas pecas del sol.

—Eres tan hermosa, Ollie.

—Te gustan mis vestidos de verano. —Sus palabras me besan el cuello.

—Me encantan tus malditos vestidos de verano. —Aquí el invierno duró una puta eternidad, una colosal tormenta de mierda que Vancouver no ha visto en siglos y que esperemos no vuelva a ver, pero la primavera llegó rugiendo como un león. Abril fue cálido y lluvioso, y mayo ha sido un verano anticipado. Eso significa que Olivia ha cambiado sus jerséis por estos adorables vestidos de verano que dejan ver sus piernas, sus hombros, y que puedo estar tocándola todo el tiempo, sintiendo lo cálida que es su piel bajo mis labios, o mi mejilla en su hombro—. Estoy pensando que deberíamos trasladarnos a San José o Tampa, a algún sitio donde siempre haga calor. Nunca más tendrás que llevar pantalones.

—Mmm... ¿y sabes lo que viene sin pantalones, Carter?

—¿Qué?

Se pone encima de mí, a horcajadas sobre mis caderas, con su vestido amarillo floreado subido. Me toma la mano, la pasa por sus muslos cremosos y hunde mis dedos. Creo que voy a llorar cuando me encuentre con ese charco de calor.

Se inclina y sus labios tocan mi mandíbula.

—Sin bragas.

Sin bragas, joder.

Me tira de los pantalones, me los baja y yo siseo cuando su mano rodea mi polla. Me agarra con fuerza y yo busco a tientas mi teléfono, sacando una foto en el momento exacto en que me traga en la boca.

Recojo sus rizos húmedos en mi puño.

—Te amo, joder.

Joder, ¿alguna vez has visto a la chica más guapa del mundo sonreírte con la boca llena de tu polla? Dios mío, es un espectáculo. Hago una foto más antes de tirar de su cabeza hacia atrás.

—Necesito que te sientes sobre mí, nena. Ahora mismo, joder.

Olivia se presiona sobre mí, meciéndose, dejando que mi polla se deslice por su raja empapada, y cuando se levanta, alineando la cabeza, la detengo.

—Espera. Sólo quiero decirte... gracias. Gracias por lo de hoy, Ollie. Pasar el día haciendo algo que mi padre y yo solíamos hacer juntos, ir conmigo a verlo... significa mucho para mí. Gracias.

Su sonrisa es tierna y un poco tímida, y vuelve a sentarse sobre mis muslos.

—Estaba pensando que quizá el año que viene podríamos hacer una semana entera para el cumpleaños de tu padre, como él siempre hacía, contigo, con tu hermana y con tu madre. Hacer las cosas que hacían juntos. Y Hank también. Podríamos hacer algo que a él y a Irlanda les encantaba hacer. Tal vez sería una buena manera de recordarlos.

No sé cómo la encontré, pero estoy bastante seguro de que fue el destino, de la misma forma que entré en el mismo bar en el que estaba Hank aquella noche.

—¿Puedo preguntarte algo, Ollie? ¿Qué le dijiste? ¿A mi padre? Cuando te arrodillaste...

—Gracias.

—¿Gracias?

—Le agradecí por traerme otra familia, confiando en mí para amarlos. Le di las gracias por criar al hombre que amo y por traérmelo. —Su mano se desliza por mi mandíbula—. Le di las gracias por ti, Carter.

Se me contrae el pecho, se me hace un nudo en la garganta imposible de tragar, pero lo intento de todos modos. Cuando no funciona, miro al cielo y una sola lágrima cae de mis ojos. Los labios de Olivia la atrapan, deteniéndola en seco, y cuando me susurra lo mucho que me quiere, me entierro hasta el fondo en lo mejor que jamás ha sido mío.



—Vas a quemar el filete si no dejas de mirarme.

Sonríó a Olivia, lanzándole un guiño. Está tumbada en una manta sobre la hierba, con los pies en alto mientras lee un libro, con los rizos amontonados sobre la cabeza. No sé cómo se puede esperar que alguien le quite los ojos de encima, pero ella es exigente con su filete y a mí me gusta complacerla, así que me las apaño.

Hoy ha sido un día perfecto, un atisbo del verano que se avecina, días enteros para pasar juntos, y no quiero que se acabe. Ha sido un respiro bienvenido de la constante necesidad de estar conectados, siempre pensando en el próximo partido de las eliminatorias. Los descansos son escasos, pero estamos a una victoria de llegar a las Finales de Conferencia, y conseguí sorprender a Olivia llevando a sus padres en avión a Winnipeg para el partido que jugamos allí hace dos noches. Ha sido un mes agitado, y con las finales en ciernes y la mudanza de Olivia, junio se perfila aún más loco.

—¿Es tu teléfono? —llama, levantando la cabeza en dirección a la puerta del patio.

Mis oídos se agudizan y, cuando escucho mi tono de llamada, cierro la tapa de la barbacoa y corro hacia la puerta. El teléfono está en la encimera de la cocina y no reconozco el número.

—¿Hablo con Carter? —pregunta la voz al otro lado.

—Soy Carter.

—Hola, Carter. Soy el Doctor Murphy. Soy médico del Hospital General de Vancouver. Usted figura como contacto de emergencia de Hank De Vries.

Las pinzas de la barbacoa que tengo en las manos caen al suelo y apenas percibo la voz de Olivia llamándome.

—Ha habido un accidente.

44

ES TAN... BLANCO

Carter

No me gusta cómo huele aquí. Estéril, como a lejía. El toque de cítricos de naranja es agradable, supongo, refrescante. Pero es demasiado... limpio. No es algo de lo que quejarse, supongo, pero últimamente me han recordado que soy difícil de complacer. Es frío y sofocante, no cálido y hogareño como el apartamento de Hank.

—¿Seguro que quieres vivir aquí? Es terriblemente... —Mi mirada recorre el lugar. Las paredes son austeras, con citas sobre vivir la vida al máximo y ser tan viejo como uno actúa—. Blanco.

—El color de las paredes no me molesta, Carter. Por si no te has dado cuenta, soy ciego como un maldito murciélago.

Resoplo una carcajada, mirando a mi amigo. Está disfrutando del buen tiempo y de haber salido del hospital. También está disfrutando de la mano de mi novia entre las suyas, y reprimo un gemido al ver la ropa que lleva: una camiseta abotonada de manga corta de cuadros escoceses en tonos pastel, metida dentro de unos pantalones cortos de color beige que le llegan casi hasta la caja torácica, con una gorra que pone *Fan #1 de Carter Beckett*. Los calcetines subidos hasta tres cuartas partes de las rodillas son la guinda del pastel, pero Hank insiste en que debe ir elegante, y Olivia dice que eso es lo único que importa.

—Puedes quedarte con nosotros un tiempo más hasta que encontremos algo mejor —le ofrezco, ganándome una mirada mordaz de Sherry, la encargada de admisiones de Sunset Living, por encima de la pantalla de su ordenador.

¿Sunset Living? ¿Qué clase de nombre es ese? Suena como si todos estuvieran a medio camino de salir por la puerta. Tuvo una mala caída que requirió una semana de reposo en cama y monitorización en el hospital, y me ha estado enviando sonrisas furtivas por la forma en que Olivia lo ha

421

estado cuidando desde que lo mudamos a la casa. Este hombre nos va a sobrevivir a todos.

La barbilla de Hank golpea su pecho con un suspiro retumbante que hace que Dublin salte de preocupación.

—Carter, te amo, pero eres el hombre más quisquilloso que ha pisado esta tierra.

Olivia hace un pésimo trabajo ocultando su risita y yo refunfuño en voz baja.

—No soy quisquilloso, quiero lo mejor para ti. —Agito una mano en dirección a Olivia—. Y ser exigente ha merecido la pena. Tengo a la chica más sexy del mundo durmiendo en mi cama todas las noches.

—¿Pensé que no eras exigente?

—Puedo asegurarle, señor Beckett —empieza Sherry—, que Hank estará muy bien cuidado aquí. Sunset Living es el centro de vida asistida mejor clasificado de Vancouver. Se llevó muy bien con el personal durante su visita de la semana pasada, incluso ya hizo algunos amigos entre los residentes. Tu madre quedó muy impresionada con el centro.

Sí, sí. Ya lo he oído todo. No me dejaron venir porque no terminé la visita a los tres primeros lugares. Aparentemente, tengo un límite de nueve minutos antes de decir no y dirigir a todos fuera del edificio. Mamá dijo que ella se encargaría de la búsqueda, y todos menos yo estuvieron de acuerdo. Naturalmente, eligieron el siguiente lugar de la lista. Creo que Hank estaba cansado de buscar. Cree que es una carga, que nos impone a Olivia y a mí.

No lo es, pero ¿cómo evitar que una persona piense eso? Olivia es la que más ha tenido que cuidar de él desde que he estado dentro y fuera de la ciudad por las Finales de Conferencia.

Que ganamos, por cierto. En tiempo extra. En el séptimo partido. El primer partido de las finales de la Copa Stanley es mañana. Tengo toda la intención de traer a casa esa copa y hacer que Olivia pose desnuda con ella mientras hago un montón de fotos.

—Muy bien, señor Beckett. —Sherry me entrega un montón de papeles y señala con el bolígrafo una lista de fechas—. Este es nuestro calendario de pagos. El pago vence el primero de cada mes. Requerimos cheques posfechados o preautorización para retiro bancario. ¿Qué prefiere?

Noto el ligero temblor de las manos de Hank y cómo empieza a frotarse las palmas sobre los pantalones. Esto le incomoda, que yo pague. Pero, joder, el tipo cobra lo mínimo de setecientos dólares todos los meses de su pensión, y creo que las residencias asistidas que estaban en su rango de precios contagiaron un virus a mi MacBook cuando consulté sus páginas web. La decisión era obvia. Es mi familia y se merece el mundo; lo menos que puedo hacer es asegurarme de que lo cuidan en un buen sitio.

Supongo que Sunset Living es ese lugar.

—La cuenta, por favor. —Tomo el talonario y el bolígrafo que Olivia me da de su bolso—. ¿Puedo extender un cheque por todo el año y pagar por adelantado?

Sherry se queda boquiabierta y parpadea unas veinticinco veces.

—Eso no tiene precedentes. Normalmente, pagamos mes a mes porque nunca podemos garantizar... —Se detiene y mira a Hank, que sonríe.

—Puede que me muera antes de que acabe el año, es lo que quiere decir la señora, Carter.

—Joder... —Dejo caer la frente hasta que golpea el escritorio de metal blanco—. Eres irreal, viejo.

Cuando termino de firmar todo el papeleo y de entregar seis cheques posfechados para el resto del año, porque nadie salvo yo se cree que Hank sea inmortal, Sherry nos lleva a la habitación privada de Hank. Es grande y espaciosa y... blanca.

—¿Podemos pintar?

Olivia me mete el codo en la cintura. Sospecho que apuntaba a la caja torácica, pero no llega tan alto.

Palmeo la pared.

—¿Qué? Estoy imaginando una pared temática de los Vipers, toda azul y verde, quizá un mural mío con la copa encima.

—Tendrías que ganar la copa primero para que eso ocurra. —Olivia me dedica esa sonrisa irónica que tanto me gusta.

—Oh, voy a ganar esa puta copa. —Le rozo el pómulo con los labios—. ¿Y sabes que la gente come cereales en ella? Voy a comer tu...

—¡Carter! —Me tapa la boca con una mano.

No puedo decir si Sherry está incómoda o divertida. Hank está divertido; siempre lo está.

—Puedes pintar —Sherry empieza lentamente, probablemente asustada de lo que voy a pintar—. Pero exigimos que lo vuelvas a pintar de blanco o que pagues para que lo hagamos al final de la estancia.

—Te diré algo, hijo. —Hank me da una palmada en la espalda, mirando la pared como si pudiera ver lo mismo que yo—. Si ganas esa copa, te dejaré pintar lo que te dé la gana en mi pared. Podrías pintar un campo de margaritas y no notaría la maldita diferencia.

Abro la puerta corredera del balcón y salgo. Hay una mesita y un par de sillas.

—Mira esto, Hank. Está orientado al oeste. Puedes sentarte aquí y disfrutar de la puesta de sol.

Se ríe y me da un golpecito en el hombro.

—Vaya vista, ¿verdad?

Olivia pone los ojos en blanco y se marcha, murmurando algo sobre que somos unos inmaduros que nunca maduraremos.

Cuando terminamos, Sherry nos acompaña escaleras abajo, frotando el brazo de Hank.

—Bueno, Hank, estamos encantados de que te unas a nosotros la semana que viene. Pareces todo un personaje y tienes una familia maravillosa. Creemos que encajarás bien aquí.

Bueno, tal vez ella no es tan mala.

Menea las orejas de Dublin.

—Y tú, guapo. Estamos deseando que vengas de visita.

Hank se pone rígido un momento antes de tirar de la correa de Dublin y de la mano de Olivia, intentando apartarlos a ambos.

—*Bien-Sherry-gracias-¡adiós!*

—¿Visita? —Los persigo y vuelvo a mirar a Sherry—. ¿Qué quiere decir con visitas? ¿Hank? ¡Hank!

Joder, para ser un ciego con una rodilla lesionada, el tipo sí que sabe moverse.

—Hank. —Con mi mano en su brazo, le impido subir al auto—. ¿De qué está hablando? Dublin va a vivir aquí contigo, ¿no?

Olivia me empuja ligeramente con la cadera y ayuda a Hank a subir a la parte de atrás. Él se lo agradece en voz baja y ella le acaricia la mejilla antes de pedirme que suba. No quiero, pero lo hago, porque Olivia me toma de la mano y me lleva al lado del conductor.

—¿Qué está pasando? —pregunto, esta vez un poco más suavemente.

—Bueno. —Hank se retuerce las manos mientras Dublin le da un codazo en la mejilla—. Los perros pueden venir de visita.

—Pero...

—Pero no pueden quedarse.

—¿Qué? —Vuelvo a gritar. Me retuerzo en mi asiento y la mano de Olivia encuentra mi muslo—. ¿Por qué demonios no? ¡Estás ciego! ¡Lo necesitas! No pueden hacerlo.

—Tener mascotas como residentes permanentes es un pasivo para las residencias de ancianos —explica Olivia.

—¿Lo sabías?

—Tu madre me avisó. Íbamos a hablar contigo esta noche. —Su expresión dice que lamenta no habérmelo dicho enseguida—. El seguro para tener mascotas es astronómico, y hay gente a la que no le gusta...

—¿A quién no le gustaría esa cara? —Sigue gritando. También agitándose. Dublin ladea la cabeza como si no pudiera creer que no le gustara a alguien. Respiro con la intención de calmarme. No sé si funciona, pero al menos ya no estoy gritando—. Hank, no tienes que vivir aquí. Encontraremos otro lugar.

—Carter, es bastante común. Tu madre lo investigó. Y además... —encuentra la cabeza de Dublin, rascándose—, Dubs le ha tomado gusto a tener mucho espacio y un patio trasero estas dos últimas semanas. —Dublin apoya la cabeza en el regazo de Hank, y a éste se le dibuja una sonrisa triste en el rostro—. La verdad es que tendré mucha ayuda en casa. Ya no puedo cuidar de él yo solo, no como se merece.

—Pero, ¿adónde irá? —Me duele el pecho. Lo odio.

Hank se aclara la garganta.

—Sabes que odio pedirte cosas, y ya estás haciendo mucho por mí. Pero Dublin significa mucho para mí. Y Olivia se va a mudar y, bueno...

Mis ojos se posan en mi novia. Tiene esa mirada de cachorrito triste, una muy parecida a la que tiene Dublin, una que me dice lo mucho que desea que diga que sí.

—¿Quieres que llevemos Dublin?

—Si no es mucha molestia —aclara Hank—. Y si lo es, no hay problema. Tu madre dijo que lo haría encantada. Pensé que tal vez, siempre has querido un perro, y parece que lo quieres mucho.

—Así es —susurro—. Sí que le quiero. —Miro a Olivia. Va a ser su casa tanto como la mía, y es nuestra vida. No es una decisión que pueda tomar sola.

Levanta un hombro, conteniendo la sonrisa.

—Tenemos una cama suficientemente grande para un perrito o dos.

—Ya sabes. —Se ríe Hank, despeinando a Dublin—. Es un perro guía de medio pelaje, pero seguro que es un buen amigo.

Alargo la mano hacia el asiento trasero y le doy un apretón a Hank.

—Dublin siempre tendrá un hogar con nosotros.



—Parece tan hogareño. —Hank tiene las manos en las caderas mientras finge echar un vistazo a su nueva habitación.

Emmett se ríe, dándole una palmada en el hombro.

—Eres el mejor, Hank, quiero que lo sepas.

Adam se aleja del televisor que acaba de dejar sobre la cómoda mientras Garrett se mueve a su alrededor, con el sillón reclinable de Hank en sus brazos.

—¿Vas a escuchar el partido de mañana por la noche?

—¿Estás bromeando? —Se deja caer en su silla cuando Garrett lo lleva hacia ella—. Sexto partido; no me lo perdería por nada del mundo. Ni siquiera apago la tele cuando pierden horriblemente. —Su dedo recorre la habitación—. Pero será mejor que ganen y empaten esta serie. Tráiganlo a casa para el séptimo partido y gáñenlo en su ciudad.

—Ese es el plan. Te sentarás detrás del banquillo con Ollie, mi madre y mi hermana.

Sus ojos se iluminan.

—¿Y Cara? Me encanta esa mujer luchadora.

—Mi mujer luchadora estará allí —suspira Emmett—. Probablemente será la más ruidosa de toda la maldita Arena.

Una vez que los chicos se van, Hank, Dublin y yo nos relajamos en el balcón. Hace un día precioso en Vancouver, todo cielo azul y sol, y se vuelve mil veces más bonito cuando Olivia entra por la puerta con una enorme sonrisa que me ilumina por dentro.

—He traído la comida —exclama, sacando de la maleta una gran ensalada griega y unos rollitos. Rebusca en su mochila y saca tres botellas—. ¡Y té helado!

—Mi favorito —dice Hank mientras envuelve una botella con la mano.

—Atrás —le digo—. Sé que estás hablando de mi chica y no del té helado.

Se ríe dentro de la botella mientras Olivia desenvuelve su pita y se la pone delante.

—Joder.

—Eres un ángel. —Aprieto mis labios contra los suyos—. ¿Cuánto tiempo tienes?

—Solo veinte minutos si quiero volver a tiempo para mi próxima clase.

—Supongo que la verdadera pregunta es si quieres o no. —Muevo las cejas, una invitación a faltar a clase.

—Solamente una semana y media más.

—Entonces te tengo para mí todo el verano.

—Odio decírtelo, hijo —dice Hank—, pero tienes que compartirla con el resto de nosotros.

—No tengo que hacer una mierda. La he estado compartiendo con un montón de adolescentes calientes todo el año. Ya he hecho mi parte.

Hank sonríe, sus ojos brillan bajo el sol.

—No me puedo creer que vayan a vivir juntos oficialmente en cuestión de días. Me alegro mucho de que se hayan encontrado. —Pone su mano sobre la de Olivia cuando ella le da un apretón—. ¿Estás triste por despedirte de tu casa?

Olivia se lo piensa un momento, masticando. Sus ojos encuentran los míos y sonríe, moviendo la cabeza con entusiasmo.

—Sinceramente, no. Pensaba que sí, pero la verdad es que nunca me he sentido como en casa. Estoy deseando compartir un hogar con Carter. —Me guiña un ojo—. Pero sobre todo no puedo esperar a tener siete chimeneas.

—Mhmm. —Meto la mano bajo la mesa, deslizándola por debajo de su falda y acariciando su muslo—. Sigue hablando, chica Ollie. —Sigo mi camino pero me detengo y hago una mueca cuando no puedo llegar a donde voy—. ¿Qué carajo es esto?

Se echa hacia atrás, mostrándome sus tonificadas piernas bajo la falda verde militar que lleva.

—Es un skort.

—¿Un skort? ¿Qué carajo es un skort?

—Un artilugio para calientes como tú. —Se ríe para sí misma, alisando la tela elástica—. Es una falda con pantalones cortos debajo. Perfecto para dar clase de gimnasia en verano.

—No me gusta. —No es fácilmente accesible—. Quítatelo.

—Seguro que a los chicos les encantaría. —Me pone a prueba con una ceja arqueada.

Joder.

—No. Déjatelo puesto.

Hank suspira.

—Nunca me he sentido más ciego que ahora.

Olivia sólo se come la mitad de su pita, así que cuando termino mis dos, devoro el resto de la suya.

Se quita las sandalias y mueve los dedos antes de presionar su pie desnudo contra el mío.

—Tus pies son enormes.

—Tus pies son como los de un bebé —respondo.

Frunce el ceño, descarada y poco impresionada.

—¿Sabes lo que dicen de los pies gigantes? —Le susurro besándole la comisura de los labios.

—Ego gigante.

—Polla gigante —decimos Hank y yo a la vez, ganándonos un jadeo indignado de mi encantadora chica.

—Sinceramente. —Olivia se levanta, recogiendo la basura mientras sacude la cabeza—. Es un milagro que no sean parientes.

—Lo más probable es que tus hijos sean como él —suple Hank.

—Estupendo. Me muero de ganas. —Mira el reloj y suspira—. Tengo que irme.

—Te acompaño —le ofrezco—. ¿Te apetece dar un paseo, Hank? El río está justo en el parque, calle abajo.

Asiente, y Dublin corre a su lado mientras se levanta.

Afuera, veo a Olivia subirse al asiento delantero de la camioneta con facilidad. Lo ha dominado en los últimos meses.

—Sabes, para ser alguien que se resistió tanto a conducir esta cosa, parece que te encanta. —Hago ademán de mirar a mi alrededor—. No veo nada de nieve.

Se inclina sobre el volante, abrazándolo contra su cuerpo.

—Me he acostumbrado a la fuerza que da estar tan arriba. La quiero; no me la quites.

Nunca lo haría, por supuesto. Me dejó follarla en el asiento trasero hace unas noches. Conduje cincuenta minutos hasta el autocine sólo por una excusa para hacerlo.

—Ni lo sueñes. —Tomo su barbilla entre mis manos y beso sus labios perfectos tres veces—. Nos vemos en casa, calabaza.

Hank está callado durante el camino al parque, y por eso sé que quiere decirme algo. Me da la razón en cuanto su culo toca el banco a la orilla del río.

—Sabes, siempre supe que había alguien ahí fuera para ti, pero no podría haber imaginado una pareja más perfecta que esa chica de ahí atrás. Eres un osito de peluche para Ollie.

—La amo. —Puede que sea mi única excusa, pero es una buena. Ella me ayudó a convertirme en una persona de la que estoy seguro mi padre estaría orgulloso. No estoy seguro de que hubiera encontrado esa versión de mí mismo si ella nunca hubiera entrado en mi mundo y me hubiera puesto a prueba.

—Sé que lo haces. No hay nada más obvio en este mundo que lo mucho que se aman. —Se pasa una mano por la boca—. ¿Y cuándo vas a pedirle a esa chica que se case contigo?

Miro fijamente el agua cristalina, la forma en que el sol la hace brillar. La brisa la hace ondular, corriendo lenta y silenciosamente por la corriente.

—Pronto.

Hank echa la cabeza hacia atrás, riendo. Chasquea la lengua.

—El amor verdadero no espera a nada y está claro que no sigue una línea temporal.

Mis dientes encuentran mi labio inferior y reprimo el impulso de roerlo.

—Nunca había pensado en el matrimonio antes de Olivia.

—Pero lo piensas ahora. Con ella.

Sí. Lo hago. Todo el tiempo.

—No puedo imaginar mi mundo sin ella en él.

—Eso suena como *pronto* para mí, hijo.

Muy pronto.

45

OREOS PROHIBIDAS, TRAICIÓN Y GANANCIAS

Olivia

—¿Cree que van a ganar mañana, señorita Parker? —Brad se apoya en la puerta del almacén y me observa cargar el equipo de la clase. Sería maravilloso si dejara de estar parado y mirando mientras habla, ese es su modus operandi, así que no puedo imaginar que cambiaría ahora en sus últimas semanas en la secundaria.

La próxima semana son los exámenes, lo que significa que el semestre está terminado. La mayor parte del tiempo hemos estado jugando al aro y sentados en las gradas mientras no hablamos más que de hockey.

—Creo que sí. —*Eso espero.* Carter está ilusionado. Todo ha sido Hank y charlas de hockey en la casa, además de trasladar mis cosas. No sé de dónde saca el tiempo, pero los días que está en la ciudad, llego a casa del trabajo y descubro que Carter ha estado en mi casa, trajo otra caja con mis cosas a su casa. *Nuestro hogar.* Se siente raro decir eso—. Nunca había visto a los chicos tan serios.

Es casi inquietante, como si estuviera caminando por la zona del crepúsculo. En las noches libres, el equipo se reúne en el sótano, mira videos de sus juegos anteriores, habla sobre dónde se equivocaron y cómo pueden mejorar. No hay alcohol, ni comida chatarra y muy pocas risas.

Lo que más me molesta es la falta de comida chatarra. Carter no ha comido galletas Oreo desde mediados de mayo. Estamos a una semana y media de julio. Me sorprendió metiendo un poco en mi bolsa de almuerzo ayer por la mañana y la expresión de su rostro era de total traición. Pero el paquete ya estaba abierto. Sería una farsa dejarlos obsoletos.

—Creo que ganarán. —Brad se empuja desde la pared, recoge pelotas del suelo y las arroja a la canasta. Su sonrisa me dice que mi expresión debe

430

ser muy divertida—. Los muchachos y yo veremos el juego fuera de la Arena el viernes si llegan al séptimo juego. Están colocando pantallas. Vamos a meter alcohol en nuestros pantalones cortos.

—No me digas eso, Brad. —*Yo haría lo mismo si tuviera dieciocho años*—. Además, los bolsillos son el primer lugar donde buscará la seguridad.

—Gracias, señorita Parker. —Se ríe Brad, cerrando la puerta para mí. El niño incluso se tira al suelo para colocar la cerradura en su lugar.

Me limpio una lágrima inexistente del ojo.

—¿Estás creciendo?

Su cabeza gira mientras me sigue a mi oficina, me observa agarrar mi bolso y camina a mi lado por el pasillo.

—Lamento haberte hecho pasar un momento difícil este año.

—Fue divertido. —Sonríe y saludo a un grupo de chicas que se despiden en voz alta—. Nada que no pueda manejar.

Brad atraviesa la salida y mantiene la puerta abierta.

—Para que lo sepas, fuiste la mejor profesora que he tenido. Nos trataste como personas reales, no como un grupo de niños con los que tenías que trabajar todos los días para llevarte un sueldo a casa. Hiciste que la escuela fuera divertida. —Me felicita—. Gracias, señorita Parker.

Si no fuera un desastre emocional a veces, mi nariz no sentiría un hormigueo como si quisiera llorar. Aclarándome la garganta, me subo a la camioneta de Carter que he adoptado extraoficialmente, sonriendo por cuarta vez ante la nota que metió en el portavasos en algún momento entre anoche y esta mañana. Definitivamente no es apropiado para el trabajo, así que tengo que desplegarlo diecisiete veces antes de llegar a lo bueno.

Te comeré como el último trozo de pastel de calabaza el Día de Acción de Gracias cuando llegues a casa.

No es por eso que corro a casa. Eso sería porque se va esta noche para el partido de mañana y quiero pasar todo el tiempo que pueda con él. Ha estado hecho un desastre esta semana entre la preocupación por la mudanza de Hank y la final. Anoche perdieron en el hielo en casa y él fue muy duro consigo mismo. Ya habían estado en la final una vez, el primer año de Carter como capitán, y se culpa a sí mismo por su derrota, diciendo que era demasiado inexperto para ser el líder que necesitaban.

—Nenaaaaa —llama Carter desde la sala de estar en el momento en que entro por la puerta, con Dublin a mis pies, lamiendo mis dedos mientras me quito las sandalias.

Lo encuentro tirado en el sofá, con los brazos en alto, agarrándome las manos.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí. Puedes plantarte bien... —señala agresivamente el bulto de sus pantalones cortos— ...aquí. —Hace un gesto hacia su rostro—. Aquí también sería aceptable.

—Chico sucio. —Me subo encima de él. Independientemente de su petición, sus brazos me rodean, tirando de mí hacia mi costado, metiendo mi cuerpo en el suyo. Paso mis dedos por su cabello y bajo por su espalda—. ¿Estás nervioso?

Asiente, sus labios tocan mi cuello mientras pasa una pierna alrededor de las mías, apretándolas entre las suyas.

—Ojalá pudieras venir. Te necesitaré si perdemos.

Mi pecho se aprieta.

—Lo siento, Carter.

—Sé que tienes que trabajar. Está bien. Te voy a extrañar, pero siempre lo hago. ¿Te quedarás despierta para hablar conmigo después?

—Siempre estoy a solo una llamada de distancia. —Echando su cabeza hacia atrás, beso sus labios. Últimamente ha estado más necesitado que de costumbre, más suave, lo que casi parece imposible. Aunque tiene una vena dominante kilométrica, en su mayor parte es solo un gran y tierno osito de peluche. Pero el estrés de todo lo que ha estado sucediendo y todas sus responsabilidades lo están agobiando, y puedo ver lo mucho que necesita este próximo descanso.

—Adam me recogerá para ir el aeropuerto en una hora y solo quiero acurrucarte hasta entonces.

—Eso suena bien. —Deslizo mi mano entre nosotros y le doy una palmadita en el vientre cuando elige este momento para retumbar—. Pero probablemente deberíamos traer algo de comida aquí antes de que tengas hambre.

Preparo un salteado rápido mientras Carter me cuenta cómo instaló a Hank en su nuevo lugar. Lloró cuando se despidió de Dublin, lo que me emociona. Más aún cuando miro hacia Dublin, acostada a los pies de Carter en la isla de la cocina. Pero Carter dice que Hank parece feliz y eso es todo lo que importa. Haremos todo lo posible para asegurarnos de que Hank y Dublin sigan pasando mucho tiempo juntos, y me alegro de que esté a solo diez minutos en auto.

Carter está probando su segunda ración cuando me hace una pregunta, mirando su plato. En realidad, son varias preguntas, expresadas en forma de vómito, que normalmente es mi fuerte, no el suyo.

—¿Quieres casarte? ¿Qué tipo de boda quieres? ¿Grande? ¿Pequeña? ¿Pastel de chocolate o de vainilla? —Hace un ruido, como si no pudiera creer que haya preguntado eso—. Esa es una pregunta estúpida. —Gira la mano y coloca la palma boca arriba en el aire—. Chocolate, obviamente. Quizás decorado con esas diminutas Oreos. O las grandes. Doble relleno.

Levanta la cabeza para mirarme sólo después de que el silencio se ha extendido entre nosotros durante unos buenos diez segundos. También es un aumento lento, vacilante, tal vez un poco nervioso, y observo una mancha rosada que sube por su cuello y se acumula en sus mejillas, lo cual, de nuevo, suele ser común para mí, no para él.

El silencio se rompe cuando me ofrece una sonrisa torcida y tambaleante, y empiezo a reírme, inclinándome sobre el mostrador, porque ¿qué diablos está pasando ahora mismo? Sea lo que sea, parece aterrorizado y adorable a partes iguales.

—Carter —de alguna manera logro decir a través de un ataque de risa que me roba el aliento—. ¿Es esta tu manera de pedirme que me case contigo?

—¿Qué? —Su cabeza se sacude furiosamente—. No.

—Oh. —Recupero el aliento y bajo de mi euforia momentánea—. Bien. —Sabía que no lo era. Obviamente. Es demasiado pronto.

Con los dientes blancos mordiendo su labio inferior, Carter me lanza una sonrisa que parece tortuosa y diabólica mientras se pone de pie lentamente, rodeando la isla para detenerse frente a mí. Gira un rizo rebelde alrededor de su dedo índice antes de colocarlo detrás de mi oreja, abriendo un camino con el tacto por mi cuello y mi clavícula.

—¿Me conoces siquiera? Necesito una audiencia. Necesito estilo. Necesito avergonzarte muchísimo. —Sus dedos se clavan en mis caderas mientras me empuja contra el frío mostrador de piedra—. Cuando te proponga matrimonio, todo en el maldito mundo lo sabrá, y tú estarás allí de pie con tu hermoso rostro enterrado en tus manos, porque estoy seguro de que no me quedará callado al respecto, y tú dirás, *Carterr, basta. Me estás avergonzando.*

—No es así como sueno. —Es todo lo que puedo manejar ahora.

Su rostro se hunde, sus labios tocan la comisura de mi boca, mi mandíbula, mi oreja.

—Es exactamente como suenas.

Sus dedos se enroscan en mi cabello, tensando mi cabeza.

—Un día te pediré que te cases conmigo. Vas a decir que sí, porque esa es la única respuesta aceptable, no, no es una opción. —Me muerde el labio inferior y su mano recorre mi brazo, dejando la piel de gallina a su paso—. Y luego me casaré contigo delante de nuestra familia y amigos, y tú serás la señora Beckett, y te follaré tan fuerte esa noche que lo sentirás en tu garganta por primera vez resto de tu vida.



—¡Jeremy!

El grito de Cara nos sobresalta a todos y cada uno de nosotros. Alannah arroja el cuenco de palomitas de maíz en su regazo, Dublin se apresura a limpiarlo y Kristin casi derrama toda su copa de vino sobre Jem, que juega a sus pies. Nunca había visto a Jeremy lucir más aterrorizado que ahora, con los ojos muy abiertos y el cuerpo inmóvil.

—¡Es un simple pliegue de cuarenta y cinco grados! ¡Cuarenta y cinco grados! ¡Un niño podría hacerlo!

—Puedo hacerlo, Care —dice Alannah con confianza, hinchando su pecho.

—Sí, gracias, Alannah. —Cara extiende el brazo y le levanta una ceja a Jeremy—. ¿Ves? Tu hija puede hacerlo. —Sus ojos se abren cuando Alannah alcanza la cartulina—. ¡Espera! No. Tienes dedos mantecosos con palomitas de maíz, eso no funcionará.

Cara mira alrededor de la habitación mientras Alannah frunce el ceño ante sus manos.

—Jennie. —Ella chasquea los dedos—. Tienes dedos delicados y ágiles. Dios sabe cómo, tu hermano tiene unos malditos dedos de salchicha. Lo harás.

—Oh, qué bueno —murmura Jennie, plantándose en el suelo alrededor de la mesa de café, agarrando una pila de cartulina—. Justo lo que esperaba.

Cara entrecierra los ojos y Jennie le dedica esa sonrisa característica de Beckett, encantadora y con hoyuelos. Funciona con todos, incluso con Cara. Incluso en este momento.

Cara ha estado gritando toda la noche. Ella pensó que tendría más sentido si trabajáramos en *sus recuerdos de boda* mientras veíamos el partido. Ella es la única que pensó que era una buena idea, pero todos tenían demasiado miedo para decírselo. Al menos sólo tenemos que trabajar entre periodos; está demasiado ocupada gritándole al televisor el resto del

tiempo. Alannah, Jem y Hank son los únicos que tuvieron la suerte de no participar. Y supongo que ahora Jeremy.

Faltan once días para la boda de Cara y Emmett, dos domingos, el día antes del Día de Canadá. Cara está muy nerviosa y ha alcanzado un nivel completamente nuevo en las últimas semanas. Se quedó anoche después de que los chicos se fueron a Nueva York e insistió en dormir conmigo. Estaba muy feliz de tomarse una foto en la cama de Carter y enviársela.

Ella también vino a trabajar conmigo hoy. Escuchaste bien. Dice que no puede hacer ningún trabajo para la boda mientras esté en casa porque le recuerda a Emmett y lo extraña. Así que se sentó en el suelo del gimnasio mientras los niños la ayudaban con los números de las mesas. Estoy agotada.

—Cara, si todavía fuera joven y guapo, me casaría contigo. —Hank cree que Cara es la persona más divertida del mundo.

—Aún eres guapo —señala Cara—. Y te ríes de todos mis chistes inapropiados. Haríamos una gran pareja. Pero siempre he quedado en segundo lugar después de Irlanda, y ahí radica el problema. Cara, el futuro Brodie, nunca queda en segundo lugar.

Jennie deja escapar un profundo suspiro, con los ojos desorbitados ante la pila de cartulina que tiene delante.

—¿Cuántos más de estos tenemos que hacer?

—Creo que es divertido —dice Holly, la madre de Carter—. Me encanta hacer este tipo de cosas. Quizás pueda volver a hacerlo en un futuro próximo para alguno de mis hijos. —Sus ojos se mueven descaradamente hacia mí, haciendo que Jennie y Cara resoplen.

—No voy a ayudar con una mierda cuando tú y Carter se casen. —Se queja Jeremy, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Ya es bastante malo tener que hacerlo para mi propia boda.

Alannah se pone de pie y apunta con el dedo a su padre.

—¡Dos dólares para el frasco de malas palabras! ¡Paga, amigo! —Ella le quita el dinero de las manos reacias a Jeremy y luego se coloca entre Hank y Dublin—. Mami dijo que esta semana puedo quedarme con todo el dinero de las malas palabras de papá. Estoy ganando mucho porque está muy estresado por los partidos de hockey. ¿Qué debería comprar?

Hank se toca la barbilla.

—¿Qué tal si vamos por hamburguesas con queso y helados?

Su rostro se ilumina.

—¿Chocolate caliente?

—Con *extra* de chocolate caliente.

La preparación de la boda se olvida cuando comienza el tercer período y Cara pasa de gritar a guardar silencio, lo cual da mucho más miedo. Está sentada en el sofá, con una rodilla en el suelo y las uñas en la boca mientras mira la pantalla. No creo que ella siquiera esté parpadeando. Están empatados a dos goles cada uno cuando sólo quedan tres minutos de partido.

Es cuando Emmett se enreda con dos jugadores del otro equipo y su palo se desliza entre una de sus piernas que las cosas se calientan. El árbitro levanta la mano y hace sonar su silbato, indicando a Emmett hizo una zancadilla, aunque claramente no fue intencional.

—*¡Eso es una puta mierda!* —grita Cara y se pone de pie de un salto—. ¡Mierda! ¡Fue un maldito accidente! Vete a casa, árbitro; ¡estás borracho! —Saca un billete de diez dólares de su bolsillo trasero y lo golpea en la mano expectante de Alannah sin mirarla—. Quédate con el cambio; lo vas a necesitar.

Estoy demasiado nerviosa para prestar atención a otra cosa que no sea el juego. Es vida o muerte; ganar y pasar al séptimo partido, tener una oportunidad más de ganar la copa o perder y volver a casa. Y ahora tienen que matar un penalti de dos minutos cuando quedan menos de dos minutos y medio de partido. Las probabilidades no son grandes. Ambos equipos están en llamas esta noche.

Carter está ocupado discutiendo con el árbitro sobre la decisión cuando su entrenador pide un tiempo muerto. Cambia las líneas, enviando a algunos tipos enormes que logran mantener el disco lejos de la red mientras el equipo contrario rodea nuestro lado implacablemente, y con cincuenta segundos restantes, Carter y Garrett se lanzan sobre las tablas desde el banco.

Carter grita órdenes, se abre camino entre un jugador y los tableros, lucha por el disco y, cuando se libera, se lo envía a través del hielo hacia Garrett.

Garrett lo levanta de los tableros, alrededor de otro jugador, y lo recoge del otro lado antes de pasárselo a Carter, quien lo recibe justo antes de entrar al lado defensivo.

La sanción de Emmett finaliza faltando dieciséis segundos en el reloj. Irrumpe por la puerta, gritando llamando a Carter. Carter gira alrededor de un defensor, el disco se mueve tan rápido, con tanta fluidez entre la parte delantera y trasera de su palo que apenas puedo verlo. Sin siquiera mirar a Emmett, desliza el disco hacia atrás y hacia la izquierda.

Emmett se levanta cuando el disco se lanza hacia él, y en el momento en que golpea su palo, se eleva por el aire.

Gritos espeluznantes ahogan todo lo que me rodea mientras el timbre se ilumina en rojo y los Vipers de Vancouver inundan el hielo, cayendo formando una gran pila azul y verde.

Ganaron. Regresan a casa y van por la copa.

46

PUEDES HACER LO QUE QUIERAS

Olivia

La velocidad con la que corro a casa desde el trabajo el jueves para ver a Carter es vergonzosa. Tropiezo con mis propios pies cuando irrumpo en la casa y llamo su nombre.

Me arrodillo para darle premios de Dublin mientras me lame el rostro, y sigo llamando a Carter mientras me muevo por la casa.

No está en casa. Su bolso de viaje sobre la cama me dice que ha estado en casa en algún momento, y hay una sola rosa sobre mi almohada junto a un pequeño paquete de galletas Oreo cubiertas de chocolate, decoradas con mini M&M. Al lado de las golosinas hay un trozo de papel.

Gane o pierda mañana, no tendré que pasar ni una sola noche lejos de ti durante los próximos tres meses, y nada me hace más feliz.

Jodidamente te amo.

Guardo la nota en la mesita de noche con todas las demás que me deja y saco mi teléfono de mi bolsillo mientras bajo las escaleras con mi rosa y mis galletas.

*El hombre más sexy del mundo: Hola princesa. Lo siento, no estoy en casa. *emoji triste* el entrenador nos hace repasar algunas imágenes. Recogeré la cena de camino a casa. Te amo *emoji de beso* *emoji de lengua**

Soy codiciosa y no quiero esperar más para verlo. Pero guardo mi tristeza irracional y le pongo la correa a Dublin, llevándolo a caminar por uno de los senderos boscosos antes de acurrucarnos en el sofá con

438

repeticiones de *The Office*. Dublin sale inmediatamente, exhausto por la caminata, y no me toma mucho tiempo seguirlo.

Me despierto y alguien juguetea con mis dedos, apenas notando a Dublin saltando del sofá. Parpadeando para alejar la visión borrosa, mi mirada encuentra a Carter mientras se pone de pie. Me está sonriendo, chupando un maldito *Ring Pop* de todas las cosas.

—Pensé que habías dejado la comida chatarra. —Las palabras suenan atontadas mientras trato de sentarme. Quiero saltar a sus brazos, pero mi cuerpo no coopera. Anoche hablamos por FaceTime mucho después de la medianoche, al igual que Cara y Emmett (en otra habitación, por una buena razón) y luego tuve que lidiar con Cara en el trabajo nuevamente todo el día de hoy. Cansada no comienza a describir cómo me siento. Mi único consuelo es que Cara dormirá en su propia cama esta noche.

—Es una celebración. Es el fin de semana en que esta casa se convierte oficialmente en nuestro hogar familiar, y el fin de semana traigo la copa a casa. —Hay tanta alegría en su expresión, una emoción infinita bailando en sus ojos, y eso sólo estimula mi propia felicidad.

—Honestamente, no puedo decir qué es lo que más me entusiasma. —Mis brazos vuelan sobre mi cabeza mientras bostezo y noto la pesadez en mi mano izquierda.

—Estás conmigo. Para siempre.

Escucho las palabras. Lss aprecio muchísimo. Pero estoy demasiado ocupada mirando el *Ring Pop* rojo que me ha pegado en el dedo anular.

—¿Por qué tengo un anillo de caramelo en el dedo?

Carter sigue sonriendo como un idiota, un idiota dulce y guapo. Se chupa el anillo y se lo lleva a la boca.

—Sólo quiero fingir que eres mía.

—Soy toda tuya. —¿No hemos cubierto esto?

—Por toda la eternidad, quiero decir. —Carter toma mi mano y su dedo recorre mis uñas antes de deslizarse hacia el anillo. Sus brillantes ojos verdes encuentran los míos, vivos y radiantes—. Así que esto es temporal hasta que lo reemplace por uno que no puedas comer.

—Www... —Me detengo, porque simplemente no puedo. No estoy segura de lo que intento decir. Hemos hablado sobre el matrimonio, pero esto parece... *más*. No puedo explicarlo y mi boca asiente, por eso mi mandíbula se abre y se cierra varias veces.

Con una tierna sonrisa, Carter toma mi rostro.

—Eres la más linda cuando te dejo sin palabras. —Me toma en sus brazos y se dirige hacia las escaleras—. Ahora vámonos. Necesito mostrarte cuánto te extrañé y mi polla necesita hacer un hogar dentro de ti.



Carter ya se fue a patinar por la mañana cuando me despierto. Apenas durmió anoche, sus manos pasaron la mayor parte de la noche recorriendo ansiosamente mi cuerpo. Juraría que podía oír las ruedas girar, sus nervios por el partido de esta noche se apoderaban de él. No fue hasta las dos, cuando me di vuelta en sus brazos, pasé mis dedos por su cabello y por su espalda, que finalmente se quedó dormido.

Aunque solo dormí cinco horas y normalmente necesito ocho para funcionar, esta mañana me siento excepcionalmente alegre. Tenía un día libre para usar antes de que terminara el año escolar, y puedes apostar tu trasero a que lo tomé hoy. Eso también significa que no me quedan viernes laborales ya que los exámenes solo duran hasta el jueves de la próxima semana. Cuatro días laborables más y estoy en casa libre.

Dublin y yo regresamos para disfrutar del sol mientras desayuno, y cuando Carter entra por la puerta, estoy hablando por teléfono con Cara por segunda vez esta mañana, discutiendo qué ropa debería usar esta noche.

—Una parte de mí quiere ser súper sexy para Em esta noche y simplemente usar una de sus camisetas y tacones, pero luego me preocupa que haga frío en la Arena. Y además, ¿es inapropiado? Es enorme, así que me cubre el trasero.

—Inapropiado —murmuro cuando Carter se acerca detrás de mí, abrazándome por la cintura y besándome el cuello. Se da unas palmaditas en el pecho y cuando Dublin salta, Carter lo levanta en brazos y lo carga como si fuera un bebé en lugar de un perro de treinta kilos.

—No eres divertida. —Puedo escuchar el puchero de Cara a través del teléfono.

—Soy muy divertida, pero no tengo ningún deseo de mostrar accidentalmente a ninguna persona o cámara mi trasero o mi vagina.

Los ojos de Carter se entrecierran, las cejas se juntan mientras dice con su voz enojada *Sólo para mí*. Su rostro se ilumina como una máquina tragamonedas cuando coloco su desayuno en un plato, y de alguna manera se las arregla para sentarse en un taburete, mantener al perro en su regazo y devorar su comida, todo mientras tararea alegremente.

—Apuesto a que Carter apreciaría que no usaras nada más que su camiseta.

Los labios de Carter se fruncen mientras considera la palabra de Cara. Su cabeza comienza a balancearse y ronronea con satisfacción mientras mastica su tostada.

—Sólo en nuestra casa.

—Escuchen ustedes dos —dice Cara efusivamente—. *Nuestra casa.* Son adorables. Mira, Liv, desde el principio te dije, Carter Beckett es una buena noticia. Sabía que serían la pareja perfecta.

—No es exactamente así como recuerdo que fue esa conversación. De hecho, recuerdo claramente que me hiciste una llave en la cabeza y me gritaste ¡no! —Le doy unas palmaditas en el pecho a Carter cuando hace pucheros—. Está bien. Nos tomó un poco de tiempo pero llegamos a donde necesitábamos estar, ¿no?

Antes de que pueda captar la respuesta de Cara, Carter me quita el teléfono de la mano.

—Está bien, tranquila, Liv necesita irse ahora. Nos vemos esta noche.

—¡Pero tengo que hablar con ella sobre mi boda! —La oigo gritar, pero Carter cuelga la llamada y deja mi teléfono.

Sus brazos me rodean, acercándose.

—¿Crees que ella también será una pesadilla para nuestra boda?

—Creo que simplemente le entregaré las riendas y la dejaré hacer lo que quiera. Será más fácil que pelear con ella.

—Mmm. —Con las manos en los bolsillos de mis pantalones cortos, Carter me gira de lado a lado—. Buena idea. Nos gusta mantener a la loca de Cara en su jaula.

Suspirando, me acurruco contra su pecho.

—Alguien ya la dejó salir y es aterrador.

Carter se ríe, un sonido áspero y retumbante que calienta mi cuerpo. Sus manos se deslizan sobre mis caderas, sumergiéndose bajo el borde de mi camisa, subiendo por mis costados.

—Me encanta que te hayas tomado libre hoy para poder darme sexo de buena suerte antes del partido.

—No es por eso que me tomé libre hoy, Carter.

—Shh, shh, shh —susurra. Me levanta sobre el mostrador y arrastra mi camisa lentamente sobre mi vientre. Levanto los brazos para dejar que se lo quite y sus ojos brillan cuando me mira—. Buena suerte con el sexo.

Y buena suerte, porque Carter marca el primer gol del partido apenas cuatro minutos después del primer tiempo. A mitad del tercer periodo, los Vipers están arriba tres a dos, Cara está perdiendo su siempre amorosa mente, Hank ha dicho repetidamente que se alegra de estar ciego porque está demasiado nervioso para mirar, y Holly casi se arranca el cabello. Las palabras ya no son posibles para mí. Siento que voy a vomitar por los nervios

y Jennie está recostada en su silla, masticando *Regaliz* como si no le importara nada en el mundo.

Hasta que alguien sujeta a Carter contra las tablas por detrás cuando tiene la cabeza gacha y los ojos enfocados en el disco. Afortunadamente, se lo sacude y vuelve a ponerse de pie, pero el silbato ya ha sonado y Jennie no lo acepta.

Se pone de pie de un salto y me lanza el regaliz mientras golpea el cristal con las palmas.

—¡Tira a ese cabrón al área de penalti! ¡Vuelve a Nueva York! ¡Aquí jugamos hockey de verdad, maldito idiota!

Resoplo y Carter tiembla de risa mientras se sube al banco. Emmett golpea el vaso y grita, animando a Jennie, y Garrett mira a Jennie con esa pequeña media sonrisa mientras se arrastra por el banco.

Carter recibe una rápida revisión de su entrenador para asegurarse de que todo esté bien. Una vez que me da el visto bueno, me guiña un ojo y encuentra la manera de hacer que echarse agua en la boca parezca la cosa más sexy del mundo.

—¡Sí, quédate ahí sentado! —le grita Jennie al infractor mientras éste se dirige al área de penalti—. ¡Ponte cómodo allí, imbécil, porque esa será tu casa durante los próximos cinco minutos! —Se deja caer en su asiento y me arranca el regaliz de la mano—. Maldito imbécil. —Ella mira en mi dirección con una sonrisa deslumbrante y con hoyuelos—. Tengo un poco de mi hermano mayor enterrado en algún lugar muy profundo.

Tomo un Twizzler de su mano.

—Sí, ciertamente puedo ver eso.

El portero de los Rangers está prácticamente de cabeza esta noche y se las arregla para detener cada uno de sus disparos durante los próximos cinco minutos. Con el penalti cumplido y apenas quedan unos minutos de partido, seguimos ganando por uno.

Hasta que ya no lo estemas. Cuando quedan treinta segundos, se libra una batalla por el disco detrás de la red. La cabeza de Adam se mueve violentamente, tratando de seguirla cuando otro jugador entra, roba el disco y lo desliza justo por su pie.

El juego está empatado. Vamos al tiempo extra.

Adam está hecho un desastre cuando el período llega a su fin, y Carter pasa un brazo sobre sus hombros mientras atraviesan el túnel de jugadores para un descanso rápido y reagruparse. Quince minutos más tarde, con el hielo listo para funcionar y el ruido sordo de la música que eleva mi ansiedad por las nubes, escucho la voz retumbante de Carter.

Todos los que están lo suficientemente cerca se reúnen alrededor para ver su discurso, el equipo se alinea contra la pared mientras Carter camina a lo largo del túnel, apuntando con su palo, golpeando sus cascos, animando a sus muchachos.

—Hemos llegado demasiado lejos como para dejar que esto se escape. La transformación que hemos hecho desde el primer día hasta aquí es increíble. Nunca antes me había sentido más orgulloso de un equipo y déjame decirles algo: ¡este es un jodido equipo!

—Oh Dios —murmuré accidentalmente en voz alta. El calor me recorre y apenas resisto el impulso de abanicarme el rostro.

—Nunca me he sentido más atraída por Carter en mi vida —respira Cara.

—Literalmente le dejaré hacer lo que quiera conmigo esta noche. —Lo quiero decir pero no en voz alta, y probablemente por eso me gané un codazo de Jennie en las costillas—. Lo siento. —Miro a Holly, ella levanta los hombros.

—Estoy contando los días hasta convertirme en abuela.

Muy bien entonces.

La voz de Carter se hace más fuerte y yo sigo calentándome.

—¡Podemos hacerlo! ¡Eso es todo! ¡Este es el equipo! ¡Mi maldito equipo! ¡Mis hijos! ¡Amo a este maldito equipo, así que salgamos y traigamos esta maldita copa a casa! ¡Hagámoslo, muchachos!

El túnel estalla cuando Carter los lleva al hielo, golpeándole el trasero a cada uno de ellos. La multitud se vuelve salvaje cuando su equipo local toma el hielo para la prórroga en la Copa Stanley.

Carter me hace señas antes de pisar el hielo. Se toca la mejilla.

—Beso de buena suerte.

—Oh, cariño. —Tomo su rostro entre mis manos—. No necesitas suerte. —Beso sus labios, luego su mejilla—. Ahora saca tu dulce trasero.

Su sonrisa torcida es eléctrica y le dibuja los hoyuelos.

—¿Y marcarte un gol?

—Eh. Sólo si te apetece.

Deberías saber (si aún no lo sabes) que Carter es una fuerza imparable cuando está motivado. El hombre es el ser humano más implacable que he conocido. No, no es una opción para él, si lo quiere, encontrará la manera de hacerlo realidad.

Es por eso que despegas como un rayo en su segundo turno, corriendo por las tablas después de que se suelta el disco. Su cabeza apenas se inclina

en ambas direcciones, mirando por encima del hombro a sus compañeros de línea mientras se mueve con fluidez sobre el hielo, pero no están con él.

—¡Es tuyo! —grita Emmett desde atrás.

Toda la Arena está de pie.

—¡Todo tuyo, bebé! —Garrett corre hacia su derecha, siguiéndolo—. ¡Déjalo volar!

Y la multitud guarda silencio.

Mi corazón está en mi garganta mientras veo a Carter deslizarse sin esfuerzo por un defensor y luego girar alrededor del otro. Holly me agarra la mano con tanta fuerza que las puntas de mis dedos están entumecidas. Cara y Jennie tienen sus rostros pegados al plexiglás, y Hank tiene el suyo enterrado en sus manos, no estoy segura de con qué propósito.

Carter termina su giro con estilo, levanta un pie del suelo y toma nota del delantero que vuela hacia él, listo para enviarlo directo a las tablas. Pero Carter parece extrañamente tranquilo.

Saca el disco del hielo con la hoja de su palo mientras lo esquivo hacia la izquierda, gira hasta la mitad y lanza el disco justo por encima del hombro del portero.

La Arena es un maldito zoológico. Todos estamos llorando, incluso Hank, y Carter es derribado al suelo mientras todo su equipo se amontona encima de él. Adam golpea el hielo, arroja su palo, su guante y su bloqueador a un lado mientras termina en la pila, saltando encima de todos.

En serio, no puedo parar de llorar. Lamento haber dejado que Cara me maquillara. Me limpio las mejillas y mis dedos quedan manchados de negro.

Cara está llorando. Llorando.

—Voy a dejar que ese hombre me dé un bebé el próximo fin de semana —solloza, golpeando el cristal—. ¡Te amo, Emmy! ¡Te amo a ti y a tu gran y mágica polla, cariño!

Los vemos extender la alfombra mientras ambos equipos se alinean. La Copa Stanley se lleva a cabo y se coloca sobre una mesa mientras otro silencio cae sobre la Arena, solo algún que otro grito y silbido resuena, rebotando en los altos techos. En un giro de los acontecimientos, Carter entrega el trofeo al jugador más valioso.

—Cada uno de los integrantes de este equipo tiene un valor incalculable —comienza hablando por el micrófono—. Cada uno de ellos. Pero no estaríamos donde estamos ahora si no fuera por este tipo que está aquí. —Señala a Adam, quien tropieza hacia atrás en estado de shock antes de que los chicos lo empujen hacia adelante—. ¡Damas y caballeros, de pie por el mejor puto portero del mundo!

—Courtney la jodió, eh —tararea Jennie.

Cara aplaude.

—Seguro que lo hizo.

Cuando los Vipers se quedan solos en el hielo, el capitán debe sostener primero la copa. Carter alcanza ese enorme y brillante trofeo plateado, pero se detiene, con las manos suspendidas en el aire.

Se gira lentamente, su mirada encuentra la mía y comienza a deslizarse por el hielo hacia mí. Abre la puerta del túnel, me hace un gesto y mis mejillas arden. Este es su logro, no quiero quitarle nada.

Pero aun así acudo a él, porque siempre lo haré.

—Felicidades, cariño —le susurro, sonriéndole y secándome las lágrimas con una palmada.

Me señala con un dedo.

—Ven aquí. —Me sostiene la barbilla en la mano—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por hacerme sentir que todo está a mi alcance si trabajo lo suficiente. Esto es increíble. Todo lo que soñé cuando era niño. Pero eres tú quien completa mi mundo. —Toca sus labios con los míos—. Te amo.

Con un guiño y una sonrisa, Carter regresa al hielo. Mi corazón estalla en mi pecho cuando levanta esa copa por encima de su cabeza, dejando escapar un grito salvaje y desenfrenado que toda la Arena hace eco hacia él.

LA MALDITA CORBATA DE OLIVIA

Carter

—Oh, mierda. Mierda. Mierda, mierda, mierda.

Abro un párpado somnoliento y lo cierro de golpe en el momento en que el sol intenta hacer un agujero a través de mi globo ocular.

—¿Nena?

Paso un brazo sobre el colchón y está vacío. Todavía está cálido, como si ella estuviera aquí hace un momento, y todavía puedo oírla, pero ¿dónde está?

—*Cariño*ooo —llamo de nuevo, grueso y ronco—. Regresa a la cama.

Los pies golpean contra las baldosas y Olivia sigue escupiendo todas esas malas palabras, lo que recuerda extrañamente la forma en que me desperté el día de Año Nuevo.

—Basta —me quejo, dándome la vuelta y hundiendo mi rostro en la almohada—. No me gusta. Me recuerda la mañana en que me dejaste.

—Carter —grita, y oigo el portazo del inodoro—. No estoy... —Sus palabras mueren con su esfuerzo, pero no escucho que salga nada, y cuando me río, ella comienza a gritar—. ¿En serio estás jodidamente... —jadeo— ...riéndote de mí... —*doble jadeo*— ...ahora mismo?

Me dejo caer boca arriba y me paso una mano por el cabello. Tengo la boca seca, la cabeza me late con fuerza y, aunque me siento como una mierda, creo que nunca he sido tan feliz.

—Tienes que aprender a manejar mejor el alcohol, chica Ollie.

—*¡Mido un metro y medio!* —grita, luego jadea—. ¡Bebí tanto como tú!

—Bien. Podrías aprender un par de cosas de mí.

—Te odio —solloza dese el baño.

—Me amas muchísimo, princesa.

Ella no me honra con una respuesta. En lugar de eso, el asiento del inodoro vuelve a cerrarse de golpe y luego tira la cadena. Sale vapor del baño y finalmente me levanto para sentarme.

Todo duele. La luz del sol es demasiado brillante y hay una roca de diez kilos dando vueltas en mi cerebro, golpeando mi cráneo con cada movimiento minúsculo. La hora en mi teléfono me dice que son solo las siete con treinta y siete de la mañana y no llegamos a casa hasta después de las cuatro, lo que significa que he dormido unas tres horas.

Entierro mi rostro entre mis manos y gimo. Olivia y yo vamos a invitar a todo el equipo a almorzar, familias y amigos, un espectáculo de mierda que lleva a otro cuando nos dirigimos al centro para cenar y tomar algo más tarde esta noche antes de salir por la noche con los chicos.

—Ollieeee —gimo, poniéndome de pie. Me paso una mano por el torso y aprieto la base de mi polla mientras camino hacia el baño—. Me duele, cariño. Podría sentirme mejor si me chuparas... —Aprieto los labios para detener la risa que suplica ser liberada cuando abro la puerta de vidrio empañado en busca de mi novia.

Encuentro a Olivia acurrucada en el suelo de la ducha, con las rodillas pegadas al pecho y los rizos empapados pegados en su rostro y en la espalda. Estoy bastante seguro de que está llorando, por el enrojecimiento de sus ojos, pero es difícil estar seguro debido al agua que cae en cascada del cabezal de la ducha.

—Oh, calabaza. ¿Qué ocurre?

Sus grandes ojos marrones se encuentran con los míos y su boca se abre en un gemido cuando me meto en la ducha y la tomo en mis brazos.

—¡Necesito nuggets de pollo!



—Oh, joder. Sí, ahí mismo, cariño. Más fuerte.

—¿Qué carajo está pasando ahí dentro? —Oigo a Jeremy gritar desde el vestíbulo—. Escuchaste la puerta principal abrirse, ¿verdad? ¿Sabes que estoy aquí?

Levanto mi rostro de la alfombra de la sala.

—¡Tal vez deberías llamar en lugar de simplemente entrar!

Olivia se ríe disimuladamente, sus pequeños tacones se clavan en los músculos debajo de mis omóplatos. Entierro mi rostro en la suave alfombra y dejo escapar un gemido gutural y áspero.

—¡Me voy! ¡Nos vamos! ¡Jem, *no!* ¡Regresa! ¡*Protégete tus ojos, amiguito!*

El pequeño Jem llega tambaleándose sobre sus piernas regordetas. Recientemente ha empezado a caminar, aunque se mueve principalmente como un adulto diminuto y borracho. Es hilarante y lindo como el infierno. Su rostro se ilumina cuando ve a su tía sentada sobre mi espalda y echa a correr súper tambaleante, lanzándose directamente hacia mi trasero, que abraza contra su rostro.

Olivia se ríe y salta de mi espalda mientras su hermano entra cautelosamente a la sala de estar.

—Hola, Jemmy —susurra, quitándome a su sobrino de encima.

Ella le levanta la camiseta de Vipers y le besa el vientre antes de dejarlo caer sobre mi pecho cuando me pongo boca arriba. Me da un beso descuidado antes de que lo lance al aire y lo atrape en mis brazos. Huele tan bien, a bebé recién nacido y protector solar de coco.

Jeremy se protege los ojos, lo que significa que se golpea la espinilla con el borde de la mesa de café y se desploma con una serie de maldiciones. Naturalmente, Alannah irrumpe por la puerta principal en este momento y declara que le debe cinco dólares.

Cuando su mirada nos encuentra, Jeremy suspira.

—Oh, gracias a Dios. Están vestido.

—Estaba caminando sobre su espalda. —Olivia le da un golpe con el codo antes de abrazarse.

Me mira con recelo.

—¿Por qué?

—Oh, no lo sé. —Me pongo de pie con Jem en mis brazos—. Tal vez porque anoche pateé un trasero muy serio y gané la Copa Stanley. —Estoy aprendiendo a no decir malas palabras cuando hay niños. Sólo a veces tiene éxito.

—¡Sí, lo hiciste! —grita Alannah y entra corriendo en la habitación. La atrapo por la cintura con un brazo cuando salta hacia mí. Amo a estos niños—. Ese fue el mejor juego de todos los tiempos, Carter. ¡Lloré! ¡De verdad que lo hice!

—Realmente lo hizo —repite Jeremy con otra larga exhalación—. Estaba histérica.

Alannah frunce el ceño mientras se desliza por mi cuerpo.

—Tú también lloraste como un bebé, papá.

—No. —Podría creerle si no fuera por la expresión de su rostro mientras su mirada se desliza por la sala de estar, deteniéndose en la copa

brillante que está sobre la mesa de la cocina. Sus manos temblorosas van a su rostro—. Oh. Mi. Dios. Es el... es la... —gime y yo sonrío absolutamente.

Dejo caer a Jem en la copa y él se ríe, golpeando sus manos sobre ella.

—¡Ay dios mío! —Kristin entra a la sala de estar caminando, pero entra corriendo a la cocina—. ¡Foto! ¡Necesito una foto! —Me rodea con un brazo y me acerca mientras saca el teléfono de su bolso—. Felicitaciones, Carter. Estuviste fantástico. Te lo mereces. —Chasquea los dedos hacia Jem, tratando de llamar su atención—. ¡Mira mami, Jemmy! ¿Puedes decir copa? ¡Copa! ¡Copa, Jemmy!

Seguro que no está diciendo copa, sólo balbucea, pero se ve muy feliz, sonriéndole durante las trescientas fotos que parece tomar en quince segundos.

Jem me mira con brillantes ojos azules y extiende sus diminutas manos.

—Cah-Cah.

Kristin se lleva una mano a la boca.

—Oh. Dijo tu nombre.

—No lo hizo. —Se queja Jeremy, alcanzando a Jem.

Jem frunce el ceño y gruñe, moviéndose fuera del alcance de su padre y agarrándome con las manos.

—¡Cah-Cah!

Podría intentar borrar la sonrisa de comemierda de mi rostro si pudiera, pero parece que no puedo. Levanto a Jem y acaricio mi mejilla contra la suya mientras miro a su padre directamente a los ojos.

—Definitivamente dijo mi nombre. Supongo que esa es otra cosa en la que gano en esta vida, Jeremy, ¿no?

Jeremy golpea un billete de diez dólares en la mano de Alannah antes de abrir la boca y desata la famosa furia de la familia Parker.



—Carter. —La cabeza de Olivia cae sobre mi hombro mientras gime—. No estoy segura de poder aguantar el resto de la cena. Necesito ir a la cama.

Sus ojos hacen esa cosa brillante y aturdida, siguiendo cada movimiento lentamente. También tiene esa sonrisa permanente de borracha y sus mejillas han estado rosadas la mayor parte del día. Siento que necesito llevarla a casa y acostarla, pero estoy seguro de que no puedo conducir, así

que confío en que mi conductor lleve a Olivia, Cara y algunas de las otras chicas a casa esta noche.

Hemos estado bebiendo desde el mediodía, y aunque todos nos vemos muy elegantes, ocupando más de la mitad de este restaurante de lujo, la mayoría de nosotros estamos en el camino de la incoherencia, algunos de nosotros de alguna manera prosperamos sin dormir absolutamente. Olivia no es una de esas personas prósperas.

Presiono mis labios contra su cabello. Huele tan bien, como pan de plátano, y en lugar de los rizos esponjosos que normalmente cuelgan de su espalda, es elegante y recto, casi tocando el escote de su espalda. Quiero llevarla al baño, envolver ese cabello oscuro alrededor de mi puño, empujarla sobre el fregadero y follarla hasta que todos en este restaurante sepan cómo suena cuando se corre alrededor de mi polla.

—Pero te di nuggets. —Mis labios tocan su oreja—. Y un orgasmo en la ducha.

Su labio inferior se desliza entre sus dientes.

—Tres orgasmos en la ducha.

Pasando mi brazo alrededor de su cintura, la acerco más. Además del pan de plátano, huele a cerveza y a los tragos de tequila que Cara sigue insistiendo para que tome. Se deja incitar tan fácilmente que no tiene gracia.

No, espera. Es jodidamente divertido.

—¿Quieres que me deshaga de estos imbéciles y te lleve a casa para poder follarte en cada habitación de nuestra casa?

El abogado pasó por aquí esta mañana, después de los orgasmos, para recoger las llaves de Olivia, y mañana se muda el nuevo dueño. Eso la hace oficialmente mía y mi casa suya. Entonces, nuestra casa.

Sus dedos recorren lentamente mi corbata.

—Demasiadas habitaciones.

—Suena como un reto para mí. Y sabes lo que siento ante los desafíos.

Olivia se pasa la lengua por el labio inferior mientras enrolla la seda negra alrededor de su puño y levanta una sugerente ceja.

—Me gusta esta corbata, señor Beckett.

Mi espada del trueno salta en mis pantalones.

—Lo haces, ¿verdad? Vámonos a casa para poder mostrarte para qué más me gusta usarlo. —Pongo mi mano sobre la de ella cuando se desliza debajo de la mesa y aterriza en mi bulto—. Sigue así y también ataré las manos.

—¿Qué carajo están haciendo ustedes dos allí? —Cara arroja otro tequila frente a Olivia antes de hundirse en el asiento frente a ella.

Adam suspira y se pasa los dedos por el cabello.

—Haciéndome sentir súper soltero.

—De acuerdo. —Garrett señala donde nuestras manos desaparecen—. Hay un montón de manos que no podemos ver.

—Gare-Bear. —Cara le echa el cabello rubio hacia atrás—. Anoche ganaste la Copa Stanley. Cuando nosotras las chicas nos vayamos, probablemente tendrás seis manos diferentes en tu regazo.

Su rostro se inunda de calor y aparta su mano.

—Es una noche de chicos.

Cara resopla.

—Si, claro. —Ella levanta su vaso de chupito—. Vamos, Livvie.

Olivia se lleva el suyo a la boca, lo huele y todo el cuerpo se estremece.

—No. No va a pasar. Ya terminé oficialmente. —Al menos ha terminado con el alcohol, porque todo su rostro se ilumina cuando la camarera deja caer un plato de bistec y langosta frente a ella—. Oh bebé. Ven con mamá.

Cuando termina la cena, me escapo al baño antes de que las chicas salgan para poder escabullirme un par de momentos extra, unos cuantos besos extra antes de cargar a Olivia en la parte trasera del auto.

Es uno de esos baños nuevos para chicos y chicas. Me gusta que hayan hecho eso. Ahora son mucho más agradables, con toallas de mano suaves y jabón espumoso que huele a galletas recién hechas y hace que mi piel se sienta como la seda.

Mi teléfono suena en mi bolsillo. Es mi hermana con una foto de Dublin durmiendo boca arriba, con las patas en el aire y la lengua fuera. Junto a él está mi mamá, también desmayada. Están en el piso de la sala de estar en casa de mi mamá, lo cual parece razonable. ¿Quién necesita un sofá cuando tienes un suelo en perfecto estado?

Riendo, apago la pantalla y lo dejo sobre el mostrador antes de ir al baño y hacer mis necesidades con un suspiro. Me estoy lavando las manos por segunda vez porque el jabón huele muy bien cuando se mueve la manija de la puerta.

—Sólo un segundo —llamo, secándome las manos.

—Todos los baños están llenos —grita una voz femenina—. Por favor, es una emergencia.

Abro la puerta y una rubia cae sobre mí, con una mano en mi pecho. Ella tiene su otro puño apretado alrededor de un tampón, así que me aparto del camino, algo que mi papá me enseñó cuando mi hermana cumplió trece años. Gracias a Dios, porque ha demostrado ser sumamente útil con Olivia. No sé si lo sabes, pero esa chica a veces tiene una gran actitud, a pesar de su diminuto tamaño de muñeca.

Cuando encuentro a las chicas en el vestíbulo, Cara dice que Jason ya está afuera con la limusina. Ella sale por la puerta, con los brazos entrelazados a través de los de un par de otras chicas como una especie de cadena impenetrable. Aprieto a Olivia contra mí, gimiendo como el bastardo azotado que soy.

—Carter, no tienes por qué sentirte mal por pasar una noche lejos de mí. Tenemos todo el verano para cansarnos unos de otros.

—El resto de nuestras vidas, querrás decir. —Entierro mis palabras en su cuello—. Tengo el resto de mi vida para molestarte y amarte muchísimo, y tú tienes el resto de tu vida para aguantarme.

—Mmm. Tienes suerte de que te tolero tan bien.

—Muy afortunado.

Se pone de puntillas y me besa la mejilla.

—Sólo tengo que correr al baño.

Sonrío por la forma en que baila hacia el baño, pero gimo exteriormente a la rubia alta que comienza a acercarse a mí en el momento en que Olivia desaparece. Es la misma que irrumpió por la puerta del baño hace unos minutos. Parece muchísimo más serena que entonces, y me encuentro pensando que la emergencia del tampón tal vez fue una artimaña.

—Cada maldita vez —murmuro para mí mismo—. Lo juro.

—¿Perdona? —Se detiene frente a mí y se pasa la lengua por los dientes mientras me mira. El truco del tampón, definitivamente.

Suspiro, sacudiendo mi cabello.

—Me decía a mí mismo que esto siempre pasa cada vez que mi novia va al baño.

—Bueno, tal vez no debería dejar a un hombre tan guapo como tú parado aquí solo. —Da un paso hacia mí, se acerca para jugar con mi corbata, y yo la golpeo con una especie de pseudo-golpe antes de dar un paso atrás.

Esa es la maldita corbata de Olivia.

—¿Te vas?

En serio, ¿por qué sigue hablándome? ¿Y dónde está Olivia? Ya no se le permite ir al baño en lugares públicos.

—Tal vez podamos ir a algún lugar privado para hablar cuando ella se haya ido.

Estoy a punto de decirle que se vaya a la mierda cuando Olivia la rodea y se mete a mi lado.

—Es bueno, pero gracias por la oferta. —Su sonrisa es toda azúcar falsa. Me encanta—. Si esperas ser feliz alguna vez en una relación, te sugiero que empieces por dejar lo que sea que sea esto y perseguir a hombres que están felizmente tomados. No te está funcionando, ¿verdad? —me mira—. Carter, ¿quieres ir a algún lugar privado para hablar con ella?

—Joder, no.

—¿Y por qué no, cariño?

—Porque ya tengo la única mujer que necesitaré.

Me sonrío, su mano se curva alrededor de mi cuello mientras acerca mi boca a la de ella.

—¿Eso responde tu pregunta? —le pregunta a Blondie, pero no le da la oportunidad de responder. En cambio, sus dedos se entrelazan con los míos y tira de mí hacia la puerta.

No creo que sea posible estar más sorprendido de lo que ya estoy, pero entonces ella me empuja contra el ladrillo del edificio en la acera y tira de mi rostro hacia el de ella. Su lengua es autoritaria, su tacto es posesivo y como cada segundo.

La ventanilla de la limusina que espera se baja y Cara asoma la cabeza.

—¡Vamos, maldita sea, Livvie-pie! ¡Jay-Jay nos llevará por el autoservicio de McDick's! ¡Papas fritas y McFlurries, cariño!

Olivia se aleja, sin aliento, y se quita el cabello de la frente.

—Diviértete, mantente seguro y te amo. —Me besa una vez más, le da una cariñosa palmadita a mi polla a través de mis pantalones y luego desaparece dentro de la limusina.

Estoy aturdido cuando vuelvo al vestíbulo, medio borracho pero sobre todo feliz como un cerdo en la mierda. No puedo esperar para convertir a esa mujer en mi prometida y luego en mi esposa.

—Ella es moleestamente posesiva.

Me doy la vuelta y encuentro a la rubia apoyada contra la barra. Toma su copa de vino, hace girar el líquido rojo y da un paso adelante.

—¿Podemos hablar ahora que estamos solos?

—Eso es un jodido no. Ya escuchaste a mi novia. —Me giro con toda la intención de alejarme.

—Tal vez pueda hacerte cambiar de opinión —ronronea en voz baja.

—En realidad, no puedes. Nadie cambiará mi opinión sobre esa chica. Nunca haría nada que la lastimara.

—¿Estás seguro de eso, Carter? —Viene una voz familiar detrás de mí.

Lentamente, me giro. Siento un nudo en mi estómago cuando mi mirada se posa en la pelirroja que me sonríe.

—¿Qué carajo estás haciendo aquí, Courtney? Adam no quiere verte.

—Es un país libre. Puedo ir a donde quiera. —Courtney se encoge de hombros y luego saca algo del bolso que cuelga de su hombro—. Creo que perdiste esto en algún momento esta noche.

Mis ojos se posan en el elegante objeto negro que hace girar en su mano antes de dejarlo en su palma abierta.

—¿Qué clase de amiga sería si no te devolviera algo tan valioso, Carter?

48

BAILANDO LENTAMENTE EN UNA HABITACIÓN EN LLAMAS

Olivia

La hora en mi teléfono me dice que son las cuatro de la mañana.

Esta es la tercera vez que me despierto y, por alguna razón que no puedo explicar, hay un pozo de inquietud dentro de mí que crece cada vez más.

No tengo ni un solo mensaje de Carter, y aunque sé que está fuera con su equipo, nunca ha pasado tanto tiempo sin decir una palabra. Incluso cuando sabe que estoy durmiendo, a menudo me despierto con múltiples mensajes diciéndome cuánto me ama o qué me va a hacer cuando llegue a casa.

¿Pero esta noche? Nada.

Probablemente sea un miedo irracional. Ganaron la copa. Están celebrando, se lo merecen.

Pero algo me parece mal, así que hago el esfuerzo y marco su número.

Cuando va directamente al buzón de voz, la sensación de hundimiento en mi estómago crece exponencialmente.

Recostada en la cama, abrazo su almohada. Huele a él, a cítricos frescos con un toque de maderas ahumadas, pero no me ayuda a volver a dormir. Cuando la ansiedad comienza a aparecer, me cuesta recordar cómo respirar correctamente.

Cuando mi teléfono suena veinte minutos más tarde, trepo por el borde de la cama.

—¿Liv? —La voz de Cara es baja, pero escucho un ligero tono tenso en su tono.

455

—¿Qué es? ¿Está todo bien? —Hago un trabajo de mierda para ocultar mi pánico.

—Es... sí. Está bien. Nada de qué preocuparse. Em acaba de llegar a casa. Se preguntaba... ¿está Carter allí?

—Él aún no está en casa. ¿No se fueron juntos?

Hay divagaciones apagadas, como cuando Cara cubre el teléfono.

—Emmett dijo que Carter regresó a la mesa después de que nos fuimos, agarró la chaqueta de su traje y se fue sin decir una palabra. Él nunca... nunca regresó. Em supuso que había ido a casa contigo, pero lo han estado llamando toda la noche y...

—Su teléfono está apagado. —Respiro las palabras que arden como ácido—. No puedo localizarlo. —Lanzando mis piernas por el borde de la cama, me agarro el estómago y me inclino hacia adelante. Hay un vicio alrededor de mi corazón, apretándome fuerte, y siento que voy a vomitar. No puedo calmarme lo suficientemente rápido como para decirme que Carter está a salvo, que está bien—. No puedo... ¿y si... y si tuvo un accidente? ¿Y si está herido? Me froto el pecho, tratando de aliviar el dolor.

—Estoy segura de que está bien —insiste Cara suavemente. Son las voces de fondo las que murmuran ansiosamente, preguntándose dónde está su amigo, el capitán de su equipo—. ¿Quieres que vaya y espere contigo?

—No, estoy... estoy bien. —La mentira tiene un sabor amargo, como si no le gustara al estómago, y sacudo la cabeza con los ojos cerrados—. Él está bien. Te enviaré un mensaje de texto cuando llegue a casa.

Paso la siguiente hora paseando por el dormitorio y sentándome en el balcón, hojeando sin rumbo fijo mi teléfono, esperando un mensaje de texto, una llamada telefónica que nunca llega.

Poco después de las cinco de la mañana me etiquetan en la primera serie de fotos de una popular cuenta de chismes.

La primera es de Carter y yo besándonos afuera del restaurante. La segunda imagen es Carter desde atrás. Está oscuro, pero las personas que abrazan cada uno de sus brazos son inconfundiblemente mujeres, una con largo cabello rojo y la otra rubia. Están entrando a un edificio.

Un hotel.

¿El título?

El campeón de la Copa Stanley, Carter Beckett, no puede resistirse a las conejitas después de ganar.

Beckett, visto aquí con su novia, la profesora de secundaria Olivia Parker, apenas una hora antes de desaparecer dentro de un hotel con dos mujeres!

Las imágenes siguen apareciendo. Un sinfín de fotos, todas desde diferentes ángulos, y mi corazón se rompe dentro de mi pecho cuando vislumbro los rostros de las hermosas mujeres en sus brazos.

La rubia de fuera del baño del restaurante.

Y Courtney.

Los subtítulos, de alguna manera, empeoran. Hay fotografías antiguas de Courtney y Carter, especulaciones de que Carter es la razón por la que Courtney y Adam rompieron, que él me ha estado engañando con ella todo el tiempo. Que soy la joven e ingenua profesora de escuela (y aparentemente madre soltera de dos hijos) que se enamoró de su encanto, a pesar de su estilo de vida, a pesar de las señales de advertencia. Carter me engañó.

Mi teléfono suena en mi mano, el rostro de Cara en mi pantalla y sé que ella ha visto lo que yo he visto. Pero ella no es quien necesito ahora.

Necesito a Carter. Es el único a quien necesito ver y con quien hablar. Porque esto no está bien. No *puede* estar bien. Este no es Carter, no es el hombre que está tan obsesivamente enamorado, que me trata como a su reina. No el hombre que me instaló en su casa y habla constantemente sobre el matrimonio y los bebés y para siempre.

Tiene que haber una explicación, algo que les falta. Algo que a todos nos falta.

Son las siete con dieciséis de la mañana cuando escucho el pitido del teclado de la puerta principal.

Salgo volando del dormitorio y bajo las escaleras mientras Carter entra a la casa. Noto su mirada abatida, el evidente dolor que lleva que lo agobia, hace que sus hombros se caigan, pero no me detengo hasta que mi cuerpo choca con el suyo. Lo rodeo con mis brazos lo más fuerte que puedo, necesito sentirlo, saber que está bien.

Siento la forma en que su amplio cuerpo se pone rígido ante mi toque antes de hundirse en mí, con una mano en mi cabello y la otra en mi espalda baja, presionándome más cerca, abrazándome con más fuerza.

Mis dedos presionan su mandíbula mientras trato de forzar su mirada hacia la mía, pero no lo hace.

—¿Estás bien? ¿Estás herido?

—Te amo. —La forma en que susurra mis palabras favoritas, mezcladas con quebrantamiento, suena como si no estuvieran destinadas a que yo las escuche.

O tal vez lo sean.

Sólo una última vez.

—Carter —lo persuado suavemente, acariciando el costado de su rostro, sobre su áspera barba y la fuerte línea de su áspera mandíbula—. Mírame cariño.

No lo hace. No mueve un músculo, excepto el tic casi imperceptible en su mandíbula, la vena que late en un costado de su cuello.

—Carter. Mírame.

—No puedo —susurra, las palabras débiles, destrozadas. Algo húmedo cae, salpicándose en mis antebrazos donde estoy entre nosotros, sosteniendo su rostro entre mis manos.

Algo dentro de mí se extiende más allá del punto de ser doloroso. Mi cuerpo toma la decisión de moverse, de dar un paso atrás, poniendo entre nosotros la distancia que mi mente intenta convencerme de que necesitamos, aunque mi corazón me dice que aguante.

—¿Fuiste a esa habitación con ellas?

Silencio.

—Carter. Respóndeme. ¿Fuiste a esa habitación con ellas? ¿Subiste las escaleras?

—Sí —gruñe.

Mi mano vuela hacia mi boca en un intento de sofocar mi jadeo. No funciona.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó, Carter? —Le ruego una respuesta, pero no me la da—. No me engañaste, Carter. No lo hiciste.

La cabeza de Carter se levanta rápidamente y, por primera vez desde que entró aquí, me mira. Sus ojos inyectados en sangre, enrojecidos y brillantes, nadando de dolor, aterrizan en mí. Da medio paso hacia adelante y me alcanza, pero se detiene. Su mirada cae hacia su brazo extendido, luego vuelve a mí, alejándose.

—Y-yo... Olivia. —Mi nombre es un grito en sus labios, una súplica o tal vez una disculpa. No estoy segura.

Pero el siguiente sonido de mi boca es un sollozo confuso y estrangulado que hace que sus ojos verdes se vuelvan locos, y finalmente da ese paso hacia mí.

Y retrocedo.

Y retrocedo.

Hasta que mi espalda golpea la pared y él me alcanza.

—No —lloro, girando fuera de su alcance. Mi pecho se agita como si se estuviera rompiendo, abriéndose de par en par, y no puedo respirar adecuadamente. Coloco mi palma sobre mi corazón, deseando que el dolor

se detenga, pero no es así. No sé qué hacer, y cuando Carter susurra las siguientes palabras, todo dentro de mí se siente como si estuviera rota.

—Lo siento mucho.

Las lágrimas caen libremente por nuestros rostros.

—No. —Sacudo la cabeza—. No.

Esto no puede ser real. Esto no es real. Este no es Carter.

—Nena. —Se acerca cautelosamente a mí.

—No. —Aparto mis manos. Apenas puedo ver a través de las lágrimas mientras lo miró fijamente, el hombre al que le di todo, el amor que cambió mi vida—. Confié en ti.

—Yo... yo no... Olivia, yo sólo... —Se detiene, tapando su rostro con sus manos y murmurando un *mierda* que casi no escucho—. Soy tan estúpido. No sé cómo... no está... está roto, Ollie.

Aprovecho la oportunidad para pasar a su lado. Corriendo por las escaleras, tomo mi bolso del armario y lo lleno lo más rápido que puedo con lo que quepa. Entro al baño, limpio mis cosas del mostrador y las meto en la bolsa, y Carter está detrás de mí, temblando, frenético.

—No, no, no —murmura, siguiendo cada uno de mis movimientos—. No, Ollie, no puedes. No puedes.

Baja las escaleras detrás de mí, luciendo como si estuviera a punto de sufrir un ataque al corazón mientras me pongo las sandalias. Al menos así es como me siento. Como si este corazón nunca fuera a funcionar correctamente otra vez.

Carter me sigue mientras salgo al garaje, y la única palabra que parece ser capaz de decir es *no* mientras me observa sacar la llave de su camioneta del llavero y agarrar las llaves del auto del gancho. No he conducido esto en cuatro meses y la única manera de saber que seguirá funcionando es porque Carter lo enciende una vez por semana para evitar que se agote la batería. Muy considerado, siempre.

¿Entonces por qué? ¿Porqué?

No puedo quedarme para encontrar la respuesta a esa pregunta, ya que parece decidido a no compartir ninguna información conmigo en este momento. Presiono el botón de la puerta del garaje, viendo como arroja mi bolso al suelo, y Carter se vuelve absolutamente salvaje, cerrando de golpe la puerta de mi auto en el momento en que la abro.

—¡No! ¡No te dejaré!

Con mis manos en su pecho, lo empujo tan fuerte como puedo. Estoy sollozando ahora, lo que hace que mis próximas palabras sean increíblemente débiles, incluso si estoy gritando.

—¡No puedes decirme qué hacer! ¡Tú no estás a cargo! ¡Puse toda mi confianza en ti! ¡Todo, Carter! —Me ahogo con un sollozo, enterrando mi rostro entre mis manos mientras lloro—. Y ni siquiera tienes la decencia de contarme lo que pasó. ¡No me estás contestando! ¡Háblame! —grito, agarrando su camisa—. ¡Por favor, Carter!

Sus ojos rebotan entre los míos, sus fuertes manos agarrando las mías.

—No... no puedo —dice finalmente—. No sé cómo. —Agacha la cabeza, avergonzado, derrotado.

Se supone que el final es más fácil que el comienzo. Porque esta no es la forma en que se suponía que debía ser. O tal vez es exactamente como siempre estuvo destinado a terminar.

En este momento, vuelvo a la noche en que Carter me convenció para bailar con él en el bar, la noche en que me di cuenta de que me estaba enamorando de un hombre del que no tenía por qué enamorarme.

Y pienso exactamente lo mismo que pensaba entonces, bailar lento en una habitación en llamas.

Eso es todo lo que hemos estado haciendo todo este tiempo. Fingir que lo inevitable no sucedería. Que todo esto no se incendiaría.

Pero no es así. Esta vida que hemos construido juntos, el futuro en el que puse tanta confianza, el siempre en el que estuve tan seguro de ello. Lo rociaron con gasolina y lo incendiaron.

Mi corazón nunca volverá a ser el mismo después de Carter Beckett.

Carter se aleja del auto y me permite abrir la puerta. Tiro mi bolso sobre el asiento y empiezo a deslizarme dentro.

—Te amo. —Sus palabras son destrozadas, desgarradoras—. Te amo, Ollie.

—Sabes, nunca lo dudé hasta ahora. —A decir verdad, todavía hay una parte de mí sádica y desesperada que le cree, o al menos quiere hacerlo. Este hombre no ha hecho más que hacerme sentir abrumada con todo su amor: inquebrantable, íntegro, apasionado, obsesivo.

Y, sin embargo, aquí estamos. Así es como se están desarrollando las cosas. Una manera que esperaba cuando nos conocimos, una manera que me mantuvo asustada y alejada por demasiado tiempo. Pero no de la forma en que me hizo sentir durante estos últimos seis meses.

Aun así, eso no me impide decirle:

—Nunca dejaré de amarte, incluso si me has roto sin posibilidad de reparación. —No sé si eso me hace débil o valiente. Sólo sé que, aunque me subo al auto, lo pongo en reversa y comienzo a retroceder para salir del camino de entrada y es lo último que quiero hacer.

Veo a Carter desmoronarse en el garaje mientras yo me desmorono por dentro, y todo se siente tan absolutamente mal, tan devastadoramente roto.

No sé a dónde voy. No tengo un hogar, y la persona que necesito más que nada, la única persona que puede quitarme todo esto, el dolor, la angustia, es la que lo trajo todo en primer lugar.

Las horas de visita no empiezan hasta las ocho, así que me detengo en el estacionamiento y me desmorono un poco más, hasta que estoy segura de que no puedo volver a recomponerme. Cuando cruzo la puerta de la suite, encuentro al hombre que estoy buscando sentado en la pequeña mesa del patio de su balcón, luciendo casi tan derrotado como me siento.

Levanta la cabeza del puño y sus desgastados ojos azules buscan ciegamente a su visitante.

Todo mi cuerpo se desmorona mientras grito su nombre.

—Hank.

—Olivia. —Se pone de pie y extiende los brazos—. Ven aquí, cariño.

49

SIEMPRE POR EL CAMINO DE ENTRADA

Carter

Para siempre es un concepto divertido.

La gente habla de ello todo el tiempo. Es lo único que quieren, vivir para siempre la vida que siempre han soñado, con personas que no imaginan perder jamás.

Pero nada dura para siempre, ¿verdad? Pasamos nuestros días esperando que llegue, ese momento que queremos que dure, esa persona a la que nunca queremos soltar, y cuando la tenemos, la agarramos. Lo agarramos con tanta fuerza, decimos que *esto es todo, mí para siempre, y nunca, jamás, me rendiré.*

La cuestión es que a veces (la mayoría de las veces) no depende de nosotros. Los momentos son fugaces y las personas también. A veces estas cosas siguen su curso, se levantan y se van voluntariamente. Y a veces te los roban, te obligan a irse, te los arrancan de las manos mientras los agarras con todas tus fuerzas.

Hace doce horas tuve mi para siempre, mi perfecto. Tenía todo lo que siempre había soñado. Joder, incluso me había convencido de que todavía tenía a mi padre, justo ahí dentro de mí, donde Olivia me dijo que siempre estaría.

Y ahora no tengo nada.

En este momento me siento vacío, roto y perdido, pero la píldora más difícil de tragar es que todo es culpa mía.

La Copa Stanley está sobre mi mesa, ocupando espacio. Un recordatorio de algo que no merezco, algo que no tiene sentido. Pasé toda mi

462

vida trabajando para lograrlo, diciéndome a mí mismo que era todo lo que quería. Pero me equivoqué, ¿no?

Porque Olivia es mi sueño y todo no significa nada sin ella.

No he mirado las fotos, los artículos. No lo necesito. Estuve allí cuando las cámaras enfocaron nuestros rostros, iluminando la noche a nuestro alrededor. Sé cómo se ve, cómo debía verse. Y sé que me quedé allí frente a la mujer que amo y no dejé de lado sus miedos. No le dije la verdad que ella suplicaba, que es que destrozaría mi reputación antes de lastimarla de esa manera. Las palabras no salían, se me quedaban atrapadas en la lengua, atrapadas en la garganta, porque lo último que quería ser era la persona que la decepcionaba, la lastimaba.

Pero no sé cómo resolver esto, esta tormenta de mierda, y ahí radica el problema. ¿Cómo puedo abrir la boca y ser honesto con ella cuando no tengo todas las respuestas?

Ojalá pudiera culpar al alcohol, pero estoy perfectamente sobrio. Algo no funciona dentro de mí, una conexión que se ha cortado ante el pensamiento de una vida sin mí mejor amiga. Mis manos no dejan de temblar, mi corazón se acelera y con cada momento que paso mirando mi teléfono, la afluencia de mensajes, llamadas telefónicas de todos excepto de la única persona de la que quiero saber, todo empeora.

Porque *este teléfono*. Este maldito teléfono es la pesadilla de mi maldita existencia en este momento y lo odio.

Miro fijamente mi pantalla, el fondo de mi teléfono. Su rostro sonriente, la Oreó en la mano. Ella lo es todo, mi chica, y no hay manera de que pueda amarla más que a mí. Mi pulgar se cierne sobre la carpeta cariñosamente etiquetada *Mi calabaza*, pero no puedo hacerlo.

¿Por qué fui tan estúpido?

No sé por qué, y eso me frustra más allá de lo creíble. Tal vez es por eso que cuando recibo el único mensaje que importa, el de Emmett que me deja saber que Olivia está a salvo, mi teléfono sale volando por la habitación. La pantalla rota brilla con los rayos de sol refractados que brillan a través de la abertura de las cortinas, y me pregunto si alguna vez volveré a sentir la luz del sol que traje Olivia.

No siempre ha sido perfecto, pero siempre ha valido la pena. Hemos crecido mucho juntos, hemos aprendido lo que el otro necesitaba, así que tal vez no éramos perfectos, pero la forma en que ella me amó siempre ha sido perfecta. Y así lo supe siempre, mí siempre es una persona. Son sus grandes ojos color chocolate los que miran hacia los míos y sus rizos oscuros y sedosos que se deslizan entre mis dedos. Es una pequeña mano en la mía que calienta todo mi cuerpo, una sonrisa que hace que mi corazón lata un poco más fuerte, un poco más rápido. Son los oídos que escuchan todos mis sueños y los brazos que me sostienen cuando estoy cansado, cuando olvido

cómo ponerme de pie. Son los labios en mi mandíbula, mi mejilla, mi mano, los que susurran mi favorito *te amo*, los que me prometen toda una vida contra mi piel.

No lo sé todo. Lo único que sé es que lo perseguí para siempre por el camino de entrada.



No me sorprende que Olivia corriera al mismo lugar que yo después de salir de casa. No tengo ninguna duda de que ella ha estado aquí. Puedo oler su cabello, ese aroma intrínseco que me recuerda a casa y a los domingos por la mañana acurrucados en el sofá mientras se prepara el café y se hornean los muffins.

—Carter —llama Hank desde su lugar, mirando por la puerta del balcón. Cómo sabe que soy yo parado en silencio en su puerta está más allá de mi comprensión—. ¿Vas a entrar o simplemente te quedarás ahí?

No digo una palabra mientras cruzo la habitación para sentarme a su lado. Él despliega sus manos, golpeando un solo dedo por un momento de silencio que se prolonga demasiado. Cuando suspira, la vergüenza me humedece el cuello, me pica la piel y me pica mientras espero que diga lo decepcionado que está de mí.

Pero no lo hace.

Se sienta en silencio, con una profunda arruga entre las cejas mientras mantiene la mirada fija en el futuro, durante diez minutos y luego veinte. No es hasta que finaliza la primera media hora que finalmente abre la boca.

—Te voy a decir lo mismo que le dije a Olivia. No eres un hombre que traicionaría intencionalmente la confianza de alguien, alguien que lo ama, a quien él ama sin lugar a dudas. —Se gira en mi dirección—. No le harías daño a esa chica ni aunque tu vida dependiera de ello. Ella es todo tu mundo. No el hockey. No esa copa bonita en tu casa en este momento, aquella por la que has estado trabajando toda tu vida. Olivia. Esa chica. Ella es tu mundo y ha tenido razón desde el principio. Si tomaras tu último aliento ahora mismo, tus últimas palabras serían...

—Una declaración de cuánto la amo. —Las palabras salen de mi boca sin pensar porque no necesito pensar en ellas. Olivia es mi primer pensamiento cuando abro los ojos por la mañana y el último antes de quedarme dormido. Ella también ocupa alrededor del noventa y nueve por ciento del espacio intermedio.

—Exactamente —señala Hank al otro lado de la habitación hacia las inmediaciones de la máquina Nespresso que Olivia y yo le compramos cuando se mudó—. Entonces, vas a prepararme un maldito capuchino, ponerte las botas y contarme qué pasó realmente para que podamos averiguar cómo diablos puedes arreglar esto.

Agita una mano alrededor de mi rostro.

—No necesito poder verte para saber que luces como un maldito desastre, hijo, y no me sentaré y dejaré que desperdicies tu felicidad porque no supiste cuál es la mejor manera de mantenerla a salvo sin romper su corazón.



Mi camino de entrada está medio lleno cuando llego a casa, lo cual es a la vez una bendición y una maldición. Quiero estar solo, pero probablemente no debería estarlo. Mi mente es un lugar peligroso en el que estar ahora mismo.

Noto la pila de zapatos en la entrada y mi ingenuo corazón está lo suficientemente desesperado como para pensar que Olivia podría estar aquí también.

Emmett, Garrett y Adam asoman la cabeza por el pasillo. Garrett sacó una bolsa de pttas fritas de la despensa. Se detiene cuando me ve, a medio hacer un crujido, y lentamente deja caer la bolsa.

Mi cabeza gira, siguiendo el movimiento que escucho arriba.

—Carter —advierte Emmett, pero ya es demasiado tarde, ya estoy en la mitad de la escalera.

—¿Olivia? —Con el corazón acelerado, me detengo en la puerta del dormitorio y observo a Cara empacar la ropa de Olivia en una maleta. Le arranco la ropa de las manos, arrancándola de la maleta, moviendo la cabeza de un lado a otro—. No. No. No lo es... ella no lo es... ¡no puedes! ¡Ella va a volver! Va a regresar, Cara. Ella tiene que.

No sé qué espero de Cara. Para gritarme, sacudirme, tal vez separar las pelotas de mi cuerpo como a menudo me amenazan si alguna vez rompo a su mejor amiga. Lo que no espero son las lágrimas acumulándose en sus ojos, el dolor reflejado en su mirada, la simpatía.

—Ella va a regresar —susurro, pero las palabras están fracturadas, rotas, como la expresión que usa Cara. Cuando parpadeo, cuando una lágrima rueda por mi mejilla derecha, ella se arroja a mis brazos.

—Tienes que arreglar esto —llora—. ¡Carter, arregla esto!

—No... ¡No sé cómo! —Hank me dijo cómo. Me dijo lo que tengo que hacer. Pero parece estúpido, inútil. Por otra parte, no tengo muchas otras opciones, ¿verdad?—. Ayúdame —le ruego en voz baja.

El suelo cruje detrás de nosotros y Cara me suelta, secándose los ojos. Los chicos entran lentamente en la habitación, en silencio y con cuidado, como si no estuvieran seguros de qué hacer o decir.

—Nunca la engañaría. —Mis ojos se posan en Adam, aunque él está mirando al suelo. Puede que haya terminado con Courtney, pero eso no significa que lo que pasó, o lo que todos piensan que pasó, no le haya hecho daño—. Adam, lo prometo, yo no...

Sus brazos me rodean, un abrazo que no sabía que necesitaba.

—Lo sé, Carter. Lo sé.

—Todos lo sabemos. —Cara se deja caer en el borde de la cama, con una pequeña caja de terciopelo en la mano. Abre la tapa y examina el brillante diamante del interior, el anillo que me ayudó a diseñar para Olivia en mayo. Lo recogí la semana pasada y pasé horas escondiéndolo mientras Olivia estaba en el trabajo, eligiendo un lugar y luego cambiando de opinión cinco minutos después, eligiendo otro que pensé que podría ser mejor. Que Cara de alguna manera haya logrado encontrarlo no es sorprendente, y no tengo por qué enojarme porque ella estaba husmeando.

Aparta la ropa de Olivia y acaricia el lugar junto a ella. Cuando lo tomo, ella aprieta mi mano.

—Vamos a ayudarte a resolver esto, pero tienes que contarnos qué pasó.

—No sé por dónde empezar —admito. Estoy muy por encima de mi cabeza y lo supe desde el momento en que Courtney se acercó a mí anoche.

—Comienza desde el principio.

Mi pecho se infla con una inhalación destinada a traer fuerza.

—Ollie, ella... ella me dejó tomarle fotografías. —Demasiadas fotos. Meses y meses de fotos de mi chica favorita en mis posiciones favoritas.

—¿Qué tipo de fotos?

Mi garganta se aprieta mientras mantengo mi mirada fija en mis manos en mi regazo. Este era nuestro secreto y pensé que siempre sería así.

—Fotos de ella. De nosotros...

—Oh, joder. —Emmett deja caer su rostro sobre sus manos mientras Cara jadea.

—Dime que no los guardaste en tu teléfono —me suplica Adam.

Mi expresión derrotada les dice todo lo que necesitan saber.

Guardé las fotos en mi teléfono. La contraseña que elegí para bloquear la carpeta fue jodidamente estúpida: 1022. El cumpleaños de Olivia. Demasiado predecible, y una simple búsqueda en Google te dará la respuesta. No sería para una persona promedio, pero estar conmigo la puso en el centro de atención, lo que significaba que el mundo sabía más sobre ella de lo necesario. *Mi culpa.*

Estas son todas las cosas que Courtney me recordó cuando puso mi teléfono frente a mi rostro, una foto de mi hermosa novia mirándome desde la pantalla, cuando supe que haría lo que fuera necesario para proteger a Olivia.



Lo hago una hora el lunes.

Una hora hasta que sepa que está sola en esa casa después de que llego del trabajo.

Una hora más de lo que mi cuerpo me dice que puede esperar, pero de alguna manera lo hace.

Una hora hasta que mis pies suben con fuerza esa escalera, abriendo todos los dormitorios libres y deteniéndome cuando llego a la última puerta a la izquierda.

No sé qué carajo estoy haciendo aquí. No tengo las palabras, y estoy seguro que todavía no tengo las respuestas. Todo lo que sé es que no tengo nada sin ella, ni una maldita cosa, ni siquiera mi corazón, y no sobreviviré a esto sin ella.

La bolsa que hizo esa mañana está en el suelo, la cama es un desastre y la mesita de noche está llena de pañuelos. La puerta del baño contiguo está rota, la luz se filtra por la abertura y se escucha el sonido de la ducha.

La sangre tamborilea en mi oído y mi corazón intenta subir por mi garganta cuando el agua se detiene, envolviendo la habitación en silencio.

Sólo por un breve momento.

Los gritos suaves y silenciosos de Olivia perforan el aire, el sonido es doloroso y hermoso al mismo tiempo. Lo odio, joder.

Toda lógica me abandona mientras avanzo hacia el sonido, hacia mi chica. No recuerdo qué vine a decir aquí, sólo que la amo, jodidamente muchísimo, que lo siento, que no puedo estar sin ella.

Que necesito que ella regrese a casa.

Entro al baño y mi corazón se rompe al ver lo que tengo ante mí, Olivia, envuelta en una toalla, con el cabello empapado y casi negro por la ducha, salpicado sobre sus hombros mientras está sentada en el piso del baño con su rostro entre las manos y llorando.

Me arrodillo frente a ella, mis dedos se envuelven alrededor de sus antebrazos y su cabeza se levanta con un grito ahogado. Se pone de pie de un salto, agarrando la toalla contra su pecho y golpea furiosamente las lágrimas que corren por sus mejillas. No sirve de nada, ella solloza más fuerte, más fuerte, y juro que me muero.

La alcanzo porque necesito abrazarla, pero ella se desliza debajo de mi brazo y corre hacia el dormitorio, encogiéndose en un rincón, temblando, como si me tuviera miedo.

—Ollie —le suplico—. Ven aquí, nena.

Cubre su rostro, mueve la cabeza hacia adelante y hacia atrás, y cuando susurro su nombre una vez más, abre los ojos. No hay ira ahí, y joder, qué no mataría por eso. Simplemente hay quebrantamiento. Los pedazos destrozados de su corazón se reflejaban allí mismo en su mirada.

Su brazo tembloroso se levanta mientras señala la puerta.

—Tienes que... tienes que irte. —Sus ojos se cierran con fuerza mientras las lágrimas empapan su rostro—. Por favor, Carter.

—Oye. —Otra fisura en mi corazón por la forma en que intenta aplastarse en la esquina cuando me acerco a ella, como si estuviera a punto de intentar desaparecer directamente contra la pared. Me he ganado esto, el miedo que conlleva estar demasiado cerca de mí, como si pudiera romperla aún más, pero doy un paso adelante de todos modos, tomando su rostro entre mis manos. No soy jodidamente perfecto, eso está claro. Cometo errores todo el tiempo y ella siempre me ama a través de ellos. Voy a ser mejor, para mí y para ella. Voy a arreglar esto, incluso si no es el momento adecuado—. Escúchame. Por favor.

Su labio inferior tiembla y sus dientes descienden, un débil intento de sofocar el temblor mientras su mirada nada con dolor. Su pecho sube y baja al ritmo del mío, ambos luchamos por respirar, intentando y sin éxito llenar nuestros pulmones.

—Lo siento, Olivia.

Sus ojos se cierran, las lágrimas que se aferraban a sus pestañas caen ahora, y deslizo su piel delicada y en carne viva, logrando que vuelva a abrir la mirada.

—Lamento no poder entender esto en ese momento. Siento no haber podido hablar ayer, todavía no encuentro las palabras para explicar todo esto. Lamento que mi silencio dijera palabras que no eran ni son ciertas.

—¿No es así? —susurra—. Porque tu silencio me hizo sentir que no era suficiente, Carter. Perpetuó un sentimiento del que trabajamos tan duro para deshacernos, pero que volvió con fuerza esta mañana con esas fotografías, esos artículos. —Sus ojos se elevan hacia el techo antes de volver a flotar hacia mí, y el dolor que nada detrás de ellos se retuerce en mi estómago como un cuchillo—. Sabes lo que están diciendo, ¿no? Dicen que el veredicto ya no existe. Olivia Parker no es suficiente para Carter Beckett. Están diciendo que debería haberlo sabido, como ellos lo supieron todo el tiempo.

Ella quita mis manos de su rostro y pasa a mi lado. Mi mano sale disparada, envolviendo su brazo y trayéndola de regreso a mí. Sus ojos se abren cuando me miran, y cuando la empujo contra la pared, se le queda el aliento en la garganta y observo cómo late el pulso en su cuello. Soy lo más gentil que puedo ser con ella en este momento, pero algo dentro de mí se mueve como un interruptor ante sus palabras.

—Siempre has sido suficiente. *Siempre*. Eres tan jodidamente suficiente que es ridículo.

—No es así en absoluto como me siento ahora. Me siento inútil, Carter. Inútil y jodidamente vacía —mira hacia otro lado—. Rota. Tú me edificaste, pero también eres la persona que me derribó.

Sus labios se abren mientras las lágrimas caen por el borde de mis ojos, aferrándose a mis pestañas inferiores. Parpadeo y caen sin permiso. Con ellos, las lágrimas de Olivia caen con más fuerza y más rápido.

—Te reconstruiré, Olivia. Te lo prometo.

—¿Cómo? —La palabra susurrada está ahogada por una extraña mezcla de esperanza e incredulidad.

—Con la verdad. Con respuestas. Con amor. —Toco su labio inferior—. Sé que todo está roto en este momento. Sé que todo duele. Pero nunca te engañaría. No hay nadie más para mí, ni por una noche, ni por toda la vida.

La forma en que me mira me dice que quiere crearme. Me dice que me habría creído, habría confiado en mí sin la menor duda si solo hubiera hablado con ella cuando me lo pidió. El dolor en sus ojos me dice que ya no lo sabe.

—No puedes rendirte conmigo. No puedes, Ollie, porque estoy intentando con todas mis fuerzas no rendirme ahora mismo. Sé que se siente como si lo estuviera, como si me estuviera rindiendo con nosotros. No tengo las palabras que necesitas en este momento, las que quieres, todas las respuestas que mereces, pero eso no significa que no esté tratando de encontrarlas. Nada de esto tiene sentido en este momento y me odio a mí mismo porque te estoy lastimando. Pero te pido que confíes en mí. Les pido que me den un poco de tiempo, tiempo para resolver esto, para arreglarlo. Lo haré, Olivia. Arreglaré esto.

Su mirada vacila, pero nunca baja.

—¿Qué pasa si no se puede arreglar?

—Eso no es posible. —Apoyo mi frente contra la de ella, cierro los ojos mientras sostengo su rostro, paso mis pulgares por sus pómulos, una y otra vez, sintiendo su piel cálida y húmeda—. No existo sin ti y no pararé hasta que se arregle. —Me refiero a cada parte de esas palabras, pero hay algo oscuro y desalentador en ellas, algo que susurra que no puedo hacer mucho, que ella tiene que querer aceptarme de regreso, que puede... que puede decir que no. Recojo sus rizos mojados en mi mano y acaricio con mis dedos el costado de su rostro en caso de que sea la última vez que pueda tocarla, sentirla debajo de mí—. ¿Todavía me amas?

—Te lo dije —susurra Olivia, colocando su mano sobre la mía—. Siempre te amaré, Carter.

—Entonces, por favor —le ruego—. Por favor, espera. Espérame. Dame una oportunidad. Te lo prometo, Olivia, no te decepcionaré. No otra vez.

Hay una vacilación que parpadea en sus ojos, y antes de que pueda robarla, presiono mis labios contra los de ella. Se abre para mí sin pensarlo dos veces, hundiéndose en mi toque, y la rodeo con mis brazos, acercándola, hasta que no queda ningún lugar al que ir. Memorizo la sensación de su cuerpo contra el mío, la forma en que puedo tragarla entera, la forma en que su piel ilumina la mía, y me aferro a ese sentimiento, el amor sin fin, mí *para siempre*.

—Te amo, Olivia. Jodidamente muchísimo.

Ella se retira, mi rostro entre sus manos mientras su mirada desgarradora sostiene la mía.

—Yo también te amo, Carter, pero por ahora, debes irte. —Presionando los dedos de sus pies, toca sus labios una vez más con los míos, dejándolos permanecer por un largo momento antes de soltarse de mi agarre.

No quiero que esa sea mi respuesta, no que ella se vaya.

Justo cuando lo último de mi corazón se hace añicos, ella se detiene en la puerta del baño.

—No voy a ir a ninguna parte, Carter. Si vuelves a verme, estaré aquí, pero necesito que vuelvas con respuestas.



Me siento toda la noche. Me siento en la isla de la cocina con la cabeza en la mano. Me siento en el banco de la ducha mientras el agua me golpea.

Me siento en el balcón donde me enamoré de Olivia, donde ella miraba la vista mientras yo la miraba. Y me siento en la tumba de mi papá. Me siento allí y pido orientación, respuestas, una salida, una fortaleza que no sabía que alguna vez necesitaría.

Hasta que finalmente me encuentro de pie por primera vez en horas, mirando hacia un edificio que está mucho más tranquilo ahora que el sol se ha puesto.

Un oficial de policía levanta la vista desde detrás del escritorio y me sonríe mientras estoy en la puerta con las manos en los bolsillos.

—¿Puedo ayudarlo?

Mi pulso truena en mis oídos.

—Necesito hacer una denuncia.

50

RECLAMANDO MÍ PARA SIEMPRE

Olivia

Dormí seis horas. Seis horas repartidas en tres noches. Se pone mucho peor cuando lo combino con mi sueño de mierda del sábado por la noche y casi toda la noche del viernes.

Porque ahora es miércoles por la mañana y llevo un total de trece horas en las últimas cinco noches.

Déjame ser clara, no estoy funcionando correctamente. Mi cerebro es un desastre oscuro y brumoso del que deseo desesperadamente salir, pero no puedo encontrar la escalera para subir. He estado viviendo de cafés con leche helados y Big Macs. Me duele el estómago, me siento como una mierda, me veo como un infierno y no me importa.

Francamente, es un milagro que me esté arrastrando al trabajo. Pero el trabajo es la única normalidad que me queda y, cuando sólo quedan dos días, nadie se ha atrevido a decirme una palabra hasta ahora.

Me doy la vuelta y me aprieto las mantas sobre los hombros. El suave resplandor anaranjado del sol naciente se asoma a través de la más pequeña rendija de las cortinas, y lo único que quiero es que llueva. He pasado meses sintiéndome como el sol, incluso durante el invierno más sombrío y nevado y la primavera más gris. Ahora que el sol está aquí, lo único que quiero es que se vaya.

Mi teléfono me dice que apenas son las cinco. Todavía me quedan dos horas hasta que tenga que levantarme, pero sé que ya no queda ninguna posibilidad de dormir.

Hay una parte irracional y jodida de mí que frunce el ceño ante las notificaciones en mi teléfono, los mensajes de texto y las llamadas perdidas. Tengo toneladas, pero ninguna es de Carter. La parte lógica de mi cerebro intenta decirme que el espacio es bueno. Después de todo, es lo que pedí. El resto de mí me ruega que lo llame para asegurarme de que está bien. Porque prometió que volvería, pero no es así. Yo estoy aquí y él allí, y con cada

472

minuto que pasa, la distancia se siente más grande, el agujero en mi corazón se hace más grande.

Me prometió respuestas, y cuanto más tiempo está lejos, más me preocupa que no haya ninguna.

Deslizo en mi pantalla, una y otra vez, fotos de nosotros juntos sonriéndome, hasta que me decido por una de mis favoritas. Sonrió, mirando a la cámara y Carter me rodea con sus brazos por detrás, su barbilla apoyada en mi hombro con su sonrisa más grande y tonta. Pero él no está mirando a la cámara; él me está mirando.

Nunca en mi vida alguien me ha mirado como me mira ese hombre, como si yo fuera lo único que ve, como alguien que ve en color por primera vez. Tiene tanto amor en su mirada, aprecio, ferocidad, devoción, y por eso mi corazón sigue instándome a que algo no está bien, que algo no cuadra. Es por eso que le prometí el tiempo que me pidió aquí en esta habitación, el tiempo para resolverlo.

La puerta de mi habitación se abre con un crujido y abrazo mi teléfono contra mi pecho, secándome las lágrimas mientras Cara asoma la cabeza dentro.

Ella sonríe y comienza a caminar hacia la cama.

—Sabía que estarías despierta. —Deslizándose debajo de las sábanas, se acurruca contra mí—. Es como si pudiera oír girar las ruedas de tu cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —*Además de lo obvio, que es vigilarme.*

Me siento fatal. Cara y Emmett se casarán este fin de semana y he invadido su espacio, su vida juntos. Soy todo en lo que Cara puede concentrarse, pero insiste en que es una distracción bienvenida de las preocupaciones de la boda. No sé si le creo, pero seguro que me hace sentir que pertenezco aquí.

—Simplemente no podía dormir. No me hablaste anoche y sabes que no manejo bien la palabra no. —Me acerca, su mano roza mi teléfono y le da un tirón—. ¿Qué es esto?

Lo abrazo más cerca de mi pecho.

—Nada.

Cara me inmoviliza contra el colchón y me quita el teléfono de las manos porque, como dijo, no se lleva bien con los *no*. Ella no dice nada cuando encuentra la foto, ni cuando deja caer el teléfono sobre la cama, golpeando su cuerpo contra el mío por detrás en un agarre que tiene el poder de cortar mi suministro de oxígeno si aprieta un poco más fuerte.

Puedo decir que está llorando por el ligero temblor de su cuerpo, los pequeños sollozos. Cree que no la oigo llorarle a Emmett por las noches,

pero lo hago. Mi mejor amiga me ama ferozmente y por eso me siento verdaderamente bendecida.

—¿Dónde está? —Mi cuerpo tiembla con un sollozo y Cara entierra su rostro en mi cabello, temblando junto a mí—. Dijo que volvería. Dijo que lo arreglaría, que encontraría la respuesta y lo explicaría todo. Lo prometió, Cara, pero han pasado dos días y no está aquí.

—Él estará aquí —susurra—. Sé que lo hará. —Es una promesa que parece muy segura, sin importar cuán pesadas sean las palabras. Cuando me libero de sus brazos y me siento, ella también se sienta y se seca las mejillas.

—Me duele mucho el corazón —admito, secándome una lágrima que se acumula en el rabillo del ojo—. Esto no parece propio de Carter. Nada. Estaba hablando de nuestra boda y de los bebés. Él lo llamaba nuestro hogar mucho antes de que yo me mudara. Quería compartirlo todo, toda su vida. Y yo sólo quería ser parte de ello, parte de él.

—Oh cariño. —Cara cubre mis manos con las suyas—. Tú eres la parte más importante. Lo sabes.

—¿Por qué no puede simplemente hablar conmigo? ¿Qué lo detiene? ¿Qué no quiere que yo sepa?

Hay una parte de mí que está segura de que Cara sabe lo que está pasando de alguna manera, que se muere por contármelo, y si yo hubiera salido y se lo hubiera pedido, lo habría hecho. Pero los coloca a ella y a Emmett en una posición en la que no deberían estar, entre sus mejores amigos. No quiero que tengan que elegir bando, porque no quiero que haya bando. Tengo que creer que hay una razón perfectamente lógica para todo esto, aunque sea un poco equivocada.

—¿Y si nunca regresa? ¿Qué pasa si no podemos solucionar esto, sea lo que sea, y nuestro para siempre se acaba?

Cara abre la boca para responder, pero niego y detengo sus palabras antes de que comiencen.

—Si esto fuera al revés, si fuera yo quien intentara encontrar mi camino a través de esto, Carter no aceptaría un no por respuesta. Derribaría la puerta y exigiría que hiciéramos esto juntos. No me dejaría pasar por esto sola, incluso si se lo rogase, por mucho que intentara alejarlo.

Los ojos azules de Cara sostienen los míos.

—Tienes razón.

—No quiero que haga esto, que intente ser fuerte por sí solo.

—¿Entonces qué quieres?

Siento un nudo en la garganta mientras el corazón late muy abajo en mi estómago. Cada terminación nerviosa se siente frenética, viva con el

deseo de arreglar esto, de estar al lado de mi persona en lugar de sentirme tan perdida sin él. Entonces ¿qué quiero? Lo quiero a él, nos quiero a nosotros. Juntos y para siempre. Quiero las respuestas que merezco, y si él tiene problemas para encontrarlas, quiero ayudarlo a buscarlas.

—Quiero mostrarle lo que él me ha estado mostrando todo el tiempo. Que juntos somos más fuertes.

Por eso lo llamo a la hora del almuerzo. En realidad, tres veces. Cuando recibo su correo de voz por cuarta vez después del trabajo, término sentada en mi auto frente a la casa que se suponía que era mi casa, la que ha sido mi casa todos estos meses, simplemente por la persona que está dentro y los recuerdos creados dentro de las paredes.

Su camioneta está en el camino de entrada, aunque la última vez estuvo guardada en el garaje. Ya casi no conduce este auto; dice que ahora es mi bebé y yo soy suya.

Entonces, si está en casa, ¿por qué no abre la puerta?

Toco otra vez, una y otra vez, y mi teléfono sigue sonando, el timbre con video me dice que hay alguien en la puerta principal. Sé que hay alguien en la puerta principal; ese alguien soy yo.

No estoy orgullosa de la forma en que mis golpes van de tímidos y suaves a frenéticos y fuertes, mi palma golpea la madera mientras le ruego a Carter que venga, que abra la puerta, que me deje entrar. Llamo a su teléfono una vez, luego dos veces, y cuando finalmente cedo, introduciendo el código de la puerta principal, cuando suena tres veces y me dice que está mal, que el código no es el que era hace apenas unos días, me salen las lágrimas.

Me hundo en los escalones del porche delantero mientras se abren las compuertas, y con las rodillas pegadas al pecho, entierro mi rostro entre los brazos y sollozo. Todo me abandona, la esperanza a la que me aferraba, y ahora lo único que tengo es el miedo que he estado tratando de ignorar, el que se me sube por el estómago y trata de hacer un hogar en mi pecho. No quiero permitirlo.

Algo cálido y húmedo toca mi codo y luego mis dedos. Me lame la oreja y sollozo, mirando a través de la grieta de mis brazos las dos patas doradas que descansan entre mis pies.

—Ollie.

Mi pecho se abre de par en par al oír mi nombre, todo el amor con el que se susurra, el shock de encontrarme aquí. Ese miedo que ha estado tratando con tanta fuerza de arraigar sale con garras y escapa cuando dos manos cálidas capturan mi rostro.

Brillantes ojos esmeralda están frente a mí, mirándome, y cuando digo su nombre, la fuerte inhalación de Carter se queda atrapada en su garganta antes de que me rodee con sus brazos y me abrace.

—No contestaste tu teléfono —lloro—. Y el código. Probé el código y no funciona. Me dejaste afuera.

—Oh, nena. —Su palma patina sobre mi espalda, su tacto es áspero mientras me aferro a él—. No. Nunca intentaría mantenerte fuera. Lo cambié para mantener a todos los demás fuera. Todo ha sido tan abrumador, y sin ti aquí, necesitaba algo de tiempo para mí, tiempo para pensar sin gente en mi oído.

—Dijiste que volverías, Carter. Tú dijiste eso. Pero tú... —Aparto mi rostro de su cuello y me limpio las mejillas empapadas mientras él me abraza—. ¿Por qué no has vuelto conmigo?

La vergüenza tiñe sus pómulos. Carter se sienta en el escalón, me coloca en su regazo y me aparta el cabello húmedo mientras Dublin yace a nuestro lado.

—Aún está roto, Ollie. Tengo que... tengo que arreglarlo antes de merecer volver contigo.

Mi cabeza se mueve rápidamente y aprieto su camisa en mis manos mientras otro sollozo me desgarró la garganta.

—No —digo con firmeza—. No. Eso no es lo que me enseñaste. Me enseñaste a comunicarme. Me enseñaste a apoyarme en ti cuando necesito fuerza, y se supone que tú también debes apoyarte en mí. Porque se supone que debemos hacer estas cosas juntos, ¿no? ¿Superar las cosas difíciles, los miedos?

Sus ojos se nublan, una incertidumbre que se apodera, roba el brillo de su bosque siempre verde y lo reemplaza con una neblina sombría y gris. Sus espesas pestañas se cierran mientras apoya su frente contra la mía, y hay un temblor en su voz cuando susurra.

—Estoy tan asustado, Olivia.

Tomando su rostro entre mis manos, paso por la delicada piel debajo de sus ojos, instándolos a abrirse.

—No quiero que tengas miedo solo. Así no es como hacemos las cosas en esta relación.

Mi lengua toca mi labio superior, saboreando el sabor salado de mis lágrimas, y antes de que pueda pensarlo dos veces, cubro su boca con la mía. Los dedos de Carter suben por mi espalda, se sumergen en mi cabello y me aprietan contra él mientras lo beso.

Cuando me retiro, atrapo la única lágrima que baja por su mejilla.

—Por favor, háblame, Carter. Dime lo que pasó. Dame la verdad y juntos encontraremos las respuestas.

Su inhalación es discontinua y entrecortada. Se lame los labios, las puntas de los dedos presionan mi piel y, finalmente, habla.

—Subí con ellas —me dice en voz baja—. Courtney y la otra chica, su amiga, todavía no sé su nombre. Sólo subí con ellas porque Courtney tenía... tenía mi teléfono. Su amiga lo encontró en el baño del restaurante. Fui muy descuidado y debí haberlo olvidado, y cuando Courtney me lo mostró... —traga saliva y su mirada busca la mía—. Ella tenía una de tus fotos privadas.

Algo extraño me sube por la garganta, una mezcla de ira y miedo. Ira porque alguien pueda ser tan insensible, miedo por lo que eso significa para mí, para nosotros. Hay algo más ahí, el molesto recordatorio en el fondo de mi cabeza de que no soy perfecta. Que ha habido tantas mujeres antes que yo con cinturas más pequeñas y pechos más redondos. La vergüenza se cuaja en mi estómago, pero sólo por un momento. Porque entonces recuerdo que soy perfecta para Carter, que él piensa que soy hermosa y lo que los demás piensen no importa en lo más mínimo.

—Lo siento mucho, Olivia. Debería haber tenido más cuidado. Nunca debí haberlas guardado en mi teléfono. Nunca pensé... nunca pensé...

Coloco mi palma en su mejilla, calmándolo.

—¿Qué pasó después?

—Me dijo que ya se había enviado todas las fotos a ella misma, que si no quería que salieran a la luz tenía que ir con ella.

—¿Que quería ella? ¿Dinero? ¿Te chantajeó?

Una risa amarga sale de sus labios.

—Si ella hubiera querido dinero, no estaríamos en este lío. Lo intenté, confía en mí. Se lo ofrecí todo, pero ella no lo quiso. —Se pasa una mano agitada por el cabello, despeinando sus ondas—. Dijo que le arruinamos la vida, que Adam ya no confiaba en ella por lo que pasó ese fin de semana en el bar, que de otra manera habría podido perdonarla que lo engañara. Dijo que no era justo que tuviera otra oportunidad después de mi pasado, que no podía soportar verme retratado como un novio tan perfecto, que nunca duraría. Quería recordarles a todos quién soy realmente.

—Pero tú no eres eso, Carter. No eres tu pasado y no te define. Hay una persona tan hermosa e increíble detrás de cada decisión que has tomado.

Mira hacia abajo y asiente.

—Ella quería hacernos daño, y creo... creo que la dejé.

Le aparto el cabello de la frente.

—¿Por qué no me dijiste todo eso?

—Porque ella quería que rompiera contigo. Dijo que si yo no lo hacía, tú lo harías. No se desharía de las fotografías hasta que supiera que habíamos terminado. Nunca podré terminar, Ollie, no contigo. Pero tampoco puedo dejar que tus fotos salgan a la luz. Perderás tu trabajo y no dejaré que te avergüences y expongas de esa manera. Necesito mantenerte a salvo y ya he fallado al dejar que tus fotografías caigan en manos de otra persona.

—Amo mi trabajo, Carter, pero no vale la pena arriesgar nada en esta vida. Lo cambiaría todo por un final feliz contigo, por la vida que queríamos.

—Nunca me había sentido tan decepcionado conmigo mismo. Estaba muy asustado y me asusté muchísimo. No tenía idea de qué hacer, qué decirte. Me preocupaba que si parecía que todo estaba bien entre nosotros, Courtney filtraría las fotos. Me quedé despierto toda la noche tratando de idear un plan. Se me ocurrió una mierda. Nada. Quería rogarte que te quedaras, impedir que te fueras. Pero en el momento en que finalmente cedí y te dejé subir a ese maldito auto, supe que lo mejor para ti era el espacio. Espacio hasta que pudiera resolverlo, hasta que pudiera asegurarme de que estabas a salvo. —Sacude la cabeza, incapaz de mirarme a los ojos—. Nunca me perdonaré si te fallo más que esto.

—Fracasar es parte de la vida. Y retomamos y comenzamos de nuevo. Podemos hacer eso, Carter. Mientras estés a mi lado, siempre podré empezar de nuevo. ¿No puedes?

La angustia nada en sus ojos mientras me observa de cerca, como si tuviera miedo de que las palabras no fueran reales, de que me levantara y me fuera en cualquier momento. ¿No sabe que mi corazón le pertenece? Mientras él esté dispuesto a seguir intentándolo, estaré aquí.

Antes de que pueda responder, el silencioso ronroneo de un motor llama nuestra atención y una patrulla de la policía se detiene en el largo camino de entrada. Mi pulso late en mis oídos cuando Carter me levanta de su regazo, toma mi mano entre las suyas mientras se levanta y el auto se detiene junto a su camioneta.

Dos oficiales salen y el hombre mira a Carter y a mí.

—¿Podemos hablar, señor Beckett?

Carter asiente y la oficial me sonríe.

—Buenas noches, señorita Parker. Soy el oficial Perry y este es mi compañero, el oficial Wolters.

Miro a Carter en cuestión y él aprieta mi mano.

El oficial Wolters da un paso adelante y le ofrece algo a Carter mientras se ríe.

—Bueno, tu pantalla todavía está destrozada, no pudimos hacer nada al respecto. Pero puedes recuperar tu teléfono.

Carter toma su teléfono, lo gira en su mano y el sol ardiente brilla en los fragmentos de la pantalla rota antes de guardarlo en su bolsillo.

—¿Qué quiere decir esto?

El oficial Wolters sonríe. Es cálido y amplio y me hace sentir algo que no había sentido en días.

Esperanza.

—Significa que tenemos a ambas mujeres bajo custodia. Se acabó.



No puedo dormir y esperaba lo mismo. El problema ahora es que la solución a mis noches de insomnio parece obvia.

Pero Carter no quería presionarme. Le preocupaba que todo fuera demasiado, demasiado rápido, demasiado pronto.

Pasamos horas en la comisaría, con mi mano entre las suyas mientras me explicaban los cargos que teníamos derecho a presentar: intención de distribución no consensuada de imágenes íntimas.

Carter presentó un informe policial el lunes por la noche después de prometer volver con respuestas, con una solución. Dijo que no podía encontrar otra manera de manejarlo porque no podía resolverlo por sí mismo. Creo que tomó la decisión correcta y finalmente también lo hace.

El problema fue que no pudieron localizar a Courtney ya que su última dirección conocida era la de Adam, y como Carter no sabía el nombre de su cómplice, la policía estaba atrapada. Hasta que una mujer llamada Raegan apareció esta tarde, abrumada por la culpa por el papel que había desempeñado. Encendió su teléfono, cargado con mensajes de Courtney, detalles de su intención de distribuir las fotos una a la vez, independientemente de si Carter y yo terminamos nuestra relación o no.

Y luego Carter me trajo de regreso aquí, a casa de Cara y Emmett. Me abrazó en el camino de entrada y me dijo que me tomara el tiempo necesario para aceptar esto. Me dijo que estaba bien estar enojada con él y que lo entendería si lo estuviera.

El problema es que él está ahí y yo estoy aquí.

El teléfono suena una vez antes de que su voz suave responda, ansiosa, como si esperara que yo lo llamara.

—¿Olli? ¿Estás bien?

Las lágrimas que no han parado estos últimos cuatro días se desbordan de nuevo, dejando rastros frescos recorriendo mis mejillas.

—No quiero dormir sin ti.

Se queda hablando por teléfono durante todo el camino, en cada paso que da subiendo las escaleras, y escucho la suave risa de Emmett tanto en el teléfono como a través de la puerta mientras asoma la cabeza para ver quién está aquí. La puerta del dormitorio se abre y Dublin entra corriendo, saltando sobre la cama y cubriendo mi rostro con su lengua. Sólo cuando la mirada de Carter se posa en mí, finalmente cuelga.

Aparto las mantas y él no pierde el tiempo trepando a mi lado, acercando mi cuerpo al suyo, sus manos agarrando mi cabello, mi rostro, mis caderas mientras su boca cubre cada centímetro de mi rostro con besos.

—¿No te he perdido?

—Carter, nunca *jamás* me perderás.

51

ENSAYOS, DISCURSOS, BAÑOS Y MIERDAS

Carter

El sol calienta mi rostro y la ligera brisa me alborota el cabello. Una ardilla sale disparada de detrás de un árbol y se para sobre sus patas traseras, inclinando la cabeza mientras me mira. Esta es la tercera vez que hace esto, como si quisiera algo de mí.

—No tengo comida para ti. Lo siento, amiguito.

Lo veo subir una lápida sólo para deslizarse hacia el otro lado, chirriando todo el tiempo como si estuviera pasando el mejor momento de su vida. Dublin levanta la cabeza de mi regazo, mirando de mí a la ardilla y luego de nuevo, como si quisiera unirse a la diversión.

Hoy aquí está tranquilo, pero supongo que la mayoría de la gente pasa los sábados por la mañana en la cama, no con los muertos.

Hasta hace un mes, había estado aquí una vez, hace siete años y medio, el único día que tenía que estar. En general, no es ahí donde siento a mi papá, y Olivia dice que está bien.

Sin embargo, aquí estoy, sentado en un banco justo enfrente de su tumba, el mismo lugar donde he estado todos los días de esta semana. Irónicamente, ha sido el único lugar donde he encontrado una sensación de paz esta semana, aparte de los brazos de Olivia. Estar en la casa ha sido difícil porque se siente menos como un hogar que nunca. Todo es un recordatorio de la persona desaparecida que lo convierte en un hogar.

Cuando me desperté con su mejilla presionada contra mi pecho el jueves por la mañana, supe que todo estaría bien, pero todavía era difícil decir adiós, verla entrar a esa escuela para su último día antes de que Cara se la llevara al resort para mimarla. Lo que significa que la casa todavía está vacía, y Dublin y yo estamos igualmente de mal humor por su ausencia.

481

Así que paso mis días aquí y en casa de Hank. Él está callado, en el sentido que necesito más que en el sentido que odio. Me deja simplemente ser, me deja sentir lo que necesito sentir.

No se me escapa que nunca habría conocido a Hank si mi padre no hubiera muerto. No sé dónde estaría sin él; ha estado constantemente allí en cada paso del camino en cualquier capacidad que he necesitado. Dice que me lee como si fuera un manual de instrucciones, lo cual es exactamente correcto. Sabe lo que necesito por el aire que llevo conmigo cuando estoy con él. A veces no es lo que quiero, pero siempre lo que necesito.

La hora en mi reloj me dice que tengo que llegar a casa, así que me levanto y coloco mi mano sobre la piedra de mármol.

—Prometo que te haré sentir orgulloso a ti y a mí mismo. Te amo.

Dublin hace un pequeño gesto de asentimiento antes de regresar al auto, y lo cargo en la parte trasera. No sé por qué me molesto; salta al frente en el momento en que me pongo al volante.

La camioneta de Adam está en el camino de entrada cuando llego a casa, y él, Garrett y el perro de Adam, Bear, están descansando en el porche delantero.

Tuve que cambiar el código de bloqueo de mi puerta. Entiendo que la gente quiere vigilarme y lo agradezco, pero los constantes visitantes que entraban y salían se volvieron demasiado. Cada vez que llegaba a casa me encontraba con gente tumbada en los sofás, revisando los armarios y comiendo en mi mostrador.

No es necesariamente que me importe, sino que he necesitado algo de espacio, un descanso de las voces constantemente en mi oído. Necesitaba sentir lo que necesitaba sentir, y no puedo hacerlo cuando estoy rodeado de gente todo el tiempo que quiere asegurarse de que no siento *demasiado*.

También estaba el único fotógrafo que me siguió por el camino de entrada con Dublin. Dos horas más tarde, aparecieron fotos mías marcando tres de cuatro números, seguidas de una foto mía gritándole que saliera de mi propiedad. Habla de una invasión de la privacidad.

—¿Cuándo recuperaremos los privilegios del código de bloqueo? —pregunta Garrett, siguiéndome al interior.

—Cuando dejes de comer mis papas fritas cuando no estoy en casa.

Dublin y Bear inmediatamente se involucran en un combate de lucha libre, justo ahí en medio del pasillo, y tomo nota mental de preguntarle a Olivia si le apetece tener un segundo perro.

—Podría ser peor. —Garrett abre mi despensa, saca una barra de pan de centeno y mete dos rebanadas en la tostadora—. Podría estar comiendo tus galletas Oreo.

—Y entonces nos faltaría un lateral derecho para la próxima temporada. —Agito una mano hacia él mientras saca la mantequilla de maní y la mermelada—. ¿No tienes comida en casa?

—Tengo hambre otra vez —murmura alrededor de una cucharada de mantequilla de maní.

Adam me está mirando, sonriendo.

—¿Qué?

—Nada. —Se encoje de hombros—. Simplemente estoy feliz por ti. Y orgulloso de ti.

—No hice nada —murmuro—. Fue Olivia.

—Eso no es cierto. Tú hiciste el informe. La pusiste a ella en primer lugar, te tragaste tu orgullo y le rogaste que aguantara mientras lo averiguabas.

—Sí, amigo. —Garrett aprieta su pan y le da un mordisco enorme, devorando la mitad de su sándwich mientras pasa un brazo alrededor de mis hombros—. Estamos orgullosos de ti. —Se ríe—. Además, Adam estaba tan enojado cuando *ella-que-no-debe-ser-nombrada* lo llamó desde la cárcel, que le dijo que se fuera a la mierda y regresara a Denver. Adam enojado es tan raro que aprecio cada momento que paso con él.

EL rostro de Adam arde mientras se frota la nuca, pero antes de agachar la cabeza, veo esa sonrisa y, joder, yo también sonrío.

Para cuando los cachorros están con la niñera durante el fin de semana, he visto a Garrett comer tanta comida que ahora yo también tengo hambre. Le ruego a Adam que haga una parada en McDonald's, asegurándome de agregar algo especial para Hank, que ya está sentado en un banco frente al asilo de ancianos, con el equipaje a los pies, una gorra de gran tamaño de los Vipers campeones de la copa Stanley Cup en la cabeza y una sonrisa radiante en su rostro.

—Está bien, muchachos. Tengo mi traje más elegante listo para usar, así que, si Cara decide deshacerse del señor Brodie en el último segundo, no se preocupen, puedo saltar para ocupar su lugar.

Estoy bastante seguro de que tratar con Cara el día de su boda sería suficiente para provocarle un infarto a mi vieja amiga. Estoy preocupado por la salud de Emmett y él es un atleta estelar.

La boda se celebrará en el Four Seasons de Whistler, a unos noventa minutos de distancia. Cara reservó el lugar el verano pasado a pesar de que solo se comprometieron hace seis meses. Sin embargo, han estado planeando su boda desde el día en que se conocieron.

Parece que estoy exagerando. No lo estoy. Estuve allí la noche que se conocieron. Emmett la llamó señora Brodie. *Frente a ella*. Cara se comió esa mierda y han sido prácticamente inseparables desde ese día en adelante.

El hotel está lleno de vida cuando llegamos. Tienen alrededor del ochenta por ciento de las habitaciones alquiladas a los invitados a la boda. Aunque la cena de ensayo de esta noche es sólo para la fiesta de bodas y la familia inmediata, la mayoría de los invitados estarán aquí durante el fin de semana o más.

No estoy seguro si ha tenido un buen o mal comienzo cuando encontramos el camino hacia el espacio de recepción donde Emmett dijo que podemos encontrarlo. Él está allí, escondido en un rincón con Olivia, y Cara camina en bata, sus pantuflas puestas, el cabello envuelto en una toalla, gritando sobre la colocación del tenedor y cómo la luz del sol que brilla a través de la pared de ventanas causando un resplandor en su rostro en la mesa principal.

—Pero, cuidado. —Olivia da un paso cauteloso en su dirección, pero cuando Cara se da vuelta, Emmett tira a mi pequeña chica de regreso a la esquina con él—. Es sólo que, um, ni siquiera es mediodía todavía. Mañana será la hora de cenar cuando estés sentada aquí. El resplandor no será el mismo. —Saca la mano de Emmett de su hombro y se acerca a la ventana, señalando al cielo—. El sol estará allí, lo suficientemente bajo en el cielo como para que entonces tenga un bonito tono naranja y rosa.

Cara parpadea hacia Olivia. Seis veces. Se acerca a la ventana y mira hacia afuera, como si estuviera viendo lo que ve Olivia. Luego abraza a su mejor amiga.

—¡Oh, tienes razón! Gracias a Dios. —Se ríe como una hiena—. Perdí un poco la cabeza allí por un minuto.

—Sí, un minuto —murmura Emmett, e inmediatamente se encoge de miedo contra la pared ante la mirada que Cara le lanza. Su mirada se posa en nosotros tres, parcialmente ocultos por la puerta, y echa la cabeza hacia atrás con lo que suena como un gemido—. Oh, joder. Gracias al puto Dios. Necesito algo de testosterona.

Todo el rostro de Olivia se sonroja. Ella extiende un brazo, tirando una servilleta y varios cubiertos al suelo en un movimiento que parece completamente intencional a pesar de la forma en que se lleva la mano a la frente.

—Oh, no. ¿Viste eso? Qué torpe. —Se arrodilla y se ocupa demasiado tiempo recogiendo todo mientras Cara cruza la habitación revoloteando hacia nosotros.

Tenía el presentimiento de que esto sucedería. No hemos tenido mucho tiempo para hablar, para decidir cuál es nuestro próximo paso ya que ya lleva dos noches encerrada aquí con Cara. Sé cuál es nuestro

próximo paso. Estoy bastante seguro de que ella también lo sabe. Pero todavía me gustaría tenerla a solas para que podamos calmar esta tensión.

—¡Oh, qué bueno! ¡Están aquí! —Cara besa nuestras mejillas antes de entrelazar su brazo con el mío—. Tengo grandes trabajos para ustedes, muchachos. Grandes trabajos. —Me guiña un ojo—. Nada es demasiado grande para ti. Tienes el trabajo más importante de todo este fin de semana. No puedo permitir que trabajes demasiado.

Dudo mucho que ella vaya a darme un respiro en lo que respecta al trabajo, y tengo razón cuando nos lleva a una habitación llena de sillas.

Señala las pilas de sillas con fundas blancas que hay junto a ellas.

—Los necesito en el salón de cócteles para cenar esta noche, con las mantas puestas. —Señala las sillas de madera—. Esto lo puedes hacer mañana por la mañana. Van a estar en el área de la ceremonia. —Ella nos invita a acercarnos como si tuviera un secreto que contar—. Tres centímetros entre cada silla. Ni más ni menos. ¿Entiendo?

—¿No le estás pagando a alguien para que haga esto por ti? —Adam hace la pregunta que todos queremos que se responda.

—Sí, pero no confío en ellos.

Los ojos de Garrett se abren.

—¿Y confías en nosotros? —Se pasa una mano por el cabello antes de ponerse la camiseta—. No quiero ser el receptor de tu ira si arruinamos algo el día de tu boda.

—¿Confío en ti? —tamborilea Cara con los dedos en la barbilla y tararea—. No, en realidad no. Pero todavía los amaré después de mi boda, así que será mejor que sean ustedes. —Sonríe, pero es una de esas que dan miedo, de esas que nos hacen retroceder poco a poco—. Además, ¿qué tan difícil puede ser colocar las sillas perfectamente? Sólo hazme feliz, eso es todo lo que pido. —Nos da palmaditas en los hombros y se aleja bailando, riendo.

—Quiero ir a casa —susurra Adam—. Tengo miedo.

Le doy una palmada en la espalda.

—Todos lo tenemos, amigo.



Cara está preciosa esta noche con su vestido de encaje blanco. Está radiante, feliz y alegre, y cuando entró aquí, miró las sillas y dijo:

—Buen trabajo, chicos.

Repito, Cara dijo *buen trabajo, chicos*. Nos chocamos los cinco el uno al otro.

Pero es la impresionante mujer vestida de satén azul medianoche con su cabello oscuro cayendo sobre su espalda en grandes ondas de quien no puedo quitar mis ojos de encima. La siguen a todas partes, contando cada copa de vino que se lleva a los labios, observando cómo saca un trozo de papel de su bolso, mueve los labios mientras lee, luego lo arruga y lo guarda. Esta vez, sin embargo, suspira, deja el vino, cierra los ojos y luego se dirige a la barra.

Para mi sorpresa, pide un vaso de agua.

Pongo mi barbilla sobre su hombro mientras lee su discurso por séptima vez.

—Sólo imagínate desnudo.

Olivia jadea y arroja agua sobre la barra cuando salta. Me golpea en el hombro.

—Jesús, Carter.

—Ese es el tipo de reacción que la espada del trueno pretende provocar cuando es fotografiada. —Me inclino más cerca y veo sus mejillas sonrojarse mientras mi voz baja—. Un toque de sorpresa, un poco de miedo y un montón de emoción.

La comisura de su boca se curva y, antes de que pueda pensar demasiado, saco mi teléfono.

—Oye —dice en voz baja, sosteniendo mi antebrazo mientras mira—. Tienes un teléfono nuevo.

—Uh huh. No pude ver tu hermoso rostro a través de todos los cristales rotos.

Ella sonríe al fondo, una que no he usado antes. Se está ahogando en la cama, las mantas intentan tragársela entera, sus rizos son un desastre, pero su sonrisa es tan impresionante como siempre.

Hojeo mis fotos y encuentro la que tomé temprano esta mañana.

—Dublin te hizo esto —le digo mientras dejo caer el teléfono en su mano.

La cabeza de Dublin está sobre su almohada, descansando junto a un dibujo a lápiz azul de un perro y una figura de mujer. De la boca del perro sale un bocadillo que dice *Te extraño, mami. ¡Guau!*

Todo el rostro de Olivia detona con su brillante sonrisa, la risa que burbujea en su garganta es nada menos que jodidamente mágica.

—Dublin dibujó esto, ¿eh?

Levanto un hombro y lo dejo caer.

—Ahora es un Beckett. Tiene sentido que sea un triunfador.

Otra risa, y justo cuando considero robárselo de la boca, ella me rodea con sus brazos. La atraigo hacia mí, deleitándome con la sensación de estar tan completo una vez más. Olivia apoya su barbilla en mi pecho, obsequiándome con esa sonrisa tonta, y le paso el pulgar por la comisura de la boca.

La voz de Adam suena por el micrófono, solicitando la presencia de Olivia en el estrado para su discurso, y su rostro palidece.

—Estoy bastante seguro de que mi cena está a punto de reaparecer.

—Si es así, te llevaré lejos y te esconderé. —Presiono mis labios contra su nariz—. Tienes esto.

—¡Vaya! —Cara levanta un puño en el aire mientras Olivia sube al escenario—. ¡Esa es mi mejor amiga! ¡Vamos chica!

Veo la aprensión desde aquí, los nervios que la devoran, y cuando nuestras miradas se encuentran, le guiño un ojo y sonrío.

—Dicen que llega un momento en la vida de todos en el que conoces a tu alma gemela, la persona que te amará y apreciará por el resto de tu vida, te abrazará y nunca te dejará ir.

Las mujeres en la multitud gritan y Emmett le sonrío a Cara.

—Para Cara, ese día ocurrió a los diecisiete años cuando me conoció.

La mandíbula de Emmett se abre y Cara golpea la mesa, gritando:

—¡Diablos, sí lo hizo, bebé!

—No sé cómo diablos tuve tanta suerte de tener a Cara como mi compañera de cuarto, pero ella, su metro sesenta y cinco, me miró, declaró que yo tenía el tamaño perfecto para que ella pudiera mandarme y luego rápidamente me empujó un trago de tequila en mis manos. Eran las diez de la mañana y, por muy aterrorizada que estuviera, supe que había encontrado a mi mejor amiga.

—Cuando Cara conoció a Emmett, llegó a casa en mitad de la noche, saltó encima de mí y me dijo que tenía que enseñarle todo lo que sabía sobre hockey porque había encontrado a su marido y aparentemente a “él le gustaba mucho el hockey o algo así”. —Sus comillas en el aire están perfectamente colocadas, la impresión de Cara es acertada—. Emmett, le pediste a Cara que fuera a patinar contigo un total de cuatro veces antes de que ella finalmente aceptara. Eso es porque primero pasé tres semanas enseñándole a patinar. Al menos la mitad de ese tiempo la pase con ella tirada en el hielo, quejándose de que era demasiado bonita para tener que trabajar tan duro para impresionar a un hombre.

Cara levanta las palmas y se encoge de hombros.

—Es cierto.

—Emmett, Cara te miró y supo que eras tú quien iba a cambiar su mundo. —Los ojos de Olivia parpadean hacia mí antes de lamerse los labios y mirar el papel que tiene en las manos—. Cuando se conocieron, fue como ver a dos mundos chocando, una explosión de color. La conociste salvajemente con tu calma y la has ahogado en amor en cada paso del camino. El amor que comparten siempre ha sido una inspiración para no conformarse nunca con nada más que una pasión desenfrenada, una obsesión feroz, un amor que no conoce límites y se fortalece cada día.

Ella solloza silenciosamente y se limpia bajo sus ojos. Cuando levanta la vista, su mirada se encuentra con la mía. Cuando parpadea, una lágrima rueda por su mejilla antes de sonreír a Cara y Emmett.

—Un hombre que la ama tan ferozmente como tú es todo lo que podría pedir para mi mejor amiga. —Ella levanta su copa—. Sé que ustedes dos vivirán una vida larga y feliz juntos, principalmente porque no se mataron durante el proceso de la boda, lo cual es increíblemente impresionante considerando quién es la novia. Los amo a ambos infinitamente.

Veo a dos de mis personas favoritas abrazar a mi chica, y durante la siguiente hora pretendo que no estoy verde de envidia por la forma en que Garrett, Adam y uno de los hermanos de Emmett siguen haciendo girar a Olivia por la pista de baile.

Está bebiendo una copa de vino espumoso cuando me acerco a ella.

—Parece que te vendría bien un baño.

Una ceja oscura se levanta.

—¿Sí? Porque estaba pensando que he dormido menos de veinte horas en la última semana y necesito desesperadamente subir las escaleras y desmayarme.

—Definitivamente necesitas un baño primero.

Esconde su sonrisa detrás del borde de su copa y termina su vino antes de dejarme llevarla. Entrelazo mis dedos con los de ella y la tiro por el pasillo, llevándola al primer ascensor que se abre. Subimos en silencio, Olivia intenta reprimir su sonrisa mientras le guiño un ojo en el reflejo del espejo.

—¿Cómo sabes cuál habitación es mía? —pregunta mientras la llevo a su puerta.

—Tengo conexiones.

—¿Tu conexión se llama Cara?

—Hmm... —Le quito la tarjeta de la mano y la deslizo por la puerta—. Me suena, pero no puedo estar seguro.

Otra risita. Juro que estoy viviendo para esto esta noche.

—Ve a quitarte el vestido —le digo, instándola a entrar en la habitación antes de entrar al baño—. Te prepararé el baño especializado de Carter Beckett. Extra relajante y toda esa mierda.

Abro el grifo de la bañera y mantengo la mano en el agua hasta que sale casi hirviendo, como a ella le gusta. La siento detrás de mí mientras vierto un poco de baño de burbujas de lavanda en el agua y observo cómo se llena rápidamente de espuma. Me pongo de pie y me giro para encontrar a Olivia en la puerta, todavía completamente vestida, mirándome.

—Chica traviesa —digo, agachándome a sus pies. Tomo su tobillo en mi mano, le quito los tacones negros de tiras uno por uno, y sonrío para mis adentros ante la forma en que se hunde ocho centímetros, con las manos agarrando mis hombros para mantenerme estable—. Recuerdas lo que les pasa a las chicas traviesas, ¿no?

—Son castigadas. —Una sonrisa descarada se asoma por su rostro mientras sus ojos bailan—. Sobre tu regazo o de rodillas.

Me rio mientras me levanto, aunque la verdad es que no estoy de humor para castigar. No creo que Olivia tampoco lo sea, pero es divertido fingir, volver a ser nosotros mismos. La próxima vez que tenga a Olivia, me tomaré mi tiempo. Pasaré toda la noche amándola, adorándola, y por la mañana, bueno, todavía tendrá problemas para caminar, pero le daré el desayuno en la cama.

Entonces, en lugar de eso, la hago girar para encontrar esa delicada cremallera.

—¿Puedo?

Su piel se calienta.

—Sí.

La cremallera se desliza con facilidad, el satén azul cae y revela la piel lechosa que he besado cada centímetro, marcada con amor, y cuando llega a la hinchazón de su trasero, respiro profundamente.

No quiero ir más allá, pero luego veo la marca que dejé en su piel con mi boca la última vez que hicimos el amor, justo ahí, curvándose alrededor de su cintura. Antes de darme cuenta, estoy bajando los tirantes de su vestido por sus brazos, el satén se desliza sobre sus caderas y se acumula a sus pies.

Cayendo de rodillas, deslizo mis manos en el encaje a cada lado de sus caderas y presiono mis labios contra el pequeño hematoma. Olivia jadea

en voz baja, la piel cremosa se le pone la piel de gallina cuando sus manos encuentran las mías, aferrándose con todas sus fuerzas.

—Suéltame, cariño —le pido, y lo hace, dejándome deslizar su ropa interior por sus piernas.

Quiero pararme frente a ella y beberla, toda, apreciar cada centímetro del cuerpo que amo. Pero esto es mucho más que eso y no la apresuraré a hacerlo.

Entonces tomo su mano y la llevo a la bañera. Entra, se hunde en el agua burbujeante y yo desaparezco en la sala de estar. Regreso unos minutos más tarde y dejo una taza de té humeante en el borde de la bañera mientras mis rodillas golpean la lujosa alfombra del baño.

—Ojalá pudieras quedarte, Carter.

—También lo quiero. —Pero ambos sabemos que no puedo. Soy responsable del novio esta noche, y hay una solicitud de ayuda de Adam esperando en mi teléfono, una foto adjunta de Cara parada en una silla, Emmett luciendo como si estuviera a punto de atraparla.

Paso su cabello sobre su hombro, pasando mis dedos por su piel en el camino, tocando las pequeñas pecas que la decoran. Ella es hermosa, mi compañera perfecta, como si fuéramos hechos al mismo tiempo, dos mitades de un todo destinadas a encontrarnos y completarnos algún día.

Dejo caer la cabeza, tratando de aliviar el dolor que ya está bien enterrado en mi pecho la semana pasada. Cuando miro a Olivia, todo lo que puedo hacer es intentar con todas mis fuerzas no llorar.

—Sé lo que es vivir sin ti. Eso es algo que nunca quise experimentar.

Y que me condenen si alguna vez vuelvo a poner a alguno de nosotros en esa posición.

—Carter —susurra Olivia, sus dedos revolotean sobre mi pómulo, pasando por mi cabello—. Quiero volver a casa.

Mi corazón tartamudea.

—¿Sí?

Sonríe.

—Sí.

Sus dientes tiran de su labio inferior antes de inclinarse hacia adelante, presionando su boca contra la mía. Es vacilante al principio, lento mientras prueba las aguas, y cuando mis dedos se hunden en su cabello, su boca se abre con un gemido.

Se necesita todo lo que hay en mí para separarme, presionar mis labios contra su frente y levantarme.

—Te veré en el altar —le digo con una sonrisa, y mi corazón se hincha ante la forma en que su rostro estalla como la luz del sol.

—Carter. —Su tímida voz cruza el baño y me hace dar la vuelta en la puerta—. Te amo.

—Yo también te amo, chica Ollie.

52

¿QUÉ ESTA HACIENDO?

Olivia

Esperaba interceptar al servidor en el pasillo, por razones obvias.

La razón obvia es la forma en que la cabeza de Cara se mueve como un rayo cuando tocan la puerta antes de que se abra. Cuando el camarero asoma la cabeza, parece tan aterrorizado como lo hemos estado la mayoría de nosotros durante todo el día. Es sólo mediodía.

—¿Qué? —grita Cara.

—Creo que es para mí. —Mi risa no es ansiosa. Además, *definitivamente* es para mí. Lo puedo oler.

Tomo la bandeja con una sonrisa y un silencioso *gracias*, luego me cuelo en el baño y levanto la tapa.

Oh, cariño, sí. Ven com mamá. Podría gemir y definitivamente morderme los nudillos.

En el momento en que mis dientes se hunden en esa hamburguesa de carne de res de siete onzas con queso americano, tocino y cebolla asada, mi mundo entero explota. Mis párpados se cierran e inclino la cabeza hacia atrás con un gemido que retumba por todo mi cuerpo.

Y entonces la puerta del baño se abre de golpe.

—¿Estás bromeando, Liv?

—Lo siento mucho —murmuro media sincera; el rostro de Cara me dice que no se lo cree.

—No lo sientes. —La bella novia se cruza los brazos sobre el pecho.

—No puedo vivir de rodajas de pomelo y agua. Necesito sustancia. — Un panecillo de canela también quedaría bien, al igual que una mimosa.

Cara levanta los brazos y casi me arranca la hamburguesa de las manos.

492

—¡Pero *tengo* que comer pomelo y beber agua para poder ponerme el vestido! ¡Se supone que debes apoyarme!

—Te apoyo. Pero es tu boda, no la mía. Además, luces espectacular con tu vestido y tienes espacio de sobra. He ido a todas las pruebas, doy fe de ello. —Le ofrezco mi hamburguesa y muevo las cejas. Por muy poco impresionada que parezca, la tentación está ahí, brillando en sus ojos—. No puedo aguantar hasta la hora del cóctel para comer algo de comida de verdad.

Cara se ríe. Es del tipo sarcástico y exasperado, y no me siento bien con eso.

—Oh, dulce e ingenua Olivia. ¿Crees que podrás comer a la hora del cóctel? No, no, no. Te tomarás fotos. No, no comerás hasta la hora de cenar, cariño.

Todo mi rostro se desmorona con esta devastadora noticia, y Cara se lanza hacia adelante, agarrando mi muñeca mientras le da un mordisco de la mitad del tamaño de mi hamburguesa.

—Oh. Mierda. *Sí*. Tan bueno.

—¡No te atrevas a arruinar tu maquillaje! —La maquilladora entra corriendo al baño y suspira cuando me ve—. Tu lápiz labial está todo corrido.

—Lo siento. —Esta disculpa *definitivamente* no es sincera.

Cara me da un codazo en el costado.

—Estás de mejor humor hoy. No creo que no hayas echado un polvo anoche.

—No lo hice —insisto al menos por decimoquinta vez.

Cara me despertó a medianoche para preguntarme, *si me habían follaron bien*. Sus palabras, no las mías. La respuesta fue *no, idiota*, pero veinticinco minutos después, con las luces apagadas, nuestra puerta se abrió y Carter apareció a los pies de mi cama. Él no dijo una palabra y yo tampoco, solo disfruté la forma en que se acurrucó detrás de mí, sus labios presionados contra mi cuello. Cara murmuró algo acerca de que al menos tenía la decencia de hacer que el sexo fuera silencioso para poder tener un sueño reparador, pero minutos más tarde salí con Carter envuelto a mí alrededor, y cuando me desperté esta mañana ya se había ido.

Así que, aunque no me follaron, lo que sí conseguí fue dormir bien por primera vez en una semana. Me siento renovada y ligeramente esperanzada, y eso mismo hace cosas maravillosas para una mujer.

Dos horas más tarde, mi lápiz labial ya no está corrido, estoy envuelta en champán reluciente y estoy a varios centímetros del suelo más de lo que me siento cómoda. Observo a la madre de Cara abrocharse el último botón

de su vestido antes de retroceder, con una mano en la boca mientras la otra se agita en los ojos.

—Te ves absolutamente hermosa, Care —le susurro.

Está radiante cuando se da vuelta, con las mejillas sonrosadas y una sonrisa brillante. Pasa los dedos por el delicado satén e inhala un suspiro tembloroso.

—¿Eso crees?

—Lo sé. —La envuelvo en un abrazo y le doy un tierno apretón—. Estoy tan feliz por ti.

—Oh, bastardas. —Se seca el rabillo del ojo—. Se me están poniendo los ojos un poco llorosos por aquí. —Ella sacude las manos—. Y nerviosa. Estoy nerviosa. Nunca estoy nerviosa.

Detengo sus manos frenéticas, apretando.

—No tienes nada de qué estar nerviosa. Son tú y Emmett. Has estado planeando este día desde que lo conociste. Literalmente.

—¿Qué pasa si se arrepiente? ¿Qué pasa si se echa para atrás? —Sus ojos azul océano rebotan entre los míos y, ante mi mirada de desaprobación, se ríe, descartando sus propias palabras con un movimiento de muñeca—. Si, tienes razón. ¿Quién podría resistirse a todo esto? Sus manos revolotean sobre sus curvas y levanta una cadera.

—Ahí está mi chica. Ahora vamos a buscar a tu marido.



—Ay. —Me giro y miro a Cara con el ceño fruncido—. ¿Dejarás de presionarme?

—Lo lamento. Lo siento mucho. Estoy nerviosa. ¿Qué están haciendo? ¿Por qué no están listos? —Ella gira la cabeza como si estuviera tratando de echar un vistazo.

—Para. Cálmate. Simplemente están parados, hablando. Emmett probablemente pensó que llegarías media hora tarde como lo haces con todo lo demás.

Actualmente está inclinado sobre una fila de personas, riendo sin ninguna preocupación en el mundo, el polo opuesto de su novia. Observo el paisaje, los árboles y las montañas, un impresionante telón de fondo para este hermoso día de cielo azul. Adam y Garrett están hablando con un puñado de sus compañeros de equipo, pero no veo a Carter por ninguna parte. No es que esté mirando ni nada por el estilo.

—¿Irás a decirle que estamos listos para empezar? —Cara me empuja hacia las puertas de cristal.

—Sólo para que dejes de presionarme. —Abro la puerta y ella me da un último empujón, empujándome hacia el jardín, y reboto en una pared de ladrillos.

No una pared de ladrillos. Mi novio. Mi... Carter.

—Oh. Mierda. Lo siento. —Mis dedos se curvan alrededor de sus bíceps mientras él encuentra mi cintura, estabilizándose sobre mis ridículos talones.

La mirada de Carter baila con alegría mientras desciende por mi cuerpo, esa media sonrisa viste su rostro perfecto.

—¿Creciste de la noche a la mañana?

Mis rodillas tiemblan al verlo con su traje negro, sus usualmente rebeldes ondas de cabecera domesticadas y peinadas cuidadosamente hacia un lado, su rostro recién afeitado, mostrando esos hoyuelos de infarto.

—Cuatro y medio. —Sale sin rumbo de mi boca.

Sus cejas se arquean con diversión.

—¿Qué?

—Uh, el, mi... —Levanto una pierna y me subo el vestido, moviendo mi pie. —Cuatro y medio. Tacones. Altos. —*Bueno, amigos, ha sido grandioso. Me voy a casa.*

El rostro de Carter detona con una sonrisa que parte las mejillas.

—Es usted absolutamente impresionante, señorita Parker.

—Gracias. Gracias. Tú también. —*¿Por qué soy así?*—. Tu cabello es... tu rostro... Cara quiere que Emmett sepa que está lista.

Carter se ríe, inclinándose y presionando sus labios contra mi mejilla.

—Se lo diré.

El brazo de Cara se extiende bruscamente y me empuja hacia adentro.

—Escuché más de lo que me gustaría admitir. ¿No te he enseñado nada sobre cómo actuar con calma? Eres una puta causa perdida, mujer.

No puedo decir que no estoy de acuerdo, así que me alinee detrás del resto de las damas de honor cuando comienza la música, y cuando es mi turno de dirigirme hacia el pasillo, mi mirada se posa en la única persona que quiero ver.

Carter tiene una sonrisa tonta mientras me observa tratando de contar los pasos en mi cabeza; el coordinador dijo que camino demasiado rápido, lo cual me parece irónico, porque, ya sabes, soy muy baja. Se encoge de hombros, se erige y su sonrisa se hace más amplia cuando paso por

debajo del arco y tomo mi lugar. Me guiña un ojo cuando la música cambia y todos se dan vuelta cuando las puertas de vidrio se abren y Cara sale con su padre a su lado.

Ella flota por el pasillo como la reina que es, sonriendo y arrugando la nariz mientras intenta contener las lágrimas. Emmett está perdiendo la batalla, lágrimas silenciosas corren por su hermoso rostro y Carter le entrega el pañuelo de bolsillo de su chaqueta.

Estoy perdida en sus votos sinceros, las palabras que susurran, las promesas que hacen de amarse y apoyarse mutuamente para siempre, y los ojos de Carter permanecen fijos en mí, sonriendo por la forma en que sigo secándome las lágrimas.

Casi quinientas personas se ponen de pie de un salto y se vuelven locas cuando Cara y Emmett se besan por primera vez como marido y mujer antes de que ella salte sobre su espalda y él la arrastre por el pasillo hasta perderla de vista.

Carter se acerca a mí y me ofrece su brazo.

—¿Vamos, princesa?

Le sonrío entre lágrimas.

—Vamos.



—¿Vas a comerte eso?

Miro a Carter, la forma en que señala el resto de mi costilla con su cuchillo, con los ojos muy abiertos por la pregunta. En el momento en que suspiro, él sonríe, apuñalando mi carne y la pone en su plato.

—Estoy empezando a pensar que sólo pediste sentarte a mi lado para poder limpiar mi plato.

—No. Solicité sentarme a tu lado porque estoy jodidamente obsesionado contigo. —Se limpia la boca con la servilleta—. Y así puedo hacer esto cuando quiera. —Su mano aterriza en mi muslo, deslizándose por debajo de la hendidura, calentando mi piel, bajando mi ritmo cardíaco, lentamente, muy lentamente. Sujetando mi barbilla entre sus dedos, inclina su boca sobre la mía.

Besa primero una comisura de mi boca y luego la otra. Luego mi labio inferior, seguido por el lazo en la parte superior. Y cuando su boca finalmente cubre la mía, mis labios se abren, ansiosos por él, por sentirlo, saborearlo, darle cada parte de mí que desea.

Cada momento de este día ha sido perfecto, y solo me horrorizo levemente cuando regreso de ir al baño después de cenar y encuentro a Carter hablando con mi hermano en un rincón del salón de baile.

Y entonces sucede lo más extraño. Jeremy se ríe, se dan la mano y luego... se abrazan.

Qué. Mierda.

Veo a Alannah cruzar la habitación, abrazando las piernas de Carter, y él la abraza con fuerza antes de llevarla a la pista de baile a dar una vuelta.

Jeremy se acerca sigilosamente a mi lado y tira de mi oreja.

—¿Qué? ¿Pensaste que iba a matarlo o algo así?

Aparto su mano de un golpe.

—Se me pasó por la cabeza, sí.

—No, Carter es un buen tipo.

Mis cejas se elevan hacia mi frente.

—Nunca esas palabras han salido de tu boca.

Él se encoge de hombros.

—Puedo admitir cuando me equivoco.

—Literalmente no puedes. Ninguna vez. Nunca en mi vida has admitido tal cosa.

—Ah, cállate.

La música cambia y sonrío ante esa melodía familiar, la que Carter me ha estado cantando desde que nos conocimos, mientras deambula por la pista de baile, sonriéndome tímidamente.

—¿Pediste esta canción? —Se lo pregunto por segunda vez en mi vida.

—Uh huh. —Extiende su mano—. ¿Bailas conmigo?

Empujo mi copa de vino en el pecho de Jeremy y deslizo mi mano en la cálida de Carter, observando cómo traga la mía mientras me gira hacia él. Es el mismo de siempre, su olor, su tacto, la forma en que me abraza, sus labios en la parte exterior de mi oreja mientras canta su canción favorita.

Mi cuerpo tiembla cuando su aliento recorre mi cuello y mariposas estallan en mi estómago cuando salpica mi piel con millones de pequeños y tiernos besos entre letras.

—Carter. —Cierro los ojos con fuerza.

—Yo....

—Te amo —me dice, acercando su rostro al mío—. Te amo, Olivia.

Sus labios, suaves y gentiles, tocan los míos mientras la música llega a su fin, las yemas de los dedos en mi espalda baja presionándome más. Cuando pronuncian el nombre de Carter, él se retira, apoya su frente en la mía y sonríe.

—Tengo que ir a dar mi discurso, chica Ollie. —Me besa una vez más antes de dirigirse al podio. El simple hecho de aclararse la garganta y tocar el micrófono le valió un grito de todo el equipo de hockey, y su sonrisa eléctrica ilumina la habitación—. ¿Cómo están todos esta noche?

Juro que podría decirnos que todo el salón estaba en llamas y la respuesta sería la misma: el rugido ensordecedor de aplausos y vítores. Y no podía parecer más engreído.

—Estoy muy feliz de tener el control de los únicos cinco minutos que Cara no pudo planificar esta noche. Lo intentó, obviamente. Me dieron un conjunto de reglas muy específicas que detallaban lo que se me permitía decir y lo que no se me permitía decir. Pero accidentalmente perdí esa lista.

Cara se cruza los brazos sobre el pecho de una manera que permite que todos sepan que la lista era cien por ciento real.

—Para aquellos de ustedes que no me conocen, soy el mejor amigo y compañero de equipo de Emmett, Carter. Es un honor para mí estar a su lado hoy como su padrino, pero también es un honor para él, ya que finalmente admite ante sí mismo y ante todos los demás que realmente soy el mejor. —Hace una pausa por las risas que recorren la habitación—. Cara, estás jodidamente impresionante esta noche, una imagen de la perfección como siempre lo eres. Emmett es un jodido hombre afortunado.

—¡Carter! —grita Cara y golpea la mesa con los puños.

—Correcto. Ups. —Se ríe, pareciendo un poco avergonzado—. Se supone que debo limitarme a sólo cinco maldiciones. Supongo que ya estoy perdiendo una.

Cara levanta sus dedos índice y medio.

—¡Dos!

Los ojos de Carter se agrandan mientras se pasa los dedos por el cabello, estropeando ese trapeador perfectamente peinado.

—¿Dos? Joder. Quiero decir, mierda. No, joder. Ah, joder. ¡Cara, sabes que no puedo! —Les muestra a todos su sonrisa perfecta, encantadora, segura de sí misma y con hoyuelos, y Cara gime tapando su rostro con las manos—. No puedo ser perfecto en todo. Pero de todos modos, basta de eso. Estaba hablando de lo afortunado que es Emmett. Se irá de aquí esta noche con una hermosa esposa que es luchadora, divertida y tiene un corazón enorme. Y Cara, bueno... saldrás de aquí esta noche con un precioso vestido nuevo.

Cara se pone de pie, sosteniendo la falda de su vestido mientras da un pequeño giro.

—Ha sido un día emotivo para todos nosotros. —Carter señala el pastel de cuatro niveles—. Incluso el pastel está en niveles.

Golpeo mi frente sobre mi mano mientras la habitación estalla en risas.

—Oh, dulce Señor.

—Conocí a Emmett cuando tenía dieciocho años cuando fuimos reclutados para Vancouver. Si puedes creerlo, no hicimos clic de inmediato. Había una sensación de competencia entre nosotros, como si ambos quisiéramos ser los mejores. Emmett era serio y concentrado, y yo era tonto y despreocupado. Él era tranquilo y motivado, y yo era y sigo siendo excepcionalmente guapo.

—Emmett, me metí en tu corazón, rompiendo tu caparazón con una broma inapropiada a la vez hasta que me dejaste ver el gran osito de peluche que realmente eres. Siempre me has inspirado y empujado a hacerlo mejor cuando sabías que podía hacerlo, y estoy orgulloso de decir que soy el hombre que soy hoy porque tuve un amigo como tú.

—Y Cara, lo sabía. En cuanto te conocí, supe que ibas a robarme a mi mejor amigo. Entraste en esa habitación y su mandíbula golpeó el suelo. Todo lo que quería hacer era pasar todo su tiempo libre contigo, esconderse en la habitación del hotel y hablar contigo por teléfono toda la noche en lugar de salir al bar con nosotros. No entendí cómo se sentía hasta que lo conocí... —Sus ojos se mueven, me encuentran y sonríe—. Hasta que la conocí. Y entonces todo cobró sentido.

Carter hace una pausa y se pasa una mano por el pecho.

—Verlos a ustedes dos crear una vida juntos ha sido increíble y sé que solo va a mejorar. Qué suerte tienes de compartirlo con tu mejor amigo. Por los novios. —Levanta su copa, pero levanta un dedo—. Ah, y una cosa más. Cara, esto es de los chicos del equipo. Mucha suerte con Emmett. Descubrimos que es inútil en la mayoría de las posiciones, pero confiamos en que su experiencia con él más tarde esta noche será satisfactoria.

No tengo tiempo para decirle a Carter lo hermoso que fue su discurso, ni siquiera escuchar los vítores, porque el DJ anuncia que es hora de lanzar el ramo y Jennie comienza a arrastrarme al centro de la pista de baile con ella y el resto de los asistentes mujer.

—No quiero —me quejo—. Voy a quedarme fuera de esto.

—Joder, no. —Jennie comienza a estirarse—. Si tengo que hacerlo yo, tú también. Pero una advertencia justa: cuida tu espalda. Nosotros, los Beckett, somos jodidamente competitivos.

—Puedes tenerlo. Esta tradición es ridícula.

Cara jadea y se gira hacia mí.

—Sé que no llamaste ridículo a *nada* de mi boda, Parker.

Aprieto los labios y sacudo la cabeza.

—No. No.

—Tienes toda la maldita razón. Ahora ponte en la maldita posición.

Con un suspiro, me paro junto a Jennie, Alannah salta arriba y abajo frente a mí, y realmente espero que una no golpee a la otra en el suelo en un intento por conseguir ese maldito ramo. Ruedo mi cuello sobre mis hombros, cierro los ojos y espero a que esto termine mientras la multitud hace la cuenta regresiva.

—¡Cinco! ¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno!

Espero aplausos, gritos y chillidos. Lo que no espero es el silencio.

Al abrir los ojos, mi corazón tartamudea al ver a Cara parada frente a mí, con lágrimas en los ojos mientras me sonríe tan alegremente, tendiéndome su ramo.

A mí.

—Cara...

Envuelve mis dedos alrededor de las cintas de seda y terciopelo que mantienen unidos los tallos, luego me hace girar hacia donde Carter está frente a mí, esperando, sonriendo.

—Tengan la seguridad de que la hermosa novia me brindó todo su apoyo para hacer esto aquí esta noche.

La barbilla de Cara aterriza en mi hombro.

—Reflexionaremos sobre mi altruismo más tarde.

¿Apoyo total para hacer esto? ¿Hacer qué? ¿Altruismo? ¿Por qué tengo tanto calor y, más importante aún, por qué Emmett me apunta con su teléfono?

—¿Te he dicho hoy por qué te amo? —Carter da un paso hacia mí, luego otro, su sonrisa crece con cada centímetro que elimina—. Te amo porque eres divertida y sarcástica, sarcástica como el infierno, y la noche que nos conocimos, me dijiste que me fuera a la mierda. —Ignora la forma en que Cara grita su nombre—. También eres amable y suave, sensible y dulce, la mejor tía y una profesora por la que habría muerto en la secundaria. No eres sólo mi novia, eres mi mayor animadora y mi mejor amiga.

Toma mi rostro entre sus manos y limpia con los pulgares las lágrimas desbordantes que caen por mis mejillas. Ni siquiera sé de dónde vinieron.

—¿Por qué lloras, chica Ollie? Ni siquiera he llegado a lo bueno todavía.

—No sé qué está pasando, pero me llamaste tu mejor amiga y tu novia —sollozo, inclinándome hacia su pecho mientras agarro el cuello flojo de su camisa.

Su suave risa es cálida contra mis labios mientras levanta mi barbilla para besarme. Da un paso atrás, mete la mano en el bolsillo, saca una pequeña caja de terciopelo y se arrodilla.

—Espero llamarte de otra manera cuando termine de hacer lo que tengo que hacer aquí.

53

FLIPPY - FLOPPIES

Olivia

—¿Estás avergonzada?

El movimiento de mi cabeza es apenas perceptible, pero está ahí. Mi mirada recorre la habitación, notando las miradas implacables, las manos entrelazadas bajo la barbilla o presionadas sobre los corazones. Finalmente, vuelve a caer sobre el hombre arrodillado ante mí.

—Muy avergonzada.

—Te dije que te avergonzaría —me recuerda Carter—. ¿Quieres que pare?

—Por favor, no lo hagas —susurro.

—Sabes, originalmente quería hacer esto en la final de la Copa Stanley. Pero Cara dijo que te sentirías mortificada delante de veinte mil personas y otros siete millones de espectadores en la televisión. No me habría importado que toda esa gente lo viera. Pero sólo quería avergonzarte un poco, no mortificarte. Cara sugirió que ésta podría ser una mejor opción.

—Agradezco la consideración. Me gustaría vivir para ver el día, no morir de vergüenza.

Carter se ríe y se pone de pie. Acercándose a mí, toma mi mejilla.

—Sé que hemos tenido nuestras luchas. Esta relación no comenzó tan bien como imagino que la mayoría. Hemos tenido que aprender mucho a lo largo del camino, pero personalmente creo que lo hemos logrado.

Hace una pausa para sonreír mientras me río.

—Hasta tú, sólo existía el hockey. No pensé que fuera posible querer algo más, amar a alguien... —Se detiene, cierra los ojos y cuando los abre de nuevo, su mirada es inquebrantable, la necesidad y el deseo flagrantes corren desenfrenados, haciendo que esos ojos verdes brillen como las esmeraldas que son.

502

—La forma en que te amo es inexplicable. Es mucho más que simplemente querer estar contigo sino necesitarlo más que nada. Te necesito, porque sin ti siempre faltará algo en esta vida, algo que estará fuera de mi alcance. Porque haces que todo sea mejor y todo tiene sentido.

—Eres lo mejor de todo, los acurrucamientos, las conversaciones tranquilas mientras estamos acostados en la cama, las mañanas de sueño. La forma en que todo mi cuerpo cobra vida cuando te veo por primera vez después de llegar a casa, la forma en que tu rostro se ilumina y saltas a mis brazos y me abrazas como si me necesitaras tanto como yo a ti.

—Te necesito —le digo en voz baja, acariciando un lado de su rostro—. Todo encajó en el momento en que cedí a lo que mi corazón me decía que necesitaba. Te amo, Carter, aunque al principio tenía miedo de hacerlo.

—Antes, nada me asustaba más que la idea de enamorarme —admite Carter con una risa tranquila—. Pero nunca nada me ha asustado más que la idea de perderte. Sé que te gusta decir que soy ostentoso, que me gusta hacer alarde de lo que tengo, que hago todo con estilo. Y tienes razón. Porque ¿por qué diablos no lo haría? Estoy orgulloso de cada maldita cosa que tengo, y a la vanguardia de las cosas que me enorgullece haberme ganado estás tú y tu amor.

Él mira hacia abajo, gira la pequeña caja en su mano y luego se encuentra con mi mirada, ojos seguros y firmes mientras miran los míos. Se arrodilla y levanta suavemente la tapa de la caja que tiene en sus manos.

—¿Todavía te da vergüenza toda la gente?

—¿Que gente?

—Esa es mi chica. —Se ríe, deslizando mi mano izquierda en la suya—. Te amo jodidamente. Tanto que es aterrador.

Mi mano tiembla en la suya y él aprieta, calmando el temblor.

—Lo único que hago cuando estoy lejos de ti es contar los minutos hasta que podamos estar juntos de nuevo. No hay otra opción para mí que una vida contigo. Sé que es pronto, pero no necesito tiempo para decirme lo que ya sé, que un para siempre contigo no puede llegar lo suficientemente pronto. Sé mi para siempre. Oficialmente, porque siempre es lo único que has sido para mí. Entonces... cástate conmigo, chica Ollie. Di que sí.

No sé qué me pasa, pero mi rostro se hace añicos con una sonrisa.

—¿Estás preguntando? Suena más como si estuvieras...

—¿Demandante? Eso es porque lo soy. Me niego a estar sin ti. Absolutamente me niego, porque ese es el último lugar al que pertenecemos ambos. Eres mía. Mi mejor amiga y mi amante, mi única versión de siempre, y no tengo intención de dejarte ir nunca. Mi única intención es vincularte legalmente a mí por el resto de nuestras vidas.

—Muy romántico. —Cayendo de rodillas, envuelvo mis brazos alrededor de su cuello mientras él pasa un brazo alrededor de mi cintura. Soy muy consciente de que la multitud está animada. Esta conversación lleva ya bastante tiempo, pero no me importa—. ¿Estás seguro de que quieres estar atado a mí para siempre?

Me muestra esa sonrisa que me encanta, torcida y arrogante, la de un hombre que nunca ha estado más seguro de sí mismo.

—Para siempre, Ol. Enciérrame y tira la llave. Soy tuyo, cariño. Siempre lo ha sido, siempre lo será. Y te enamoraré muchísimo cuando lleguemos a casa.

Mi nariz se arruga, tratando de sofocar las lágrimas que siguen rodando mientras estudio su rostro, el fuego en sus ojos que nunca se apaga, la esperanza, la promesa.

—Te amo mucho, Carter.

—Entonces, ¿por qué sigo esperando una respuesta aquí?

—Mmm. —Lo acerco más y le doy un beso en la comisura de la boca—. ¿Pensé que las demandas no requerían respuestas? —Mi pecho se estira ante la desgarradora y hermosa sonrisa que decora su hermoso rostro—. Te amo, Carter. No hay nada que desee más en esta vida que pasarla contigo.

Su garganta se balancea al tragar con fuerza, sus ojos cubiertos de musgo bailan en el brillo dorado del salón de baile. Observo cómo pasan brillo y cuando parpadea, una lágrima rueda por su mejilla derecha.

—¿Por qué estás llorando? —pregunto en voz baja, atrapando la lágrima con mis labios.

No responde. Ya no, al menos.

—*¡Ella dijo que sí!* —Carter me levanta por la mitad, apretándome contra su pecho mientras se pone de pie y me hace girar—. ¡Ella será mi esposa!

Me deja nuevamente en el suelo, desliza el diamante más impresionante en mi dedo, me inclina hacia atrás y reclama mi boca con un beso que no es más que posesivo y salvaje, frenético, lleno de todo el amor que nos hemos estado perdiendo la semana pasada.

Y sé sin lugar a dudas que nunca más tendremos que estar sin el otro.



Carter no estaba bromeando acerca de no aceptar un no por respuesta. La limusina estaba esperando frente al hotel, con mi equipaje

guardado dentro. En el momento en que Cara y Emmett despegaron, los seguimos.

Carter casi me arrojó en el asiento trasero, repitiendo lo mucho que quiere volver a casa. Y, bueno... casa me suena bastante bien.

Se ve tremendamente lindo y tímido mientras ingresa el nuevo código en la puerta principal: 1215.

—Quince de diciembre —dice, mientras el rosa le llega hasta la punta de las orejas bajo la luz del porche—. El día que nos conocimos.

Doy dos pasos hacia adentro y me detengo, con la boca abierta mientras miro a mi alrededor. Mis talones se caen de mi mano, ruidosamente al suelo. Paso mis dedos por los marcos que cubren la pared del pasillo, llenos de fotos nuestras y de todas las personas maravillosas de nuestra vida. Me vuelvo hacia este hombre increíble y lo sorprendo mirando la palabra garabateada en madera que cuelga sobre las fotos: *familia*.

—¿Cuándo hiciste esto?

—El viernes. —Toma mi mano y tira de mí hacia las escaleras—. Vamos. Hay más.

Me lleva a la primera habitación libre, donde se ve una pequeña oficina con un escritorio y una silla de cuero, un sofá de dos plazas y una lámpara de pie con una de esas cafeteras de monodosis y un bote lleno de bolsitas de té y monodosis de café descafeinado. Mi bolso de trabajo se apoya contra las patas de la mesa y mi laptop está encima.

Carter se frota la nuca.

—Siempre estás sentada en el suelo alrededor de la mesa de café, planificando y marcando. Pensé que tal vez te gustaría...

Lo interrumpí con mis labios sobre los suyos.

—Me encanta absolutamente. No voy a preguntar cómo conseguiste mis cosas, pero asumiré que Cara estuvo involucrada.

Su pecho se hincha de orgullo.

—Estuve en tu habitación tan pronto como ustedes dos se fueron a Whistler.

Eso explica literalmente todo. Cara me estaba esperando cuando terminé de trabajar el jueves. El auto ya estaba empacado y nos dirigimos a Whistler para poder levantarnos al amanecer del viernes para un día de spa. Sin embargo, aquí no hay quejas. Las bolsas debajo de mis ojos estaban increíblemente hinchadas, como Cara tan amablemente me recordó varias veces pinchando con las yemas de los dedos.

Carter me lleva por el pasillo hasta el dormitorio, su mano apretando la mía mientras abre la puerta. Siempre ha sido una habitación hermosa, pero ahora...

Junto a la chimenea, junto a la cual me encanta acurrucarme y leer en las noches frescas, hay tres almohadas grandes, una canasta con mantas y una mesa auxiliar con una pila de mis libros. Una cómoda que hace juego con la de Carter, aunque esta es más corta y ancha con un gran espejo antiguo encima, descansa contra una pared que antes estaba vacía, y dentro está mi ropa.

Carter señala un hermoso jarrón de vidrio lleno de girasoles, rosas rosadas y margaritas anaranjadas.

—El florista lo llamó *"Hola Sunshine"*. —Se rasca la sien, sus ojos saltan entre las flores, yo y el suelo.

—No te estás haciendo el tímido ahora, ¿verdad? No Carter Beckett. Imposible.

Me sonrío mientras sus brazos me atraen.

—Quería que te sintieras como si estuvieras en casa.

—Siempre me he sentido como si estuviera en casa contigo, Carter. No importa dónde estemos ni lo que tengamos.

—Quiero darte todo. —Me da estas palabras tranquilas y sinceras mientras sus manos recorren mi espalda, revoloteando sobre mi cremallera—. Absolutamente todo.

—Eres todo lo que siempre he necesitado, te lo prometo.

Su aliento se queda atrapado en su garganta mientras lo empujo suavemente contra la pared, mis dedos trabajan los botones de su camisa mientras mi lengua encuentra la suya. Paso mis manos sobre su torso, sintiendo la forma en que los músculos se flexionan bajo mi toque, y paso por sus hombros, bajo sus brazos, hasta que su camisa cae al suelo.

Carter me da la vuelta, presionando mi pecho contra la pared mientras baja lentamente mi cremallera hasta que siento su aliento caliente recorriendo mi columna, besando mi piel. Manos fuertes agarran mi cintura, mis caderas, mientras mi vestido cae al suelo, llevándose mis bragas consigo. Me levanta, depositándose en el borde de la cama, y tiro de la hebilla de su cinturón, guiando sus pantalones y bóxers sobre sus gruesos muslos. Cuando los deja atrás, cae de rodillas a mis pies.

Deja caer su rostro en el espacio entre mis piernas y siento la fría humedad de sus lágrimas en el interior de mi muslo. Mi corazón se rompe cuando su mirada se levanta para encontrarse con la mía.

—Tenía mucho miedo, Olivia. Estaba aterrorizado. Verte alejarte de mí y no ser lo suficientemente fuerte como para detenerte en ese momento,

para ser honesto contigo, para pedirte que seas paciente conmigo para que podamos superarlo juntos... No sentí que te mereciera. Merecías más que yo, de lo que te di. Y lamento no poder ser la persona que merecías. —Sus ojos caen, seguidos por su rostro, como si todavía se considerara indigno, como si no se perdonara a sí mismo por una situación que estaba fuera de su control en primer lugar.

Y eso no servirá.

Paso dos dedos por su mejilla, acercando su rostro al mío.

—Te amo en los momentos perfectos, y hay muchísimos, pero siempre te amaré también en los imperfectos.

Sus ojos brillan de agradecimiento, rebosantes de amor.

—Pensé que te había perdido para siempre y yo... yo... —El miedo le roba las palabras, hace que su mirada parezca tan oscura y lejana mientras sacude la cabeza ligeramente. Parpadea y una lágrima rueda por su mejilla—. No pude. No puedo. No lo haré. Nunca te perderé, Ollie. Me haces mejor de lo que era antes.

No lo creo ni por un segundo. Este hombre arrodillado ante mí siempre fue el hombre que conozco ahora, el que amo tan total e infinitamente. Creo que simplemente fue cauteloso acerca de con quién compartía todas estas partes especiales. Soy muy afortunada y agradecida de ser la persona que eligió, la que puede verlo, conocerlo, todo él.

Sus largos dedos se envuelven alrededor de mi cintura, agarrándome con fuerza mientras me mira desde debajo de sus pestañas.

—Estaba perdido antes de ti, Ollie, y estaría perdido sin ti. Tú eres mi mejor amiga.

—Y tú eres MIO. —Curvando mi palma alrededor del cuello de Carter, lo guío hacia arriba por mi cuerpo—. Ahora venga aquí y ámeme, señor Beckett.

—Sí, señora Beckett. Una ronda de dulce, dulce amor, que está por llegar.

—¿Sólo una?

—Oh, nena. No vas a dormir hasta que salga el sol.

Espero algo duro y áspero, un símbolo de su necesidad, la ferocidad con la que me ha extrañado, ha extrañado esto. Pero eso no es lo que me da, porque como siempre hace, Carter me da todas las partes de él. Y esta noche, él es suave y tierno, saboreando cada momento mientras sus dedos bailan sobre cada centímetro de mi cuerpo. Sus labios se mueven con suave precisión por mi cuello, a través de mi clavícula, sobre las llanuras de mi vientre y la curva de mis caderas, encendiendo mi piel y dejando un rastro de necesidad tan crudo que me hace temblar de lujuria.

Entrelazo mis dedos a través de sus ondas sedosas y arrugadas, rizándolas y apretándolas, y saco su rostro de entre mis piernas, donde se siente como si hubiera estado lamiendo durante horas en lugar de solo minutos. Minutos maravillosos, sorprendentes y escalofriantes.

Con un gemido y un escalofrío por la forma en que lame mi excitación de sus labios, lloro mis siguientes palabras, mi súplica.

—Te necesito. Por favor. Ahora. Te necesito, Carter.

—Me tienes —susurra, el peso de su cuerpo se posa sobre el mío.

Me separa las piernas, colocando una alrededor de su cadera mientras su polla empuja mi entrada, y mis uñas se clavan en sus hombros mientras me aferro a él. Acerca su boca a la mía, abrazándome con un beso alucinante, tragándose mi jadeo mientras empuja lentamente dentro de mí.

—Te amo. —Besa las lágrimas que caen libremente de mis ojos—. Y te amaré por el resto de mi vida, y después de eso también.



—Liv, Liv, Liv, Liv.

Pincha, pincha, pincha, pincha.

—Ollie, Ollie, Ollie, Ollie.

Pincha, pincha, pincha, pincha.

Gruño, cien por ciento sin una palabra, y golpeo el dedo que actualmente me toca la mejilla.

—Vamos, osa somnolienta. Despierta, chica Ollie.

—Me acabo de quedar dormida —murmuro, abriendo un párpado, entrecerrando los ojos ante el sol que se filtra a través de las puertas de vidrio sobre el hombro de Carter. Se mueve hasta que su rostro sonriente es lo único que veo.

—Has estado durmiendo durante cuatro horas.

—¿Cuatro horas? —Me dejo caer sobre mi espalda, extendiendo mis brazos—. Bueno, sí he estado durmiendo durante cuatro horas, seguramente debe ser hora de despertar.

La risa matutina de Carter es uno de mis sonidos favoritos, profunda y retumbante, ronca por el sueño, aunque claramente ha estado despierto mucho más tiempo que yo. Su actitud es notablemente alegre.

Se pone encima de mí, abre mis muslos y unta la humedad entre ellos. Tararea apreciativamente, mojando sus dedos, haciéndome enterrar mi cabeza en las almohadas mientras gimo.

—Mmm. Parece que estabas esperando que te despertara.

No sé si estoy más sorprendida o decepcionada cuando él se aleja de mí y me levanta también.

—Vamos. Arriba. Tenemos un día ajetreado por delante.

Agarro una almohada y lo golpeo en un lado de la cabeza.

—Es de mala educación empezar algo que no vas a terminar.

—Oh, voy a terminar. Unas diez veces y entonces necesitarás dormir de verdad. —Su sonrisa es diabólica, pero luego vuelve a tirar de mi mano y me arrastra hacia el balcón—. Quiero mostrarte algo.

—¿Mostrarme qué? ¿Y por qué tenemos que hacerlo en el balcón? ¿No podemos quedarnos en la cama? ¿Y por qué tenemos un día ocupado? Es un día festivo.

Mee empuja hacia la tumbona, frente a un impresionante desayuno y su laptop medio cerrada. Voy de buena gana, porque hay tocino, y, además, me encanta.

—Tenemos que hacerlo en el balcón porque aquí es donde está la comida. ¿Pero más que eso? —Su mirada me recorre, brillando con adoración—. Me enamoré de ti en este balcón. Me enamoré de tu forma de dormir plácidamente junto al fuego. Me enamoré de tu forma de mirar con asombro el cielo, los millones de estrellas. Me enamoré de la forma en que te abriste a mí, déjame verte y déjame mostrarme también. Me enamoré de la forma en que nos acurrucamos aquí, de tu cuerpo envuelto en el mío, de todas las veces que hicimos el amor aquí y cuando te pedí que hicieras tuya esta casa. Me enamoré de ti una y otra vez y lo sigo haciendo todos los días, aquí mismo, en este balcón.

Los latidos de mi corazón se aceleran y levanto su brazo, acurrucándome contra su costado.

—Está bien, me tienes. Me encanta este balcón. De hecho, todas esas son excelentes razones para que nos quedemos aquí todo el día y nunca nos vayamos. ¿No crees?

Carter apoya los pies sobre la mesa de café y coloca su laptop en su regazo. Cuando veo la pantalla, me siento tan rápido que la quito de su regazo y lanzo sobre él para atraparla antes de que caiga al suelo.

—¿Cómo te sientes acerca de una boda de otoño? —Toma un sorbo de su taza humeante y luego me lo ofrece, ignorando la forma en que boca se abre.

—¿Una boda de otoño? ¿Este otoño?

—Mmm. Este otoño.

—Pero eso es tan...

—Pronto. —Sus cejas se levantan—. ¿Tienes algún problema con eso?

—Solo... yo... no. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? Estarás muy ocupado con el hockey. Y no tenemos que apresurarnos. Si quieres...

—No quiero. No quiero esperar porque no quiero una vida en la que tú no estés en ella. Mi mundo gira tan maravillosamente gracias a la forma en que abriste mi corazón y me hiciste sentir como yo mismo otra vez. Ya no sabía quién era después de que mi padre se fue. Lo único que yo era ser un jugador de hockey, un líder. Eso es todo lo que sabía ser. Hasta que apareciste y me recordaste que era capaz de mucho más, que tenía mucho que ofrecer. Entonces, joder, quiero casarme contigo ahora mismo, pero eso parece poco realista y definitivamente impulsivo, probablemente deberíamos invitar a nuestra familia y amigos, y hay una semana en noviembre en la que no jugamos durante cuatro días, por lo que el otoño parece un buen momento, si estás abierto a eso.

—Yo-yo... —*Estoy un poco sin palabras, parece*—. Yo puedo hacer eso. Si podemos encontrar un lugar y todo en tan poco tiempo.

Él hace girar su laptop hacia mí.

—Tenemos cuatro citas hoy para ver los lugares que tendrán abiertos ese fin de semana.

Me quedo boquiabierta. De nuevo. No estoy segura de que alguna vez se haya callado desde que comenzó esta conversación.

—Pero es el Día de Canadá⁸. Es un día festivo.

—Escucha, sabes que no me gusta alardear. —Hace una pausa de cortesía para que ponga los ojos en blanco y resople—. Pero ser rico y famoso me otorga ciertos privilegios, como visitar los lugares para celebrar una boda en un lunes festivo. —Me toca la mejilla—. Y además, Cara ha estado planificando nuestra boda discretamente desde que la llevé conmigo para diseñar tu anillo en mayo, y tienes tres citas para vestidos antes de que se vayan de luna de miel.

—Pero se van el sábado.

Su expresión me dice que lo siente o, más probablemente, que me tiene lástima. Porque nadie quiere pasar tres días con Cara probándose vestidos. Siento que acabo de terminar de hacerlo, excepto que fue un esfuerzo de mes y medio para elegir su vestido, y las cicatrices aún están frescas.

⁸ Se celebra la autonomía de Canadá del Reino Unido en 1867.

—Escucha, fue difícil convencerla una vez que todo empezó. Y; sinceramente, me asusté un poco, así que la dejé seguir adelante. —Hace un gesto hacia la pantalla—. Ella programó todas estas citas y solo tenemos que elegir cuál nos gusta más. Luego dijo, y cito—: *Déjame el resto a mí*. Ella se rio un poco mientras lo decía e hizo esa cosa espeluznante en la que tamborilea con los dedos. —Se estremece y luego se encoge de hombros—. Así que acepté y me largué de allí.

—Bueno. —Me acurruco contra él, apoyando mi cabeza sobre su pecho—. Muéstrame adónde iremos hoy.

Sonríe tan alegremente que yo también sonrío.

—¿Sí?

—Sí.

Cada lugar es hermoso, por supuesto, pero lo que más me gusta es la forma en que se le ilumina su rostro mientras habla de cada uno, lo que más le gusta de ellos y cuál cree que me va a gustar más, sus manos se mueven salvajemente mientras habla. Cuando termina, cierra la laptop, la desliza sobre la mesa y me toma en sus brazos.

—La primera cita es en dos horas —tararea contra mi cuello.

—Ah. ¿Para que podamos dejar en espera para siempre otra ronda de diversión?

—Para siempre comenzó en el momento en que dijiste que sí a medianoche hace tantos meses, en el momento en que mis labios encontraron los tuyos por primera vez. Tengo toda la intención de pasar el resto de mi vida como empezó el año, amando cada parte de tu atrevido cuerpecito. Todo comienza y termina contigo y conmigo y la forma en que haces que mi corazón lata salvajemente y mi estómago dé flippy-floppies.

—¿Flip-floppies?

Asiente, su nariz rozando la mía.

—Malditas flip-floppies, Ol.

Carter me empuja hacia atrás y se sube encima de mí, a horcajadas sobre mis caderas. Con mis muñecas en sus manos, sujeta mis brazos por encima de mi cabeza. Su rostro se hunde, la punta de su nariz sube por mi cuello hasta que sus labios encuentran los míos.

—No creo que sea lento y gentil hoy, Ollie.

—¿Está bien? —Jadeo cuando sus dientes muerden el delicado punto de mi cuello, justo debajo de mi oreja.

—No. Te amaré mucho hoy y solo sabré que hice bien mi trabajo si tengo que cargarte hasta el auto cuando terminemos. ¿Te parece bien, princesa?

—Todas las formas en que me amas son perfectas.

Se ríe suavemente contra mi piel antes de hundirse dentro de mí.

—Eso es bueno, porque te amo de un millón de maneras diferentes y no puedo esperar a pasar el resto de mi vida mostrándote cómo.

Aparto las ondas de su frente y le doy un tierno beso en los labios, sacando el lado suave de este hombre un poco más antes de que se convierta en el animal salvaje que amo tanto.

—Te amo, Carter.

Su sonrisa torcida dibuja esos hoyuelos, iluminando mi alma. Se sienta sobre sus talones, tirando de mí hacia su regazo, sin cortar nunca esa conexión mientras sus dedos se hunden en el cabello de mi nuca y su lengua toma mi boca.

—Gracias por elegirme, chica Ollie. No podría haber imaginado una vida mejor.

EPÍLOGO

¡UPS!

Carter

NOVIEMBRE

—¿Estás nervioso?

—Sí. No, sí. Mierda. No, no lo sé. —Eso probablemente sea suficiente respuesta. Me abrocho la corbata y ajusto las mangas de mi chaqueta por lo que debe ser la vigésima vez. No hace calor afuera, pero hace un calor jodido aquí. ¿Por qué hace tanto calor?—. Ya es hora.

Alguien se ríe y yo miro a la fila de cinco hombres que están a mi lado. Una mirada rápida a Hank, Emmett, Adam, Garrett y Jeremy me dice que podría ser cualquiera de ellos. Son todos unos idiotas.

Dublin gime a mis pies. No es un idiota. Es un buen chico que lleva un esmoquin de cachorro.

—¿Se conocen desde hace once meses y ya es hora? —Garrett niega con la cabeza—. Joder, si alguna vez me azota tanto un coño como tú...

Miro a Adam y él hace exactamente lo que necesito: le da un codazo a Garrett en las costillas. Escondo mi sonrisa por la forma en que se queja, agarrándose el costado, pero entonces comienza la música y podría estar sufriendo algún tipo de ataque de pánico cuando la procesión de mujeres hermosas comienza a avanzar por el pasillo.

—Cálmate, carajo —me murmura Jennie mientras pasa, y Garrett se ríe mucho más fuerte de lo necesario, ganándose una ceja tanto de mi hermana como de mí. Se aclara la garganta y Jennie hace un gesto hacia su cuello, mirándolo con los ojos desorbitados.

¿Qué? Él le dice a ella.

Ella sigue tirando de una corbata imaginaria, con los ojos muy abiertos mientras lanza miradas mordaces a su cuello.

No sé lo que estás diciendo, le grita, gesticulando con las manos en una especie de muestra de lo mucho que realmente no lo entiende.

—Oh, joder... —Jennie entierra su rostro detrás de su ramo por un momento—. ¡Tu corbata! ¡Arregla tu corbata!

—¿Qué? Oh. —Garrett mira hacia abajo y su rostro se pone rojo brillante cuando ve su corbata torcida.

Este día ha tenido un comienzo fantástico, lo que sólo aumenta aún más mi ansiedad. Al menos logro sonreír ante la forma en que Alannah baila por el pasillo, arrojando pétalos de flores a los rostros desprevenidos. Jem llega a la mitad antes de decidir acostarse y empezar a masticar uno de los pétalos.

—¡Jemmy! ¡No! ¡Jemmy, arriba! —Alannah intenta tentarlo con más pétalos y retrocede lentamente hacia el altar—. Vamos, Jemmy. Vamos. Tengo muchos pétalos para ti aquí mismo, pequeño.

Olivia me dijo que esto sucedería. De hecho, ella me apostó. Ahora le debo un masaje en los pies y brownies.

—El niño tiene la capacidad de atención de su madre —murmura Jeremy.

Resoplo una carcajada, porque sí, claro. La forma en que Kristin le frunce el ceño desde mi derecha me dice que está de acuerdo.

Alannah finalmente termina levantando a su hermano en sus brazos y llevándolo por el pasillo.

—Dale los anillos al tío Carter, Jemmy.

Por un golpe de suerte, el pequeño niño me sonríe, sosteniendo la pequeña caja en su puño regordete.

—Gracias, amigo —le digo en voz baja antes de plantar un beso en ambas mejillas. Mis dedos se cierran con fuerza alrededor de la caja y respiro profunda y tambaleante mientras la música se desvanece—. Santo cielo —exhalo cuando comienza la siguiente canción.

—*Millonaire* —de Chris Stapleton. Olivia cree que lo elegí porque soy millonario. Lo elegí porque si todo lo que tuviera fuera ella y su amor, todavía me sentiría como el maldito hombre más rico del mundo.

Cada pizca de ansiedad que podría haber sentido se disipa en el momento en que esa mujer deslumbrante cruza las puertas, con su metro y medio envuelto en encaje y satén, y cada partícula de oxígeno es absorbida de la habitación.

Quizás por eso la *mierda* sale volando de mis labios una vez más.

—Describemela —susurra Hank.

—Ella es... ella... —Cierro los ojos con fuerza por un breve momento, porque no quiero perderme ni un segundo de esto—. No puedo. Lo lamento. —No hay palabras. Ella es como... despertarse la mañana de Navidad cuando tienes tres años y finalmente entiendes de qué se trata. Ella es el momento en que deja de llover y sale el sol, iluminando el cielo de color y todo huele a nuevo y fresco. Ella es la primera patinadora en un lago congelado, rodeada de montañas nevadas, pinos y el soplo de aire más fresco. Ella se da vuelta en medio de la noche, acerca ese cálido cuerpo al tuyo y se acurruca alrededor, y todo *está bien*—. Ella es sólo... es sólo...

—Perfección —termina Hank en voz baja.

La puta perfección absoluta. Y ella es toda mía.

Probablemente por eso solo la dejé recorrer las tres cuartas partes del pasillo antes de avanzar, corriendo hacia ella mientras nuestros invitados jadeaban de sorpresa.

¿Pero Olivia? No parece sorprendida. En lo más mínimo.

—Impulsivo e impaciente —murmura, justo antes de que su padre le suelte la mano y yo la levanto en mis brazos, haciéndola girar, aplastándola contra mi pecho mientras la beso con todo lo que tengo.

—Por eso te casas conmigo.

—Mmm. —Inclina la cabeza y arruga la nariz mientras finge pensar—. Entre otras razones, sí.

—Eres tan jodidamente hermosa. —Quiero hundir mis dedos en su cabello, pero probablemente me matará. Se ve tan bonito.

—¡Oye! —Cara chasquea los dedos desde su lugar en el altar—. ¡Dejen de besarse y vengan aquí y cásen se!

Olivia se ríe y le tiendo la mano. Estoy seguro de que nunca he sonreído tanto cuando pregunto:

—¿Lista para casarme?

Desliza su mano en la mía, nuestros dedos se enredan y me golpea con esa tierna sonrisa que tanto amo.

—Lista.



—Está absolutamente espectacular esta noche, señora Beckett.

Su vestido es un hermoso y confuso encaje, cubierto sobre satén, delicados adornos sobre su perfecto culo, que llegan hasta su espalda,

completamente expuesta y con una perfección cremosa. *Arce ruborizado*, se llama la sombra. No me importa cómo carajo se llame, mi esposa es una maldita obra maestra esta noche.

Hago girar a mi deslumbrante novia por el salón de baile como nos enseñó mi hermana, y la veo en un rincón, con las manos en su rostro como si estuviera nerviosa de que vayamos a equivocarnos en cualquier segundo, articulando la cuenta en cada paso.

—Dices eso todas las noches.

—Eso es porque lo eres. Desnuda, vestida, con sudaderas y un moño desordenado, o nada más que mi camiseta, eres la cosita más hermosa que estos ojos jamás hayan visto. Pero esta noche... —Deslizo mi dedo por su costado y envuelvo mi mano alrededor de su cadera.

—Mi vestido es demasiado ajustado.

Me aparto para mirar su puchero y sonrío.

—No lo es.

Este vestido le queda perfecto. No necesito inspeccionarlo, he estado mirándola toda la maldita noche. También me pilló con las manos en la masa tratando de echarle un vistazo hace un par de semanas en uno de los armarios del dormitorio de invitados. Ella me cortó en judo con tanta fuerza que me puse hielo en la muñeca después solo para hacerla sentir mal por eso. Funcionó, hasta que me sorprendió riéndome para mis adentros. Durmió en pijama esa noche y me hizo mantener las manos por encima de la cintura.

—Apenas puedo respirar, Carter, y definitivamente no puedo agacharme.

—Oh, no. —Calmarla me lleva bastante tiempo estos días—. Bueno, entonces probablemente deberíamos sacarte de esto lo antes posible. —Hago un espectáculo de buscar una salida, o tal vez un baño. Cuanto más miro, menos espectáculo es. La llevaré a algún lugar privado ahora mismo—. Vayamos a algún lugar donde pueda quitártelo.

—Este vestido costó una cantidad obscena de dinero. No me lo estás arrancando. No, ahora.

—Mmm. —Ya lo veremos. Pagaré para que lo vuelvan a coser si es necesario—. Planeas usarlo de nuevo, ¿verdad?

Tiene una pequeña sonrisa descarada en su rostro mientras sus manos se enroscan alrededor de mi cuello, acercándose.

—Sí. Cuando me case con mi segundo marido.

—Chica traviesa. —Deslizo una palma por su espalda, dejándola sobre la suave curvatura de su culo, dándole un pequeño apretón.

—Se da cuenta de que los más de doscientos invitados pueden ver su mano en mi culo ahora mismo, ¿verdad, señor Beckett?

—Mmm. Me gusta, señora Beckett. Hazles saber que eres mía.

Olivia suelta mi risita favorita.

—Creo que ese fue el punto de los votos matrimoniales que presenciaron hoy.

—Mis manos sobre tu delicioso cuerpo es mejor. Más *en tu rostro*. Ya conoces mi lema: hazlo a lo grande o vete a casa.

Su cabeza cae hacia atrás, los párpados ahumados se cierran mientras tiembla de risa.

—No puedo creer cuánto te amo —me dice con un suave suspiro antes de tocar sus labios con los míos.

—Creo que no puedo amarte más de lo que te amo ahora, pero mañana demostrarás que estoy equivocado, como lo haces todos los días.

—Eres muy dulce. —Sus labios tocan mi oreja—. Cuando no estás siendo un cerdito.

Me río en voz baja, abrazándola cerca mientras le susurro las últimas palabras de nuestra canción al oído y siento una última sensación, porque me gusta ser un cerdito, siempre y cuando esté con ella.

Nos sentamos en la mesa principal y Olivia se seca los ojos durante cada plato mientras escuchamos los discursos de nuestros amigos y familiares. Es cuando Hank está a mitad de su discurso que ella realmente comienza a perder la cabeza.

—Carter, hijo, sé que el día que nos conocimos... bueno, sé que probablemente fue el peor día de tu vida. Y Dios, cómo desearía que nos hubiésemos conocido en mejores circunstancias. Pero bueno, conocerte fue una de las mejores cosas que me ha pasado. Realmente creo que Irlanda nos encaminó hacia el camino para encontrarnos, y tu padre también, y estoy agradecido todos los malditos días por eso. Irlanda y yo no podíamos tener hijos, y puede que no te conociera hasta que estaba a mitad de camino, pero en el momento en que entraste en mi vida supe que eras especial. Llenaste un vacío en mi corazón que nadie más podría, y estoy seguro de que mi Irlanda te habría amado, y que tu padre te mira con hoy, orgulloso como el infierno del hombre en el que te has convertido. Olivia... Dios mío. Me alegro de no poder ver. Puedo oírte sollozar y ver eso rompería mi viejo corazón.

Olivia se inclina hacia adelante con una carcajada y dejo caer mi mano en su espalda, frotando su piel suave y cálida.

—En el momento en que escuché la noticia de que Carter invitó a una dama a bailar en un bar, supe que había encontrado a la indicada. Lo supe

de inmediato. Puede que los dos ojos de mi rostro no funcionen tan bien, pero el tercer ojo de aquí... —Se toca el espacio entre las cejas—. Funciona muy bien. Ese chico ha estado cautivado contigo desde que entraste en su vida. Nunca he conocido una pareja que se adapte mejor el uno al otro. La forma en que trabajan tan duro para mejorar, para ser mejores juntos, un verdadero equipo, es inspiradora. No tengo que desearte toda la felicidad del mundo, porque sé que ya la has encontrado. —Hank levanta su vaso—. Por un amor que sólo se fortalece con la edad y nunca terminará.

Olivia se levanta de su asiento antes de que pueda empujarme hacia atrás desde la mesa, chocando contra Hank con suficiente fuerza como para que por un momento me preocupe que los dos puedan caer al suelo. Pero los sostengo, uniéndome a ellos y disfrutando cada segundo de este abrazo grupal.

Mientras los platos se retiran y la charla alcanza su punto más alto, me inclino hacia el oído de mi esposa.

—Es casi la hora de nuestro discurso. ¿Quieres salir de aquí unos cinco minutos?

Ella levanta una ceja con complicidad.

—¿Cinco minutos rápidos o *cinco minutos rápidos*?

—Preferiría dos horas largas, pero cinco minutos rápidos serán suficientes.

—Nunca eres rápido y ciertamente nunca tienes cinco minutos. —Y aun así ella se levanta de todos modos, dobla la servilleta junto al plato y me levanta de la silla.

En el momento en que la tengo detrás de una puerta cerrada, me abalanzo, apoyándola contra el tocador.

—Me encanta cuando lloras.

Su frente se arruga.

—Qué raro decir eso.

—Eres jodidamente hermosa cuando lloras. Tus ojos se vuelven suaves y melódicos, y en ellos aparecen las más bonitas motas verdes y doradas. —Le subo el vestido lo más delicadamente que puedo, le deslizo las bragas de encaje blanco por las piernas y la levanto sobre el mostrador—. Además, eres muy tierna y siento un gran placer al ver eso. Qué contraste tan marcado con la chica dura que pretendes ser.

—Soy dura. —Su cabeza cae hacia un lado, su lengua bailando sobre su labio superior mientras me observa sacar mi polla, apretándola en la base, arrastrándola a través de sus pliegues y sobre su clítoris. Mojado, muy mojado.

—Tan dura. —La atraigo hacia mí, presionando mis labios contra su clavícula mientras me hundo dentro de ella—. Te sentaste a ver un comercial completo de Sarah McLachlan SPCA la noche que nos conocimos sólo para no tener que hacer contacto visual conmigo.

—Fue una tortura —dice con un gemido, moviendo sus caderas hacia mí. Ella comienza a tirar de mi corbata, a jugar con mis botones—. Fuera. Quiero que esto desaparezca.

—Ah... ah —chasqueo, cubriendo su mano con la mía—. Rápido —le recuerdo—. Cinco minutos.

Dios mío, nadie hace pucheros como Olivia, con el ceño fruncido y sacando el labio inferior lo más que puede. Riendo, se lo quito de su rostro con un beso.

—Estoy intentando con todas mis fuerzas no arruinarte el cabello ahora mismo —gruño mientras acelero—. Pero todo lo que quiero hacer es meter la mano ahí, sacar todos esos malditos alfileres y pequeñas flores, y joder... *a la mierda*. Quiero follarte tan fuerte y durante tanto tiempo que no recuerdas lo que se siente al no tenerme dentro de ti. Quiero acostarte en nuestra cama, arrancarte este maldito vestido y adorar cada centímetro de este cuerpo hasta que sepas lo que es que cada parte de ti sea amada sin medida.

Gime, cayendo hacia adelante, agarrando mi camisa con su puño mientras empiezo a frotar su clitoris.

—Ya lo sé... ya sé cómo es eso.

—¿Sí? —Apoyo mi frente contra la de ella, miro esos ojos color café y observo cómo ella se desmorona a mi alrededor, su cuerpo tiembla en mi agarre mientras empujo una, dos veces más, y luego me desmorono con ella.

—Sí —exhala, tocando sus labios con los míos—. Si tu amor fuera todo lo que tendría por el resto de mi vida, sería más que suficiente.

Me gusta muchísimo esa respuesta, y cuando estamos lo suficientemente presentables, regresamos al salón de baile.

Mi hermana nos detiene en seco con una expresión de puro disgusto en su rostro.

—Oh, qué asco. Ustedes dos simplemente tuvieron sexo.

—No lo hicimos —insiste Olivia exactamente al mismo tiempo que exclamo—. Claro que sí.

Jennie pone los ojos en blanco y tiene arcadas, y se dirige a su asiento.

—Estamos listos para el brindis, señor Beckett —me dice nuestra anfitriona mientras regresamos a nuestra mesa—. ¿Quieres que lo sirvamos ahora o esperamos hasta después del postre?

—Ahora es perfecto. Gracias.

Una vez que se distribuye el champán y tengo el micrófono en la mano, Olivia dice que no necesito uno porque hablo lo suficientemente alto, pero, pfft, ocupamos nuestro lugar frente a nuestros amigos y familiares. Un camarero se acerca con una última bandeja y le ofrece una copa de champán a Olivia.

—Oh, no. Nada de alcohol para ella. —Coloco una mano protectora sobre su vientre. —¿No es así, pequeña mamá?

—¡Carter! —jadea Olivia, y la peligrosa inclinación de sus ojos y sus labios fruncidos de color rojo cereza que me dicen (noche de bodas y todo) que esta chica podría asesinarme, aquí y ahora.

—¿Qué? —pregunto tan inocentemente como puedo, porque no quiero morir esta noche, pero obviamente he cometido un gran error del que no soy consciente.

Mis ojos caen sobre su rostro, la expresión que sólo parece volverse más indignada por el segundo, hasta mi mano en la pequeña hinchazón de su pequeño vientre que sólo puedes ver cuando está desnuda, el que parece que nunca puedo dejar de mirar en casa y, finalmente, en la multitud, nuestros familiares y amigos, sus rostros sorprendidos pero felices.

Porque acabo de decirles a los doscientos cincuenta invitados que mi esposa no puede beber alcohol.

De alguna manera, mi encantadora chica logra entrecerrar los ojos más allá de lo que parece posible. ¿Aún me sigue viendo?

—Una regla —me regaña con esa voz de profesora susurrante que tiene el poder de hacer que me acobarde—. Tenías una regla esta noche.

Lo hice. Una regla.

No le cuentes a nadie sobre el bebé que accidentalmente le di a mi esposa durante el verano.

Y pensé que podía hacerlo. Realmente lo hice.

Cara y Jennie se ríen porque sabían que yo no podía. Veo a Adam suspirar, pasando un billete a Garrett y Emmett, quienes lucen tan engreídos como yo normalmente.

Bien. La cagué.

Profundizo, tan profundo como puedo, y evoco mi sonrisa más encantadora, con más hoyuelos, la que se sabe que me saca de problemas. Veo cómo la ira se disipa, derritiendo su hermoso rostro.

Y me encojo de hombre, que es todo menos inocente.

—Ups.

HELL OF

me

BOOKS

PLAYING FOR KEEPS • 1

Fin.

521

BECKA

consider

MACK

PRÓXIMO LIBRO



Ha encontrado a la persona perfecta, pero ella es la única con la que no puede estar...

Garrett Andersen sabe que jugar al hockey profesional requiere una dedicación absoluta a las reglas. Solo hay una regla que le resulta difícil seguir: mantenerse alejado de la hermana menor de su capitán.

Como bailarina profesional, Jennie Beckett sabe lo que se necesita para sobresalir. Se enorgullece de ser tan segura y audaz como su hermano, descarada como el infierno y la única persona a cargo de su placer. No es de extrañar que Garrett no pueda mantenerse alejado de ella, incluso si se olvida de cómo formar oraciones cuando ella está cerca.

Jennie preferiría evitar al compañero de equipo de su hermano, especialmente después de varios enfrentamientos vergonzosos, pero de repente son vecinos. Y a medida que la conexión entre ellos crece, Garrett y Jennie deciden divertirse un poco, sin ataduras. Entre sus apretadas agendas y la desaprobación de su hermano, saben que mantener las cosas informales y discretas es la jugada más inteligente.

522

Pero ¿y si sus sentimientos se interponen en el camino? Después de todo, se supone que solo deben jugar entre ellos...

BECKA MACK



Becca es una autora de romances apasionados, una autoproclamada reina del sarcasmo, una procrastinadora profesional y una gran fanática de arrastrar a sus lectores a través del infierno y de regreso al camino hacia un final feliz.

Cuando no está mirando fijamente la pantalla de su computadora o borrando cerca de doscientas apariciones de la palabra solo de su manuscrito, se la puede encontrar enseñando en un jardín de infantes (¡sorpresa!) en Ontario, Canadá, y siendo mamá con su increíblemente dulce y hermoso niño pequeño (se parece a su mamá) y sus animales.

Aunque siempre ha sido una lectora ávida y siempre soñó con convertirse en escritora, Becca no comenzó a escribir libros hasta después de la pérdida de su hermano. Si bien le encanta incluir todo lo divertido, como el calor, el humor y los hombres alfa que son ositos de peluche secretos, su escritura surge de un lugar de emociones fuertes y, a menudo, no puede resistirse a dejar que esas emociones se filtren en sus páginas.

Sitio web: www.beckamack.com

Instagram: [@beckamack.author](https://www.instagram.com/beckamack.author)

TikTok: [@becka.mack](https://www.tiktok.com/@becka.mack)

Facebook: [Becca Mack Autor](#)

HELL OF

me

BOOKS

PLAYING FOR KEEPS • 1

ÚNETE A NUESTRA COMUNIDAD



525

BECKA

consider

MACK